

EUROPA

UNA HISTORIA PERSONAL

taurus

Timothy Garton Ash

Europa

Una historia personal

Traducción de Antonia Martín

taurus





Estados y fronteras en 1972. Los lugares marcados en cursiva desempeñan un papel especial en este libro.

Para D., T. y A.

Escribir una historia verdadera y detallada de la Europa de este siglo. Esa es una tarea para toda la vida.

LEV TOLSTÓI,
Diarios, 22 de septiembre de 1852[1]

Es verdad lo que dicen los filósofos: «La vida solo se comprende hacia atrás». Pero es necesario recordar el otro principio: «Se vive hacia delante».

SØREN KIERKEGAARD, *Diario íntimo*[2]

PRÓLOGO
NUESTROS TIEMPOS

Estoy sentado en un saloncito con mi familia francesa anfitriona, entre los olores desconocidos del humo de los cigarrillos Gauloise y del café solo cargado, mirando una pequeña pantalla de televisión. Tengo catorce años, estoy en un intercambio escolar y les ayudo con la traducción. «Armstrong il dit: un petit pas pour moi, un grand pas pour l'humanité!». De inmediato una figura con traje de astronauta que proyecta su sombra cruza con pasos ingrávidos la superficie lunar, una escena que conozco muy bien por el libro de Tintín *Aterrizaje en la Luna*.[3]

Cuesta recuperar la sensación de lo remota que era la Europa continental para un colegial inglés en 1969. No diré que Francia parecía tan lejana como la Luna, pero representaba todo cuanto los ingleses han embutido tradicionalmente en la palabra «extranjero». Allá comen ranas, van en moto y tienen un montón de relaciones sexuales. Ni se te ocurra beber agua. Para llegar a la ciudad de La Rochelle, en la costa atlántica, había tenido que hacer un viaje que se me antojó interminable en autobús, metro, tren, ferry (con un mareo tremendo), tren y autobús otra vez. En la frontera habían examinado con suma atención y sellado mi flamante pasaporte británico de tapa rígida de un azul muy oscuro. Yo toqueteaba nervioso unos cuantos billetes enormes de francos franceses nuevecitos que llevaba en el bolsillo. Llamar a casa era una operación complicada que implicaba pelearse en un francés macarrónico con un operador en un teléfono fijo de línea crepitante («Peut on reverser les charges?»).

Veinte años más tarde me hallaba en Budapest, en un mitin de la disidencia, firmando ejemplares de la edición húngara de mis ensayos sobre Centroeuropa. Aquel fue el año de las

maravillas, 1989. La libertad y Europa —las dos causas políticas que más me importan— avanzaban del bracete al son de la *Novena sinfonía* de Beethoven, precursoras de una revolución pacífica que abriría un nuevo capítulo de la historia europea y mundial. Ninguna parte del continente era ya «extranjera» para mí. Viviendo la paradoja que resume lo que significa ser europeo en la actualidad, en el extranjero me sentía en casa.

De hecho, me sentía tan a gusto que, mientras caminábamos más tarde por las cálidas y sensuales calles de Budapest, uno de mis amigos húngaros se volvió hacia mí y exclamó:

—¿No serás descendiente de Scholem Asch?

—No —contesté un tanto sorprendido.

—Entonces ¿cómo es que te interesa tanto Centroeuropa?

Como si de alguna manera la implicación emocional con otra parte de Europa requiriera una explicación genética.

La identidad nos viene dada, pero también se hace. No podemos elegir a nuestros padres, pero sí en quiénes nos convertimos. «En el fondo soy chino», escribió Franz Kafka en una postal dirigida a su novia.[4] Si digo «en el fondo soy centroeuropeo», no afirmo literalmente ser descendiente de Asch, el escritor yidis centroeuropeo, sino que declaro una afinidad electiva.

Puesto que Wimbledon, en Inglaterra, es mi lugar de nacimiento, no cabe duda de que nací en Europa y, por consiguiente, en un sentido rudimentario, nací europeo. Desde Eratóstenes, hará unos dos mil doscientos años, los cartógrafos siempre han situado las islas británicas en Europa, una región contrapuesta a Asia y África en lo que probablemente sea la subdivisión mental del mundo más antigua e ininterrumpida. Siempre que ha habido una noción geográfica de Europa, nuestro archipiélago, de forma un tanto triangular, ha estado incluido en ella. Sin embargo, no «nací europeo» en el sentido más radical de que me criaran para que me considerara así.

La única vez que mi madre se refirió a sí misma como europea fue al rememorar su juventud en la India británica, donde nació siendo hija del Raj. «Como europea —me contó recordando feliz los románticos meses que pasó de joven en

Nueva Delhi al final de la Segunda Guerra Mundial—, salía a cabalgar a primera hora de la mañana». En la India los británicos se llamaban a sí mismos europeos. Solo al regresar al Reino Unido gustaban a menudo de negar una verdad que parecía palmaria a cualquiera que los mirara desde Washington, Pekín, Siberia o Tasmania.

Jamás oí a mi padre decir que era europeo, pese a que una experiencia decisiva en su formación había sido el desembarco en una playa normanda con la primera oleada de soldados británicos el Día D y la lucha con los ejércitos de liberación en Europa del Norte hasta que, en silencio y agotado, celebró el Día VE (de la Victoria en Europa) a bordo de un tanque en algún lugar de las tierras bajas del norte de Alemania. Uno de sus primeros ministros conservadores favoritos, Harold Macmillan, supuestamente comentó que el legendario presidente francés Charles de Gaulle «habla de Europa, pero se refiere a Francia».[5] Sin embargo, lo mismo ocurría con los hombres ingleses como mi padre: cuando hablaban de Europa se referían a Francia en primer lugar, al igual que han hecho los ingleses durante al menos seis siglos, desde que la guerra de los Cien Años determinó la identidad nacional de Francia e Inglaterra, cada una opuesta a la otra.

Para mi padre, Europa era sin duda extranjera y la Unión Europea era una de esas «viles artimañas» que nuestro himno nacional insta a los patriotas británicos a desbaratar. Una vez, por Navidad, le regalé un euro de chocolate grande y lo devoró al instante haciendo rechinar los dientes con un deleite teatral. Conservador activo durante toda su vida, en la vejez se pasó durante un breve periodo al UKIP, el Partido de la Independencia del Reino Unido, lo que me horrorizó. De haber estado vivo en 2016, sin duda habría votado a favor del Brexit.

Doy gracias por la suerte histórica de haberme criado en Inglaterra, una tierra que amo, pero ese dato geográfico no me hizo europeo. Tomé conciencia de ser europeo entre aquel día de 1969 en que por primera vez, siendo un colegial, inhalé humo de cigarrillos Gauloise y la firma de libros en el Budapest revolucionario de 1989. Mi diario, en la entrada del viernes 12 de agosto de 1977, recoge una velada en una pizzería de Berlín Oriental con Karl, un «electricista, guía

cinematográfico y taxista» austriaco, a quien mi yo de veintidós años, licenciado en Oxford y engreído, describe como un «compañero europeo claramente civilizado». (No sería bueno tener un compañero de pizza incivilizado, ¿no?). Aun así, un «compañero europeo».

Este libro es una historia personal de Europa. No es una autobiografía. Es más bien un libro de historia ilustrada con relatos memorialísticos. Recurro a mis diarios, cuadernos, fotografías, recuerdos, lecturas, a lo que he visto y oído a lo largo del último medio siglo, pero también a las remembranzas de otros. Así pues, cuando digo historia «personal», no me refiero solo a la mía, sino a la historia vivida por personas individuales y ejemplificada por sus relatos. Cito conversaciones que he mantenido con líderes europeos cuando eso ayuda a iluminar lo narrado, pero también múltiples reuniones con la llamada «gente corriente», que muchas veces son seres humanos más extraordinarios que sus dirigentes.

He visitado o revisitado algunos lugares para informarme, como hacen los periodistas. También he recurrido a las mejores fuentes primarias y a la investigación académica más reciente, como hacen los historiadores. A diferencia de los reportajes y las crónicas que escribí en el momento en que se desarrollaban los hechos, aquí aprovecho plenamente la perspectiva que da el tiempo. *A posteriori* todo se ve con claridad y, aunque la visión que tenemos a principios de la década de 2020 dista de ser perfecta, algunos hechos resultan ahora más claros.

Siempre procuro ser preciso, veraz y justo, pero no pretendo ser exhaustivo, imparcial u objetivo. Un escritor griego joven dibujaría una Europa diferente, y lo mismo cabe decir de un anciano finlandés, un nacionalista escocés, un ecologista suizo o una feminista portuguesa. Los europeos pueden tener numerosas patrias, pero nadie se siente igual de a gusto en todas las partes de Europa.

Si nuestros espacios son diferentes, también lo son nuestros tiempos. Por ejemplo, algunos de mis amigos polacos se movían en la clandestinidad a principios de los ochenta,

durante un periodo de intensa represión: usaban nombres falsos, cambiaban de vivienda furtivamente por la noche y enviaban mensajes cifrados para todo el mundo igual que los miembros de la resistencia polaca clandestina durante la ocupación nazi en la Segunda Guerra Mundial. En un viaje que hice para verlos, escribí en mi diario: «Salida de Heathrow: 1984; llegada: 1945». Es posible que distintas generaciones habiten épocas distintas pese a vivir en el mismo sitio. Mi 2023 no es el 2023 de mis alumnos. Cada persona tiene su propio «nuestros tiempos».

Por tanto, si en la actualidad hay unos ochocientos cincuenta millones de europeos —empleando una definición geográfica amplia de Europa que incluye Rusia, Turquía y el Cáucaso—, entonces existen ochocientos cincuenta millones de Europas individuales.[6] Dime cuál es tu Europa y te diré quién eres. Pero ni siquiera ese marco es lo bastante amplio. La identidad es una mezcla de las cartas que nos han tocado en suerte y de lo que hacemos con ellas. Es asimismo una mezcla de cómo nos vemos a nosotros mismos y cómo nos ven los demás. Los europeos, que tienen una marcada tendencia a la autocomplacencia, también necesitan verse a través de los ojos de los no europeos, sobre todo en la enorme porción del mundo que ha experimentado el colonialismo europeo.

No obstante, aunque todos tenemos nuestra época personal y nuestra propia Europa, ambas se sitúan dentro de marcos temporales y espacios compartidos. La Europa de hoy no se entiende a menos que nos remontemos al periodo que Tony Judt resumió en el título de su historia de Europa a partir de 1945: *Posguerra*. Pero ese marco de posguerra se solapa y en aspectos importantes queda reemplazado por la Europa pos-Muro, la que surgió tras la caída del Muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989, la desaparición de la Unión Soviética en diciembre de 1991 y el final de la división de nuestro continente en dos bloques hostiles durante la Guerra Fría. En las páginas siguientes ofrezco un relato personal y una interpretación de la historia de Europa en esos marcos temporales superpuestos de la posguerra y el pos-Muro.

El periodo posterior a la caída del Muro no fue una época de paz ininterrumpida en Europa. Se produjeron la sangrienta

desintegración de la antigua Yugoslavia en los noventa, atrocidades terroristas en numerosas ciudades europeas, el ataque ruso a Georgia en 2008, la toma de Crimea en 2014 y el posterior conflicto armado en el este de Ucrania, que todavía continúa. No obstante, para la mayoría de los europeos ese periodo también podría definirse como la Paz de los Treinta Años. Eso terminó con la invasión a gran escala de Ucrania por parte de Rusia el 24 de febrero de 2022, con la que se inició una guerra de una magnitud y un horror no vistos en Europa desde 1945. Y en 1945 es donde debe empezar nuestro relato.

DESTRUIDA

(1945)

WESTEN

«El inglés llegó por la tarde», dice Heinrich Röpe, un robusto granjero bajosajón con la cara del color del ruibarbo. Mientras caminamos por las tranquilas orillas herbosas del Aller, me muestra un lugar cercano a su casa familiar, con entramado de madera. En ese sitio las tropas británicas levantaron un puente metálico provisional un día de abril de 1945. «Montgomery cruzó el río por aquí», exclama con más que una pizca de orgullo local. A sus cinco años, el pequeño Heini se puso de puntillas para mirar por la ventana y ver pasar el ejército de uniforme caqui.

He viajado al pueblo, ahora próspero, de Westen (que significa «oeste»), situado en medio de las tierras bajas del norte de Alemania, debido a tres fotografías granulosas en blanco y negro. Muestran a un grupo de oficiales del ejército británico viendo un partido de críquet. Uno de ellos es mi padre, que en aquel entonces tenía veintiséis años. Al dorso escribió, con su característica letra inclinada, que las fotografías se hicieron en junio de 1945 en Westen, población que su escuadrón de artillería ocupó al final de la Segunda Guerra Mundial. Para mi padre, que desde el Día D había pasado casi todo un año combatiendo en Francia, Bélgica, Países Bajos y Alemania, viendo cómo a su alrededor herían y mataban a camaradas suyos, un tranquilo partido de críquet debió de ser algo extraordinario. Escudriño el rostro tenso de un joven a quien nunca conocí y que se convertiría en el anciano al que quiero. ¿Qué pasaba por su mente?

Al mirar con más detenimiento veo al fondo a una mujer con un niñito en el regazo. Detrás de ella hay unos cuantos muchachos vestidos de civil. Un chico de lustroso pelo rubio lleva pantalones de talle alto sujetos con tirantes. Alemanes. ¿Qué impresión debió de causarles pasear entre aquellos desconocidos soldados extranjeros que jugaban a ese

desconocido juego extranjero? ¿Lograría encontrar en Westen a alguien que recordara algunos detalles de aquella época?

Por eso estoy aquí, en un día soleado de primavera, sentado en el interior de un precioso edificio de ladrillo rojo del siglo XVIII convertido en museo municipal y lugar de reunión. Tengo ante mí, alrededor de una gran mesa de madera, a doce ancianos y una anciana que recuerdan…, que lo recuerdan todo. Todo, y quizá un poco más.

«Para mí, que pertenecí a las Juventudes Hitlerianas —dice Albert Gödecke, que al instante atrae nuestra atención—, estaba muy claro que Adolf Hitler ganaría la guerra». Así lo creyó hasta que conoció a su primer *tommy*, o soldado británico. (Todos los vecinos de Westen que se precien se refieren a las fuerzas armadas británicas en singular, es decir, como «el inglés» o «el *tommy*»). Por suerte, Albert hablaba un poco de inglés, y por eso le dijo al inglés: «Por favor, señor…».

Heinrich Müller, un viejo granjero rechoncho con una cabeza como una calabaza gigante, había sido soldado de la Wehrmacht y había luchado en el frente oriental hasta que resultó herido. En 1945 el *tommy* irrumpió en la granja que su familia tenía en Westen y le preguntó en un alemán entrecortado: «Warum Du nicht Soldat?» (¿Por qué no eres soldado?). Él se levantó la pernera del pantalón para mostrarles su herida.

Unos treinta jóvenes alemanes perecieron en la defensa desesperada del frente de Hitler en la orilla oriental del Aller. Recorro las hileras de pequeñas lápidas rectangulares del cementerio de la localidad fijándome en los nombres y las fechas de nacimiento: Gerd Estemberger, diecisiete años; Wilhelm Braitsch, diecisiete; Paul Jungblut, diecisiete. Me viene a la memoria el epitafio de Rudyard Kipling para un recluta novato:

> *En la primera hora de mi primer día*
> *en la trinchera del frente caí.*
> *(En el teatro, los niños de los palcos*
> *se levantan para ver bien).* [7]

Entretanto, los refugiados alemanes habían duplicado la

población de Westen, que pasó de unos seiscientos habitantes a más de mil doscientos. Algunos habían llegado de Hamburgo tras los aterradores bombardeos angloamericanos conocidos como «operación Gomorra», que impulsó a más de novecientas mil personas a abandonar la ciudad arrasada.[8] Otro grupo que había sido trasladado —«en la época de Adolf», en palabras de Albert— de Besarabia a Pomerania huyó más tarde ante el avance del Ejército Rojo «con ciento cuarenta caballos». Me gusta la precisión campesina del número de caballos. Luego hubo una expedición aún más larga de alemanes que huyeron de Silesia para salvar la vida después de que Stalin, Churchill y Roosevelt decretaran que la región debía entregarse a Polonia.

Helga Allerheiligen, una mujer menuda y metódica de ochenta años, aunque parece mucho más joven, es una de esos refugiados de Silesia. Retoma el relato con la ayuda de Wilhelm, su marido. Sí, ella llegó de Breslavia (Wrocław en polaco) «en un carro tirado por bueyes, con solo tres maletas». Su familia se alojó en el pueblo vecino de Hülsen, en lo que antes había sido un campo de trabajos forzados para polacos. «Tendría que haber visto usted en qué estado dejaron los polacos esos barracones, hechos un asco», me confía más tarde, con solo una pizca de los viejos prejuicios.

Los lugareños no recibieron bien a esas refugiadas alemanas, y menos aún como parejas de sus hijos: «Los hombres de Westen deben casarse con muchachas de Westen». Por suerte los soldados británicos organizaban bailes por las noches. «Querían juntarse con las chicas alemanas», explica Helga. En uno de esos bailes, en el bar de Hülsen, conoció a un joven agradable de Westen llamado Wilhelm Allerheiligen, cuyo padre puso el grito en el cielo: «¡Esa mujer no trae nada consigo!». Sin embargo, el amor siempre triunfa. Así pues, aquí están, al cabo de toda una vida, recordando aquellos buenos tiempos, aquellos malos tiempos.

Su mención de los bailes organizados por los soldados británicos para «juntarse con las chicas alemanas» me lleva a otra pregunta: ¿las relaciones con ellos prosperaron? Tras un largo silencio, uno de los hombres dice con sorna: «¿Está usted buscando parientes en Westen?».

Cuando hacemos una pausa para tomar café con pasteles

caseros, enseño a los dos Heinrich las fotografías de mi padre en el partido de críquet. «¿Tienen alguna idea de dónde se hicieron?» Juntan sus recias cabezas. «Pues claro —exclaman—, esa es la carretera que lleva a Wahnebergen y, mira ahí, ese es el poste de telégrafos de Nocke».

«¿Tendría alguien la bondad de llevarme al lugar?». Jan Osmers, el más joven del grupo, se ofrece a ayudarme. Subimos a mi Volkswagen de alquiler y en un santiamén ahí está, sin la menor duda: el prado de las fotografías, con el poste de telégrafos en el mismo sitio. Plantado en la alta hierba fragante, que me llega hasta los tobillos, oigo en mi mente los sonidos de aquel partido de críquet en una cálida tarde de verano de hace muchos años: «¡Buen lanzamiento, señor!». «¡Bateador fuera!».

Jan, un hombre delgado con cabello plateado revuelto y gafas de cristales ahumados, es el historiador del lugar. Orgulloso heredero de un molino de viento que durante cinco generaciones ha pertenecido a su familia, ha escrito una crónica pormenorizada, basada en una minuciosa investigación, de la historia de Westen.[9] Solo me lleva un par de años y nos caemos bien al instante.

Desde el prado del partido de críquet nos dirigimos al Steinlager, un campamento del vecino pueblo de Dörverden donde se alojaron los trabajadores forzados. En lo que hoy se conoce como el Steinsiedlung (el campamento de los tiempos de guerra se convirtió más tarde en una urbanización), los barracones sólidamente construidos han dado paso a modestos bungalows unifamiliares con céspedes cuidados y coches pequeños en la entrada. En uno de ellos, las barras y estrellas de la bandera estadounidense ondean en un alto mástil.

En esta zona, muchos de los trabajadores forzados de los nazis vivían con los granjeros para los que trabajaban mientras los hijos de esos granjeros se iban a matar a los familiares de los trabajadores forzados en la guerra de Hitler. Pero los polacos, rusos, franceses y belgas que se hospedaban en el Steinlager trabajaban en la cercana fábrica de pólvora de Eibia, que, entre otras cosas, elaboró una rudimentaria arma química.[10] Jan y yo nos internamos con el coche en un tupido bosque de coníferas de Barme, donde entre los

abetos y pinos todavía se atisban los restos de esa fábrica de muerte. Unas vías de tren abandonadas llevan directamente a la factoría y un ramal aún operativo discurre a corta distancia. Líneas ferroviarias: las venas varicosas de la maldad nazi, que transportaban veneno, esclavitud y muerte a todos los rincones de la Europa ocupada.

En el bosque de Barme ya estamos cerca del corazón de las tinieblas, aunque nos acercaremos aún más si dejamos la carretera principal, que lleva a Hannover, y seguimos las indicaciones de Bergen-Belsen. Ahí, apenas unos días después de cruzar el Aller, los compañeros de mi padre se enfrentaron a horrores que pocos británicos han imaginado siquiera vagamente. Se vieron rodeados de «esqueletos vivientes con rostros demacrados amarillentos» y olieron el «hedor de la carne putrefacta».[11]

Los maltratos, el hambre y las enfermedades despojaron a los supervivientes de los últimos jirones de dignidad humana. Alan MacAuslan, un estudiante de medicina que trabajaba con el ejército británico, recordaba:

> Miré hacia abajo en la penumbra y vi a una mujer agachada a mis pies. Tenía el pelo negro y enmarañado, muy poblado [de piojos], y las costillas se le marcaban como si no hubiera nada entre ellas […]. Estaba defecando, pero se hallaba tan débil que no podía levantar las nalgas del suelo y, como tenía diarrea, las deposiciones de líquido amarillo se le escurrían por los muslos. Además de sarna, tenía los pies blancos y gruesos debido al edema por desnutrición. Mientras estaba agachada, se rascaba los genitales, también afectados de sarna.[12]

Un prisionero checoslovaco llamado Jan Belunek contó a sus libertadores que había visto cadáveres con el corazón arrancado y que había visto a otro prisionero «sentado junto a uno de esos cadáveres […] comiendo carne que no me cabe duda de que era carne humana».[13]

Los cuerpos apilados mostraban, según declaró un oficial británico, «todas las bromas que puede gastar el *rigor mortis* con el rostro humano, todas las posturas grotescas que un esqueleto humano desparramado, tirado en el suelo al azar, puede adoptar».[14] Si visitáis el centro conmemorativo de Bergen-Belsen, veréis un documental original donde a los

guardias del campo de concentración capturados se les ordena sacar de los camiones esos rígidos cadáveres desnudos y arrastrarlos hasta las fosas comunes mientras los internos supervivientes les lanzan insultos en todos los idiomas de Europa.

Recorriendo en un solo día lo que en la actualidad es una zona próspera y apacible del noroeste de Europa he retrocedido hasta el momento más oscuro de nuestro continente. Esos fantasmas nos esperan a solo una conversación de distancia. Por cada Helga, Albert y Heinrich, por cada soldado británico como mi padre, por cada trabajador forzado francés, polaco o ruso del Steinlager, por cada preso de Bergen-Belsen, hubo millones más.

INFIERNO

Los seres humanos nunca han conseguido construir el cielo en la tierra, ni siquiera —o quizá sobre todo— cuando lo han intentado. En cambio, una y otra vez han construido el infierno en la tierra. Así lo hicieron los europeos en su propio continente durante la primera mitad del siglo pasado, igual que lo habían hecho en centurias anteriores en continentes ajenos. Nosotros nos lo hicimos solitos. Fue la barbarie europea, perpetrada por europeos contra europeos y a menudo en nombre de Europa. Es imposible entender lo que Europa trata de hacer desde 1945 si no somos conscientes de ese infierno.

«Una muerte es una tragedia; un millón de muertes es una estadística». Dejando de lado la dificultad de dar cifras precisas, los números enseguida nublan la mente. ¿He de decir que en un solo mes, el de marzo de 1945, murieron en Bergen-Belsen unas dieciocho mil personas?[15] ¿O que al final de la guerra había casi ocho millones de trabajadores forzados en Alemania?[16] ¿O que el 93 por ciento del terreno residencial de Düsseldorf fue inhabitable tras los bombardeos aliados de la ciudad?[17] ¿O que Bielorrusia perdió unos dos millones de los alrededor de nueve millones de ciudadanos que tenía antes de la guerra y que otros tres millones o más fueron desplazados?[18]

En un libro que de forma inolvidable aplica a la Europa del siglo XX la etiqueta que los imperialistas europeos del XIX endosaron a África, *Dark Continent* («continente negro» en el título original, *La Europa negra* en español), Mark Mazower señala: «Entre los años 1939 y 1948 fueron muertas o desplazadas en Europa alrededor de noventa millones de personas».[19] Es decir, más o menos uno de cada seis europeos fue asesinado o desplazado.[20] Y eso sin entrar en los millones de personas famélicas, postradas por las

enfermedades, violadas, torturadas, mutiladas, depauperadas, ateridas, obligadas a ejercer la prostitución, humilladas, degradadas, personas que enviudaron o quedaron marcadas psicológicamente de por vida, por no mencionar los efectos a largo plazo en sus hijos y los hijos de sus hijos.

Como se señala en el Antiguo Testamento, la maldad de los padres se castiga en los hijos «hasta la tercera y cuarta generación».[21] Cuando investigué la vida de los funcionarios de la Stasi que me habían espiado en la Alemania del Este a finales de los setenta y principios de los ochenta, primero leyendo sus expedientes personales del ministerio y luego entrevistándolos en profundidad, me llamó muchísimo la atención que todos menos uno se hubieran criado sin un padre.[22] Los padres habían muerto o desaparecido en la guerra. Mientras hablaba con ellos, vi con claridad hasta qué punto ese hecho los había vuelto psicológicamente vulnerables al magnetismo del padre Estado. Después de 1945 decenas de millones de niños de toda Europa crecieron sin un padre y las madres vivieron sin un marido.

En ese infierno había distintos círculos. En general los ricos no pasaron hambre, aunque los orígenes aristocráticos no protegían contra la miseria. Dependiendo de las fechas, era mejor ser alemán o húngaro que francés o neerlandés, y luego al revés, pero por lo común era peor ser eslavo y peor aún ser gitano o judío. El infierno tenía una nítida geografía. Los habitantes de los países neutrales, como Suiza, Suecia o Irlanda, se ahorraron los peores horrores. Las bajas militares, los bombardeos durante la guerra y la austeridad de la posguerra infligieron grandes sufrimientos en el Reino Unido: el segundo nombre de mi hermano, Brian, lo eligieron en honor del mejor amigo de mi padre, que murió en la guerra. Los horrores más terribles se vivieron en la mitad oriental del continente, en lo que Timothy Snyder llamó de manera memorable «tierras de sangre».

En el cementerio de Westen, junto a las pequeñas lápidas rectangulares de aquellos niños soldados alemanes que perecieron a orillas del río Aller en abril de 1945, hay una placa conmemorativa que reza:

Ihr Findet Sie
Wo Ihr Nach Ihnen Fragt
Im Osten Gefallen
Im Westen Beklagt.
(Los encontrarás
donde preguntes por ellos.
Caídos en el Este,
recordados en el Oeste).

Recordados en el Oeste… y en este pueblo llamado Oeste. Como era una localidad agrícola bien provista de madera para leña, no pasó el hambre y el frío que soportó la mayoría de las grandes ciudades, sobre todo del Este. Durante la liberación de Europa Occidental, algunos soldados británicos cometieron atrocidades, como ejecuciones sumarias y apaleamientos crueles, pero no hubo nada parecido a las violaciones y la brutalidad a gran escala que el Ejército Rojo perpetró en civiles alemanes. Albert, el exmiembro de las Juventudes Hitlerianas, me asegura amablemente que en Westen los ingleses eran «muy tranquilos y prácticos». Ahora bien, los británicos no habían padecido lo que los rusos, ucranianos, bielorrusos y otros pueblos de Europa del Este que combatieron con el Ejército Rojo habían sufrido a manos de los alemanes.

OSTEN

Después de que una contingencia de la historia personal me haya llevado a Westen, me pregunto si hubo un pueblo llamado Osten, que significa «este».[23] En efecto, en el Reich alemán hubo tres antes de 1914, y uno de ellos es ahora Przysieczyn, situado en el oeste de Polonia. Así pues, ahí estoy, en Przysieczyn, sentado a otra mesa de madera con otro grupo de ancianos que, al igual que sus homólogos alemanes de Westen, lo recuerdan todo (y quizá un poco más).

Un maestro polaco jubilado levanta con gesto teatral una cantimplora metálica del ejército francés, regalo de un soldado francés a su compañero polaco en un campo alemán de prisioneros de guerra. Un anciano granjero recuerda haber visto cadáveres de alemanes en el bosque a principios de 1945. La caballería cosaca del Ejército Rojo había estado persiguiéndolos. Pero con anterioridad las SS habían matado a 103 polacos en ese mismo bosque tras la invasión germana de septiembre de 1939. Y se habían producido las deportaciones masivas de polacos al este.

El edificio achaparrado y de paredes amarillas donde nos encontramos fue la *Polenschule* (escuela para polacos) durante la ocupación nazi. Las escuelas de primaria y secundaria de la capital de la región, Wągrowiec, solo admitían niños alemanes. Los polacos se veían obligados a trasladarse a los pueblos circundantes para estudiar en colegios rudimentarios como este, donde se les prohibía hablar polaco y recibían una enseñanza muy elemental en alemán hasta los doce años, edad a la que se ponían a trabajar. A fin de cuentas, habían de ser una raza sometida.

Me entrevisto con Zbigniew Orywał, un exatleta olímpico nonagenario, sano como una manzana y campechano, que fue alumno de la escuela nazi «para polacos». Recuerda que

durante la ocupación alemana estaba prohibido que más de dos polacos caminaran juntos por la calle. A pesar del toque de queda, su padre salía a hurtadillas por la noche para comprar comida a los agricultores de la zona. Si los alemanes lo hubieran pillado, lo habrían matado de un tiro al instante. La mayoría de los alemanes huyó a principios de 1945, ante la proximidad del Ejército Rojo, llevándose los carros y los caballos. (Aquí, al igual que en Westen, los caballos ocupan un lugar destacado en la conversación). Y también él recuerda que los soldados del Ejército Rojo acabaron con los pocos alemanes que quedaban.

La zona de Wągrowiec ilustra la locura de aquellos años, en los que no solo millones de hombres, mujeres y niños fueron de aquí para allá contra su voluntad, como ganado, sino regiones enteras.[24] La zona había sido polaca durante siglos, hasta que Prusia se apoderó de ella por la fuerza en la primera partición de Polonia, en 1772. En consecuencia, después de 1871 formó parte de la Alemania unificada. Tras la Primera Guerra Mundial volvió a ser polaca; en 1939, alemana; en 1945, polaca otra vez. Al final de nuestra conversación en Przysieczyn, en torno a la mesa, el exalcalde del pueblo, un campesino encantador y robusto llamado Jan Kaniewski, me entrega un rollo de cartón grande. Al desplegarlo encuentro un mapa alemán de la región durante la guerra, guardado por su padre, con los topónimos en alemán: Wągrowiec es Eichenbrück, y Przysieczyn, Osten. Me cuenta que su padre no mencionó la existencia del mapa hasta después del final del régimen comunista, en 1989.

Durante la ocupación germana, casi la mitad de la población polaca de Wągrowiec fue deportada, principalmente al este del territorio polaco ocupado por los nazis, pero también a lugares como Westen para realizar trabajos forzados. Por lo general los negocios y las granjas de los polacos pasaron a manos de alemanes, muchos de ellos procedentes de poblaciones del este del Reich. Por ejemplo, Adam Mesjasz, un anciano locuaz, hijo de granjero, recuerda que el 11 de febrero de 1941, cuando él tenía tres años, echaron a toda su familia de su casa y los subieron a un gélido tren para trasladarlos al este. Un «alemán del Báltico» se quedó con la granja. Cuando la familia de Adam regresó el

Domingo de Resurrección de 1945, los alemanes del Báltico habían huido hacia el oeste…, llevándose todos los caballos, recalca.

También Mesjasz tiene algo que enseñarme: un libro grande envuelto en papel marrón. Resulta ser un álbum que lleva el título de *Adolf Hitler: fotografías de la vida del Führer*. El Führer leyendo el periódico, el Führer acariciando la cabeza de encantadores niños rubios, el Führer asediado por mujeres encandiladas… Un granjero alemán de la zona había recogido con esmero cada imagen de una especie de publicación por entregas y las había pegado en el lugar correspondiente del volumen impreso. Adam y sus compañeros lo encontraron escondido bajo los tablones del suelo de una granja en cuya reforma trabajaron en los años setenta. Un fantasma doméstico.

Los alemanes de la zona, cuyas familias, en algunos casos, habían vivido allí desde hacía generaciones, también huyeron a principios de 1945, y la mayoría se estableció en la región de Luneburgo, en el norte de Alemania, no muy lejos de Westen. Muchas de sus granjas en lo que volvía a ser la región de Wągrowiec fueron ocupadas por polacos que, a su vez, habían sido sacados a la fuerza de los territorios orientales de Polonia, que entonces formaban parte de la Unión Soviética de Stalin. Algunos de los polacos que echaron a Helga Allerheiligen, la anciana de Westen, de la antaño ciudad alemana de Breslavia (Wrocław en polaco) habían sido expulsados, «con solo tres maletas», de su tierra natal, igualmente amada y poblada desde hacía siglos, en lo que en la actualidad es Ucrania o Bielorrusia. Era el loco carrusel europeo de los desplazamientos involuntarios.

La venganza de las tropas soviéticas de vanguardia contra los alemanes, fueran culpables o inocentes, no se limitó a las ejecuciones sumarias y el pillaje. Un testigo ocular refirió que, cuando el Ejército Rojo llegó al puerto báltico de Danzig (Gdansk en la actualidad), «casi todas las mujeres fueron violadas y entre las víctimas se contaron algunas de sesenta y de setenta y cinco años, así como muchachas de quince e incluso de doce años. Muchas fueron violadas diez, veinte y hasta treinta veces».[25] A menudo a los hombres se les obligaba a mirar. «Parece que los hombres de hoy en día se

han encogido», dice Maria en la película *El matrimonio de Maria Braun,* de Rainer Werner Fassbinder. Es decir, los hombres alemanes.

En Königsberg, la ciudad natal de Immanuel Kant, luego transformada a la fuerza en la soviética Kaliningrado, un médico joven, Hans von Lehndorff, oyó a las mujeres sometidas a un sinfín de brutales violaciones gritar a los soldados del Ejército Rojo: «¡Pegadme un tiro! ¡Pegadme un tiro!». «¡Oh —exclama Lehndorff—, cuántas miradas de envidia debieron de recibir los muertos!».[26] En toda la Europa devastada se produjeron innumerables suicidios.

Cuando finalmente Lehndorff y sus compatriotas prusiano-orientales fueron expulsados de su cercana tierra natal por las nuevas autoridades polacas, el noble médico informó a sus compañeros alemanes: «… el concejal [polaco] dice que lamenta que tengamos que abandonar así nuestra patria, pero que no puede impedirlo porque nuestro pueblo les hizo lo mismo a los polacos, y por desgracia es cierto».[27]

De nada sirve tratar de confrontar esos sufrimientos en una especie de contabilidad moral de partida doble. El poeta W. H. Auden plasma la verdad esencial:

La opinión pública y yo sabemos
lo que todos los escolares aprenden:
a quien mal se inflige
maldades comete a cambio.[28]

En este panorama de horror, con sus infinitas variantes de tormentos que se asemejan sobre todo a las imágenes del infierno de El Bosco, lo que más parte el alma son los niños: huérfanos, abandonados, maltratados, traumatizados. Durante la guerra, en los alrededores de Westen, a las trabajadoras forzadas les arrebataban a sus bebés para llevarlos a toscos orfanatos, uno de ellos una pocilga reformada y otro un establo. Muchos de los pequeños murieron. Los que sobrevivieron sufrieron secuelas psicológicas de por vida. Nada más terminar la guerra, las enfermeras inglesas se quedaron estupefactas al ver el comportamiento de los niños judíos de los campos de concentración. Si uno desaparecía del grupo, los otros decían como si tal cosa: «Ah, se ha muerto».

[29] Para ellos era lo normal.

CERO PERIÓDICO

La idea de que 1945 fue el año cero de Europa contiene una verdad y dos trampas. La importante verdad es que llegó un momento en que la mayoría de los europeos dijo: «Ese horror se ha acabado por fin; empecemos a reconstruir un lugar mejor a partir de los escombros».

La primera trampa estriba en tomarlo como un punto de partida sin tener en cuenta el año –1 o –10, los años que llevaron a ese punto. Es imposible entender los horrores infligidos a alemanes inocentes en 1945 si ignoramos lo que los alemanes hicieron a otros alemanes a partir de 1933 y luego a otros europeos, comenzando por la anexión de Austria y algunas zonas de Checoslovaquia en 1938. Para los pueblos de la Unión Soviética, la brutalidad se hallaba en los mismos inicios del régimen soviético, en 1917. Al menos ocho millones de personas murieron en la guerra civil rusa, que se prolongó hasta principios de la década de 1920, y cerca de cuatro millones perecieron en la hambruna que padeció Ucrania a principios de los años treinta.[30] Para entender esos hechos a su vez, tenemos que retroceder al menos a 1914 y a las causas de la Primera Guerra Mundial, su desarrollo y su legado. El origen de algunos de los conflictos entre estados y pueblos que resurgieron después de 1989 se remonta al periodo anterior a 1914, con la disolución de los imperios otomano y austrohúngaro y el acuerdo de paz impuesto al final de la contienda por los victoriosos aliados.

La segunda trampa radica en la suposición de que todos los europeos tuvieron el mismo año cero, es decir, 1945. Para el sur de Italia, el año cero fue 1943, tras la invasión aliada. Para buena parte de Europa Oriental, comenzó en 1944, con el avance del Ejército Rojo, pero no terminó hasta 1945. En Ucrania y Polonia hubo una lucha feroz entre fuerzas comunistas y anticomunistas, y entre polacos y ucranianos,

hasta finales de los cuarenta. En Yugoslavia y Grecia se libraron combates igual de encarnizados, con el apoyo de las fuerzas británicas a los partisanos comunistas en Yugoslavia mientras otras fuerzas británicas reprimían a los partisanos comunistas en Grecia.

No hubo una línea de separación clara entre la guerra abierta y la guerra fría. Austria solo se convirtió firmemente en parte de Occidente en 1955 con su Tratado de Estado. En Estonia, los extraordinarios «hermanos del bosque» siguieron luchando contra la ocupación rusa desde sus escondrijos camuflados hasta bien entrados los años cincuenta.[31] El último hermano del bosque, August Sabbe, murió en 1978, cuando el KGB intentó detenerlo. A lo largo de la Unión Soviética, la inmensa red de campos de concentración que llegaron a ser conocidos como el Gulag (acrónimo ruso de Central Administrativa de los Campos de Trabajo Correccionales) continuó infligiendo los tormentos descritos por Alexander Solzhenitsyn en *Archipiélago Gulag*.[32] El Gulag desapareció oficialmente en 1960, pero continuó habiendo centros especiales de detención para presos políticos hasta bien entrada la década de los ochenta.

A partir de mediados de los cincuenta la opresión y la brutalidad soportadas por la mayor parte de la población del bloque soviético fue menos extrema de lo que había sido en los años treinta y cuarenta. No obstante, como señaló una y otra vez el dramaturgo checo disidente Václav Havel, la «paz» que conocían quienes vivían en un país como Checoslovaquia no era comparable a aquella de la que disfrutaban los ciudadanos de Francia, los Países Bajos o Bélgica.[33] Se vio interrumpida por la invasión soviética de Hungría en 1956 y la de Checoslovaquia en 1968, así como por la declaración de la ley marcial en Polonia en 1981, y estuvo marcada por la represión policial cotidiana.

Tampoco fue simplemente una división este-oeste. Portugal y España siguieron viviendo bajo dictaduras fascistas, por lo que su año cero llegó a mediados de los setenta con el final de dichos regímenes. Quizá sea más preciso decir que tuvieron dos años cero. En el caso de Grecia, en 1967 se impuso la dictadura militar de los coroneles, de la que no salió hasta 1974.

Paseando por la parte de la Friedrichstrasse perteneciente a Alemania Oriental un par de días después de la caída del Muro de Berlín, ocurrida el 9 de noviembre de 1989, me encontré con un hombre que dijo eufórico: «¡Veintiocho años y noventa y un días!»; el tiempo exacto que su familia había pasado atrapada al otro lado del Muro. Me contó que acababa de ver un cartel manuscrito que rezaba: «Hoy termina de verdad la guerra». Para las sociedades de la mitad oriental de Europa dominada por la Unión Soviética, 1989 fue su segundo año cero.

Apenas habíamos dicho «adiós a todo eso» cuando todo eso volvió con fuerza en la antigua Yugoslavia. Guerra. Limpieza étnica. La violación empleada como arma. Campos de concentración. Terror y mentiras. Nunca olvidaré una reunión que tuve en 1995 en Sarajevo con el director de una revista que habló largo y tendido sobre «después de la guerra» mientras de vez en cuando iba a echar pedazos de muebles viejos serrados a una estufa rudimentaria. Por un instante pensé que se refería a después de 1945; luego comprendí que para él «después de la guerra» significaba después de 1995.

Mientras escribo estas líneas, en Ucrania sigue librándose una importante guerra terrestre iniciada por Vladímir Putin en febrero de 2022 con una invasión a gran escala y proseguida por las fuerzas armadas rusas con una brutalidad indiscriminada. Cuando con el tiempo la gente diga en Ucrania «después de la guerra», se referirá a después de 2023 o de la fecha en que finalmente termine el conflicto. Será otro año cero. En Europa el cero es un número periódico.

DE PADRES Y PATRIAS

En el trayecto en coche desde el campo de críquet de Westen hasta al bosque de Barme, Jan y yo hablamos de nuestros padres. El suyo sirvió en las Waffen-SS, el cuerpo de combate de las temibles SS nazis. Más tarde Hartmut Osmers apenas hablaba de la guerra, salvo para decir que «fue una época dura». Aborrecía a los británicos, que después de 1945 lo habían tenido más de dos años encerrado en un campo de prisioneros donde no lo trataron bien. Tragicómicamente, su antipatía por todo lo británico se extendía incluso a los Beatles. Años después, en 1970, se escandalizó al ver que, en uno de los grandes gestos de la Europa posbélica, Willy Brandt, canciller de Alemania Occidental, se arrodillaba en Varsovia ante el monumento a los héroes del levantamiento del gueto de esa ciudad. «¡Mira que inclinarse ante los polacos!», exclamó el antiguo miembro de las Waffen-SS.

Tras luchar en el frente oriental, Hartmut Osmers fue destinado a Normandía con la Décima División Panzer, que combatió con ferocidad para frenar el avance británico tras los desembarcos del Día D. Una vez contó a su hijo que, de los ciento veinte hombres de su compañía, solo habían sobrevivido treinta. Así pues, el padre de Jan podría haber matado al mío, o el mío al suyo. Un exsoldado que había participado en los encarnizados combates cuerpo a cuerpo en el *bocage*, la campiña normanda densamente arbolada y dividida por setos, recordaba haber visto el cadáver de un soldado británico con

> … el cuerpo atravesado por la mitad por la bayoneta de un fusil alemán que lo había dejado clavado a un árbol. Al mismo tiempo [el soldado británico] había estirado el brazo […] para hundir su cuchillo en la espalda de su oponente. Los dos habían muerto por la noche, pero con la luz del día los vimos apoyados el uno en el otro. [34]

Podrían haber sido nuestros padres. Una de las anécdotas de la guerra que contaba el mío era que en el *bocage*, no lejos de Bayeux, un día se encontró ante un seto alto y tupido detrás del cual había un tanque germano. Oía con claridad las órdenes en alemán vociferadas por el comandante del carro de combate, pero por suerte ninguno de los dos veía qué había al otro lado del cercado. Siempre recordó ese momento en que estuvo cerca de la muerte.

Mi padre tuvo lo que en la Gran Bretaña de mi infancia se llamaba «una buena guerra». (¿Hay algún otro país europeo donde se hable de «una buena guerra»?). Aproximadamente a las siete y media de la mañana del 6 de junio de 1944, el Día D, el capitán John Garton Ash desembarcó con la primera oleada de ataque del regimiento Green Howard en el sector King de Gold Beach y avanzó a gatas hacia un edificio de la pequeña población normanda de Ver-sur-Mer que él y sus compañeros conocían como «casa váter» por la forma que tenía su camino de acceso en las fotografías aéreas de reconocimiento, tras lo cual continuó adelante para tomar el puesto de artillería alemán que había más allá. Siguieron meses de duros combates. Había cadáveres de personas y de vacas esparcidos por los campos.[35]

Como observador avanzado de artillería, debía adelantarse con el frente de infantería y subir al punto de observación más elevado —un campanario de iglesia las más de las veces— a fin de transmitir por radio las instrucciones de tiro más precisas a los tanques situados detrás. El enemigo enseguida detectaba la presencia de alguien allá arriba. En noviembre de 1944, tras unos combates especialmente feroces, escribió a sus padres:

> Sé que cuando íbamos de vacaciones siempre visitábamos muchas iglesias, pero en el futuro no me pidan nunca que mire los campanarios: tienen la lamentable costumbre de desmoronarse violentamente y con frecuencia.

A ese lamentable hábito de los campanarios se aludía incluso en su mención para la cruz militar con que fue galardonado.

La guerra fue una experiencia decisiva en la vida de mi

padre. Al igual que los excombatientes de Agincourt citados por el rey Enrique V de Shakespeare («El buen hombre enseñará esta historia a su hijo»), nos contaba a menudo anécdotas de la época en que sirvió en el ejército durante la guerra, como la del tanque o la vez en que, tras ocupar el pueblecito de Westen, sus tropas recibieron órdenes de buscar uniformes y confiscarlos; a la mañana siguiente, una delegación de la localidad llamó a su puerta y le preguntó: «Por favor, ¿podrían devolvernos los uniformes de los bomberos?». Tal vez mi padre fuera el oficial que ordenó la detención del padre de Jan —en el verano de 1945, Hartmut Osmers estaba escondido en el molino que su familia tenía en Westen y se había quitado con ácido clorhídrico el tatuaje de las SS que llevaba en el brazo— y su envío a un campo de internamiento británico, lo que generó aquella anglofobia de por vida. Pero mi padre no me contó esa historia.

Durante los deprimentes meses en Westen, mientras esperaban con impaciencia el momento de iniciar el resto de su vida, los artilleros británicos mataban el tiempo convirtiendo obuses de once kilos en pesados ceniceros metálicos. Mi padre conservaba con mucho cuidado el suyo, que ahora goza de un lugar de honor en la repisa de la chimenea de mi estudio. «Obuses transformados en ceniceros» tal vez sea menos poética que «¡Espadas convertidas en arados!», pero ese cenicero tiene la ventaja insuperable de reflejar la realidad.

Las anécdotas de mi padre mantenían un tono muy inglés de sutileza semihumorística. Como en el caso de la mayoría de los hombres ingleses de su generación, había muchos temas de los que nunca habló, ni siquiera cuando, ya cerca del final de sus días, quise entrevistarlo sobre su experiencia en la guerra. Sin embargo, en aquellos últimos años, ya superados con creces los noventa, de vez en cuando decía que había dormido mal.

¿Por qué?

«Ah, pensando en las cosas que vi en la guerra».

¿Qué «cosas» exactamente? Como era un inglés estoico de la vieja escuela, nunca lo decía, pero entre los papeles personales que encontré cuando murió en 2014 había una endeble hoja copiada en papel carbón, uno de los muchos

recuerdos de acciones compartidas escritas por antiguos compañeros de armas. «Nieve, nieve roja de sangre —empieza diciendo el informe de un oficial irlandés—, una compañía y la mitad del 13.º Batallón de Paracaidistas eliminados en la línea de salida…». Amigos muertos. Cadáveres en los campos. Partes del cuerpo destrozadas y atrapadas en los setos. ¿Acaso hubo decisiones precipitadas que mi padre aún se reprochaba? ¿Por qué no ayudé a aquel hombre? Si hubiera… En la misma carpeta guardaba devotamente su correspondencia con las viudas y madres de los soldados caídos mientras servían en su escuadrón de artillería.

Casi setenta años después, en la segunda década del siglo XXI, esos recuerdos no le dejaban dormir. Del mismo modo que mi padre pasaba las noches en vela en Roehampton, una zona arbolada del sudoeste de Londres, sin duda otros ancianos de otras naciones permanecían despiertos en Nápoles, Marsella, Cracovia y Dresde, afligidos por recuerdos parecidos y fantasmas similares. Al igual que la radiación, el mal tiene una semivida larga.

EL MOTOR DEL RECUERDO

Los recuerdos personales, comenzando por los del infierno que los europeos se forjaron en la tierra, figuran entre los propulsores más potentes de cuanto Europa ha hecho desde 1945 y de todo en lo que se ha convertido. Yo lo llamo «el motor del recuerdo». Pensemos por ejemplo en Bronisław Geremek, una figura clave en la lucha de Polonia por la libertad en las últimas décadas del siglo XX y uno de los grandes europeos de nuestro tiempo. Guardaba en lo más profundo de sí suficientes recuerdos para tres vidas, incluida la experiencia, a una edad temprana, en los círculos inferiores del infierno. Hacia el final de su vida, Bronek, como lo llamaban sus amigos más íntimos, recordaba con un detallismo cinematográfico la siguiente escena de su infancia.

Estamos en 1942. En un tranvía que atraviesa traqueteando la Varsovia ocupada por los nazis hay un niño de diez años demacrado y medio muerto de hambre. Bronek.[36] Aunque lleva puestos cuatro jerséis, tirita pese al calor de agosto. Todos lo miran con curiosidad. Está seguro de que todos se dan cuenta de que es un niño judío que ha escapado del gueto de Varsovia a través de un boquete del muro. Por suerte nadie lo denuncia y un pasajero polaco lo advierte de que tenga cuidado y no se siente en la zona marcada como «Nur für Deutsche» («Solo alemanes»). Así pues, Bronek sobrevivió, mientras que su padre murió en un campo de exterminio nazi y su hermano fue enviado a Bergen-Belsen, el campo de concentración liberado por soldados británicos.

Tras escapar de los horrores del gueto («el mundo ardía ante mis ojos»), a Bronek lo crio su madre, que también había logrado huir, y un padrastro polaco católico, cuyo apellido tomó: Geremek, en sustitución del judío Lewertow. En la adolescencia fue monaguillo y recibió clases de un sacerdote de la cofradía de la Bendita Virgen María que supo motivarlo.

Por tanto, llevaba en la médula la profunda y definitoria herencia cristiana de Europa. A los dieciocho años se afilió al partido comunista con la convicción de que este construiría un mundo mejor. Al cabo de dieciocho años, perdidas sus últimas ilusiones tras la invasión soviética de 1968, abandonó el partido a modo de protesta y reanudó su vida profesional como historiador medieval. Pero la política no se desprendió de él.

Mi primer encuentro con Bronek tuvo lugar durante la histórica ocupación de los astilleros Lenin de Gdansk en agosto de 1980, cuando el líder de los huelguistas, Lech Wałęsa, pidió a Geremek que se convirtiera en consejero del movimiento de protesta que acababa de recibir el nombre de Solidaridad. Durante la década siguiente lo visitaría siempre que se me presentara la oportunidad. Geremek fumaba su pipa profesoral mientras compartía conmigo sus análisis historicistas sobre el declive del Imperio soviético, incluso cuando él y sus camaradas de Solidaridad ayudaron a convertir ese declive en desmoronamiento en 1989.

Al cabo de diez años, como ministro de Asuntos Exteriores firmó el tratado de entrada de Polonia en la OTAN. Cuando lo visité en el ministerio, vi en la repisa de la chimenea una botella de un vodka checoslovaco llamado Lágrimas de Stalin. «¡Debes quedártela! —exclamó—. ¡Un ministro polaco de Asuntos Exteriores no puede tener a Stalin en su despacho!».

Tras desempeñar un papel decisivo en la incorporación de su querido país a la Unión Europea, se convirtió en miembro del Parlamento Europeo. Trágicamente, murió en un accidente de coche camino de Bruselas, lo que no deja de tener un significado simbólico. Bronisław Geremek creía con cada fibra de su ser en el proyecto de construcción de una Europa mejor.

La historia de Geremek es única, pero la forma básica de su europeísmo es típica de varias generaciones de constructores de Europa que convirtieron nuestro continente en lo que era a principios del siglo XXI. Si miramos cómo se presentaron en los diversos países los argumentos a favor de la integración europea entre los años cuarenta y los noventa, a primera vista cada historia nacional parece distinta, pero si hurgamos un poco más encontraremos la misma idea subyacente: «Hemos

estado en un sitio malo, ahora queremos estar en uno mejor, y ese lugar mejor se llama Europa».

Las pesadillas de las que las naciones europeas intentaban despertarse eran muchas y diversas. Para Alemania, era la vergüenza y la ignominia del régimen criminal que había asesinado al padre de Bronek. Para Francia, era la humillación de la derrota y la ocupación; para el Reino Unido, el declive económico y político; para España, una dictadura fascista; para Polonia, una dictadura comunista. Europa no andaba escasa de pesadillas. Con todo, la forma básica de los argumentos proeuropeos era la misma para la población de esos países: la forma de un símbolo de visto bueno, una *v* alargada y alegre escrita a lápiz, con un descenso pronunciado, un ángulo y una línea que asciende hacia un futuro mejor. Un futuro llamado Europa.

Entre los padres fundadores de lo que es hoy la Unión Europea se contaban aquellos a quienes podríamos llamar «los del 14», que todavía recordaban con claridad los horrores de la Primera Guerra Mundial. En ella se incluye el primer ministro británico Harold Macmillan, que hablaría con voz entrecortada de la «generación perdida» en alusión a sus coetáneos. Después vinieron los del 39, como Geremek, marcados de manera indeleble por los traumas de la guerra, el Gulag, la ocupación y el Holocausto. También sería el caso de la política francesa Simone Veil, que sobrevivió a Auschwitz y Bergen-Belsen.

Luego vendrían los sesentayochistas, que se rebelaron contra la generación de sus padres, marcada por la guerra, aunque algunos de ellos también conocieron de primera mano las dictaduras del sur y el este de Europa. Cada generación tiene una larga cola: está la posgeneración del 39, donde se incluye, por ejemplo, Helmut Kohl, demasiado joven para participar en la Segunda Guerra Mundial, pero aun así moldeado por ella, y están los postsesentayochistas, entre los que me cuento. Tras los del 68 llegaron los del 89, que tenían entre quince y veintipocos años cuando fueron testigos de las revoluciones de terciopelo de 1989 que pusieron fin al comunismo en Polonia, Hungría y Checoslovaquia, de la caída del Muro de Berlín y de la posterior disolución de la Unión Soviética.

Por supuesto, debemos cuidarnos de convertir la historia de la Europa de posguerra en un cuento de hadas donde los héroes, virtuosos y sabios, aprenden de su experiencia del infierno para crear el cielo. La verdadera historia está plagada de estados que lucharon por sus intereses nacionales, imperios decadentes, arteras luchas de poder, maniobras agresivas de grupos de presión empresariales, concesiones diplomáticas, ambiciones y por último, aunque sin duda no por ello menos importante, la fortuna histórica que, según Maquiavelo, explica la mitad de la mayoría de lo que ocurre en política. Y, no obstante, a lo largo de cuatro generaciones operó el motor del recuerdo, que funcionó a todo trapo en millones de mentes y corazones europeos.

Así pues, viajamos esperanzados hacia ese futuro mejor llamado Europa. Los problemas empiezan cuando llegamos a la tierra prometida. En la segunda década del siglo XXI nos encontramos por primera vez con una generación de europeos que solo han conocido una Europa libre, en paz y compuesta sobre todo por democracias liberales. No es de sorprender que tiendan a darla por sentado. (Quienes crecieron en la antigua Yugoslavia o en países como Ucrania, Bielorrusia y Rusia constituyen importantes excepciones). Podríamos denominar a esta nueva generación «posterior a la del 89» o, por tomar una expresión muy gráfica de la Sudáfrica postapartheid, «la de los nacidos libres».

Los recuerdos de lo que hemos visto u oído, disfrutado o soportado personalmente constituyen una fuerza motivadora de una potencia incomparable. Pero el conocimiento del pasado no se transmite tan solo mediante los recuerdos personales directos. Por ejemplo, el Día D fue un momento importante para mí aunque tuvo lugar once años antes de que naciera. Una única reunión con un excombatiente o superviviente puede cambiar una vida. Y luego está la obra de los historiadores, novelistas, periodistas y cineastas que intentan dar vida a los muertos para los vivos. Elie Wiesel, que sobrevivió a Auschwitz, denominó a ese proceso «transfusión de memoria».[37] El envite de la civilización es que podemos aprender del pasado sin tener que vivirlo de nuevo por nosotros mismos.

DIVIDIDA

(1961-1979)

TOQUE DE QUEDA

La Europa en la que alcancé la mayoría de edad a principios de los setenta ya no se encontraba en ruinas, aunque en las calles de sus grandes ciudades se alzaban nuevos y feos edificios de cemento que habían sustituido a los bombardeados, como un viejo boxeador que mostrara una boca de dientes postizos desiguales. El rasgo distintivo del continente ya no era la destrucción, sino su división en Este y Oeste, dos bloques liderados por sus respectivas superpotencias, la Unión Soviética y Estados Unidos. Si bien esos dos bandos no combatían entre sí en suelo europeo, se hallaban enzarzados en lo que con toda precisión se denominó la Guerra Fría. Pese a que la mayor parte de las líneas divisorias entre ambos se remontaban al final de la Segunda Guerra Mundial, el símbolo más famoso de la Guerra Fría, el Muro de Berlín, no impidió el paso de Berlín Occidental a Alemania del Este hasta el 13 de agosto de 1961. Cuando lo que al principio era una tosca barrera de alambre de espino y bloques de hormigón se transformó en un sólido muro, la división Este-Oeste quedó literalmente cimentada. A la mayoría de quienes crecieron al otro lado les pareció que duraría para siempre.

Fascinado, me propuse explorar esa Europa dividida en cuanto acabé los estudios en el instituto. Empecé en el Oeste. En el otoño de 1973, con dieciocho años; estaba trabajando en un buque de transporte de soldados reconvertido, el SS Nevasa, que llevaba a colegiales británicos por el Mediterráneo. El sábado 17 de noviembre de 1973 visitamos la isla de Creta. En mi diario consta que durante un recorrido por el extraordinario yacimiento arqueológico de Cnosos, de la Edad de Bronce, había «estado dándole vueltas a la dictadura. A las 16.00, TOQUE DE QUEDA. Mil estudiantes de vuelta al barco. Y todo por las revueltas estudiantiles en

Atenas. ¡Eso es una dictadura!».

Hoy no emplearía la expresión «revueltas estudiantiles». De hecho, la ocupación de la Politécnica de Atenas por parte de los estudiantes fue un momento crucial en la historia de la dictadura militar impuesta seis años antes, tras el golpe de Estado de un grupo de oficiales que llegarían a ser conocidos en todo el mundo como «los Coroneles».[38] Mientras una improvisada emisora de radio de onda corta (descrita como «La radio de los estudiantes libres en lucha, de los griegos libres en lucha») emitía a todo volumen «Sonarán las campanas» y otras emotivas canciones de liberación de Mikis Theodorakis, los estudiantes que ocupaban la Politécnica exigían «Pan, educación, libertad» y embadurnaban las paredes con eslóganes como «El poder para el pueblo», «Abajo el ejército» y «¡Libertad sexual!». Una pintada decía simplemente «Mayo del 68», y esa protesta fue la expresión política griega, un tanto retrasada, de la distintiva generación del 68, que transformaría la vida social y cultural de Europa. Se cuenta que una de las principales contestatarias anarquistas, conocida como Aretoula, escribió «¡Vivan las orgías!». «¿Dónde? ¡Ojalá hubiera sido así!», comentaría con tristeza, muchos años después, un exactivista estudiantil ya anciano a un historiador.[39]

Sin embargo, la barahúnda de la liberación tuvo un abrupto y amargo final la noche del 16 al 17 de noviembre. Francotiradores del régimen mataron a unos veinticuatro civiles en las calles aledañas a la Politécnica. Un tanque atravesó la entrada principal aplastando las piernas de una estudiante, Pepi Rigopoulou, y generando la imagen fotográfica que definiría aquellos acontecimientos. Los Coroneles impusieron un toque de queda en todo el país, incluso en la isla de Creta, a más de 480 kilómetros de distancia, donde sorprendió a nuestro pasaje de escolares británicos. Por tanto, mi yo de dieciocho años no se equivocaba al exclamar: «¡Esto es una dictadura!». Cinco días después vimos autobuses llenos de soldados en las principales plazas de Atenas.

La Europa de los dictadores es el título de un libro sobre la década de los treinta, pero en 1973 buena parte del continente seguía siendo una Europa de los dictadores.[40] Si

contamos las repúblicas europeas de la Unión Soviética, unos 389 millones de europeos vivían bajo dictaduras y solo 289 millones en democracia.[41] (Turquía, con otros 37 millones de habitantes, se encontraba entre ambas formas de gobierno). La mayoría de esas dictaduras eran estados de régimen comunista al otro lado de lo que ya en 1946 Winston Churchill había llamado el Telón de Acero, que desgajó la mitad oriental de nuestro continente.

Más ligadas a los años treinta, tanto en espíritu como por lo que se refiere a la continuidad histórica, estaban las dictaduras del sur de Europa. Los Coroneles griegos prohibieron el pelo largo en los varones, la minifalda y el estudio de la sociología.[42] António de Oliveira Salazar, exprofesor de contabilidad y católico sumamente conservador, gobernó Portugal desde 1932 hasta su muerte en 1970. En los años treinta había expresado su admiración por Benito Mussolini, el dictador fascista italiano. Su omnipresente policía política era, según un historiador, «similar a la Gestapo alemana, cuando no entrenada por ella», [43] con informantes en todos los pueblos y oficinas.

En España, el general Francisco Franco, que en 1939 salió victorioso de una larga y brutal guerra civil, se mantuvo en el poder hasta su muerte en 1975. Durante la contienda lo habían fotografiado con un retrato enmarcado de Adolf Hitler sobre el escritorio. Incluso a principios de los setenta, sus más allegados, como su esposa, Carmen Polo, y su médico personal, el doctor Vicente Gil García, levantaban y estiraban el brazo derecho para hacer el saludo fascista popularizado por Hitler y Mussolini.[44] Mientras el 20 de noviembre de 1973 el SS Nevasa nos llevaba de Creta a Atenas, Franco asistía a una misa en recuerdo del héroe fascista y fundador de la Falange, José Antonio Primo de Rivera.[45] Otras fotografías muestran al Generalísimo —el modesto apelativo con que era conocido— bajando las escaleras del monumental Valle de los Caídos vestido con el uniforme paramilitar del Movimiento Nacional. La multitud enarbolaba banderas franquistas y cantaba el «Cara al sol». Detengámonos un momento e imaginemos a Italia gobernada por un envejecido Mussolini hasta 1975.

Salazar y Franco se adaptaron al cambio de las

circunstancias exteriores y apoyaron a los aliados occidentales cuando se vio clara la derrota de Hitler y las potencias del Eje. Al fin y al cabo, los fascistas también odiaban a los comunistas. Portugal llegó incluso a ser miembro fundador de la OTAN en 1949. A principios de los setenta esos regímenes autoritarios se habían debilitado, pero seguían siendo abominables.

En 1970, un licenciado universitario británico de veintitrés años llamado Jonathan Keates se fue a Oporto para enseñar lengua y literatura inglesas. Para su asombro, una de sus clases se empeñó en invitarlo a un pícnic entre los viñedos y olivares del valle del Duero. Jonathan, en la actualidad un ilustre escritor y europeo apasionado, recuerda:

> No bien empezamos a comer, los miembros del grupo fueron contándome en inglés, de uno en uno, los crímenes y las atrocidades cometidos por el régimen. Algunos me hablaron de parientes y amigos que habían tenido problemas con la policía, algunos conocían a personas torturadas o enviadas a campos de prisioneros en las islas de Cabo Verde, otros mencionaron los trastornos que habían sufrido por ser sospechosos de opiniones o actividades subversivas. De vez en cuando uno se levantaba y caminaba hacia la linde del campo para mirar con cautela por encima del muro de piedra seca: a fin de cuentas, nunca se sabía quién podría estar escuchando, incluso en un remoto olivar. Mi autocomplacencia británica se descascarilló un poquito allí aquel día.[46]

Aun después de la muerte del dictador portugués, la postsalazarista Acción Nacional Popular consiguió en 1973 los ciento cincuenta escaños de la Asamblea Nacional.[47] La represión se había intensificado tras el asesinato de un estudiante a manos de la policía el año anterior. En el país había 476 presos políticos, de los que 187 eran estudiantes.[48] La pena para un hombre que asesinara a su esposa adúltera, al amante o a ambos era tan solo de seis meses de destierro del barrio.[49]

Luego estaba Grecia. Unos meses después de que me diera de bruces con el toque de queda de los Coroneles, compartía habitación con un joven griego, Giorgos (solo conocía su nombre, no su apellido), en la pintoresca ciudad bávara de Prien am Chiemsee, adonde habíamos ido para aprender alemán. Sus padres le enviaban a menudo grandes cajas de

cartón llenas de pistachos, pues al parecer temían que una dieta a base de cerveza bávara y *Weisswurst* causara un daño irreparable en su salud. Giorgos había crecido en una villa de Cefisia, un barrio residencial acomodado del norte de Atenas, pero un tío suyo había sido comandante partisano durante la guerra y había abrazado el comunismo. «¿Por qué?», le preguntó un día Giorgos cuando era niño. El viejo partisano contestó que no había luchado cinco años en las montañas a fin de echar a los alemanes para que luego el país se convirtiera en «una colonia de los americanos».

Otro tío suyo había sido sindicalista comunista en el puerto de El Pireo. En 1967, cuando en la noche del golpe de Estado de los Coroneles sonó el timbre de la puerta principal de su casa, huyó por la parte de atrás. Pasó dos años escondido, trasladándose de una vivienda a otra como un conspirador, igual que mis amigos polacos durante la ley marcial. Su esposa se fue a vivir a la bonita villa burguesa de los padres de Giorgos. Cuando se sentaban en la terraza al anochecer, a veces veían luces de linternas entre los árboles del otro extremo del jardín, pues la policía buscaba al rojo en los arriates de flores. «¿Y si ofrecemos una taza de café a nuestros amigos?», bromeaba la familia.

Giorgos contaba estas anécdotas de forma muy gráfica tomando cerveza bávara y pistachos griegos, pero no le interesaba mucho la política. Mientras yo me zambullía con entusiasmo en la obra de Friedrich Nietzsche y Thomas Mann, él dedicaba las noches a besuquearse con las chicas en la discoteca al compás del éxito musical del momento, «Virgen negra». La canción, de un sentimentalismo empalagoso, hablaba de una muchacha hermosa que lloraba sentada a la orilla de un río bajo las estrellas. Si se quedaba con él esa noche, le decía el cantante yugoslavo-alemán Bata Illic con un movimiento irresistible de sus pantalones de campana, «mañana el sol brillará para ti y para mí».[50] El estribillo se repetía una y otra vez y todavía lo tengo metido en la cabeza, como una espina de pescado clavada en la garganta. «Es ist nie zu spät… Schwarze Madona» («Nunca es demasiado tarde…, Virgen negra»). Aunque no lo pensé en su día, mientras deambulaba por la pequeña localidad con mis espantosos pantalones marrones acampanados, la

omnipresencia de la canción ilustraba el rápido avance de la secularización en Europa Occidental. Incluso en la conservadora y católica Baviera, el éxito discotequero del momento giraba en torno a un hombre que trataba de convencer a una «Virgen negra» —figura que representa a la madre de Dios, venerada durante siglos por los europeos cristianos como «Virgen purísima»— de que se acostara con él en su primer encuentro.[51]

Jamás se habría emitido semejante blasfemia en la radio y la televisión, controladas por el Estado, de Salazar y Franco, y probablemente tampoco en la conservadora Irlanda, dominada por la Iglesia. Entre las canciones prohibidas por la censura franquista a principios de los setenta figuraban «Good Vibrations» de los Beach Boys («sentido totalmente erótico —escribió el censor—, en el que se subliman las excitaciones sexuales»), «Rock Steady» de Aretha Franklin («la letra y el ritmo de la música incitan a mover las caderas»), «Tiny Dancer» de Elton John («irreverente») e «Imagine» de John Lennon.[52] Sonia Cuesta Maniar, estudiante de historia española que me ha ayudado en esta investigación, no ha logrado encontrar pruebas de que se prohibiera «Virgen negra», pero me explica que sus abuelos Ricardo Cuesta y Julia Salces recuerdan lo nerviosos que estaban al regresar a su país desde Alemania del Oeste, donde se les consideraba *Gastarbeiter* («trabajadores invitados»), y cruzar la frontera española con «Virgen negra» sonando en la radio del coche.[53] Nerviosos porque abandonaban un país libre para volver a una dictadura.

Giorgos se tomaba a la ligera el régimen de los Coroneles, pero para muchos jóvenes griegos, españoles y portugueses vivir bajo la dictadura y luchar contra ella determinaría su compromiso político de por vida. Fue el combustible de su motor del recuerdo. Algunos de ellos serían figuras influyentes en la política europea hasta bien entrados los primeros años del siglo XXI. Por ejemplo, María Damanaki, la principal locutora de la radio estudiantil durante la ocupación de la Politécnica de Atenas, fue comisaria europea entre 2010 y 2014.[54]

El presidente de la Comisión Europea en la que María ejerció sus funciones fue el político portugués José Manuel

Durão Barroso. En la pared de su despacho del edificio Berlaymont, en Bruselas, colgaba una fotografía enmarcada de un número de junio de 1970 de la revista francesa a todo color *Paris Match*. Mostraba a Salazar de cuerpo presente en un féretro iluminado por velas, con un enano blanco nacido en Angola, en aquel entonces todavía una colonia portuguesa, junto a un gigante negro de otra importante colonia africana de Portugal, Mozambique. El pie rezaba: «Esta fotografía no está sacada de una película de Buñuel».[55] Durão Barroso recuerda que tomó conciencia política al verla en el *Paris Match* a los catorce años. Le reveló la imagen grotesca y retrasada que su país ofrecía a la Europa moderna de allende los Pirineos. Al cabo de un par de años, cuando estudiaba en el instituto, su profesor favorito entró en el aula con una tirita en la cabeza, resultado, según contó el hombre, del golpe asestado por la policía antidisturbios. A los dieciocho años José Manuel era un activista maoísta —conocido como «camarada Veiga»— en su universidad de Lisboa. El maoísmo era la corriente de la izquierda antiautoritaria preferida en Portugal. Más tarde describiría el 25 de abril de 1974, fecha en que la Revolución de los Claveles derribó la dictadura, como «el día más importante de mi vida».[56]

Javier Solana, que en 1999 se convirtió en el primer alto representante para la Política Exterior y de Seguridad Común de la Unión Europea, nunca olvidaría que a los diecisiete años visitaba a Luis, su hermano mayor, en la cárcel de Carabanchel, que tenía muy mala fama, «los jueves y domingos», recordaba.[57] Luis formaba parte de un grupo estudiantil vinculado al partido socialista, entonces prohibido. Pagó su valentía con dos años de prisión después de ser interrogado y golpeado por policías de la Dirección General de Seguridad. El ejemplo de Luis contribuyó a animar a su hermano menor a implicarse en las actividades del partido socialista en la clandestinidad, lo que provocó que lo expulsaran de la Universidad Complutense de Madrid en 1963. Tras pasar unos cuantos años en Estados Unidos, donde el movimiento por los derechos civiles y las protestas contra la guerra de Vietnam le sirvieron de inspiración, a principios de los años setenta Javier Solana volvería para convertirse en una figura importante en el Partido Socialista Obrero Español,

todavía ilegal.

En la década de 1970 España, Portugal y Grecia popularizaron un término que habría de resonar durante los cincuenta años siguientes: transición. La palabra llegaría a usarse como abreviación de «transición de la dictadura a la democracia», fenómeno que con posterioridad se daría en muchos países de Latinoamérica, en algunas partes de Asia y África, y, después de 1989, en la Europa central, oriental y sudoriental, y que los europeos liberales como yo esperábamos (a menudo en vano) que se produjera en otros lugares del mundo, como el norte de África y Oriente Próximo tras la Primavera Árabe de 2010-2012.

En el sur de Europa, dicho proceso fue indisociable de otra transición: hacia la adhesión a lo que entonces se denominaba Comunidad Europea. Grecia se incorporó rápidamente, en 1981, menos de siete años después de la caída del régimen de los Coroneles. Desempeñó un papel importante el hecho de que la Europa de aquella época todavía estuviera dirigida por una generación con formación en la cultura clásica que consideraba a Grecia la cuna de la civilización europea. «A Platón no se le dice que no», señaló con altivez el presidente francés Valéry Giscard d'Estaing a un funcionario de la Comisión Europea.[58] Sin Platón, España y Portugal tuvieron que esforzarse y progresar durante más de una década antes de entrar por fin en 1986.

Para los europeos del sur como Durão Barroso y Solana, la lucha por la libertad, por la democracia y por Europa era la misma lucha. Formar parte de Europa, entendida como la Comunidad Europea, consolidaría la transición a la democracia. Libertad significaba Europa, y Europa significaba libertad. Este modo de pensar es bastante ajeno a la mayoría de los británicos, que poseen una experiencia histórica diferente; para un inglés como mi padre, Inglaterra representaba la libertad y Europa constituía una amenaza a ella. En cambio, es completamente familiar para otros muchos europeos.

Por ejemplo, para la mayoría de la población de la República de Irlanda el ingreso en la Comunidad Europea en 1973, al mismo tiempo que el Reino Unido, supuso un aumento de su libertad e independencia. El escritor irlandés

Fintan O'Toole recuerda que a principios de los setenta se incorporó al inglés irlandés una nueva expresión, «estamos en Europa», que significaba «las cosas van bien».

> «¿Qué hay de nuevo?», preguntabas, y la respuesta era: «Ah, estamos en Europa». O «¿No es un día magnífico?», decía alguien, y contestabas: «Oh, sí, claro, estamos en Europa». [59]

Otro tanto cabe decir de casi todos los ciudadanos de Europa Central y del Este tras la caída del Muro de Berlín. Polonia se fijó en el ejemplo de España al emprender su doble transición: hacia la democracia y hacia «Europa». Estas dos naciones, España y Polonia, ambas potencias imperiales en los siglos XVI y XVII, ambas con un orgulloso patrimonio aristocrático, ambas marcadas profundamente por la Iglesia católica, compartían asimismo una relación compleja con Europa. En diferentes etapas de su historia, hasta aquellas que forman parte de la memoria reciente, las dos reiteraban con actitud desafiante que pertenecían a Europa —así había sido y sería siempre, era imposible concebir Europa sin ellas— y, del mismo modo, que debían regresar a Europa. Pero ¿cómo volver a un sitio donde ya se está? La aparente paradoja se disuelve en cuanto nos percatamos de que los europeos emplean la palabra «Europa» con una increíble variedad de sentidos, lo que confunde a los foráneos y a menudo los confunde a ellos mismos.

EUROPAS

Quizá Francia sea el único país que jamás ha dudado de estar en Europa. De hecho, tiende a pensar que «es» Europa. En la ciudad normanda de Courseulles-sur-Mer, cercana a las playas del Día D, hay un monumento conmemorativo con la siguiente leyenda: «Le 6 juin 1944 les forces alliés libèrent l'Europe» («El 6 de junio de 1944 las fuerzas aliadas liberan Europa»),[60] tras lo cual se informa de que Charles de Gaulle desembarcó allí el 14 de junio. Bueno, liberaron Francia, de modo que es evidente que debieron de liberar Europa.

Los belgas, neerlandeses y luxemburgueses rara vez cuestionan su pertenencia a Europa. En cambio, algunos alemanes albergaron serias dudas tras las dos guerras mundiales y la dictadura nazi. Cuando en 1953, ante un público compuesto por estudiantes de Hamburgo, Thomas Mann exhortó a trabajar en pos de una Alemania europea en lugar de una Europa alemana —una fórmula repetida con frecuencia en 1990 después de la unificación alemana—, daba a entender claramente que Alemania no había sido del todo europea bajo el Gobierno de Hitler.[61] La historia de Europa es inconcebible sin Italia, desde la antigua Roma hasta el Tratado de Roma, por el que en 1957 se creó la Comunidad Económica Europea. No obstante, a principios del siglo XXI, tras un periodo esperanzador en que algunos italianos acuñaron la palabra «italianieuropei»,[62] los populistas rechazan «Europa», es decir, la Unión Europea y, en particular, la eurozona, por imponer sufrimientos innecesarios al pueblo italiano.

Los demás países europeos tienen una larga historia de incertidumbre existencial sobre su plena pertenencia a Europa. El historiador polaco Jerzy Jedlicki puso el título de *A Suburb of Europe* («Las afueras de Europa») a su estudio

sobre la Polonia decimonónica.[63] En *Sostiene Pereira*, la espléndida novela de Antonio Tabucchi sobre Portugal en tiempos de Salazar, encontramos el siguiente diálogo entre el protagonista, que dirige la página cultural de un periódico vespertino, y su amigo Silva:

> Silva pidió una trucha con almendras y Pereira un filete de carne a la Strogonoff, con un huevo escalfado encima. Empezaron a comer en silencio, luego, al cabo de un rato, Pereira preguntó a Silva qué pensaba de todo esto. ¿Qué es todo esto?, preguntó Silva. Pues todo esto, dijo Pereira, lo que está sucediendo en Europa. Oh, no te preocupes, replicó Silva, aquí no estamos en Europa, estamos en Portugal.[64]

A principios de 1991 estaba sentado en un hotel del próspero y moderno Estocolmo hablando con Carl Bildt, que en aquel entonces dirigía el Partido Moderado sueco, de ideología liberal conservadora, y no tardaría en convertirse en primer ministro. Me quedé sorprendido cuando ese hombre alto y decidido, con un físico y una nariz que hacían que recordara vagamente a De Gaulle, me dijo que deseaba que Suecia regresara a Europa. ¿Cómo?, ¿que Suecia tiene que regresar a Europa? Me contó que durante demasiado tiempo los gobiernos socialistas habían imaginado que su país, neutral y no alineado, estaba más cerca del «Tercer Mundo» que de Alemania o Francia. Suecia debía volver a sus raíces europeas e ingresar en lo que pronto se llamaría Unión Europea. Y así lo hizo en 1995.

Casi todos hemos tenido la experiencia un tanto desconcertante de estar conversando en un grupito donde hay otra persona con nuestro mismo nombre. «Sin duda Lucy tendrá una opinión al respecto», dice alguien, y cuando Lucy abre la boca se da cuenta de que se refieren a la otra Lucy. Con Europa ocurre lo mismo, solo que peor, pues hay al menos cuatro Europas en esa mesa.

Otto von Bismarck, el estadista que unió Alemania en 1871, escribió una vez con desdén en el margen de una carta de un mandatario ruso: «Qui parle Europe à tort. Notion géographique» («Quien hable de Europa se equivoca. Noción geográfica»).[65] Pero ni siquiera como concepto geográfico tiene Europa unas fronteras claras en el este y el sur. La

mayoría de los geógrafos coincide en un límite convencional que desciende por los Urales, en el oeste de Rusia, y el Cáucaso (pero ¿por qué lugar exacto del Cáucaso?) y discurre hacia el oeste por el mar Negro, atraviesa el Bósforo y forma una línea serpenteante por el Mediterráneo hasta el Atlántico. Aunque la división cartográfica entre Europa, Asia y África es una de las más antiguas en geografía, Ayşe Kadioğlu, un académico turco que vive en Estambul, en la parte europea del Bósforo, pero trabaja en una universidad de la parte asiática, ilustra la arbitrariedad de esos límites supuestamente claros: «Todos los días me desplazo de Europa a Asia y al revés».

En el este y el sur, Europa no termina, sino que tan solo va diluyéndose entre Moscú y Vladivostok, entre Estambul y Erbil, a lo largo del Magreb y del Levante mediterráneo. Los griegos y romanos de la Antigüedad habrían considerado ridícula la idea de una separación clara entre las costas septentrional y meridional del Mediterráneo. Viajar por lo que los romanos llamaban Mare Nostrum (nuestro mar), como hice yo en el SS Nevasa en 1973, de Dubrovnik a Tánger, de Santorini a Palma y de Estambul a Ceuta, implicaba darse de bruces con la historia europea en todas las orillas e islas. Aun así, en 1987, cuando Marruecos presentó su solicitud de adhesión a la Comunidad Europea, enseguida se le negó incluso la posibilidad de ser candidato. El artículo 237 del Tratado de Roma establece que «cualquier Estado europeo» puede pedir el ingreso, pero Claude Cheysson, el comisario europeo responsable en Bruselas, explicó que Marruecos no era «geográficamente parte de Europa».[66] En cambio, en 1999 la Unión Europea sí aceptó la candidatura de Turquía, un país de mayoría musulmana y contra el cual la Europa cristiana había definido durante siglos su identidad. Que alguien me explique por qué Turquía es inequívocamente europea y Marruecos no.

La siguiente Europa de la mesa corresponde a un núcleo histórico que coincide más o menos con los territorios bajo el dominio de Carlomagno. Si se inyectara a la mayoría de los europeos un suero de la verdad, reconocerían sentir de forma instintiva que Roma, París y Aquisgrán, la capital de Carlomagno (Aix-la-Chapelle para los franceses, Aachen para

los alemanes y británicos y Akwizgran para los polacos), eran de algún modo más intensa, completa e inequívocamente europeas que, por ejemplo, Úzhgorod o Tirana. Sin embargo, establecerán semejante distinción por su cuenta y riesgo, ya que al instante otros europeos experimentarán una cólera nerviosa ante la insinuación de que ellos [añádase el nombre de esa nación] no son cien por cien europeos. «¿Qué queréis decir con que no somos plenamente europeos? ¡De hecho, lo somos mucho más que esos arrogantes franceses!».

Existen buenas razones para tal susceptibilidad. Durante mucho tiempo los europeos occidentales vieron la parte oriental del continente como exótica, atrasada, un tanto bárbara y no del todo europea.[67] Es una especie de orientalismo intraeuropeo. Ese sentimiento de superioridad como civilización llega al punto de la parodia en la obra del historiador suizo conservador Gonzague de Reynold, quien manifestó con rotundidad que la «Europa Oriental y la Occidental no están civilizadas en la misma medida» y que «la civilización europea es […] obra de Europa Occidental».[68] Describió Europa Occidental como «l'Europe européenne», con lo que daba a entender que, de algún modo, el resto de Europa no era europea. Incluso en nuestros tiempos, ser europeo se equipara muchas veces de forma tácita a ser civilizado.

Hay una tercera Europa, la de la cultura y los valores, un personaje bien vestido, pero con dos caras. El rostro que durante siglos mostró al resto del mundo afirmaba con franqueza y aplomo su propia superioridad cultural: blanco, cristiano, en general varón, con el mandato divino de llevar la civilización a los «salvajes» y la verdadera religión a los «infieles». Incluso mientras lideraba la creación de la Comunidad Económica Europea en los años cincuenta, Francia libraba guerras brutales para conservar sus colonias de ultramar. En la actualidad la mayoría de los europeos ve vago y remoto ese pasado colonial, y sin embargo ahí está, en fechas tan recientes como el año 1970, en la grotesca fotografía de Salazar en el ataúd flanqueado por un enano blanco de Angola y un gigante negro de Mozambique. Angola y Mozambique no se independizaron de Portugal hasta 1975.

Hasta el día de hoy un niño aficionado a Tintín puede

toparse con esas actitudes coloniales en un libro titulado *Tintín en el Congo*. En la versión que podéis encargar en Amazon con un clic del ratón, nuestro diminuto héroe periodista da una clase en una escuela misionera del Congo Belga y las hileras de alumnos, niñitos negros claramente perplejos, no responden a la reiterada pregunta de «¿Cuántas son dos y dos?». En la escena original de los años treinta, que el artista-escritor belga Hergé corrigió más tarde, Tintín decía: «Voy a hablaros de vuestra patria: ¡Bélgica!».[69]

No obstante, la otra cara de esta tercera Europa irradia el anhelo de los más altos ideales. Un día, en la década de los noventa, Bronisław Geremek y yo caminábamos juntos por los largos pasillos blancos y resonantes del Parlamento de Polonia, un país ya independiente, cuando de pronto se detuvo, se acarició la barba y dijo con serena vehemencia: «Mira, para mí Europa es algo así como una esencia platónica». En ese sentido, Europa se identifica con un conjunto de valores como la libertad, la democracia, la paz, la dignidad y los derechos humanos. Puede entenderse asimismo como un objetivo o finalidad superior, lo que los griegos de la Antigüedad denominaban «telos», al que aspiramos y que nos sirve para medir nuestro avance. Cuando en la primera década del siglo XXI el filósofo francés especializado en relaciones internacionales Pierre Hassner y yo debatimos sobre el futuro de Europa durante un almuerzo, él dijo con un suspiro: «Sí, supongo que tienes razón: Europa no se materializará». («Pero, Pierre —repliqué—, ¡estás en ella!»). En este sentido idealista y preceptivo de la palabra, Hitler, el Holocausto y la masacre genocida de bosnios en Srebrenica en 1995 pueden entenderse como «no europeos», aunque sin duda fueron europeos en un sentido descriptivo y empírico.

La cuarta Europa de esta mesa ya estridente es la de la organización institucional de los estados europeos. Para la mayoría de los europeos, ahora es la Unión Europea, pero no siempre ha sido así. Lo que surgió de la primera asamblea fundacional de la unificación europea después de 1945, un congreso celebrado en La Haya en 1948, fue una institución llamada Consejo de Europa. Encarna de la forma más directa la aspiración posterior a la guerra de construir una Europa mejor, una Europa más «europea», basada en la libertad, la

democracia, el Estado de derecho, el respeto a la dignidad humana y los derechos humanos. Nos ha dado el Convenio Europeo de Derechos Humanos, por cuya aplicación vela el Tribunal Europeo de Derechos Humanos, con sede en Estrasburgo. Si un ciudadano de uno de los más de cuarenta y cinco estados que pertenecen al Consejo de Europa no consigue que en los tribunales de justicia de su país se corrija la vulneración de uno de los derechos definidos en dicho convenio, puede trasladar su caso al Tribunal de Estrasburgo. Es magnífico. Sin embargo, casi nadie habla ya del Consejo de Europa. Es como un hermano mayor caballeroso vestido con una chaqueta de tweed un poco deshilachada que, desde su casa de campo, observa cómo su ambiciosa hermana menor, la Unión Europea, avanza por la gran ciudad apropiándose de sus mejores ideas sin expresar ninguna gratitud. La descarada hermana le ha robado incluso la bandera, las doce estrellas amarillas sobre un fondo azul, concebida para el Consejo de Europa.

Las complejidades no acaban ahí. Madeleine Albright, nacida en Checoslovaquia y secretaria de Estado en la Administración de Bill Clinton, me entregó una vez una copia del diagrama dibujado por su personal para mostrar la superposición de las organizaciones europeas, con sus confusos acrónimos.

«Nosotros lo llamamos el eurolío», me dijo con una sonrisa.

El organismo del eurolío con mayor número de miembros es la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa, formada, entre otros, por Rusia, Kazajistán (que se enorgullece de contar con un pedazo de territorio al oeste de los Urales), Turkmenistán, Tayikistán, Canadá y Estados Unidos. Aun así, cuando se reconocen todas esas complejidades, al referirse a esta cuarta Europa, la institucional, la mayoría piensa en la Unión Europea, que cumplirá setenta años en 2027.

Todas esas Europas están presentes en la mesa como personas con el mismo nombre, pero a menudo se habla de ellas a la vez como si fueran una sola Lucy y no cuatro que parecen catorce. En aras de una claridad pedestre, deberíamos detenernos cada vez que se mencionara la palabra para especificar que se trata de Europa (sentido 1a) o Europa

(sentido 3b). Con todo, quedaría fuera la Europa más importante para la mayoría de nosotros: el continente de la experiencia personal.

ESTAR AHÍ

La Europa de nuestro tiempo difiere de las Europas anteriores gracias a un cambio revolucionario: el crecimiento exponencial del turismo y los medios de comunicación de masas a partir de la década de los sesenta. En efecto, en el siglo XVIII los jóvenes varones ingleses de clase alta realizaban el Grand Tour, en el cual visitaban maravillas culturales selectas que encontraban camino de Roma. A finales del XIX los turistas de clase media de las naciones más prósperas viajaban a países europeos cercanos, a menudo aprovechando las vías ferroviarias recién construidas. El turista británico fue un personaje cómico habitual en las caricaturas del continente. Los caballeros europeos de principios del XX socializaban, en ocasiones acompañados de sus señoras, en balnearios, casas de campo e hipódromos antes de volver a encontrarse en un combate mortal, como los oficiales aristócratas alemán y francés de *La gran ilusión*, la magnífica película de Jean Renoir sobre la Primera Guerra Mundial. Después de matar faisanes juntos, se mataban el uno al otro.

Con todo, durante buena parte de la historia europea, hasta bien entrado el siglo XX, la mayoría de los europeos no conocía más país que el suyo a menos que sirvieran en el ejército durante una guerra, emigraran por no tener comida suficiente en la granja de sus padres o se vieran obligados a abandonar el hogar por culpa de un pogromo u otra forma de limpieza étnica. El horizonte mental de muchos de los residentes en zonas rurales no era siquiera la nación o el Estado, sino la vecindad inmediata, como mucho la región. Si a los campesinos de las tierras fronterizas orientales de Polonia, Ucrania y Bielorrusia se les preguntaba por su identidad, a veces respondían que eran *tutejszy*, que quiere decir «lugareños». Viajar significaba llevar el carro tirado por caballos al mercado de la ciudad más cercana. Al recordar la

primera década de la posguerra, uno de aquellos viejos y fuertes granjeros bajosajones del pueblo de Westen me dijo: «Nadie pensaba en Europa entonces. Europa vino mucho después».

Y de pronto millones de europeos viajaban de un país a otro: en tren, en ferry, en autocar, en coche, en aviones de doble hélice y, a partir de los sesenta, en reactores. A mediados de los setenta, una persona de clase trabajadora bien remunerada de la mitad occidental del continente probablemente podía permitirse tener un Fiat 500, un Mini, un Volkswagen Beetle o un Golf (este último empezó a producirse en 1974) o un Citroën dos caballos (en alusión a sus dos caballos de potencia fiscal). Esos automóviles se convirtieron en iconos de la cultura popular. Cincuenta años después, muchos todavía existen en versiones modernizadas.

En 1973 España recibió más de treinta y cuatro millones de visitantes extranjeros, aproximadamente uno por cada habitante.[70] Por primera vez Europa pasó a ser para la mayoría de los europeos una experiencia personal directa, con lugares y caras reales; con nuevos sonidos, imágenes, gustos y olores fascinantes; con una vista, un restaurante de playa, una chica guapa o un chico atractivo con los que se tuvo un único encuentro y a los que jamás se olvidó. Y, si la memoria fallaba, había cámaras fotográficas baratas, como la Kodak Instamatic, cámaras de cine y, más tarde, videocámaras que hicieron posibles las películas caseras. No tardarían en comercializarse los casetes, baratos y fáciles de conseguir, con los que la gente podía llevar en su equipaje de mano la música de Mikis Theodorakis, los Beatles, la incomparable Juliette Gréco o incluso, que Dios me ayude, «Virgen negra». Quienes tenían amigos en otros países se mantenían en contacto con ellos mediante cartas por correo aéreo (en papel azul muy fino, doblado de un modo intrigante, como origami), mediante llamadas telefónicas cada vez más asequibles y, poco después, gracias al *summum* de la sofisticación tecnológica, por fax.

El gran intelectual español Salvador de Madariaga declaró en el Congreso de Europa en La Haya de 1948: «Cuando los españoles digan “nuestro Chartres” y los ingleses “nuestra Cracovia” y los italianos “nuestra Copenhague”, y cuando los

alemanes digan "nuestra Brujas" […]. Entonces Europa vivirá».[71] En aquel entonces era solo un sueño. Pero el turismo de masas lo convirtió en realidad de un modo más material y pedestre que aquel en que con toda probabilidad pensaba Madariaga. La gente podía decir «nuestro Chartres» o «nuestro Copenhague» porque había estado en dichas ciudades y guardaba recuerdos personales de ellas.

Antes de aterrizar en la Luna en La Rochelle, había ido con mi familia de vacaciones a Normandía para revisitar las playas en que mi padre desembarcó en 1944. Viajamos a Cherburgo en un ferry aéreo achaparrado y con aspecto de sapo después de que cargaran en su vientre nuestro coche, un Hillman Super Minx (nunca ha sido un icono de la cultura popular) verde y blanco. Luego nos dirigimos hacia el este por la costa francesa mientras mi padre reproducía con la mayor precisión posible las penalidades de una campaña militar. Preparábamos el té, muy lentamente, en un pequeño infiernillo de parafina en los campos fríos y azotados por el viento. Por lo que mi hermano Christopher y yo recordamos, el contacto con los lugareños fue mínimo y estribó en una amigable incomprensión mutua. De vuelta a Roehampton, tras unos aparatosos preparativos para montar un proyector y una pantalla en una habitación a oscuras, vimos, con frecuentes interrupciones técnicas, una película borrosa y crepitante en la que aparecíamos preparando té en campos fríos y azotados por el viento.

En el verano de 1973, un amigo del colegio y yo seguimos en coche el curso del Rin hasta internarnos en la Baviera más recóndita. Acampábamos en campos embarrados, nos alimentábamos de pan y salchichas y visitábamos los lugares históricos, desde la iglesia octogonal que Carlomagno mandó construir en Aquisgrán, y que vi por vez primera el día que cumplí dieciocho años, hasta la ciudad universitaria de Heidelberg, donde me fijé en los grafitis pintados con aerosol contra un «Profesor Brückner reaccionario», pasando por las espléndidas catedrales de Colonia, Worms y Espira. Con solo una pausa para enviar un telegrama a casa —sí, un telegrama, como un personaje de una película en blanco y negro de los años treinta—, y fortalecido por una dieta de acampada a base de *Blutwurst* (morcilla) y de los Buddenbrook, caté las

delicias estéticas de Baviera, como Neuschwanstein, el castillo de cuento de hadas del loco rey Luis, hasta que al final llegamos, casi como una última parada, al antiguo campo de concentración de Dachau. «Fotografías espeluznantes de las condiciones, tortura, etc., y el efecto en personas individuales —anoté con mi letra de escolar—, pero a pesar de las palabras de Santayana ("Quienes no recuerdan el pasado están condenados a repetirlo"), a pesar de la desolación y el horror, a pesar de las escuetas palabras del monumento de la entrada ("Nunca más"), la principal reacción visible en la cara de los turistas era de incomprensión». Concluía diciendo, de manera bastante sentenciosa, que necesitábamos un escritor o un programa de televisión para que «las atrocidades del presente impacten en la vida de todos». Sentencioso, pero no equivocado.

Pasé el otoño de aquel año en el buque de transporte de tropas reconvertido, el SS Nevasa, de un blanco destellante bajo el sol del Mediterráneo y destinado a revelar a los colegiales británicos las grandezas de Europa. No siempre se conseguía. Una carta recogida en un sitio web dedicado a la evocación del SS Nevasa comenzaba así: «Querida mamá: Ojalá estuvieras aquí en mi lugar».

Sin embargo, para algunos de los niños sí fue una experiencia reveladora, que incluso les cambió la vida. Helen Buchanan, que con trece años viajó en ese mismo crucero en 1973 como alumna del instituto de Falmouth, en Cornualles, me cuenta que así nacieron sus constantes ansias de viajar. Al regresar a casa, habló a su madre de los soldados en las calles de Atenas. Recuerda asimismo la «horripilante experiencia» de sentir cómo lo que ella llama «caballeros» la «miraban fijamente» en las calles de Mersin, en Turquía. En cambio, Santorini y Creta eran tan maravillosas que no veía el momento de volver.

CALEIDOTAPIZ

Así pues, allí estábamos, guareciéndonos del sol en uno de los patios del palacio de Cnosos, poco antes de que los Coroneles impusieran el toque de queda. Estábamos en 1973 e. c., pero las pruebas arqueológicas demuestran que en 1973 a. e. c. ya había allí un palacio. Con frecuencia a los europeos les flaquean las rodillas frente a los totémicos cuatro mil años de historia china, pero los europeos tenemos nuestros propios cuatro mil años.

Hacia la mitad del segundo milenio antes de la era común, Cnosos era un asentamiento urbano complejo con quizá hasta cien mil habitantes, que ocupaban las viviendas en torno al palacio, y con un teatro con capacidad para cuatrocientas personas. El palacio contaba con cámaras bien iluminadas decoradas con frescos, pasillos laberínticos, antesalas y galerías; también disponía de baños, retretes, un sistema de drenaje y despensas con grandes recipientes para almacenar aceite, lana, vino y cereales. Su población comerciaba por todo el Mediterráneo, desde Egipto hasta la península ibérica. Uno de los idiomas que se han encontrado escritos en tablillas de arcilla corresponde a una forma primitiva de griego.

Cnosos fue la primera ciudad de Europa. Se supone que también fue la morada de la mujer mítica a quien nuestro continente debe su nombre. Europa fue una bella princesa de lo que hoy es Líbano. Se subió a lomos de un hermoso toro níveo y al parecer afable, lo que constituyó un error, pues el animal resultó ser Zeus, el lascivo jefe de los dioses griegos, quien la llevó a través del Mediterráneo oriental hasta la isla de Creta, donde Europa dio a luz tres hijos varones. Uno de ellos fue Minos, más tarde el rey Minos, en cuyo honor Arthur Evans, el arqueólogo británico que descubrió Cnosos, bautizó la civilización minoica. Durante la excavación se hallaron espléndidos frescos de toros y gente que saltaba con

gracilidad alrededor y por encima de ellos, frescos que pueden admirarse en el cercano museo de Heraclión.

Sin embargo, no fueron esos toros retozones los que me fascinaron, sino un pequeño fresco de una joven vestida y peinada elegantemente, de tez pálida, labios resaltados en rojo y grandes ojos oscuros y ovalados bajo cejas arqueadas muy marcadas. Mientras escribo esto tengo su imagen delante, una ilustración en color de la guía que compré en Cnosos en 1973. Por algo la han llamado «la Parisina». Con esos oscuros ojos ovalados, parece salida de una pintura de Marc Chagall, el artista de principios del siglo XX.

Eso también es característico de la experiencia europea. No solo vivimos encima de las múltiples capas de la historia, como en un yacimiento arqueológico, con los estratos cretenses entre los más antiguos. Como europeos, vivimos en un populoso multiverso de recurrencias y expectativas, referencias conscientes y ecos inconscientes, de modo que, junto a lo que el filósofo alemán Ernst Block denominó «asimultaneidad» (salida de Inglaterra: 1984; llegada a Polonia: 1945), existe una simultaneidad compensatoria, que comprime siglos e incluso milenios. En la catedral de Colonia hay un pequeño crucifijo de madera exquisito. Los gruesos dedos de las manos de Cristo clavadas en la cruz, las melancólicas y austeras curvas del rostro, las estilizadas líneas rectas del cabello y el taparrabos…, todo evoca una obra vanguardista, quizá la de un discípulo del escultor alemán de principios del XX Ernst Barlach. Sin embargo, el crucifijo data del siglo X e. c. Un jovencito de diez siglos.

El entrecruzamiento temporal deviene aún más intrincado si reconocemos que, debido al cambio de gustos, al desarrollo mercantil y a la destrucción provocada por la Segunda Guerra Mundial, mucho de lo viejo es en realidad nuevo. Cuando estaba en Varsovia, iba a buscar a Bronisław Geremek a su pequeño apartamento de la calle Piwna, en el centro de la Ciudad Vieja. Mientras estábamos sentados en su minúsculo estudio, con los estantes de madera oscura atestados de libros de historia medieval y la barba y la pipa profesorales iluminados por un rayo de luz que entraba por la ventana, era como visitar al doctor Fausto de Goethe en su «estrecha celda». Pero nada de ese edificio en apariencia antiguo era de

hecho antiguo. En 1944, tras aplastar el Levantamiento de Varsovia, la rebelión de los polacos no comunistas para liberar la capital, el ejército alemán arrasó la ciudad entera por orden de Hitler en un acto de barbarie cultural. En una reacción de desafío cultural, arquitectos, artistas y trabajadores cualificados recurrieron a pinturas y dibujos históricos para reconstruirla, ladrillo a ladrillo, dintel a dintel, incluida la casa de la calle Piwna. Lo viejo era nuevo, lo nuevo era viejo. Se ha apuntado, con solo una pizca de exageración poética, que probablemente lo más antiguo de Varsovia sean los árboles del parque Łazienki.

Mis diarios de la década posterior a la visita a Cnosos contienen una pasmosa lista de lugares visitados —hoy Micenas, mañana Florencia, la semana siguiente París—, con comentarios sobre un sinfín de iglesias, palacios, esculturas y pinturas admirados, libros leídos, obras de teatro, óperas y películas vistas. Sí, devoraba cultura. Con todo, sé que tras cincuenta años de estudio y viajes incesantes solo he pasado unas cuantas páginas de un tomo inmenso. Europa, la Europa real, no la Europa bidimensional y sin matices del debate político británico, es una *Gesamtkunstwerk*, una obra de arte total, por emplear el término acuñado por Richard Wagner. Esa obra de arte no fue creada por un compositor megalómano, sino por millones de manos a lo largo de millares de años, y se recrea continuamente. No abarca solo los elementos habituales de la alta cultura tradicional, sino también la moda, la gastronomía, la bebida, el deporte, la música popular y las costumbres locales; los olores característicos de una isla mediterránea, de un fiordo sueco, de una costa atlántica azotada por el viento y de un restaurante italiano abarrotado; cincuenta formas sutilmente distintas de ser hombre o mujer, o de adoptar otra identidad sexual o de género; complejas historias locales polícromas, incluso las de los edificios individuales. Con diez mil páginas apenas alcanzaríamos a recoger el principio de ese libro de la Europa real. Cada lugar en cada visita es un capítulo aparte.

¿Qué metáfora serviría para reflejar esa variedad? ¿Un palimpsesto? ¿Un milhojas? ¿Una colcha de *patchwork*? La mejor que se me ocurre es una mezcla de caleidoscopio y tapiz: un caleidotapiz. Europa es un tapiz en el sentido de que

en ella han trabajado muchas manos para producir una imagen única y singular: una escena callejera quizá, o un paisaje, o un espectáculo como el Palio, la carrera de caballos entre barrios, documentada por primera vez en 1239, que todavía se celebra todos los años en la plaza mayor de Siena. [72] Y es un caleidoscopio en la medida en que las mismas piezas de colores reaparecen sin cesar en nuevas combinaciones: la reiterada gramática visual de la iglesia, el castillo, la plaza del mercado y el ayuntamiento; las alusiones a Roma, los elementos del gótico, del barroco, del Jugendstil o del brutalismo de los años sesenta; motivos recurrentes como el del minotauro, las sirenas o la Virgen con el Niño; cafeterías de todo tipo y pelaje; el café griego, curiosamente tan parecido al turco; las infinitas variedades gastronómicas de la col. En todas partes encontramos toques que son únicos, o lo que en muchos idiomas europeos se califica de «típico», junto con otros que sorprenden por resultar conocidos. Uno se pone en pie cuando empieza a sonar el himno nacional de Liechtenstein y se encuentra escuchando la melodía del «God Save the Queen». El mismo pero distinto, distinto pero el mismo. Todo esto representa la característica experiencia europea, resumida a la perfección por mi amiga franco-greco-británica Kalypso Nicolaïdis en la frase «sentirse en casa en el extranjero».

Cuando en 1953 Thomas Mann habló de la «Alemania europea» a los estudiantes de Hamburgo, explicó que el rico tapiz de la historia europea era una de las principales razones por las que, a la avanzada edad de setenta y ocho años, había decidido regresar a la «vieja tierra» después de vivir tres lustros en Estados Unidos. La vida en Europa, dijo, se desarrollaba «en un espacio más estrecho pero en un tiempo más amplio».[73] Las elegantes palabras de Thomas Mann giran en torno a una premisa cuestionable, que nunca o casi nunca se puso en entredicho en su época: la de que el «tiempo» histórico no comenzó en las Américas hasta la llegada de los colonos y colonizadores. Al celebrar las múltiples capas del patrimonio europeo siempre corremos el riesgo de incurrir en afirmaciones exageradas sobre la singularidad de la civilización europea y su superioridad inherente.

China y la India pueden señalar espacios de memoria tan antiguos y con tantas capas como los europeos. Solo hay que visitar el templo de Confucio de Pekín, con las estelas de piedra que muestran el nombre de los más de cincuenta mil candidatos que superaron las oposiciones imperiales a lo largo de los siglos. O contemplar los edictos del rey indio Ashoka, del siglo III a. e. c., que ahora se exponen grabados en una placa metálica sobre una roca imponente a la entrada del Museo Nacional de Nueva Delhi. Sin duda, hay características históricas que distinguen a Europa de China o la India, como el grado en que la autoridad política y legal se diseminó en numerosos centros y la existencia de una Iglesia internacional independiente de los estados. Es importante identificarlas, pero no hay necesidad de empeñarse en la singularidad, por no mencionar la superioridad inherente, de nuestra parte de la civilización humana. Solo tenemos que decidir lo que valoramos de nuestro patrimonio particular —qué deberíamos rechazar, qué cuidar, conservar y mejorar—, igual que los chinos e indios harán con los suyos.

HAMLET Y EL «YELLOW SUBMARINE»

Los europeos hablan lenguas extrañas. Muchas lenguas. Según un reputado especialista, las estimaciones de los idiomas europeos oscilan entre 64 y 234.[74] Ninguno de nosotros puede hablarlos todos, pero hablar más de uno ayuda a entender Europa.

Nuestro continente tiene una fuerte carga de nacionalismo lingüístico. Ya en 1682 el filósofo alemán Gottfried Wilhelm Leibniz señaló que «nuestra forma de vivir, hablar, escribir, sí, incluso de pensar» estaba muy imbricada en la lengua alemana.[75] Otros escritores germanos desarrollaron esta idea de Leibniz, entre ellos Johann Gottfried Herder, para quien el *Volksgeist*, el espíritu del pueblo, se manifestaba en una lengua concreta. Esta idea, a su vez, fue tomada por eruditos eslavos que definieron distintas lenguas a partir del espectro de dialectos eslavos y se apresuraron a fijar en diccionarios y obras literarias fundamentales los idiomas recién codificados.[76] Más tarde, influidos por otros filósofos alemanes, los nacionalistas lingüísticos empezaron a reclamar el autogobierno y, con el tiempo, sus propios estados soberanos. Este proceso de división territorial y política se inició a principios del siglo XIX y continúa en nuestro tiempo.

En la sitiada Sarajevo de 1995 conocí a un escritor llamado Alija Isaković, que había trabajado diez años en su *Diccionario del léxico característico de la lengua bosnia*, publicado en 1992, cuando Yugoslavia empezaba a desintegrarse. «Nuestra lengua es nuestra moral —declaraba en el prólogo—, y explicar el concepto de “lengua bosnia” no requiere un esfuerzo especial».[77] Citaba con tono aprobador a un estudioso croata que sostenía que «dar a un idioma el nombre del pueblo que lo habla expresa un hecho simple y palmario: que existe un pueblo y que ese pueblo tiene una lengua». Las páginas siguientes contenían un lexicón con referencias

literarias bosnias para alrededor de siete mil palabras, algunas de ellas genuinamente características y a menudo de origen otomano, y otras meras variantes de términos comunes (*Europa/Evropa, ethos/etos*). Por tanto, frente a quienes aseguraban que el bosnio era tan solo un dialecto serbocroata, Isaković afirmaba que era una lengua. ¿Cuál es la diferencia? Max Weinreich, lingüista judío ruso, gustaba de decir que «una lengua es un dialecto con ejército y armada».[78]

A principios del siglo XXI, consumada ya la desintegración de Yugoslavia, la lógica original del nacionalismo lingüístico fue casi la inversa. Doscientos años antes, la lógica había sido: «Hablamos otra lengua, así que necesitamos un Estado propio». Cuando en 2006 Montenegro declaró su independencia, fue: «Tenemos un Estado propio, así que debemos hablar otra lengua». De lo que durante la mayor parte del siglo XX se había conocido como serbocroata surgieron cuatro idiomas nacionales supuestamente distintos: el croata, el bosnio, el serbio y el montenegrino. (Siguiendo la misma lógica, deberían existir el idioma canadiense y el neozelandés). Aunque el serbio y el montenegrino emplean tanto el alfabeto cirílico como el latino, los cuatro son variantes de la misma lengua eslava meridional. Como dijo en broma un amigo mío croata: «¡No sabía que hablaba cuatro idiomas!». Un intérprete oficial del serbio al montenegrino sería un personaje propio del teatro del absurdo. Cuando se reúnen personas de esas cuatro partes de la antigua Yugoslavia, se entienden sin ningún problema hablando lo que muchas de ellas llaman tan solo «nuestra lengua».

Pero ¿cuál es el equivalente de «nuestra lengua» para otros europeos, en su mayoría con lenguas maternas distintas e incomprensibles entre sí? Una primera respuesta, atribuida al erudito y escritor italiano Umberto Eco, es que «la lengua de Europa es la traducción».[79] No es solo una cuestión de traducciones funcionales como las que realiza el servicio de interpretación de la Unión Europea entre todas sus lenguas oficiales. Hay algo más profundo, un vocabulario compartido de símbolos, mitos, arquetipos y citas.

El *Hamlet* de Shakespeare constituye el máximo exponente de la traducción como lengua de Europa. El príncipe de Dinamarca figura en la literatura y el imaginario de cada

idioma europeo: el mismo pero distinto, distinto pero el mismo. En polaco existe el verbo *hamletzyowac* (más o menos, «hamletear»), que significa sentir unas dudas angustiosas ante una decisión importante, y un sustantivo derivado, *hamletyzowanie*. El crítico literario polaco Jacek Trznadel escribió todo un libro sobre los Hamlets de la literatura polaca.[80]

El zar Pablo I se convirtió en heredero del trono ruso tras el asesinato de su padre a manos del amante de su madre, lo que evoca de forma asombrosa el argumento shakespeariano. Cuando, como joven miembro de la realeza, efectuó su Grand Tour, fue recibido por el emperador sacro romano José II, quien, en un gesto de consideración, canceló el *Hamlet* que iba a representarse esa noche, al parecer porque el actor principal había señalado que entonces habría dos Hamlets en el teatro. El poeta ruso Maximilian Voloshin escribió que *Hamlet* es el «prototipo de esas tragedias que experimenta el "alma eslava" cuando soporta la desintegración de la voluntad, la razón y la conciencia».[81]

«¡Alemania es Hamlet!», escribió en 1844 el poeta alemán liberal Ferdinand Freiligrath.[82] Con ello quiso decir que, al igual que el príncipe shakespeariano, sus compatriotas dudaban y titubeaban sin cesar en lugar de sublevarse para vengar el espíritu del padre asesinado, que él identificaba con la «libertad sepultada». En 1949 Thomas Mann afirmó que, en opinión de Goethe, «no solo Alemania, sino toda Europa es Hamlet», y Fortimbrás, el dirigente extranjero que entra para arreglar el sangriento desaguisado al final de la obra, «es Estados Unidos».[83] Hamlet tal vez sea también, a mi juicio, un buen avatar para la Unión Europea, cuya actitud característica ante muchas decisiones importantes es vacilar durante largo tiempo y luego no decantarse por ninguna opción. En definitiva, hamletear.

Tras la traducción, la segunda respuesta europea al reto de la diversidad lingüística es que los europeos hablen varias lenguas: la poliglotía como antídoto de la poliglosia. Según las encuestas del Eurobarómetro, a comienzos del siglo XXI más de la mitad de los europeos que vivían en los estados miembros de la Unión Europea decían hablar al menos una lengua distinta de la materna «lo bastante bien como para

mantener una conversación».[84] En 2012 un cuarto de esos europeos se declaró capaz de conversar en por lo menos dos idiomas extranjeros. Los mejores de la clase fueron los luxemburgueses, letones y neerlandeses, mientras que, como era de esperar, los británicos se contaban entre los rezagados.[85] Ahora bien, esos británicos mudos podían contar con que cuatro de cada diez ciudadanos comunitarios no británicos chapurreaban el inglés.[86] Ninguna otra lengua se hallaba en esas condiciones.

Durante dos milenios, desde la época del Imperio romano, la lengua común fundamental de los europeos cultos era el latín. Su conocimiento creció y fue disminuyendo. Muchos lo escribían mal y lo hablaban peor, pero se mantuvo hasta bien entrado el siglo XX. En 1939 Clement Attlee, entonces líder del Partido Laborista británico, ayudó a que un niño judío alemán, Paul Willer, viajara con su madre a Inglaterra y lo acogió en su casa. Ni Willer sabía inglés ni los Attlee sabían alemán, de modo que Felicity, la hija del político, se convirtió en la intérprete. Ella y Paul se comunicaban en latín.[87]

Es probable que yo pertenezca a la última generación de europeos en cuya enseñanza primaria el latín se consideraba una materia esencial. En 1966, en un intento desesperado por presentar la antigua lengua de la civilización europea como relevante para un alumno de once años, nuestros profesores nos entregaban historietas en las que jóvenes modernos con cazadoras de cuero se paseaban en moto hablando latín. A nosotros nos parecía ridículo.

Solo una vez he recurrido a mis rudimentarios conocimientos de latín para mantener una conversación. En 1979, en mi primera visita a Varsovia, encontré en el claustro de la iglesia de San Antonio una lápida conmemorativa en que se daban el lugar y la fecha de defunción: «Katyn, 1940». La inscripción, por muy simple que pareciera, era de hecho explosiva. Los regímenes comunistas del bloque soviético seguían insistiendo oficialmente en que los millares de oficiales polacos asesinados por los verdugos de Stalin en Katyn en 1940 habían muerto en realidad a manos del ejército alemán invasor en 1941. En Rusia y Polonia los periodistas y profesores perdían el empleo por decir lo contrario. Para su vergüenza, hasta el Gobierno británico

declaraba de manera oficial que los hechos no estaban claros, [88] aunque ningún historiador reputado albergaba la menor duda sobre la autoría de los crímenes. Así pues, esa sencilla inscripción denunciaba de forma tácita una gran mentira. Mientras estaba allí, se me acercó un monje polaco y le señalé la fecha. Agitado, me agarró del codo para llevarme hacia otra lápida conmemorativa de un polaco fallecido en «Katyn, 1940». En aquella época yo todavía no sabía polaco y el monje no parecía reaccionar ante el inglés, el francés y el alemán, que fui probando a toda prisa. Entonces se me ocurrió una idea genial. «Fortis est veritas —le dije— et praevalebit!» («La verdad es fuerte y prevalecerá»). Los ojos se le iluminaron de alegría.

Fue mi primera y última conversación en latín. El latín de hoy en día es el inglés. Cuando un búlgaro pide un capuchino en un café de estilo francés de Helsinki, emplea el euroinglés. El inglés, como su nombre servicialmente indica, fue al principio el idioma de los ingleses. Se expandió por el imperio de ultramar del Reino Unido y se convirtió en la lengua de la superpotencia sucesora: Estados Unidos. En consecuencia —y quizá también debido a la relativa facilidad de aprenderla a un nivel elemental—, en la actualidad la primera lengua del mundo es una versión simplificada del inglés. Se la ha llamado *globish* o *worldspeak*.[89] El idioma con más hablantes nativos es el chino, pero el inglés es el que más se habla entre aquellos que no lo tienen como lengua materna. [90]

Para nosotros, los ingleses, esto tiene el curioso efecto de que nuestro inglés se ha convertido en un dialecto de sí mismo. Václav Havel, el dramaturgo checo disidente convertido en presidente, me dijo una vez: «Verás, hay tres tipos de inglés. Está el que los checos hablan con los italianos o los brasileños con los húngaros…, el que uno entiende al cien por cien. Está el inglés americano, del que uno entiende alrededor del cincuenta por ciento. Y luego está el inglés hablado por los ingleses, del que uno no entiende nada». Dado que por lo general los ingleses bajan la voz al final de las frases y dejan mucho sin decir o tan solo lo insinúan, comprendí su punto de vista, así que le di la razón en silencio.

El batiburrillo lingüístico europeo contribuye en gran medida al discreto encanto de la Europa de nuestro tiempo. ¿Quién iba a pensar que un drama televisivo sobre la política de coalición danesa sería popular en todo el continente? Sin embargo, la serie *Borgen*, cuyo nombre alude al castillo del centro de Copenhague que alberga el Parlamento, el Gobierno y el Tribunal Supremo de Dinamarca, es fascinante. Parte de su atractivo radica precisamente en la posibilidad de oír la cadencia un tanto brusca del danés —*Tak! Undskyld!*— mientras los subtítulos nos permiten entender lo que los personajes dicen.

Es probable que, junto con los nombres de Cristiano Ronaldo, Zinedine Zidane y otras cuantas leyendas europeas del fútbol, los referentes culturales compartidos por un mayor número de europeos sean las canciones de música pop interpretadas en inglés. Un atardecer frío y gris, un equipo técnico de rodaje inglés y yo buscábamos un lugar donde tomar una copa en Bruntál, una población pequeña y gris de la Silesia checa. Daba la impresión de que no había nada abierto. De pronto, sepultado en las profundidades de un amazacotado centro comercial de hormigón encontramos un bar diminuto, con su sucia luna alumbrada por una única luz de neón parpadeante. Dentro, tres checos sentados a una mesa de formica coja, a todas luces con muchas cervezas entre pecho y espalda, cantaban a grito pelado hinchando sus enormes vientres. Uno tocaba la guitarra. A falta de un tambor, otro marcaba el ritmo golpeándose su gran cabeza calva con una larga cuchara metálica torcida. Al parecer tenía el cráneo hueco, pues producía un sonido increíblemente fuerte. Pedimos jarras de cerveza. Intercambié unas cuantas palabras en checo con el alegre trío, pero ¿cómo establecer un contacto social más amplio? Con los Beatles, claro. Fred Baker, el director británico-austriaco de nuestra película, cogió con delicadeza la guitarra y, tras un gesto profesional dirigido al tamborilero, empezó a tocar «Yellow Submarine». «We all live in a yellow submarine… —vociferamos en un unísono irregular. Pom, pom, pom, retumbaba la cuchara del tambor sobre la resonante coronilla—. We all live in a yellow

submarine, yellow submarine…». Fue un momento de perfecta hermandad paneuropea.

Como era tradicional entre los escolares británicos, el primer idioma extranjero que aprendí fue el francés. Todavía me parece la lengua hablada más bonita del mundo. Más tarde, gracias a mi fascinación por Thomas Mann y la historia alemana reciente, pasé al alemán, que estudié de forma muy sistemática en el Instituto Goethe de Prien am Chiemsee, junto con mi hedonista amigo griego Giorgios. A diferencia del francés y el italiano, el alemán no es conocido en todo el mundo por su elegancia, pero puede ser a la vez hermoso y profundo. Desde entonces he adorado esa lengua. Siendo veinteañero, alentado por el movimiento disidente en Polonia, añadí el polaco. Con cada lengua aprendida me volvía un poco más europeo, más capaz de verme a mí mismo como otro —por emplear la magnífica expresión del filósofo francés Paul Ricoeur— y más alejado de las sólidas certezas monolingües de la Inglaterra de mi padre.

El francés, el alemán y el polaco me permitieron acceder a las tres principales familias de lenguas europeas, la romance, la germánica y la eslava, por lo que pude ampliar horizontes y adquirir unos conocimientos suficientes de italiano y español, neerlandés, checo y eslovaco para leer al menos los periódicos. En mis viajes en familia por el continente me lanzo a hablar la lengua local, con la gesticulación pertinente, lo que abochorna sobremanera a mis jóvenes hijos, Tom y Alec (Tomek y Alik en polaco). Sin duda muchas veces hago el ridículo, pero la voluntad de intentarlo, aunque sea con solo unas cuantas palabras mal pronunciadas en el idioma de la otra persona, es en sí misma un gesto de reconocimiento mutuo, una señal de europeísmo, y en general se valora como tal.

No obstante, aunque celebramos esa diversidad lingüística, debemos admitir que divide a los europeos tanto geográfica como socialmente. En la segunda década del siglo XXI, un periodo de populismo nacionalista, descubrimos que una de las profundas líneas divisorias que recorrían las sociedades europeas coincidía más o menos con la que separaba a la mitad que hablaba más de un idioma y la mitad que no. Con toda probabilidad los primeros estudiaban en la universidad,

vivían en grandes ciudades o en poblaciones prósperas y viajaban por el continente charlando sin ningún problema en otra lengua; los segundos no. Los emprendedores políticos populistas como Nigel Farage en el Reino Unido movilizaron a los últimos en contra de los primeros diciendo: «Ellos, las élites liberales cosmopolitas, tienen Europa. Europa solo es buena para ellos, no para vosotros. La nación es para vosotros». En las elecciones presidenciales celebradas en Polonia en 2020, la maquinaria propagandista del partido populista en el poder convirtió en un argumento contra el candidato de la oposición, el progresista proeuropeo Rafał Trzaskowski, el hecho de que hablara cinco idiomas. De lo más antipatriótico, claro está.

Poder vivir, estudiar y trabajar en la lengua propia es tan fundamental para el desarrollo humano que en general se interpreta como un derecho humano. Y la poesía, según se dice, es lo que se pierde en la traducción. Lo mismo ocurre, en un grado importante, con la política. Tras diez años de experiencia en la alta política, primero como presidente de Checoslovaquia y luego de la República Checa, Václav Havel gustaba de explicar su teoría de que la política es como el teatro. Ambos, afirmaba, son vida concentrada, intensificada. [91]

Sin duda Havel tenía razón. Los políticos con más talento son asimismo actores, directores de escena y escritores. ¿Qué hubiera sido la Segunda Guerra Mundial en el Reino Unido sin el lenguaje de Winston Churchill, que con todo merecimiento obtuvo el Premio Nobel de Literatura? Imposible imaginar la Francia de posguerra sin la retórica de Charles de Gaulle. La Ostpolitik de la República Federal de Alemania habría conmovido menos corazones sin las alentadoras frases de Willy Brandt, en su mayoría escritas en rotulador verde, según descubrí al estudiar sus documentos personales. También a Havel le gustaban en particular los rotuladores verdes —el color de la esperanza, decía— y sus discursos determinaron nuestra imaginación de la Europa poscomunista.

La política nacional es teatro, sobre todo en Washington; los europeos siguen el culebrón de la política estadounidense con mayor atención que la política europea de Bruselas, por

no hablar de la política de otros países europeos. De hecho, Estados Unidos sigue siendo una de las pocas cosas que todos los europeos comparten, junto con la música pop y el fútbol. En cambio, lo que la mayoría de los europeos ve del proceso político de Bruselas tiene la misma espectacularidad que un folleto de instrucciones de un lavavajillas. Un personaje de *Borgen*, la serie de televisión danesa, dice: «En Bruselas nadie te oye gritar». Yo añadiría: «Bruselas no canta». La Unión Europea se acerca más a la comunicación que conmueve los corazones y las mentes con la imagen de las banderas europeas ondeando junto a las nacionales y, gracias a Beethoven, con el sonido del himno europeo. Pero no es casual que el himno carezca de una letra oficial. Tal vez la música y la bandera nos unan; en lo que se refiere a la lengua seguimos tercamente divididos.

ROMA

E pluribus unum («De muchos, uno») es el conocido lema latino del gran sello de Estados Unidos. *In varietate concordia* es la divisa latina, poco conocida, de la Unión Europea, traducida en un principio como «unidad en la diversidad» y ahora oficialmente como «unida en la diversidad». Una frase ante la cual incluso el observador más comprensivo tal vez dijera: «Veo la diversidad, pero ¿dónde está la unidad?». Desde el punto de vista lingüístico, la respuesta reside en la poliglotía y la traducción; desde el político, depende de la fluctuante voluntad de los europeos de actuar juntos; desde el histórico, empieza con una sola palabra: Roma.

«Todos los caminos conducen a Roma» reza un refrán que se remonta a un monje francés del siglo XII. Literalmente se refiere al sistema viario del Imperio romano, en el que todas las distancias se medían desde un punto del Foro de Roma señalado por un monumento: la Milla de Oro. Podéis haceros una idea de cómo era esa extraordinaria red mirando un mapa conocido como la Tabula Peutingeriana.[92] Copia de un original del siglo IV e. c. realizada por un monje del XIII, es un rollo de casi siete metros de largo donde se cartografían unos ciento doce mil kilómetros de carreteras que surcan el mundo romano. Al igual que los mapas de carreteras modernos, representa ciertos elementos de forma esquemática: los ríos de color azul oscuro, las carreteras como líneas rojas y, salpicados entre ellas, con las distancias indicadas en millas romanas, minúsculos edificios de colores, de los cuales algunos de los más grandes son balnearios. Aquis Sestis es Aix-en-Provence, Aquinco es Budapest, Aquas Aureanas es Kirşehir, en la actual Turquía, etc.[93] Al igual que los turistas modernos, los viajeros del siglo IV podían planear en qué hotel o Aquibnb pernoctar.

En sentido figurado, «todos los caminos conducen a Roma»

significa algo así como «hagas lo que hagas, acabarás ahí». Para Europa, el significado más importante se halla entre lo literal y lo figurado. Thomas Mann dijo a aquellos estudiantes de Hamburgo de la posguerra que el regreso a Roma tras una larga ausencia le evocaba la «perspectiva milenaria» de Europa e inundaba su corazón de «una melancolía extraordinariamente similar al orgullo».[94] Goethe escribió a sus amigos que consideraba el día de su llegada a Roma en 1786 como «un segundo nacimiento, un verdadero renacer» porque «toda la historia mundial está ligada a este lugar».[95]

Si bien «historia mundial» era una exageración eurocéntrica, lo cierto es que Goethe encontró las palabras perfectas para describir la relación de la historia europea con Roma: está «ligada» a ella. No se trata solo de que gran parte de lo que ha constituido Europa desde el punto de vista histórico ya estaba en el Bajo Imperio romano. No se trata solo de que Roma nunca desapareciera del todo en los territorios que una vez dominó. Se trata de que incluso pueblos y territorios que jamás formaron parte del Imperio romano se sintieron fascinados por él, lo estudiaron, reclamaron su herencia e intentaron reproducirlo, en todos los sentidos de la palabra «reproducción». La historia y la mitología, la tradición y la invención de la tradición se entrelazan de manera inextricable.

Una versión convencional de este relato diría que la civilización grecorromana y judeocristiana nos llegó a través de Roma, y hay mucha verdad en dicha afirmación, así como cierta simplificación excesiva, por otro lado inevitable. (Para un continente hoy en día multicultural, con una población musulmana numerosa y en aumento, es útil recordar que los estudiosos y bibliotecarios árabes salvaron los textos clásicos de la filosofía griega). En 1982 Bronisław Geremek, encerrado tras una alambrada de espino por el régimen de Polonia respaldado por los soviéticos, repartía su tiempo discurriendo una estrategia para la oposición política polaca y reflexionando sobre el desarrollo de Europa en la Edad Media. Como estudioso, no dudaba de que la unión de Roma y el cristianismo, *Romanitas et Christianitas*, alumbró la idea bajomedieval de Europa de la que desciende la nuestra.[96]

Para la posterior evolución de Europa fue fundamental que

esa Iglesia católica romana (la clave está en el nombre) se extendiera por numerosos territorios donde, al menos en principio, fue independiente del poder local laico. La Iglesia católica fue la primera ONG internacional. Pero para la mayor parte del este y el sudeste de Europa la herencia cristiana llegó a través del Imperio romano de Oriente, que nosotros conocemos como Imperio bizantino, con sede en Constantinopla, llamada «la segunda Roma». Una vez tuve la oportunidad de ver al patriarca ecuménico Bartolomé I, arzobispo de Constantinopla y en general considerado el veterano de los teólogos ortodoxos, en su despacho, oscuro y anticuado, de Estambul. Mientras nuestra pequeña delegación tomaba con cautela sorbitos de una bebida que parecía ser solo azúcar blanco líquido, el anciano patriarca, con su barba blanca y sus gafas, nos dio la bienvenida con serenidad a un lugar «donde llevamos unos mil setecientos años».[97] Aunque en Estambul solo quedan unos pocos miles de cristianos ortodoxos, durante la hora de esa breve reunión estuvimos en Constantinopla.

El cristianismo fue el mayor elemento de unidad en la diversidad de Europa a lo largo de muchos siglos. Tengo ante mí un mapa titulado Europa Polyglotta, creado por un cartógrafo alemán en 1730.[98] Visualmente es un embrollo, con letras minúsculas en distintas lenguas que cubren toda la superficie terrestre de Europa y gran parte de los mares que la rodean como garabatos de un profesor loco, pero, si se mira con mayor atención, se advierte que lo que aparece escrito en treinta y tres idiomas, en alfabeto latino, cirílico, griego u otro, es siempre la misma frase: «Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre».

Cuando a principios del siglo XXI la Unión Europea instituyó una convención para redactar una «constitución europea», se desató un animado debate sobre la inclusión del cristianismo en el preámbulo de esta. Al final solo se aludió a él en la frase «inspirándose en la herencia cultural, religiosa y humanista de Europa».[99] A esas alturas había una gran proporción de no creyentes en muchos países de Europa Occidental —casi la mitad de los neerlandeses, por ejemplo, y más de un tercio de los suecos—.[100] Algunos de los proeuropeos más apasionados eran también ateos convencidos. Mientras que en

los años cincuenta los padres fundadores del proyecto europeo invocaban a menudo el cristianismo, la nueva generación creía de manera ferviente que los valores de la Unión Europea no debían basarse en dicha religión, sino en la herencia de la Ilustración y la revolución científica de los siglos XVII y XVIII que prepararon el terreno. Europa debía defender verdades empíricas, verificables por medios científicos y fundadas en los hechos, no la Verdad revelada de la religión. Verdades humanistas; principios de razón, y no artículos de fe. En ese nuevo mapa de Europa la divisa compartida, traducida en todas las lenguas, no sería «Padre nuestro que estás en los cielos», sino más bien el consejo que el filósofo alemán del XVIII Immanuel Kant dio en su ensayo fundamental sobre la Ilustración: *Sapere aude!* («¡Atrévete a saber!»).

No obstante, hasta un ateo comprometido debe reconocer la realidad histórica de que sin el cristianismo no existiría Europa tal como la conocemos. Como es propio de Europa, incluso esa unidad subyacente está recorrida por divisiones. La Europa cristiana está partida por el gran cisma entre los ritos occidentales y orientales, los católicos romanos y los ortodoxos. Un erudito ortodoxo señala ladinamente que «católico romano» es una contradicción en sus términos, ya que «católico» significa «universal».[101] Está dividida asimismo por la ruptura producida tras la Reforma entre los católicos y las diversas clases de protestantes. En la década de 1860 una enfermera escocesa que viajaba por el continente con el escritor Robert Louis Stevenson consideró a los franceses «un pueblo muy agradable», aunque deploró que vivieran «bajo el dominio del hombre de pecado».[102] Se refería al papa. En los años sesenta, en Sherborne, el internado, muy protestante, donde estudié, una fuente de toda confianza me informó de que a los chicos de Downside, una escuela católica rival, se les incitaba a alcanzar nuevas cotas de salvajismo deportivo mediante el redoble de enormes tambores tocados en un extremo del campo de rugby por monjes encapuchados. En diversos países europeos todavía se recuerda que un matrimonio «mixto» era aquel entre un católico y un protestante.

La configuración mental de los credos pasados, al igual que

las doctrinas de los economistas fallecidos, determina incluso a quienes ya no creen en ellos. Como señaló una vez el estudioso israelí Shlomo Avineri, un ateo judío, un ateo católico y un ateo musulmán descreen de distintos dioses. Cuando los alemanes hablan de deuda, emplean la palabra *Schuld*, que además significa «culpa» y está cargada de connotaciones luteranas a lo pecaminoso. La relación tensa y marcada por el sentimiento de culpa de las iglesias cristianas con los judíos de Europa y el largo y arraigado antagonismo con el islam siguen pesando hoy en día sobre el continente.

Así pues, ¿está Europa unida en la diversidad? Sí, pero también dividida en sus elementos cohesionadores más profundos. Lo mismo cabe decir de sus imitaciones de Roma. Esa tradición definitoria de Europa nació justo después de lo que se ha dado en llamar «la caída del Imperio romano». En el año 500 e. c., un rey guerrero godo, Teodorico, partió de su capital, Rávena, antaño sede del ejército imperial, para realizar una visita triunfal a Roma. Primero se detuvo en la iglesia de San Pedro, donde se hallaba la tumba del jefe de los apóstoles de Jesucristo, tras lo cual se dirigió al Senado romano, que aún existía, y «prometió que, con la ayuda de Dios, defendería la inviolabilidad de cuanto habían decretado los anteriores emperadores romanos».[103] A continuación tuvieron lugar la tradicional gira imperial, los espectáculos de circo para el pueblo y el reparto de comida: el conocido «pan y circo».

Trescientos años después, en el 800 e. c., un rey guerrero franco, Carlomagno, fue coronado emperador por el papa de Roma, con lo cual afirmó que la verdadera «segunda Roma» tenía su sede en Occidente, no en Constantinopla. Carlomagno había inscrito en su sello las palabras «la renovación del Imperio de los romanos».[104] Así empezó el Sacro Imperio Romano, conocido en Alemania como el Reich y probablemente el sistema de gobierno más infravalorado de la historia europea. Adolf Hitler alardeaba de que el suyo sería el «Reich de los mil años», pero, mientras que su Tercer Reich duró solo doce, aquel sí se prolongó un millar de años. No llegó a su fin hasta 1806, cuando su último emperador,

Francisco II, abdicó y se convirtió tan solo en el káiser Francisco I de Austria. Voltaire, con la agudeza de un articulista de periódico, afirmó con sorna que no era sacro, ni romano, ni imperio.[105] Aun así, durante siglos fue todas esas cosas para la mayoría de sus súbditos.

Todavía es posible sentir parte del aura del Sacro Imperio Romano al asistir, como hice yo por primera vez en 2017, a una misa solemne en la catedral que Carlomagno mandó construir en Aquisgrán. Cuando te acercas a la catedral por un estrecho patio, reparas en las viejas piedras romanas reutilizadas en la alta pared de la izquierda. Al entrar en el edificio por el magnífico par de puertas de bronce de alrededor del año 800, piensas que el mismo Carlomagno debió de cruzarlas. Una vez que dejas atrás una estatua del siglo III a. e. c. que representa una loba como aquella de la que mamaron Rómulo y Remo en la mítica fundación de Roma, te encuentras en la iglesia original, terminada asimismo en torno al año 800. Con su planta octogonal, sus galerías superpuestas, sus arcos con franjas de colores y los mosaicos dorados, parece tan bizantina como católica romana. En su diseño tuvo una influencia importantísima la iglesia de San Vital de Rávena, ciudad que había pasado a ser un exarcado después de los tiempos de Teodorico. Es probable que en el edificio original se emplearan piedras y mármol de Rávena.

Como suele suceder en Europa, parte de lo viejo es de hecho nuevo: restaurado o creado después del siglo XIX. Aun así, en la galería de la primera planta se encuentra el trono, construido con losas de mármol romano, en que los reyes «romanos germánicos» fueron coronados entre los siglos X y XVI. (El rey no se convertía en emperador hasta que el papa lo recibía en Roma). Entre el incienso brillan en lo alto las velas de una enorme lámpara circular fabricada por orden del rey y emperador del siglo XII Federico Barbarroja, quien todavía duerme en lo más profundo del monte Kyffhäuser, en Turingia, a la espera de que el Consejo Europeo lo llame cuando no logre alcanzar un acuerdo sobre el próximo presupuesto de la Unión Europea.

Si te vuelves hacia el coro, situado en el este, más allá de un altar con la parte delantera dorada ves un sarcófago,

también dorado y trabajado con primor, que contiene (y parece que así es) los huesos de Carlomagno. A un lado del altar, con un magnetismo que atrae la mirada, se alza una soberbia cruz fabricada para su hijo Lotario, con gemas y piedras preciosas engastadas; en su centro tiene un camafeo romano del emperador Augusto. Los incensarios se mecen, el incienso se arremolina en torno al oro, las gemas y las velas. De la galería superior llega el sonido de un coro que canta, en latín naturalmente, *Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, miserere nobis* («Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros»). Estás en 2017 y estás en 1217. Estás en Roma, en Rávena, en Bizancio… y en Renania del Norte-Westfalia.

Una regia vía rápida de la historia europea que pasa por Rávena y Aquisgrán lleva de Roma a los mil años del Sacro Imperio Romano, y de ahí a los imperios que lo sucedieron. Tras el final, en los años noventa, de la división de Europa provocada por la Guerra Fría, Bronisław Geremek me contó que deseaba convencer a los franceses, alemanes e italianos —a grandes rasgos, los herederos de los territorios forjados para los tres hijos varones de Carlomagno— de que Europa debía ser otoniana en vez de solo carolingia. En otras palabras, al igual que la dinastía fundada por Otón I, emperador del Sacro Imperio Romano en el siglo X, debía abarcar Europa Central y Oriental. Tal como explicó Geremek ante un público en su mayoría alemán al recibir en 1998 el Premio Carlomagno en Aquisgrán, el encuentro del emperador Otón III con el rey polaco Boleslao junto a la tumba del mártir san Adalberto en Gniezno en el año 1000 fue «una fecha importante en la historia europea».[106] No por casualidad las palabras polaca y checa *król* y *král*, que significan «rey», derivan de Karl, es decir, Carlomagno.[107] El «káiser» alemán y el «zar» búlgaro y ruso son variantes de «césar».

En 1027 el rey Canuto, a la sazón monarca de gran parte de la actual Escandinavia y de Inglaterra, viajó a Roma para asistir a la coronación del rey Conrado II como emperador por el papa Juan XIX. «Quiero que sepáis —escribió a sus súbditos ingleses en el camino de regreso a Dinamarca— que hubo allí un gran encuentro de nobles en la solemnidad

pascual con nuestro señor el papa Juan y el emperador Conrado […], quienes me brindaron un respetuoso recibimiento y me honraron con magníficos regalos».[108] De inmediato se advierte la fanfarronería un tanto insegura, característica de los dirigentes de las partes de Europa menos principales. «En Bruselas, Berlín y París todos nos tratan con enorme respeto» es el mensaje dirigido al país por muchos políticos nacionales hasta el día de hoy. ¿Qué era lo que el primer ministro británico John Major, el Canuto de nuestros días, gustaba de decir en los años noventa? Ah, sí, que el Reino Unido era «el corazón de Europa».

En Rusia se hizo una afirmación aún más osada. Tras la caída de Constantinopla a manos de los turcos otomanos en 1453, el monarca ruso Iván III contrajo matrimonio con Sofía Paleólogo, sobrina del último emperador bizantino, y estableció en Moscú una corte suntuosa a imitación del modelo bizantino. Sus ideólogos ortodoxos formularon la teoría de que Rusia era «la tercera Roma», sucesora religiosa e imperial de la «segunda Roma» bizantina. Como el monje Filoteo de Pskov escribió a Iván III: «sois el único emperador de los cristianos de todo el mundo […]. Pues dos Romas han caído, mas la tercera permanece y no habrá una cuarta».[109]

Qué equivocado estaba. Ya había habido al menos tres Romas y habría una cuarta, una quinta y una sexta. Las versiones del gran éxito cinematográfico *Roma* no tendrían fin. Cuando en 1804 Napoleón se coronó a sí mismo emperador de Francia, usó dos coronas: una de laurel de oro, que evocaba la antigua Roma, y una reproducción de la de Carlomagno. El papa Pío VII asistió a la ceremonia celebrada en la catedral de Notre Dame y leyó el mismo texto empleado por el papa León III en la investidura de Carlomagno unos mil años antes. Al año siguiente Napoleón se coronó a sí mismo rey de Italia utilizando esta vez la corona de hierro de Lombardía, que habían llevado todos los emperadores del Sacro Imperio Romano desde Federico Barbarroja. Así pues, cuando el Sacro Imperio Romano llegó formalmente a su fin en 1806, ya había un aspirante a jefe romano.[110]

Y así seguimos. Mussolini utilizó los fasces de la antigua Roma como símbolo del fascismo. Su apelativo «il Duce» deriva del término latino *dux*, que se refiere a un comandante

militar de una región en la Italia del siglo VI.[111] Definió el fascismo italiano como heredero de la «civilización universal» de la antigua Roma.[112] Estando en su cuartel general de guerra, Hitler comentó a sus compañeros de cena que el Imperio romano era «la única institución político-estatal verdaderamente grande de la historia».[113] Si Roma no se hubiera debilitado al adoptar el cristianismo, afirmó haciéndose eco de un Nietzsche vulgarizado, tal vez habría derrotado a los hunos y habríamos conocido una Europa muy distinta. Los emperadores germánicos como Carlomagno y sus sucesores fueron muy intrépidos «si se piensa en las muchas veces que cruzaron los Alpes a caballo». Su imperio, reflexionó Hitler, siempre miraba al sur, no al este. Y en marzo de 1942, cuando sus ejércitos, como los de Napoleón, se quedaron estancados en el invierno ruso, caviló que quizá al cabo de mil años un maestro de escuela chiflado diría: «Lo que el tal Hitler hizo en el este estaba bien pensado, sin duda, pero al final fue una insensatez total; debería haber ido al sur».

Cuando, tras la Segunda Guerra Mundial, los dirigentes democráticos de Europa Occidental decidieron crear una comunidad económica europea, ¿qué sitio eligieron para firmar el tratado constitutivo? Roma, claro. La ceremonia de la firma celebrada aquel lunes lluvioso de marzo de 1957 estuvo llena de referencias a la antigua Roma. «No podría haber un lugar más adecuado que la Ciudad Eterna como valioso testigo de nuestras esperanzas», declaró Paul-Henri Spaak, político belga que se contó entre los padres fundadores de la Unión Europea. «En Roma, antaño capital del mundo antiguo —dijo Joseph Luns, ministro de Asuntos Exteriores de los Países Bajos—, se sentaron de forma magistral los cimientos políticos, legales y sociales de nuestra actual civilización. De igual modo, hoy, en esa misma Roma, estamos sentando los cimientos de una nueva Europa que esperamos que esté tan unida y sea tan fuerte y próspera como en el pasado bajo la Roma imperial de los césares». Konrad Adenauer, canciller fundador de la República Federal de Alemania, más cauteloso, observó que «el gran patrimonio común, del cual la ciudad de Roma siempre da fe, es al mismo tiempo una advertencia y una esperanza».[114]

A finales de la década de los sesenta, cuando viajé por primera vez al continente, la Comunidad Europea aún coincidía en gran medida con el imperio de Carlomagno en el año 800.[115] Los bárbaros no carolingios no empezaron a entrar en el jardín de Carlomagno hasta 1973, con la adhesión del Reino Unido, Irlanda y Dinamarca a esa sexta o séptima Roma. Pero también los bárbaros, a nuestro modo particular, habíamos vuelto la vista hacia Roma y la habíamos imitado.

La cuestión romana es hasta la fecha el rompecabezas político central de Europa. Es el rompecabezas de la unidad y la diversidad. «¿Cómo logrará Europa hacerlo mejor?», se pregunta cada generación. «¡Más unidad, más Roma!», dicen algunos. Ese es el tenor de un millar de discursos pronunciados en Bruselas. «No —replican otros—, ¡más diversidad, menos Roma!». Lo que proporcionó dinamismo a nuestro continente, argumentan, no fue la imitación de Roma, sino, por el contrario, lo que el historiador Walter Scheidel denomina «la fuga de Roma». Ampliando la vieja tesis de que la diversidad de Europa es la clave histórica que explica su crecimiento económico sin precedentes, Scheidel sostiene que el «policentrismo posromano», frente a la unidad centralizada de los imperios asiáticos, permitió que naciera en Europa la modernidad: «Sin policentrismo no hay modernidad».[116] Con todo, el historiador plantea asimismo la cuestión de si eso habría ocurrido igualmente de no haber existido Roma. Una Roma de la que escapar, pero también con la que soñar.

La unidad y la diversidad son el yin y yang de Europa, su tesis y su antítesis, siempre en busca de una síntesis esquiva. Si se presiona demasiado para conseguir la unidad, la unión forzada empieza a desmoronarse. Si se presiona demasiado a favor de la diversidad, los europeos acaban peleándose entre sí. Con el tiempo alguien aparece en escena para poner orden en el caos interno, como Fortimbrás al final de *Hamlet*. (El Fortimbrás del futuro tal vez sea China). El Sacro Imperio Romano duró tanto precisamente porque combinó una profunda aura cohesionadora con lo que el historiador Peter Wilson describe como «un marco que sustentaba los derechos

locales y particulares [...] y respetaba la diversidad, la autonomía y la diferencia». En la gestión de esas diferencias, continúa Wilson, «el éxito solía depender de las soluciones intermedias y las evasivas. Aunque de cara al exterior se recalcaban la unidad y la armonía, el Imperio funcionaba de hecho aceptando el desacuerdo y el descontento como elementos permanentes de la política interior».[117] Si eso nos resulta familiar, lo considero una señal de esperanza, no de desesperación, para el futuro de la actual Unión Europea.

EL OCCIDENTE DE LA GUERRA FRÍA

La unidad europea aún parecía un sueño imposible en los años setenta, pues Europa estaba partida por la mitad. En el verano de 1975, con veinte años, viajé a Berlín, el centro dividido de un continente dividido. Con el dinero que había ganado trabajando de jardinero en un parque público realicé el largo trayecto nocturno en tren por el paisaje llano del norte de Alemania que mi padre había cruzado en circunstancias muy distintas tres décadas antes. Mi diario menciona a un «turco colérico» vestido con ropa vaquera naranja y azul que, ya entrada la noche, lanzó una diatriba contra el imperialismo en general y los imperialistas ingleses en particular, y a un polaco que se insinuó a una colegial inglesa de diecisiete años «sumamente inocente» que deseaba ser bailarina de ballet. Luego, agotado, me dormí.

A buen seguro eso explica por qué no se describe la primera vez que crucé el Telón de Acero —en ese caso, la frontera entre Alemania del Oeste y la del Este—, y tampoco la entrada desde Alemania del Este al inquietante enclave de Berlín Occidental, rodeado por completo por el Muro. Aunque este se definía oficialmente como el «muro de protección antifascista», todo el mundo sabía que no se había construido para impedir que los fascistas de Berlín Occidental pasaran a la Alemania del Este, que lo envolvía por entero, sino para impedir que los ciudadanos de Alemania del Este escaparan a Berlín Occidental. Aquella «isla en el mar rojo» se había cercado hacía catorce años, el 13 de agosto de 1961, y ahora el Muro era una fortificación formidable compuesta por varias murallas, torres de vigilancia, vallas, zanjas para evitar el paso de vehículos y una «franja de la muerte» de arena rastrillada.

Europa tiene un largo historial de divisiones, en muchas de las cuales se emplean las etiquetas «Este» y «Oeste». Sin

embargo, esa última división no vino dictada por las potencias europeas que habían combatido en el corazón de Europa desde la época de César hasta la de Hitler, sino por dos «superpotencias» nucleares enzarzadas en la Guerra Fría, denominación empleada por George Orwell ya en 1945.[118] Entre 1914 y 1945 Europa se había desgarrado en lo que Churchill consideró «una nueva guerra de los Treinta Años». La Unión Soviética y Estados Unidos, que compartían el papel de Fortimbrás, recogían los pedazos. El Imperio ruso había sido hacía tiempo un actor importante en los asuntos europeos. Estados Unidos era, por sus orígenes y su cultura, una especie de nueva Europa de ultramar. Sin embargo, ni la Unión Soviética ni Estados Unidos podían describirse de manera inequívoca como países europeos.

Durante siglos los europeos habían impuesto sus condiciones a pueblos de países remotos. Ahora se habían vuelto las tornas. O, mejor dicho, solo a medias, pues en 1945 los imperios de los británicos, franceses, neerlandeses y portugueses seguían en gran medida intactos. Francia reprimió de forma sangrienta una protesta popular en Argelia el mismo día en que se declaraba la victoria en Europa.[119] Por consiguiente, Europa tenía una extraña doble condición: en parte colonizada y en parte colonizadora; todavía pisoteando a otros, pero también siendo pisoteada. El imperio europeo de ultramar más antiguo, el portugués, se disolvió, en Angola y Mozambique, más o menos en la época de mi primera visita a Berlín.

Las líneas arbitrarias que se trazaron entonces sobre el mapa de Europa tuvieron consecuencias que cambiaron la vida de quienes se encontraron en el lado equivocado. Tomemos, por ejemplo, el caso de Steinstücken. En 1787 un pueblo llamado Stolpe, situado en la campiña al sudoeste de Berlín, adquirió una parcela de tierra de cultivo separada de la población. A finales del siglo XIX, Stolpe y la zona residencial de dicho enclave —ahora llamada Steinstücken—, se incorporaron a la arbolada parroquia de Wannsee, que a su vez pasó a formar parte del Gran Berlín en 1920. Cuando en el verano de 1945 Estados Unidos, la Unión Soviética, el Reino Unido y Francia acordaron las líneas que dividirían la capital de Hitler en sectores de ocupación, las trazaron

siguiendo los límites de los barrios del Gran Berlín.[120] De ese modo, Steinstücken, con sus doce hectáreas, pertenecería al sector estadounidense y, por ende, a Berlín Occidental tras la unión de los tres sectores occidentales.

Cuando en agosto de 1961 Alemania del Este cercó Berlín Occidental, Steinstücken pasó a ser su propia miniatura de Berlín Occidental, una islita del «Oeste» en medio del «Este». Aunque se hallaba a menos de un kilómetro de la parte central de Berlín Occidental, las fuerzas armadas estadounidenses crearon un helipuerto rudimentario para trasladar soldados al enclave. En la plaza se alza ahora un monumento al helicóptero y en el parque infantil hay incluso un trepador en forma de ese tipo de aeronave. Pero no hay que preocuparse por los soldados estadounidenses, que podían marcharse en avión y estar en Texas al día siguiente. Pensad en quienes de verdad vivían allí. El lado de la calle donde se encontraba tu casa determinaba en qué mundo estabas.

Ahí se hallaba la nueva línea de frente entre «Oeste» y «Este». Cuando llegué a Berlín aquella primera vez, me entusiasmaba la idea de un lugar donde se estaba creando la historia mundial. Buena parte de la emoción se debía al hecho de ignorar qué rumbo tomaría la historia. Yo era como un buceador que, sin consultar ninguna tabla, se adentra en las aguas profundas de una cala conocida por sus fuertes y traicioneras mareas. Mientras nadas, sientes alrededor el remolino de corrientes poderosas, pero no sabes si te llevan hacia la playa o te empujan mar adentro.

Con la perspectiva del tiempo —que ilumina pero también oscurece—, parece claro que la marea iba en la dirección de la democracia, Occidente, la libertad y una mayor unidad europea. Grecia, España y Portugal iniciaban la transición de la dictadura a la democracia. En 1978 el Reino Unido, haciendo gala de su famoso sentido común, votó en un referéndum a favor de la permanencia en la Comunidad Europea, con el apoyo más decidido de Inglaterra y los conservadores, y la feroz oposición de los laboristas y Escocia. Hasta mi euroescéptico padre votó por seguir en el «mercado

común».

Aquel mismo año, el entonces primer ministro belga, Leo Tindemans, presentó un «informe sobre la Unión Europea» al Consejo Europeo, como se llamaba el órgano encargado de tomar decisiones y formado por los jefes de Gobierno de los nueve estados miembros. En él recomendaba que la Comunidad Europea se convirtiera en una unión, con la elección por sufragio directo de un Parlamento Europeo, una política monetaria y económica común, libertad de circulación de los ciudadanos sin controles de fronteras y una política exterior mejor coordinada, con lo cual anticipó mucho de lo que sucedería en los siguientes cuarenta y cinco años. Entretanto, los líderes de las seis democracias industriales más importantes —Estados Unidos, Francia, Alemania Occidental, Italia, el Reino Unido y Japón (miembro de «Occidente» a esos efectos)— se reunieron en una cumbre informal en el castillo de Rambouillet, en el sudoeste de París. Al año siguiente, con la incorporación de Canadá al selecto grupo, se crearía lo que todavía se conoce como G7. Las reformas económicas liberalizadoras darían un nuevo dinamismo a las economías de Europa Occidental.

En cambio, al otro lado del Telón de Acero el bloque soviético entraba en un periodo de estancamiento político y económico. Unos días antes de que yo tomara el tren con destino a Berlín se firmó en la capital finlandesa una declaración política que se conocería como Acta Final de Helsinki. Era el resultado de una larga negociación entre el deseo soviético de obtener el reconocimiento formal de su posición dominante en Europa del Este (concedido solo de manera ambigua en febrero de 1945 en la Conferencia de Yalta), la política estadounidense de distensión y la variante de la distención practicada en Alemania Occidental y conocida como Ostpolitik, asociada para siempre al nombre del canciller Willy Brandt.

Con el acuerdo de 1975 se inició el llamado «proceso de Helsinki», con conferencias de seguimiento. Eso contribuyó a una nueva dinámica política en países como Polonia, Hungría y Checoslovaquia, donde, para justificar y reafirmar las reivindicaciones dirigidas a los gobernantes comunistas que habían firmado el Acta Final, los disidentes citaban la vaga

defensa de los derechos humanos que se hacía en el tratado y el hecho de que este promoviera de forma específica los contactos humanos. Con la perspectiva del tiempo es posible trazar una línea recta que va de Helsinki al fin del comunismo en países que más tarde ingresarían en la OTAN y la Unión Europea, ampliando así las instituciones claves del Occidente de la Guerra Fría. Más tarde la denominada Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa se convertiría en la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa que hoy conocemos.

Un manual de historia podría resumir así lo ocurrido. Pero no hubo nada inevitable en esa evolución. Incluso una metáfora como «el cambio de la marea» es engañosa, pues sugiere un proceso natural e imparable. En su momento muchas personas inteligentes y bien informadas creyeron que las cosas irían en la dirección contraria. En aquel espléndido castillo de Rambouillet dirigentes como Helmut Schmidt, que sucedió a Brandt en el cargo de canciller de Alemania Occidental, y el presidente francés Valéry Giscard d'Estaing contemplaron con aire sombrío sus entremeses temiendo que las repercusiones del espectacular aumento del precio del petróleo producido años antes —la «crisis del petróleo»— debilitara económicamente a un Occidente ya debilitado políticamente.

Estados Unidos parecía hallarse en una situación muy comprometida debido a la funesta combinación de la guerra de Vietnam y el escándalo del Watergate. Nueva York, la ciudad totémica del capitalismo, se hallaba casi en quiebra.[121] Al secretario de Estado Henry Kissinger le preocupaba que Portugal, tras quitarse de encima la dictadura de derechas, se volviera comunista. Advirtió a Mario Soares, el nuevo ministro de Asuntos Exteriores portugués, de que corría el riesgo de ser como Alexander Kerenski, el líder menchevique de la primera etapa de la Revolución rusa, que se vio enseguida arrumbado por los bolcheviques, más radicales, de Lenin. Soares le respondió con amabilidad que desde luego no deseaba ser un Kerenski, a lo que Kissinger replicó: «Tampoco Kerenski».[122] En Angola, antigua colonia portuguesa, tropas respaldadas por Cuba y la Unión Soviética se impusieron a aquellas que contaban con el apoyo

estadounidense. El Partido Comunista Italiano consiguió más de un tercio de los votos en las elecciones de 1976, con lo que quedó un poco por detrás de los democristianos, y parecía ir en aumento.

Tanto Italia como Alemania Occidental se veían sacudidas por atentados terroristas de grupos de izquierda, con el asesinato de destacados industriales y políticos. En Italia, las Brigadas Rojas secuestraron y mataron al ex primer ministro democristiano Aldo Moro. Cuando fui a un club a orillas de un lago en Berlín Occidental, uno de mis nuevos amigos me dijo: «El RAF atacó con bombas este lugar hace poco». Por un momento me pregunté por qué la Royal Air Force iba a hacer eso. Luego me di cuenta de que se refería a la Fracción del Ejército Rojo (RAF por sus siglas en alemán), un grupo terrorista de extrema izquierda también conocido como la banda Baader-Meinhof. Los alemanes de derechas tenían la sensación de que la izquierda revolucionaria amenazaba la existencia de su democracia, que no había cumplido aún ni treinta años. Los alemanes de izquierdas, por su parte, creían que lo que ponía en peligro su democracia era la exagerada reacción represiva de la derecha. Un día acudí a un juzgado de Berlín Occidental para asistir a un juicio a terroristas del RAF. Al siguiente vi *Alemania en otoño*, un collage sombrío y melancólico dirigido por los principales cineastas de Alemania Occidental, donde se insinuaba que la República Federal se hallaba al borde de algo parecido al fascismo.

En abril de 1978 almorcé con un viejo fascista. No me refiero a un fascista en el sentido amplio en que aquellos cineastas empleaban el término. Quiero decir un Fascista con mayúscula, pues en los años treinta sir Oswald Mosley había dirigido la Unión Británica de Fascistas. Los Mosley tenían en Orsay una casa pequeña pero imponente de la época napoleónica, llamada modestamente el Temple de la Gloire, y en ella me recibió la esposa de sir Oswald Mosley, Diana, una de las famosas hermanas Mitford. Me pareció una mujer gélida. Entre los invitados había también un monseñor católico vestido del negro más oscuro, varios británicos de clase alta y alguien a quien mi diario describe como «el único francés presente, bastante desastrado pero cortés». En un momento dado este le preguntó a Mosley de qué estábamos

hablando en mi extremo de la mesa. Mi diario prosigue así: «“Nous disons”, responde O. M. a voz en grito hacia la otra punta, en un francés tan inglés como el de Churchill, “nous disons que le marxisme est totalement fini!”». (¡Decimos que el marxismo está totalmente acabado!). Y a continuación señalo «el extraordinario espectáculo de ese rey envejecido y aislado en el exilio, rodeado de su corte, proclamando con suprema confianza en sí mismo la muerte de una creencia bajo la que en la actualidad viven dos quintos de la población mundial». No era el comunismo, sino el fascismo, pensé, lo que estaba *totalement fini*. (Al cabo de cuarenta años descubrimos que volvía el fascismo, en la Rusia de Vladímir Putin entre otros lugares. El caleidoscopio nunca deja de girar).

Alexander Solzhenitsyn, autor de *Archipiélago Gulag*, en el exilio desde hacía poco, condenó el Acta Final de Helsinki —celebrada por la posteridad como un catalizador histórico de la liberación de Europa del Este— por considerarlo una vergonzosa capitulación occidental. Muchos disidentes de Europa Central y del Este le dieron la razón. Los dirigentes soviéticos vieron en el Acta de Helsinki un triunfo, pues aseguraba el reconocimiento de los acuerdos posteriores a 1945 que deseaban desde hacía mucho. Los alarmistas declararon que el Este estaba ganando la Guerra Fría. Hasta un historiador cauto y sensato como J. M. Roberts escribiría en la primera edición de su libro *The History of the World*, publicado en 1976, que la Unión Soviética tenía entonces «una base científica e industrial equiparable a la de Estados Unidos»,[123] que, por su parte, ya no era «el mandamás que había sido incluso diez años antes». El Atlas del Banco Mundial consignaba de forma solemne que en 1975 la renta per cápita de Alemania del Este había superado a la del Reino Unido.[124] Al cabo de unos años, el escritor francés Jean-François Revel publicó un libro titulado *Cómo terminan las democracias*.[125]

Desde el puerto seguro de la posteridad es tentador exclamar: «¡Qué absurdamente equivocados estaban todos!», y en un sentido sería correcto, pues las cosas no evolucionaron en esa dirección. Pero en otro sentido, quizá más importante, sería un error. Precisamente el hecho de que

los políticos e intelectuales de los años setenta vieran, incluso sobrestimaran, la debilidad de las democracias occidentales y la fuerte competencia del bloque oriental llevó a Occidente a esforzarse tanto en el interior como en el extranjero. Cabría decir incluso que Occidente ganó la Guerra Fría porque temía perderla. El contraste con los inicios de la primera década del siglo XXI es instructivo. Con el cambio de milenio, Occidente, embriagado por el éxito y sin ver ningún rival sistémico importante, se volvió complaciente y hasta arrogante. Fijaos en lo que ocurrió después.

A principios de los ochenta, tras esa ducha fría de miedo, se intensificó la Guerra Fría. En aquella época se hablaba del final de la distensión y de una «segunda Guerra Fría», expresión que se abrió paso en los libros de historia. Pero la Guerra Fría original no había terminado. Para ambos bandos, la distensión fue una continuación de la Guerra Fría por otros medios.

No fue que la mayoría se despertara un día pensando que estaban en guerra. Para muchos europeos occidentales de mi generación, la división a lo largo del Telón de Acero se había convertido casi en una especie de dato de geografía física. Aceptaban como normal un mundo de dos bloques dirigidos por sendas superpotencias nucleares. Si se les presionaba, reconocían que las líneas del frente de «Occidente» eran arbitrarias y que la situación no era agradable para quienes se hallaban atrapados al otro lado. No obstante, algunas de las dificultades más palmarias se habían mitigado; por ejemplo, Steinstücken disponía ahora de una carretera que la unía a Berlín Occidental. De todos modos, la mayoría de los europeos occidentales no iba al este. Cuando en el verano de 1978 me establecí en Berlín, me sorprendió la cantidad de berlineses occidentales que jamás pasaban a la parte oriental de su ciudad. Vivían de espaldas al Muro.[126] En su geografía mental, la Toscana y la Provenza quedaban más cerca que Sajonia o Turingia. Siberia empezaba en el Checkpoint Charlie.

Desde el punto de vista político, muchos europeos occidentales también se sentían satisfechos con esa situación.

Un novelista francés comentó: «Me gusta tanto Alemania que prefiero que haya dos».[127] Cuando, dos meses después de la caída del Muro de Berlín, entrevisté a Douglas Hurd, entonces secretario del Foreign Office, recordó con despreocupación un sistema «bajo el que hemos vivido bastante felices durante cuarenta años».[128] Tuve que señalarle que la gente del otro lado no había vivido tan feliz bajo ese sistema.

¿Por qué mi yo de veinte años no aceptaba como normal esa división? ¿Qué me empujaba de manera ineluctable hacia «el Este»? ¿La intensificación de la Guerra Fría? ¿Un gusto típicamente inglés por los viajes y la aventura? ¿Un exceso de novelas de espías? En aquel tiempo no leía mucho a John le Carré, pero devoraba los libros de Graham Greene. Al cabo de unos años, con veintipocos, estuve a punto de convertirme en espía británico, pero (gracias a Dios) decidí conservar mi independencia como analista político, o lo que llamaba con grandilocuencia «espía de la verdad». ¿Sentía que mi padre y mi abuelo habían luchado en sus guerras y que aquella había de ser la mía? Una guerra más atractiva, claro está, porque era improbable morir en ella o quedar mutilado. En aquel cóctel de motivos juveniles había asimismo un fuerte deseo de que personas menos afortunadas que yo consiguieran en mayor medida la libertad de la que yo disfrutaba. Al mirar atrás, me doy cuenta de que tenía una imagen idealizada del Reino Unido, una imagen de color de rosa que solo un inglés blanco privilegiado que pasaba buena parte de su tiempo en el extranjero podía mantener intacta. Ahora veo mi país natal con ojos más críticos.

Los motivos humanos siempre son variopintos. Todos somos un reflejo inconsciente del espíritu de la época y el lugar donde crecimos. Solo con el paso de los años descubrimos algunas de las razones ocultas que guiaron nuestros actos. Al final, lo importante es lo que hacemos.

FRIEDRICHSTRASSE, ESTE

A finales de agosto de 1975 crucé por primera vez a Berlín Oriental superando el laberinto de hormigón (resonancias de Cnosos) que era el paso fronterizo subterráneo de la estación de ferrocarril de Friedrichstrasse. Tomé nota de todos los detalles: «la multitud, bastante desconcertada, pendiente de los gritos guturales que salían de los altavoces», el cambio obligatorio de cinco marcos de la República Federal de Alemania por cinco marcos de la República Democrática, que pesaban poco, entregados en un envase de plástico sellado. Para mi regocijo y consternación, un «oficial con cara de pocos amigos» me señaló y me condujo «más allá de una entrada cerrada con una cadena hacia un pasillo de color ocre con la pintura desconchada que llevaba a una pequeña sala ocre con la pintura desconchada: una mesa, dos sillas, una bombilla desnuda…». Allí procedió a realizar un «examen increíblemente minucioso y serio» del contenido de mi maleta y mis bolsillos, incluidos mi agenda de bolsillo, mi talonario, mi tarjeta Barclaycard y mis carnets de biblioteca. «¿Es usted estudiante?», «¿dónde?», «¿qué estudia?». «Historia», respondí. Luego me acompañó a la entrada y la cadena cayó tras de mí. El minotauro me había permitido entrar en el Este.

Pese a mi ingenuidad y a estar cargado de tópicos de la Guerra Fría, mostré el distanciamiento necesario para apuntar que la experiencia había sido tan «cómica» como las expectativas exaltadas que uno tenía de lo que suponía cruzar el Telón de Acero. Durante los cinco años siguientes, en los intervalos entre mis estudios de historia en Oxford y Berlín, seguí una especie de aprendizaje autodidacta sobre la vida bajo el régimen comunista. Tras viajar por Yugoslavia, realicé una «visita progresiva» al todavía Estado estalinista de Albania; era la única forma de entrar. Según las instrucciones previas a la partida, había que cortarse el pelo para ese viaje

«progresivo». En mi grupo había siete profesores marxistas-leninistas de Leeds y un expolicía imperial llamado señor Godsave, quien me dijo que iba allí para «conocer al enemigo».[129] Cuando nuestro autocar regresó al hotel, exclusivo para extranjeros y rodeado por una alta alambrada, como un campo de concentración, nuestro guía recitó: «Como dicen en su país: ¡Este u Oeste, como en casa nada!». Más tarde recorrí en coche durante siete semanas todo el bloque soviético desde Berlín Oriental hasta Sofía, y el mal estado de las carreteras hizo estragos en la delicada suspensión y alineación de las ruedas de mi coche italiano, un Alfa Romeo azul oscuro nada práctico.

Afincado en Berlín Occidental a partir de 1978, viajé sin cesar al Este. En 1980 viví en Berlín Oriental y recorrí en coche Alemania del Este, pero con frecuencia cruzaba el Muro para ver a mis amigos del otro lado, en cada ocasión muy consciente de que mi novia, que era de la República Democrática Alemana, acabaría en la cárcel, cuando no muerta de un tiro, si intentaba imitarme. Como ciudadano británico que se desplazaba en coche, yo tenía que cruzar la frontera en el paso de Friedrichstrasse que todos llamábamos Checkpoint Charlie. De hecho era el nombre del puesto fronterizo de Estados Unidos, reducido entonces a una caseta junto a la que pasábamos sin más. En cambio, en el puesto fronterizo de Alemania del Este, un deprimente conjunto de estructuras parecidas a barracones en medio del complejo de fortificaciones que conocíamos como «el Muro», a menudo debía aguantar media hora de «control». Mientras escribo esto, tengo al lado una pila de mis viejos pasaportes británicos azul oscuro, con las páginas llenas de sellos estampados en la frontera de Alemania del Este y visados del bloque soviético. Había tantos sellos que no paraba de renovar el pasaporte.

Si cierro los ojos, todavía me viene a la nariz el olor a material compuesto de madera y plástico, a detergente barato, a botas mojadas y axilas sudadas en la garita del puesto fronterizo. Debí de pasar horas con la vista clavada en el único elemento decorativo, una gruesa lámina de plexiglás sujeta a la pared, en la que habían escrito lo siguiente en letras rojas:

Bertolt Brecht:
La gran Cartago
libró tres guerras.
Siguió siendo poderosa
tras la primera,
habitable
tras la segunda.
No hubo forma de encontrarla
tras la tercera.[130]

Con el tiempo los guardias de frontera llegaron a reconocerme. «Está pálido —me decía uno de carácter paternal—. Debería pasar más tiempo al sol, como yo». Una joven guardia no podía evitar hacer alusiones frecuentes a «Frau Tatscha», quien sin duda despertaba en ella una oscura fascinación.

Después, mucho después, yo conocería a la señora Thatcher y a otras personalidades destacadas de la época: Helmut Schmidt, Valéry Giscard d'Estaing, Erich Honecker. Tolstói sostiene en *Guerra y paz* que en realidad nuestros dirigentes no crean la historia que ellos y los historiadores creen que crean. Son marionetas ridículamente ignorantes de los hilos que las mueven. Me parece que se equivoca. Como Mijaíl Gorbachov, compatriota de Tolstói, demostraría, a veces la gente importante es en verdad importante, aunque ni la mitad de lo que en general les gusta pensar que son. Pero el regalo de mi aprendizaje fue el de llegar a conocer la «otra Europa» a través de los ojos de hombres y mujeres que no aparecen en los libros de historia.

En aquel entonces estábamos tan cerca en el tiempo de 1945 como ahora lo estamos de 1989. En el restaurante de un hotel de la ciudad rumana de Braşov oí a una pareja hablar en yidis. Entablé conversación con ellos formulando una pregunta banal pero siempre útil: «¿De dónde son?». «De Polonia en un principio, luego de Melbourne y ahora de Israel». Herman era un judío polaco que había logrado sobrevivir cuatro años en campos de concentración nazis. El 15 de abril de 1945 —nunca olvidaría la fecha—, las tropas británicas lo liberaron de Bergen-Belsen. Pensando en el tema de mi tesis doctoral, le pregunté si en los campos de

concentración había vivido muestras de solidaridad o incluso actos de resistencia. «No éramos personas —me respondió—, éramos números».

En una galería de arte de Berlín Oriental conocí a una señora judía alemana sumamente culta y de cabello cano que siendo muy joven había abrazado el comunismo en el Berlín de los años treinta. Ella y su marido, también comunista, habían escapado del Tercer Reich y buscado refugio en la Unión Soviética. Víctima de una de las purgas de Stalin, él pasó años en los campos de concentración del Gulag, donde su salud se deterioró, mientras a ella la obligaban a incorporarse a un batallón de trabajo. «Una Madre Coraje intelectual», escribí en mi diario. Al cabo de unos años me enteraría con profunda tristeza de que me había denunciado a la Stasi.

Uno de los mecánicos que se esforzaban por que mi Alfa Romeo siguiera circulando por las infernales carreteras del Este resultó ser originario del territorio de Memel, la actual región lituana de Klaipėda. Como muchos otros refugiados alemanes que habían huido ante el avance del Ejército Rojo, su madre había perdido la vida en la larga y desesperada marcha hacia el Oeste. El mecánico no conocía su verdadero nombre, ni el de sus padres, ni siquiera su fecha de nacimiento; en el orfanato se habían limitado a asignarle una: el 12 de abril.

En el pub de la esquina de mi calle, en Prenzlauer Berg, un barrio de Berlín Oriental en la actualidad gentrificado, pero entonces gris y desagradable, un día me puse a hablar con un joven fornido que vestía una camiseta de la Universidad de California. Satisfecho tras dejar claro que en verdad yo era un estudiante de historia y no un chivato de la Stasi, me contó su historia. Sus padres vivían en Berlín Occidental, pero la noche de 1961 en que se cerró la frontera él, que tenía tres años, se había quedado a dormir en casa de sus abuelos, en Berlín Oriental. Las autoridades comunistas se habían negado a dejar que se reuniera con sus padres. De vez en cuando su padre iba a visitarlo en un Mercedes reluciente y le llevaba regalos del rutilante Oeste. De ahí la camiseta.

Me sorprendió descubrir que bajo los regímenes comunistas supuestamente revolucionarios habían sobrevivido más

elementos de la vieja Europa de antes de la guerra que en las democracias supuestamente reaccionarias de Europa Occidental. De manera paradójica, el comunismo tenía un efecto conservador, sobre todo debido a un desarrollo económico más lento. En un plano más banal, eso se advertía en los grandes hoteles decadentes de Centroeuropa, el Bristol de Varsovia, el Paříž de Praga, el Gellért de Budapest, con la sofisticada carta de sus restaurantes, que contenían platos como «sopa de tortuga Lady Curzon». («¿Por qué sopa de tortuga Lady Curzon?» es la tonta pregunta que se formula en mi cuaderno). De hecho, la mayor parte de esas exquisiteces no estaban disponibles. Al entregarme un menú en la ciudad rumana de Timişoara, un camarero me dijo en confianza: «Es sagt sehr viel aber gibt sehr wenig» («Dice muchas cosas pero da muy pocas»).

En las viejas ciudades y pueblos de construcción alemana del Banato y Transilvania, que en los años setenta todavía contaban con una importante población germana, me encontré paseando por una Alemania de libro de cuentos ilustrado, con agudos gabletes góticos, calles empedradas y arados tirados por caballos que labraban la buena tierra de los campos de alrededor. «Grüss Gott!», me dijo el encantador párroco de la pequeña ciudad de Sackelhausen (la actual Săcălaz), tras lo cual me preguntó de dónde era. «Ah, Oxford —exclamó con su alemán dulce y melodioso—. ¿Conoce a Newman?». Puesto que el cardenal John Henry Newman había muerto en 1890, parecía un poco ilógico.

Esas eran observaciones superficiales, pero con el tiempo descubrí algo más profundo. Al entrar en contacto con otras personas, por ejemplo, el pastor Werner Krätschell, de Berlín Oriental, que se convertiría en mi amigo de por vida, Eberhard Haufe, un amable especialista literario en la Weimar de Goethe, y los intelectuales con los que pasé horas conversando en los cafés de Varsovia, Praga y Budapest, encontré características de una vida cultural que parecía ausente, o al menos muy al ralentí, en la parte occidental. Se trataba de un lugar donde, como el poeta Paul Celan dijo de su nativa Czernowitz antes del Holocausto, «vivían personas y libros». Las ideas se tomaban tan en serio como los ejércitos. La religión era aún importante. La gente se sentaba en el

salón alrededor del piano para escuchar música, como en las novelas decimonónicas. Había tiempo y espacio para la amistad. Tal vez Occidente tuviera más dinero, pero el Este parecía tener más tiempo. Las conversaciones poseían una intensidad especial. Volví a Occidente con la siguiente impresión, bien descrita por el novelista estadounidense Philip Roth: «La primera vez que estuve en Checoslovaquia, pensé que trabajo en una sociedad en la que, como escritor, todo vale y nada importa, mientras que para los escritores checos que conocí en Praga nada vale y todo importa».[131]

Nada de lo anterior es una idealización de lo que hallé. Desde el principio comprendí que todo aquello eran «frutos de la adversidad», expresión de Shakespeare que más tarde emplearía en el título de un libro de ensayos basados en mis experiencias. ¿Cómo iba a ignorar los hechos demoledores que me contaba la gente tras asegurarse de que yo no trabajaba para la policía secreta? Era muy consciente de la probable vigilancia de la policía secreta. Después de una representación del *Fausto* de Goethe en Schwerin, ciudad de Alemania del Este, alguien me susurró: «Tenga cuidado. Fausto trabaja para la Stasi». Cuando el actor que interpretaba a Fausto me invitó luego a tomar unas copas en su casa, intentó sonsacarme los verdaderos motivos de mi presencia en Alemania del Este. De vuelta en Berlín Oriental, una noche, a altas horas de la madrugada, mientras tomaba unas copas y cotilleaba con mi amigo Mark Wood, corresponsal de Reuters, el teléfono sonó y una voz dijo: «Veo que tiene un adjunto». Era evidente que el escucha de la Stasi quería que nos fuéramos a dormir de una vez para sumirse en un sueño reparador. (Tras el derrumbe de Alemania del Este tuve oportunidad de leer el expediente que la Stasi había reunido sobre mí. Más tarde localicé a los confidentes y oficiales de la policía secreta para hablar con ellos y escribí un libro titulado *El expediente*).

Sin embargo, quienes saquen conclusiones viendo la película *La vida de los otros* tal vez acaben con la impresión de que la vida al otro lado del Muro giraba en torno a la opresión de la policía secreta y que en cierto modo la gente se limitaba a esperar y anhelar el momento de la liberación. No era así. La mayoría era incapaz de imaginar que llegara a

producirse la liberación. La invasión soviética de Checoslovaquia en 1968, que sofocó las esperanzas de la Primavera de Praga, seguía viva en la mente de todos. ¿Cómo demonios podían deshacerse de una superpotencia nuclear que ya estaba preparada para enviar tanques a aplastarlos? En 1975, en Helsinki, Occidente parecía haber aceptado la continuidad de la división Este-Oeste. «Normalización» fue la palabra empleada por la propaganda comunista para aludir al regreso de Checoslovaquia a las normas soviéticas tras la invasión. Casi todos aceptaron esa normalidad anormal como un hecho a largo plazo y trataron de afrontarlo lo mejor posible.

La situación iba mejorando poco a poco si se comparaba con cómo había sido la vida diez o quince años antes. La gente podía reunir los requisitos necesarios para tener un apartamento en un rascacielos nuevo, comprarse un equipo de alta fidelidad y una televisión en color, e incluso, tras unos años de espera, un coche pequeño, ya fuera un Polski Fiat (versión del Fiat 500, fabricado bajo licencia en Polonia), un lento Trabant de Alemania Oriental, un rectangular Lada soviético o un diminuto Dacia rumano. Se permitía la entrada de más bienes de consumo, música, películas y programas de televisión occidentales. Al parecer la división de Europa era algo decidido y establecido, pero la línea divisoria estaba volviéndose más porosa, proceso que se vio alentado por los acuerdos de Helsinki y la Ostpolitik de la República Federal de Alemania, los cuales promovían los contactos humanos entre el Este y el Oeste.

A la mayoría de los alemanes del Este se les autorizaba a viajar solo dentro del bloque soviético. Mi «atlas de viaje» de Alemania Oriental de aquella época no recoge ningún otro lugar. Con todo, a los húngaros, checos y eslovacos se les permitía cada vez más visitar el Oeste. En Praga, un hombre a quien mi diario identifica solo como Jiří pasó varias horas ayudándome a reparar mi coche. Me contó que había tardado siete años en reunir los permisos y el dinero necesarios para realizar un viaje de quince días a París por carretera. Como la cantidad máxima de divisas que los ciudadanos checoslovacos podían obtener legalmente era de doce dólares al día, él y su mujer comerían sobre todo alimentos enlatados y dormirían

en el vehículo. Aun así, sería una forma maravillosa de celebrar su décimo aniversario de bodas. Cuando nos despedimos, Jiří me dijo: «Llámeme la próxima vez que venga a Centroeuropa». Fue la primera ocasión en que oí emplear la palabra «Centroeuropa» referida al presente.

Quizá las circunstancias fueran mejores que diez años antes, pero eran peores que en «el Oeste», como Jiří y otros podían ver entonces con sus propios ojos, y la brecha iba en aumento. Las personas con que me topaba pasaban mucho rato hablándome de las penurias interminables, la mala calidad de los bienes de consumo, la mezquina reglamentación de la vida, la burocracia, con la pérdida de tiempo que implicaba, el adoctrinamiento marxista-leninista en las escuelas y universidades, las mentiras y la censura. En una pared de mi casa todavía cuelga un póster del diseñador gráfico Manfred Schütz para la representación de *Alemania: un cuento de invierno*, de Heine, en el Deutsches Theater de Berlín Oriental. Manfred quería reproducir en el borde, con intención irónica, claro está, los colores nacionales rojo, blanco y negro de Alemania antes de 1914, pero los censores carecían de sentido del humor y le ordenaron retirar el negro. Yo lo he restaurado mediante un marco de ese color.

Ese descontento se plasmaba en los chistes políticos, el único producto que no escaseaba. «¿En qué se diferencian el capitalismo y el comunismo? En que en el capitalismo tienes la explotación del hombre por el hombre; bajo el comunismo es al revés». «¿Qué ocurrirá cuando los comunistas tomen el Sáhara? Que al cabo de una semana habrá carestía de arena». «¿Qué es un cuarteto de cuerda? Una orquesta de Alemania del Este tras un viaje al Oeste».

Quizá los brillantes estadísticos del Banco Mundial hubieran llegado a la conclusión de que la renta per cápita en Alemania del Este había superado a la del Reino Unido; viviendo allí, yo sabía que era absurdo.[132] Desde luego, no me creía todo lo que me contaban. Recordaba las palabras de Heródoto: «Y, si yo me veo en el deber de referir lo que se cuenta, no me siento obligado a creérmelo todo a rajatabla». [133] Así pues, siempre que era posible contrastaba la información. Qué duda cabe que no era objetivo. Iba al acecho del descontento y en busca de la disensión. Pero al

final me sentaba y describía, con la mayor equidad y precisión posibles, la realidad tal y como la había encontrado. Por lo común esa realidad no incluía una oposición abierta, y mucho menos generalizada, al régimen comunista. Polonia era la excepción.

En julio de 1979, en mi primera visita a Polonia, pasé tres noches en el apartamento de un obrero siderúrgico de Nowa Huta, ciudad construida por el Gobierno comunista en torno a una gigantesca acería nueva en las afueras de Cracovia. Se pretendía que Nowa Huta fuera el contrapeso proletario a la antigua capital real, la católica, conservadora y hermosísima Cracovia. Un trabajador siderúrgico jovial y corpulento, desnudo de cintura para arriba, me recibió en la puerta. Tras prepararme una taza de café muy caliente y muy dulce, con la ayuda del lenguaje de signos me explicó que su esposa —las manos dibujaron unos pechos enormes— estaba trabajando. Luego se acomodó, cerveza en ristre, para ver un wéstern en la televisión. «Este apartamento está muy bien comparado con muchos que he visto en Wandsworth», observé recordando los pisos municipales de los deteriorados bloques de hormigón, con olor a basura y orina, que había visitado el verano que trabajé en el departamento de vivienda de ese barrio nada atractivo del sur de Londres. Aquel pequeño y acogedor apartamento, con agua corriente y retrete en el interior, representaba sin duda una mejora importante respecto a las condiciones materiales de los antepasados rurales de mi anfitrión. Aun así, me pregunté qué más podía ofrecerle el sistema, aparte de un televisor de mayor tamaño para ver más películas del Oeste, o quizá un viaje al verdadero Oeste.

Lo que más me sorprendió ver en ese modelo de desarrollo socialista fue una iglesia nueva que tenía la forma de un arca de Noé gigantesca, en cuya proa se alzaba un enorme crucifijo. Se había construido a lo largo de la última década gracias a las aportaciones económicas y el trabajo voluntario de los habitantes de la nueva ciudad, pese a la resistencia de las autoridades comunistas. Unas cincuenta mil personas —aproximadamente un cuarto de la población de Nowa Huta—

habían asistido a su consagración a «María, reina de Polonia» por parte de Karol Wojtyła, en aquel entonces cardenal arzobispo de Cracovia. Wojtyła había pasado a ser el papa Juan Pablo II y, cuando fui allí, Polonia acababa de vivir con gran entusiasmo la peregrinación sin precedentes del sumo pontífice a su tierra natal. En el Błonia, el enorme parque que llega hasta el centro de Cracovia, casi dos millones de personas habían estado pendientes de sus palabras, habían rezado y cantado con él, y le habían respondido con una sola voz. En la plaza de la Victoria de Varsovia habían coreado: «Queremos a Dios en los libros, en las escuelas, queremos a Dios en las órdenes del Gobierno…».[134] Durante los nueve días de la visita papal fue como si el Estado comunista hubiera dejado de existir. Solo había sociedad polaca. Hombres, mujeres y niños descubrieron que millones de personas pensaban igual que ellos y experimentaron la fuerza que surge de la solidaridad.

Conocí más cosas sobre el espíritu del papa polaco durante una cena en un pequeño restaurante privado recién abierto en el bosque de las afueras de Cracovia (con una carta mucho más reducida que la de los grandes hoteles cavernosos, pero con una comida mucho mejor). Róża Woźniakowska era hija de Jacek Woźniakowski, historiador de arte nacido en una distinguida familia bien y amigo íntimo de Wojtyła. Róża, una joven regordeta y llena de vida, con el cabello rubio y corto y una risa contagiosa, me contó su historia mientras tomaba un plato cuyo nombre tradujo como «entrañas de Nelson», es decir, callos al estilo Nelson. Se había criado en un oasis sofisticado y patriótico formado por la familia y los amigos, desvinculado con diligencia del régimen comunista, el cual despreciaban. En 1976, cuando partió hacia París, se enteró de la brutalidad con que se habían sofocado las manifestaciones obreras en las ciudades industriales de Radom y Ursus, y consideró que no podía seguir viviendo en esa especie de exilio interior.

Tras unos meses formidables disfrutando del «Oeste» en París y Viena, y aprendiendo alemán (casualmente, en el mismo Instituto Goethe al que yo había asistido en Prien am Chiemsee), volvió a la universidad de Cracovia. La misteriosa muerte de un compañero la impulsó a implicarse en la

creación del Comité de Solidaridad Estudiantil. Organizaron una conferencia titulada «George Orwell: ¿cuánto de *1984* es verdad hoy en día?». La policía la disolvió. Róża fue a hablar con su párroco, un amigo de la familia, y él se encargó de que la misma conferencia se pronunciara en su iglesia. Esa vez no fue disuelta. Tras una protesta detuvieron a Róża, que pasó cuarenta y ocho horas en un calabozo con prostitutas. «Me fue muy bien —dijo—. ¿Sabes cómo viven?».

Cuarenta años después, Róża —conocida ahora por su apellido de casada, Thun— sería miembro del Parlamento Europeo y lucharía con todas sus fuerzas contra el creciente autoritarismo en su tierra natal y por una Europa unida y libre. Al igual que los europeos del sur como Durão Barroso y Solana, el recuerdo de sus experiencias juveniles de la dictadura impulsó su apasionado compromiso. El motor del recuerdo.

En mi diario de aquella visita de 1979, para nombrar a nuevos amigos como Róża empleaba la abreviación PLO, sigla de «oposición liberal polaca» en inglés. De vuelta en Varsovia conocí a una de sus figuras más valerosas, el escritor y activista Władysław Bartoszewski. Era un hombre alto, enjuto, un tanto encorvado y con una nariz como el pico de un águila —en la ciudad báltica de Sopot hay una estatua muy realista de él—, y nunca he conocido a nadie que caminara, comiera y hablara más deprisa que él. Había sobrevivido más de seis meses en Auschwitz, donde fue el prisionero 4427, y más de seis años en cárceles estalinistas por oponerse a esa otra dictadura. Mientras almorzábamos en un restaurante del horroroso Palacio de la Cultura estalinista, Bartoszewski me dijo, a voz en grito y al ritmo de fuego rápido de una ametralladora: «¡Contamos con la caída del Imperio ruso en el siglo XXI!».

EN ASCENSO

(1980-1989)

LA BATALLA POR LA LIBERTAD

El martes 19 de agosto de 1980 crucé las verjas metálicas de color gris azulado de los astilleros Lenin de Gdansk y entré en un nuevo capítulo de la historia de Centroeuropa.[135] Los enormes y destartalados astilleros de la costa báltica, antaño orgullo del régimen comunista de Polonia, estaban ocupados por obreros en huelga contra lo que se suponía que era un «Estado de obreros y campesinos». Gdansk se convirtió en el centro de coordinación de una oleada de huelgas nacionales que solo cesaron cuando el régimen aceptó la creación de un sindicato independiente, algo insólito en el mundo comunista. La nueva organización recibió el nombre de Solidarność (Solidaridad) y enseguida se convirtió en un movimiento de liberación nacional. Con más de diez millones de afiliados en su momento de apogeo, Solidaridad duró dieciséis meses antes de ser reprimido, cuando no eliminado, por la imposición de la ley marcial en diciembre de 1981.

Ahora sabemos que la huelga de los astilleros de Gdansk inauguró una década de transformaciones políticas que en 1989 culminaron en el fin del régimen comunista en Centroeuropa. En la primavera de ese año, en una mesa redonda pionera, los representantes de una resucitada Solidaridad negociaron el final del régimen comunista en Polonia. Hungría no tardaría en hacer lo propio. Luego le llegó el turno a Alemania del Este, donde el Muro de Berlín cayó el 9 de noviembre de 1989, y a Checoslovaquia, donde la Revolución de Terciopelo de Václav Havel comenzó ocho días después. Esos acontecimientos desembocarían en el fin de la división entre Este y Oeste que la Guerra Fría había provocado y que muchos europeos habían aceptado casi como un hecho de la naturaleza.

Pero yo ignoraba esos sucesos futuros cuando, con veinticinco años, me detuve emocionado ante las verjas gris

azuladas de los astilleros, entonces adornada con flores, banderas y fotografías enormes del papa polaco. Unas enormes grúas que parecían saltamontes gigantescos se cernían silenciosas sobre nosotros. Con el calor del verano, el joven obrero que montaba guardia ante la verja de la izquierda se había desnudado de cintura para arriba y solo llevaba un brazalete con los colores nacionales de Polonia, el rojo y el blanco. Tras examinar mi pasaporte y el de los periodistas austriacos y brasileños que habían llegado conmigo, anunció nuestras nacionalidades al tiempo que la verja se abría para que entráramos. Mientras nos conducía por el camino fabril hacia un edificio de ladrillo rojo, dos hileras de trabajadores con monos azules y botas con puntera metálica nos aplaudieron, como si les transmitiéramos personalmente el apoyo de nuestros respectivos países. «Brazylia! Austria! Anglia!», gritaban. Han pasado ya cuarenta años, pero nunca olvidaré la expresión de aquellos rostros arrugados y sin afeitar, los olores de los astilleros, el calor del sol, la tensión y la determinación. Era uno de esos momentos en que la esperanza y la historia riman.

De los altavoces salían a todo volumen comunicados de huelga, música patriótica y, sí, el «Yellow Submarine» de los Beatles. Sentados al sol, los huelguistas, jóvenes y mayores, fumaban y se gastaban bromas, pero solo bebían agua o té. Una de las primeras medidas del comité de huelga había consistido en prohibir el alcohol. Los grandes canastos de comida que amables granjeros llevaban hasta las verjas se convertían en bocadillos de salchichas y jamón que yacían entre vasos de té medio vacíos en tres estrechas filas de mesas de conferencia que se extendían a lo largo de un gran salón. Los hombres y las mujeres que se sentaban a ellas procedían de más de doscientas fábricas de la costa báltica, y pronto llegarían de lugares aún más lejanos, pues la novedad histórica de ese momento era la creación de un comité de huelga interfabril. El nombre de cada fábrica estaba escrito a mano en una hoja de papel doblada y colocada sobre la mesa en la que estaba sentada su delegación.

Por todas partes vi carteles, octavillas y publicaciones *samizdat* (clandestinas) de confección casera, en su mayoría impresas en primitivas multicopistas manuales, una

tecnología más similar a la de los tiempos de Gutenberg que a la actual. Los dispositivos de comunicación más avanzados de aquel salón eran pequeños magnetófonos de casete. Los delegados de otras fábricas grababan los momentos más relevantes que se vivían en los astilleros y luego los reproducían para sus compañeros, a veces por los altavoces de la «radio fabril».

«¡Proletarios de todas las fábricas, uníos!», rezaba una gran pancarta roja colgada sobre las verjas, adaptación del lema de Karl Marx «¡Proletarios de todos los países, uníos»!», que ahora se esgrimía contra un Estado comunista. Durante toda la huelga una estatua de Lenin presidió la cabecera del salón, y su pedestal resultó muy útil, pues sirvió para dejar vasos de té y bocadillos a medio comer. Pero sobre la mesa principal del comité de huelga pendía ahora un crucifijo. ¡Una revolución obrera bajo el signo de la cruz! Los izquierdistas occidentales se sentían desconcertados. «¿Cómo es posible que un dirigente obrero sea religioso? —exclamó el cineasta Luis Buñuel—. Es una contradicción en los términos».[136] Al caer la tarde, en un altar improvisado ante la parte interior de la verja, se celebraba una misa que se transmitía a través de un sistema de altavoces. En otra verja, en un rótulo escrito a mano se leía: «La Virgen está en huelga».

En medio de todo aquello corría, danzaba, bullía y brincaba un electricista flaco de treinta y ocho años, en paro y con los largos bigotes de un noble polaco del siglo XVII. Sus expresiones faciales eran tan vivas y cambiaban con tanta rapidez como las de Charlie Chaplin. Se llamaba Lech Wałęsa y solo parecía parar quieto mientras comulgaba. Hay una fotografía del párroco del lugar, el padre Henryk Jankowski, acercándole una hostia consagrada a la boca; en vez de un retablo barroco dorado con ángeles y arcángeles, detrás de la cabeza del sacerdote se ve un montón de cámaras que pugnan por obtener lo que entre los periodistas gráficos se conoce como «la imagen del millón». Después de la misa, Lech —todos los huelguistas lo llamaban por su nombre— decía sus «vísperas». De pie sobre una furgoneta para que se le viera por encima de las verjas adornadas con flores, informaba a la multitud del exterior hablando muy deprisa con su estilo coloquial y bromista, no exento de incorrecciones

gramaticales pero irresistible. Lech era la monda. Nadie imaginaba entonces que Wałęsa llegaría a dirigir todo un movimiento nacional, recibiría el Premio Nobel de la Paz en 1983 y se convertiría en el primer presidente de una Polonia libre en 1990.

Se cita a menudo el siguiente epigrama de William Faulkner: «El pasado nunca muere. Ni siquiera es pasado». Sin embargo, en un sentido importante esas palabras encierran una profunda falsedad. El irreversible carácter pasado del pasado estriba en que nos resulta imposible recuperar lo que sentimos entonces, aun cuando el momento fuera tan fundamental, tan crucial para nuestra formación, que siempre lo recordemos. El motivo por el cual no podemos recuperar lo sentido es que ahora sabemos, y no podemos no saber, lo que ocurrió con posterioridad. Con todo, gran parte del dramatismo de nuestra vida se debe precisamente a que ignoramos qué sucederá. Intentad ver un partido de fútbol en la televisión a la carta después de que alguien os haya dicho el resultado. ¿A que no es lo mismo? Pues otro tanto pasa con una revolución, un idilio, una infancia, una vida.

El domingo anterior a mi llegada habían colocado una sencilla cruz de madera ante las verjas de los astilleros, en el lugar donde en diciembre de 1970 las fuerzas de seguridad habían matado a tiros a los obreros que habían salido a las calles a protestar.[137] (En agosto de 1980, una de las primeras reivindicaciones de los huelguistas fue la de erigir un monumento permanente; de ahí las tres altas cruces que se alzan allí en la actualidad). Alguien había clavado en esa cruz improvisada un papelito con unos versos de «El Giaour», de Byron, en una traducción de Adam Mickiewicz, el Byron polaco, que se estudiaba en casi todas las escuelas del país.

Pues la batalla por la libertad, una vez iniciada,
si es legada por sangre de padre a hijo,
a pesar de las frustraciones será siempre ganada.(1)

Quienquiera que escribiera el mensaje omitió el sintagma «por sangre». Allí no se derramaría ni una gota más.

Esos versos se convertirían en mi leitmotiv personal. Europa, mi Europa, tenía que ver —y sigue teniendo que ver— con la lucha por la libertad. Allí donde la causa de Europa ha ido de la mano de la causa de la libertad, me he sentido feliz; allí donde Europa ha parecido chocar con la libertad, o cuando menos ser indiferente a ella, me he sentido abatido. La libertad, que nunca se consigue del todo, implica mucho más que la mera ausencia de una dictadura. Pero el primer paso es librarse de la dictadura, como acababan de hacer los españoles, portugueses y griegos.

«Polonia es mi España —escribí en mi cuaderno en diciembre de 1980—. Como G. O. y su miliciano italiano». Me refería a un pasaje de *Homenaje a Cataluña* donde George Orwell describe un breve encuentro con un voluntario italiano que, al igual que él, luchaba en el bando republicano durante la guerra civil española, y de manera más general a cómo España había sido la experiencia de formación política de Orwell. Polonia era la mía. Al romanticismo político se sumó una relación romántica personal: en aquella época empecé a salir con Danuta, la hermosa joven polaca que se convertiría en mi esposa. Así pues, mi implicación con Polonia era romántica por partida doble. ¿Y por qué no? Eso también es Europa.

No obstante, esa clase de compromiso político romántico entraña peligros para un escritor. Uno es que idealiza al pueblo cuya causa apoya. Aunque me esforcé por seguir la exhortación de Orwell a ser más crítico con el bando propio, es evidente que no reparé en algunas señales de advertencia. Por ejemplo, el padre Jankowski, el cura que daba la comunión a Wałęsa, más tarde se convertiría en un nacionalista antisemita pomposo y sería acusado de pederasta.

Un riesgo asociado, visible en todos los libros de memorias, radica en magnificar el significado histórico de los acontecimientos en que hemos participado. Titulé *The Polish Revolution* («La revolución polaca») al libro de historia-testimonio sobre el movimiento de Solidaridad que terminé en 1983, pero ¿fue realmente una revolución? Sin duda lo parecía y poseía muchas de las características que encontramos en revoluciones anteriores. La experiencia en su

conjunto fue como ir en una balsa por aguas bravas durante dieciséis meses. Nadie sabía qué ocurriría a continuación. Se trataba de una auténtica acción popular masiva y espontánea. Pasé muchas horas en medio de multitudes que cantaban a capela, a un ritmo de cuatro por cuatro: «Sol-i-*dar*-ność! Lech-Wa-*lę*-sa! Dem-o-*kra*-cja!».

La tercera de las veintiuna reivindicaciones de los huelguistas de Gdansk era la libertad de expresión y la independencia de los medios de comunicación, y aquello fue una fiesta de la libertad de expresión. El país entero se creció con sus pósters, octavillas, caricaturas y grafitis llenos de patetismo y humor. Un ejemplo excepcional de esta creatividad revolucionaria es el logotipo de Solidaridad, donde las letras rojas de Solidarność brincan como el joven Lech y la segunda asta de la ene se alarga hacia arriba para crear el mástil de la bandera polaca, roja sobre el fondo blanco. Una brillante iconografía revolucionaria.

Aquellos acontecimientos tenían sobre todo la característica que Hannah Arendt más valoraba en una revolución. La filósofa política sostenía que, en su mejor aspecto, la revolución demuestra la capacidad humana de empezar cosas genuinamente nuevas mediante la acción creativa de seres humanos individuales. Es, pues, la expresión política más destacada de la libertad humana y refuta la visión deshumanizadora de que la historia está determinada por procesos automáticos y fuerzas irresistibles. Solidaridad fue algo genuinamente nuevo, no solo una revolución obrera bajo el signo de la cruz frente a un supuesto Estado de los obreros, sino también un encuentro de clases sociales (intelectuales, obreros y campesinos) y fuerzas políticas (como la Iglesia católica y la izquierda laica) que nunca se habían unido de esa forma. Desde el punto de vista ideológico, era una mezcla insólita de socialismo, cristianismo, nacionalismo y liberalismo.

«¡Pero las revoluciones son violentas!», objetaría el revolucionario tradicionalista. «Hacer la revolución no es ofrecer un banquete», afirmó Mao Zedong.[138] Justo dos años antes de que Solidaridad irrumpiera en el escenario, el historiador A. J. P. Taylor comenzó una serie de conferencias sobre las revoluciones diciendo: «La existencia de

comunidades políticas implica en gran medida la aparición de violentas sacudidas políticas».[139] Es evidente que para él «violento» era un rasgo definitorio: sin violencia no hay revolución. Así había sido en 1789 y otra vez en 1917, y así sería en la Revolución iraní de 1979.

Sin embargo, los hechos de Polonia de 1980-1981 formaban parte de un intento trasnacional más amplio de reinventar la revolución como un proceso no violento de cambio de régimen. La no violencia programática de Solidaridad nació en parte de los fracasos de las revoluciones anteriores contra el régimen comunista en el bloque soviético: la húngara de 1956 y la Primavera de Praga de 1968, ambas aplastadas por invasiones soviéticas, así como de lo ocurrido a los trabajadores de los astilleros polacos en el invierno de 1970-1971. Se habían manifestado en las calles de Gdansk, Gdynia y Szczecin, habían incendiado los edificios de los comités del Partido Comunista y habían sido abatidos a tiros por soldados y la policía. («No queméis los comités del partido —concluyó el disidente Jacek Kuroń—; cread los vuestros»).[140] Pero ese fue un eslabón de una cadena de aprendizaje mucho más larga, que se remontaba al menos a la pionera desobediencia civil de Mahatma Gandhi en la India gobernada por los británicos y seguía en los años sesenta con el movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos, del que se informó en todo el mundo, y más tarde en el final, en gran parte pacífico, de las dictaduras en Portugal, España y Grecia.

«Sospechamos que, por lo que la historia nos enseña —señalaría más tarde el disidente Adam Michnik—, al usar la fuerza para asaltar las Bastillas existentes construimos otras sin darnos cuenta».[141] Cuando una muchedumbre airada amenazó con linchar a un policía en la ciudad de Otwock, Michnik intervino, habló de las palizas que había recibido de la policía y convenció a su público de que no diera el fatídico paso de dejar de ser una multitud pacífica para convertirse en una turba linchadora. No se produjo ninguna muerte violenta en los dieciséis meses transcurridos entre el inicio de la huelga en Gdansk y la declaración de la ley marcial el 13 de diciembre de 1981. Volviendo la vista atrás un cuarto de siglo después, Bronisław Geremek afirmaría con orgullo:

«Solidarność fue el mayor movimiento de cambio de la historia europea que no recurrió a la violencia».[142]

De ese modo Solidaridad contribuyó al desarrollo mundial de un vocabulario de la protesta pacífica que con posterioridad se vería en el derrocamiento de la dictadura de Marcos en Filipinas en 1986, el cual nos dio la expresión «poder del pueblo», y en la movilización masiva de Chile en 1988 para derribar al general Pinochet mediante un plebiscito. Con las revoluciones de terciopelo de 1989 en Centroeuropa, se estableció casi como un nuevo modelo por defecto de revolución, no violenta y negociada, en un claro contraste con el modelo violento de 1789. Muchos de esos mismos elementos se observaron en Eslovaquia a finales de los noventa, en el derrocamiento, en su mayor parte pacífico, de Slobodan Milošević en Serbia en el año 2000, en la Revolución Naranja de Ucrania en 2004 y, fuera de Europa, en el Movimiento Verde iraní, en la Primavera Árabe de 2011 y en las protestas populares de Birmania. Algunos de esos movimientos triunfaron, otros fracasaron. Unos fueron aplastados de forma violenta, otros recurrieron a la violencia. Todos contribuyeron a crear un caudal cada vez mayor de experiencia con el poder no violento del pueblo.

En agosto de 2020, casi cuarenta años después de las huelgas que dieron origen a Solidaridad, en Bielorrusia estallaron una serie de protestas masivas y pacíficas contra un escandaloso fraude electoral. Dado que Bielorrusia era el más soviético de los estados postsoviéticos, las resonancias de 1980 fueron especialmente intensas. El país contaba todavía con enormes fábricas estatales de estilo soviético —como los astilleros Lenin—, que daban empleo a miles de personas. Algunas de ellas se declararon en huelga. Cuando me enteré de que en la ciudad de Grodno —polaca hasta la Segunda Guerra Mundial y ahora a solo veinte kilómetros de la frontera de Polonia— los trabajadores de veintidós empresas estatales trataban de crear un comité de huelga interfabril, sentí que retrocedía cuatro décadas. Incluso los colores eran los mismos que en Polonia, pues los manifestantes resucitaron la bandera roja y blanca de su efímera República Nacional Bielorrusa de 1918.

En Bielorrusia volvimos a ver, cuarenta años después, la

extraordinaria creatividad generada por una multitud que protesta de manera pacífica. Allí también se vivió aquella experiencia pentecostal de hombres y mujeres que, silenciados durante mucho tiempo, aprovechaban la oportunidad de hablar con libertad por primera vez. «La gente está harta de mentiras, de la ausencia de libertad de expresión —declaró Alexander, un hombre de cuarenta y un años que trabajaba en una central eléctrica estatal—. Solo queremos vivir en una sociedad civilizada con un Estado de derecho». «Todo ha cambiado —afirmó Lesya, anestesista de veinticuatro años—. Se ha despertado un nuevo espíritu colectivo que ya no podrá reprimirse de nuevo. Nos han robado los votos, pero no el espíritu».[143]

También en la música podemos seguir el relevo transnacional. En 1968 el cantante catalán Lluís Llach escribió «L'estaca», con un estribillo inolvidable que insiste en que «la estaca a la que todos estamos atados» seguro que *tomba, tomba, tomba* («cae, cae, cae»).[144] Se convirtió en un himno no oficial de la resistencia antifascista en España durante los últimos años del régimen del general Franco. El tema causó tal impresión al cantante polaco Jacek Kaczmarski que en 1978 escribió una versión en su lengua, con la misma melodía, titulada «Mury» (muros),[145] que a su vez se convertiría en un himno polaco no oficial durante los años de Solidaridad. En 2020, el testigo pasó a una versión bielorrusa de «Mury»,[146] inspirada en la versión polaca anticomunista, a su vez adaptada de la española antifascista.

Con todo, cada movimiento nuevo añade algo al diccionario de la protesta pacífica. En Bielorrusia, la novedad fue el protagonismo de las mujeres. No solo la candidata de la oposición a la presidencia era una mujer, Svetlana Tijanóvskaya, no solo contaba con el apoyo de otras dos mujeres, María Kolésnikova y Veronika Tsepkalo, con quienes formó una tríada femenina a favor de la democracia, sino que además en ocasiones solo asistían mujeres a las manifestaciones, muchas de ellas vestidas de blanco. Eso no impidió que agentes enmascarados de las fuerzas de seguridad del presidente Alexander Lukashenko las detuvieran. Pero entonces las valerosas mujeres empezaron a quitar los pasamontañas negros a aquellos esbirros para

fotografiar a toda prisa con un móvil el rostro de los desconcertados matones. A corto plazo, las «mujeres de blanco» fueron derrotadas, igual que Solidaridad a finales de 1981. Como Byron sabía, la batalla de la libertad entraña «frustraciones», lo cual es especialmente cierto para quienes tienen la determinación de ser pacíficos cuando los que poseen el poder están dispuestos a emplear la fuerza. Pero al renunciar a la violencia alcanzan al final un lugar mejor. Como Gandhi nos enseñó y Michnik comprendió, los medios utilizados determinan el final al que se llega.

Eso ocurrió en Polonia en los años ochenta. A los polacos les gusta decir que Solidaridad abrió el primer agujero en el Muro de Berlín. Sin embargo, fueron precisos otros muchos cambios importantes, sobre todo la llegada de un nuevo dirigente al Kremlin, para que el Muro cayera. La aparición de Solidaridad fue una condición necesaria pero en absoluto suficiente para las revoluciones negociadas de 1989. A finales de 1981, Solidaridad parecía otro más de la larga fila de movimientos derrotados, con un destino idéntico al de los manifestantes de Alemania del Este en 1953, los húngaros en 1956 y los checos y eslovacos en 1968.

Después de que el 13 de diciembre de 1981 el general Wojciech Jaruzelski declarara la ley marcial, los tanques salieron a las calles nevadas. Varios obreros en huelga murieron cuando el ejército intervino para poner fin a la ocupación de una mina de carbón. Muchos amigos míos acabaron tras alambradas de espino en campos de internamiento. En uno de esos campos, Władysław Bartoszewski, superviviente de Auschwitz y de las cárceles estalinistas, fue declarado informalmente «comandante» honorario de los presos, mientras Bronisław Geremek, superviviente del gueto de Varsovia, trabajaba en un ensayo sobre el concepto de Europa en los textos de Jacobo de Paradiso, teólogo polaco del siglo XV.[147] Otros amigos míos se escondieron, siguieron activos en una Solidaridad «clandestina» o se exiliaron. Muchos polacos perdieron la esperanza. Los sondeos de opinión indicaban que casi la mitad de la población apoyaba al principio la imposición de la ley marcial. Uno de mis mejores amigos tenía una hija de ocho años que me enseñó su cuento coloreado a mano sobre

«La tierra de los vampiros». En ese país fabuloso, el rey apaleaba a los súbditos, había un abismo infranqueable entre el pueblo y «el poder», el trueque era la principal forma de comercio y la gente vendía el corazón a cambio de dólares.

Esa derrota puede entenderse como una victoria en el sentido de las maravillosas palabras del mariscal Józef Piłsudski, el hombre que condujo a Polonia a la independencia al final de la Primera Guerra Mundial: «Caer derrotado y no rendirse es una victoria; vencer y dormirse en los laureles, una derrota». Tras dieciséis meses de libertad, Polonia se había convertido en un país distinto. Lo que un trabajador me describió como «una revolución del alma» había transformado la conciencia popular. Esa sociedad no podía ser «normalizada» como Hungría después de 1956 o Checoslovaquia después de 1968. En junio de 1983 seguí al papa polaco en otra peregrinación a su tierra natal. En Varsovia lo recibieron inmensas multitudes que ondeaban pancartas de Solidaridad y coreaban «¡Libertad de expresión! ¡Democracia! ¡Lech Wałęsa!». Anoté las consignas en mi cuaderno, junto con una nueva: «Am-nes-ti-a!» (amnistía para los presos políticos). «Venid con nosotros —decían los manifestantes de Solidaridad a los espectadores indecisos—. Hoy no os pegarán».

Ante las elevadas murallas de ladrillo rojo de la fortaleza del monasterio de Jasna Góra, en Częstochowa, Juan Pablo II aprovechó sus dotes dramáticas —el actor John Gielgud calificó de «perfecta» su presentación teatral— para llegar a la tensa e incluso desesperada multitud. «Voy a acercarme a vosotros», dijo bajando los distantes escalones blancos. «¡Una silla para el papa, una silla para el papa!», coreó el gentío. Luego se dirigió a la Virgen Negra de Częstochowa y le pidió: «Ayúdanos a mantener la esperanza». (Todo un mundo de distancia respecto a la canción pop «Virgen negra» de Alemania del Este).

«¡Gracias, gracias, gracias!», gritó la multitud.[148]

Después de que el papa partiera hacia Roma, un manifestante me comentó: «Aquel fue nuestro último día de libertad».

Aquel otoño hablé en Varsovia con uno de los discípulos más francos de Juan Pablo II, el padre Jerzy Popiełuszko, que

se había convertido en algo así como el capellán de Solidaridad de la acería Huta Warszawa. «El reino de Satanás debe caer —me dijo—. Hago lo que debo, no he cometido ningún delito, conque ¿qué tengo que temer?». Murió menos de doce meses después, asesinado por la policía secreta. A fin de cuentas, aquel año era 1984.

1984

Era un día radiante y cálido de 1984 y un amigo mío acababa de ser eliminado de una fotografía de portada de *Pravda*, el periódico del Partido Comunista soviético. Ahí estábamos todos, en un blanco y negro de grano grueso, un grupo de periodistas británicos con los cuadernos diligentemente en ristre, mirando hacia una larga mesa de madera del Kremlin a la que el dirigente soviético Konstantín Chernenko, tieso como una figura de cera de Madame Tussauds, se había sentado frente a Geoffrey Howe, secretario del Foreign Office. [149] Sin embargo, Mark Wood, mi amigo de la época en que viví en Berlín Oriental y ahora corresponsal de Reuters en Moscú, había desaparecido sin más. En el lugar donde había estado solo se veía un trozo de revestimiento de pared que se había añadido.

Me encantaría decir que borraron a Mark por razones políticas, como a León Trotski de las primeras fotografías de la Revolución rusa. Casi seguro que se debió a que la imagen resultaba embarullada. Mark me cuenta que le sucedió más de una vez. En aquel 1984 de la vida real, la gente se volatilizaba en las fotografías de la prensa soviética de manera tan habitual como el Winston Smith de Orwell enviaba a nopersonas al agujero de memoria durante su jornada laboral en el Departamento de Archivos del Ministerio de la Verdad, una invención satírica inspirada en parte en el *Pravda* (palabra que significa «verdad»).

No obstante, siguió habiendo importantes ejemplos de falsificación sistemática de la historia. Mientras me encontraba en Moscú, el Partido Comunista de la Unión Soviética readmitió a Viacheslav Mólotov, ministro de Asuntos Exteriores de Stalin. En 1939 Mólotov había firmado con Joachim von Ribbentrop, ministro de Asuntos Exteriores de Hitler, el Pacto Germano-Soviético de No Agresión, con un

protocolo secreto que establecía el reparto de Polonia entre la Alemania nazi y la Unión Soviética. En 1984 a los historiadores soviéticos aún no se les permitía reconocer la existencia de dicho protocolo.[150] Aquella cínica partición no existió. Nunca había existido. Pues «quien controla el pasado controla el futuro. Quien controla el presente controla el pasado».[151]

Ese no era el único aspecto del *1984* de Orwell que los ciudadanos de Europa Central y del Este seguían considerando profético en 1984. Estaban también la grisura y el desaliño, el olor a col hervida en la escalera de los bloques de pisos y la constante escasez de productos básicos, lo cual obligaba a recurrir al mercado negro. O, como Orwell lo denominó, el mercado «libre»:

> Unas veces eran botones; otras, lana de tejer; otras, cordones para los zapatos y ahora eran las cuchillas de afeitar. Solo se podían conseguir, y eso con suerte, buscándolas de manera más o menos furtiva en el «mercado libre».[152]

«¿Cómo lo supo?», me preguntó la poeta rusa exiliada Natalya Gorbanevskaya. ¿Cómo es posible que un escritor inglés previera cómo sería la vida en Moscú, Bratislava o Sofía en los años ochenta? La sorprendente respuesta es que gran parte de los detalles se extrajeron de la triste realidad del Londres de posguerra, con una población empobrecida y alimentos racionados en 1948, fecha cuyos dígitos Orwell trocó para formar 1984.

Oceanía, Eurasia y Esteasia, los bloques creados por las tres superpotencias de Orwell, se hallaban en estado de guerra permanente, pero las coaliciones cambiaban de día en día, aunque la despiadada propaganda del Ministerio de la Verdad jamás se hacía eco de ello. «Oficialmente, el cambio de aliados no había sucedido nunca. Oceanía estaba en guerra con Eurasia, y por tanto Oceanía siempre había estado en guerra con Eurasia».[153] Es evidente que Orwell estaba pensando en el cambio repentino de la propaganda soviética y nazi tras el pacto Mólotov-Ribbentrop y en la posterior invasión y ocupación de Polonia por ambas partes en septiembre de 1939. En una pared de mi estudio cuelga una

viñeta del gran David Low: Adolf Hitler y Iósif Stalin se saludan descubriéndose la cabeza y haciendo una cortés reverencia sobre el cadáver de un polaco. Hitler: «La escoria de la tierra, imagino». Stalin: «El sanguinario asesino de obreros, supongo».

En el año civil de 1984, Esteasia aparecía solo en los márgenes, pero Oceanía y Eurasia se batían con uñas y dientes. En lo que algunos denominaron la Segunda Guerra Fría, el riesgo de una conflagración nuclear volvía a ser casi tan real como durante la crisis de los misiles de Cuba en 1962. Años después, al repasar mis diarios, me sorprendió leer mi anotación del último día de 1980. «Habrá una guerra nuclear en la próxima década», había escrito. Y a continuación, como si la frase no fuera lo bastante enfática, cambié la redacción y la puse en mayúsculas: «TENDREMOS UNA GUERRA NUCLEAR EN ESTA DÉCADA».

El escritor estadounidense Jonathan Schell no tardaría en publicar un libro titulado *The Fate of the Earth*, donde sostenía que nos enfrentábamos a la extinción de la humanidad.[154] Esos temores dieron pie en toda Europa Occidental a una inmensa movilización de los grupos pacifistas contra el despliegue de misiles crucero de medio alcance por parte de la OTAN para contrarrestar el despliegue soviético de los SS-20. Los guardabarros de las bicicletas llevaban adhesivos que rezaban: «Faltan cinco minutos para la medianoche». Helmut Kohl, canciller de la República Federal de Alemania, libró una denodada batalla política para conseguir que el Bundestag aprobara el despliegue en noviembre de 1983, con lo cual acumuló en Washington un caudal de crédito al que pudo recurrir al cabo de seis años, cuando se presentó la inesperada oportunidad de la unificación alemana.

El movimiento pacifista fue la gran causa política para muchos europeos occidentales de mi generación. No fue la mía. Aun así, al revisar todas las pruebas aportadas por los estudiosos, nos percatamos de lo real que fue el peligro de que estallara una guerra nuclear por un error de cálculo. Poco después de la medianoche del 26 de septiembre de 1983, el teniente coronel Stanislav Petrov evitó que la Unión Soviética respondiera con un lanzamiento de misiles nucleares a una falsa alarma cuando, guiado por su intuición, no confirmó al

Estado Mayor que se trataba de un ataque nuclear estadounidense. Gordon Barrass, funcionario del servicio de inteligencia británico convertido en historiador, explica la continuación:

> Al cabo de unos meses, los investigadores soviéticos determinaron que las ráfagas de luz solar reflejadas en las nubes de Montana habían provocado que un ordenador defectuoso del satélite informara del lanzamiento de misiles. El incidente se mantuvo en secreto otros quince años.[155]

Las maniobras Able Archer de la OTAN de noviembre de 1983, en las que se practicaba una escalada deliberada en el uso de armas nucleares para repeler un ataque convencional del Ejército Rojo, generaron verdadera alarma en Moscú. El jefe del Estado Mayor de Defensa se dirigió a su búnker de mando, en las profundidades de la capital soviética. Un informe retrospectivo del Consejo Consultivo del Servicio de Inteligencia Exterior de Estados Unidos concluyó que «podríamos haber puesto sin querer nuestras relaciones con la Unión Soviética en una situación delicada».[156] Vladímir Kriuchkov, entonces jefe del servicio de inteligencia exterior del KGB, confirmaría que había sido «el momento más alarmante».[157]

Pasado el tiempo, sabemos que todo eso cambió tras la llegada al poder de Mijaíl Gorbachov en marzo de 1985. Pasado el tiempo, quizá dé incluso la impresión de que la Unión Soviética estaba en las últimas. Lo único que mi amigo Mark Wood y yo vimos aquel día de julio de 1984 en la sala del Kremlin fue que el líder soviético sentado frente a Geoffrey Howe estaba en las últimas. Según un informe del intérprete de Howe, a Konstantín Chernenko le costaba respirar. Tenía «cierto aire de estar abstraído y sumido en la perplejidad». Chernenko leyó de forma «desastrosa» el texto que tenía preparado y en conversaciones posteriores mostró una «aparente falta de convicción y, en ocasiones, hasta de comprensión».[158]

La mayoría de la población de Rusia o del resto del bloque soviético no veía aún un futuro mejor. Con anterioridad, en 1970, el disidente ruso Andréi Amalrik había publicado un libro titulado *¿Sobrevivirá la Unión Soviética hasta 1984?*[159]

Tras pasar cinco años en la cárcel se vio obligado a vivir en el exilio, donde murió en un accidente de tráfico. Más tarde, en 1984, los funcionarios del KGB que interrogaban a otro disidente, Anatoli (posteriormente Natan) Sharanski, se mofaron diciendo: «¡Amalrik está muerto y el KGB sigue aquí!».[160] El escritor satírico ruso Alexander Zinoviev anunció la aparición de un nuevo tipo de ser humano: el *Homo sovieticus*.[161]

En Checoslovaquia, Orwell se complicó con un toque de Kafka. Un gélido martes de enero de 1984 visité el cementerio Olšany de Praga, separado solo por una calle del cementerio judío donde descansa Franz Kafka. Estaba buscando la tumba de una mujer llamada Marie Jedličková. La gente solía dejarle velas encendidas y flores con mensajes como «No olvidamos», que enseguida «personas desconocidas» se encargaban de retirar. ¿Quién era Marie Jedličková? Nadie supo decírmelo. Quienes visitaban aquella sepultura solo sabían que antes había estado enterrado allí un hombre llamado Jan Palach.

Palach era un estudiante checo que en 1969, con veinte años, se prendió fuego en la plaza de Wenceslao para protestar contra la invasión soviética y la ocupación de su país. Murió a consecuencia de las heridas. Su tumba se convirtió en un lugar de peregrinación, de modo que una noche las autoridades exhumaron el cadáver, lo incineraron y entregaron las cenizas en una urna a su madre, en el pueblo donde vivía. Enterraron a una mujer, Marie Jedličková, de una residencia de ancianos, en el lugar del cementerio de Praga que él había ocupado. Sin embargo, quienes deseaban honrar a Jan Palach no se dejaron engañar y depositaron sus recordatorios en la sepultura de Marie. ¿Qué era lo que el novelista checo exiliado Milan Kundera había escrito hacía poco en *El libro de la risa y el olvido*? «La lucha del hombre contra el poder es la lucha de la memoria contra el olvido». [162]

Después de que se me prohibiera la entrada en Alemania del Este a raíz de la publicación (en alemán) de un libro crítico sobre ese Estado orwelliano, se me permitió regresar en 1984 para admirar las celebraciones de su trigésimo quinto aniversario. En el Checkpoint Charlie un guardia de fronteras, a todas luces bien informado, señaló: «Ya estuvo

aquí para el trigésimo aniversario». Le pregunté si notaba algún cambio. Sí, respondió, sobre todo en la economía. «Sin duda nuestra tasa de crecimiento es tan buena como la de la mayoría de las naciones industriales». En las ceremonias del aniversario, Erich Honecker, líder del partido, anunció a bombo y platillo que la República Democrática Alemana contaba con el reconocimiento diplomático de 132 países (el más reciente, el de Costa de Marfil), y declaró que «nadie podrá hacer que retroceda la rueda de la historia en suelo alemán».[163] Se recibió con tres vítores al alto representante de Moscú, el ministro de Asuntos Exteriores Andréi Gromiko, identificado en mi cuaderno como Grim-Grom (el adusto Grom). Cuando visité a mi amigo Werner Krätschell en su rectoría de Pankow, en la calle apareció un Lada verde ocupado por cinco hombres vestidos de paisano. El Estado de la Stasi parecía bastante seguro.

Aún más orwelliano, y sin duda más brutal, era el régimen de Nicolae Ceauşescu en Rumanía.[164] La escritora Herta Müller, galardonada más tarde con el Premio Nobel de Literatura, fue arrestada solo por comprar frutos secos a un precio «exorbitante» en un «mercado privado» de Timişoara. En la cárcel conoció a personas que habían acabado allí por robar velas. (Eran habituales los apagones que duraban horas y horas). Está convencida de que la Securitate, la policía secreta, lo preparó todo para que sufriera un accidente de bicicleta. A partir de 1983 hubo que registrar todas las máquinas de escribir del país. Investigaciones posteriores indican que aproximadamente uno de cada treinta adultos trabajaba para la Securitate. Del medio millón de presos políticos que hubo en la historia de la Rumanía comunista, unos cien mil murieron en prisión.

Polonia era distinta, pero también allí se vivieron tiempos oscuros. Danuta y yo percibíamos con extrema claridad el contraste entre nuestra vida en el pacífico y próspero Oxford y la de nuestros amigos polacos. La mayoría se hallaba en el exilio o en la cárcel o trabajaba en la clandestinidad. En Varsovia realicé una visita conspirativa a Jan Lityński, un activista menudo y vehemente a quien conocí en 1968 en la clase de polaco y que ahora se escondía en un apartamento cualquiera bajo un nombre falso y con documentos de

identidad falsificados, igual que un combatiente de la resistencia polaca durante la Segunda Guerra Mundial. Mientras charlábamos, un receptor de onda corta crepitó en la frecuencia de la policía. «Fue una época espantosa, verdaderamente insufrible», recuerda Helena Łuczywo, que se ocupó de que el semanario clandestino de Solidaridad se publicara en la región de Mazovia en los años ochenta.

Yo llevaba mensajes de grupos en el exilio, que escribía a lápiz con una letra diminuta en el reverso de cheques de viaje, y pasaba a escondidas, en billetes pequeños, fajos de dólares entregados por fundaciones y ONG para apoyar las publicaciones clandestinas y a Solidaridad. Cuando me reuní con la activista Barbara Labuda en un banco convenido de un parque de Breslavia, ella miró con cautela alrededor antes de sacar del bolsillo un papel de cigarrillo en el que había anotado unas cuantas peticiones importantes. Cuando las hube anotado a lápiz con una letra minúscula convenientemente críptica, se metió el papel en la boca, lo masticó unos instantes y se lo tragó. Es la única vez que he visto a alguien comerse de verdad sus palabras. Más tarde, cuando la batalla de la libertad pareció ganada, Barbara se convirtió en política y en una poderosa abogada defensora de los derechos de las mujeres.

Luego se produjo el asesinato de Jerzy Popiełuszko, el sacerdote de Solidaridad. En el otoño de 1984 tres agentes de la policía secreta lo secuestraron y lo metieron en el maletero de un coche, del que lo sacaron repetidas veces para golpearlo; luego le ataron un saco lleno de piedras y lo arrojaron a un embalse para que se ahogara. Su funeral, oficiado en su propia iglesia, fue una mezcla muy polaca de lo religioso, lo patriótico y lo político, y evocó de manera irresistible la imagen decimonónica que el país tenía de sí mismo como el «Cristo de las naciones». A un lado del altar, un óleo mostraba a Popiełuszko como un san Jorge (Jerzy en polaco) matando a un dragón rojo. Lech Wałęsa declaró en su discurso fúnebre: «Solidaridad vive porque has dado tu vida por ella». Un ingeniero de la acería Huta Warszawa señaló las campanas de la iglesia, que sonaban en lo alto, y se dirigió al capellán mártir empleando una forma cariñosa de su nombre de pila: «¡Jurek! ¿Oyes cómo tocan las campanas de la

libertad?».

Sin embargo, la libertad parecía aún muy lejana. Incluso en Hungría, «la barraca más alegre del bloque», con el régimen comunista más tolerante y reformista, el escritor disidente György Konrád afirmó que «el Imperio soviético, pese a sus problemas internos, está en buena forma y no va camino del derrumbe».[165] La perspectiva más esperanzadora que se me ocurría era una «otomanización» del Imperio soviético.[166] Como en la última etapa de decadencia del Imperio otomano, tal vez los territorios más periféricos fueran aumentando su autonomía poco a poco, en el transcurso de varias décadas, a medida que se debilitara el control del centro. Emancipación por desintegración. Pero a muchos de mis amigos les pareció demasiado optimista y me contaron este chiste prototípico del bloque soviético:

Dos amigos se encuentran en la calle.
Hola. ¿Cómo estás?
Mejor que mañana. Gracias.

SESENTAYOCHISTAS Y POSTSESENTAYOCHISTAS

Camisa oscura desabotonada, cabello ralo pero aún largo, hasta la base del cuello, barba de tres días que acentúa una ancha papada… El viejo sesentayochista levanta del mantel blanco una copa de vino tino. «Tú», dice, o «Du», «Ty» o «Te»…, siempre, en la lengua que sea, la forma más familiar de la segunda persona del singular. Se le dibuja una sonrisa irónica en la cara cuando hablamos de sus opiniones revolucionarias de los viejos tiempos. Al fin y al cabo, de aquellos tiempos hace ya más de cincuenta años y sus opiniones son ahora muy distintas, salvo quizá sobre el sexo, del que todavía goza —al menos en teoría—, tanto como del buen vino tinto. A manos llenas.

Yo podría encontrarme en París, Berlín, Milán, Lisboa, Praga, Sarajevo…, o, de hecho, en Berkeley, Ciudad del Cabo, Sídney o Río de Janeiro. Él podría ser abogado, catedrático, periodista, editor, maestro, político, activista de una ONG o artista. Advierto las señales reveladoras aun antes de que acerquemos las sillas de madera oscura a la mesa del bistró.

Los sesentayochistas —*soixante-huitards, Achtundsechziger, sesantottini*— representan la generación de europeos más inconfundible e influyente después de la del 39. Al igual que en la del 39, existe un núcleo de hombres y mujeres definidos por la participación en acontecimientos determinantes, pero se hallan dentro de un grupo demográfico más amplio. El núcleo de la del 39 estaba formado por personas que, como mi padre y Bronisław Geremek, tuvieron una experiencia personal directa de la Segunda Guerra Mundial, con sus violentos prolegómenos y consecuencias. En realidad deberíamos hablar de un largo 1939, que se extiende desde principios de los años treinta hasta finales de los cuarenta. Pero hubo también un segmento más amplio, que va desde los

padres de quienes murieron en el frente hasta el joven Helmut Kohl, quien, aunque solo contaba quince años en 1945 —es famosa su frase de que tuvo «la suerte de nacer tarde»—,[167] perdió a su hermano mayor en aquella contienda y vio con sus propios ojos la devastación física y moral de su patria. Kohl contaba a menudo —muy a menudo — cómo eso había forjado su compromiso con la construcción de una Europa mejor.

El núcleo de los sesentayochistas abarca a quienes participaron en el largo 1968, que duró desde principios de los años sesenta hasta finales de los setenta, con su caleidoscopio alucinógeno de radicalismo político, cultural, social y ecológico. «¡Seamos realistas, pidamos lo imposible!». «¡Prohibido prohibir!». «¡Bajo los adoquines, la playa!». Una gama cromática que va desde los *provos* que se manifestaron en la boda de la princesa Beatriz de los Países Bajos hasta las contorsiones ideológicas de los maoístas portugueses, desde las protestas estudiantiles de Varsovia en marzo de 1968 hasta *les événements* de París en mayo de ese mismo año y la Primavera de Praga, desde la Kommune 1 de Berlín Oriental hasta la comuna Yellow Submarine en Leningrado (hoy San Petersburgo), desde el goce en cueros del festival de Woodstock en el estado de Nueva York hasta el grupo británico Paedophile Information Exchange, desde los objetores de conciencia antibelicistas hasta el terrorismo sanguinario de la banda Baader-Meinhof en el «otoño alemán» y las Brigadas Rojas en Italia en los *anni di piombo* («años de plomo»). Un lienzo de aquellos años se asemejaría sobre todo al de los proverbios flamencos de Brueghel, con cada centímetro cuadrado atestado de actos extraños: dos traseros desnudos que asoman por un boquete de una pared de madera («Cagan por el mismo agujero»), dos hombres que se agarran por la nariz («Se llevan el uno al otro por la nariz»), un hombre que corre por el campo con llamas que salen de las nalgas («Quien come fuego chispas caga»).

La fuerza que latía detrás de todo eso era una generación nueva y numerosa, los *baby boomers*, que irrumpieron en la escena pública haciendo oír sus voces y expresando sus gustos, deseos e ideales en una arrolladora *prise de parole* antiautoritaria. Los jóvenes tomaban el micrófono. «We want

the world and we want it now» («Queremos el mundo y lo queremos ahora»), cantaba Jim Morrison, de la banda de rock The Doors. ¡Abajo los hombres mayores con traje y corbata! En Estados Unidos se había creado el Partido Internacional de la Juventud, y en cualquier lugar de Europa al que miraran esos hombres mayores trajeados parecía haber un partido internacional de la juventud.

El periodista francés Bernard Guetta plasma el momento. Siendo un escolar de diecisiete años se vio atrapado en una redada de estudiantes —muchos de ellos con corbata, señala — que protestaban en el patio de la Sorbona el 3 de mayo de 1968. Cuando el furgón policial se paró ante un semáforo en rojo en la esquina de la calle Gay-Lussac, uno de los detenidos gritó: «On y va!» («¡Vamos!»), y todos bajaron del vehículo y huyeron tronchándose de risa, mientras Guetta, estupefacto, se quedaba solo e intercambiaba miradas avergonzadas con los dos agentes, tan patidifusos como él. En aquel semáforo en rojo, afirma, se veía la brecha entre dos generaciones: la mayor, agotada por la guerra, la ocupación y la recuperación, sin nada más que ofrecer, y la nueva,

> … los *baby boomers*, acostumbrados a que nada se les resistiera, criados como pequeños dioses redentores, desenvueltos, alegres, insolentes y decididos a dirigir el mundo, romper las ataduras, rebelarse y reproducir las revoluciones del pasado, la de 1789, la de 1848, la resistencia, para avanzar hacia horizontes nuevos con unas tremendas carcajadas.[168]

Como de costumbre, los grupos estadísticos de los demógrafos (*baby boomers*, generación X, mileniales) no se corresponden del todo con las generaciones de experiencia histórica. Varios de los protagonistas de la generación del 68 nacieron durante la Segunda Guerra Mundial, como por ejemplo Rudi Dutschke, nacido en 1940 y figura clave en las protestas de Alemania Occidental de 1968. Guetta, que nació en 1951, pertenecía a uno de los segmentos de edad más jóvenes de los que participaron de manera activa en el año civil de 1968. Así pues, quedamos los demás, los *boomers*, la mayoría, que vinimos al mundo durante el aumento de la tasa de natalidad que se produjo tras la guerra y que duró hasta 1965 más o menos. Desde el principio hubo también millones de no

sesentayochistas y antisesentayochistas. Estos últimos serían más numerosos y locuaces con el paso de las décadas. De hecho, la palabra «antisesentayochista» serviría para resumir buena parte del programa de la derecha populista en muchas democracias occidentales. Sin embargo, eso mismo demuestra el impacto transformador de dicha generación.

Nacido en 1955, yo fui un postsesentayochista. Solo capté el final porrero del hippismo en el Londres de mi adolescencia. En 1978, cuando me fui a vivir a Berlín Occidental, «68» era un grafiti desvaído en las paredes de la Universidad Libre y compañeros de pisos comunales manteniendo largas conversaciones plagadas de palabras de argot sobre su sexualidad y la política. No llegué a conocer a Rudi Dutschke, pero en enero de 1980 asistí a su funeral entre la enorme multitud congregada ante la iglesia de Santa Ana de Dahlem, el arbolado barrio de Berlín Occidental. «El entierro del estudiante izquierdista —se lee en mi diario—. Inesperadamente conmovedor. Mucho mucho frío». (Por más que me esfuerzo, no logro recordar por qué me conmovió tanto, pero sí recuerdo el frío que hacía. Habla, memoria, pero no me des esos datos triviales). Aquel funeral fue un final, pero también un principio. Cuando remitieron las desmesuras brueghelianas del largo 1968, quienes no se habían convertido de manera irremediable en terroristas o yonquis pasaron a vivir el resto de su vida de una forma más convencional.

Recuerdo con nitidez una conversación con un excelente periodista del *Süddeutsche Zeitung* que me contó que a principios de los setenta había estado muy cerca de convertirse en terrorista. En 1973 se fotografió a los miembros de una banda revolucionaria que se hacía llamar Putzgruppe («Equipo de Limpieza», más o menos) atacando a un policía en Frankfurt. Uno de esos combatientes callejeros, Hans-Joachim Klein, participaría más tarde en un atentado terrorista en Viena que se saldaría con tres víctimas mortales. El otro se llamaba Joschka Fisher y al cabo de diez años, en 1983, entraría en el Parlamento de Alemania Occidental como representante de un partido político nuevo: los Verdes. En 1999, como ministro de Asuntos Exteriores de Alemania, defendería que, precisamente debido a la enorme

responsabilidad histórica del país por el Holocausto —un tema importante para los sesentayochistas alemanes—, las tropas del Bundeswehr deberían intervenir con la OTAN para evitar un genocidio en un Kosovo controlado por los serbios. De patear a un policía en la calle a echar a patadas a un dictador de Kosovo.

En 1988 el sociólogo Jürgen Habermas, de la posgeneración del 39 y su intelectual más influyente, anunció que lo que Dutschke había denominado la «larga marcha a través de las instituciones» había llegado incluso a los democristianos.[169] Sostenía que el 68 había conducido a una profunda apertura de la sociedad de Alemania Occidental. En los años noventa y en la primera década del siglo XXI, incluso hasta bien entrada la segunda, los sesentayochistas y postsesentayochistas ocupaban los puestos de mando en la mayoría de las sociedades europeas. Eran jefes del Gobierno (Lionel Jospin, Gerhard Schröder, Massimo D'Alema), ministros del Interior (Jack Straw, Otto Schily), jueces, altos funcionarios, rectores universitarios, jefes de redacción, editores y novelistas.

Esa preponderancia no se debía tan solo a un hecho biológico inevitable: la generación de los *boomers* se desplazaba de una década a otra como una cabra por el aparato digestivo de una pitón. Era un claro fenómeno cultural y social. Solo a finales de la década de 2010 una nueva generación, nacida después de 1989 y, como los *boomers* franceses descritos por Guetta, formada por jóvenes seguros de sí mismos, fruto de veinte años de relativa paz, prosperidad y optimismo, empezaría a derribar de sus pedestales a los viejos sesentayochistas, a criticarles el sexismo, el lenguaje ofensivo y un capitalismo que se desentendía del medio ambiente, entre otras faltas. Los sesentayochistas eran ahora los hombres mayores.

En una carta dirigida al filósofo Karl Jaspers en junio de 1968, Hannah Arendt conjeturaba: «Los niños del próximo siglo estudiarán el año 1968 igual que nosotros estudiamos 1848».[170] Probablemente le sorprendería descubrir que los niños europeos estudian muy poco el siglo XX, pero su comparación con 1848 es esclarecedora. El historiador Lewis Namier describió lo ocurrido en 1848 como una revolución

de los intelectuales; en un grado significativo, también lo fue 1968. Como en 1848, las protestas populares se sucedieron en muchos países europeos, una detrás de otra.

En la medida en que en 1968 sucedió algo importante al mismo tiempo en París y Praga, Berlín Occidental y Varsovia, con el protagonismo de la generación *boomer*, ese fue el primer gran momento europeo compartido desde que el Telón de Acero había dividido el continente después de 1945. No obstante, desde el punto de vista político, el carácter paneuropeo de 1968 fue superficial. Tony Judt, autor de *Postguerra*, nacido en 1948, sesentayochista e izquierdista francófono en sus años de formación, participó en las protestas de París y de la aletargada Cambridge. Cerca del final trágicamente temprano de su vida, Tony reflexionó: «¿Qué nos dice de las falsas ilusiones de Mayo de 1968 el hecho de que no pueda recordar una sola alusión a la Primavera de Praga, y menos todavía al levantamiento estudiantil de Polonia en todos nuestros serios debates radicales?».[171] Los estudiantes de Varsovia y Praga prestaron solo un poco más de atención a lo que sucedía en París.

Cuando Rudi Dutschke fue a Praga en busca de camaradas, se encontró inmerso en un diálogo político de sordos. Adam Michnik se topó con problemas similares cuando viajó a París unos años después. Los sesentayochistas franceses y alemanes hablaban una lengua del marxismo revolucionario que para los polacos, checos y eslovacos era la desprestigiada nuevalengua de los regímenes contra los que se rebelaban. Así pues, los objetivos del 68 eran muy diferentes, incluso contradictorios, en el este y el oeste. Sin embargo, tuvieron algo en común: si la finalidad era cambiar el sistema político, ambos fracasaron. Desde la perspectiva de alguien que cree en la democracia liberal, fue un fracaso lamentable en Praga y Varsovia, pero una bendición en París, Roma y Berlín Occidental.

Al cabo de cuarenta años, al volver la vista atrás, Daniel Cohn-Bendit, figura totémica de 1968 en Francia y en Alemania como Dany el Rojo, recapituló: «Hemos ganado

desde el punto de vista cultural y social mientras, por suerte, perdíamos desde el punto de vista político».[172] Aunque la transformación cultural y social no modificó el sistema de ninguno de los dos lados del Telón de Acero, tendría profundas consecuencias políticas. Las normas y actitudes con las que la mayoría de los jóvenes europeos creció a finales del siglo XX y principios del XXI fueron las establecidas por los sesentayochistas y postsesentayochistas.

Diríamos que a grandes rasgos esas actitudes fueron antiimperialistas, antifascistas, antibelicistas, internacionalistas, educacionistas, ecologistas, agnósticas —cuando no ateas—, a favor de la liberación sexual y del liberalismo social. En los años cincuenta y sesenta varios países europeos occidentales conservaban sus imperios seculares de ultramar y libraron guerras coloniales para mantenerlos. Algunos de esos territorios, como las posesiones francesas en el Magreb, eran considerados parte integrante de la patria europea. A mediados de los setenta la descolonización de ultramar ya se había completado en gran medida. En Portugal, la lucha para poner fin a las inútiles contiendas coloniales de Angola y Mozambique impulsó la transición a la democracia. Después solo quedaron unos cuantos territorios dispersos, como Hong Kong del Reino Unido y Martinica de Francia. Europa pudo entonces, con solo una modesta discordancia cognitiva, abrazar una imagen agradable de sí misma como antiimperialista.

Al oponerse y, con el tiempo, deshacerse de las últimas dictaduras fascistas y posfascistas de Grecia, Portugal y España, la Europa de los sesentayochistas no era tan solo antifascista. En Alemania en especial, se hizo hincapié en la necesidad de afrontar el pasado fascista sobre el que la generación anterior había echado tierra. (*Qué reconfortante es, un par de veces al año, / reunirse y olvidar los viejos tiempos*, escribió James Fenton en «Un réquiem alemán», poema que surgió de la época que compartimos en Berlín).[173] Una vez más, ese fue un cambio relevante. El olvido tras la guerra o la revolución, la práctica del olvido deliberado, había sido la norma en Europa durante siglos. Churchill reclamó un «bendito acto de olvido» después de 1945.[174] Pues bien, en los años sesenta y setenta se estableció una norma nueva: ¡no

olvidar jamás! Había que documentar y analizar el pasado problemático, abordarlo desde un punto de vista psicológico, moral y político en un proceso de reconocimiento público y privado.

Otro contraste notable entre esa nueva Europa y la vieja era el antibelicismo. El primer impulso histórico de ese cambio fueron los horrores de la segunda guerra de los Treinta Años europea, que acabó con el infierno de 1945, si bien los países de la parte occidental siguieron librando contiendas coloniales durante otros treinta años. El catalizador inmediato de las protestas antibélicas de la década de los sesenta fue la guerra de Vietnam, una guerra que había sido francesa antes de pasar a ser estadounidense. De ese modo los impulsos antiimperialistas y antibelicistas tuvieron una relación estrecha. La oposición a la guerra de Vietnam se convirtió en una causa para los sesentayochistas de toda Europa del Oeste. Varios de mis conocidos de Berlín Occidental se habían trasladado allí para evitar el servicio militar obligatorio de la República Federal de Alemania (los berlineses del Oeste estaban exentos debido al estatus especial de las cuatro potencias de la ciudad). Los sesentayochistas se hicieron eco de una tendencia ya existente y la aceleraron. Como escribió el historiador Michael Howard: «La muerte ya no se veía como parte del contrato social».[175]

Además de antiimperialistas, antifascistas y antibelicistas, los sesentayochistas eran internacionalistas. La prominencia de la guerra de Vietnam fue en sí misma un homenaje indirecto al poder blando de Estados Unidos, cuyos movimientos antibelicistas y a favor de los derechos civiles ejercieron una inmensa influencia en todo el continente. Martin Luther King cautivaba la imaginación de los jóvenes alemanes más que Martín Lutero. Los estudiantes de Frankfurt y Ámsterdam prestaban más atención a las protestas universitarias estadounidenses que a las de Varsovia o Praga. Pero había otras muchas influencias. Aún iba al colegio cuando me compré un ejemplar del *Libro rojo* de Mao. Sobre la generosa cama de matrimonio de mi apartamento de Berlín Occidental colgaba un gran póster en el que se leía, en letras de color rojo sangre sobre un fondo negro: «¡Muerte al sah!». (Los anteriores inquilinos eran refugiados iraníes). Muchos

estudiantes tenían pósters del Che Guevara en las paredes de su dormitorio. Otros seguían la ruta hippy hacia la India y Afganistán. Tal vez esas incursiones en un mundo más amplio, que realizaban como viajeros y como compañeros de viaje, fueran superficiales y —debido a la fascinación por la violencia revolucionaria en lugares remotos, donde no les afectaba— frívolas desde el punto de vista moral. Con todo, el legado de esos jóvenes fue un internacionalismo de mayor alcance. Su temprano interés por lo que entonces se llamaba Tercer Mundo se tradujo a veces en un trabajo de por vida en organizaciones humanitarias y de ayuda al desarrollo internacional. También ahí encontraremos a los viejos sesentayochistas.

Los sesentayochistas, muchos de los cuales fueron los primeros de sus familias en ir a la universidad gracias a un importante desarrollo de la enseñanza superior en los años cincuenta y sesenta, eran lo que podríamos llamar «educacionistas». Muchos de ellos serían profesores o catedráticos. A su juicio, la oportunidad de recibir una formación que llegara incluso a los estudios superiores debía extenderse a un sector aún más amplio de la sociedad. La educación era un derecho civil, afirmó el pensador liberal Ralf Dahrendorf.[176] Mucho después, durante la oleada populista de la década de 2010, nos percatamos de que ese proyecto igualitario liberal había creado sin pretenderlo una nueva división social: entre la mitad de la sociedad que había ido a la universidad y la mitad que no.

Hubo también una marcada tendencia ecologista, aunque no dominante. Uno de los canales hacia los que en última instancia fluyó el largo 1968 fueron los movimientos y partidos verdes. El activismo medioambiental era casi desconocido a principios de los sesenta, pero en los ochenta ya se había convertido en un elemento distintivo de la mayoría de las sociedades europeas, tanto del este como del oeste. Por ejemplo, Maria Damanaki, la locutora de la radio estudiantil durante la ocupación de la Politécnica de Atenas, más tarde dedicó gran parte de su tiempo a la causa de la conservación de los océanos y la vida marina. En un cuaderno de octubre de 1984 recojo un debate interno del grupo parlamentario verde de Alemania Occidental. Hoy debería ser

un día de renuncia simbólica a la carne, decían. En principio los parlamentarios verdes no deberían viajar en avión por el interior de Alemania; que viajen en tren. «¡Estamos protestando contra la nueva pista occidental del aeropuerto de Frankfurt y luego la utilizamos!». Entre los renglones garabateados me parece oír cómo mi yo joven se ríe de ellos. Sin embargo, si hubiéramos hecho lo que los Verdes aconsejaban hace casi cuarenta años, tal vez hoy no nos enfrentaríamos a una crisis climática. Cuando en 2016 un ministro de Asuntos Exteriores polaco nacionalista y conservador criticó un mundo de «ciclistas y vegetarianos que solo quieren energías renovables»,[177] es probable que tuviera en mente a un profesor alemán de la generación del 68.

En general los sesentayochistas no eran cristianos practicantes. Muchos eran ateos o agnósticos, aunque surgió un nuevo interés por otras religiones, como el budismo. No podemos dejar de subrayar el cambio que eso supone para Occidente en general y para Europa en particular. Muchas regiones de Europa habían sido cristianas desde el Bajo Imperio romano y buena parte de Europa lo había sido durante casi un milenio. (Lituania fue un bastión pagano hasta el siglo XIV, para satisfacción del poeta Czesław Miłosz). Como afirmaba Geremek, la idea medieval de Europa era inseparable de la de cristiandad. Los padres fundadores de la Unión Europea no dudaron en evocar los valores de la civilización cristiana. En su libro *Dominio*, Tom Holland llega aún más lejos. Describe el cristianismo como «el marco más influyente para dar sentido a la existencia humana que jamás ha existido»[178] y habla del «hundimiento de un orden de 1.900 años».[179] Después de 1968 buena parte de Europa Occidental se volvió poscristiana.

Al relajarse la represión del cristianismo organizado se aceleraron la liberación sexual y el liberalismo social. El mismísimo año de la revuelta estudiantil, la encíclica *Humane Vitae* reafirmaba la tradicional enseñanza católica de que el sexo solo debía practicarse dentro del matrimonio y con el propósito divino de la procreación. Los sesentayochistas, en cambio, propugnaban que hombres y mujeres debían ser libres para encontrar el placer sexual con la pareja que

eligieran. Disfrutar de esa libertad sin las consecuencias tradicionales fue posible gracias al fácil acceso de las mujeres a la píldora anticonceptiva. Por tanto, los jóvenes europeos podían tener más relaciones sexuales y menos hijos, y así lo hicieron.

En 1972 el escritor británico Alex Comfort publicó *La alegría del sexo*, que no tardaría en convertirse en un superventas. Con un título que parafraseaba el de un libro de cocina estadounidense muy popular, *La alegría de cocinar*, tenía una estructura similar a la de este, con secciones como «Ingredientes», «Aperitivos», «Platos principales» y «Las salsas». Conviene señalar que probablemente la alegría no se repartiera por igual entre los sexos. Si una joven europea de hoy en día pudiera retroceder en una máquina del tiempo hasta 1968 y entrar en una comuna de Berlín Occidental o Frankfurt, se escandalizaría por el comportamiento masculino, que tacharía de sexista o peor aún. Una de las consignas de la época era la siguiente: «El que se acuesta dos veces con la misma mujer ya forma parte del establishment».[180] Patrick Viveret, en 1968 estudiante trotskista en Nanterre, recuerda: «Me sorprendió la cantidad de hombres que esgrimían la ideología revolucionaria para convencer a las chicas de que mantuvieran relaciones sexuales con ellos; les decían que si se negaban era por su mentalidad pequeñoburguesa».[181] La catedrática Jean Seaton, estudiante a finales de los años sesenta, dice que las mujeres de su generación deberían llevar una camiseta con la siguiente frase estampada: «Sobrevivimos a los años del magreo». Cuando a finales de la década de 2010 irrumpió el movimiento #MeToo, también criticó las costumbres sexuales de los viejos varones sesentayochistas que no se habían dado cuenta de que los tiempos estaban cambiando.

Con todo, 1968 también condujo a lo que se denominó «movimiento de liberación de la mujer» o «segunda ola del feminismo». La primera ola se había centrado en el sufragio femenino. Por increíble que ahora nos resulte, el derecho al voto de las mujeres, hoy en día un componente elemental del derecho a la igualdad política y uno de los valores europeos compartidos, solo se concedió en Suiza —madre patria de la democracia— para las elecciones federales tras un

referéndum celebrado en 1971. (El criptofeudal Liechtenstein esperó hasta 1984). La segunda ola del feminismo pasó a defender los derechos y las oportunidades de las mujeres en otros ámbitos, desde el lugar de trabajo hasta el hogar, desde el divorcio —legalizado en España en 1981— hasta el derecho a decidir si querían tener hijos, cuándo y cómo. No cabe afirmar que la victoria fue completa, pero los cambios en la posición de las mujeres en la mayoría de las sociedades europeas entre los años cincuenta y la década de 2010 fueron enormes, y enormemente positivos. Esa mejora se acompañó de otros grandes pasos de apertura social. Empezando por la legalización de la homosexualidad, se avanzó hacia el pleno reconocimiento de las identidades que en la actualidad conocemos con la sigla LGBTIQ+. Y, si la gente podía elegir con total libertad a sus parejas y su orientación sexual, igualmente podía decidir otros aspectos de su estilo de vida.

No obstante, siguió habiendo muchas familias, comunidades e incluso países enteros que presentaban excepciones a estas generalizaciones. Es difícil separar el impacto específico de los sesentayochistas y el de las fuerzas más globales de cambio social y cultural. A principios de la década de 2020, esos valores y esas actitudes se cuestionaron de forma feroz en países como Polonia y Hungría, por no mencionar Estados Unidos. Sin embargo, es evidente que la «normalidad» europea para la mayoría de los adolescentes europeos de 2015 habría sido irreconocible para un adolescente europeo de 1955. Esa nueva normalidad se vio moldeada por un conjunto de normas entrecruzadas que surgieron en el largo 1968 y se consolidó con la posterior preponderancia de los *boomers* postsesentayochistas como yo. Por tanto, al fin y al cabo fue una revolución, aunque no del tipo que los estudiantes de las barricadas parisinas esperaban, y fue una revolución que tardó media vida en imponerse.

ANGELO GOTTI

—¿Han tenido algún *Gastarbeiter* en Westen?

—Ah, sí, Angelo Gotti, el de la panadería de Hoffmann.

Probablemente Angelo Gotti fue el primer extranjero que se estableció en Westen, el pequeño pueblo del norte de Alemania, desde que mi padre y sus conmilitones británicos se marcharon en 1946 y los últimos trabajadores forzados de los nazis se dispersaron para reconstruir su vida, lo mejor que pudieron, en su antigua patria o en otra nueva. Empezó a trabajar en la panadería el 13 de agosto de 1961, el día en que se erigió el Muro de Berlín. Al igual que otros muchos «trabajadores invitados», se quedó a vivir para siempre.

Está sentado conmigo en la ordenada cocina de huéspedes de la granja de la familia Sieling. Es un septuagenario de cara ancha, robusto y alegre, y me cuenta su historia en un alemán todavía un tanto deslavazado. Nació en 1943 cerca del lago de Como. Su padre era un soldado italiano que murió en 1944. Al cabo de cuatro años su madre volvió a casarse. El padrastro de Angelo no era un hombre agradable. Así pues, cuando herr Hoffmann, un panadero alemán, se hospedó en el hotel italiano donde trabajaba Angelo, que entonces contaba diecisiete años, y le ofreció un empleo en Westen, el joven lo aceptó contento.

—¡Me necesitaban para animar el pueblo!

Los vecinos de Westen lo llamaban «el italiano». No fue fácil adaptarse. Por suerte, se le daba bien el fútbol. Se incorporó al club deportivo de la localidad y con el tiempo se convirtió en su vicepresidente. Eso ayudó.

El momento más difícil llegó cuando empezó a salir en serio con una chica del pueblo.

—Sus padres se oponían.

Los problemas duraron varios años. (Me lo habían contado otros dos vecinos de Westen, por lo que es evidente que se

trataba de un caso célebre en la población). Pero al final él y su Hannelore se casaron en la iglesia del pueblo en 1970.

¿Se convirtió al protestantismo?

—Sí, mi mujer así lo quiso. —Sonríe—. Pero católico aquí —añade dándose unas palmaditas en el corazón.

A veces van de vacaciones a la región del lago de Como, pero no le gusta pasar en Italia más de un par de semanas.

—La mentalidad es muy distinta.

La de Angelo es una de entre los millones de historias —cada una de ellas, una novela en potencia— surgidas de la inmigración masiva que transformaría las sociedades del noroeste de Europa antes de la caída del Muro de Berlín. En *Frieda*, película británica de 1947, un piloto del ejército británico lleva a su esposa alemana, una guapa joven que lo ayudó a escapar de un campo de prisioneros de guerra, a su ciudad natal, llamada Denfield. «Es un lugar muy normal —le cuenta—, como cualquier otra ciudad inglesa. La mayoría de las familias lleva un montón de tiempo viviendo allí. Como la nuestra». En 1989 sería difícil encontrar una localidad grande del noroeste de Europa de la que pudiera decirse lo mismo. En todas partes había familias llegadas de otros sitios: del sur y el este de Europa, de todos los confines del mundo. Esas sociedades se habían vuelto multiculturales.

Tras ese desplazamiento masivo de personas había un importante factor de expulsión —la descolonización— y un importante factor de atracción —el auge económico—. Lo que los franceses denominan *trente glorieuses,* los treinta años gloriosos de crecimiento económico entre 1945 y la grandísima recesión que siguió a la crisis del precio del petróleo en 1973, fueron también los treinta años en los que los países de Europa Occidental perdieron sus imperios. El auge económico acentuó la escasez de mano de obra debido al gran número de hombres que habían caído o quedado mutilados en la guerra. El flujo de personas de las antiguas colonias no fue una simple respuesta a la demanda de trabajadores por parte de las economías en rápido crecimiento; más bien, los dos fenómenos coincidieron y se reforzaron mutuamente.

Más de cinco siglos antes, los europeos habían empezado a surcar los mares para explorar la tierra y colonizarla. Las

primeras colonias europeas de ultramar de la era moderna fueron las islas Canarias y lo que en la actualidad es el enclave español de Ceuta, conquistado en primer lugar por Portugal en 1415. Europa había salido al mundo; en la segunda mitad del siglo XX, a medida que las colonias se disolvían, el mundo volvía a Europa. Los viejos colonos se instalaron desconsolados en Lisboa, Marsella o Tunbridge Wells llevando consigo lo que en el futuro acabaría en mil salas de subastas de provincias: piezas como el trono, bellamente labrado, de abad birmano que ahora ocupa nuestro salón. Siempre me ha asombrado la cantidad de gente del Reino Unido que tiene un pasado colonial en la familia, ya sea una primera infancia en África o, como en mi caso, un abuelo que fue funcionario en la India. En Portugal, los aproximadamente ochocientos mil *retornados* de Angola, Mozambique y otras colonias representaban en torno al 15 por ciento de la población. En Italia, los excolonos llegaban de Libia, Etiopía, Eritrea y Somalilandia; en los Países Bajos, de las Indias Orientales Neerlandesas y Surinam. En Francia había alrededor de un millón de *pieds-noirs*, descendientes de colonos, solo de Argel.

Además de los excolonizadores, llegaron los excolonizados, a menudo sobre la base de ambiguos derechos de ciudadanía otorgados cuando el poder imperial quería ver el territorio de ultramar como una prolongación de sí mismo: la France d'outre-Mer, el Africa Orientale italiana, la Commonwealth y el Imperio británicos. Junto con los *pieds-noirs* llegaron doscientos mil exsoldados musulmanes argelinos del ejército francés, conocidos como *harkis*. Los habitantes de determinadas zonas y determinados grupos del subcontinente indio —no solo punyabíes, sino comunidades concretas del Punyab; nos solo cachemires, sino en concreto de Mirpur— dieron lugar a hileras de casas adosadas de ladrillo rojo en Bolton o Leicester. Un barrio de una ciudad española se convertía en marroquí, otro de una ciudad neerlandesa, en maluco. Los concejales de la localidad tenían que conocer tanto la cultura de origen como la sociedad de llegada. La etnografía de territorios lejanos se transformó en una nueva etnografía de los barrios periféricos europeos.

En los años ochenta, cuando mi mujer y yo vivíamos en el

este de Oxford, nuestros vecinos trabajaban en la fábrica de coches de la cercana Cowley: los de la izquierda, Len y Molly, eran blancos de clase obrera nacidos en Inglaterra; los de la derecha, Laurie y Jeanette, inmigrantes caribeños de primera generación. El viejo Reino Unido y el nuevo. «Hay un montón de extranjeros en Cowley Road —nos informó nuestro muy inglés constructor a mi esposa polaca y mí—. Ladrones y extranjeros».

La mayoría de los países europeos que habían poseído imperios de ultramar apenas reconocía tener una obligación moral hacia los pueblos que habían colonizado y oprimido. Al volver la vista atrás, me doy cuenta de que yo apenas pensaba en el hecho de que mi abuelo materno había pasado la vida al servicio del Imperio británico en la India. Me parecía un dato de la historia antigua. Europa era el futuro. Fue la generación de nuestros hijos, la posgeneración del 89, la que nos recordó que todavía teníamos que afrontar nuestro pasado colonial.

En la Europa germanófona la mezcla fue muy distinta. Los imperios alemán y austriaco habían abarcado en su mayor parte territorios terrestres contiguos, cuya extensión había aumentado poco a poco a lo largo de los siglos. El austriaco se disolvió de forma abrupta al final de la Segunda Guerra Mundial. Las posesiones continentales de Alemania se ampliaron brutalmente y luego se vieron mutiladas de manera punitiva, todo ello en una única terrible convulsión que duró de 1937 a 1945. Al acabar la guerra de Hitler, Alemania, tanto del Oeste como del Este, absorbió al menos doce millones de alemanes procedentes de los antiguos territorios orientales del Reich. Entre 1950 y 1989 Alemania Occidental recibió otros dos millones de alemanes étnicos —para ser más exactos, personas que reunían los criterios para ser consideradas alemanas según su peculiar ley de nacionalidad— del bloque soviético.[182] En el caso de los procedentes de asentamientos alemanes con siglos de antigüedad en la Rumanía de Ceauşescu, como el simpático pastor que me preguntó si conocía al cardenal Newman, el Gobierno de Bonn pagó directamente al régimen rumano para llevarlos a Alemania Occidental. El rescate por cada alemán rumano fue de ocho mil marcos en 1984 (unos cinco mil quinientos euros a precios actuales).

Pese a su diversidad, esos alemanes étnicos no fueron los que volvieron multiculturales las sociedades germanófonas de Europa. El cambio se debió más bien a que, a fin de abordar la escasez de mano de obra, Alemania, Austria y Suiza buscaron «trabajadores invitados» como Angelo Gotti en toda la zona mediterránea. Ya en 1956 el canciller Konrad Adenauer ofreció billetes de tren gratuitos a los trabajadores que llegaran de Italia. Alemania Occidental empezó a firmar acuerdos con Grecia, España, Turquía, Marruecos, Portugal, Túnez y Yugoslavia.[183] Algo similar hicieron Suiza, Austria y los Países Bajos, aunque a menor escala.[184] Los estados importadores de mano de obra no veían a los recién llegados como posibles elementos permanentes de sus sociedades, y menos aún como posibles ciudadanos en igualdad de condiciones, compatriotas europeos. Como el escritor suizo Max Frisch observó en 1965: *Man hat Arbeitskräfte gerufen, und es kommen Menschen* («Pedimos mano de obra y llegaron seres humanos»).[185]

En cuanto a la aceptación de los inmigrantes en la sociedad de acogida, no hubo una línea divisoria simple entre los recién llegados compatriotas, para quienes todo era fácil, y los forasteros, que lo tenían todo difícil. La topografía de los prejuicios de los europeos autóctonos era más compleja. Tal y como descubrió en su juventud Helga Allerheiligen, la refugiada silesiana alemana de Westen, cuando quiso casarse con Wilhelm, hijo de un granjero de la localidad, muchas veces incluso a los compatriotas inequívocos —alemanes, neerlandeses, franceses o británicos blancos y cristianos— les costaba ser aceptados. En Westen, hasta el día de hoy, los «rusos alemanes» —alemanes étnicos que emigraron de la antigua Unión Soviética— no se relacionan con los demás y viven en un barrio separado de cuidadas casas modernas.

Ser un compatriota europeo no protegía de los prejuicios. En 1964 una guía para familias francesas que empleaban asistentas domésticas españolas tenía la amabilidad de explicar: «En general no se quejan y se someten a su destino como un sino heredado de la ocupación árabe de su país».[186] ¡Dos estereotipos étnicos en una sola frase! Un siciliano o un albanés de piel atezada tenían tantas probabilidades de toparse con muestras de racismo en la calle como un egipcio

o un turco de piel clara. A comienzos de los años ochenta el periodista alemán Günter Wallraff solo tuvo que ponerse una peluca y unas lentillas oscuras y hablar un alemán macarrónico para hacerse pasar por un «trabajador invitado» turco y experimentar el maltrato que describió en su reportaje *Cabeza de turco*.

Cualquier diferencia, desde el color de la piel y la forma de vestir hasta la comida, las festividades, la religión y el modo de comportarse, podía dar lugar a los prejuicios y la discriminación. Una generación de niños británicos originarios de Asia del Sur creció con la amenaza de que alguien les pegara o maltratara en el camino de casa al colegio. Un budista indio tenía tantas probabilidades de que los gamberros del barrio se metieran con él como un cristiano paquistaní. También existían prejuicios entre las distintas comunidades de inmigrantes. El señor Patel, un emprendedor propietario de bienes inmuebles y vendedor de prensa del este de Oxford, me aconsejó varias veces que jamás de los jamases alquilara la casa a un nigeriano.

Sin embargo, no hay duda de que, si una compatriota cristiana blanca como Helga Allerheiligen se encontraba en el extremo de la escala de aceptación en que esta resultaba más fácil, entonces un musulmán de piel oscura procedente de un país no europeo se hallaba muy cerca del otro extremo. El islam ha sido durante siglos el Otro por excelencia de Europa. Una de las primeras menciones a los europeos (*europeenses*) aparece en una crónica de la batalla de Poitiers, en 732, en la que el rey Carlos Martel (el Martillo) derrotó a los árabes invasores. Cuando el papa Pío II popularizó el uso de la palabra «Europa» en el siglo XV, pretendía defender la causa de la cristiandad frente a los usurpadores turcos otomanos. Desde las obras de Shakespeare hasta el lienzo sobre la batalla de Kahlenberg, de 1683, pintado por un artista polaco del siglo XIX que cuelga en un lugar destacado del Vaticano, «el turco» era sinónimo de amenaza extranjera. En una conversación con un colega muy cercano, Charles de Gaulle citaba como una pesadilla la posibilidad de que su querido pueblo de Colombey-les-deux-Églises (Colombey de las dos Iglesias) se llamara algún día Colombey-les-deux-Mosquées (Colombey de las dos Mezquitas).[187] (En 2021 el Alto

Marne, la región administrativa a la que pertenece Colombey, contaba con doce mezquitas para una población de menos de ciento ochenta mil habitantes, aunque en el pueblo aún no había ninguna).[188]

La integración resultaba doblemente difícil allí donde se trataba al inmigrante como a un «trabajador invitado», que no se esperaba que se quedara mucho tiempo. En 1964 se celebró en Alemania una ceremonia oficial para dar la bienvenida al «trabajador invitado» número un millón, un carpintero portugués llamado Armando Rodrigues de Sá, a quien entregaron claveles y una moto. En 1969 el presidente de la asociación patronal alemana regaló un televisor al «trabajador invitado» turco que hacía un millón, Ismail Babader. En 1972 se llegó al «trabajador invitado» dosmillonésimo, una yugoslava llamada Vera Rimski, que recibió una televisión portátil y las gracias por la «significativa contribución» de dichos empleados al «producto nacional bruto».[189] Con el tiempo se permitió que las esposas y los hijos de los «trabajadores invitados» se reunieran con ellos. Algunos tuvieron experiencias muy positivas. Es el caso de Ricardo Cuesta y su esposa Julia, abuelos de Sonia, mi investigadora predoctoral. «Me recibieron con los brazos abiertos —recordaba Ricardo en una conversación con su nieta—. Yo trabajaba mucho y ellos me respetaban por eso. Además, había una enorme solidaridad». Nunca olvidará que, sin decirle ni media palabra, decenas de compañeros suyos escribieron a la oficina de inmigración de Wuppertal para dar fe de su buen carácter.

No obstante, cuando la economía se ralentizó tras la crisis del petróleo y terminaron los gloriosos treinta años de crecimiento, se instó a los «trabajadores invitados» a volver a sus países. Muchos así lo hicieron, en especial los procedentes de la Europa meridional, pero millones de ellos se quedaron. En 1977 una comisión oficial declaró que la «República Federal de Alemania no es un país de inmigrantes», frase repetida en el acuerdo de coalición firmado por los democristianos y el Partido Democrático Libre cuando formaron gobierno en 1982, y que significaba: «No queremos ser un país de inmigrantes como Estados Unidos o Canadá». Aun así, con solo echar una ojeada al listín telefónico de

Frankfurt saltaba a la vista que Alemania ya era un país de inmigrantes.

Más aún: mientras que la tasa de natalidad descendió en picado en la mayoría de las poblaciones autóctonas a partir de 1970 (es lo que se ha llamado la «segunda transición demográfica de Europa»), en general se mantuvo más alta entre las poblaciones inmigrantes. En 1974 uno de cada seis niños nacidos en Alemania Occidental era hijo de una persona nacida en el extranjero.[190] Sin embargo, a la mayoría de esas criaturas todavía se las catalogaba de «extranjeras», sin derecho a tener la nacionalidad alemana por nacimiento. En 1989 esos supuestos extranjeros, algunos de los cuales habían nacido y pasado toda su vida en Alemania, suponían el 8 por ciento de la población de la República Federal.[191]

En la década de los ochenta los europeos occidentales, en especial los residentes en grandes ciudades con una población inmigrante numerosa, se dieron cuenta de que eso comportaba un cambio importante a largo plazo en el caleidotapiz europeo. Empezaron a buscar nuevas formas de incorporar a esas minorías a la vida de una sociedad urbana moderna y tolerante. En 1989 se nombró al icónico sesentayochista Daniel Cohn-Bendit jefe de la nueva «oficina de asuntos multiculturales» de Frankfurt, con más de un veinte por ciento de habitantes de origen extranjero.[192] El «multiculturalismo» se convertiría en una ideología sumamente imprecisa. Lo mejor fue que alentó la idea positiva de que la gente debería conocer un poco la religión y la cultura de sus vecinos. Lo peor fue que, en nombre de la «diferencia cultural», autorizó la aceptación de prácticas intolerantes, como la opresión continuada de las mujeres en algunas comunidades minoritarias. Con todo, al menos estas iniciativas reconocieron la realidad de que Europa Occidental estaba volviéndose multicultural.

A este respecto es interesante el contraste con la otra mitad de Europa, un contraste que resultó aún más palmario en la crisis de refugiados de 2015. A lo largo del «siglo XX corto», es decir, entre 1914 y 1989, las dos mitades de Europa fueron en esta cuestión como barcos que navegaban en la noche en direcciones opuestas. En 1914 Europa Central y del Este era con diferencia la parte más multicultural, con grupos étnicos,

culturas y religiones mezclados dentro de los imperios en expansión. La ciudad que ahora conocemos por su nombre eslovaco, Bratislava, era Pressburg para los germanohablantes y Pozsony para los húngaros, y su enorme población judía utilizaba esos tres nombres. Tengo una vieja fotografía en blanco y negro del casco antiguo de la ciudad, donde aparecen juntos una iglesia católica, un templo protestante y una sinagoga judía. En la Bratislava actual conocí a un musicólogo de cierta edad llamado Jan, Hans o Hansi Albrecht que, en esa misma ciudad, pero antes de 1914, solía emplear tres lenguas antes de la hora del almuerzo. Para describir ese cosmopolitismo cotidiano de Centroeuropa, el escritor germano-bohemio nacido en Praga Johannes Urzidil acuñó la palabra «hinternacional».

A lo largo del siglo XX corto se sucedieron las oleadas disgregadoras: desde la formación de un mosaico de estados más o menos nacionales después de 1918 hasta la transferencia de población autorizada por los acuerdos internacionales posteriores a la Primera Guerra Mundial, la limpieza étnica genocida ordenada por Hitler y Stalin, y las expulsiones y los pogromos de la posguerra inmediata. Tomando un símil del antropólogo Ernest Gellner, una pintura de Oskar Kokoschka, con múltiples tonalidades y pinceladas de color, se transformó en un cuadro de Piet Mondrian, con bloques compactos y bien definidos de un solo color. Y la disgregación no se detuvo ahí. En la década de los cincuenta Bulgaria expulsó a unos ciento cuarenta mil turcos y gitanos. En Polonia, en 1968, una campaña antisemita provocó la marcha de buena parte de la comunidad judía, ya minúscula tras el Holocausto. En 1989 se estimó que el 98 por ciento de la población del país era de etnia polaca.[193]

Algunas minorías muy grandes permanecieron donde estaban, como los millones de húngaros en las vecinas Rumanía y Eslovaquia, y Checoslovaquia y Yugoslavia siguieron siendo estados multiétnicos. Pero se trataba de minorías estables, heredadas, y muchas llevaban siglos allí. No procedían de una inmigración reciente. Un pequeño número de inmigrantes de países como Vietnam y Angola encontraron una base precaria en los estados del bloque soviético. (Cuando en 1980 estudié en Berlín Oriental, un

taxidermista angoleño ocupaba la otra habitación de mi apartamento). Se enfrentaron a un racismo generalizado y se esforzaron por obtener la aceptación del conjunto de la sociedad.

Cuando Europa se aproximaba al momento de la caída de las barreras físicas que la dividían, sus dos mitades habían evolucionado en direcciones distintas. Más de uno de cada diez habitantes de Francia y Bélgica habían nacido en el extranjero; en Checoslovaquia y Rumanía la proporción era de menos de uno de cada cien.[194] Occidente pasaba de Mondrian a Kokoschka, mientras que el Este iba de Kokoschka a Mondrian. Y ese proceso de separación étnica continuaría, de manera brutal, en lo que pronto se conocería como la antigua Yugoslavia.

EL ESPECTADOR BRITÁNICO

Diez hombres de mejillas sonrosadas y trajeados comen alrededor de una mesa bien reluciente en una sala pequeña de la última planta del número 56 de Doughty Street. Ese elegante edificio de principios del XIX, muy cerca del número 48, donde Charles Dickens escribió *Los papeles póstumos del Club Pickwick*, es el hogar del semanario más antiguo de Inglaterra, el *Spectator*.[195] Aunque mi reloj me indica que son las tres y media de la tarde, el almuerzo, servido por una señora robusta y jovial llamada Jennifer Paterson y regado con generosas cantidades de clarete, continúa. Nuestro invitado principal, Kingman Brewster Jr., embajador estadounidense en el Reino Unido, acaba de marcharse y la conversación deriva hacia los chismes, alentados por el vino.

¿Cómo es que hay tantos estadounidenses de la clase dirigente con nombres reversibles?, cavila el escritor del *Spectator* Patrick Marnham.

Kingman Brewster.

Winston Lord.

Clark Clifford.

—Ah, sí, ¿está muerto? —pregunta alguien.

Una pausa. Un sorbo audible de clarete.

Luego el director, Alexander Chancellor, dice con su tono un tanto crepitante de clase alta:

—Creo que no lo está… del todo.

Esto ocurrió en el verano de 1980. Una semana antes yo me encontraba en Berlín Oriental, acuclillado en un pasillo decrépito con un amigo que, nervioso, me hablaba al oído del interrogatorio al que la Stasi lo había sometido. Al cabo de una semana estaría en el patio del antiguo cuartel general de la Wehrmacht en Berlín, en la ceremonia conmemorativa del aniversario del atentado con bomba contra Hitler del 20 de julio de 1944, entre los supervivientes de la oficialidad

prusiana: Von Hammerstein, Von Weizsäcker, Von dem Bussche y otros Von y Zu. Entremedias del peso de las dos dictaduras alemanas, la ligereza de Inglaterra, de esa Inglaterra.

Mi extraño sino —resultado, como otras muchas cosas en la vida, de la pura casualidad— me llevó a escribir sobre Europa durante más de diez años para la publicación más euroescéptica del Reino Unido. Yo era un pez europeísta en aguas desconocidas, al igual que mis dos sucesores en el cargo de director de la sección internacional, Ian Buruma y Anne Applebaum. Ian recuerda que un día, sentado a aquella misma mesa reluciente en un almuerzo, se sobresaltó cuando el entonces director, Charles Moore, le preguntó: «Dime, Ian, ¿qué Biblia lees?».[196] Anne cuenta que en el *Spectator* ella era «un contrapunto útil, una extranjera seria, la persona que siempre intentaba que mis colegas ingleses dejaran de hacer chistes y escribieran sobre países extranjeros complicados como Rusia o China ("Necesitamos algo serio sobre este tema: que lo escriba Anne")».[197]

Qué tentador sería, pues, ver en el *Spectator* de aquella época solo una caricatura de un cierto tipo de anglicidad anacrónica e insular, y trazar una línea recta que fuera de su euroescepticismo thatcherista de los ochenta al Brexit de 2016. La verdad es un poco más compleja y, por tanto, más interesante.

Sin duda, algunos de los diálogos que escuché en los almuerzos alrededor de aquella mesa parecían salidos del capítulo titulado «Podsnaperismo» de *Nuestro amigo común*, de Dickens, en el que se presenta al lector el señor Podsnap, rubicunda personificación del orgullo insular inglés. Si bien su negocio se basaba en el comercio con otros países, el señor Podsnap

> … consideraba que la existencia de otros países, con esa importante salvedad, era un error, y de las maneras y costumbres de aquellos tan solo observaba de manera concluyente «¡No es inglés!», y a continuación, con el abracadabra de su gesticulación de brazo, y un rubor en la cara, quedaban barridos.(2)

Pero Alexander Chancellor, aunque por su forma de hablar recordaba un poco a Bertie Wooster, el personaje de

Wodehouse, había sido corresponsal de Reuters en el continente, hablaba italiano con fluidez y poseía un conocimiento extraordinario del modo de ser de otros europeos. Charles Moore, pese a contar con una experiencia personal menor del continente, tenía una amplia gama de intereses y escribiría una excelente biografía de Margaret Thatcher. Ellos y quienes los sucedieron en la dirección no solo mostraron un gusto ecléctico al permitir que europeístas como Ian, Anne y yo escribiéramos de forma habitual para la revista, sino que también buscaron de manera activa la batalla de ideas sobre Europa. Eso era algo muy difícil de encontrar en la prensa de Europa Occidental de la época, cuando a menudo, sobre todo en los reportajes escritos en Bruselas, se daba por sentado que Europa era una cosa buena.

En una pared de mi casa tengo un conjunto de mapas humorísticos de Europas imaginarias creados e impresos como tarjetas de felicitación de año nuevo por *Střední Evropa* (Centroeuropa), una revista *samizdat* de Praga; me los regaló uno de sus redactores. El de 1988 muestra los distintos países como las habitaciones de lo que Mijaíl Gorbachov, en una visita a Praga el año anterior, había descrito como «nuestra casa común europea». Alemania del Este es la salita de la televisión, Alemania del Oeste se compone de una fila de cuartos de baños («Mal. Mal. Mal»), Italia es la Galería de Maravillas, y Francia, Le Grand Salon. El Reino Unido aparece como el Gran Observatorio.

El Reino Unido era —y sigue siendo— un gran observatorio, no solo por su situación geográfica, a cierta distancia de la costa del continente, sino también gracias a su tradición de investigaciones escépticas y empíricas y de debate sólido. Por eso las espinosas preguntas fundamentales sobre el proyecto europeo se plantearon en revistas como el *Spectator* antes y de forma más clara que en cualquier país del continente. Preguntas difíciles del historiador Noel Malcolm acerca de la democracia y la soberanía, y de un banquero prominente, Martin Jacomb, sobre el probable efecto de tener una unión monetaria sin importantes transferencias fiscales entre los estados miembros. Las regiones más ricas se volverían más ricas, y las más pobres, más pobres, sostenía Jacomb en el *Spectator* en 1989.[198] Esas preocupaciones se

dieron en todo el continente al cabo de veinte años, cuando la crisis de la eurozona afectó muchísimo menos a los europeos del norte que a los del sur y no hubo demasiada solidaridad de los primeros con los segundos.

No obstante, también había líneas que señalaban directamente hacia el Brexit. Cuando preparaba este capítulo, me dirigí a los salones góticos victorianos de la Oxford Union, la asociación de debate estudiantil donde Boris Johnson, Michael Gove, Jacob Rees-Mogg y otros empezaron a practicar las técnicas retóricas que desplegarían con éxito en las discusiones sobre el referéndum del Brexit de 2016. En la sala Gladstone, repleta de madera resplandeciente y sillones de cuero con el asiento hundido, todo decimonónico, revisé los volúmenes encuadernados de los ejemplares del *Spectator* publicados en los años ochenta. Casi de inmediato encontré un artículo de abril de 1980 escrito por el comentarista conservador Ferdinand Mount, quien observaba que, «por primera vez, políticos de todo género analizan en serio como una posibilidad real» la salida de la Comunidad Europea. [199] En octubre de aquel año, J. Enoch Powell (el del discurso sobre la inmigración y los «ríos de sangre») afirma que el Partido Laborista «habla en nombre de Inglaterra» al pedir que el Reino Unido abandone la Comunidad Europea —una postura apoyada por un joven y ambicioso político laborista llamado Tony Blair—, y exhorta a los conservadores a seguir su ejemplo.[200] De lo contrario, apunta Powell, se considerará a los *tories* un partido antinacional y el Reino Unido pasará a ser «una provincia del Estado europeo».

Como cabía esperar, el *Spectator* celebró el discurso que Margaret Thatcher pronunció en 1988 ante el Colegio de Europa, de Brujas. Treinta años después, uno de los acólitos de la primera ministra en aquel entonces, David Willetts, sostendría que el discurso de Brujas «puso al Reino Unido en el camino del Brexit».[201] Tiene parte de razón, pero solo parte. Charles Moore, cuando ahora hablo del tema con él, dice que desde el referéndum de 1975 —en el que dos de cada tres personas que acudieron a votar, incluidos mi padre y Moore, que entonces tenía dieciocho años, optaron por permanecer en la Comunidad Europa— hasta el discurso de Brujas, de 1988, ser euroescéptico en el Partido Conservador

era más o menos como ser homosexual en la década de los cincuenta: solo en privado, entre adultos y con consentimiento mutuo. Tras la filípica de Thatcher, salieron a la luz. El Grupo de Brujas, fundado al cabo de tres meses y llamado así por el discurso de la primera ministra, se convertiría en la vanguardia del euroescepticismo conservador en la década siguiente.

El discurso de Brujas manifestaba el creciente enfado de la señora Thatcher por la forma en que Jacques Delors, el enérgico presidente francés de la Comisión Europea, avanzaba en una dirección tanto federalista como socialista, esta última ejemplificada por su presencia en el Congreso de Sindicatos. El modo en que el secretario de prensa de Thatcher, Bernard Ingham, informó del discurso a los periodistas británicos alentó claramente titulares como el resumen de tres palabras y dos dedos alzados del *Sun*: «Up Yours Delors» (Que te den, Delors).[202] Ingham fue el primero de una larga fila de secretarios de prensa de primeros ministros conservadores —desde Thatcher a David Cameron— que describieron a los periodistas británicos cada cumbre europea como si se tratara de una repetición de la batalla de Waterloo.

Con todo, el verdadero punto de inflexión se produjo más de un año después, con la unificación alemana y el firme compromiso franco-alemán con la unión monetaria, hechos que estuvieron conectados por casualidad y de los que Thatcher abominó. El proyecto de la unión monetaria estuvo en el centro del Tratado de Maastricht, de 1992, por el que se creó la Unión Europea. La guerra civil parlamentaria que la ratificación de dicho tratado desató en el seno del Partido Conservador fue lo que en verdad impulsó el euroescepticismo conservador hacia la senda que desembocaría en el Brexit.

Volviendo a 1988, en aquel momento aún era posible interpretar el discurso de Brujas como una visión alternativa de la Comunidad Europea. Sí, Thatcher despotricó contra un «superestado europeo que ejerza un nuevo dominio desde Bruselas» (que te den, Delors), pero también dijo que «el Reino Unido no sueña con una existencia cómoda y aislada al margen de la Comunidad Europea. Nuestro destino está en Europa, como parte de la Comunidad».[203]

Su visión era gaullista en el interior y atlantista en el exterior. Quería lo que Charles de Gaulle había denominado «la Europa de los estados», intergubernamental más que federalista. Recalcó que quienes estaban atrapados al otro lado del Telón de Acero, en «grandes ciudades europeas» como Varsovia, Praga y Budapest, también eran europeos. Poco después viajó a Varsovia y Gdansk, donde se reunió con Lech Wałęsa y otros dirigentes de Solidaridad. (Fui testigo de su visita y recuerdo lo electrizantemente popular que era; en una pancarta casera se leía: «¡Señora Thatcher, compre Polonia!»). Tras su apoyo a la oposición democrática en Centroeuropa, en los años noventa el Reino Unido respaldaría con firmeza la ampliación de la Unión Europea hacia el Este.

«En muchas cuestiones importantes —añadió en Brujas—, los países de Europa deberían tratar de hablar con una sola voz». Deberían trabajar más unidos en el comercio, en la defensa y en las relaciones con el resto del mundo. Aunque esas frases hubieran sido redactadas originalmente por alguien del Foreign Office, la señora Thatcher nunca decía nada que no pensara. Su defensa de la consecución de un mercado único antes de 1992 fue sonora y suya.

Stephen Wall, consejero de Tony Blair en asuntos europeos, recuerda que en los primeros años de la década de 2000, este le pidió una copia del discurso de Brujas. «Cuando lo hubo leído, verbalizó el pensamiento que me había venido a la mente al releerlo: que era un discurso bueno y nada extremo».[204] Volviendo la vista atrás desde 2020, Wall reflexiona: «Hoy representa una visión de la Unión Europea que probablemente compartirían todos sus estados miembros». Es una afirmación exagerada, pero sin duda a principios de la década de 2020 un gran número de europeos, entre ellos muchos franceses y alemanes, se sentirían más a gusto con la visión de Europa expresada por Thatcher en Brujas que con la perspectiva federalista perfilada por Delors en su propio discurso de Brujas de 1989.

Tal vez le ocurra lo mismo a otra dama de hierro: Angela Merkel. En la conferencia que pronunció en Brujas para el Colegio de Europa en 2010, su tono fue mucho más lenitivo y proeuropeo que el de Thatcher, pero la idea central de su argumentación era la de promover el componente

intergubernamental de la Unión, representado por el Consejo Europeo de los dirigentes nacionales, para que fuera al menos equiparable al «método comunitario» encarnado por la Comisión Europea y el Parlamento.[205] La combinación de ambos, afirmó, debía definirse como el «método de la Unión». Centrista en este aspecto como en todo lo demás, Merkel presentó una idea de Europa a medio camino entre la de Thatcher y la de Delors.

El discurso de Brujas de Thatcher no fue la expresión de una perspectiva alternativa por parte de un mero espectador en la escena europea. Después de que en 1984, en la Cumbre de Fontainebleau, la primera ministra británica por fin consiguiera el reembolso de las aportaciones de su país al presupuesto comunitario —«Quiero que me devuelvan el dinero», había dicho—, el Reino Unido fue durante varios años uno de los principales impulsores de la integración europea. Cuando visité Bruselas en 1986, David Hannay, el representante permanente del Reino Unido (es decir, el embajador) ante la Comunidad, me dijo que Fontainebleau había sido «el fin del principio» y que nuestro país estaba volviéndose paulatinamente más europeo. Un funcionario francés me susurró, con algo más que una pizca de pesar, que Europa estaba volviéndose más británica. En el centro de ese impulso integracionista se hallaba el proyecto de crear un mercado único antes de 1992 y derribar todas las barreras proteccionistas entre los estados a fin de que se compitiera en igualdad de condiciones. El comisario europeo británico lord Cockfield se ocupó de tal empresa con tenaz determinación, trabajando codo a codo con Delors. Se necesitó (y Thatcher lo aceptó) la ampliación de las votaciones por mayoría dentro de la Comunidad para que se pudiera vencer la oposición de los gobiernos proteccionistas contumaces. El mercado único resultante continúa siendo el núcleo de la Unión Europea.

Como una buena cómica, la historia se toma su tiempo para hacer sus mejores chistes. Uno de ellos, cargado de ironía, es que, tres décadas más tarde, el mayor obstáculo para que el Reino Unido cerrara un acuerdo comercial con la Unión Europea después del Brexit fue la igualdad de condiciones para el acceso al mercado único. El Reino Unido cayó en su propia trampa. No obstante, lo cierto es que realizó una

aportación significativa al impulso más trascendental de la historia europea reciente.

EL IMPULSO

Si alguna vez las estrellas fueron favorables a la libertad en Europa, fue en la segunda mitad de la década de los ochenta. Un elenco de personas extraordinarias, un conjunto de procesos históricos y una pizca de casualidades felices se unieron para producir una transformación pacífica en nuestro continente. La combinación fue tan excepcional que podría calificarse de milagrosa. No obstante, los europeos enseguida cometieron el error de considerar que se trataba de una evolución natural. No sería la primera ni la última vez en que la manera en que la historia había discurrido se veía como la manera en que la historia debía discurrir.

Si tuviéramos que designar una fecha de inicio de ese impulso, sería el lunes 11 de marzo de 1985. La noche anterior, el líder soviético Konstantín Chernenko, que ya parecía medio muerto cuando lo vi en el Kremlin en 1984, se había muerto «del todo», por recordar las palabras de Alexander Chancellor. El Politburó se reunió en el Salón Nogal del antiguo Senado zarista y eligió a su nuevo dirigente, Mijaíl Gorbachov, de cincuenta y cuatro años. Si hubieran escogido a otro de sus miembros, como Grigori Romanov, de sesenta y dos, quien sin duda quería el cargo y, además, tenía un buen apellido para ser un zar, la historia del mundo habría sido distinta. El papel decisivo de las figuras individuales en la historia quedó demostrado por un sistema cuya ideología insistía en que eran las grandes fuerzas impersonales las que hacían la historia.

Y qué persona era Gorbachov. Solo había que preguntarle a Margaret Thatcher. Unos meses antes, en diciembre de 1984, lo había recibido en Chequers, la residencia de campo de la primera ministra, para almorzar juntos. Gorbachov entró por la puerta principal «casi sin pisar el suelo»,[206] según explicó un testigo, irradiando energía y determinación.

Durante el almuerzo él y la señora Thatcher discutieron —de forma acalorada, franca, nada diplomática— sobre las bondades del comunismo y de la democracia occidental. Después de comer empezaron a debatir sobre el control armamentístico. El intérprete británico reparó en la «palpable química humana que existía entre ambos» y concluyó que había presenciado algo similar a un coqueteo.[207] Uno de los consejeros más allegados de Thatcher pronunció una frase que se haría famosa: en Gorbachov teníamos un hombre con quien podíamos «hacer negocios».

Al cabo de doce años, cuando presidí la presentación de las memorias de Gorbachov ante más de dos mil cuatrocientas personas en el Westminster Central Hall, su calidez, energía y franqueza seguían siendo evidentes, aunque realzadas entonces por el aura de figura histórica mundial. Entretanto, las palabras «glásnost» y «perestroika» se habían incorporado al vocabulario político de muchas lenguas.

Le pregunté cuáles creía que eran sus tres mayores logros.

—La libertad, la apertura entre las naciones y el fin de la carrera armamentística.

Una salva tras otra de aplausos entusiastas envolvieron a ese superhéroe de Occidente (aunque ya no un héroe para su propio pueblo).

Más tarde, durante la cena, su esposa, Raisa, al parecer tuvo la impresión de que nos tomábamos demasiadas confianzas con el gran hombre. Nos indicó, con su actitud un poco de maestra de escuela, que ningún dirigente soviético anterior se habría sentado a hablar con nosotros con semejante familiaridad.

—No, Lenin no lo habría hecho —dijo.

—Stalin tampoco.

Se oyeron risitas nerviosas en torno a la mesa.

—Ni Jrushchov. Ni Andrópov. Ni Chernenko.

—Bueno, Andrópov quizá sí —replicó Gorbachov, distinguiendo así a quien había sido su mentor.

La biografía de Gorbachov está llena de consecuencias imprevistas: el patriota soviético cuyas políticas acabaron por destruir a la Unión Soviética; el reformista que desencadenó la revolución; el comunista que abrió la puerta a la democracia. No cabe duda de que, sin él, la libertad no habría

llegado tan deprisa y de manera tan pacífica a media Europa, ni la Guerra Fría habría tenido un final tan rápido y definitivo.

Otros cuatro países o grupos de países, cada uno con su propia figura individual excepcional y su proceso histórico distintivo, se unieron a las reformas de Gorbachov y la posterior disolución de la Unión Soviética para crear ese importante cambio: Estados Unidos, Europa Occidental, Europa del Este y Alemania. Una forma de entender lo que ocurrió consiste en observar sus interacciones con el hombre crucial.

La otra superpotencia llegó antes. Por suerte, Gorbachov subió al poder cuando Estados Unidos se hallaba en una curva ascendente. Diez años atrás, como consecuencia de la guerra de Vietnam y el Watergate, la reputación y la influencia internacionales del país habían tocado fondo. Muchos seguían viendo la Unión Soviética como un serio competidor económico y tecnológico de Estados Unidos. Ahora, tras superar una fuerte recesión, la economía estadounidense crecía. Su sector tecnológico, turbopropulsado por la financiación federal de la investigación sobre defensa en la Guerra Fría, iba camino de crear internet. El presidente Ronald Reagan persuadió a muchos compatriotas de que, como rezaba su anuncio de la campaña de las elecciones presidenciales de 1984, amanecía de nuevo en Estados Unidos.[208] El viejo actor cinematográfico sabía bien que el poder blando de un relato podía llegar a ser tan importante como el poderío económico y militar. Hollywood complementaba al Pentágono y Wall Street para forjar un poder tridimensional.

Reagan fue objeto de mofa por parte de muchos europeos occidentales, que lo tachaban de «vaquero» y «actor de películas de serie B». (Es posible que yo mismo me burlara un poco de él). Sin embargo, el papel que desempeñó en el final de la Guerra Fría fue casi tan importante como el de Gorbachov. A diferencia de muchos expertos de Washington, estaba convencido de que su país podía ganar la Guerra Fría con la Unión Soviética acelerando la carrera armamentista y presentando un desafío político, tecnológico e ideológico a lo que en 1983 denominó el «imperio del mal».[209] Así pues,

aumentó el gasto militar, sobre todo en la Iniciativa de Defensa Estratégica, conocida coloquialmente como la Guerra de las Galaxias.

Desde principios de la década de 1960 el mundo nunca había estado tan cerca de una guerra nuclear como lo estuvo durante el primer mandato de Reagan, pero la buena suerte histórica quiso que la apuesta del presidente estadounidense diera resultado. Cuando Gorbachov se propuso transformar la Unión Soviética mediante una «revolución desde arriba», [210] no tardó en comprender que no podría modernizar su país y al mismo tiempo ir al paso de Estados Unidos en la carrera armamentista. Más que la confrontación con Occidente, necesitaba su cooperación. El desastre de la central nuclear de Chernóbil en 1986 le hizo darse cuenta del estado ruinoso del sistema soviético y del terrible coste humano que tendría un enfrentamiento nuclear.

Cuando el dinámico dirigente soviético, de cincuenta y cuatro años, se reunió por primera vez con el presidente estadounidense, de setenta y cuatro —nació en 1911, el mismo año que Chernenko—, este le pareció un «dinosaurio» político.[211] Sin embargo, a diferencia de la mayoría de la gente de setenta y pico años, ese dinosaurio podía aprender y adaptarse. En el transcurso de varios años de sucesivas cumbres y conversaciones, Reagan, secundado por colegas competentes como George Shultz, dio un espectacular giro de 180 grados: de la carrera armamentista y la confrontación con el «imperio del mal» en su primer mandato pasó al desarme nuclear y la búsqueda del final de la Guerra Fría en el segundo. Cuando en 1988 se celebró la Cumbre de Moscú, los dos líderes se llamaban por su nombre de pila: Mijaíl y Ronnie. Huelga decir que fue este último quien propuso el tratamiento informal propio del estilo estadounidense. Cuando un periodista le preguntó en Moscú si todavía consideraba a la Unión Soviética un imperio del mal, Reagan contestó: «No, aquellos eran otros tiempos, otra época».

Informé para el *Spectator* sobre la primera reunión en Ginebra de los líderes de las superpotencias en 1985 y sobre la Cumbre de Washington de 1987, donde firmaron su primer acuerdo importante acerca del control armamentístico: el Tratado de Fuerzas Nucleares de Alcance Intermedio (INF por

sus siglas inglesas). La espectacularidad de esos encuentros es difícil de recuperar, e improbable que se repita. Tal vez en la década de 2020 alguna cumbre de los presidentes estadounidense y chino llegue a parecerse, pero, aunque las dos superpotencias del siglo XXI, China y Estados Unidos, estén enzarzadas en algo similar a una nueva guerra fría, tendrán a otros gigantes a su alrededor: la Unión Europea, la India, Rusia. Ese será un mundo multipolar o no polar, mientras que el de los años ochenta seguía siendo bipolar: Occidente liderado por Estados Unidos y el Este liderado por la Unión Soviética. Aquellas cumbres soviético-estadounidenses se vivían como míticos encuentros épicos entre, por ejemplo, Zeus y Cronos, que se enfrentaban en las alturas mientras los mortales temblábamos abajo.

En mis cuadernos, las nimiedades que siempre acompañan a esos acontecimientos, mientras los periodistas se esfuerzan por llenar las horas en que no están en antena, se mezclan con lo verdaderamente histórico. «Creo que el presidente llevaba su ropa interior habitual», nos informó, según veo, el portavoz de Reagan en respuesta a la pregunta de un reportero —en noviembre de 1985 hacía frío en Ginebra—, tras lo cual anoté cada minúsculo detalle de la conversación que los dos grandes hombres mantuvieron ante una lumbre llameante en la casita de la piscina del Château Fleur d'Eau. Unas páginas más adelante tengo a Gorbachov diciendo que «en este punto de inflexión de la historia necesitamos la verdad tanto como el aire que respiramos», una frase que recuerda más a Alexander Solzhenitsyn que a Leonid Brézhnev, por no hablar de Iósif Stalin. Entre las anotaciones garabateadas a toda prisa sobre la última rueda de prensa del dirigente soviético en la Cumbre de Washington, de diciembre de 1987, encuentro cinco palabras subrayadas con una línea gruesa: «Fin de la Guerra Fría». En la transcripción oficial no consta que Gorbachov empleara esos términos, pero no fui el único que percibió esa posibilidad.

Con la habitual arrogancia de las grandes potencias, en ocasiones los estadounidenses se atribuyen casi por completo el final de la Guerra Fría. Escuchando a algunos se diría que Ronald Reagan lo consiguió él solito con su discurso de 1987 ante la Puerta de Brandemburgo, donde animó a Gorbachov a

«derribar este Muro». Sin duda la mejora de las relaciones con Estados Unidos en las cumbres de Génova, Reikiavik, Washington y Moscú fue indispensable y solo resultó posible gracias al notable giro personal de Reagan al pasar de la confrontación a la distensión. La última cumbre de la presidencia de Reagan, celebrada en Nueva York en diciembre de 1988, fue un asunto a tres bandas entre Gorbachov, Reagan y su vicepresidente, el entonces presidente electo George H. W. Bush. La transición entre esos dos estadounidenses tan distintos fue providencial. El estilo de Bush, más discreto y profesional, gustó a Gorbachov y demostraría ser una gran ventaja cuando hubo que negociar la unificación alemana en 1989-1990. «¡No bailéis sobre el Muro!», aconsejaba Bush a su equipo tras la caída del Muro de Berlín,[212] mientras que Reagan habría sido incapaz de resistir la tentación del triunfalismo.

Con todo, el propio Gorbachov sostuvo que ese gran deshielo también se debió a «Europa», con lo que se refería a Europa Occidental. «Como le dije a la señora Thatcher», explicó en su última rueda de prensa de la Cumbre de Washington, el papel del Reino Unido, de la República Federal de Alemania y de otros países europeos había sido y sería esencial. «Incluso cabría decir que eso fue lo que animó a la Unión Soviética a actuar de manera más constructiva». Anatoli Cherniáiev, uno de sus principales asesores, nos lo presenta reflexionando tras otra estimulante conversación con Thatcher: «Creo que no hemos estudiado a Europa lo suficiente y que no la conocemos bien. Tenemos que ponernos al corriente e instruir a nuestro pueblo…». Y:

> Esto, camaradas, resulta muy complicado. Es evidente que sin Europa no puede tomarse ninguna decisión sobre nada […]. La necesitamos incluso para nuestros asuntos internos, para la perestroika. Y en política exterior Europa es irreemplazable. Cuentan con la burguesía más fuerte, no solo desde el punto de vista económico, sino también político. Parecía que Japón había superado a todos los demás países del mundo, y de repente la RFA [República Federal de Alemania] dio un gran salto en ciencia y tecnología.[213]

La Comunidad Europea «es un gigante que se levanta en nuestro vecindario», observó.[214]

Europa Occidental contribuyó al impulso de diferentes maneras. Las conversaciones de Gorbachov con algunos de sus dirigentes, como Willy Brandt, artífice de la Ostpolitik de la República Federal de Alemania, y el presidente francés François Mitterrand, ayudaron a convencerlo de que había una alternativa aceptable a la carrera armamentista. En efecto, hubo una especie de división del trabajo no planeada entre Estados Unidos y Europa Occidental: poli duro, poli blando. La primera visita al extranjero de Gorbachov como dirigente soviético fue a Francia, donde dijo por primera vez: «Europa es nuestra casa común».[215] El dinamismo de la Comunidad Europea, con su gran proyecto de crear un mercado único antes de 1992, lo persuadió de que no sería posible modernizar la Unión Soviética sin la estrecha colaboración de los estados europeos occidentales y su «fuerte burguesía». Por consiguiente, su metáfora, espontánea al principio, de la «casa común europea» se convirtió en una fórmula ideológica consolidada para describir una Europa Occidental dinámica y capitalista, y una Europa Oriental socialista y reformada que vivían felices juntas, cada una en una mitad de una moderna casa pareada. Europa Occidental también tuvo un gran impacto directo en las sociedades de Europa del Este al preparar el terreno mental para las revoluciones de terciopelo de 1989. En aparente desafío a la lógica histórica, podríamos incluso decir que «1992» fue una de las causas de 1989.

Llegado a este punto, debo rendir homenaje a otra figura excepcional: la de Jacques Delors, presidente de la Comisión Europea entre 1985 y 1995, y artífice de «1992». Cuando en 1984 se preparaba para la presidencia de la Comisión, buscó una «gran idea» que permitiera relanzar el proyecto europeo,[216] y el neerlandés Max Kohnstamm, que había sido el principal colaborador de Jean Monnet, le aconsejó que se concentrara en el mercado único. Tras realizar una gira por las diez capitales de la Comunidad, Delors descubrió que el mercado único era la única gran idea que podría contar con el apoyo de todas ellas, incluso del número 10 de Downing Street. A partir de entonces el insólito tándem formado por el socialista francés Delors y el comisario europeo británico, el conservador lord Cockfield, con la autorización de la Dama de

Hierro, llevó a buen puerto el proyecto.

Sin embargo, Delors y Thatcher tenían en mente objetivos distintos. Para ella, el mercado único era un fin en sí mismo; para él, un medio que permitiría alcanzar un objetivo mayor: una Unión Europea federal. Antes del último año del milenio, dijo Delors a los telespectadores franceses en 1990, Europa debería tener una «verdadera federación».[217] El siguiente paso en el camino ya imaginado por Monnet cuarenta años antes sería la unión monetaria. Con el apoyo de Helmut Kohl, Delors presidió un comité de gobernadores de bancos centrales que preparó un proyecto sobre la unión monetaria, proyecto que en principio fue aprobado por los dirigentes comunitarios a mediados de 1989.

Delors prestó asimismo atención al poder blando. Animó a tocar el pasaje «Alegría, hermosa chispa de los dioses» de la *Novena sinfonía* de Beethoven, cuya música (aunque no la letra) se convirtió en 1985 en el himno oficial europeo. Decidió prácticamente en solitario que la Comunidad Europea adoptara la bandera del Consejo de Europa —las doce estrellas amarillas sobre fondo azul—. En la actualidad esa bandera europea, que suele ondear al lado de la nacional de los estados miembros, es el símbolo más extendido y emotivo del proyecto europeo. Sentí una punzada cuando, tras el Brexit, se arriaron las enseñas europeas de los edificios oficiales británicos y nos encontramos con el espectáculo de Boris Johnson fanfarroneando, en una parodia de Churchill, entre solo dos Union Jacks. Se perdió algo más sustancial, tan importante como la libertad de circulación o la pertenencia al mercado único: la aspiración de ser a la vez nuestro yo nacional y algo más que solo nuestro yo nacional.

Todo ese dinamismo que caracterizó la década de la presidencia de Delors produjo lo que el historiador Andreas Rödder denomina una «transición de Europa I a Europa II».[218] No hubo ningún anuncio televisivo de imágenes difuminadas al estilo Reagan que proclamara «amanece de nuevo en Europa», pero esa era en gran medida la sensación a finales de la década de 1980. Europa Occidental, al igual que Estados Unidos, irradiaba optimismo histórico. Aunque el

propio Delors mostraba relativamente poco interés por el Este, aquel resplandor tuvo un enorme impacto en los países situados al otro lado del Telón de Acero a los que la gente empezaba a referirse, de nuevo, como Centroeuropa. Un síntoma sutil pero revelador de esa metamorfosis fue el cambio de lo que los húngaros, polacos y checoslovacos entendían por «normalidad».

En 1984 uno de mis amigos de Praga me dijo: «Si alguien se pone en pie para expresar su opinión en público, sus colegas dirán: “No es una persona normal”». El intento soviético de «normalización» —de que una sociedad europea volviera a adoptar la normalidad soviética— podía anotarse aún esos pequeños éxitos. Sin embargo, a finales de los ochenta, cuando gente de toda Centroeuropa me decía «solo queremos ser un país normal», se refería a un lugar como Francia, el Reino Unido o Alemania Occidental. La fuerte industrialización había producido un avance económico sustancial en Europa del Este hasta la década de los setenta, pero la región no logró seguir el paso cuando las economías occidentales se pasaron a los servicios y la tecnología. Varios regímenes europeos del Este, entre ellos Polonia, Hungría y la República Democrática Alemana, se endeudaron mucho más con Occidente, en divisas fuertes, difíciles de conseguir. Un taxista polaco me dijo en 1985 que el comunismo es «un sistema para los ángeles»; para los seres humanos era mejor el capitalismo democrático. Según un chiste que corría por Budapest, «el socialismo es el camino más largo y doloroso para ir del capitalismo al capitalismo». En uno de mis cuadernos yo concluía que Occidente había ganado «la batalla de las normas». Lo que Konrad Adenauer, el canciller fundador de la República Federal de Alemania, había llamado «Magnet Europa» (el imán de Europa) ejercía una intensa atracción.

El papel de Gorbachov en esa Europa Oriental en proceso de cambio fue fundamental, pero también complejo. Su perestroika y su glásnost sirvieron de inspiración a muchos. En Praga, Varsovia, Berlín…, allá adonde fuera, la gente coreaba «¡Gorbi!». Sin embargo, mientras que él todavía abrigaba la creencia esencial de la Primavera de Praga de 1968, la de que era posible crear «un socialismo con rostro

humano» reformando desde arriba el comunismo existente, en Europa del Este pocos compartían ya esa esperanza. Gorbachov dio un ejemplo poderoso de reforma en su país, pero no promovió de manera enérgica la presencia de reformistas en la cúpula de los partidos comunistas de Europa Oriental. Su biógrafo William Taubman observa que prestó relativamente poca atención a los satélites europeos de la Unión Soviética.[219] Eran un problema, un elemento que lo desviaba de su proyecto de modernización de la Unión Soviética. Los viejos camaradas rígidos, aburridos y arrogantes como Erich Honecker en Berlín Oriental, Gustav Husák en Praga y, el peor de todos, Nicolae Ceauşescu en la neototalitaria Rumanía eran insufribles. Resultaba mucho más interesante charlar con Willy Brandt y el socialista Felipe González —dos de los dirigentes extranjeros con los que mejor se llevaba—, discutir de forma acalorada con Margaret Thatcher y confraternizar con Ronnie.

Uno de sus asesores más importantes, Andréi Grachov, afirma que Gorbachov habló del principio general de la «libertad de elección» sin meditar adónde conduciría en Europa del Este.[220] Como auténtico patriota soviético, no acabó de entender que, para la mayoría de los lituanos, estonios y letones, la Unión Soviética no era un solo país, una patria que despertara un sentimiento patriótico. Para ellos era el opresor imperio interior de Rusia. Cuando el movimiento hacia la libertad se aceleró en el imperio exterior, es decir, en Europa del Este, Gorbachov ya estaba preocupado por el descontento entre las nacionalidades no rusas de la Unión Soviética. A la larga, la grandeza de Gorbachov estribó en permitir que sucediera lo que no había previsto ni deseado al principio. Fue, en las palabras memorables del poeta y ensayista Hans Magnus Enzensberger, «un héroe de la retirada».[221]

Entretanto, Gorbachov encendió para Europa del Este una luz ámbar que con el tiempo podía o no pasar a verde. En aquel momento, figuras claves del movimiento de Solidaridad polaco volvieron a escena de forma decisiva. En lo que sería el equivalente político de una técnica de derribo en el yudo, aprovecharon el impulso de la propuesta del general Wojciech Jaruzelski de crear una «mesa redonda» para hablar con todas

las fuerzas de la sociedad polaca y la transformaron en una negociación entre el régimen de Jaruzelski y Solidaridad sobre las condiciones de una transición política. Uno de los cerebros de esa técnica de derribo fue Bronisław Geremek.

El 4 de junio de 1989 —el mismo día de la masacre de Tiananmén en Pekín—, Solidaridad arrasó en las primeras elecciones semilibres celebradas en Polonia desde hacía más de cuarenta años y arrebató al régimen los últimos vestigios de legitimidad. En un centro electoral de Varsovia compartí la callada satisfacción de Andrzej Rosner, mi editor en la clandestinidad, y su esposa, Ania, mientras tachaban un nombre tras otro de la larga lista de candidatos oficiales del régimen. Menos de tres meses después, Tadeusz Mazowiecki, un intelectual católico liberal y, al igual que Geremek, asesor de Solidaridad desde la huelga de los astilleros Lenin de agosto de 1980, se convirtió en primer ministro, el primero no comunista del bloque soviético. De nada sirve discutir si cabe atribuir el mérito de esa revolución negociada a Gorbachov o a la oposición democrática polaca. Ambos fueron necesarios. Si el dirigente soviético no hubiera abierto la puerta, nada de aquello habría ocurrido, pero aun así fue preciso que alguien cruzara el umbral y caminara rumbo al oeste, hacia un país «normal».

En Hungría, el gran acontecimiento simbólico tuvo lugar el 16 de junio de 1989 y fue la ceremonia de reentierro de Imre Nagy, el líder comunista reformista de la Revolución húngara de 1956. Mi cuaderno recoge la extraordinaria escena de la magnificencia envuelta en negro de la plaza de los Héroes de Budapest y el electrizante discurso de un joven entonces desconocido llamado Viktor Orbán, quien, saltándose el acuerdo informal de no provocar al que habían llegado los oradores de la oposición, pidió la retirada de las tropas rusas. En Hungría, al igual que en Polonia, se produjo más tarde una especie de transición negociada que bauticé como «refolución» para aludir a la mezcla de reforma y revolución. Sin embargo, para Europa en su conjunto, el paso más significativo de los dirigentes húngaros, en teoría aún comunistas, fue el de empezar a abrir el Telón de Acero a Austria, su gemelo constitucional en el Imperio austrohúngaro hasta el final de la Primera Guerra Mundial. Los ministros de

Asuntos Exteriores de ambos países se fotografiaron cortando de manera simbólica un tramo de la alambrada de espino con unas cizallas enormes. La imagen quedó bonita en la portada de los periódicos occidentales, pero los guardias de frontera húngaros continuaban teniendo órdenes de impedir que los alemanes orientales la cruzaran.

Así pues, fue necesario que otra estrella se mostrara favorable. Después de la Unión Soviética, Estados Unidos, Polonia, Hungría, Francia, Reino Unido y la Comunidad Europea, esa estrella fue Alemania, el centro dividido del continente dividido. En Alemania Occidental, el Gobierno de Helmut Kohl había empezado con mal pie con el dirigente soviético, sobre todo porque, en una entrevista imprudente, el canciller lo había comparado con Joseph Goebbels, el jefe de propaganda de Hitler. No obstante, cuando visitó Moscú en el otoño de 1988, los dos mandatarios, que tenían la misma edad, entablaron una buena relación, en gran medida gracias a una amplia delegación de ilustres empresarios alemanes y a un préstamo de 3.000 millones de marcos.

Todo fue bien entre ambos cuando Gorbachov devolvió la visita viajando a Alemania Occidental en junio de 1989. Tras las decisivas elecciones polacas y antes del funeral oficiado en Hungría, regresé a toda prisa a Bonn, la capital de la República Federal, para asistir a lo que se describió con gran acierto como el «gorbasmo». El derroche de emoción pública en la plaza del Ayuntamiento de Bonn fue equiparable a lo que yo había presenciado en Varsovia o Budapest. Allá adonde fuera, el dirigente soviético era recibido como una estrella de rock, un héroe victorioso o un santo: «¡Gorbi! ¡Gorbi! ¡Gorbi!». Mi cuaderno me recuerda que en un sondeo de opinión, a la pregunta de qué líderes inspiraban «más confianza», el 90 por ciento de los encuestados en Alemania Occidental respondió que Gorbachov, frente al 58 por ciento que eligió al presidente Bush y solo un 50 por ciento que optó por el canciller Kohl.

Igual de extraordinario fue lo que sucedió entre bambalinas. Dos años después Kohl me habló de la conversación que había mantenido con Gorbachov ya entrada la noche. Tras una cena íntima en lo que se conocía como el «bungalow del canciller» (sí, la residencia oficial del primer

ministro de la República Federal era un bungalow), los dos pasearon por el jardín y se sentaron en un muro desde el que se veía el Rin. Mientras cavilaban juntos, Kohl le dijo a Gorbachov que seguramente la historia discurriría, igual que el río que tenían a sus pies, hacia la unidad alemana. Cuando se despidieron de madrugada, se abrazaron por primera vez. Aquel, me comentó Kohl, fue el «momento decisivo», y en sus memorias refiere por extenso la anécdota.[222] Cabría suponer que esas intensas reflexiones filosóficas sobre la historia gustarían a Gorbachov, pero el dirigente soviético no menciona esa conversación «decisiva» en sus memorias;[223] en cambio, destaca el recibimiento entusiasta de la multitud en la plaza del Ayuntamiento de Bonn y, sobre todo, la acogida de los trabajadores de la acería Hoesch en Dortmund.

Sin duda la relación de confianza que se estableció entre los dos dirigentes fue importante, al igual que la lluvia de cariño público. Pero más relevante aún fue el compromiso, contenido en un documento conjunto conocido como «Declaración de Bonn», de una asociación de gran alcance entre ambos países. Para Gorbachov, eso significaba la promesa de recibir la ayuda económica, tecnológica y política de Alemania Occidental en su criticado proyecto de modernizar la Unión Soviética. En efecto, Moscú daba prioridad a sus relaciones con la República Federal de Alemania frente a las que mantenía con su satélite, Alemania del Este.

Al recordar aquel periodo, Cherniáiev, asesor de Gorbachov, afirma que la visita a Bonn fue «de hecho el inicio del proceso de unificación alemana».[224] Y, efectivamente, así se lo parecería a la posteridad. Un mes antes había visitado Alemania Occidental el presidente George H. W. Bush, quien declaró que ambos países debían formar una «asociación en el liderazgo» y que él deseaba una «Europa entera y libre». Fue Harvey Sicherman, un funcionario del Departamento de Estado olvidado hace mucho, quien escribió en el discurso de apertura de Bush en Maguncia esa frase resonante,[225] que para mí continúa siendo el resumen más simple y elocuente de aquello que mi generación se esforzó por conseguir en nuestro continente. Así pues, en aquel entonces las relaciones entre los tres estadistas claves —

Gorbachov, Bush y Kohl— eran excelentes, y a finales de junio de 1989 todas las piezas importantes parecían estar en su sitio para explicar lo que ocurrió. ¿Seguro que debemos suponer que a esas alturas la unificación alemana era inevitable?

En la vida solo la muerte es inevitable. En aquella época desconocíamos que la historia tomaría ese derrotero, y es probable que en nuestra nube de ignorancia hiciéramos una mejor evaluación que la omnisapiente posteridad. A principios de julio de 1989, en mi estimulante gira por las capitales europeas, viajé a Berlín Oriental, donde mantuve conversaciones absurdas con miembros del aparato del Partido Comunista y expertos de laboratorios oficiales de ideas. Uno de ellos se negaba incluso a hablar de «alemanes» y utilizaba las expresiones «pueblo de la RFA» y «pueblo de la RDA», aunque tuvo la audacia de añadir que, cuando una persona de la RDA se encontraba con otra de la RFA, «de algún modo se llevan bien». No obstante, ni siquiera el grupito de disidentes con quienes me reuní en el patio trasero del apartamento de Gerd y Ulrike Poppe barruntaba lo que ocurriría. Era estupendo enterarse de todas las cosas buenas que pasaban en Polonia y Hungría, me dijeron, pero creían que jamás sucederían en su país.

JOACHIM

El jueves 6 de julio de 1989, estaba sentado en la veranda de la vieja casa del párroco de Pankow, bajo el brillante sol estival, hablando con Joachim, de veintiún años, hijo de Werner y Annegret Krätschell, mis queridísimos amigos alemanes del Este. El pequeñín que yo recordaba se había convertido en un joven alto, fuerte y airado, y en ese momento se desahogaba conmigo.[226] Sus compañeros del seminario y él habían organizado una manifestación para protestar contra el fraude en las elecciones municipales celebradas hacía un mes. La policía los había detenido y arrastrado por el suelo tirándoles del pelo mientras —y eso era lo que más encolerizaba a Joachim— los vecinos de la calle apoyaban de forma audible la operación desde los balcones. Los muchachos pasaron luego una noche en una celda de la Stasi y un desagradable interrogatorio. Alemania de Este no cambiaría, se quejaba el joven Joachim echando chispas. Al final no quedaría nadie a ese lado del Muro, solo los «imbéciles filisteos y unos cuantos idealistas». Estaba harto. Quería vivir. Quizá hubiera una forma de respirar en libertad.

Al cabo de más de treinta años, Joachim, ahora pastor en Berlín Occidental, me cuenta qué ocurrió luego. Unas semanas después de nuestra conversación en la veranda, él y su novia, Sirka, se fueron de vacaciones a Hungría, como tenían planeado desde hacía tiempo. Una vez allí decidieron tratar de pasar a Austria a través del Telón de Acero entreabierto. Unos amigos de Alemania Occidental —dignos de elogio— habían inspeccionado una vía de escape cerca de la preciosa ciudad húngara de Sopron.[227] Esperarían a la pareja de fugitivos al otro lado de la frontera, junto a la iglesia del pueblo austriaco de Deutschkreutz. Así pues, una calurosa noche de agosto, a la luz de la luna llena, Joachim y

Sirka se pusieron en marcha. Dejaron atrás con sigilo la torre de vigilancia, avanzaron por unas vías de tren, se deslizaron por debajo de la alambrada de espino y, por fin, la libertad quedó a la vista al otro lado de un prado iluminado por la luna. En aquel momento sonaron las sirenas de alarma, los perros guardianes ladraron con ferocidad y se oyó el rugido de un todoterreno de la policía fronteriza. «¡Arriba las manos! ¡Al suelo!». Soltaron a la joven pareja a primera hora de la mañana siguiente en un bosque. Temiendo que los arrestaran si regresaban a Alemania del Este, Joachim y Sirka decidieron volver a intentarlo esa misma noche por una ruta alternativa explorada por sus amigos de Alemania Occidental. Esta vez estaban aún más asustados.

De nuevo cruzaron la alambrada de espino. Atravesaron un maizal. Siguieron las vías del ferrocarril. De repente, a lo lejos aparecieron dos hombres blandiendo antorchas. Joachim y Sirka se tumbaron entre los raíles y rezaron para que no pasara ningún tren. Cuando los individuos se esfumaron, la pareja continuó adelante hasta llegar a un bosquecillo, tal como les habían indicado sus amigos, pero, dado que había sido una zona fronteriza durante décadas, el sotobosque se había llenado de zarzas. La noche es negra como la muerte y no tienen nada para abrirse paso entre los matorrales erizados de espinas. Por fin salen de la espesura, agotados y ensangrentados, solo para descubrir que el maizal de tallos hasta el hombro que esperaban encontrar acaba de ser segado. Ahora es un campo vacío, muy iluminado por los proyectores del puesto fronterizo más cercano. «Me sentí como Frodo», me dice Joachim. Como Frodo Bolsón cuando, en *El señor de los anillos*, cruza Mordor mientras el errante ojo reflector de Sauron lo busca.

¿Dar media vuelta o seguir? Una indecisión desesperante. Un miedo atroz. No, hemos llegado hasta aquí a través de esas malditas zarzas. ¡Arriesguémonos! Echan a correr tan rápido como pueden por el campo iluminado. Joachim ve con el rabillo del ojo que un todoterreno se aleja de la garita y se dirige hacia ellos. «Bien podían habernos atrapado». Pero el vehículo se detiene. Corre, conejo, corre; corre para salvarte. De pronto ven una señal: República de Austria. Libertad. ¡Qué sensación! «No tengo palabras para describirla».

O welche Lust, in freier Luft
Den Atem leicht zu heben!

(«¡Oh, qué alegría respirar libremente el aire fresco!»). El coro de los prisioneros de *Fidelio*, de Beethoven.

Menos de una semana después, los alemanes del Este que asistieron a un pícnic paneuropeo en las proximidades de Sopron pudieron huir en masa sin que nadie se lo impidiera. Al cabo de unos días los dirigentes húngaros se reunieron discretamente con Helmut Kohl y su sagaz ministro de Asuntos Exteriores, Hans-Dietrich Genscher, en Schloss Gymnich, un castillo no lejos de Bonn. Durante una tensa conversación, los húngaros dijeron que anularían su acuerdo con los camaradas de Berlín Oriental y permitirían que alemanes del Este como Joachim pasaran con total libertad al Oeste. A cambio, el Estado húngaro, muy endeudado, recibiría un préstamo de quinientos millones de marcos y la promesa del apoyo a su deseo de entrar en la Comunidad Europea. Con un buen sentido de la oportunidad, Hungría cambió de bando y antepuso Alemania Occidental a la Oriental, y Europa Occidental a la del Este.

En septiembre Joachim ya estaba en Berlín Occidental, donde sus parientes alemanes del Oeste le brindaron un recibimiento frío y cicatero: los pobres primos del Este tenían que quedarse donde estaban y no presentarse ante la puerta de la familia esperando su solidaridad. Joachim estaba convencido de que el Muro duraría aún muchos años y nunca se le permitiría visitar a sus hermanos. Pero al menos podía hablar con ellos por teléfono, y al precio de una llamada local de Berlín Occidental a Berlín Oriental, mientras que las del Este al Oeste salían muy caras, como si fueran internacionales.

«Ojalá pudiéramos verte», dijo su hermano menor, Johannes, de catorce años. Al menos verlo. Así pues, urdieron un plan. En uno de esos disparatados detalles del Berlín dividido que siempre me fascinaron, había un lugar donde el tramo de tren urbano elevado que usaban en exclusiva los

berlineses occidentales no solo atravesaba Berlín Oriental, sino que además pasaba tan cerca de la Schulzestrasse, una calle paralela a las vías, que los alemanes del Este del otro lado podían mirar hacia arriba, más allá de una torre de vigilancia fronteriza, y ver a los afortunados pasajeros del Oeste en el andén elevado de la estación Wollankstrasse de la S-Bahn. A solo unos metros de distancia, pero otro mundo. Joachim había pasado muchas veces por lo que llama «la estación del deseo» mirando a «aquellas personas que estaban en el paraíso, mientras nosotros nos encontrábamos en las tinieblas de abajo».

Así pues, acordaron que Johannes y la hermana pequeña, Karoline, de solo siete años, fueran al lugar indicado de la Schulzestrasse y se subieran a una jardinera de cemento. A la hora convenida, su hermano mayor se hallaba en el andén de la estación, en los cielos occidentales.

Se saludaron con la mano y se hablaron a gritos, con la voz ahogada por la emoción.

—¿Cómo estáis? ¿Qué tal va todo?

—¡Achim! ¡Achim! —llamaba Karoline a pleno pulmón.

Joachim nunca olvidará el sonido de la voz de la niña a lo lejos.

—¡Achim! ¡Achim!

Aquella noche la pequeña lloró y no pudo dormir. ¿Por qué mi hermano no puede venir a verme?

Una buena pregunta para la que no había una buena respuesta.

LA CAÍDA DEL MURO

Tolstói dedica todo un capítulo de *Guerra y paz* a las innumerables causas, grandes y pequeñas, que impulsaron al ejército napoleónico a cruzar la frontera rusa en junio de 1812. «Por tanto, para que se desencadenara tuvieron que concurrir todas ellas, miles de millones —escribe—. Así pues, no existió una única causa que llevara a estos acontecimientos: si se produjeron fue porque tenían que producirse». De hecho, «están determinados para siempre». [228] Al tratar de explicar la apertura del Muro de Berlín la noche del jueves 9 de noviembre de 1989, uno tiene esa misma sensación de una multiplicidad de causas que convergen en un gran punto de inflexión. Sin embargo, la conclusión correcta que se extrae es la opuesta a la de Tolstói: no estaba determinada, predestinada, sino que fue algo excepcional, un caso único de suerte histórica.

La importancia de lo sucedido aquella noche de noviembre es indisociable de cómo sucedió. Si se hubiera tratado de una apertura planificada y controlada de la frontera, como pretendían las autoridades de Alemania del Este, con una cola de personas que aguardaran sumisas a fin de obtener una autorización para el día siguiente, habría sido un hito relevante, pero no habría sido «la caída del Muro», ese paradigma espontáneo y alegre del poder del pueblo.

Para llegar a ese punto fueron necesarios todos los elementos del impulso vivido a finales de los ochenta: aquellos procesos a largo plazo y los ejemplos de liderazgos individuales en la Unión Soviética, Estados Unidos, Europa Occidental y del Este y Alemania. También lo fue la protesta pacífica del pueblo alemán del Este. Antes del 9 de noviembre en Berlín hubo un 9 de octubre en Leipzig. Aquella tarde casi se llegó a lo que mis amigos alemanes del Este llamaban «la solución china»: la represión violenta, como en la masacre de

Tiananmén cuatro meses antes, el 4 de junio, el día de las elecciones polacas. Pero en Leipzig la impresionante disciplina no violenta de los manifestantes se sumó a la mediación de los líderes civiles y a la mezcla de indecisión y contención de las autoridades comunistas, y todo ello permitió que la manifestación de aquel lunes se desarrollara de manera pacífica, con unas setenta mil personas, cifra sin precedentes, avanzando por la carretera de circunvalación. Fue un punto de inflexión nacional. La barrera del miedo se había derribado. Tras una manifestación aún más multitudinaria en Berlín Oriental el 4 de noviembre, los alemanes del Este tendrían al menos la insubordinada confianza en sí mismos de ir a llamar a las puertas de la frontera.

Con todo, llegado el día, la incompetencia, el desconcierto y la falta de comunicación se pusieron al servicio de la liberación. Bajo la intensa presión de Checoslovaquia, harta de que miles de alemanes del Este intentaran escapar a través de su territorio, los funcionarios de la República Democrática se apresuraron a redactar una nueva ley que permitiera a sus ciudadanos la salida directa a Alemania Occidental. Fue crucial que se mencionara Berlín Occidental y que fuera «de efecto inmediato». Tenía que empezar a aplicarse de manera ordenada a la mañana siguiente, pero Günter Schabowski, el miembro del Politburó que leyó el comunicado por la tarde en una rueda de prensa, metió la pata y, en respuesta a un periodista, declaró que entraría en vigor «de inmediato, sin demora».[229] Mi excompañero de piso en Berlín Occidental, Daniel Johnson, en aquel entonces corresponsal del *Daily Telegraph*, entró en la historia mundial con la última pregunta, formulada a las 18.58: «Herr Schabowski, ¿qué pasará ahora con el Muro de Berlín?».[230]

Enseguida los reporteros convirtieron lo que ya era una increíble noticia de última hora en un acontecimiento sensacional. El telediario de las ocho de la noche de Alemania Occidental empezó con el titular «La RDA abre la frontera». Un periodista explicaba: «También el Muro debería ser permeable de inmediato». La cima de la exageración periodística se alcanzó cuando, poco después de las 22.40, Hanns Joachim Friedrichs, un presentador de cabello

plateado y muy respetado en Alemania Occidental, anunció: «Las puertas del Muro están abiertas de par en par». No era cierto. Podría decirse, empleando el vocabulario de la década de 2020, que se trataba de *fake news*. No obstante, como la televisión de la República Federal tenía un gran número de espectadores y mucha credibilidad en Berlín Oriental, la información errónea pasó a ser una profecía autocumplida. Miles de berlineses del Este corrieron hacia los pasos fronterizos.

Entre ellos se contaba mi viejo amigo Werner Krätschell, el padre de Joachim. En un servicio religioso de la tarde se había enterado por un periodista francés de la nueva ley sobre salidas, así que cuando a las nueve de la noche llegó a su casa, la rectoría de Pankow, preguntó a su hija Tanja y a la amiga de esta, Astrid, si el telediario de Alemania Occidental había dicho algo de la apertura de la frontera. Sí, habían comentado algo por el estilo. Acto seguido los tres se subieron al coche de Werner, un Wartburg amarillo, y se dirigieron al paso fronterizo de la Bornholmer Strasse para ver qué estaba ocurriendo.

—¿Estoy soñando? —preguntó Werner al guardia de fronteras que levantó la primera barrera para dejarlos pasar.

—Sí —respondió el guardia—, está soñando.

En el puesto de control, Werner vio que en su carnet de identidad de Alemania del Este le estampaban el sello de «nulo».[231]

—Pero ¿no podré regresar?

—No. Usted ha emigrado y ya no se le permite volver a entrar.

Horrorizado, pues Johannes y la pequeña Karoline estaban solos en la rectoría, durmiendo, Werner dio media vuelta en el paso fronterizo, dispuesto a ir a casa. Entonces oyó a otro guardia decirle a un compañero que las órdenes habían cambiado.

—Pueden volver a entrar.

Así pues, Werner giró de nuevo en redondo y se dirigió con su Wartburg amarillo hacia el Oeste.

Enseguida fueron recibidos por eufóricos berlineses occidentales que lanzaban vítores y aplaudían. Más tarde, cuando Werner decidió regresar a Berlín Oriental, Astrid,

sentada en el asiento de atrás, le pidió: «Por favor, pare el coche un momento». Él obedeció y entonces la joven, que jamás había estado en el Oeste, hizo algo extraordinario: abrió la portezuela y apoyó un pie en suelo. ¡Occidente! Fue, escribiría más tarde Werner, como el primer paso de Neil Armstrong en la Luna. Un pequeño paso para Astrid, un gran salto para la humanidad.

La historia de Werner ilustra la confusión que reina en medio de los grandes acontecimientos. Como ahora sabemos, le dejaron pasar al Oeste porque el mando de la Bornholmer Strasse, un funcionario de la Stasi llamado Harold Jäger, puso en práctica lo que denominó «la solución de la válvula de seguridad»: permitir que los individuos particularmente insistentes salieran con el sello de «nulo» en el carnet de identidad, con la intención de expulsarlos para siempre. Pero luego los funcionarios de fronteras permitieron regresar a algunos ciudadanos, como Werner, Tanja y Astrid. Así pues, cuando, segundos después de que le hubieran estampado un «nulo» en el carnet, Werner oyó al guardia decir «pueden volver a entrar», es posible que aquel fuera el momento exacto en que las órdenes cambiaron. O tal vez fuera un malentendido que más adelante se convirtió en una realidad.

El punto de inflexión en la historia mundial se produjo un poco más tarde. En torno a las once y media de la noche, mientras la multitud agolpada en la parte oriental del paso fronterizo de la Bornholmer Strasse aumentaba y se volvía ruidosa, con gritos de «¡Abran la barrera! ¡Abran la barrera!», [232] Jäger dio una orden insólita: «¡Que pasen todos!». En otros puestos de control siguieron su ejemplo. De ese modo, en la madrugada del viernes 10 de noviembre decenas de miles de alemanes del Este ya habían puesto los pies en la Luna.

Cuando llegué a Berlín al día siguiente, aquello parecía Pentecostés. La ciudad entera estaba en movimiento. Personas corrientes hablaban en lenguas desconocidas. «Creo que los enfermos se levantarán de sus camas en los hospitales», me dijo un berlinés del Este. Como en un sueño, recorrí de un lado a otro lo que había sido la franja de la muerte de Potsdamer Platz y me detuve a recoger un pedacito irregular del Muro pintado con aerosol rojo; lo tengo delante mientras

escribo estas líneas. Más tarde, en una habitación de hotel desde la que se veía el paso fronterizo de la Friedrichstrasse, con su vestíbulo acristalado conocido popularmente como «el palacio de las lágrimas», Werner y yo observamos las multitudes entusiasmadas que iban de aquí para allá, del Este al Oeste, del Oeste al Este, y en aquel momento parecía que todo iría bien y que todo saldría bien en todos los sentidos.

En noviembre de 1999, en el décimo aniversario de la caída del Muro, presidí en Berlín una «cumbre» retrospectiva entre Mijaíl Gorbachov, Helmut Kohl y George H. W. Bush, en una de las últimas plantas del alto edificio donde tenía su sede la editorial Axel Springer, con vistas a la línea del antiguo Muro. [233] Empecé preguntándole a Gorbachov qué había hecho y pensado en aquella noche histórica. Su respuesta fue larga, como era habitual en él, y claramente tolstoiana en su visión de la historia, pero solo obtuve una contestación a la pregunta cuando llevábamos unos veinte minutos de conversación: aquella noche había dormido a pierna suelta. Como sabemos por otras fuentes, sus consejeros no consideraron que valiera la pena despertarlo. Cuando la mañana del 10 de noviembre recibió un informe telefónico del embajador soviético en Berlín Oriental, su reacción fue que «hicieron lo correcto».[234] Ni siquiera convocó una reunión extraordinaria del Politburó.

Sin embargo, al recordar los hechos, los tres ancianos estadistas subrayaron lo delicada, incierta e incluso peligrosa que había sido la situación en los días y las semanas siguientes. En Moscú continuaba habiendo partidarios de la línea dura, que deseaban recurrir a la fuerza, como se había hecho tantas veces en el pasado, para imponer de nuevo la versión soviética de la normalidad. Por suerte Gorbachov se hallaba en el apogeo de su poder, pues era presidente además de secretario general del partido. Esos tres líderes mundiales mantenían una relación de confianza y eran conscientes de su responsabilidad histórica.

«Los tres sabíamos lo que era la guerra —dijo Kohl—. Su padre resultó malherido —añadió señalando a Gorbachov—, un tío suyo murió en la guerra, igual que mi hermano […]. George Bush fue piloto naval en el Pacífico». De nuevo, el motor del recuerdo.

El expresidente de Estados Unidos explicó por qué se había resistido a escuchar a quienes en Washington le aconsejaban viajar a Berlín al día siguiente (como habría hecho Reagan) para celebrar el triunfo de Occidente. Todo el mundo tenía que actuar con prudencia y contención. Siempre le preocupó la posición de Gorbachov en su propio país. «Pensé que sería obsceno que diera la impresión de que el presidente de Estados Unidos le metía los dedos en los ojos, que se los clavaba con arrogancia». Y el patricio Bush, en general poco expresivo, hizo un gesto muy gráfico de apuñalar con el índice de la mano izquierda. Sí, repuso Gorbachov, quien contó que, cuando se reunió con Bush en Malta a principios de diciembre, «George me dijo: "No tengo la menor intención de bailar sobre el Muro de Berlín"».

Entretanto, las fotografías que todo el mundo recuerda, las que los medios de comunicación reproducirán hasta el fin de los tiempos, son precisamente las de personas bailando sobre tramos del Muro pintados con colores alegres. Pero ese es el lado occidental, la parte exterior cubierta de grafitis del complejo fronterizo de Alemania del Este, y probablemente la mayoría de los encaramados eran del Oeste. Joachim estuvo allí aquella noche, en el lado occidental de la Puerta de Brandemburgo, pero no se subió al Muro. Todavía tenía muy metido en el cuerpo el miedo a la frontera de los ciudadanos del Este.

Por su carácter imprevisto y espontáneo, la apertura, en la que desempeñó un papel fundamental la exigencia de los berlineses del Este de que se les permitiera pasar al otro lado, puede entenderse como una continuación del poder del pueblo, desde el 9 de octubre en Leipzig hasta el 9 de noviembre en Berlín, y, por tanto, de la «revolución pacífica» de los alemanes del Este. Sin embargo, fue asimismo el momento en que se convirtió en otra cosa. Al cabo de solo diez días, en un Leipzig frío y neblinoso, yo vería a una enorme multitud corear «¡Alemania, patria unida!». Una pancarta sintetizaba el nuevo rumbo: «Nosotros somos el pueblo y exigimos la reunificación».

«El Muro» era una denominación occidental. La mayoría de los alemanes del Este hablaba de «la frontera». Pero la «apertura de la frontera» enseguida dio paso a la «apertura

del Muro», y luego alguien, en algún lugar —un arqueólogo de los medios debería tratar de identificar quién y cuándo—, lo convirtió en «la caída del Muro». Con su rima interna en inglés (*the fall of the Wall*) y su resonancia bíblica de las trompetas que derriban las murallas de Jericó, la frase quedaría como la descripción común y aceptada del acontecimiento. Volvió al alemán como una sola palabra: *Mauerfall*.

La caída del Muro de Berlín fue un punto de inflexión en la historia europea y no tardaría en ser un punto de referencia fuera de Europa. La noche del 4 de noviembre de 2008, en Washington, fui testigo de otro momento de inmensa esperanza: multitudes eufóricas bailando ante la Casa Blanca para celebrar la victoria de Barack Obama, el primer presidente negro de Estados Unidos. Sonaban los cláxones de los coches. Un joven aporreaba una cacerola con una cuchara metálica. Un saxofón retumbaba desde la ventana del pasajero de una *pick-up* de color rojo vivo. Cuando volví a mi hotel aquella noche, seguí oyendo los gritos entusiastas de «Yes we can! Yes we can!» al otro lado de las ventanas cubiertas con gruesas cortinas.[235] Encendí la televisión para ver el discurso de la victoria de Obama en Chicago.

Obama estaba describiendo la experiencia de una anciana de ciento seis años de Atlanta llamada Ann Nixon Cooper. Recordó su largo arco vital, desde una época en que «alguien como ella no podía votar por dos razones: por ser mujer y por el color de su piel». Y prosiguió: «Ella estaba presente cuando los autobuses de Montgomery, las mangueras de Birmingham, el puente de Selma y el predicador de Atlanta que dijo al pueblo “Venceremos”. Sí podemos». Y añadió: «Un hombre llegó a la Luna, un muro se derrumbó en Berlín y un mundo se interconectó gracias a nuestra ciencia e imaginación».[236]

Al igual que el viaje a la Luna, la caída del Muro había pasado a formar parte de la mitología histórica compartida de la humanidad.

TRIUNFANTE

(1990-2007)

EL MUNDO DESPUÉS DEL MURO

«¿Se da cuenta —me preguntó Helmut Kohl— de que tiene delante al sucesor directo de Adolf Hitler?». El canciller que acababa de lograr la unión pacífica de Alemania era un gigante, tanto en estatura como en volumen. Incluso sentado en una butaca baja me superaba en altura. «No me gusta —añadió—, pero así es». Sus predecesores habían sido cancilleres solo de Alemania Occidental. Desde Hitler, él, Kohl, era el primer canciller de una Alemania unida.

Mencionó ese desagradable dato solo para recalcar su intensa conciencia de responsabilidad histórica. ¿Acaso el tratado que había firmado con Gorbachov en el primer aniversario de la caída del Muro no declaraba que Alemania y la Unión Soviética querían «dejar atrás por fin el pasado»? [237] Hitler había ambicionado una Europa dominada por Alemania. Kohl, en cambio, deseaba que Alemania estuviera bajo techo europeo. Por eso había aceptado el plan para la unión económica y monetaria europea, acordado a grandes rasgos en una cumbre de dirigentes europeos celebrada en Estrasburgo ya en diciembre de 1989 y que ahora —corría el otoño de 1991 cuando tuvo lugar aquella conversación en su despacho de Bonn—[238] sería consagrada en el Tratado de Maastricht. Tras la unión económica no tardaría en llegar la unión política europea, sostenía Kohl.

En aquellos emocionantes meses posteriores a la caída del Muro de Berlín todo el mundo sentía en el hombro la mano de la historia. Eso dijo Margaret Thatcher cuando en marzo de 1990 nos convocó a otros cinco historiadores y a mí en Chequers, la casa de campo del almuerzo-batalla con Gorbachov, para celebrar un seminario sobre la unificación alemana. Quería saber si Alemania había cambiado. O, según se formulaba en la nota informativa que habíamos recibido: «¿Estamos tratando con los mismos teutones de siempre?».

[239] En aquella época, en las reuniones con sus homólogos, como François Mitterrand, la señora Thatcher solía sacar del bolso un mapa de Centroeuropa en el que se habían marcado, con un rotulador de punta gruesa, las fronteras de Alemania antes de 1939 y los antiguos territorios alemanes del Este que de manera provisional se habían entregado a Polonia y la Unión Soviética en 1945, en la Conferencia de Potsdam, a la espera de un acuerdo de paz definitivo.[240] «El condenado mapa»; así se refería a él su secretario privado.[241]

Aquel día en Chequers, durante cerca de cinco horas, todos —entre nosotros había ilustres expertos en historia alemana como Fritz Stern y Gordon Graig— intentamos convencerla de que aquella era una Alemania muy distinta que deseaba desempeñar un papel muy diferente en Europa. Desde luego, eso era justo lo que Kohl quería que yo comprendiera con su alusión a Adolf Hitler. Sin embargo, curiosamente, Helmut Kohl representaba para la señora Thatcher un problema casi equiparable al pasado nazi. «¿Es que no vieron cómo Helmut nos intimidó a todos en Estrasburgo?», exclamó refiriéndose a la cumbre de diciembre de 1989, que abrió la puerta tanto a la unificación alemana como a la unión monetaria europea. El colosal canciller había avasallado a la Dama de Hierro, algo que ella consideró imperdonable. Pero el venerable historiador Hugh Trevor-Roper le tocó la fibra sensible al decir que él había estado en Alemania en 1945, entrevistando a los dirigentes nazis supervivientes, «y, si usted nos hubiera dicho entonces que tendríamos una Alemania unida e integrada en Occidente, no habríamos creído nuestra suerte». Al final Margaret Thatcher pareció aceptar el mensaje. «De acuerdo —concluyó de manera memorable—, seré muy amable con los alemanes».[242]

Erich Honecker, expresidente de Alemania del Este, sintió la mano de la historia en el hombro de forma aún más directa. En 1992 lo visité en la cárcel de Moabit, en Berlín Occidental, donde esperaba a que se le juzgara por su responsabilidad en la muerte a tiros de alemanes del Este cuando intentaban cruzar el Muro.[243] Me recibió un anciano menudo, desafiante y pálido con una actitud formal y ceremoniosa, casi como si fuera un jefe de Estado, pese a que se hallaban en prisión y llevaba puesto el pijama caqui

penitenciario. Admitió que permitir que unas cuantas personas más viajaran a Occidente no había conseguido que se sintieran más satisfechas con su suerte en el Este («No, es obvio que no»), pero insistió en que le llegaban cientos de cartas de ciudadanos de la antigua República Democrática que le decían que los viejos tiempos habían sido mejores: «Vivían más tranquilos».

Honecker habló largo y tendido de sus excelentes relaciones con muchos políticos de Alemania Occidental, y en especial con los socialdemócratas, con quienes mantenía unos vínculos «fraternales». La relación con Helmut Kohl también era buena. Vaya, si antes tenía incluso línea directa con el canciller en Bonn. Luego, para mi asombro, sacó del bolsillo una tarjeta con las esquinas un poco dobladas y el número de teléfono mecanografiado por su secretario. Me lo colocó delante y me exhortó a anotarlo: 0649 (prefijo de Alemania Occidental) 228 (prefijo de Bonn) 562001. Cuando lo marqué más tarde, me puso en contacto directo con el despacho del canciller.

Aquellos años vivimos la transición de la época de la posguerra a la época pos-Muro. Tras la Segunda Guerra Mundial, Europa no había alcanzado el acuerdo de paz definitivo previsto en 1945, en la Conferencia de Potsdam, porque había mediado la Guerra Fría. Ahora, tras la caída del Muro, tampoco hubo ninguna gran conferencia de paz para sellar el fin de la Guerra Fría, a diferencia de lo ocurrido al terminar la Primera Guerra Mundial, cuando los victoriosos aliados occidentales dictaron condiciones punitivas contra la derrotada Alemania en el Tratado de Versalles, de 1919, y contra otras potencias vencidas, como el Imperio otomano en el Tratado de Sèvres, de 1920, y Hungría, desposeída ese mismo año de dos tercios de su territorio en virtud del Tratado de Trianón.[244] Sin embargo, lo sucedido en 1990-1991 fue, en todo menos en el nombre, el tratado de paz definitivo que en 1945 se había dejado inconcluso. Como aquel berlinés desconocido garabateó en su pancarta cuando cayó el Muro: «Solo hoy acaba de verdad la guerra». En efecto, la Guerra Fría y la Segunda Guerra Mundial concluyeron a la vez.

El Tratado Dos más Cuatro sobre la unificación alemana,

firmado en Moscú en septiembre de 1990, fue fruto de la negociación entre los representantes de los dos estados alemanes y las cuatro potencias ocupantes de 1945 (la Unión Soviética, Estados Unidos, Francia y el Reino Unido), que nunca habían dejado de ejercer sus derechos residuales de ocupación, sobre todo en Berlín. Se remitía de forma explícita a los «acuerdos y decisiones de las cuatro potencias en tiempo de guerra y de posguerra».[245] En noviembre de 1990, poco después de la unificación alemana, que tuvo lugar el 3 de octubre de ese año, la Alemania unida aceptó de manera formal como permanente e inviolable la frontera polaco-germana «provisional» del mapa que la señora Thatcher llevaba siempre en el bolso.

Cuando, un día de agosto de 1990, a George H. W. Bush y a su consejero de Seguridad Nacional, Brent Scowcroft, se les ocurrió la expresión «nuevo orden mundial» durante una excursión de pesca en la costa de Maine, estaban pensando en la clase de cooperación soviético-estadounidense que Franklin D. Roosevelt había deseado en 1945.[246] Bush escribiría más tarde a Gorbachov para proponerle «un nuevo orden mundial de cooperación soviético-estadounidense contra las agresiones».[247] En este caso había una agresión real e inmediata: la invasión de Kuwait por parte de Sadam Husein, que se revirtió en la guerra del Golfo. Estados Unidos y la Unión Soviética acordaron asimismo dos importantes tratados de reducción de armas, uno sobre fuerzas convencionales en Europa y el segundo, firmado solo cinco meses antes de la desaparición de la Unión Soviética, sobre armas nucleares estratégicas.

¿Y qué había de la Declaración sobre la Europa Liberada, que, en febrero de 1945, en la Conferencia de Yalta, había prometido elecciones libres en toda la Europa ocupada por la Unión Soviética? Pues bien, el proceso de Helsinki —que comenzó con la Conferencia de Helsinki, de 1975, sobre seguridad y cooperación en Europa, y continuó con una larga sucesión de conferencias de revisión— culminó en la Carta de París para una nueva Europa, promulgada en noviembre de 1990. A diferencia de la declaración de Yalta, con sus imprecisos compromisos (Churchill no había tardado en describirla como un «proyecto fraudulento»),[248] la Carta de

París era un programa detallado y concreto para la reordenación de todo el continente, incluida la Unión Soviética, desde el punto de vista de las democracias liberales occidentales. Gorbachov firmó el documento y, a diferencia de Stalin, obró de buena fe. Por desgracia no se había percatado de que, como la Unión Soviética se componía de diversos pueblos, algunos de los cuales no deseaban seguir con Rusia, una Unión Soviética democrática era una contradicción en sí misma, como las bolas de nieve fritas.

«Nos comprometemos a edificar, consolidar y reforzar la democracia como único sistema de gobierno de nuestras naciones», declaraba este extraordinario documento.[249] Después brindaba una definición liberal de la democracia, que no solo mencionaba las «elecciones libres y justas», sino también «el respeto de la persona humana y el Estado de derecho», la libertad de expresión, de asociación y reunión y de circulación y el pluralismo político. Establecía la creación del Centro de Prevención de Conflictos, con sede en Viena, y de la Oficina pro-Elecciones Libres, con sede en Varsovia, que más tarde se llamaría Oficina de Instituciones Democráticas y Derechos Humanos. Y en 1995 la conferencia más antigua del mundo se convirtió por fin en un foro permanente: la Organización para la Seguridad y la Cooperación Europea (OSCE). Sus observadores electorales tenían —y siguen teniendo— una descripción sumamente detallada de los requisitos para unas elecciones libres y justas. Todo esto fue suscrito por Gorbachov en nombre de la Unión Soviética y por los dirigentes de Estados Unidos, Canadá y la mayoría de los países europeos.

Costaría imaginar una declaración de victoria occidental más completa y que abarcara a una «Europa» lo más grande posible: desde Vancouver a Vladivostok. «La forjamos de manera que no hubiera perdedores, solo ganadores», reflexionaría Bush al cabo de unos años.[250] Recordando el acuerdo punitivo impuesto a Alemania al final de la Primera Guerra Mundial, añadió: «Evitamos la sombra de otro Versalles». Sin embargo, años después muchos rusos llegarían a ver el acuerdo sellado tras la Guerra Fría como, precisamente, otro Versalles. En privado el presidente estadounidense era en ocasiones menos solemne. En un

intenso debate con Kohl en el verano de 1990 declaró que los «soviéticos» no podían vetar la entrada de Alemania en la OTAN. «¡Qué puñetas! —exclamó—. Ganamos nosotros, no ellos».[251]

En 1991 la Unión Soviética —que Gorbachov había considerado un único país, una madre patria soviética— ya acusaba el impacto de las luchas por la independencia de las naciones bálticas, que eran tan espectaculares y estimulantes como las revoluciones de terciopelo que yo había vivido en Varsovia, Praga y Budapest. Cuando las repúblicas de Ucrania, Bielorrusia y, de manera decisiva, la Rusia gobernada por Borís Yeltsin, ambicioso rival de Gorbachov, resolvieron crear la Comunidad de Estados Independientes, la Unión Soviética dejó de existir a finales de aquel año. Fue la última escena del último acto de la Guerra Fría.

LA AMPLIACIÓN DE OCCIDENTE

Lo que sucedió después, durante las dos décadas posteriores a la caída del Muro, fue una espectacular ampliación de Occidente. Desde los tímidos comienzos de la alianza sellada en tiempos de guerra por las democracias occidentales contra el Eje formado por la Alemania nazi, la Italia fascista y Japón, el Occidente geopolítico había derivado durante la Guerra Fría hacia una estrecha asociación que vinculaba a la mayoría de las democracias del oeste, norte y sur de Europa con las de Norteamérica. Sus instituciones nucleares eran la OTAN y la Comunidad Europea, que pronto se transformaría en la Unión Europea.

Una Blancanieves interesada por la política que se hubiera dormido el día de Año Nuevo de 1989 y hubiera despertado el primero de enero de 2007 se habría frotado incrédula los ojos. Países como Estonia, Letonia y Lituania, que no existían siquiera como estados soberanos en la mayoría de los mapas políticos de Europa de 1989, aunque nunca habían dejado de existir en el corazón de sus respectivos pueblos, ahora formaban parte de la Unión Europea y —más sorprendente aún desde la óptica de la Guerra Fría— de la OTAN. Lo mismo cabía decir de otros dos nuevos estados, la República Checa y Eslovaquia (las dos mitades divorciadas de la antigua Checoslovaquia), así como de Hungría, Polonia, Rumanía, Bulgaria y —el primero de los estados de la antigua Yugoslavia— Eslovenia. Si un dirigente ruso hubiera mirado hacia el oeste y el sudoeste desde una ventana del Kremlin y hubiera atisbado más allá del territorio de los nuevos estados postsoviéticos de Ucrania y Moldavia, habría visto un arco de aliados occidentales desde la punta más septentrional de Estonia hasta el extremo más meridional de Bulgaria, donde el arco se juntaba, por el flanco sur de Rusia, con Grecia y Turquía, miembros de la OTAN. Todos esos países excepto

Turquía pertenecían también a la Unión Europea.

Esta ampliación hacia el Este tanto de la alianza de seguridad fundamental como de la organización política nuclear de Europa no recibió, ni mucho menos, un apoyo unánime en Occidente. Cuando en una conferencia franco-germano-británica celebrada en enero de 1990 defendí que Polonia, Hungría y Checoslovaquia, países que volvían a ser libres, deberían entrar en la Comunidad Europea y la OTAN, la mayoría de los políticos, funcionarios y diplomáticos presentes me trataron como si fuera un extremista peligroso. En 1991 participé en una reunión en el Castillo de Praga, en teoría para fundar una confederación europea, proyecto propuesto por François Mitterrand y secundado al principio de Václav Havel. Este último comprendió demasiado tarde que el astuto presidente francés lo había utilizado y que su idea subyacente era mantener el máximo tiempo posible a las nuevas democracias del centro y el este de Europa en una sala de espera revestida de terciopelo mientras Francia continuaba siendo el poder central de lo que no tardaría en convertirse formalmente en la Unión Europea. Por suerte, logramos desbaratar esa maniobra de distracción, de modo que al final de la reunión Robert Badinter, el enviado de Mitterrand, suplicó *une structure légère, très légère* («una estructura ligera, muy ligera»). La Unión Europea siguió adelante hasta llevar a cabo en mayo de 2004 su gran ampliación hacia el Este, a la que seguiría la incorporación de Rumanía y Bulgaria a principios de 2007.

La ampliación de la OTAN fue aún más controvertida. Muchos responsables políticos de Occidente se opusieron. Los rusos repetirían una y otra vez que Occidente había prometido que no se produciría. Vladímir Putin, investido presidente de Rusia en el año 2000, declaró furioso en una rueda de prensa de diciembre de 2021 —apenas dos meses antes de ordenar que sus ejércitos invadieran Ucrania— que la OTAN había «engañado descaradamente» a su país al prometer en los años noventa que no se expandiría «ni un centímetro hacia el Este».[252] Esta frase procede de una conversación que James Baker, secretario de Estado estadounidense, y Gorbachov mantuvieron el 9 de febrero de 1990. Sudando la gota gorda para conseguir que el

mandatario soviético accediera a la unificación alemana, con el país entero dentro de la OTAN, Baker preguntó:

> ¿Preferiría ver una Alemania unificada fuera de la OTAN, independiente y sin tropas estadounidenses, o una Alemania unificada y vinculada a la OTAN, con garantías de que la jurisdicción de la OTAN no se desplazaría ni una pulgada hacia el Este desde su posición actual?[253]

Al día siguiente, en una conversación con el líder soviético, Helmut Kohl, a quien Baker había informado, declaró: «Naturalmente la OTAN no puede ampliar su territorio al territorio actual de la RDA». Su ministro de Asuntos Exteriores, Hans-Dietrich Genscher, fue aún más efusivo y le dijo a su homólogo soviético, Eduard Shevardnadze, que, «para nosotros, está claro: la OTAN no se expandirá hacia el Este».[254]

Sin embargo, esas conversaciones se referían de manera expresa a la República Democrática Alemana, no al resto de Europa Central y del Este. Estados Unidos no tardó en desdecirse de la insinuación de Baker de que la «jurisdicción» de la OTAN no se extendería al territorio de la República Democrática. Gorbachov no logró ningún compromiso formal por escrito para impedir la expansión de la OTAN hacia el Este a cambio de su futura aceptación a regañadientes de que la Alemania unida se integrara en la organización atlántica. El tercer párrafo del artículo 5 del Tratado Dos más Cuatro, de septiembre de 1990, sobre la unificación alemana, establecía que «no se emplazarán ni desplegarán fuerzas armadas extranjeras ni armas nucleares o transportes de tropas y armas nucleares en esa parte de Alemania [es decir, en la del Este]».[255] Para entonces los estadounidenses empezaban a darse cuenta de que las nuevas democracias de Checoslovaquia y Polonia tal vez quisieran entrar en la OTAN algún día. Así pues, en un acto impresionante de diplomacia, ya entrada la noche, tan solo unas horas antes de la firma del tratado, Estados Unidos insistió en añadir un «acta aprobada» que estipulaba que el significado de la palabra «desplegar» en dicho artículo

> … sería decidido por el Gobierno de la Alemania unida de forma

> razonable y responsable teniendo en cuenta los intereses de seguridad de cada parte contratante según se establece en el preámbulo.[256]

Robert Zoellick,[257] autor de ese ejemplo de *finezza* diplomática, recuerda que se pretendía que la redacción dejara margen para la posibilidad de que, en el futuro, Estados Unidos quisiera desplazar tropas a Polonia cruzando el este de Alemania.[258] Gorbachov y Shevardnadze, que negociaban desde una posición de debilidad y buscaban el apoyo económico de Occidente para la modernización de una Unión Soviética cargada de problemas, lo aceptaron.

En cualquier caso, con la desintegración de la Unión Soviética a finales de 1991 se creó una situación totalmente nueva. En el Memorándum de Budapest, de 1994, por el que Ucrania renunciaba a su gran arsenal de armas nucleares, la Federación de Rusia se comprometía a respetar la integridad territorial del país.[259] La promesa se reiteró en 1997 en un tratado de amistad bilateral con Ucrania.[260] Ese mismo año, la OTAN y la Federación de Rusia firmaron el Acta Fundacional sobre Relaciones Mutuas, con pleno conocimiento de que la Alianza Atlántica se ampliaría hacia el Este para incorporar a algunos de los países situados entre Alemania y Rusia. «La OTAN y Rusia no se consideran adversarias»,[261] declaraba el documento. Entre los principios acordados por ambas partes figuraba el «respeto de la soberanía, la independencia y la integridad territorial de todos los estados y de su derecho inherente a elegir los medios para garantizar su seguridad». Por su parte, los Estados miembros de la OTAN afirmaban que no tenían «ninguna intención, ningún propósito ni ninguna necesidad de desplegar armas nucleares en el territorio de los nuevos miembros», una clara indicación de que habría nuevos miembros.

En sus primeros años como presidente de Rusia, Vladímir Putin se mantuvo fiel a esa línea. Entrevistado por el periodista británico David Frost en marzo de 2000, declaró: «Me cuesta ver a la OTAN como un enemigo».[262] Cuando Frost le preguntó: «¿Es posible que Rusia se adhiera a la OTAN?», Putin respondió: «No veo por qué no. No descartaría

esa posibilidad, pero, repito, siempre y cuando se tengan en cuenta los puntos de vista de Rusia como los de un socio igualitario».

En mayo de 2002, en una rueda de prensa celebrada en Roma tras la reunión inaugural de un nuevo Consejo Conjunto OTAN-Rusia, Putin, que tenía al lado a George Robertson, secretario general de la organización atlántica, declaró: «Ucrania es un Estado nación soberano e independiente y elegirá su propio camino hacia la paz y la seguridad».[263] Robertson recuerda que, en sus nueve entrevistas con el presidente ruso, este no planteó en ningún momento objeción alguna a la inminente ampliación de la OTAN con el ingreso de siete países.[264] Condoleezza Rice, consejera de Seguridad Nacional del presidente George W. Bush y más tarde su secretaria de Estado, dice que el mandatario ruso tampoco les manifestó a ellos ninguna preocupación…, hasta 2007, cuando se opuso a la propuesta del despliegue de un sistema de defensa antimisiles en Polonia y a la idea de que se debería ofrecer a Ucrania el ingreso en la OTAN.[265]

Así pues, si bien los dirigentes occidentales hicieron efusivas promesas verbales a los líderes soviéticos a principios de 1990, estas no se repitieron en el tratado de unificación alemana…, y más tarde la Unión Soviética dejó de existir. El Estado que Putin gobernaba, la Federación de Rusia, aceptó la ampliación de la OTAN y garantizó formalmente la integridad territorial de Ucrania.

En mayo de 2001 se me convocó en la Casa Blanca junto con otros cuatro expertos para informar al presidente George W. Bush antes de su primera visita oficial a Europa y su primer encuentro con Putin. Le exhorté a apoyar el ingreso en la OTAN de todos los estados candidatos de Europa Central y del Este.

—¿Incluidos los bálticos? —me preguntó Bush con su estilo brusco y entrecortado.

—Sí, desde luego.

Michael McFaul, más tarde embajador de Barack Obama en Moscú, expresó la misma opinión, al igual que Lionel Barber,

quien con el tiempo se convertiría en director del *Financial Times*.

—Bien —concluyó Bush—, muy interesante… Lo tomaré en consideración.[266]

No me engaño pensando que las nuestras fueran algo más que pequeñas voces entre otras muchas más importantes que presionaban en la misma dirección. En cualquier caso, dada la actitud revanchista que la Rusia de Putin adoptó al cabo de pocos años y que culminó con la invasión a gran escala de Ucrania en febrero de 2022, me alegro de que exhortáramos a dar ese paso. Imaginad hasta qué punto Estonia, Letonia y Lituania verían hoy amenazadas, cuando no totalmente quebrantadas, su paz y libertad si no pertenecieran a la OTAN.

Al igual que Putin, muchos rusos interpretarían esa doble ampliación hacia el Este, sobre todo la de la Alianza Atlántica, como una maniobra antirrusa. Es indudable que la mayoría de los países de Europa Central y del Este siguen valorando la OTAN principalmente porque los protege de Rusia. Y algunos centroeuropeos ven incluso de ese modo a la Unión Europea. Durante una visita a un diputado lituano en 1994, en un Parlamento que apenas hacía tres años se había rodeado con barricadas ante la posibilidad de un ataque soviético, me fijé en que tenía en la puerta del armario una pegatina azul y amarilla que proclamaba: «Mi país, Europa».

¿Qué es Europa?, le pregunté.

—*Europa ist nicht-Russland* —me respondió. «Europa es no Rusia».

He rechazado siempre esa visión de Europa… y de Occidente. Bien entendida, la ampliación de Occidente no entraña la disminución de Rusia. Muy al contrario. Cuando la conversación en la Casa Blanca se centró en Rusia, Michael McFaul y yo animamos a George W. Bush a mantener abierta la posibilidad de que algún día una Rusia democrática se adhiriera a la OTAN. McFaul argumentó que en aquel entonces Rusia se debatía entre seguir encaminándose hacia Occidente y Europa, como había hecho durante buena parte de los años noventa, o alejarse de ellos.

Helmut Kohl y el presidente Bush padre habían prometido a Gorbachov ayuda occidental para modernizar Rusia. En gran medida, la Alemania unida y la Administración Clinton

de Estados Unidos trataron de brindársela a la Rusia gobernada por Yeltsin en los noventa. Occidente contribuyó a acomodar —o, dependiendo del punto de vista, a incorporar— a esa nueva Rusia en las estructuras del orden internacional liberal que había construido. No solo el Acta Fundacional OTAN-Rusia de 1997 concebía un futuro de cooperación de gran alcance, sustanciado más tarde en el Consejo OTAN-Rusia inaugurado por el propio Putin, sino que además en 1998 se invitó a Rusia a sentarse con los países más importantes de Occidente, el G7, que se transformó en el G8. La relación de Rusia con Occidente no derivó de forma clara hacia la confrontación hasta la segunda mitad de la década de 2000, cuando Putin ya llevaba varios años en la presidencia.

INTEGRACIÓN Y DESINTEGRACIÓN

Así pues, la «casa común europea» se sometió a su reconstrucción más radical desde 1945. Se cambiaron las cañerías, la instalación eléctrica, los muebles y la decoración de casi todas las habitaciones con la intención de que se parecieran a las del ala oeste. La mayoría de los inquilinos pagaba el alquiler a caseros occidentales (Unión Europea, OTAN y compañía), no al antiguo del ala este. A cambio, los nuevos caseros se ocupaban de las reparaciones, además de instalar cerrojos en las ventanas y sistemas de alarma. La ropa que vestía la gente del ala este, los productos que usaban y su forma de trabajar, comunicarse y vivir cambiaron para asemejarse a los del ala oeste. Por otra parte, se derribaron los tabiques de las dependencias occidentales a fin de crear espacios de servicios y comedores comunes, incluso con una cubertería compartida, de modo que todo el mundo se encontró viviendo en un nuevo tipo de casa.

Para describir esa reconstrucción empezó a emplearse una nueva pareja de palabras: «ampliar y profundizar». La dirección básica ya se había establecido a principios de los noventa, aunque las obras duraron casi tanto como la construcción del nuevo aeropuerto de Berlín. De una vieja carpeta cubierta de polvo saco el texto del discurso que el canciller Kohl pronunció en Oxford el 11 de noviembre de 1992 —se había comprometido a venir cuando hablamos en Berlín el año anterior— y encuentro el plano del edificio ya dibujado.[267]

Kohl sostiene que, a fin de no volver a las políticas de coaliciones cambiantes y las guerras europeas fratricidas, de las que nos acordamos especialmente el 11 de noviembre (el día del Armisticio, que conmemora el final de la Primera Guerra Mundial), debemos avanzar hacia la unidad europea con la misma determinación que él mostró para conseguir la

unidad alemana. El Tratado de Maastricht debe ratificarse. La moneda única ha de tener un banco central europeo independiente que asegure la estabilidad monetaria y ha de integrarse en una unión económica. Pero la unión económica y monetaria solo sería sostenible si se basara firmemente en la unión política. La Unión Europea, pues así se llamaría una vez ratificado el Tratado de Maastricht, también precisaría mayor seguridad interna. Como sería esencial un control democrático más fuerte, habría que aumentar los poderes del Parlamento Europeo. La guerra que se libraba en la antigua Yugoslavia debía hacernos comprender la apremiante necesidad de una política exterior y de seguridad común como complemento de la Alianza Atlántica, una organización todavía indispensable.

Hasta ahí lo relativo a la profundización. En cuanto a la ampliación: deberían empezar sin demora las negociaciones de adhesión con Austria, Suecia, Finlandia, Suiza y «probablemente también Noruega». Pero hay que derribar asimismo la pared medianera oriental. «Para mí, como alemán, es de todo punto inaceptable que la frontera oriental de Alemania sea para siempre la frontera oriental de la Unión Europea». A fin de cuentas, Polonia no se encuentra —«como algunos dicen a la ligera»— en Europa del Este, sino en Centroeuropa. Lo único que el canciller de la unidad alemana no previó en 1992 fue la inclusión de las repúblicas bálticas. Quedaba «descartada», declaró con rotundidad, la entrada de los antiguos estados soviéticos en la Unión Europea. Concluyó con un pasaje lírico en el que explicaba que el día de Año Nuevo de 1993 desaparecerían todos los controles fronterizos entre Francia y Alemania, y que unos meses antes había estado en Praga, en el puente Carlos bajo el sol estival, rodeado de jóvenes italianos, alemanes, británicos y rusos que ya disfrutaban de la Europa con la que había soñado la generación a la que él pertenecía.

En su momento el discurso me pareció bastante aburrido. Ya había oído todo cuanto decía en él y el estilo retórico de Kohl era como la comida que le gustaba: excesivo y pesado. Pero al releerlo a principios de la década de 2020 me sorprendí pensando: «¡Ojalá tuviéramos ahora dirigentes capaces de presentar una visión tan clara y amplia de dónde

querrían que estuviera Europa dentro de diez años!». Al cabo de tres décadas, había dos cosas importantes del programa de Kohl que no se habían conseguido: una política exterior verdaderamente común y la unión política, que él consideraba un complemento indispensable de la unión monetaria. Por lo demás, el plano del edificio se había materializado en lo fundamental.

Sin embargo, detenernos aquí implica contar solo la mitad de la historia, la mitad que la mayoría de los europeos juzgaría positiva. Si repasamos detenidamente la cronología de aquellos años, encontraremos un continuo ir y venir, un tira y afloja entre la integración y la desintegración, la libertad y la opresión, la paz y la guerra. En enero de 1993 entra en vigor el mercado único europeo, pero también se formaliza el divorcio de terciopelo de la República Checa y Eslovaquia. En 1994 iniciamos la segunda fase de los preparativos para la unión monetaria, Hungría solicita el ingreso en la Unión Europea y se inaugura el túnel del canal de la Mancha, pero el terrible bombardeo del mercado de Sarajevo señala el recrudecimiento de la tercera guerra de sucesión yugoslava (la de Bosnia, posterior a las de Eslovenia y Croacia). El 52 por ciento de los suecos vota a favor del ingreso en la Unión Europea, pero ese mismo porcentaje de noruegos vota en contra de la adhesión. En 1995 se acuerda un calendario «definitivo» para la introducción, antes del final de siglo, de lo que ya se denomina «euro», pero se producen disturbios en Irlanda del Norte, la limpieza étnica de la Krajina croata y el genocidio de Srebrenica. Aquí la Europa de Maastricht; allí la Europa de Sarajevo.

En 1998, en Irlanda del Norte, el Acuerdo de Viernes Santo pone punto final a tres décadas de violencia sectaria, pero al mismo tiempo asistimos a una insurrección en Kosovo. Mientras el Ejército Republicano Irlandés (IRA) deja las armas, el Ejército de Liberación de Kosovo las toma. En 1999 se introduce el euro (aunque todavía no las monedas y los billetes) en once de los quince estados de la Unión Europea, pero en Kosovo hay guerra y un intento de genocidio. La OTAN bombardea objetivos concretos en Serbia y traslada tropas terrestres para ocupar la provincia en disputa. Un día de mayo de ese año, en Macedonia, cerca de la frontera con

Kosovo, en una tienda de campaña del ejército británico, el general Michael Jackson, con su voz bronca, me muestra la geografía de la invasión en un mapa de Yugoslavia que utilizaba la Wehrmacht en la Segunda Guerra Mundial. («Los alemanes —me dice con una sonrisa coriácea— conocían bien la mejor manera de entrar»). Al día siguiente estoy en Aquisgrán, en la entrega del Premio Carlomagno a Tony Blair, quien después me cuenta que durante la misa solemne en la catedral de Carlomagno estuvo pensando en la suerte que tienen sus hijos por crecer en una Unión Europea como esa.

Y así sucesivamente. La mayor parte de la violencia y la desintegración se dan en la mitad oriental del continente, y la mayor parte de la paz y la integración, en la occidental, pero no siempre, ni mucho menos. Aparte del terrible derramamiento de sangre en Irlanda del Norte, están los atentados de ETA en España, los asesinatos de la Mafia en Italia y, a no mucho tardar, el terrorismo islamista en toda Europa Occidental. Rara vez he visto tantas banderas europeas ondeadas con tanto entusiasmo como en Maidán, la gran plaza de Kiev, durante la Revolución Naranja del invierno de 2004. Entretanto, los franceses y los neerlandeses no tardarían en rechazar en sendos referéndums la Constitución propuesta.

Por todo el continente las fuerzas del orden y el desorden, de la cooperación y la confrontación, de la integración y la desintegración estaban enzarzadas en una lucha constante.

EL BUEN REY WENCESLAO

Estamos en Bruselas a principios de 2020, somos un grupo de europeos y debatimos sobre el futuro de Europa sentados a una gran mesa de comedor redonda. Pierre Vimont, un diplomático francés juicioso y de voz suave, nos cuenta que una figura muy relevante de la Unión Europea se quedó de una pieza cuando un entrevistador televisivo le planteó una pregunta sencilla: «¿Quién es su héroe europeo?».

Decidimos que cada uno de los sentados a la mesa ofrezca su respuesta. El claro ganador, con seis votos de diecisiete, es Václav Havel. El otro único «héroe europeo» que recibe más de un voto es Winston Churchill. El rey Juan Carlos de España, el estonio Lennart Meri, la política francesa Simone Veil, Willy Brandt, Erasmo y Pericles deben conformarse con un solitario defensor. Al final de la ronda de opinión emito el sexto voto para Havel.

La vida de personalidades como Winston Churchill, Konrad Adenauer, Jean Monnet, Charles de Gaulle y Alcide de Gasperi muestra que la experiencia trágica de la «guerra civil europea» librada entre 1914 y 1945 encontró una expresión positiva en la construcción de la Europa de posguerra. Junto con Bronisław Geremek, Lennart Meri y otros cuantos, Havel es el gran ejemplo de cómo la experiencia trágica de Centroeuropa entre 1945 y 1989 encontró una expresión positiva en la construcción de Europa tras la caída del Muro.

La historia de cómo Havel pasó de ser un dramaturgo disidente a presidir su país, de la cárcel al Castillo de Praga, se ha contado muchas veces como el mito simplista que envuelve a las celebridades. Es fácil presentarlo como una versión moderna del buen rey Wenceslao, el monarca bohemio del siglo X que, según un villancico inglés muy querido, sale a la nieve con su sirviente en Navidad para llevar comida y vino a un campesino pobre: *Mark my footsteps*

good my page / Tread thou in them boldly («Fíjate en mis huellas, buen paje mío. / Pisa en ellas con determinación»). Wenceslao es Václav en checo, como en la Václavské náměstí (plaza Wenceslao) de Praga, que recibe el nombre del rey medieval más tarde beatificado y convertido en san Václav. Havel no solo compartía su nombre de pila y, como primer presidente de la República Checa, fue su remoto sucesor en el cargo de gobernante titular de Bohemia, sino que además, en cuanto figura histórica, ha experimentado el equivalente político de la beatificación y ha devenido un segundo san Václav.

La palabra «héroe» se utiliza en sentido muy amplio en nuestra época. En mi juventud creía en los héroes, entendidos como seres humanos superiores y sin tacha. Ahora me muestro más prudente, sobre todo por haber visto cómo algunos de mis antiguos ídolos de entre los disidentes centroeuropeos cambiaron después de 1989. Alguien que es un héroe en una situación determinada puede comportarse muy mal en otra. No obstante, aunque no existen los héroes perfectos, sí existe el heroísmo.

En su época de disidente, Václav Havel dio pruebas de verdadero heroísmo. Nacido en 1936 en el seno de una adinerada familia burguesa, en los primeros años de régimen comunista se le negó el acceso a los estudios superiores a causa de su «inadecuado» origen social. Pero se instruyó a sí mismo. Una de sus primeras influencias más destacadas fue el filósofo Josef afařík, amigo de su familia. afařík le enseñó que cada cual debe obedecer la voz de la conciencia «de manera espontánea, por su cuenta y riesgo y por iniciativa propia».[268] Cada persona debía buscar la verdad como mejor supiera, la verdad tal y como ella la entendiera, y luego defender su postura, incluso hasta la muerte. Lo más importante era esa verdad personal declarada.

Havel fue abriéndose camino con trabajos corrientes en el teatro, como tramoyista y técnico de iluminación, hasta convertirse en un dramaturgo de fama internacional, un Samuel Beckett o un Harold Pinter checo, con un característico toque kafkiano. Su obra *Memorándum*, por ejemplo, gira en torno a un director de una oficina gris que pugna por entender los comunicados que recibe en una

indescifrable jerga burocrática denominada «*ptydepe*». El joven autor teatral participó en la Primavera de Praga en 1968 y en agosto de ese año dio indicaciones a sus compatriotas para oponerse a la invasión soviética de Checoslovaquia y a la posterior ocupación: «Utilice contra el enemigo cualquier método que él no se espere: no le manifieste ningún tipo de comprensión, ridiculícelo y muéstrele lo absurdo de esta situación».[269]

Después, sin embargo, llegó una época de desesperanza, en la que se entregó a las fiestas, la bebida y la conquista de mujeres, así como al trabajo creativo. Más tarde describiría sus recuerdos de la primera mitad de los años setenta como una «niebla amorfa».[270] Pero luego, en 1975, a partir de una soberbia carta abierta al líder del Partido Comunista, Gustáv Husák, se convirtió en un «disidente». Había llegado la hora de lo que, haciéndose eco de su primer maestro, definió como «vivir en la verdad». Desempeñó un papel decisivo en la articulación de una alianza de diversas figuras, desde excomunistas hasta conservadores católicos, para lanzar, en enero de 1977, el manifiesto conocido como «Carta 77». En él reclamaban respeto por los derechos humanos y civiles recogidos en los pactos internacionales de la ONU y en el Acta Final de Helsinki, todos ellos suscritos por el régimen checoslovaco. Los firmantes del manifiesto serían conocidos como «cartistas» y Carta 77 se convirtió en un movimiento disidente organizado.

Luego llegó una época de dudas e ignominia. Tras ser detenido, sometido a reiterados interrogatorios y amenazado con una larga condena en la cárcel, firmó una petición para solicitar su puesta en libertad, con la promesa de «abstenerse de toda actividad política pública» y concentrarse solo en las artísticas. Esa promesa se entretejió en otras declaraciones que había hecho durante los interrogatorios y se publicó como una retractación en el *Rudé Právo*, el periódico del Partido Comunista. Havel se obsesionó con ese «fracaso», que lo atormentó y sobre el que escribió en cartas y obras de teatro. Más importante aún: aprendió de él. En 1979, ante la perspectiva de una larga pena de prisión por sus actividades disidentes, aceptó con plena conciencia el mal trago. Como afařík le había enseñado, vivir en la verdad significaba estar

dispuesto a pagar ese precio. Pasó 1.351 días entre rejas. Al principio tuvo que desempeñar el duro trabajo de soldador. El primer comandante del centro penitenciario era un sádico y le dijo que Hitler había sabido llevar mejor las cosas: «Enseguida gaseó a las sabandijas como tú».[271] Al final lo enviaron al hospital, muy enfermo. Nunca recuperó del todo la salud. Su compañero Jiří Dienstbier, también preso político, me contó una vez que los carceleros trataban especialmente mal a Václav porque parecía apocado, casi sumiso, y siempre intentaba explicar las cosas. Les sorprendió mucho descubrir, añadió Jiří con una risita y una cerveza en la mano, que el prisionero Havel era el más correoso del grupo.

No hacía mucho que el dramaturgo disidente había salido de la cárcel cuando lo conocí en su apartamento de Praga. Mis notas lo describen como un hombre con pinta de morsa, con unos bigotes caídos, cabello rubio y ondulado, el cuerpo redondo como un barril sobre unas piernas cortas, y una «voz inesperadamente grave». Me dijo que había dos preguntas esenciales: ¿Carta 77 dice la verdad? Si así es, ¿acaso esa verdad va llegando poco a poco al conjunto de la sociedad? Respondió a la primera con un sí rotundo, y a la segunda de forma más vacilante.

Un día de 1986 me dirigí al norte de Bohemia para visitarlo sin previo aviso en la casa de labor donde vivía. Al acercarme vi que un coche de la policía bloqueaba la entrada. Enseguida cambié de planes y enfilé un sendero, escondí mi automóvil en el bosque y, maldiciendo el color claro de mi gabardina porque me hacía muy visible, bajé por la cuesta entre la alta hierba en dirección a la parte posterior de la vivienda. Si la policía me hubiera filmado, habría conseguido un perfecto cortometraje propagandístico: «Visita de un agente del imperialismo occidental». Di unos golpecitos en la ventana de la cocina y Havel salió a recibirme en zapatillas, con unos pantalones de pana rojo oscuro y una camiseta donde se leía: «La tentación es grande». (*La tentación* era el título de su última obra, que acababa de estrenarse en Viena).

—Me preguntaba a quién estaría esperando la policía.

Luego, mientras tomábamos cerveza y sopa y la policía aguardaba fuera, en la inopia, mantuvimos una de las

conversaciones más inolvidables de mi vida. Hablamos durante horas sobre la tensión que suponía escribir cuando en cualquier momento la policía podía incautarse del texto mecanografiado, sobre la misión del analista político, la ambigüedad moral de las políticas occidentales de distensión y la cobardía de las embajadas occidentales. (El embajador francés se opuso a que a Havel se le entregara en la embajada el doctorado *honoris causa* por la Universidad de Toulouse). Sus palabras revelaban, aparte de intensidad y sentido del humor, un sagaz instinto político.

En aquel entonces Havel ya había filtrado sus duras experiencias en algunos de los mejores ensayos políticos del siglo XX. En «El poder de los sin poder» pone el ejemplo del verdulero que coloca en el escaparate, entre las cebollas y las zanahorias, un letrero que reza: «¡Proletarios del mundo, uníos!».[272] ¿Por qué lo hace? ¿Acaso le entusiasma la unidad de los proletarios del mundo? No, está transmitiendo a quienes ejercen el poder su disposición a amoldarse y obedecer. Si le pidieran que mostrara las palabras «Tengo miedo y por eso obedezco sin rechistar», el mensaje sería cierto, pero él no estaría tan dispuesto a dejar a la vista el cartel. Por tanto, el sistema de poder confía en el autoengaño y la complicidad de la mayoría. Si el pueblo solo ve y reconoce la verdad y arranca los finos hilos del autoengaño y las mentiras, entonces descubrirá el poder de los sin poder.

Era un análisis nacional, pero también universal. Catorce años después hablé de eso en Rangún con Aung San Suu Kyi, la líder de la oposición birmana, en uno de sus breves periodos de revocación del arresto domiciliario. Afirmó que los textos de Havel le habían servido de inspiración. (Por desgracia, carecía del sagaz instinto político del dramaturgo checo). Estudiantes de Teherán, Nueva Delhi, Kiev y Pekín me han planteado preguntas sobre «El poder de los sin poder». Habían leído traducciones clandestinas o versiones del ensayo encontradas en internet. En 2019, mientras se desarrollaban las manifestaciones en favor de la democracia en Hong Kong, llegó a las librerías una nueva edición del ensayo, del que se reprodujeron fragmentos en las redes sociales. Aunque Havel hubiera muerto en el hospital en 1983, al final de su larga condena en prisión, esos ensayos habrían perdurado como

una aportación claramente europea al proceso de aprendizaje compartido de la humanidad.

Por suerte sobrevivió y nos vimos a menudo hasta que falleció en 2011. Nuestro siguiente encuentro fue también el más breve. En 1988 otras personas y yo viajamos a Praga a fin de participar en un simposio extraoficial organizado por él para conmemorar el vigésimo aniversario de 1968. Tal como se nos indicó, nos reunimos en el decadente pero todavía precioso restaurante jugendstil del hotel Paříž. Havel solo tuvo tiempo de decir «Declaro abierta la sesión» antes de que la policía secreta lo arrestara y se lo llevara.

Los disidentes de todo el mundo suelen ser personajes enérgicos y vocingleros, dignos de admiración pero no siempre adorables. Havel hablaba bajito, con una voz grave y retumbante; era cortés, apocado, casi sumiso, y poseía una especie de vulnerabilidad que resultaba inmensamente atractiva, sobre todo a las mujeres. Václav era adorable y yo también lo adoraba. Inspirado por su ejemplo, durante los años siguientes trabajé, junto con el pensador liberal germano-británico Ralf Dahrendorf, el historiador francés François Furet, el escritor sueco Per Wästberg y otros, en un proyecto para apoyar las publicaciones independientes y clandestinas en Europa Central y del Este, muchas de ellas en Checoslovaquia, y dediqué infinidad de horas a las ingratas tareas administrativas.[273] Havel lo apreció. Fue una de las razones por las que, cuando en noviembre de 1989 por fin llegó el cambio a Praga, me ofreció un asiento de primera fila en el cuartel general de lo que pronto se denominaría la Revolución de Terciopelo. Como correspondía a un dramaturgo, el cuartel general era el teatro Linterna Mágica.

Luego, casi en un abrir y cerrar de ojos, a finales de diciembre de 1989, Havel estaba en el Castillo de Praga, tomando posesión del cargo de presidente, con un traje que le habían confeccionado a toda prisa y cuyos pantalones le quedaban cortos. Durante su presidencia, ya nos viéramos en Londres o en Washington en el transcurso de sus visitas oficiales, en una cumbre de la OTAN celebrada en Praga, de forma más discreta en la residencia de campo del presidente en Lány o en un

viaje en coche por la campiña del norte de Bohemia, cada encuentro aportaba una nueva perspectiva o anécdota cómica. Me describió muy bien una gran caja negra que había visto en el automóvil presidencial de Bill Clinton y que supuso que contenía los códigos nucleares. Sin embargo, cuando la abrieron, descubrió en el interior un montón de latas de Coca-Cola. «¡Todos los tipos de Coke!», comentó Havel con su voz retumbante, y soltó su característica risita.

Me contó que ya no tenía tiempo para escribir ensayos ni obras de teatro, de modo que cuidaba sus discursos como si fueran su «gran obra», una expresión con resonancias alquímicas que tomó prestada de uno de sus predecesores en el Castillo de Praga, Rodolfo II, el excéntrico emperador Habsburgo del siglo XVII.[274] Los preparaba con esmero, a menudo con un montón de libros apilados sobre el escritorio, y los mejores eran de su puño y letra.

En varios de ellos mantuvo una discusión amistosa conmigo sobre los políticos intelectuales. Yo sostenía, sin ninguna originalidad, que los papeles del político y del intelectual no solo son diferentes, sino que además existe una tensión creativa entre ambos. La tarea del intelectual consiste en buscar la verdad y decírsela al poder. Los políticos, por su parte, deben usar la palabra de un modo diferente, más instrumental, a fin de potenciar su partido y su programa exponiendo argumentos parciales con la mayor fuerza posible. En vez de perseguir la finura intelectual o la sinceridad absoluta, deben repetirse una y otra vez para causar mayor impresión. En suma, el intelectual debería tratar siempre de vivir en la verdad, mientras que el político tiene que trabajar en las medias verdades. Ambos cometidos son legítimos y necesarios para que exista una democracia liberal floreciente, pero son distintos y no deberían confundirse. Como testimonio supremo, citaba a Immanuel Kant: «No cabe esperar que los reyes filosofen o que los filósofos lleguen a ser reyes, pero tampoco es deseable, pues la posesión del poder corrompe inexorablemente el libre juicio de la razón».[275]

Havel discrepaba y aprovechaba sus discursos, en ocasiones en los lugares más increíbles, para explicar el porqué. En abril de 1992, en Tokio, el público japonés del Asahi Hall debió de

quedarse un poco desconcertado al ver que reanudaba ante ellos esa discusión por conferencia telefónica con un «amigo británico». Les dijo que había que infundir «un aire nuevo, un espíritu nuevo, una nueva espiritualidad» en los arraigados estereotipos de la política actual.[276] La política debería «humanizarse» y habría que «cultivar su dimensión espiritual». «Los filósofos y los poetas con carteras ministeriales no salvarán el mundo por sí solos, claro está, pero podrían, en determinadas circunstancias, contribuir a su salvación». Y concluyó con estas palabras: «A aquellos a quienes el destino nos ha puesto en esta posición nos corresponde demostrar si mi amigo británico ha sido clarividente o tan solo está demasiado influenciado por la idea ramplona de que cada cual debe limitarse a su oficio».

El largo periodo en que ocupó la más alta magistratura, primero como presidente de Checoslovaquia y luego de la República Checa, hasta su retiro en 2003, da prueba de ambos puntos de vista. Ninguno de sus discursos, excepto quizá el primero, pronunciado el día de Año Nuevo de 1990, está a la altura de sus mejores ensayos. Como político que debía perseguir la reelección, no podía vivir del todo «en la verdad». Hizo concesiones. Firmó una ley de «lustración» con la que no estaba en absoluto de acuerdo porque proscribía de una amplia gama de empleos del sector público a categorías enteras de trabajadores y colaboradores de la policía secreta. (Más tarde llevó la ley al Tribunal Constitucional y así consiguió algunas modificaciones). En ocasiones fue humillado por el thatcherista Václav Klaus, el otro Wenceslao, aunque desde luego este jamás habría caminado por la nieve para dar de comer a un campesino famélico.

Havel se aferró demasiado tiempo al cargo, como suele ocurrirles a los políticos. No tendría que haberse presentado a las elecciones para un segundo mandato en la presidencia de la República Checa en 1998. Al final muchos checos se cansaron de sus gestos teatrales y sus prédicas moralistas. A menudo parecía estar incómodamente suspendido entre la «ética de la responsabilidad» del político y la «ética de la convicción» del intelectual, por emplear los conceptos de Max Weber. Él mismo dijo que en la política de alto nivel había descubierto la falta de poder de los poderosos. Si se hubiera

mantenido fiel a la promesa que hizo al final de la Revolución de Terciopelo y hubiera sido presidente solo hasta las primeras elecciones democráticas de mediados de 1990, ¿habríamos tenido más ensayos extraordinarios de una autoridad moral indiscutible?

Y, sin embargo, sin embargo… ¿Cómo habría sido la República Checa, el Estado recién creado, si él no hubiera estado ahí para marcar la pauta? Cuando, después de su muerte, vimos el recibimiento dispensado al dalái lama en Praga y cómo un senador checo desafiaba el poder de la China comunista para rendir homenaje a la democrática Taiwán, fuimos testigos del legado de Havel. En 2020 oí a la comisaria europea checa, Věra Jourová, hablar de forma apasionada de la necesidad de que la Unión Europea defendiera el Estado de derecho en Polonia y Hungría. «La democracia debe estar escrita en nuestro corazón», afirmó. Puro Havel. Sin duda Jourová tenía una gran fotografía de Havel en una pared de su despacho de Bruselas.

Václav Havel tenía asimismo un mensaje más amplio para Europa, un mensaje que con toda probabilidad fue más difundido porque era jefe de Estado y no solo un escritor. Durante toda su vida fue un entusiasta de la unidad europea. Con dieciséis años, en una carta a un amigo comentó lo siguiente sobre el nacimiento de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero: «Fíjate, la Europa unida ya está naciendo…».[277] Aun así, en sus discursos de la década de los noventa añadió una importante advertencia. En 1994 dijo al Parlamento Europeo que, a su juicio, leer el Tratado de Maastricht era «escudriñar el mecanismo de una máquina moderna perfecta y enormemente ingeniosa».[278] Maastricht se había «dirigido a mi razón, pero no a mi corazón». La Unión Europea necesitaba «un acta constitutiva propia que definiera con claridad las ideas en que se basa […] y los valores que pretende encarnar». En 1999, ante el Senado francés, elogió los avances de la unificación europea, pero agregó:

> No logro desprenderme de la sensación de que tal vez todo esto sea un trayecto en tren que empezó antes, en otra época y en circunstancias distintas, y que tan solo continúa, sin recibir nueva

energía, nuevos impulsos espirituales, un renovado sentido de la dirección y del propósito del viaje.[279]

Y retomó la idea del acta constitutiva. Esta vez la llamó «Constitución europea», pero debería ser «una constitución que todos los niños de Europa puedan aprender sin dificultad en la escuela».

Le preocupaban tanto la falta de atractivo emocional y el sentido de dirección que los dos trabajamos con el pianista y director de orquesta Vladímir Ashkenazi en la creación de un nuevo texto para el himno europeo, que se presentaría en Praga. Los primeros versos que escribí rezaban: «Europa en el corazón de las naciones / intentando alcanzar una ley suprema». Tampoco ahora me parecen tan malos, pero la estrofa empeoraba y algunos de mis amigos siguen burlándose de mí a cuento de eso. Al final abandonamos el proyecto, pero la advertencia de Havel sigue siendo perentoria para la Unión Europea de nuestro tiempo. Esta Unión le habla más a la cabeza que al corazón.

En todos esos discursos de Havel destaca la exigencia de que Europa defienda la «civilización planetaria».[280] En su momento esa opinión —al igual que su apoyo a la hipótesis Gaia de James Lovelock, que describe la Tierra como un único sistema gigantesco y autorregulado— se consideró en general una pequeña excentricidad del rey filósofo. Sin embargo, hoy en día, cuando el cambio climático se ha convertido en una amenaza existencial y la actividad humana reduce la biodiversidad, parece clarividente. En ese sentido Havel se adelantó a Greta Thunberg.

En cuestiones más inmediatas, le horrorizaba lo que estaba sucediendo en otra federación comunista que se disgregaba a toda velocidad y cuyo divorcio, a diferencia del de la antigua Checoslovaquia, no era pacífico. Su voz fue una de las que con mayor elocuencia exhortó a Estados Unidos y la Unión Europea a intervenir para poner fin al derramamiento de sangre e impedir un genocidio. Si Václav Havel representa lo mejor de los años inmediatamente posteriores a la caída del Muro, la antigua Yugoslavia representa lo peor.

UN GENOCIDIO OTRA VEZ

Un día de octubre de 1995 atravesé en coche los eriales de Krajina, en Croacia, una tierra donde se había llevado a cabo una «limpieza étnica». «Cuesta describir el efecto acumulado de ver, kilómetro tras kilómetro, hora tras hora, casas quemadas, devastadas, despojadas de todos los objetos de valor», escribí.

> Ventanas rotas. Botellas, ropa de cama, muebles destrozados y papeles esparcidos por el suelo [...]. Ni tractores ni maquinaria agrícola. Ni ganado. Ni perros. Unos pocos gatos, los más resistentes de los animales. Pero, sobre todo, ni una sola persona. Casas. Carreteras. Restos de tiendas. Casas de labor. Huertos. Viñas bien cuidadas. Pero nadie, nadie, nadie, salvo las patrullas de policía croata [y] unos cuantos vehículos de la ONU.

«Se ha dedicado una cantidad increíble de trabajo denodado a esta “limpieza”», añadía. Más tarde nos topamos con unas cuantas campesinas serbias ancianas y asustadas que vestían el traje tradicional, todas de negro. En la ciudad de Kistanje, abandonada desde hacía mucho, encontramos álbumes de fotografías familiares colocados sobre una mesa del mercado vacío: la boda, el bautizo, una fiesta. Toda una vida que jamás volvería.

Los serbios habían empezado la tarea en 1991, en los primeros meses de la sangrienta disolución de Yugoslavia, cuando convirtieron esa bella y montañosa región fronteriza —la antigua «frontera militar» del Imperio austrohúngaro— en un paraestado brutal y gansteril que se hacía llamar República Serbia de Krajina. Expulsaron a la mayoría de sus vecinos croatas, mataron a otros, desvalijaron sus casas e incendiaron las iglesias católicas romanas. Pero cuatro años después, en agosto de 1995, los croatas acabaron el trabajo. Unos doscientos mil serbios huyeron ante la amenaza de la

Operación Tormenta, una operación militar croata destinada a liberar Krajina.[281] De nuevo veíamos cómo, en palabras de Auden, «a quien mal se inflige / maldades comete a cambio». Los saqueadores fueron saqueados, los ladrones, robados, y esta vez fueron las iglesias ortodoxas las que acabaron destrozadas por buenos cristianos de otra confesión. Al cabo de unos años, hombres de ambos bandos, serbios y croatas, serían condenados por crímenes de guerra.

A los serbios inocentes que quedaron atrás se les ayudó a pasar a la otra vida al amparo de la noche. Dos meses después del final de la Operación Tormenta, en Knin, la capital, la «fuerza de protección» de las Naciones Unidas me entregó su recuento de los asesinatos cometidos hasta ese momento: en torno a un centenar. Apenas un error de redondeo en las estadísticas de las personas muertas, violadas, mutiladas y desplazadas a lo largo de los diez años que se tardó en destrozar un país europeo. En la entrada de una casa saqueada encontré una gran fotografía en blanco y negro del mariscal Tito, el hombre que había forjado y mantenido unida la República Federal Socialista de Yugoslavia hasta su muerte, en 1980. La huella embarrada de una enorme bota cruzaba la cara de Tito.

Cuando la luz de la tarde declinaba, en el jardín de otra casa incendiada encontramos un libro de poesía para niños, *El bandido Katja y la princesa Nadja*, publicado en Sarajevo en 1989. «Ah, sí —dijo Ana Uzelac, periodista que había crecido en Yugoslavia—. De pequeña me encantaba». Lo abrió y en la creciente penumbra recitó:

El actor
actúa.
El cantante
canta.
El juez
juzga.
El estudiante
estudia.
El cocinero
cocina.
El vigilante
vigila.
Así crece

nuestra Yugoslavia. [282]

(Ahora mismo tengo delante el volumen, todavía con la cubierta sucia).

Al anochecer abandonamos el erial montañoso y nos mezclamos con los turistas alemanes en la preciosa ciudad turística de ibenik, en la costa dálmata. Ahí había luz eléctrica, agua corriente, una pareja de jóvenes que se besaban apoyados en una moto…, y nos esperaba un buen expreso en el Café Europa. Oh, Europa.

Al cabo de una semana me encontraba en la ciudad bosnia de Tuzla, hablando con un cerrajero de treinta y nueve años convertido en soldado que apenas tres meses antes había sobrevivido a la masacre de Srebrenica. Le habían herido en el pie y unos médicos neerlandeses le operaron en el «área segura», en principio protegida por la ONU. Le aseguraron que se hallaba a salvo. Pero luego las tropas serbobosnias que habían invadido la zona que ocupaba la pequeña fuerza neerlandesa de protección de la ONU lo trasladaron. Me contó que había visto a sus «protectores» neerlandeses beber con los serbios. Sobrevivió de milagro, pero dejaron que la herida se le infectara —se le llenó de lombrices, decía— y el comandante del campo serbio le propinó una patada. Ignoraba qué había sido de su padre y sus dos hermanos.

La masacre de Srebrenica, en julio de 1995, fue el peor crimen de guerra cometido en Europa desde 1945. El tribunal internacional constituido en La Haya para juzgar los crímenes perpetrados en la antigua Yugoslavia lo consideró un acto de genocidio. El asesinato de unos ocho mil hombres y niños bosnios fue un trabajo denodado. Las tropas serbobosnias al mando del general Ratko Mladić no disponían de cámaras de gas. Así pues, transportaban a los «musulmanes», como los asesinos los llamaban, en camiones hasta los campos de la muerte y les disparaban de uno en uno en la cabeza. Cuando llegaban los cautivos del siguiente camión, veían los cadáveres recientes dispuestos en filas.

Uno de los asesinos, Dražen Erdemović, recordaba que el olor le evocaba el de una carnicería que frecuentaba de niño. [283] Cada víctima reaccionaba de una forma distinta: unos suplicaban («No me matéis, por favor. Salvé a algunos serbios

en Srebrenica, tengo su número de teléfono»),[284] otros maldecían, otros ofrecían dinero, otros se encaminaban en silencio a la muerte. Algunos no morían con el primer disparo y había que rematarlos. Erdemović procuraba no mirarlos a la cara. Sin embargo, jamás olvidaría el rostro de un muchacho de quince años como mucho, descamisado y con la piel pálida bajo la intensa luz del sol. El chiquillo abrió los ojos de par en par al ver las filas de cadáveres. Cuando se arrodilló, preparado para recibir un tiro en la nuca, susurró: «¡Madre! ¡Madre!».[285]

«¡Nunca más!», habían decidido los europeos después de 1945. Ahora volvía a ocurrir. Una parte de Europa se sumía de nuevo en el infierno de creación humana de la guerra fratricida, la violación, la limpieza étnica y el genocidio. «Acabo de regresar de 1945», escribí en uno de los catorce cuadernos que conservo sobre la antigua Yugoslavia. Esa tragedia se desarrolló mientras, a solo unos kilómetros de distancia, otros europeos seguían con su vida, bebían café en las cafeterías y elogiaban la victoriosa Europa de la libertad, la paz y la prosperidad. Yo también. ¿Cómo era posible que hubiera celebrado tan alegremente con mis amigos mi cuadragésimo cumpleaños en nuestro jardín de Oxford mientras ese mismo día, 12 de julio de 1995, se ejecutaba a sangre fría a bosnios como ese chico que había gritado «¡Madre!»? Peor aún: eso sucedía ante las mismísimas narices de los soldados neerlandeses, franceses y de otras nacionalidades europeas que debían protegerlos en nombre de las Naciones Unidas. Con anterioridad, en enero de 1993, el doctor Hakija Turajlić, vicepresidente de la República de Bosnia y Herzegovina, había muerto a consecuencia de los disparos de un combatiente serbio cuando viajaba en el asiento trasero de un vehículo francés de transporte de personal con bandera de la ONU.

De Tuzla fui a Sarajevo, donde me encontré con la amargura y la rabia de quienes habían sobrevivido más de tres años al asedio de las fuerzas serbobosnias mientras el resto de Europa miraba hacia otro lado. Esos ciudadanos de Sarajevo escupían la palabra «Europa» con amargo desprecio. Para ellos, Europa se había convertido en un término obsceno. Cuando decían «antes de la guerra», se referían a

antes de 1992, no de 1939. El año cero estaba a punto de repetirse.

Poco antes de mi viaje a Bosnia, el papa Juan Pablo II habló con el presidente Bill Clinton en la ciudad de Newark. Le dijo que el siglo XX había comenzado con una guerra en Sarajevo y que el presidente estadounidense no debía permitir que terminara del mismo modo.[286] Gracias a Estados Unidos la contienda de Bosnia por fin terminó, aunque con un acuerdo de paz negociado en Dayton (Ohio) que se basaba en la división étnica y que encerraba problemas para el futuro.

En vez de con una guerra en Sarajevo, el siglo XX concluiría con una en Kosovo. La cuarta guerra de sucesión yugoslava, que siguió a las de Eslovenia, Croacia y Bosnia, culminó con una ocupación liderada por la OTAN y el establecimiento de un protectorado internacional en el verano de 1999. Para muchos de mis coetáneos, la experiencia decisiva fue Bosnia; mi compromiso más fuerte fue con Kosovo. Había descubierto ese rincón de Europa casi desconocido ya en los setenta, en mi juventud ávida de cultura, cuando me enamoré de los exquisitos monasterios medievales ortodoxos serbios de Peć, Gračanica y Visoki Dečani. En 1983 regresé a Kosovo para escribir sobre el conflicto creciente entre la mayoría albanesa, formada sobre todo por musulmanes, y las autoridades serbias/yugoslavas. Mi artículo del *Spectator* se titulaba «Belfast en Yugoslavia».[287] Se basaba en un chiste que había oído en Pristina, la capital de la provincia: «¿Te has enterado de que han decidido cambiarle el nombre a Pristina? A partir de ahora se llamará Belfast».

A finales de los noventa pasé varias semanas viajando por la antigua Yugoslavia y hablé con albaneses y serbios en Kosovo y con todos los bandos en Belgrado. La represión serbia en la provincia era intensa. En 1998, cuando cobró fuerza la insurrección armada del autodenominado Ejército de Liberación de Kosovo (ELK) de los albanokosovares, vi por primera vez en mi vida cómo los rígidos cadáveres de los hombres asesinados asomaban de las bolsas de plástico improvisadas para su traslado. Y contemplé cómo la sangre fresca de dos policías serbios asesinados enrojecía la nieve en una aldea llamada Prilep, al sur del monasterio de Dečani. Vi a madres llorar sentadas al lado de sus casas en ruinas. Los

niños las rodeaban con ojos enormes y perplejos. Las tropas de Slobodan Milošević, el dirigente poscomunista de Serbia y de lo que quedaba de Yugoslavia, reaccionaban con más brutalidad aún que antes.

—¡Pero seguro que ni siquiera a Milošević se le ocurrirá tratar de realizar la limpieza étnica de 1,8 millones de albaneses! —exclamé ante el presidente esloveno Milan Kučan cuando hablamos en su despacho de Liubliana en el otoño de 1998.

—Usted no conoce a Milošević.

Cientos de miles de albanokosovares huyeron para salvar la vida, pues temían un genocidio aún mayor que el de Bosnia. Conocían a Milošević. Estados Unidos y Europa por fin se sintieron impulsados a actuar ante las advertencias de «una nueva Bosnia» formuladas por periodistas, políticos y autoridades morales como Havel y el papa, todas ellas personas tenaces y rectas. En marzo de 1999 la OTAN empezó a atacar Serbia. Tras setenta y siete días de bombardeos y de una presión exterior cada vez mayor, el dirigente serbio al fin accedió a la presencia de fuerzas internacionales en Kosovo. En la práctica, eso significó la entrada de tropas de la OTAN al mando del general Michael Jackson —con sus excelentes mapas de la Wehrmacht—, que fueron recibidas como libertadoras por la población albanesa. Las seguí durante unos días en un viejo todoterreno Lada muy maltrecho. (Si Marlene Dietrich todavía tenía «una maleta en Berlín», yo todavía tengo cuatro latas grandes de gasolina en Skopie. Tuve que comprarlas —y pagar en efectivo, en marcos alemanes, claro — porque no cabía confiar en el suministro de gasolina alrededor de las zonas liberadas y ocupadas de Kosovo).

En Pristina vi grafitis en los que se daba las gracias al primer ministro británico «Tony Bler» y se proclamaba «God Save the Quin». En las montañas localicé a Ramush Haradinaj, un conocido comandante del ELK. Procedía de la región de Drenica, famosa por su capacidad de resistencia. Las tropas serbias le habían matado a dos de sus hermanos y él mismo había resultado herido en un tiroteo el año anterior. Pero ahora se imputaba a su unidad del ELK la comisión de crímenes de guerra, entre ellos el asesinato de aquellos dos policías serbios cuya sangre fresca yo había visto el invierno

anterior, con su rojo intenso sobre la blanca nieve. Así pues, lo acusé de esas muertes.

«Espero que fueran más de dos —respondió—. Me alegraba ver policías militares muertos». El país respetaría su historial de combate. «Yo no puedo ser la madre Teresa. Yo soy el ELK».

En el transcurso de los veinte años siguientes, Haradinaj sería juzgado dos veces en La Haya por crímenes de guerra y en ambas ocasiones sería absuelto.[288] El tribunal se quejó de que existían indicios convincentes de intimidación a los testigos. También sería dos veces primer ministro de Kosovo, por lo que en muchas capitales de Europa se le trataría con el respeto debido a un titular de la más alta magistratura. Pero yo nunca olvidaré la conversación que mantuvimos en las montañas.

En el cercano monasterio de Dečani, el padre Sava, solemne y barbudo, no gastaba el aliento echando la culpa a los albaneses como Haradinaj. Según él, fue Milošević quien «no solo perdió Kosovo, sino que además destruyó por completo, física y espiritualmente, a su propio pueblo». Los monjes de Dečani habían sobrevivido quinientos años bajo los turcos y cincuenta bajo el comunismo, pero lo que el dirigente serbio les había hecho era lo peor de todo. «En este santuario —concluyó—, no está bien mencionar su nombre (usando la palabra «bien» para aludir a lo correcto y adecuado). Milošević, el que no debe ser nombrado, el Voldemort de Belgrado.

Corría el mes de diciembre de 1999, y al regresar a lo que se había convertido en una clase extraña de protectorado internacional encontré al agente Colin Campbell, de la Royal Ulster Constabulary (la policía de Irlanda del Norte) patrullando las maltrechas calles de Pristina con una boina azul de la ONU. Me comentó que la situación allí era como «la de nuestro país»: había dos comunidades que se odiaban y a la policía le correspondía la peliaguda tarea de mantener la paz entre ellas. Pero las cosas se habían calmado en Irlanda del Norte desde el Acuerdo de Viernes Santo, firmado un año antes, de modo que había decidido aceptar un trabajo en Kosovo. Belfast había ido a Pristina.

Se acabó el siglo, pero no la sangrienta disolución de la

antigua Yugoslavia. En la vecina Macedonia, el siglo XXI europeo comenzó con la quinta guerra de sucesión yugoslava: el enfrentamiento entre macedonios eslavos más o menos cristianos y macedonios albaneses más o menos musulmanes, que representaban aproximadamente un cuarto de la población. Uno de ellos, Ali Ahmeti, había luchado en Kosovo como comandante supremo del ELK y ahora dirigía en Macedonia una organización que llevaba el pomposo nombre de Ejército de Liberación Nacional. Estados Unidos incluyó a Ahmeti en una orden ejecutiva de junio de 2001, firmada por George W. Bush, en la que se ofrecía una relación de personas involucradas en actos de «violencia extremista» y se le describía como «una amenaza extraordinaria y excepcional a la seguridad nacional y la política exterior» del país.[289] George Robertson, secretario general de la OTAN, había calificado al Ejército de Liberación Nacional de «banda de gamberros asesinos».[290]

Así pues, en octubre de 2001, con los ataques del 9/11 de los terroristas islamistas a Estados Unidos todavía frescos en la memoria de todos, me aventuré a internarme en las altas montañas que unen Macedonia y Albania, para visitar a ese terrorista musulmán en su guarida. Encontré a un hombre instruido de voz queda y más o menos mi edad. En 1981 había participado en las protestas estudiantiles de la Universidad de Pristina y más tarde estuvo varios años dedicado a la política revolucionaria de extrema izquierda en Suiza y Albania. Lo primero que hizo fue ofrecerme un vaso de lo que describió como un whisky «muy bueno», un Bowmore de quince años de la isla escocesa de Islay. Él mismo tomó un trago. No era un musulmán muy estricto en aquel entonces.

Le pregunté qué respondería a quien le dijera: «Es usted un terrorista». Sus guardaespaldas se removieron inquietos cuando el intérprete tradujo mis palabras, pero Ahmeti contestó con mucha calma:

> No puede ser terrorista quien lleva una insignia militar, quien lucha por un objetivo, quien respeta los Convenios de Ginebra y el Tribunal de La Haya, quien actúa en público con su nombre y apellido y responde de sus actos […]. Una persona que persigue buenas reformas y democracia para el país…, y que todos sean

iguales ante la ley.

Poco después, tras un acuerdo de paz negociado por George Robertson en nombre de la OTAN y por Javier Solana en representación de la Unión Europea, Ahmeti cambiaría el uniforme militar por el traje de político. Se convertiría en un líder de etnia albanesa en el país que ahora conocemos como Macedonia del Norte, donde participaría en gobiernos de coalición con sus antiguos enemigos, como hicieron los exdirigentes del IRA Gerry Adams y Martin McGuinness en Irlanda del Norte.

Tras esa extraordinaria conversación, mi intérprete y yo bajamos a toda velocidad por las montañas, hasta que de repente el conductor pisó el freno. Un policía y un paramilitar habían saltado desde el arcén para detenernos en un improvisado control de carretera. Insultaron a mis compañeros albaneses, que estaban visiblemente petrificados, y me gritaron a mí. Lo que más recuerdo del episodio, uno de mis últimos atisbos de la tragedia de la antigua Yugoslavia, fue que, justo después de nuestra temblorosa parada de emergencia, miré por la ventanilla y solo vi, a la altura de los ojos, un arma y una cruz de madera que pendía ante el fornido pecho del paramilitar, que llevaba una chaqueta de camuflaje. Lo recuerdo porque, consciente de la crueldad con que a veces actuaban esos paramilitares, pensé: «La cruz…, mala señal».

Un motivo de la larga y censurable inacción de Occidente durante las guerras de sucesión yugoslavas fue la idea generalizada de que se trataba de «antiguos odios tribales», un punto de vista popularizado por el libro *Fantasmas balcánicos*, de Robert Kaplan. Al parecer los pueblos de la zona se mataban unos a otros desde hacía años. De hecho, oí a un alto funcionario de la Unión Europea decir: «No podemos detener a gente que quiere matarse entre sí».

Sería necio negar la existencia de legados históricos que llevaron a que los conflictos entre etnias fueran más probables en Krajina y Kosovo que, digamos, en Surrey y la Provenza. En la región de Krajina se habían vivido combates feroces durante la Segunda Guerra Mundial entre los guerrilleros croatas fascistas de la Ustacha y los chetniks, que

eran nacionalistas serbios monárquicos. Al contarme cómo había logrado escapar por los pelos con vida de la República Serbia de Krajina a principios de los noventa, un anciano granjero croata empleó sin vacilar ni un instante la palabra «chetnik» para describir a los saqueadores serbios. Las fuerzas serbobosnias no solo llamaban «musulmanes», sino también «turcos», a los descendientes de eslavos convertidos al islam durante el dominio otomano. El general Mladić declaró la víspera del 12 de julio de 1995, día en que sus tropas comenzaron las acciones genocidas en Srebrenica: «Finalmente, tras la rebelión contra los dahis, ha llegado la hora de vengarse de los turcos de esta región».[291] Se refería a una revuelta serbia de 1804 contra la dominación turca otomana. Cuando en 1997 pedí a un alto funcionario serbio en Kosovo que me dijera cuál era la composición étnica de la provincia en aquel momento, sabiendo muy bien que los albaneses representaban una aplastante mayoría, me contestó: «En el siglo XII, el 90 por ciento de la población de Kosovo era serbia». (Cabe suponer que el dato procedía del censo de la ONU de 1192).

Sin embargo, como el agente de policía Campbell observó, tales enemistades históricas eran del todo comparables a las de Irlanda del Norte, donde cada 12 de julio los protestantes celebran la batalla del Boyne, de 1690, como si se hubiera librado el día anterior. Hay un buen chiste que dice que, cuando un avión se dispone a aterrizar en Belfast, el piloto anuncia por megafonía: «Por favor, abróchense el cinturón de seguridad. En Belfast hoy el tiempo es bueno y el año es 1690».

Lo cierto es que al viajar a Belgrado en 1988 uno encontraba un lugar más libre que la Praga de la época, y en algunos aspectos más moderno y occidental. Bosnia era una zona un tanto atrasada, pero tranquila y relajada, donde los matrimonios mixtos entre ortodoxos, católicos y musulmanes eran corrientes. En Kosovo, las tensiones entre albaneses y serbios se agudizaron tras las revueltas estudiantiles de 1981, pero incluso ahí conocí a una joven llamada Violeta que era hija de un albanés y una serbia y había nacido a principios de los ochenta. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Partirse por la mitad? (La respuesta más probable era emigrar).

En todos los rincones de la antigua Yugoslavia se precisaron mucha mala política, propaganda, instigaciones y embustes para llevar al pueblo por el camino de la violencia. En 1997, en Belgrado, charlé con un comandante retirado del ejército que se llamaba Dule y que seguía las noticias de la Radiotelevisión de Belgrado y la prensa nacionalista. Me contó que en Srebrenica «los musulmanes se mataron entre sí».

¿Por qué?, le pregunté.

—Estaban asustados, así que se mataban unos a otros.

Los europeos occidentales y los norteamericanos suelen decir: «Eso no puede ocurrir aquí». Sin embargo, tras el asalto al Capitolio de Washington el 6 de enero de 2021 por parte de ciudadanos convencidos de que Donald Trump había ganado las elecciones presidenciales, ¿estamos tan seguros de que es así? Al final de su historia de Bosnia, Noel Malcolm cita al periodista Miloš Vasić, quien dijo a un público estadounidense que, si el Ku Klux Klan se hubiera apoderado de todos los canales de televisión de Estados Unidos, «también vosotros tendríais una guerra en menos de cinco años».[292]

La triste y aceptada verdad es que, en cuanto actúan la mala política, los discursos peligrosos y la deshumanización, siempre es posible encontrar hombres que cometan atrocidades. No solo psicópatas y extremistas, sino «hombres grises», por citar el título del extraordinario libro en que Christopher Browning analiza cómo en Polonia, en 1942, policías reservistas alemanes se convirtieron en asesinos en masa de judíos.[293] Hombres grises como Dražen Erdemović, que no era un extremista serbio, sino un embaucador medio croata de un pueblo pequeño cercano a Tuzla. Movido por una mezcla de ambición, conformismo, miedo y debilidad —elementos presentes en todos nosotros—, uno sigue adelante y desciende por el camino al infierno, paso a paso, hasta que un día se encuentra en un campo invadido por el hedor de los cadáveres y dispara en la nuca a un niño de quince años que murmura: «¡Madre! ¡Madre!».

El principal artífice de la mala política que desgarró la

frágil federación de la Yugoslavia postsocialista fue Slobodan Milošević. Como el apesadumbrado monje de Dečani apuntó, Milošević les hizo a los serbios lo mismo que Hitler a los alemanes, mancillando su nombre para las generaciones futuras. Con todo, es esencial señalar que la culpa no fue solo del líder serbio y que muchos serbios hicieron cuanto pudieron para oponerse a él.

El líder nacionalista croata Franjo Tudjman fue un cómplice directo de Milošević en la violenta división de Bosnia. En mayo de 1995, en Londres, tras beber un montón de vino durante una comida, Tudjman le dibujó en el reverso del menú un mapa a Paddy Ashdown, político liberal muy comprometido con los asuntos de la antigua Yugoslavia. El mapa mostraba cómo Serbia y Croacia debían repartirse Bosnia. En su autobiografía, Ashdown recuerda que, a la pregunta de «¿Dónde está Bosnia?», el dirigente croata respondió: «No existe Bosnia».[294] Cuando hoy en día veo que se elogia a Croacia por ser un buen y honrado miembro cristiano occidental de la Unión Europea, no puedo por menos que acordarme de la inquietante «limpieza» de Krajina y pensar que, como dice la expresión coloquial, Croacia salió de rositas. Los bosnios fueron más víctimas que verdugos, pero aun así hubo entre ellos matones y asesinos. En Kosovo, como vi con mis propios ojos, hubo asimismo ejemplos de brutalidad por parte del ELK.

Entretanto, existía otra Serbia. Es cierto que a lo largo de los años noventa la mayoría de los serbios votó a Milošević en elecciones relativamente libres, aunque desde luego no justas. Es asimismo verdad que durante esa década algunos serbios se opusieron a Milošević y a sus numerosos crímenes. En 1997 recorrí las calles de Belgrado con estudiantes que desde hacía meses se manifestaban a diario para que se reconociera el verdadero resultado de las elecciones municipales. En una pancarta se leía: «Europolicía, eurodemocracia, euronormas, euroleyes, euroautoridad». Sigo en contacto con algunos de ellos. Todavía se esfuerzan por construir una Serbia europea y democrática.

Además, al final no fueron potencias externas ni el poder de la OTAN y la Unión Europea los que derribaron a Milošević en octubre de 2000, sino los propios serbios con un acto de

resistencia civil en gran parte pacífico. Llegué a Belgrado el día siguiente al asalto al Parlamento de Belgrado, a tiempo para oír cómo, sorprendentemente, Voldemort reconocía en la televisión su derrota electoral. Sin duda aquello no tuvo nada de la inocente alegría que había reinado en Praga en 1989, durante la Revolución de Terciopelo de Havel. Algunos de los implicados tenían pasados turbios. Hablé con un tal capitán Dragan, que, en nombre de la oposición, acababa de tomar la administración de aduanas a punta de pistola.[295] En 1991 el tal Dragan Vasiljković había comandado a los paramilitares serbios en Krajina, y la prensa nacionalista lo había ensalzado cuando, según me contó él mismo, «liberé o, si lo prefiere, ocupé Glina». Pero el derrocamiento de Milošević fue un auténtico triunfo del poder del pueblo.

El resto de Europa, el Occidente en expansión, permitió esos diez años de regreso al infierno. Es una mancha terrible en lo que por lo demás fue uno de los periodos más esperanzadores de la historia europea. Los peores fallos se dieron en la primera mitad de la década. En mayo de 1990, Jacques Poos, a la sazón ministro de Asuntos Exteriores de Luxemburgo, hablando en nombre de la Comunidad Europea declaró: «Es la hora de Europa. […] si hay un problema que los europeos pueden resolver, es el de Yugoslavia».[296] Risas sarcásticas. Con su ridículo uniforme de camisa blanca, jersey blanco, pantalón blanco y zapatillas de deporte blancas, los observadores de la Unión Europea en la antigua Yugoslavia eran conocidos como «los heladeros».

La respuesta de Europa y Occidente mejoró después de Srebrenica. Occidente intervino para impedir el genocidio en Kosovo, lo que no había hecho en Bosnia. Bernard Kouchner, primer representante especial de Naciones Unidas en Kosovo, me contó que su principal preocupación fue «impedir un Auschwitz». Los dirigentes occidentales dedicaron meses enteros a la búsqueda de una solución negociada en Macedonia. Y, gracias al empeño de la Unión Europea y otras instituciones del Occidente ampliado, Milošević, Mladić y el líder serbobosnio Radovan Karadžić acabaron finalmente ante el Tribunal Internacional de La Haya, donde se les hizo responsables de sus crímenes. (En la actualidad Karadžić cumple su condena de cadena perpetua en una cárcel

británica).

No obstante, permitimos que ocurriera. Peor aún: la mayoría seguimos viviendo tranquilamente mientras en la habitación contigua se cometían asesinatos y violaciones. Quizá eso también forme parte de la naturaleza humana. Como un anciano campesino polaco explica en *Shoah*, el documental de Claude Lanzmann sobre el asesinato masivo de judíos europeos: «Si te cortas el dedo, no me duele a mí». [297] Mientras Kosovo se sumía en la guerra en 1998, hice un alto en Bosnia y hablé con Ozren Kebo, que había vivido el sitio de Sarajevo y lo había descrito en un libro titulado *Bienvenido al infierno*.[298] «Para ser sincero —me dijo—, cuando veo imágenes de Kosovo en la televisión, cambio de canal. Nuestra actitud es muy similar a la que Europa Occidental tuvo con nosotros». Pero eso no significa que tal actitud sea correcta. Cada vez que oíamos a un obsequioso dignatario europeo soltar el tópico de que Europa había vivido «en paz» durante décadas, al menos tendríamos que habernos levantado para decir: «¡No es verdad!».

SOPA DE PESCADO

Mientras Yugoslavia se sumía en la guerra y el genocidio, el resto de la Europa poscomunista se embarcaba en un experimento sin precedentes. Se llamó «transición», término popularizado en las transiciones de las dictaduras autoritarias a la democracia en el sur de Europa y Latinoamérica, o «transformación». Ninguna de las dos palabras reflejaba la magnitud del reto. Bajo el comunismo se habían destruido los ingredientes fundamentales del capitalismo y la democracia liberal: la propiedad privada, el Estado de derecho, el pluripartidismo, las elecciones libres y justas, medios de comunicación diversos y sin censura, autonomía académica, pluralismo, sistema de contrapoderes, una sociedad civil fuerte basada en recursos económicos privados independientes del Estado. Se había liquidado todo eso. Había bibliotecas llenas de libros sobre el paso del capitalismo al comunismo y de lo que Marx llamaba democracia «burguesa» al Estado de partido único. En cambio, no existía ninguna guía para viajar en la otra dirección. Nadie lo había hecho. Nadie sabía si podía hacerse.

Como tantas veces, nada plasmaba la verdad mejor que un chiste: «Sabemos que puedes convertir un acuario en una sopa de pescado, pero ¿puedes convertir una sopa de pescado en un acuario?». En las dos décadas siguientes apareció una respuesta: «Sí, pero será un acuario bastante raro». De hecho, surgió toda una colección de acuarios curiosos. Mientras que en enero de 1990 había solo nueve estados en la mitad oriental de Europa, contando la Unión Soviética y Yugoslavia, en 2010 eran veinticuatro, entre ellos Georgia, Armenia, Azerbaiyán, así como Montenegro y Kosovo, que habían declarado su independencia de Serbia.[299] Salvo en la mente de los ciudadanos de Occidente, jamás había existido una Europa Oriental monolítica, pero ahora «la otra mitad»

del continente era más que nunca un caleidotapiz. Cada uno de esos nuevos países experimentó una clase única de transformación.

A diferencia de la Revolución francesa y la rusa, que habían planteado ideas políticas nuevas y utópicas, las revoluciones de terciopelo de 1989 fueron lo que el sociólogo alemán Jürgen Habermas denominó «revoluciones para ponerse al día».[300] Las ideas que iban a materializarse eran antiguas y ya habían sido probadas. El exdisidente polaco Adam Michnik modificó el lema de la Revolución francesa de 1789: «Libertad, fraternidad y normalidad».[301] Con excepción de los rusos, que seguían alimentando sus sueños de grandeza imperial, la mayor parte de los pueblos que habían vivido tras el Telón de Acero solo deseaban libertad, prosperidad, una vida civilizada y la normalidad de países como la República Federal de Alemania, Francia y el Reino Unido, o incluso Canadá y Estados Unidos. Habían visto todo eso en sus ocasionales e inolvidables visitas al legendario Oeste (pensad en el Jiří que conocí en Praga en 1979: ahorró durante siete años para realizar un breve viaje de aniversario de bodas a París), en películas (mi anfitrión de Cracovia, un trabajador siderúrgico que se sentó con una cerveza en la mano a disfrutar de un wéstern en la televisión polaca) y, en el caso de los alemanes del Este, a diario en la televisión de Alemania Occidental. Y en aquel momento Occidente parecía especialmente atractivo. Como la mujer de mediana edad que en un restaurante estadounidense ve a Meg Ryan fingir un espectacular orgasmo en la película de 1989 *Cuando Harry encontró a Sally,* el Este observó a Occidente y dijo: «Tomaré lo mismo que ella».

Desde una perspectiva más elevada, los líderes centroeuropeos consideraron que su objetivo era el «regreso a Europa». Pero esa Europa debía abarcar todas las cosas buenas que se habían conseguido en cuarenta y cinco años de desarrollo en la parte occidental, y esas cosas se veían a través de unas gafas de color de rosa. Desde el punto de vista programático, el proyecto de «puesta al día» podía resumirse en uno de los eslóganes electorales de los democristianos de Alemania Occidental en los años cincuenta: «¡Nada de experimentos!». Sin embargo, alcanzar esa normalidad no

experimental precisaría un experimento colosal.

Al volver la vista atrás, la gente describe los primeros años de la década de 1990 como un momento de triunfalismo liberal, y desde luego algo de eso hubo. A fin de cuentas, fue una victoria liberal. Pero entre quienes de repente tuvieron que asumir la responsabilidad gubernamental de llevar a cabo una transformación sin precedentes en sus respectivos países, la alegría y la esperanza se alternaron con la incertidumbre y la preocupación. Recién instalado en el Castillo de Praga, el presidente Václav Havel le dijo a su equipo: «Entramos como héroes, pero al final, cuando se den cuenta del lío en que estamos metidos y de lo poco que podemos hacer al respecto, nos emplumarán y nos echarán de la ciudad».[302] El escritor y expreso político Árpád Göncz, que se convirtió en el presidente de Hungría en mayo de 1990, me comentó con ironía: «He sobrevivido a cuarenta años de comunismo, pero no estoy seguro de que vaya a sobrevivir a un año de capitalismo». Tadeusz Mazowiecki, intelectual católico investido primer ministro de Polonia en agosto de 1989, mostraba siempre una expresión un tanto preocupada desde que lo conocí, pero a partir de aquel año se le veía más preocupado que nunca. Al fin y al cabo, ¿qué sabía él del capitalismo?

Como deseaban ponerse al día y formar parte de Occidente, se fijaron en todos los aspectos —constituciones, medios de comunicación, enseñanza, economía— a fin de reproducir lo que se hacía allí. En consecuencia, sintieron de lleno el impacto frontal de realidades que habían ido cobrando fuerza en Occidente desde la década de 1970. Al cabo de treinta años, esas realidades se resumían a menudo en una sola palabra: neoliberalismo. El historiador Philipp Ther lo explica de forma sucinta: «En el Reino Unido y Estados Unidos se ponía en marcha un tren neoliberal que iba a cruzar Europa en 1989».[303] Pero «neoliberalismo» se ha convertido en un término muy general que es preciso desbrozar si queremos entender los complejos procesos que dieron lugar a las actuales sociedades poscomunistas.

Desde luego, algunas personalidades destacadas de la transición sentían una fascinación intelectual por la obra de pensadores como Friedrich Hayek y Milton Friedman, que

influyeron en la política económica de Margaret Thatcher y Ronald Reagan. Václav Klaus, artífice de la transformación económica de la República Checa, es un buen ejemplo. Incluso durante la Revolución de Terciopelo, en los frenéticos pasillos del teatro Linterna Mágica de Praga, encontraba tiempo para ilustrarme sobre el libre mercado.

Sin embargo, la mayoría de los nuevos dirigentes políticos de la Europa poscomunista no eran creyentes convencidos como Klaus. Recuerdo que en aquel tiempo pocos debatían en serio sobre la ideología neoliberal de la forma en que en las primeras décadas del siglo XX se había debatido sin cesar sobre el comunismo y el fascismo, cuyas acciones políticas se habían justificado con referencias a textos teóricos. Sin duda algunos políticos, entre ellos Mazowiecki, Havel y Geremek, habrían preferido como resultado final algo similar a la economía social de mercado de Alemania Occidental o la socialdemocracia escandinava. Pero primero tenían que desmantelar la economía planificada para crear una liberal, y los economistas les indicaron que esa era la mejor manera de hacerlo. Geremek me explicó sus ideas con una comparación gráfica pero muy poco científica: la economía planificada era como un gigantesco búnker de cemento y probablemente hacía falta un bulldozer gigantesco para derribarla.

Más importante que la ideología académica de Hayek o Friedman fue el consenso de Washington, denominación acuñada en 1989 por un economista británico para describir los componentes esenciales de los paquetes de reformas que el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, instituciones con sede en Washington, solían recetar a las economías en desarrollo que se hallaban en crisis.[304] Dado que estados como Polonia y Hungría arrastraban la pesada carga de una deuda en divisas fuertes acumulada por sus anteriores gobiernos comunistas y necesitaban capital extranjero a fin de instaurar el capitalismo, tenían un gran incentivo para tomar esa medicina. La expresión «consenso de Washington» adquirió con posterioridad un sentido más amplio y se equiparó al fundamentalismo de mercado dogmático.

Además, en los años ochenta la estructura del capitalismo estaba cambiando. A medida que se eliminaban las barreras al

comercio, a la inversión y a los flujos de capital, se volvía más globalizada, pero también más financierizada.[305] El capitalismo tenía cada vez menos que ver con la producción de mercancías y más con los servicios, en especial los financieros. Banqueros, agentes de bolsa e inversores movían por todo el mundo cantidades astronómicas de capital financiero y, de paso, se embolsaban suculentos beneficios. El economista Angus Deaton los describió como personas que no se enriquecían haciendo cosas, sino tomándolas. El final de la Guerra Fría abrió enormes regiones a la liberalización y la globalización económicas.

En la crisis financiera de 2008 ese capitalismo globalizado y financierizado causaría un grave ataque al corazón de Occidente, pero en los noventa y los primeros años de la década de 2000 parecía victorioso, insoslayable e invencible. La Europa poscomunista, que comenzó con unos pocos de los contrapoderes sociales, jurídicos e institucionales que contribuyeron a contener, al menos en parte, a la bestia en Europa Occidental, lo reprodujo de una manera particularmente cruda y descarnada. El dinero parecía ser el origen y la medida de todo: posición social, oportunidades educativas, fama, poder político, libertad real e incluso, para quienes se creyeran los atractivos nuevos anuncios de la televisión, la felicidad personal y la satisfacción sexual. Muchos tuvieron la impresión de que adquirían no solo una economía de mercado, sino también una sociedad de mercado.

En el centro de ese proceso se encontraba la mayor privatización que el mundo ha conocido. En ocasiones se olvida que para Karl Marx lo opuesto al comunismo no era la democracia, sino el capitalismo. Definió la esencia del comunismo como la abolición de la propiedad privada, objetivo conseguido en su mayor parte por los regímenes comunistas del bloque soviético. Quedaron algunos ámbitos de propiedad privada, como la mayoría de la agricultura polaca y las pequeñas y medianas empresas en Hungría, pero el resto era de propiedad estatal, colectiva o cooperativa, y a menudo no estaban nada claros los derechos de propiedad. El Gobierno promercado radical de Margaret Thatcher había privatizado unas cincuenta empresas públicas en toda una

década. Al principio de la transformación, Polonia contaba con unas siete mil empresas estatales.

En febrero de 1990 oí a Václav Havel recordar a la multitud, desde un balcón de la plaza de la Ciudad Vieja, el noble lema de Tomáš Garrigue Masaryk, el presidente fundador y rey filósofo original de Checoslovaquia: «No mientas, no robes». Pero lo que se produjo después en todo el mundo postsoviético fue una orgía de mentiras y latrocinio. El lema del otro Wenceslao, Václav Klaus, el artífice thatcherista de la privatización checa, sería: «La rapidez es más importante que el rigor».[306] Por supuesto, hubo una amplia gama de experiencias en los diversos estados poscomunistas. En un extremo, las privatizaciones de la antigua Alemania del Este, aunque estuvieron empañadas por el amiguismo y muchas veces tuvieron efectos traumáticos, distaron de ser una anárquica trifulca. En el otro extremo, las de Rusia fueron el atraco del siglo. La apropiación de lo que antaño había pertenecido al Estado generó enormes fortunas, sobre todo entre quienes habían formado parte de la clase dirigente comunista, la Nomenklatura, o tenían vínculos estrechos con ella, como Vladímir Putin y sus socios. El resultado fue lo que con toda propiedad llamaríamos una cleptocracia: el gobierno de los ladrones. En 2013 se estimó que el 35 por ciento de la riqueza de Rusia estaba controlado por ciento diez multimillonarios.[307]

Se describía a esos hombres con un término más amable, «oligarcas», palabra que antes de 1989 yo solo había visto en los libros de historia. En toda la Europa poscomunista empezaría a mantener conversaciones salpicadas con frases como «es uno de los oligarcas locales». Como las estructuras jurídicas, la administración pública, los medios de comunicación y la política eran débiles, a los nuevos ricos les resultaba fácil comprar influencias en ellos. Los oligarcas de Ucrania tenían sus propios partidos políticos y medios de comunicación, así como funcionarios y jueces corruptos que comían de la palma de su mano. Había oligarcas poderosos incluso en las regiones más occidentales de Centroeuropa. Treinta años después de 1989, el primer ministro de la República Checa sería Andrej Babiš, antiguo informante de los servicios secretos comunistas que se había enriquecido con

la industria agropecuaria y se había abierto camino en la política mediante la compra de medios de comunicación y la creación de su propio partido político.

Pero el pionero de ese modelo de empresario multimillonario convertido en emprendedor político y primer ministro fue Silvio Berlusconi en Italia. En Europa Occidental y Estados Unidos hubo fuertes tendencias hacia la forma de oligarquía (el gobierno de unos pocos) conocida como «plutocracia» (el gobierno de los ricos). Incluso en las democracias liberales más consolidadas, los intereses de los adinerados —los beneficiarios más directos del capitalismo globalizado y financierizado— tuvieron una influencia creciente y desproporcionada en la política. La Europa poscomunista fue como una de esas atracciones de feria de espejos deformantes: en un espejo uno se ve gordísimo; en el siguiente, ridículamente alto y flaco. Pero el ufano hombre occidental que se reía en esos espejos deformantes tenía un sobrepeso peligroso, hipertensión arterial y un corazón delicado.

LA LIBERTAD Y SUS DESENCANTADOS

«¡Alegría, hermosa chispa de los dioses —cantaba un coro de pálidas colegialas ante el Castillo Real de Varsovia—, hija del Elíseo!». Están interpretando, en una traducción polaca que se saben de memoria, la «Oda a la alegría», de Friedrich Schiller, con música de Beethoven, como si fuera el himno europeo. «Con el corazón ardiente entramos, / deidad celestial, en tu templo». El templo es la Unión Europea, que promete libertad, paz, prosperidad y toda clase de cosas buenas. Porque con este «desfile de Schuman» del 10 de mayo de 2003 se pretende convencer a los polacos de que voten «sí» en un referéndum sobre la adhesión a la Unión Europea. Lo ha organizado la indomable Róża Thun. La joven a quien conocí en Cracovia hace un cuarto de siglo comiendo un plato de «entrañas de Nelson» es ahora una persona de mediana edad —igual que yo—, pero sigue teniendo la misma sonrisa ancha y contagiosa. Viste una capa azul que se combina con su cabello rubio para mostrar los colores europeos.

Unos globos se elevan hacia el cielo, azules y amarillos por Europa, rojos y blancos por Polonia. «¡Sí a Polonia, no a la Unión!», corea un grupito de alborotadores euroescépticos, pero nosotros, que somos más, replicamos: «¡Sí a Polonia, sí a la Unión!». El presidente de la República nos exhorta: «Votad “sí”». Se transmite un mensaje de Adam Małysz, el campeón de salto de esquí, probablemente el deportista más popular del país: «Votad “sí”». Leszek Balcerowicz, artífice de la terapia de choque económica polaca, explica que Polonia puede adoptar la moneda común europea. En la vecina Alemania y en otros países fundadores de la eurozona se han introducido hace poco las primeras monedas y billetes de euro. Una pancarta casera enarbolada por un grupo de escolares de una ciudad de provincias proclama simplemente «Eurolandia». El alcalde de Varsovia, Lech Kaczyński, cierra

la lista de oradores a favor de la incorporación a la Unión Europea.

Al salir el sol, caminamos por Krakowskie Przedmieście, la calle más elegante de Varsovia. Ahí están Tadeusz Mazowiecki, con la cara arrugada de preocupación, claro, y Bronisław Geremek. Hace sesenta años, a un kilómetro y medio de aquí, un Bronek de diez años, demacrado y tembloroso, salía a escondidas del gueto de Varsovia. Europa había descendido al infierno que ella misma había creado y la mayor parte de la familia de Bronek había sido asesinada en el Holocausto. Luego vinieron largos años de dictadura y lucha. Y ahora, por increíble que resulte, Polonia es un país libre, cada vez más próspero y occidental, está a salvo en la OTAN y pronto se integrará en la Unión Europea. Sí, alegría, hermosa chispa de los dioses.

Aun así, Mazowiecki tenía razones para estar preocupado. El resultado del referéndum se decidía por mayoría simple, pero se requería una participación de al menos el 50 por ciento. La abstención había sido una negra sombra de la democracia polaca desde las primeras elecciones semilibres, celebradas el 4 de junio de 1989, en las que más de un tercio de los ciudadanos con derecho a sufragio no acudió a los centros electorales ni siquiera en esa oportunidad excepcional de rechazar en las urnas al comunismo.[308] En las elecciones electorales más recientes, las de 2001, la participación había sido solo de un 46 por ciento.[309] Así que tenían que animar a la gente a votar. Tony Blair lo haría ese mismo mes con un discurso en Varsovia. Pero, según mi cuaderno, el respaldo más buscado era el del presidente estadounidense, George W. Bush, y el del papa, el polaco Juan Pablo II. También habría sido de gran ayuda que Dios hubiera podido pronunciar unas palabras personales.

La mayoría de la población rural, la jerarquía católica y otros de los sectores más conservadores de la sociedad distaban de sentirse entusiasmados con la incorporación a esa Unión laica, multicultural y tal vez dominada por Alemania. (En una de las pancartas de los alborotadores se mostraba a Hitler diciendo: «Soy europeo». En otra se lamentaba que en la Unión no hubiera «ningún lugar para Dios»). Al final, tres cuartas partes de quienes acudieron a las urnas en el

referéndum de junio de 2003 votaron «sí», pero la participación fue solo del 59 por ciento.[310] Las matemáticas elementales muestran que tres cuartas partes del 59 por ciento no es ni mucho menos la mayoría del electorado. Se trataba de una advertencia para el futuro, pero de momento el resultado era válido. Al igual que Róża Thun, que Bronisław Geremek y que mis amigos polacos proeuropeos, prooccidentales, con estudios universitarios y residencia en ciudades, me alegraban los éxitos de la Polonia libre, los celebraba y los divulgaba. Y esos éxitos eran grandes, incluso si se juzgaban con el criterio más severo. La Tercera República de Polonia no era tan solo un país libre e independiente. A diferencia de su Segunda República, en los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial, contaba con un anclaje sólido en las mismas comunidades económicas, políticas y de seguridad que Alemania y otros países de Europa Occidental. Era una potencia media importante en una Europa que parecía estar volviéndose cada vez más «entera y libre», y formaba parte de un Occidente ampliado. En 2003 se habló de una zona de ocupación polaca en Irak. «¡Tenemos que enseñar democracia a esos iraquíes!», dijo el ministro de Asuntos Exteriores Włodzimierz Cimoszewicz, antiguo miembro del Partido Comunista, muy consciente de la ironía.

Los historiadores afirmaron que había que retroceder trescientos años para encontrar un periodo más favorable en la historia del país. Tras salir del valle de lágrimas que siguió a la terapia de choque de la economía de mercado de Leszek Balcerowicz a principios de los noventa, el PIB de Polonia ha crecido a un ritmo impresionante. Entre 1989 y 2019 aumentó más de un 800 por ciento.[311] Según un cálculo prudente del poder adquisitivo real, en 1955 el PIB per cápita había sido más o menos como el de España, pero en 1990 se redujo a menos de la mitad del de España. En 2019 volvió a ser casi un 90 por ciento de la cifra española.[312]

Ahora viajar a Varsovia era como viajar a Lisboa o Madrid. El centro de las grandes urbes tenía un aspecto cada vez más occidental, con bonitos cafés, restaurantes y plazas restauradas con elegancia. A medida que los fondos de la Unión Europea llegaban en grandes cantidades, esas mejoras

visibles se extendían a ciudades más pequeñas. Empecé a oír la expresión «salto de civilización». Se creó una clase media: vivían en casas unifamiliares, tenían un Volkswagen o un Audi en el garaje, disfrutaban de vacaciones en el extranjero e incluso llevaban a su prole a escuelas de pago. En los años ochenta, cuando mis hijos nacieron en Inglaterra, sus oportunidades en la vida eran incomparablemente mejores que las de los hijos de mis amigos polacos. En la década de 2010, sobre todo gracias a la libertad de circulación ofrecida por la Unión Europea, todos contaban con unas perspectivas similares. Lo mismo cabe decir de toda una generación de estudiantes de Europa Central y del Este que han cruzado mi puerta. Oportunidades para Márton y Marta, Huber, Michal, Anna y Joaisa.

Pero la libertad también tiene sus desencantos, y las penalidades de la transformación que siguió al comunismo los agudizaron de manera especial. Algunos eran ineludibles, otros no. Para empezar, la realidad nunca está a la altura de los sueños. En la Tercera República francesa, que sustituyó al Segundo Imperio en 1870, corría el siguiente dicho: «La République, comme elle était belle sous l'empire» («Qué bonita era la República bajo el Imperio»). Pues lo mismo ocurrió en Polonia con la Tercera República. La gente llegó a ella con una imagen idealizada de la vida en una Polonia occidental, europea y libre. El desengaño era inevitable.

Resultó que la libertad entrañaba desafíos, riesgos y peligros. «La libertad es ardua», me dijo un día entre risas Ulrike Poppe, que había sido disidente en la República Democrática Alemana. En las últimas décadas del comunismo la mayoría había vivido envuelta en una seguridad cómoda. Tenían menos dinero que quienes vivían en Occidente, pero más tiempo. Según se decía: «Nosotros fingimos trabajar y ellos fingen que nos pagan». A fin de conservar el empleo, ahora había que trabajar de formas estresantes y desconocidas para patronos que a menudo no trataban bien a su personal. El espacio de la falta de libertad se había desplazado del Estado al lugar de trabajo. En un revelador estudio de una fábrica polaca de comida infantil que había pasado a manos de una empresa de Míchigan, una empleada llamada Monika se quejaba de que en su puesto de trabajo la

trataban como si fuera un «objeto gris».[313] Solo en casa y en compañía de sus amigos se sentía como un ser humano. En 2005 Lech Wałęsa me resumió la situación del siguiente modo: antes de 1989 la gente tenía seguridad y anhelaba la libertad; ahora tenía libertad y anhelaba la seguridad.

El principio de la transición con la terapia de choque fue traumático. Si los precios hubieran subido durante todo un año a la velocidad a que aumentaron en marzo de 1990, la tasa de inflación anual habría sido del 1.395 por ciento.[314] Pero los cambios no se quedaron ahí. Los métodos y los puestos de trabajo, los productos de las tiendas, las normas, las aulas escolares, la ropa, los coches, los medicamentos, los programas de televisión…, todo cambió. Con la exultación del éxito, mis amigos y yo olvidamos la advertencia de la escritora del XIX Mary Shelley: «Nada hay tan doloroso para la mente humana como un cambio grande y repentino».[315]

En la vida cotidiana el capitalismo demostró ser profundamente más revolucionario de lo que nunca había sido el comunismo. Empezó ofreciendo a la gente lo que quería y luego alentándola a querer más. «¡Usted también puede tener un chalet!», anoté que prometía un anuncio televisivo en 2003. Otro mostraba a dos mujeres esbeltas y atractivas charlando entusiasmadas. «¡Qué magnífico, qué elegante, qué considerado, qué fuerte!». Resultó que no hablaban de un hombre perfecto, sino de un coche. Václav Malý, el sacerdote católico que actuó de portavoz de la Revolución de Terciopelo en Praga, me explicó que esa publicidad comercial constante del éxito hacía que muchas personas se sintieran fracasadas porque no tenían un chalet, un coche, una carrera profesional espléndida, unos hijos felices y una vida sexual perfecta.

De todos modos, la Iglesia católica nunca había sido muy entusiasta del capitalismo. El papa Juan Pablo II a menudo envolvía sus pensamientos en un vocabulario filosófico impenetrable, pero en una conversación inolvidable (en polaco), durante una comida en su residencia de verano de Castel Gandolfo en 1987, le oí decir con pasmosa claridad: «Lo malo del capitalismo y el comunismo es que uno me desagrada casi tanto como el otro». Ahora, en las visitas a su patria, criticaba con furia la persecución del «tener» a costa

del «ser» y la red «de satisfacciones falsas y superficiales» de la sociedad de consumo.[316]

Suele hablarse de los «ganadores» y «perdedores» de la transición, pero se necesita algo más que unos escuetos datos económicos para entender quiénes se sintieron «perdedores» y por qué. Si consideramos que es bueno tener libertad política, libertad de expresión, libertad de asociación, libertad para viajar, entonces todos salieron ganando. Incluso desde un punto de vista meramente material, la mayoría se enriqueció. En una encuesta de 2019, cuatro de cada cinco de los polacos entrevistados afirmó que su nivel de vida había mejorado.[317] También aumentaron las desigualdades económicas manifiestas, pero sin alcanzar las cotas de Estados Unidos o el Reino Unido.

Sin embargo, el descontento por la desigualdad tuvo un matiz especial a causa de quiénes se enriquecieron y quiénes siguieron siendo pobres o se empobrecieron aún más. En Polonia, como en el resto de Europa del Este tras la caída del comunismo, fueron los miembros de la antigua clase dirigente comunista quienes con más frecuencia aprovecharon las oportunidades de la privatización. Hasta cierto punto, esa «privatización de la nomenklatura» formó parte del acuerdo implícito en las revoluciones negociadas de 1989. La vieja clase dirigente renunciaría al poder político, pero retendría u obtendría ventajas económicas. El antropólogo social Ernest Gellner lo denominó el «precio del terciopelo».[318] Un estudio de 1993 estimó que el 57 por ciento de las élites del sector privado polaco procedían de la antigua nomenklatura.[319]

Ese hecho añadió una sensación particular de injusticia histórica a la preocupación general por la desigualdad presente en la mayoría de los países capitalistas. En Varsovia, según se decía, Jerzy Urban, el detestado portavoz del régimen de la ley marcial del general Wojciech Jaruzelski, daba fiestas por todo lo alto en su lujoso chalet; entretanto, en Gdansk un trabajador de los astilleros que había sufrido represalias por su compromiso con el sindicato Solidaridad estaba desempleado, con apenas lo justo para vivir en un apartamento de dos habitaciones en un bloque de pisos ruinoso.

La falta de un ajuste de cuentas público y aceptable con el pasado comunista exacerbó el sentimiento de agravio por la injusticia histórica. En aquel entonces discutí con amigos que habían sido disidentes, como Adam Michnik, sobre la necesidad de que hubiera una confrontación más sistemática y simbólica con el espinoso pasado, como ocurrió en Alemania del Este y en Sudáfrica tras el fin del apartheid. Pero Michnik y otros se inspiraban en el ejemplo de la transición española de los años setenta, que de manera intencionada se había acompañado de «amnistía y amnesia». [320] (Sin embargo, en la década de 2010 el pasado regresó para perseguir a España). Esa omisión permitió que emprendedores políticos populistas ganaran votos con el uso político de la historia: sostenían que en 1989 no había habido una revolución propiamente dicha, sino solo un turbio acuerdo entre comunistas y excomunistas, y que todavía se precisaba una verdadera revolución anticomunista.

Los desencantos económicos e históricos se entremezclaban con los sociales y culturales. Todos sabían desde el principio que la traumática transición hacia una economía de mercado requeriría una red de seguridad social reforzada. En la dramática primera fase de la terapia de choque, Jacek Kuroń, exdisidente carismático que se había convertido en el ministro responsable de las políticas sociales, expresó una preocupación compasiva por quienes estaban pagando el precio más alto de la transición. Si Leszek Balcerowicz fue la mano derecha de la transición al capitalismo democrático, Kuroń fue la izquierda. Quería ser un hombre de izquierdas en el capitalismo, dijo, pero primero tenían que construir el capitalismo. Y en cálidas y empáticas «conversaciones» televisadas vendió a la opinión pública polaca la necesidad de una mercantilización rápida y radical. Más tarde, al ver cuántos polacos se sentían rechazados, dejados de lado y degradados, llegó a lamentar su papel de vendedor socialdemócrata del capitalismo. Aunque el gasto en bienestar social continuó siendo sustancial, después de Kuroń nadie transmitió ese interés por los miembros más pobres, débiles y marginados de la sociedad, por lo que Franklin D. Roosevelt

llamó una vez «el hombre olvidado».

En este punto lo social se funde poco a poco con lo cultural. En las décadas posteriores a la caída del Muro, en todas las sociedades europeas se abrió una brecha entre aquellos que tenían estudios superiores, vivían en ciudades, abrazaban valores laicos y liberales y disfrutaban de las oportunidades que Europa ofrecía, y aquellos que no. La línea divisoria tuvo un trazado propio en cada país. En Polonia, fue en las regiones del este y el sudeste, más rurales, con menor desarrollo económico, con más ciudades pequeñas y más tendentes al catolicismo polaco tradicional y conservador, donde la gente se sintió más olvidada y menospreciada por la *intelligentsia* de lo que llamaban el «salón de Varsovia». La intelectualidad, los trabajadores y los campesinos habían forjado una maravillosa unidad en el sindicato Solidaridad, pero de pronto volvieron a surgir fisuras sociales, aunque dibujaban líneas un tanto distintas. Bajo la ley marcial los manifestantes habían coreado: «No hay libertad sin Solidaridad». En los primeros años de la década de 2000 se plantaron ante la sede del Gobierno de Varsovia clamando: «No hay solidaridad en la libertad».

Todos esos desencantos eran visibles, en perfecta miniatura, en el lugar donde nació Solidaridad, que ahora se llamaba tan solo astilleros de Gdansk. (La estatua de Lenin y su nombre estampado sobre la verja histórica se habían retirado en una alegre ceremonia poco después de 1989). Pese a los esfuerzos por salvarlo, quebró en 1996 y el número de empleados pasó de los más de dieciséis mil de la época en que Wałęsa trabajó allí a menos de tres mil cuando volví en 1998 con un equipo de filmación de la BBC. Hablé con Piotr Przybysz, un viejo electricista de los astilleros amable y de rostro huesudo, y me dijo que había imaginado que la libertad era otra cosa. Había pensado que «se ajustarían las cuentas a quienes nos oprimieron».[321] Ahora la vida era muy dura, musitó, y necesitaba solicitar préstamos. Su hijo Roland, de veintinueve años y empleado en una imprenta privada, con un sueldo equivalente a treinta y cinco libras al mes, era aún más pesimista: «Me siento un perdedor».

Filmamos un tumultuoso enfrentamiento entre Wałęsa, que había presidido el país entre 1990 y 1995, y sus

excompañeros de los astilleros, que estaban furiosos y no dudaron en manifestarlo. Uno de ellos resumió la mezcla de insatisfacción económica, histórica y social en un comentario ingenioso y muy gráfico: «Dijiste que a los comunistas solo les dejarías los calcetines, y en cambio nos has dejado sin calcetines a nosotros».

En agosto de 2005 regresé para hablar con ocasión del vigésimo quinto aniversario del nacimiento de Solidaridad. Fue una gran fiesta, pero durante una interminable misa triunfal celebrada cerca de los astilleros me dirigí hacia la histórica verja del recinto, que ahora pertenecía en parte a una empresa llamada EVIP. Cerca de la entrada había un cajero automático. Entre los barrotes metálicos verticales contemplé un páramo de edificios en ruinas, escombros y hierbajos. Enfrente de la verja había un enorme cepo de madera, como los que se utilizaban en la Edad Media para escarnecer a los delincuentes. Cada uno de los tres agujeros contenía un hombre de paja con traje oscuro, camisa blanca y una fotografía a modo de cara. Debajo se leía: «Marek Roman, presidente de la compañía EVIP: ladrón», «Janusz Szlanta, expresidente: ladrón», «Jerzy Lewandowski, actual presidente: estafador».

Al cabo de unas semanas, con una participación que apenas superó el 40 por ciento, los polacos votaron a un partido llamado Ley y Justicia (PiS), cuyo nombre aludía al déficit de legalidad y justicia histórica después de 1989. Jarosław Kaczyński, un diestro emprendedor político de derechas, había logrado recoger y aprovechar los múltiples descontentos acumulados en los quince años de libertad. Un mes más tarde, su hermano gemelo casi idéntico, Lech, exalcalde de Varsovia, fue elegido presidente. Los carteles electorales de Lech Kaczyński proclamaban que sería «presidente de la Cuarta República».[322] En 2006 Jarosław se convirtió en primer ministro, de modo que los gemelos gobernaron el país. Su dueto solo duró hasta 2007, pero fue una advertencia de lo que ocurriría en la siguiente década.

UNA MONEDA PARA UNIRLOS A TODOS

En un cajón de casa tengo un surtido de sobres maltrechos que contienen billetes y monedas de divisas extranjeras. Lo que comenzó por razones meramente prácticas, como una reserva de dinero en efectivo para futuros viajes, se ha convertido en un museo de las monedas europeas extintas. Sus muertes fueron resultado de la desintegración europea, o de la integración, o a veces de ambas.

Primero les tocó el turno a los pequeños billetes de marco de la República Democrática Alemana, con imágenes de una máquina cosechadora y de una joven sentada ante un panel de control industrial de los años setenta, con sus botones, esferas y palancas. La moneda de un marco pesa tan poco que un amigo universitario que fue a visitarme a Berlín Oriental lanzó una al río Spree exclamando: «¡Seguro que flota!». (Se equivocó). Hay un sobre marrón especialmente sucio etiquetado al principio como «rublos US» (Unión Soviética), pero con la sigla «US» tachada. Junto a lo que ahora son rublos de la Federación de Rusia se amontonan otras monedas postsoviéticas, como el rublo bielorruso, con magníficos temas arquitectónicos, y la grivna ucraniana, que muestra héroes nacionales con barba y bigote.

Mi colección de dinares ocupa varios sobres: dinares de la Yugoslavia socialista, con heroicos obreros sonrientes y alegres doncellas campesinas cargadas de uvas; dinares yugoslavos de la época de Milošević, con monasterios ortodoxos en el reverso; dinares serbios más tristes pero más prudentes, que todavía llevan la solitaria leyenda de «Banco Nacional de Yugoslavia». Este rincón de mi museo dedicado a la antigua Yugoslavia contiene asimismo la orgullosa kuna croata y dinares macedonios con estrambóticos dibujos, así como endebles dinares de Bosnia-Herzegovina, el último con una imagen del precioso puente de piedra otomano de

Mostar, del siglo XVI, destrozado en la guerra bosnia, pero reconstruido en un acto de rebeldía. Por último hay un billete emitido por el Banco Central de Bosnia y Herzegovina por *1 Konvertibilna Marka* («marco convertible»), es decir, convertible a marco alemán, la moneda común efectiva de la antigua Yugoslavia en los noventa.

La siguiente familia de divisas extintas se compone de las que han desaparecido como consecuencia de la integración, no de la desintegración. El lugar de honor le corresponde al antaño dominante marco alemán, cuyo elegante billete de cien muestra un piano de cola, a la compositora Clara Schumann y la firma del presidente del Bundesbank Hans Tietmeyer. Al lado están los francos franceses (con Gustav Eiffel y su torre), la lira italiana con sus numerosos ceros (siempre buenos para la aritmética mental), los francos belgas, los chelines austriacos y, por último, conmovedoras, las dracmas griegas, con el inescrutable Apolo del billete de mil. Todos fueron sustituidos por el euro.

Más intrigantes son los billetes y las monedas que surgieron con la desintegración de grandes estados y enseguida desaparecieron con la integración en la eurozona. Ahí están los tólares eslovenos, cuyo nombre, como el del dólar, deriva del tálero del Sacro Imperio Romano y de la monarquía Habsburgo; una solitaria corona eslovaca, en cuyo reverso se muestra a Cristo en la cruz, y algunas coronas estonias, con una dama de cabello magníficamente ahuecado, la poeta del siglo XIX Lydia Koidula, en el billete de mil. Eslovenia adoptó el euro en 2007, Eslovaquia en 2009 y Estonia en 2011, en el momento en que la eurozona se hundía en la crisis.

Y ahí está por fin, en un sobre muy usado, el victorioso euro. No muestra figuras históricas, ni sacras ni profanas, ni con barba ni sin ella, solo un insípido conjunto de puentes, arcos y ventanas. En el reverso aparece el contorno geográfico de Europa, donde se soslaya con habilidad la disputada frontera oriental, que, más o menos en la línea de los Urales, se convierte misteriosamente en un muro de letras. En el sur, Turquía y el Magreb sufren la indignidad de que se los represente en un tono más claro que al continente del norte. Una declaración de identidad, desde luego.

La creación de una moneda europea fue el mayor paso del

proceso de la integración europea. Fue asimismo el más difícil: la eurozona seguía causando problemas importantes más de veinte años después de su nacimiento (el primero de enero de 1999). La idea de la unión monetaria se remonta a los mismísimos inicios de lo que con el tiempo se convertiría en la Unión Europea. Cerca ya del final de su vida, Max Kohnstamm, el adjunto neerlandés de Jean Monnet, le contó al periodista Geert Mak:

> Todavía recuerdo cómo Monnet vino a buscarme en el verano de 1957, de improviso, porque teníamos que poner en marcha la unión monetaria de inmediato. La decisión definitiva de introducir el euro llegó cuarenta años después. ¡Fue un largo recorrido![323]

El proyecto se propuso de manera concreta por primera vez en 1970, en un informe de un comité presidido por el luxemburgués Pierre Werner. Se reactivó cuando, como parte del impulso europeo de finales de los ochenta, Jacques Delors presidió el comité de gobernadores de bancos centrales que preparó un plan de tres fases para instaurar el mercado único con una moneda única.

Los dirigentes europeos aprobaron en principio el plan en una cumbre celebrada en Madrid al comienzo del verano de 1989, pero todavía no había una agenda decidida para la conferencia intergubernamental que había de negociar el indispensable nuevo tratado europeo. En Alemania existía una gran resistencia a renunciar a su querido marco. Citando precedentes históricos, Kohl sostenía que la unión política europea era una condición necesaria para el éxito de la unión monetaria. Este punto de vista se denominó a veces la «teoría de la coronación», según la cual la moneda única sería el último paso de la unión económica y social, el que lo coronara, como en general había ocurrido en los casos de unificación nacional.

Entonces cayó el Muro de Berlín. La reacción de Kohl fue proclamar un programa de diez puntos para la unidad alemana sin consultar a su «querido François» Mitterrand. El presidente francés montó en cólera. Aquello, les dijo a sus colaboradores más cercanos, era una «traición».[324] Informó al ministro de Asuntos Exteriores alemán de que Europa

corría el peligro de regresar al mundo de 1913 y atizó la oposición de Thatcher a la unificación alemana con alusiones incendiarias a la Alemania de los años treinta. Solo daría su consentimiento a la unidad alemana si Alemania demostraba antes su compromiso con la unidad europea.

La manifestación concreta del compromiso europeo exigido por Francia fue la unión monetaria. Ya era un objetivo del presidente francés, agobiado por las repetidas devaluaciones del franco frente al marco alemán. Resultó ser también el único gran proyecto de una integración más profunda de Europa Occidental que había sobre la mesa en aquel momento. Si debía «hacerse algo» para vincular a Alemania de manera más firme a Europa, en una época en que había que potenciar la fuerza alemana mediante la unificación, entonces eso era algo.

Según una versión descarnada e influyente de lo ocurrido, «el euro fue el precio de la unidad alemana». En aquella época ya corría en forma de chiste: «¡La mitad del marco alemán para Mitterrand, Alemania entera para Kohl!». Los anales cuentan una historia con más matices pero aun así fascinante. Leyendo con atención los documentos originales, los diarios y las memorias publicados, se advierte que el acuerdo esencial que condujo al actual euro se cerró en solo un mes, entre el 9 de noviembre de 1989, en que cayó el Muro, y el 9 de diciembre de 1989, el segundo día de la cumbre de la Comunidad Europea celebrada en Estrasburgo que tanto molestó a Margaret Thatcher. Las concesiones alemanas fundamentales fueron el apoyo de Kohl a una agenda concreta para la conferencia intergubernamental que prepararía la unión monetaria, así como su aceptación de que la unión política no tenía por qué preceder a la monetaria, sino que sería posterior, o eso se esperaba. Por consiguiente, la posibilidad de la unidad alemana que se planteó de repente con la caída del Muro no fue la primera causa de la unión monetaria europea, sino un importante catalizador.

La unión monetaria pasó a ser el proyecto político principal de la integración europea tras el derrumbe del Muro. Para la Europa carolingia en particular, fue con diferencia la mayor apuesta, con la ampliación hacia el Este en segundo lugar y el sangriento caos de los Balcanes como una distracción que

resultaba inoportuna o, para las almas más sensibles, reconcomía la conciencia. La conferencia intergubernamental aceptada por Kohl tras la caída de Muro condujo en 1992, a través de negociaciones tortuosas e intensas, al Tratado de Maastricht. Este trajo consigo numerosas novedades, como la creación de la Unión Europea y de algo llamado «ciudadanía europea», así como la construcción de nuevos «pilares» para la política exterior y de seguridad y para la justicia y la política interior. Pero en su centro se hallaban las concesiones franco-alemanas sobre la unidad monetaria: se implantaría, como deseaban los franceses, pero, a instancias de los alemanes, la moneda estaría regulada por un banco central independiente con la obligación legal vinculante de mantener la estabilidad monetaria; en efecto, un Euro-Bundesbank. La convergencia económica y fiscal debía alcanzarse mediante la aplicación de un conjunto de normas, pero no habría unión fiscal. Las medidas de apuntalamiento político, como aumentar los poderes del Parlamento Europeo, no llegaron a justificar la etiqueta de «unión política».

El tratado se remitió para su ratificación al Parlamento y la ciudadanía de los doce estados miembros de la Comunidad Europea. En el Parlamento británico, los debates se convirtieron en una batalla campal entre el primer ministro John Major y los miembros euroescépticos de su propia bancada, a quienes describió como «los cabrones». Los daneses votaron en contra de la ratificación, con una escasa diferencia: un 51 frente a un 49 por ciento. Solo después de conseguir diversas «cláusulas de exclusión», entre ellas la de adoptar la moneda única, la apoyaron en un segundo referéndum. Incluso más llamativo fue el caso francés, donde, pese a que la unión monetaria había sido sobre todo un proyecto de sus élites, se aprobó Maastricht por un estrecho margen: un 51 frente a un 49 por ciento.

Lo más significativo de todo fue el referéndum que no se celebró. Recordando el mal uso de los plebiscitos en la Alemania nazi, los padres fundadores de la República Federal habían excluido los referéndums de su Constitución. Fue una suerte para Helmut Kohl. Si se hubiera preguntado a los alemanes, es posible que hubieran dicho que no. En sondeos del Instituto Allensbach, durante toda la primera mitad de los

años noventa una clara mayoría se oponía a la sustitución del marco por una moneda única europea.[325] El marco se consideraba el símbolo y la piedra angular del éxito de Alemania en la posguerra, y el Bundesbank era, después del Tribunal Constitucional, la institución que más confianza merecía. Cuando el banquero belga Alexandre Lamfalussy le comentó a Kohl: «No sé cómo conseguirá que el pueblo alemán renuncie al marco», el canciller repuso: «Renunciará. Los alemanes aceptan los liderazgos fuertes».[326] Quizá…, pero no olvidarían que no se les preguntó.

En conjunto, esos debates nacionales sobre Maastricht deberían haber transmitido una potente advertencia a las élites europeas. El propio Delors llegó a esa conclusión y la expresó con unas palabras radicales: «Europa comenzó como un proyecto elitista en el que se creía que solo era preciso convencer a los que tomaban las decisiones. Esa fase de despotismo benigno ha acabado».[327] Pero ¿de verdad acabó?

Los preparativos para la introducción del euro, nombre que recibió la nueva moneda en 1995, siguieron adelante en los años noventa, mientras los criterios de Maastricht se formalizaban en las normas del Pacto de Estabilidad y Crecimiento. A medida que se aproximaba la unión monetaria, el coro de voces que lanzaban advertencias se volvió más clamoroso. Entre ellas se contaba la mía. En 1998, año en que un grupo de ciento cincuenta y cinco economistas declaró «el euro llega demasiado pronto»,[328] publiqué en la revista *Foreign Affairs* un artículo que empezaba resumiendo las preocupaciones de los economistas.[329] ¿Y si la tasa de interés única era buena para algunos países y mala para otros? ¿Dónde estaban las transferencias presupuestarias compensatorias, como las que había entre la próspera Massachusetts y la apurada Alabama? ¿Existiría la solidaridad necesaria entre las naciones europeas? Europa, afirmaba, ha puesto el arado delante de los bueyes. Tras indicar todo lo que la Unión Europea había dejado de hacer porque la creación del euro había devorado buena parte de su energía política y burocrática, señalaba que, «mientras nosotros nos entreteníamos con nimiedades, Sarajevo empezó a arder». Un proyecto concebido para unir a Europa tal vez acabara

dividiéndola de forma dolorosa.

Las advertencias llegaron tarde. El proyecto ya era «demasiado grande para dejarlo caer». El tren de alta velocidad del euro casi se hallaba en su destino. El 1 de enero de 1999, la unión monetaria comenzó de manera triunfal, con todos los defectos de diseño que los críticos habían detectado. Europa había pasado de un término medio insostenible, el Sistema Monetario Europeo, a un término medio más integrado: una unión monetaria sin una unión fiscal ni bancaria, por no hablar de la unión política. Desde el principio contuvo un surtido variopinto de economías del norte y el sur demasiado diversas para que el conjunto pudiera sostenerse fácilmente en una zona de moneda única. El caso extremo fue Grecia, que entró por los pelos en el euro en 2001 gracias a los datos manipulados con la ayuda de Goldman Sachs. Desde el punto de vista económico habría tenido más sentido la creación de una zona norte formada por economías más compatibles, sobre todo de la Europa septentrional, pero, como se trataba de un proyecto eminentemente político, era impensable la exclusión de Italia, y más aún la de Francia.

Se suponía que la convergencia económica estaba asegurada por las normas del Pacto de Estabilidad y Crecimiento. La deuda pública de cada Estado miembro no debía superar el 60 por ciento del PIB, ni su déficit por cuenta corriente el 3 por ciento. Pero una de esas normas se quebrantó antes incluso de que naciera el euro: la deuda de Italia rondaba el 120 por ciento del PIB y la de Bélgica alcanzaba un pasmoso 130 por ciento. La otra no tardaría en ser contravenida por las potencias centrales de la Unión: en 2003 tanto Francia como Alemania rebasaron el límite del 3 por ciento. Un «sistema basado en normas», por emplear la frase totémica de la década de 2000, solo funciona si existe un verdadero árbitro y encargado de hacerlas cumplir. Aquí no había ninguno.

Por último, el proyecto se basaba en una gran apuesta: la integración económica catalizaría la integración política. «Europa se forjará en crisis y será la suma de las soluciones

adoptada para esas crisis», dijo Jean Monnet, unas palabras famosas.[330] En mi artículo de 1998 informaba de que la «opinión generalizada en las capitales de la UE» era que la unión monetaria tal vez sufriera una crisis ya en 2001 o 2002. Un cuaderno me recuerda que Romano Prodi, a la sazón presidente de la Comisión Europea, me dijo en 2001 que el éxito triunfaría «a través de la crisis».

La mayoría de los europeos enseguida se olvidó de esa opinión generalizada. Después de todas nuestras fatídicas profecías, la unión monetaria no conoció ninguna crisis visible importante en la primera década. Sin embargo, ahora sabemos que bajo la superficie se acumulaban fuerzas explosivas, como el magma bajo el Vesubio. Al igual que en todo el mundo capitalista, gran parte del problema se debió a la existencia de un sector bancario y de servicios financieros sobredimensionado. En 2005, los activos bancarios de la eurozona se habían disparado hasta casi triplicar el PIB combinado de sus estados miembros.[331] Alemania tenía un superávit por cuenta corriente que crecía como la espuma debido no solo a la impresionante reducción de los costes laborales unitarios en las reformas introducidas por el canciller Gerhard Schröder, sino también a que sus exportaciones se beneficiaban de un tipo de cambio más bajo en el exterior y un tipo de cambio fijo en la eurozona. Sus enormes ahorros fueron reutilizados por imprudentes bancos del norte de Europa en economías imprudentes del sur del continente, donde los costes laborales unitarios y los precios siguieron subiendo.

Esa avalancha de dinero fácil y móvil impulsó el boom del sector inmobiliario privado en España e Irlanda, así como el aumento del gasto público en Grecia y Portugal. El Gobierno griego podía pedir préstamos casi al mismo tipo de interés bajo que el alemán. El «diferencial» entre los tipos de sus respectivos bonos del Estado era mínimo; «un ejemplo de desajuste de los mercados financieros a escala colosal», como señaló un destacado cronista del euro.[332] Los desequilibrios entre el norte y el sur continuaron creciendo durante la década de 2000, espoleados por un sector financiero fuera de control, por lo que, cuando se produjo la explosión volcánica, fue mucho mayor de lo que habría sido a

principios de la década. Sin embargo, ni siquiera los sismólogos profesionales parecieron darse cuenta.

Es fascinante retroceder en el tiempo y leer el discurso pronunciado en junio de 2008 por el presidente del Banco Central Europeo (BCE), Jean-Claude Trichet, con ocasión del décimo aniversario de su fundación. Tras la audaz afirmación de que «fue la voluntad de las democracias de Europa lo que condujo a la creación del BCE», declara: «El euro ha sido un éxito notable. No tengo intención de nombrar y dejar en evidencia a quienes dijeron que la moneda única europea sería imposible o que su introducción sería un fracaso…». [333] A continuación explica la importancia política del euro:

> La moneda única es el elemento más avanzado de la unidad europea y, en muchos sentidos, su símbolo. Se la debemos a la lucidez de los padres fundadores y a la determinación de unos líderes visionarios.

Un aplauso para Jean Monnet. Tras señalar algunos desafíos técnicos importantes, como «el estrecho seguimiento de los indicadores nacionales de competitividad, incluidos los costes laborales unitarios», Trichet termina dirigiéndose a la canciller alemana Angela Merkel, que está allí, en Frankfurt, al lado del presidente francés Nicolas Sarkozy. Recuerda que ese mismo año Merkel citó a Konrad Adenauer al decir «Europa es hoy una comunidad de destino común». Ese destino lo comparten ahora, concluye Trichet, «nuestros 320 millones de conciudadanos» de la eurozona. Entra Beethoven y «Alegría, hermosa chispa de los dioses».

Los banqueros deberían haber sido más juiciosos. Pero el triunfalismo formaba parte del espíritu de la época. Yo lo compartía. Antes había advertido de los peligros de la moneda única, pero ahora parecía que todo iba como la seda. ¿Quién era yo, no siendo economista, para decir lo contrario? Me gustaba empujar todos esos viejos billetes y monedas sucios al fondo del cajón y viajar por el continente sin tener que cambiar ni un solo marco, lira, chelín o tólar. Me encantaba el optimismo que se respiraba en ciudades como Lisboa, Atenas y Dublín a medida que aparentemente se materializaba la promesa de convergencia de la periferia y el centro del continente. Las oportunidades de los jóvenes

griegos, portugueses e irlandeses parecían estar igualándose por fin a las de los jóvenes alemanes y neerlandeses, al igual que las de los jóvenes eslovacos, eslovenos y estonios. Eran unos tiempos de gran esperanza, y el euro era un símbolo de esa esperanza desde Tallin hasta Tenerife.

DEL 9/11 AL 9/11

Un agradable día de mayo de 2001, mientras nuestro grupito de expertos europeos estaba con el presidente George W. Bush en el balcón Truman de la Casa Blanca, antes de la reunión para hablar de su inminente viaje a Europa, me fijé por casualidad en que los aviones que despegaban en el cercano Aeropuerto Nacional Ronald Reagan se elevaban justo encima de nuestras cabezas. No se me ocurrió pensar que pudieran emplearse como armas terroristas de destrucción masiva. En nuestra conversación posterior se mencionó de pasada el programa nuclear iraní, pero el terrorismo islamista no salió a colación. En cambio, Bush señaló a China como el mayor desafío de Occidente: «Algún día todos estaremos luchando contra la maldita China».

Menos de cuatro meses después, los terroristas de Osama bin Laden estampaban aviones comerciales secuestrados contra las Torres Gemelas del World Trade Center de Nueva York y contra los muros de alta seguridad del Pentágono, en Washington. La Casa Blanca o el Capitolio eran el objetivo previsto del vuelo 93 de United Airlines, pero se libraron gracias al heroísmo de los pasajeros. Varios de ellos corrieron por el estrecho pasillo para enfrentarse a los secuestradores, que entonces, tras lanzar un último grito de *Allahu akbar* («Alá es grande»), estrellaron la nave en un campo de Shanksville, Pensilvania.[334] Se informó a Bush de que, si un avión hubiera sido secuestrado en el Aeropuerto Nacional Ronald Reagan, podría llegar a la Casa Blanca en unos cuarenta segundos.[335]

El momento en que un segundo avión se estrelló contra el World Trade Center, a las 9.03 del martes 11 de septiembre de 2001, se incorporó de inmediato al registro de memoria colectiva de la humanidad, igual que la llegada a la Luna o la caída del Muro. La fecha, 9/11, escrita al estilo

estadounidense, con el mes antes del día, fue el siguiente gran punto de inflexión en la historia mundial tras el 9/11, escrito al estilo europeo, es decir, el 9 de noviembre de 1989, fecha de la caída del Muro de Berlín. Tras el 9/11 de la esperanza de Europa llegó el 9/11 del miedo de Estados Unidos.

El trauma de un ataque directo en el corazón de la patria, por primera vez desde que en 1814 los británicos incendiaron la Casa Blanca, transformó Estados Unidos, tanto en el interior como en el extranjero. Para Bush, de pronto China y Rusia se convirtieron en compañeros en una «guerra contra el terrorismo» que tuvo prioridad sobre todo lo demás. Durante la década siguiente, mientras China proseguía discretamente con su «ascenso pacífico», Estados Unidos gastaba miles de millones de dólares, millones de horas políticas, burocráticas y militares, y mucho capital diplomático y moral, en tratar de derrotar al enemigo islamista.

En diciembre de 2002, cuando la Administración Bush se preparaba para invadir Irak, mantuve una conversación con el vicepresidente Dick Cheney en su residencia, bien vigilada, dentro del recinto del Observatorio Nacional de Washington.

—¿Cómo terminará esta guerra? —le pregunté.

—Con la eliminación de los terroristas.

No me sorprendió tanto la implacabilidad de la respuesta como su necedad. ¿Se llega al número 267 de la lista de terroristas y entonces se acaba la contienda? ¿De veras?

Luego me explicó que, desde nuestra reunión con el presidente en la Casa Blanca hacía unos meses, en la que Cheney había sido una presencia inquietante, el Gobierno había cambiado de parecer respecto a la «construcción nacional». Ahora, añadió, se proponían iniciar el proceso de construcción nacional y deseaban que Irak se convirtiera «en un modelo».

En cada respiración de Cheney percibí la soberbia de una superpotencia que está convencida de su supremacía global y, aun así, se siente desafiada con insolencia, como el Imperio británico cuando entró en la guerra de los bóeres a finales del XIX. Washington estaba «embriagada con la vista del poder», por recordar la advertencia que el poeta inglés Rudyard Kipling dirigió a sus compatriotas en el poema «Recessional» («Fin de oficio») justo antes de que los bóeres desafiaran al

Imperio.[336] La soberbia imperial de Estados Unidos quedaba de manifiesto en frases jactanciosas como «la nueva Roma», «un mundo unipolar» y «Prometeo desencadenado».

La «guerra contra el terrorismo» modificó asimismo la visión estadounidense de Europa y la visión europea de Estados Unidos. En aquella época yo viajaba todos los veranos de un continente a otro porque tenía un puesto a tiempo parcial en la Universidad de Stanford, de modo que advertí esos cambios, año tras año, como en una fotografía secuencial. Europa desapareció en gran medida de las portadas e incluso de las páginas internaciones de los periódicos. Todo era Oriente Próximo y Afganistán, y pinceladas de China y Rusia. Europa solo encabezaba las páginas de estilo. Para algunos estadounidenses, los europeos eran unos apaciguadores pusilánimes. El Reino Unido de Tony Blair era en parte una excepción; en cambio, los franceses eran «monos que comen queso y se rinden». Jonah Goldberg, el periodista-provocador que tomó esta frase de un episodio de *Los Simpson*, me dijo: «Sí, soy antieuropeo». En nuestra conversación el vicepresidente Cheney insistió en que «los europeos» eran «un coñazo».

Los europeos correspondieron a esos cumplidos mostrando interés. Inmediatamente después del 9/11 hubo un estallido de solidaridad transatlántica. *Le Monde* publicó un editorial en portada en el que proclamaba: «Todos somos americanos». La Puerta de Brandemburgo se envolvió en una pancarta que rezaba: «Wir trauern. Our deepest sympathy» («Lo sentimos. Nuestras más profundas condolencias»). En la catedral de San Pablo de Londres, la reina se unió al canto del «Himno de batalla de la República» con los ojos húmedos, según la prensa británica. Por primera vez en su historia, la OTAN invocó su artículo 5: ese ataque contra uno era un ataque contra todos. Aunque Washington no aceptó el ofrecimiento de que se materializara formalmente en una respuesta de la Alianza Atlántica, sus miembros europeos apoyaron la invasión punitiva de Afganistán a fin de exterminar a Al Qaeda. Sin embargo, cuando la Administración Bush pasó de Afganistán a Irak, la unidad se disolvió en un amargo caos.

El sábado 15 de febrero de 2003, millones de europeos salieron a las calles de Londres, Madrid, Roma y otras

capitales del continente para oponerse a la invasión de Irak. Cuando la posterior ocupación resultó desastrosa y se publicaron fotografías de soldados norteamericanos torturando a iraquíes detenidos en la cárcel de Abu Ghraib, la credibilidad militar, política y moral se resintió de los golpes autoinfligidos. Aun así, en noviembre de 2004 los estadounidenses reeligieron a George W. Bush para un segundo mandato. Me hallaba en Washington en aquel entonces y observé que a John Kerry, su oponente en las elecciones, se le quebraba la voz de emoción cuando, en un cortés discurso de reconocimiento de la derrota, reafirmó «la verdad de que Estados Unidos no solo es grande, sino también bueno». Solo una minoría decreciente de europeos compartía esa opinión.

Ese ensanchamiento del Atlántico no fue solo resultado del 9/11 estadounidense, sino que también derivó del 9/11 europeo. El Occidente de la Guerra Fría en el que crecí se formó en la lucha geopolítica contra un enemigo común, la Unión Soviética, que tenía soldados y misiles nucleares en el corazón de Europa. Una vez desaparecido el enemigo común, era probable que los intereses y las prioridades de Estados Unidos y Europa divergieran.

La deriva continental quedó disimulada en los años noventa por el europeísmo del presidente Bill Clinton y sus colegas, que dedicaron mucho tiempo a las cuestiones planteadas tras la caída del Muro respecto a Rusia, Alemania, la ampliación de la OTAN y la antigua Yugoslavia. Además, estaban marcados personalmente por experiencias europeas. Madeleine Albright, la secretaria de Estado, era de hecho europea, nacida en Praga. La última sección del relato que el diplomático estadounidense Richard Holbrooke ofreció de su enérgica labor pacificadora en Bosnia se titula «Estados Unidos, todavía una potencia europea».[337] El propio Clinton estudió en Oxford, donde compartió casa con Strobe Talbott, más tarde el principal experto en Rusia de su Gobierno,[338] y viajó en vacaciones al continente europeo, donde se empapó de impresiones e ideas. Ya en la presidencia de su país, llegó a decir: «Puesto que Europa es una idea tanto como un lugar, Estados Unidos también forma parte de Europa».[339]

La situación había de cambiar tarde o temprano, y en efecto cambió de manera estrepitosa con la Administración de George W. Bush. El «texano sencillo», como se presentó a sí mismo ante nosotros con una encantadora humildad, solo había pasado en Europa unos cuantos días antes de su visita oficial del verano de 2001, para la que nos disponíamos a prepararlo. En un momento dado nos preguntó: «¿Queremos que la Unión Europea tenga éxito?». Cuando Lionel Barber, del *Financial Times*, y yo contestamos con vehemencia que nosotros sí queríamos y que él también debería desearlo, reculó y replicó: «Era una provocación». Desde finales de los años cuarenta hasta los sesenta Washington había desempeñado un papel decisivo a la hora de promover la integración de Europa Occidental, en primer lugar con el Plan Marshall, que supeditó la ayuda económica norteamericana a la cooperación entre los estados participantes. Los posteriores presidentes, incluido Bush padre, se habían mostrado a menudo ambivalentes respecto a esa «Bruselas» emergente, sobre todo cuando se acompañó de lo que consideraban un programa gaullista y antinorteamericano. Pero a lo largo de la Guerra Fría, frente al enemigo común, la conclusión estratégica había sido siempre que a Estados Unidos le interesaba la unidad europea. Ahora se ponía en duda.

Así pues, el 9/11 estadounidense reveló y agudizó una divergencia cuyos orígenes más profundos se remontan al 9/11 europeo. Algunos europeos celebraron esa divergencia. Hablando de las manifestaciones europeas de 2003 contra la guerra dirigida por Estados Unidos en Irak, el político socialista francés Dominique Strauss-Kahn declaró en *Le Monde*: «El sábado 15 de febrero, nació en la calle una nueva nación. Esa nueva nación es la nación europea».[340]

Una visión similar de Europa como no norteamericana, definida y unida por sus diferencias con Estados Unidos, se expresó en un manifiesto de Jürgen Habermas y el filósofo francés Jacques Derrida. El rechazo del militarismo unilateral de Washington derivaba en una crítica más amplia del modelo social y económico del país. El canciller alemán Gerhard Schröder dijo a un grupo de personas en Hannover durante las elecciones de 2002 que a Alemania no le interesaba «jugar con la guerra y la intervención militar».

Añadió:

> Tal y como están las cosas en Estados Unidos, con quiebras y la explotación de los ciudadanos corrientes, que ahora tienen que preocuparse por quién cuidará de ellos cuando sean mayores, os digo que no es ese el estilo alemán que queremos para nuestro pueblo. [341]

Como era de prever, sobre esa base no surgió la unidad europea. La guerra de Irak dividió a Europa tanto como la alianza transatlántica. Tony Blair en el Reino Unido, José María Aznar en España, Silvio Berlusconi en Italia y José Manuel Durão Barroso en Portugal se alinearon con Washington, junto con un montón de dirigentes de Europa Central y del Este. Furioso, el presidente francés Jacques Chirac reprendió a estos últimos diciéndoles que no estaban «muy bien educados»[342] y que más valía que callaran. Donald Rumsfeld, secretario de Defensa de Estados Unidos, echó gasolina a las llamas celebrando lo que llamó la «nueva» Europa como contrapunto a la «vieja» Europa franco-alemana.

Reaccioné a esa crisis con un libro en el que argumenté que Europa jamás se uniría contra Estados Unidos, como esperaban los eurogaullistas. En cambio, los euroatlantistas deberíamos aspirar a la asociación no solo con Estados Unidos, sino también con otras democracias liberales en un mundo cada vez más postoccidental. Este ya no sería «el mundo libre», una frase de la Guerra Fría que hoy rara vez se usa y que entonces se empleaba a menudo con tono irónico. El objetivo debería ser más bien una comunidad más amplia, no tan solo transatlántica, de países libres que colaboraran de forma estrecha; una comunidad que abarcara, además, a las muchas personas que viven en países no libres, pero que desean respirar en libertad. Como declaración programática, el título, *Mundo libre*, prescindía del artículo determinado ante las dos palabras conocidas. Era un libro excesivamente optimista, pero el razonamiento básico me parece incluso más pertinente ahora que antes.

Dos décadas después de 2001, un nuevo presidente estadounidense llamado Joe Biden anunció que las tropas de su país abandonarían Afganistán el 11 de septiembre de 2021, en el vigésimo aniversario del 9/11. La precipitada retirada

desembocó en una desbandada caótica mientras los talibanes irrumpían triunfales en Kabul. Había sido la guerra más larga de Estados Unidos. Pocos fingirían que había sido un éxito. Nadie hablaba ya de la «guerra contra el terrorismo», excepto en las clases de historia. Resultó que esa no había sido la batalla geopolítica decisiva del siglo XXI.

El nuevo ocupante de la Casa blanca retomó enseguida el principal desafío geopolítico que George W. Bush había identificado en nuestra reunión meses antes de los ataques del 9/11: China. A veces pienso que el Partido Comunista de China debería haber galardonado póstumamente a Osama bin Laden con su medalla de honor para agradecerle que hubiese lanzado a Estados Unidos a más de una década de distracción estratégica. En respuesta al reto de China, que entretanto se había convertido en una superpotencia, pero también de Rusia y otras autocracias, el presidente Biden expresó una visión audaz: la de una comunidad más amplia, no tan solo transatlántica, de países libres que colaboraran de forma estrecha; una comunidad que abarcara, además, a las muchas personas que viven en países no libres, pero que desean respirar en libertad.

MUSULMANES EN EUROPA

Mohamed Atta, el terrorista egipcio que pilotó el primer avión secuestrado contra el World Trade Center de Nueva York el 11 de septiembre de 2001, se había radicalizado cuando estudiaba en Hamburgo. Lo mismo les había ocurrido a otros miembros de lo que llegaría a conocerse como la «célula de Hamburgo» del complot de Al Qaeda dirigido desde Afganistán por Osama bin Laden. En la mezquita Al Quds de dicha ciudad, un predicador islamista que había pasado algún tiempo en Afganistán los exhortaba a emprender una violenta yihad. Así pues, el atentado islamista de Estados Unidos se fraguó en parte en Europa.

Los ataques del 9/11 iluminaron, como una bengala que estallara sobre un paisaje nocturno, la radicalización de una pequeña minoría de los más de quince millones de musulmanes de origen inmigrante que vivían en Europa Occidental.[343] No eran los únicos musulmanes de Europa. Al menos siete millones llevaban largo tiempo asentados en los Balcanes y la mayoría de ellos practicaba una versión bastante laxa del islam. Se estimaba que en la Federación de Rusia residían catorce millones, algunos de los cuales también se trasladarían desde el Cáucaso o Asia Central hasta las luces de las ciudades de la Europa no rusa. Turquía, un país de mayoría musulmana con unos sesenta y cinco millones de población, hacía poco que había sido aceptada como candidata para entrar en la Unión Europea.

Por otro lado, los musulmanes no eran los únicos inmigrantes de Europa Occidental. Ni mucho menos. Como resultado de la afluencia que había comenzado muy poco a poco con la llegada de gente de las antiguas colonias de ultramar —como Laurie y Jeannette, mis vecinos del este de Oxford— y de aquellos «trabajadores invitados» de todo el Mediterráneo, ahora los ciudadanos nacidos en el extranjero

representaban más del 5 por ciento de la población de varios países de Europa Occidental. La proporción de inmigrantes era muy alta en algunas urbes, y vertiginosamente alta en ciertos barrios de esas urbes. En 1999 casi la mitad de la población de Ámsterdam era de origen extranjero, al igual que más de la mitad de quienes vivían en el departamento de Seine-Saint-Denis, en las afueras de París.

Los números seguirían aumentando durante la década de 2000, en parte debido a la inmigración, tanto legal como ilegal, pero también porque los inmigrantes —de todos los credos y sin ninguno— tendían a tener tasas de natalidad más altas que los europeos poscristianos y postsesentayochistas. Por tanto, una proporción cada vez mayor de los musulmanes de Europa había nacido ahí. Eran, en una expresión engorrosa pero precisa adoptada por los funcionarios alemanes, «personas con antecedentes migratorios».

La mayoría de los inmigrantes de segunda generación se adaptaba a las costumbres europeas a través de la escuela y el lugar de trabajo, y hablaba con fluidez el idioma del país en el que vivía. Eso no significaba necesariamente que se sintieran a gusto en Europa. Siguiendo un modelo conocido por otras historias de inmigración, mientras que los padres, la primera generación, se esforzaban por amoldarse, a veces sus hijos deseaban redescubrir su herencia ancestral y expresaban su orgullo por ella: «El hijo recuerda lo que el padre olvida». Atrapados a menudo en polígonos de viviendas degradados, con empleos mal pagados o en paro, también les dolía la persistente discriminación que sufrían por su color de piel y sus nombres extranjeros.

Entretanto, los vuelos baratos, internet y los teléfonos móviles permitieron mantener con el país de origen un contacto más íntimo que el que habían tenido a principios del siglo XX los irlandeses o italianos que cruzaron el Atlántico para iniciar una nueva vida en Estados Unidos y que solo regresaban de higos a brevas al «viejo país». Esto generó identidades ricas y multifacéticas, pero en algunos casos también provocó una especie de esquizofrenia cultural, la sensación de estar suspendido entre dos mundos y no sentirse de todo a gusto en ninguno de los dos: no ser de aquí ni de allí. Leyendo la biografía de jóvenes que se convirtieron en

terroristas, con frecuencia se observa un mismo patrón: primero intentan llevar un estilo de vida más occidental y laico que el de sus padres, y después, con una actitud de rechazo, dan un giro brusco hacia una versión islamista radical del islamismo que es igualmente ajena a sus parientes musulmanes tradicionales. La radicalización se acentúa tras el contacto con extremistas endurecidos en países como Argelia, Pakistán, Afganistán e Irak.

Esta peligrosa desafección ya estaba presente en Europa antes del 9/11, pero la «guerra contra el terrorismo» la agudizó. Una joven danesa-marroquí explicaba que antes de los ataques del 11 de septiembre de 2001 «yo era solo Nora. Y luego, de golpe y porrazo, era musulmana».[344] Identidades complejas —turco o kurdo, árabe o bereber, cachemir o bengalí, suní, chií, sufí o salafista— quedaron reducidas a la denominación única de «musulmán», que en la prensa sensacionalista era casi sinónimo de extremista violento.[345] Las políticas de integración activa, pendientes desde hacía tiempo, se colocaron bajo el epígrafe de «contrarradicalización», entendida a veces toscamente como «de qué forma impedimos que se vuelvan terroristas». Ciudadanos atemorizados llamaban a la policía porque los vecinos del piso de al lado parecían estar hablando en árabe.

Al mismo tiempo, la invasión de Irak, acompañada de violaciones de los derechos humanos, como las torturas infligidas por los estadounidenses en la cárcel de Abu Ghraib, reforzó un largo relato islamista de humillaciones árabes por parte de Occidente. A esta lista de imputaciones añádase la indiferencia de Europa ante el destino de los musulmanes de Bosnia. (Ningún predicador extremista se detuvo a mencionar que Occidente había intervenido para proteger a los musulmanes de Kosovo). Súmese a eso una oposición ya antigua a la presencia de Israel en lo que para muchos árabes era simplemente Palestina, una oposición exacerbada por las brutales acciones del Estado israelí, pero en ocasiones entreverada también con un abierto antisemitismo. Y luego obsérvese cómo el Irak ocupado por Estados Unidos, lejos de contener las fuentes del terror, se convirtió en una nueva cantera para el terrorismo islamista. Palestina, Bosnia, Chechenia, Afganistán e Irak abonaron una narrativa de

victimismo que podía poseer un potente atractivo para los jóvenes musulmanes frustrados de Europa, como también lo tuvo la idea de la lucha armada y del martirio heroico por la fe.

Es imposible saber si habría habido igualmente atentados terroristas en suelo europeo como resultado de la mezcla explosiva presente ya antes del 9/11 y de la invasión estadounidense de Irak; solo sabemos que después de ambos hechos se produjeron esos atentados. En los años siguientes, un país tras otro experimentó su propia versión del 9/11. El 11 de marzo de 2004, terroristas islamistas atentaron con bombas en trenes de cercanías que se dirigían a Madrid y mataron casi a doscientas personas. Los españoles lo llamaron 11M. En noviembre de ese mismo año, el cineasta neerlandés Theo van Gogh fue brutalmente asesinado en una tranquila calle de Ámsterdam por un neerlandés-marroquí de segunda generación llamado Mohamed Bouyeri. El 7 de julio de 2005 le tocó a Londres, donde personas que se dirigían a su trabajo murieron de forma horrible en un tren del metro y en uno de los famosos autobuses rojos de la capital. Los británicos lo llamaron 7/7.

Ese mismo año se publicaron unas caricaturas de Mahoma en el periódico danés *Jyllands-Posten* y sus autores recibieron amenazas de muerte. Los dibujos fueron conocidos como «las viñetas danesas». En julio de 2011, una década después del 9/11, el terrorismo islamista encontró un equivalente simétrico de extrema derecha en el asesino noruego Anders Behring Breivik, que mató a tiros a adolescentes inocentes en un campamento juvenil de una isla, materializando así la enfermiza fantasía, espoleada en internet, de una nueva «cruzada» contra los infieles. En su manifiesto, publicado en la red, exigía que se expulsara a todos los musulmanes de Europa. Y así continuó la espiral viciosa, cada vez más hacia abajo, con un extremo reforzando al otro.

No era mi especialidad, mi mundo, pero consideré que debía comprometerme con él, así que leí sobre el tema, hablé con expertos y fui a ver la realidad por mí mismo. Empecé en Seine-Saint-Denis, uno de los polígonos empobrecidos de la periferia de París conocidos como «banlieues». En la medieval basílica de San Denís contemplé la tumba del rey Carlos

Martel, quien en el año 732, en la batalla de Poitiers, fue «el martillo» de los árabes recién convertidos al islam, y luego recorrí la plaza Victor Hugo, atestada de gente de esas mismas tierras árabes, con muchas de las mujeres cubiertas con el hiyab. La Francia vieja y la nueva. La vieja Europa —la creada, según el historiador Henri Pirenne, como resultado de ese primer gran enfrentamiento con el islam («sin Mahoma no existiría Europa»)—[346] y la nueva Europa, multicultural.

Allí conocí la rabia de las *banlieues*. Francia era «un país hipócrita», me dijo el joven Oussine. Intenta conseguir un trabajo con un nombre como ese. En Francia siempre sería un inmigrante, pero en Marruecos siempre era un emigrante. Abdelaziz El Jaouhari, activista islamista nacido en Francia, hijo de bereberes marroquíes, empleó casi las mismas palabras. Se quejaba de que la República francesa no practicaba la igualdad que predicaba. Todo iba bien si te llamabas Jean-Daniel y tenías los ojos azules y el pelo rubio, pero no si te llamabas Abdelaziz y tenías su aspecto.

—¿Qué *égalité* hay para nosotros? ¿Qué *liberté*? ¿Qué *fraternité*?

La prohibición del uso del hiyab introducida por el Gobierno de Nicolas Sarkozy fue racista, afirmó El-Jaouhari. «En París los judíos siguen llevando la kipá». Él tenía un mensaje para el presidente: «Moi, je suis la France!». Yo soy Francia.

En Clichy-sous-Bois, donde los revoltosos habían incendiado coches unos meses antes, Muhamad —«Llámeme solo Muhammad»—, de diecisiete años, me explicó que esos disturbios eran «una forma de hacerse oír». Souda, de dieciséis años, dijo que Argelia, adonde viajaban todos los años para estar con sus abuelos, era muy bonita, que la gente era muy amable y que llevar pañuelo no le causaba ningún problema allí.

Otro Muhammad me contó que sus amigos y él apoyarían de todas todas a Argelia en un partido de fútbol contra Francia. «¡Magreb Unido!», gritó, y el grupo de adolescentes se echó a reír.

—¿Y qué me decís de Zinedine Zidane? —pregunté, pues los padres del gran centrocampista de la selección francesa eran bereberes argelinos.

—Él es francés —intervino Mehdi—, pero, si estuviera quemando coches, sería extranjero de golpe.

A continuación me explicó que Francia no había asumido su pasado colonial.

En el polígono de viviendas, sumamente degradado, de Les Bosquets, un ejemplo premiado de la arquitectura moderna de los años sesenta, un grupo de activistas comunitarias me informa de la realidad de la barriada: un 40 por ciento de desempleo, ninguna comisaría, ni un solo centro comercial, red de transporte totalmente insuficiente para desplazarse a lugares donde pudiera haber trabajo. Me explicaron que la gente vivía de ayudas sociales y que, si esos pagos se retrasaban unos pocos días, la familia tenía que pedir un préstamo o pasar hambre. Esas mujeres elocuentes y resueltas resumieron las necesidades de su comunidad con tres escuetas palabras: empleo, transporte y respeto. La palabra «respeto» siguió repitiéndose.

Zoulikha Jerrardi, marroquí, llevaba pañuelo. Antes no se lo ponía, me contó con una sonrisa, pero decidió usarlo cuando, después del 9/11, se estigmatizó el hiyab, cuando «musulmán» se convirtió en sinónimo de «terrorista». Los empleados de las oficinas gubernamentales donde debía hacer gestiones tragaban saliva, pero no decían nada.

—El hiyab no me limita en absoluto. Soy una mujer emancipada.

En España visité el barrio madrileño de Lavapiés menos de quince días después de los atentados del 9/11 y percibí la rabia y la perplejidad que se vivían allí. Un joven de Tánger me dijo que, en su opinión, el 9/11 «había sido un ataque al islam», refiriéndose a su versión moderada del islam, pero añadió que sus parientes de Marruecos pensarían que los judíos habían participado en los ataques. Me contó que, aunque era un inmigrante legal, con papeles, había desistido de buscar trabajo y vivía de pequeños hurtos, «como un lobo».

Años después, en 2005, me detuve ante el clausurado locutorio Nuevo Siglo, uno de esos lugares donde la gente con antecedentes migratorios se mantenía en contacto con sus parientes y amigos del país de origen a través de internet y llamadas de larga distancia. Fue allí donde Jamal Zougam,

nacido en Tánger, había preparado los teléfonos móviles que activaron las bombas terroristas en los trenes de cercanías con destino a la estación de Atocha de Madrid el 11 de marzo de 2004. Un nuevo siglo, en efecto. Más tarde Zougam fue condenado a 42.922 años de prisión.

No lejos de allí, un adolescente de dieciséis años me dijo que el expresidente José María Aznar tenía la culpa de los atentados terroristas porque su Gobierno había apoyado la guerra de Irak. Muhammad Saïd, de diecinueve años, afirmó que las bombas de Atocha habían estado «muy mal», pero que la policía española trataba fatal a los marroquíes como él. Apenas tres días antes le había dado una paliza y le había quitado el teléfono.

—¿Por qué?

—¡Solo porque tenía esta foto!

Me enseñó la pantalla del móvil. La fotografía era de Osama bin Laden.

Poco después, en mis primeros esfuerzos serios por abordar las complejas cuestiones en torno al creciente número de musulmanes en Europa, cometí el que probablemente haya sido el peor error de mi vida como analista político. En una crítica para el *New York Review of Books*, tras expresar mi «enorme respeto» por «el valor, la sinceridad y la claridad» de Ayaan Hirsi Ali, escritora y activista neerlandesa nacida en Somalia, una de las autoras cuya obra estaba comentando, escribí que, «tras haberse sentido tentada en su juventud por el fundamentalismo islamista», se había convertido en «una fundamentalista valiente, directa y un tanto simplista de la Ilustración».[347] Tomé la expresión «fundamentalista de la Ilustración» del libro *Asesinato en Ámsterdam*, de Ian Buruma, que también estaba reseñando.

Si hay una frase que desearía no haber escrito es esa. Pretendía expresar que la crítica atea y frontal al islam que Ayaan Hirsi Ali defendía no era la mejor forma de convencer a los musulmanes europeos de que aceptaran los valores de una sociedad europea libre, incluida la libertad de expresión. A continuación afirmaba:

> Una política basada en la esperanza de que millones de musulmanes abandonen de repente la fe de sus padres y madres no es realista. Si el mensaje que reciben de nosotros es que abandonar su religión es la condición necesaria para ser europeo, entonces preferirán no serlo.

Ese era el núcleo de un razonamiento que todavía me parece convincente, pero agravé mi error al mencionar al controvertido pensador islamista Tariq Ramadan como ejemplo de reformador musulmán que podría persuadir a las personas con antecedentes migratorios de la compatibilidad del islam y de una Europa liberal postilustrada. Fue una decisión desastrosa, pues Ramadan resultó ser un personaje de lengua viperina, camaleónico y sumamente desagradable.

Algunos amigos se opusieron a la expresión «fundamentalismo de la Ilustración», y no tardé en darme cuenta de que la comparación, siquiera implícita, entre la postura de una mujer de excepcional valentía, amenazada de muerte por terroristas islamistas, y el fundamentalismo que ofrecía una justificación ideológica a sus actos violentos rebasaba los límites de la provocación literaria defendible. Además, ¿no creía yo mismo en los fundamentos de la Ilustración? La cuestión era más bien qué vertiente del legado ilustrado había que seguir. ¿Acaso la tradición de Voltaire, que proponía que la esfera pública quedara libre de la religión, o la de John Locke, que propugnaba la libertad religiosa —lo que en nuestro tiempo significa todas las religiones y ninguna religión— en esa esfera pública?

Así pues, retiré explícitamente esa expresión desacertada en un acto público en Londres con la propia Ayaan Hirsi Ali.[348] En vano. Durante años Ian Buruma y yo estuvimos en la picota por haberla usado. Se escribieron libros enteros sobre la controversia. Era como si hubiera escrito durante una década un grueso volumen sobre los principios del fundamentalismo ilustrado, en vez de dos párrafos en la reseña de un libro. El escritor francés Pascal Bruckner me acusó incluso de ser «un apóstol del multiculturalismo».

Con todo, las críticas me impulsaron a reflexionar y ahondar más. Decidí concentrarme en lo que me parecía el principal desafío general para un europeo laico y liberal: cómo defender y aumentar las libertades de una sociedad

abierta en condiciones de creciente diversidad. Es un reto con el que nuestro continente sigue bregando y del que dependerá el futuro de la libertad en Europa. Paulatinamente fui centrándome en su arista más aguda: la libertad de expresión.

La tensión entre la libertad de expresión y lo que muchos musulmanes consideraban los tabús del islam ya se había presagiado en 1989, cuando los musulmanes británicos quemaron ejemplares de *Los versos satánicos*, de Salman Rushdie, y la fetua iraní obligó al escritor a esconderse y tener guardias de seguridad las veinticuatro horas del día. Como observó Rushdie con ironía cuando nos vimos más adelante, ese mismo año, su experiencia de 1989 era muy diferente de la fiesta de liberación de la que yo había disfrutado en Varsovia y Praga. La tensión pareció remitir un tiempo, pero volvió a agudizarse con la publicación de las «viñetas danesas» en 2005. Al cabo de diez años, en 2015, se reavivaría con más furia aún y con otro nombre: *Charlie Hebdo*.

COOL BRITANNIA

El viernes 27 de julio de 2012, mil millones de personas de todo el mundo contemplaron una celebración entusiasta, divertida, poética y afable del Reino Unido moderno. Revivo la experiencia ahora gracias a un vídeo de la ceremonia de inauguración de los Juegos Olímpicos que encuentro en YouTube. De una vista breve de la belleza natural del valle del Támesis pasamos a las mágicas palabras de Calibán en *La tempestad,* de Shakespeare: «No temas. La isla está llena de rumores, ruidos y aires dulces que deleitan y no hieren».(3) Del suelo del estadio surgen gigantescas chimeneas fabriles que simbolizan la energía tosca y brutal de la primera revolución industrial del capitalismo. El espíritu socialdemócrata compensatorio del Estado del bienestar se plasma en un homenaje al NHS, el Servicio Nacional de Salud, con niños que brincan en camas blancas como la nieve mientras a su alrededor bailan con alegría enfermeras y médicos del hospital infantil de Great Ormond Street.

En la pantalla vemos que James Bond —el actor Daniel Craig— llega al palacio de Buckingham en un taxi negro. Uno de los corgis de su majestad se tumba en la alfombra roja y gira sobre sí mismo. A continuación la reina —no una actriz, sino la monarca de verdad, que se interpreta a sí misma—, sentada a su escritorio, con un espléndido vestido de color melocotón, envuelta en seda, encaje, cuentas y plumas, se da la vuelta y dice: «Buenas tardes, señor Bond». En el vídeo se oye una ovación que se eleva del estadio.

La soberana y el agente salen juntos al jardín del palacio, suben a un reluciente helicóptero blanco y cruzan Londres hasta situarse sobre el estadio olímpico. Bond abre la puerta. ¿Va a saltar? Un largo momento de suspense, en el que solo se ve la blanca parte inferior del helicóptero iluminado sobre el cielo nocturno. Entonces salta la reina, nada menos. El

vestido de color melocotón ondea por encima de las rodillas mientras la monarca desciende hacia el estadio bajo el toldo de la bandera británica del paracaídas. En todo el mundo, mil millones de telespectadores contienen el aliento. Acto seguido se lanza Bond, del servicio no tan secreto de su majestad, el agente 007, con licencia para entretener. Mientras la soberana —una doble de acción llamada Gary (no Sean) Connery— desciende, oímos el famoso y vibrante dum-di-dum-dum de la música de las películas de Bond. Y todo el mundo habla, en un centenar de idiomas, de *der berühmte britische Humor, le célèbre humour britannique*, el famoso humor británico.

Por los altavoces del estadio se pide en francés —en los Juegos Olímpicos los anuncios todavía son bilingües— que todo el mundo se ponga en pie para recibir a *Sa Majesté la Reine*, y ahí está, la reina, inigualable, con el mismo vestido de color melocotón. En su sexagésimo año de reinado, su jubileo de diamante, es con toda probabilidad la mujer más famosa del mundo.

Cada nación de su reino plurinacional está representada en la celebración ideada por el director cinematográfico Danny Boyle: Inglaterra con un coro infantil que canta el magnífico himno patriótico «Jerusalem» e imágenes de archivo de Jonny Wilkinson, el jugador de rugby de cabello dorado, marcando otro gol; Irlanda del Norte con «Danny Boy» y un ensayo —la jugada de rugby que permite anotar cinco puntos— irlandés; Escocia con su himno de rugby «Flower of Scotland» y un ensayo escocés; Gales con «Guide Me, O Thou Great Redeemer» y un ensayo galés. Es el *home international*, como se denominan los partidos de rugby entre las *home nations*, las cuatro naciones británicas. Se mezclan lo nuevo y lo viejo. Tras los representantes de los inmigrantes afrocaribeños de la posguerra salieron los *Chelsea pensioners*, veteranos del ejército del Royal Hospital Chelsea, con sus mejillas sonrosadas y sus uniformes escarlatas.

Mientras vuelvo a ver la ceremonia de inauguración de 2012 en una mañana húmeda y ventosa de 2021, los ojos se me llenan de lágrimas: lágrimas de amor por esa versión conmovedora e inclusiva del moderno Reino Unido, pero también de tristeza por cómo la hemos perdido debido al

Brexit y a las divisiones que lo acompañaron y vinieron después. En aquel entonces muchos de nosotros creíamos en esa visión de un país a gusto consigo mismo y con su lugar en el mundo, orgulloso de su historia insular pero también de la diversidad aportada por la inmigración, abierto tanto a Europa como a la angloesfera, creativo, inclusivo, económicamente dinámico, pero también sensible en lo social, con una calidez dickensiana y un sentido del humor —quizá el mayor recurso natural del país— que va de la afable ironía a la pura locura de los Monty Python. ¿Era solo una obra de teatro, un cuento de hadas o un mito? Sin embargo, un mito compartido por el suficiente número de personas es también una realidad. Es la materia de que están hechas las naciones.

La imagen que de nosotros mismos teníamos como nación y que se plasmó en el espectáculo de Boyle fue el producto de muchas manos, entre ellas, desde luego, las de Winston Churchill y Margaret Thatcher. Siguió sacándole brillo el Gobierno de coalición de conservadores y liberales de David Cameron y Nick Clegg, elegido en 2010, Gobierno bajo el cual se celebraron los Juegos Olímpicos. Pero sobre todo ese intento de síntesis de los numerosos Reinos Unidos reflejaba el espíritu del Gobierno que había conseguido las Olimpiadas para Londres: el de Tony Blair, entre 1997 y 2007. En sus primeros años, la mezcla consciente de lo viejo y lo nuevo se denominó *Cool Britannia* (Gran Bretaña Guay). Un niño prodigio de veintitrés años llamado Mark Leonard, que había crecido en Bruselas, regresó al país y propuso «renovar la imagen del Reino Unido». En todo eso hubo mucho de espectáculo, como en infinidad de aspectos de los años de Blair, pero también contenido.

El dinamismo económico, la flexibilidad del mercado laboral y la excepcional apertura a la inmigración atrajeron a millones de europeos al Reino Unido, al igual que el poder blando de la cultura. Era un lugar guay de verdad. Unos trescientos mil franceses, y quizá otros tantos alemanes, crearon su hogar en el Reino Unido, sobre todo en Londres. Es probable que en el punto culminante hubiera cerca de un millón de polacos y bastante más de un millón de personas llegadas de otros países de Europa Central y del Este. (Mi

mujer y yo dejamos de tener una lengua secreta en la que chismorrear sobre los demás en los pubs o restaurantes, pues, allá adonde fuéramos, siempre había alguien que entendía el polaco).

Tanto en la política nacional como en la internacional, el blairismo intentó tender un puente sobre el Atlántico y combinar lo mejor de los enfoques estadounidense y europeo. Muy influido por el ejemplo de Bill Clinton en Estados Unidos, se apoyó en los cimientos del libre mercado sentados por Margaret Thatcher. Ambicionaba fusionar el dinamismo de una economía de mercado thatcherista con la protección social del Estado del bienestar creado por el Gobierno laborista tras la Segunda Guerra Mundial. La izquierda debía hacer las paces no solo con el capitalismo, sino también con el capitalismo globalizado y financierizado que simbolizaban los rascacielos de la City londinense, como «el Gherkin» («el Pepinillo») y «el Shard» («la Esquirla»). El laborismo renovó su imagen como nuevo laborismo.

Muchos europeos continentales de centroizquierda se sintieron fascinados por esa mezcla del nuevo laborismo. Los italianos hablaban con admiración del blairismo. El líder socialdemócrata alemán Gerhard Schröder hizo campaña a favor de la idea de un «centro nuevo» y publicó con Blair un documento titulado «La vía de futuro para los socialdemócratas europeos».[349] Con respecto a la justicia y la igualdad, en 1999, en el congreso anual de su partido, declaró:

> [...] es tal y como Tony Blair lo ha dicho. No se trata de la igualdad de ingresos. Se trata de la igualdad real: igualdad de posibilidades para realizarse, igualdad de acceso al conocimiento, igualdad de oportunidades de prosperar.[350]

Al principio el ala izquierda del partido se opuso a esta herejía antisocialista, pero en los primeros años de la década de 2000, cuando la economía alemana empezó a presentar dificultades, el canciller impuso la Agenda 2010, con reformas en las prestaciones sociales y el mercado laboral que, según reconoce en sus memorias, reflejaban las ideas del artículo que había firmado con Blair. Dichas reformas serían

fundamentales para el éxito económico de la economía alemana dentro de la eurozona al reducir los costes laborales unitarios mientras los de los países del sur se disparaban.

Si alguna vez hubo una época en que el Reino Unido pareció sentirse razonablemente a gusto como Estado miembro de la Unión Europea, fueron los inicios de la década de 2000. Es cierto que Blair encarnaba, casi con tintes paródicos, la obsesión británica posimperial del liderazgo. El excanciller de Alemania del Este Willy Brandt recordaba que en 1967 otro político laborista, George Brown, al pedirle ayuda para conseguir que el Reino Unido entrara en la Comunidad Europea, le dijo: «Willy, debes meternos para que así podamos asumir el mando».[351] Años después, en una de sus primeras reuniones internacionales, el líder del nuevo laborismo les dijo a dos de sus asesores más allegados: «¡El Reino Unido debería ser más importante!».[352]

Sin embargo, ni Francia ni Alemania tenían intención de renunciar a su derecho divino al mando, sancionado históricamente por Carlomagno. Durante una década en la que Charles de Gaulle había mantenido a los «anglosajones» fuera del club al rechazar dos veces, en 1963 y 1967, la incorporación del Reino Unido al tiempo que firmaba y desarrollaba con Alemania Occidental el histórico Tratado del Elíseo, de 1963, la «pareja» franco-alemana se había acostumbrado a ser la fuerza motriz de la integración europea. Cuando Blair tomó las riendas, Francia y una Alemania ahora unida se preparaban para dar otro paso decisivo hacia delante con la unión monetaria, el principal proyecto político europeo en los noventa. La primera vez que el Reino Unido asumió la presidencia rotatoria de la Unión Europea, en 1998, Blair tuvo que tratar de mediar en una furiosa disputa entre Francia y Alemania sobre quién debería presidir el Banco Central Europeo. Por tanto, la integración en el euro llegó a considerarse una prueba de fuego del compromiso del nuevo laborismo con el proyecto llamado «Europa», pero Gordon Brown, ministro de Hacienda de Blair, en connivencia con la prensa euroescéptica, se aseguró de que no se produjera en un futuro inmediato.

Luego llegó la gran discordia europea a causa de la guerra de Irak, de la que la reputación de Blair en Europa nunca se

recuperó. Aun así, el Reino Unido fue un agente importante en la Unión Europea de la época: contribuyó a impulsar la ampliación hacia el Este, la apertura a Turquía en 1999, la cooperación militar al otro lado del canal de la Mancha y la Agenda de Lisboa, un proyecto, en teoría admirable, de reforma económica. Kim Darroch, que llegó a Bruselas como representante permanente en los últimos años del mandato de Blair, considera ese periodo el punto culminante de la influencia británica en el seno de la Unión Europea.

Cuando, en un día ventoso del verano de 2021, me siento a hablar de esos hechos históricos con Tony Blair, en una casita situada al fondo de su jardín, sostiene que, si bien la guerra de Irak perjudicó a sus relaciones con Schröder y Jacques Chirac, el daño no fue irreparable. De todos modos, tuvo una nueva oportunidad con Angela Merkel y Nicolas Sarkozy. Además, el conflicto de Irak no supuso ningún coste para él —más bien al contrario— respecto a otros importantes estados miembros de la Unión. Su proamericanismo, unido al rotundo apoyo británico a la ampliación hacia el Este, le permitió ganar amigos en Polonia y en Centroeuropa. Y también entre sus aliados más cercanos, José María Aznar en España y Silvio Berlusconi en Italia, que no eran, cabe señalar, precisamente hombres de izquierdas. A continuación me cuenta cómo consiguió que los Juegos Olímpicos de 2012 se celebraran en Londres. En el verano de 2004 parecía que París y Madrid iban por delante de Londres en la competición para obtener votos en el Comité Olímpico Internacional, así que decidió aceptar una invitación para visitar a Berlusconi en el palacio de los placeres que el multimillonario tenía en Cerdeña; «el único hombre que ha llevado allí a su mujer», dice Blair con sorna.

Berlusconi apareció con la cabeza cubierta con un pañuelo blanco, al parecer para ocultar una intervención de implante capilar. Las oficinas de ambos dirigentes habían acordado que no se daría publicidad al encuentro, pero el alegre italiano dijo: «Vengan a dar una vueltecita en mi barco», y *presto* se formó en el muelle un comité de recepción de paparazzi (palabra que deriva de Paparazzo, nombre de un fotógrafo de prensa italiano en la película *La dolce vita*, de Federico Fellini). Fotografiaron a un Tony bronceado que sonreía

valientemente y a un Silvio con un tocado incongruente, y las imágenes, que dieron la vuelta al mundo, todavía se recuerdan, sobre todo por el pañuelo blanco.

El caso es que Tony tuvo ocasión de plantear su petición: ¿tendría Italia la bondad de apoyar la apuesta olímpica de Londres?

—Eres mi amigo —contestó Silvio—. No te prometo nada, pero veré si puedo echar una mano.[353]

Por supuesto, los cuatro miembros italianos del Comité Olímpico Internacional eran totalmente independientes, y sin duda poseían una integridad inquebrantable, pero dio la casualidad de que uno de ellos, Mario Pescante, tenía el cargo de subsecretario de Estado en el Gobierno de Berlusconi y, de algún modo, los cuatro acabaron votando a Londres, que superó a París por cuatro votos. Los votos italianos. En este sentido, los Juegos Olímpicos de Londres pueden entenderse como el último y mejor baile del blairismo.

«El Reino Unido debe superar su ambivalencia respecto a Europa», declaró Blair en 1999 en la ciudad alemana de Aquisgrán. Al ver la frase en un borrador del discurso, el embajador británico en Alemania murmuró: «¡No caerá esa breva!». Desde la perspectiva actual, no cabe duda de que es posible encontrar en la época de Blair factores que contribuyeron a allanar el camino al Brexit. Por ejemplo, se decidió abrir de par en par la puerta a los ciudadanos de Europa Central y del Este tras la adhesión de sus países a la Unión Europea en 2004, sin el periodo de transición impuesto a la mayoría de los otros estados miembros. El gobernador del Banco de Inglaterra afirmó que a la economía le vendría bien esa mano de obra adicional.[354] Según las proyecciones internas del Gobierno, probablemente unas decenas de miles de trabajadores podrían aprovechar la oportunidad. En realidad, según las cifras oficiales, en la década siguiente llegaron más de dos millones. Es probable que el número fuera aún mayor. Sumada a la inmigración extracomunitaria, esa afluencia fue una razón importante para que muchos votaran por el Brexit. Lo oí a menudo cuando en el referéndum de 2013 hice campaña puerta a puerta a favor de

la permanencia del Reino Unido en la Unión Europea.

El estilo urbanita, cosmopolita y liberal de izquierdas de Blair era fantástico para los jóvenes graduados universitarios de las grandes ciudades, pero no tanto para la clase trabajadora tradicionalmente laborista de las poblaciones postindustriales del norte de Inglaterra…, ni, de hecho, para los conservadores tradicionales de clase media como mis padres. A ese problema cultural se añadió la cercanía del nuevo laborismo a los bancos, los fondos de inversión libre y los inversores de capital de riesgo de la pujante City de Londres. Peter Mandelson, el mayor aliado de Blair, afirmó «poco nos importa que la gente se forre»,[355] siempre que pagara sus impuestos. En el ejercicio fiscal que terminó en abril de 2008, los banqueros londinenses recibieron paquetes de primas por valor de unos 16.000 millones de libras, cantidad equivalente a más del 40 por ciento de todo el presupuesto destinado a la defensa del país.[356] Mis amigos universitarios que se dedicaron a los servicios financieros en el periodo anterior al Big Bang de la desregulación londinense de 1986 no poseían más talento que sus coetáneos cirujanos, músicos o diplomáticos, pero obtuvieron retribuciones bastante desmesuradas. Resultó que el más profético de los temas de ABBA que cantábamos en nuestros años estudiantiles era «Money, Money, Money», con su machacón estribillo «It's a rich man's world, it's a rich man's world» («Es el mundo de los ricos, es el mundo de los ricos»).

Los activos del Bank of Scotland, que en vísperas de la crisis financiera afirmó ser el banco más grande del mundo, estaban valorados en 2,2 billones de libras, más de una vez y media el PIB anual británico.[357] Gordon Brown se ufanaba de que el Reino Unido había conseguido la «estabilidad económica, no un crecimiento rápido seguido de un batacazo».[358] De hecho hubo un enorme crecimiento financiero y un enorme batacazo. El Bank of Scotland perdió casi un tercio de su valor nominal y los contribuyentes británicos tuvieron que rescatarlo, a un coste de 45.000 millones de libras, o más de 700 libras por cada hombre, mujer y niño del Reino Unido.[359] Los banqueros conservaron sus primas mientras los ciudadanos de a pie tuvieron que soportar el peso de la recesión y la austeridad

que vinieron después. Fue una vergüenza y ocurrió en todo el mundo capitalista democrático, pero el Reino Unido fue un caso extremo, y los peores excesos se dieron bajo el mandato del nuevo laborismo.

Otros dos hechos de la época de Blair allanaron de manera más directa el camino al referéndum de 2016: su fracaso a la hora de defender a Europa en el Reino Unido, por miedo a la desafección de la prensa euroescéptica, y la forma en que su Gobierno legitimó la idea de celebrar un gran referéndum europeo. «Soy un europeísta apasionado», declaró Blair en 2005 ante el Parlamento Europeo.[360] Pero lo dijo en Estrasburgo, no en el Reino Unido. En aquel tiempo le ayudé en alguno de sus discursos europeos, incluidos dos que pronunció en Varsovia. Por eso, cuando nos vemos ahora, pongo sobre la mesa de su cocina la acusación de que apoyó a Europa en Varsovia y no en Walsall, una localidad donde el Brexit obtuvo un 68 por ciento de los votos.[361]

Blair no lo niega, pero lo defiende como una decisión política pragmática. Tan solo consideró que no valía la pena «ir dándole a la gente con el tema en la cara» y meter el dedo en el ojo a la bestia. Pero insiste: «En Europa fui europeísta». Es una forma de expresarse involuntariamente reveladora, pues indica que, al igual que otros muchos británicos, piensa de forma instintiva en Europa como un lugar ajeno.

La bestia en cuestión era la prensa euroescéptica. A los periódicos de Rupert Murdoch se sumaron el *Daily Mail* de Paul Dacre, su director, un euroescéptico combativo, el grupo *Telegraph* y el *Express*, cuyo propietario, Richard Desmond, le dijo una vez a Tony Blair con todo cinismo que los lectores de su publicación eran «un grupo triste y viejo de gente». De los casi treinta y un millones de lectores que tenía la prensa británica en 2003, más de veintidós millones compraban un diario que podía calificarse de euroescéptico.[362] Era un periodismo despiadado, brutal y a menudo mendaz. La propagación de noticias falsas sobre la Unión Europea había comenzado en los años noventa, cuando un joven corresponsal en Bruselas del *Daily Telegraph* llamado Boris Johnson «informaba» de esas invenciones, como que los eurócratas habían propuesto prohibir los plátanos curvados y las patatas fritas con sabor a cóctel de gambas.[363] El

Sunday Express, que siguió la tradición de las fabulaciones johnsonianas, tituló una «noticia» sobre la adhesión del Gobierno británico a la propuesta de tratado constitucional de la Unión Europea en 2003: «La reina: ¿Blair va a quitarme de en medio?».[364]

El *Sun*, orgulloso de su famoso «Que te den, Delors» publicado en 1988, al día siguiente del discurso de Brujas de Margaret Thatcher, recibió la Constitución europea con el siguiente titular de portada: «Salvad nuestro país». Bajo una ondeante bandera británica, se leía: «En 1588 derrotamos a la Armada española» [imagen de la reina Isabel I]. En 1805 derrotamos a los franceses [imagen del almirante Nelson, vencedor de la batalla de Trafalgar]. En 1940 derrotamos a los alemanes [imagen de Churchill]. En 2003 Blair entrega el Reino Unido a Europa [fotografía de un Blair poco favorecido]».[365]

«Pensábamos que la prensa euroescéptica era algo que había que gestionar», me dice Alastair Campbell, secretario de prensa de Tony Blair. Pero el círculo de Blair había trabajado mucho para ganarse el apoyo de Murdoch. En 1995, como nuevo líder del Partido Laborista, él mismo viajó a la isla Hayman, en Australia, para pronunciar un discurso ante los ejecutivos de News Corporation. Campbell recuerda que ya en las conversaciones mantenidas allí Murdoch no ocultó sus opiniones antieuropeas («esos europeos, no te puedes fiar de ellos» era la idea esencial). En un momento crucial de la campaña electoral de 1997, los estrategas laboristas consideraron que tal vez fueran vulnerables a los ataques conservadores a propósito de «Europa». Así pues, tal como recuerda otro asesor importante, «conseguimos que el *Sun* publicara al día siguiente un artículo en el que Blair prometería "matar al eurodragón"».[366] Una buena gestión activa, eso es. Más tarde, en el desastroso psicodrama de la rivalidad personal entre Tony Blair y Gordon Brown, este último intentaría que los tabloides se pusieran de su lado como crítico del euro. Su secretario de prensa incluso propuso al *Sun* el titular «Brown salva la libra».[367]

Cuando en 2006 convencí a Blair de que pronunciara uno de sus escasos discursos europeos en el Reino Unido, lo insté a enfrentarse a la prensa euroescéptica. Solo conseguimos

esto:

> Por supuesto, la agitación febril de algunos medios de comunicación británicos no ayuda precisamente. Hace mucho que desistí de tratar de mantener un debate serio sobre Europa en ciertos lugares. Pero es demasiado fácil echar la culpa a los medios de comunicación.[368]

Lo cierto es que consideraba demasiado difícil enfrentarse a ellos. Apenas un año después criticó por fin a esos periódicos calificándolos de «bestias salvajes»,[369] pero para entonces estaba a punto de dejar el cargo. Sus sucesores seguirían alimentando a la bestia, como había hecho él.

Blair me dice que, al volver la vista atrás, las únicas concesiones políticas de peso que hicieron a la prensa euroescéptica tuvieron que ver «con el euro y el referéndum». Pero esos eran dos puntos decisivos. El Reino Unido ya había celebrado un referéndum sobre «Europa» en 1975, claro está. A partir de los años noventa aumentó la presión de la derecha, incluidos mis viejos colegas del *Spectator*, para que se convocara otro. Como Charles Moore recuerda en su biografía de Margaret Thatcher, ella misma se centró en la idea de un referéndum poco después de ser expulsada de su cargo en 1990. En 1992 escribió lo siguiente a un parlamentario euroescéptico:

> Siempre he pensado que la mejor solución para nosotros era ser una especie de «Singapur» de libre comercio y no intervencionista fuera de Europa, con la búsqueda de contactos y acuerdos con los sectores de crecimiento del mundo, pero tengo la sensación de que un proyecto como ese quizá sea demasiado revolucionario incluso para mis compañeros euroescépticos de los Comunes.[370]

Apoyó al Partido del Referéndum fundado por el multimillonario James Goldsmith y ya casi al final de su vida comentó en privado a sus amigos que estaba a favor de abandonar la Unión Europea.

Con todo, el propio Gobierno laborista legitimó la idea de un referéndum al celebrar no menos de cinco sobre cuestiones que iban desde la devolución de competencias a Escocia y Gales hasta la creación de una asamblea regional en el nordeste de Inglaterra, e incluso la propuesta de una tasa por

congestión de tráfico en Manchester. Si se juzgó necesario convocar uno sobre la tasa por congestión de tráfico, ¿cómo no iba a celebrarse otro sobre un aspecto tan vital para el futuro de la nación? Así pues, el programa electoral laborista de 1997 ya prometía un referéndum acerca de la integración en el euro. Hugo Young, un columnista del *Guardian* que expresaba sus ideas europeístas con elocuencia, concluyó la edición de 1999 de su libro sobre el Reino Unido y Europa diciendo: «El espectáculo no terminará hasta que el pueblo hable».[371]

Luego llegó la propuesta de Constitución europea. Frente a la avalancha de información negativa, incluida la acusación de «entrega» por parte del *Sun*, Blair volvió a prometer un referéndum. «Tuve que hacerlo», me dice. De lo contrario, no habría conseguido que el tratado pasara por la Cámara de los Lores. Así pues, dos de los grupos de menor representatividad democrática del Reino Unido, con miembros no elegidos en las urnas, los pares y los magnates de la prensa, dictaron ese ejercicio de democracia directa. El presidente francés Jacques Chirac estaba furioso. Temía un probable rechazo de la Constitución por parte del electorado francés, de modo que había propuesto en privado a sus homólogos europeos, incluido Blair, una especie de pacto de no convocatoria de referéndums. Su preocupación estaba justificada. Tras el precedente sentado por la pérfida Albión, Chirac tuvo que convocar un referéndum, que perdió de forma clara: un 55 frente a un 45 por ciento. Ese mismo verano de 2005, los Países Bajos también celebraron uno y la mayoría contraria al tratado constitucional fue aún más abultada: el 61 frente al 39 por ciento.

De ese modo Blair salió del atolladero. En aquel entonces le dijo a Robin Cook, su ministro de Asuntos Exteriores, que habría deseado más bien una batalla en las urnas, en un referéndum, a lo que Cook respondió: «Entonces eres más tonto de lo que pensaba».[372] Ahora Blair opina que Cook tenía razón: «Nos libramos de una buena». Los sondeos del Britain in Europe, un grupo de presión europeísta, indicaban que, si los otros veinticuatro estados miembros de la Unión Europea hubieran ratificado el tratado constitucional, el miedo al aislamiento podría haber dado lugar a una limitada

mayoría favorable, pero aun así era poco probable.[373] Y eso en un momento en que casi todo en Europa tenía aún buena pinta.

La idea de celebrar otro referéndum sobre «Europa» arraigó en el corazón de la política británica. Tarde o temprano, en una circunstancia u otra, habría que preguntar de nuevo al pueblo. Los tres principales partidos políticos se habían presentado a las elecciones de 2005 con la promesa de un referéndum sobre la Constitución europea. Tras las elecciones de 2010, el Gobierno de coalición conservador-liberal convirtió en ley el *referendum lock* y de ese modo se comprometió a refrendar por votación popular cualquier otra cesión de soberanía a la Unión Europea. En el verano de 2012, mientras disfrutaba del reflejo del esplendor de los Juegos Olímpicos de Londres, el primer ministro conservador David Cameron ya había decidido ir un paso más allá.[374] En un discurso pronunciado en enero de 2013 en la sede de Bloomberg en Londres, se comprometió a convocar un referéndum sobre la base de un «nuevo acuerdo» negociado sobre la pertenencia del Reino Unido a la Unión Europea.[375] Aprobé la idea, tonto de mí, como una oportunidad de cortar por lo sano de una vez y superar la paralizadora ambivalencia británica sobre Europa.

Volviendo al discurso que Tony Blair pronunció a instancias mías, leo, con una sonrisa muy irónica, su conclusión:

> No existe otra vía para el Reino Unido. El Reino Unido no abandonará Europa. Ningún Gobierno lo propondrá. Y, pese a lo que se nos dice con frecuencia, al final la mayoría del pueblo británico no votaría a favor de la salida.[376]

La historia se echa a reír.

SOBERBIA

El 1 de mayo de 2009 organicé para mi amigo y mentor Ralf Dahrendorf, el pensador liberal germano-británico, una celebración por su octogésimo cumpleaños. Ambos sabíamos que se estaba muriendo. A lo largo de su vida había visto la casi desaparición de la libertad en Europa y luego su mayor avance de todos los tiempos.

Cuando tenía quince años, Ralf pasó la Navidad de 1944 en un campo de prisioneros de la Gestapo, adonde lo habían enviado por repartir octavillas antinazis con amigos del colegio. Vio cómo un preso sufría una muerte lenta y terrible por ahorcamiento en el frío glacial, pero también el coraje de los socialdemócratas y comunistas alemanes encarcelados, que entonaron desafiantes canciones del movimiento obrero durante la comida navideña. Cuando, muchos años después, visitó el lugar donde se encontraba el campo de prisioneros de la Gestapo, recogió un pequeño fragmento de cristal ahumado de color blanco azulado. Lo tuvo siempre sobre su escritorio y, tras su muerte, su viuda me lo regaló.

En 1946 Ralf se vio obligado a huir con sus padres del Berlín ocupado. Se fueron a Hamburgo, a la seguridad de la zona de ocupación británica. Su padre, Gustav Dahrendorf, político socialdemócrata, acababa de oponerse a la fusión forzada del Partido Socialdemócrata con el Partido Comunista en la zona de ocupación soviética que pronto se convertiría en Alemania del Este. En consecuencia, era probable que las fuerzas de seguridad soviéticas lo arrestaran…, pero el padre no era el único que corría peligro. Cuando, a principios de los noventa, trabajaba en los archivos del Partido Comunista de Alemania del Este, encontré una nota manuscrita. «El joven Ralf —rezaba—, de 16 años, destinado al NKVD».[377] Por tanto, el plan era que la policía secreta soviética consiguiera que Ralf denunciara a su padre. Según recordaba Ralf, dos

rusos misteriosos lo habían visitado cuando se hallaba solo en casa y habían empezado a formularle preguntas indagatorias sobre sus padres. Así pues, antes de cumplir los diecisiete Ralf tuvo la experiencia más directa y personal de las dos dictaduras totalitarias, la nazi y la soviética, que dejaron a Europa postrada en la primera mitad del siglo XX.

Con una inteligencia afilada como una cuchilla y en apariencia reservado, incluso estirado, Ralf no era un intelectual al estilo de Martín Lutero, que se rebeló con fiereza contra todos los poderes de este mundo: «Esta es mi postura, no puedo actuar de otro modo». Se describía a sí mismo como un liberal erasmista, un hombre de diálogo, tolerancia y moderación. Al final de su vida se convirtió en un pilar del establishment británico. Como miembro de la Cámara de los Lores, no le desagradaba en absoluto que un inglés de noble abolengo con una pátina verde le tomara del brazo y se dirigiera a él en confianza como «Raif», pronunciación aristocrática del inglés «Ralph». Pero durante toda su vida tuvo un compromiso apasionado e inquebrantable con la libertad individual,[378] y eso, junto con su brillantez y amabilidad personal, era lo que me encantaba de él.

En 1944, cuando la Gestapo arrestó al Ralf de quince años, solo cuatro grandes países de Europa podían describirse como peligrosamente libres: el Reino Unido, Suiza, Suecia e Irlanda. En enero de 1974, el centro de estudios estadounidense Freedom House contó diecisiete países libres en Europa y solo cuarenta y uno en todo el mundo. En 2004, en cambio, se registró un récord histórico, con treinta y cinco países libres en Europa y ochenta y nueve en todo el planeta.[379] A finales de ese año, mientras hablaba con manifestantes de la Revolución Naranja de Ucrania, tiritando a diez grados bajo cero en una Maidán, la principal plaza de Kiev, cubierta de nieve, me convencí de que podríamos seguir avanzando hacia el objetivo expresado en el título del libro que publiqué ese año: *Mundo libre*.

Cuatro años después, en 2008, Freedom House calculó que tres mil millones de personas vivían en países libres en todo el mundo.[380] Sin embargo, muchos cientos de millones de ciudadanos de esos países no se sentían libres, y con toda la

razón. Freedom House examinaba los derechos políticos y civiles, pero no la consecución de las condiciones sociales y económicas mínimas sin las cuales los seres humanos no pueden ser verdaderamente libres. Dahrendorf lo llamaba «el suelo común» de la sanidad, la vivienda, la enseñanza y las oportunidades.[381] Sin el suelo común, la gente carecería de igualdad de oportunidades en la vida, un factor esencial para una versión madura y moderna del liberalismo.

El persistente incumplimiento de ese imperativo era una de las razones por las que, mientras en el verano de 2009 Ralf afrontaba con estoicismo la perspectiva de su propia muerte, el liberalismo se hundía en una experiencia cercana a la muerte. La causa inmediata fue la crisis financiera de 2008. En el encuentro que celebramos con ocasión del octogésimo cumpleaños de Ralf, el comentarista económico Martin Wolf afirmó que esa crisis financiera era incluso más grave que la que había sumido a Europa en los horrores de los años treinta.[382] Y de ese modo los sentados a la mesa nos planteamos la pregunta con la que los intelectuales liberales lidiarían durante los años siguientes: ¿qué falló?

Si tuviera que resumir la respuesta en una sola palabra, sería soberbia, el trágico defecto de la excesiva seguridad en uno mismo. La soberbia de la «nueva Roma» estadounidense invadiendo Irak. La soberbia de la *Cool Britannia* y la de mis amigos polacos, confiados en que la sopa de pescado se había convertido en un acuario. La soberbia de creer que la ampliación del Occidente geopolítico liderado por Estados Unidos hacia Europa del Este continuaría como la seda sin afrontar el desafío feroz de una Rusia revanchista. La soberbia de la eurozona, reflejada a la perfección en el discurso de autocomplacencia neocarolingia que Jean-Claude Trichet pronunció en 2008. La soberbia de la Unión Europea, que en 2007, en el cincuentenario del Tratado de Roma, se veía a sí misma como un modelo que el mundo podía respetar e imitar. Mark Leonard, el de la renovación de la imagen del Reino Unido, había publicado un par de años antes un libro titulado *Por qué Europa liderará el siglo XXI*. En aquella época salieron a la luz diversas obras del mismo tenor, a menudo escritas por admiradores estadounidenses.

La soberbia, también, de un capitalismo globalizado y

financierizado que se jactaba de haber puesto punto final al «crecimiento rápido seguido de un batacazo» y de haber encontrado en el libre mercado algo parecido a la panacea universal. Y, sí, la soberbia de los liberales como yo, convencidos de que podríamos avanzar y pasar de una Europa libre a un mundo libre. El objetivo no tenía nada malo. Todavía sigo defendiéndolo. Erramos en cómo —y con qué rapidez— conseguirlo.

Vinculamos en exceso nuestro sueño de propagar la libertad individual a un modelo capitalista concreto. El capitalismo globalizado y financierizado aportaba sustanciosas ganancias. Las economías poscomunistas de Centroeuropa experimentaban crecimientos espectaculares, que beneficiaban a la mayoría. Cientos de millones de personas salieron de la pobreza en países como China y la India. Pero luego un insostenible sector financiero hipertrofiado sumió en una crisis toda la economía del capitalismo liberal democrático occidental. Ese modelo comportó asimismo unos niveles de desigualdad no vistos en Occidente desde hacía cien años.

Los internacionalistas liberales prestamos mucha atención, acertadamente, a la otra mitad del mundo, pero descuidamos la otra mitad de nuestras propias sociedades. La desigualdad no era solo económica y social, sino también cultural: la desigualdad de atención y respeto. ¿Cuánta información compasiva sobre las penurias de la clase trabajadora blanca en las regiones más pobres podían encontrar los lectores de los periódicos progresistas de las grandes ciudades como el *New York Times* y el *Guardian* hasta que la reacción populista de la década de 2010 generó una oleada de safaris periodísticos al Cinturón del Óxido estadounidense y a las ciudades postindustriales del norte de Inglaterra? Sin embargo, la igualdad es un componente esencial de cualquier ideología liberal digna de tal nombre. No significa tan solo igualdad de derechos y de oportunidades, sino también lo que el filósofo del Derecho Ronald Dworkin describió como «igualdad de respeto e interés» por todos los miembros de la sociedad.

En ningún lugar era tan visible la soberbia del capitalismo globalizado y financierizado como en las reuniones anuales

del Foro Económico Mundial en la estación de esquí suiza de Davos, en lo alto de la «montaña mágica» de Thomas Mann. Tras varios días de importantes conversaciones, el sábado por la noche se celebraba una «gala», un sarao suntuoso organizado en general por un país. El centro de congresos, un edificio brutalista de hormigón, se transformaba en un palacio de los placeres digno del Versalles de 1788 o de San Petersburgo antes de la Revolución soviética. Un año hubo una gala rusa, para la cual la piscina municipal de Davos se cubrió y se convirtió en una fantasía de opereta, con las cúpulas bulbosas de las iglesias ortodoxas, gorros cosacos, vodka y caviar. Alrededor de esos palacios de placer de cartón piedra, directores ejecutivos, banqueros, gerifaltes de fondos de inversión libre e inversores de capital de riesgo paseaban del brazo de sus esposas, a menudo jóvenes y guapas, que solo en joyas lucían toda la renta nacional de un país africano pequeño. Allí me topé con el ministro israelí de Comercio Natan Sharanski, que en una vida anterior había sido el disidente soviético Anatoli Sharanski y recordaba una Rusia muy diferente. Poco después de la crisis financiera cesaron aquellas galas fastuosas. Se juzgaron «inapropiadas».

Del Foro de Davos de 2009 mi cuaderno recoge el siguiente anuncio del banco de inversión Merrill Lynch: «Amasamos dinero al estilo antiguo: lo ganamos». Costaría imaginar un eslogan más ridículamente reñido con los hechos del pasado reciente. Ese banco acababa de dar por perdidos 42.000 millones de dólares en inversiones temerarias en hipotecas de alto riesgo y solo había sobrevivido porque el Bank of America lo había adquirido.[383] Dio la casualidad de que esa asunción disparatada de riesgos, que pusieron en peligro toda la economía del mundo occidental, tuvo una relación directa con las enormes primas que se agenciaban los banqueros. El economista de desarrollo Paul Collier propuso un nuevo delito: el banquicidio.[384] Como ocurre con el homicidio involuntario en la legislación inglesa, no sería necesario demostrar la existencia de intención dolosa, tan solo imprudencia. No obstante, cuando llegó la crisis, la mayoría de los banqueros salieron impunes, atiborrados de sus inmerecidas ganancias.

Nos gustara o no, los académicos y periodistas que

asistíamos al Foro de Davos formábamos parte del espectáculo. Aunque muchos nos sentíamos meros espectadores en la montaña mágica, vistos desde fuera éramos miembros de un establishment liberal global, igual que los banqueros y los gestores de fondos de inversión libre. Una de las peores cosas que le ocurrió al liberalismo durante esos años fue que llegó a ser considerado la ideología de los ricos y poderosos. El polemista católico de derechas Patrick Deneen acuñó un término útil y provocador: liberalocracia, el gobierno de los liberales.[385]

Durante unos veinte años después de 1989, fue bastante razonable afirmar, como hizo Francis Fukuyama, que no existía una alternativa ideológica global y creíble al capitalismo liberal democrático. Tal vez el fundamentalismo islámico sedujera a los musulmanes en muchos países, también en Europa, pero no conseguiría atraer adeptos de todas las culturas y continentes, como habían hecho el comunismo y el fascismo en el siglo XX. Pero esa observación histórica se convirtió luego en una predicción y una prescripción.

«Las grandes contiendas del siglo XX entre libertad y totalitarismo —se afirmaba en la Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos de 2002— finalizaron con una rotunda victoria de las fuerzas de la libertad y un único modelo sostenible para el éxito nacional: libertad, democracia y economía de mercado».[386] Deberían sonar las alarmas cada vez que alguien dice «único modelo sostenible». Fue el caso del TINA de Margaret Thatcher: *There Is No Alternative* («No hay alternativa»). Ese pensamiento continuó hasta la década de 2010 en el discurso de Angela Merkel de *alternativlos* («sin alternativa»). Sin embargo, en el núcleo del liberalismo, desde John Stuart Mill hasta Ralf Dahrendorf, existe la idea de que nuestras propuestas liberales deben probarse frente a otras opciones. Esto conduce a una paradoja central del liberalismo: para que este prospere, nunca debe haber solo liberalismo. Al capitalismo liberal democrático occidental le fue tan bien en la segunda mitad del siglo XX precisamente porque se enfrentaba a una encarnizada rivalidad ideológica con el fascismo y el comunismo. Una vez libre de esa competencia, se volvió perezoso,

autocomplaciente y engreído. Más tarde la rivalidad ideológica resurgió en una dirección que en 1989 nadie había previsto. La insólita combinación de leninismo y capitalismo de China creó un modelo que tuvo un considerable atractivo en muchos países en desarrollo, sobre todo en contraste con la crisis del capitalismo occidental.

No es que los internacionalistas liberales fuéramos ciegos. Vimos muchos de los problemas y desencantos que se iban acumulando, desde el terrorismo islamista hasta el desastre de Irak, el sobrecalentamiento del capitalismo financiero y la revuelta ciudadana contra la propuesta de Constitución europea. En uno de mis cuadernos de 2006 encuentro una anotación lacónica: «Europa, entera, libre e infeliz». Con todo, tras un cuarto de siglo en el que, de forma inesperada y gloriosa, la historia había seguido el camino de nuestros deseos, tendimos a suponer que aquellos problemas serían contratiempos temporales, obstáculos en una senda ascendente, que retrasarían pero no revertirían el curso general de la evolución histórica. En otras palabras, en el fondo pensábamos —o, mejor dicho, sentíamos— que sabíamos hacia dónde iba la historia. Eso es siempre un error, y los historiadores deberíamos ser los últimos en cometerlo.

VACILANTE

(2008-2022)

ZWEIG Y EL DECLIVE

Cuando entramos en la segunda década del siglo XXI se empezó a hablar de un libro titulado *El mundo de ayer*, del escritor austriaco Stefan Zweig. Con el subtítulo de *Memorias de un europeo* y escrita en el exilio durante la Segunda Guerra Mundial, la obra es una evocación elegiaca de una Europa —«mi patria propiamente dicha, la que había elegido mi corazón»—[387] que Zweig considera perdida para siempre. El epígrafe del último capítulo, tomado del *Julio César* de Shakespeare, proclama: «El sol de Roma se ha puesto. Nuestro día murió». Zweig termina su relato cuando el Reino Unido declara la guerra a la Alemania nazi, pero la edad dorada que él celebra con una prosa espléndida no es la Europa de antes de 1939, sino la anterior a 1914. Esa es, para él, la Europa previa a la Caída.

> Nunca he amado *tanto* a nuestro Viejo Mundo como en los últimos años antes de la Primera Guerra Mundial, nunca he confiado *tanto* en la unidad de Europa, nunca he creído *tanto* en su futuro como en aquella época, en la que nos parecía vislumbrar una nueva aurora. Pero en realidad era ya el resplandor del incendio mundial que se acercaba.[388]

¿Por qué volvió la gente al libro de Zweig en la década de 2010? ¿Solo porque en 2009 se reeditó en una nueva traducción inglesa? ¿O porque en esas melancólicas memorias los lectores vislumbraban signos proféticos de un mundo que una vez más se hallaba al borde de la catástrofe? El novelista austriaco-alemán Daniel Kehlmann comentó que la popularidad del libro decía «mucho de nuestra época, de nuestros miedos, de nuestra sensación de que quizá algo está llegando irremediablemente a su fin».[389]

Cuando Zweig escribió sus memorias en 1941-1942, exiliado primero en Estados Unidos y luego en Brasil, estaba

bastante seguro de que algo ya había llegado a su fin. Propuso el título «Los años irrecuperables» a su traductor español. [390] Aunque acababa de cumplir solo sesenta años, este europeo austriaco judío estaba impregnado de un fatalismo trágico. No podemos establecer de manera concluyente si ya contemplaba el suicidio mientras pulía el manuscrito en la última estación de su exilio, la arbolada ciudad brasileña de Petrópolis, pero sin duda saber que Zweig y Lotte, su esposa, se quitaron la vida ingiriendo veneno en febrero de 1942, justo unos días después de que él enviara el texto mecanografiado, añade un matiz fúnebre a nuestra lectura. [391]

Mientras los lectores volvían a las memorias de Zweig, Europa entraba en una «época turbulenta», por emplear una frase rusa, o lo que algunos observadores denominaron una «policrisis». Al igual que el impulso que empezó en torno a 1985 y cobró velocidad a partir de 1988, el declive que empezó en torno a 2005 y cobró velocidad a partir de 2008 se compuso de diversos elementos. El rechazo en las urnas de franceses y neerlandeses a la Constitución europea en 2005, la crisis financiera de 2008, que dio paso a la primera de varias crisis en la eurozona, la toma por parte de Rusia de algunas zonas de Georgia en 2008 y de Crimea en 2014, la crisis de los refugiados en 2015 y el caso de *Charlie Hebdo* ese mismo año, el crecimiento del populismo en Hungría y Polonia, el referéndum del Brexit en el Reino Unido en 2016, la llegada de Donald Trump a la Casa Blanca en 2017, la pandemia de covid que envolvió a Europa en 2020 y la guerra de recolonización iniciada por Putin contra Ucrania en febrero de 2022…, cada uno de esos hechos tuvo sus propias causas. Aun así, al igual que ocurrió en el proceso de impulso, también en el declive los distintos elementos se reforzaron mutuamente.

En los años ochenta las políticas y personalidades dispares de Gorbachov, Reagan, Thatcher y Kohl se complementaron entre sí. La defensa, liderada en Bruselas por Jacques Delors, de un mercado único en Europa Occidental aumentó la atracción magnética que «Europa» ejercía entre quienes vivían al otro lado del Telón de Acero. La liberación de Europa Central y del Este, y la unificación alemana dieron un

nuevo y fuerte impulso a la integración de Europa Occidental. El resultado fue una espiral ascendente.

En la década de 2010, la crisis de la eurozona llevó a la creación de un partido euroescéptico y populista en Alemania, Alternativa para Alemania, que conseguiría aumentar sus apoyos con la oposición a la afluencia de refugiados en 2015. El partido explotaba los estereotipos negativos de los musulmanes, que ya habían tenido una amplia difusión tras los atentados islamistas posteriores al 9/11, como los asesinatos de los periodistas de la revista satírica francesa *Charlie Hebdo* a principios de 2015. Putin apoyaba a los populistas europeos occidentales contrarios a la inmigración, y varios de estos expresaban su admiración por Putin. Durante la campaña del referéndum del Brexit, quienes abogaban por la salida resaltaban tanto la situación de la eurozona como la crisis de los refugiados para explicar por qué el Reino Unido debía abandonar una Unión Europea en decadencia. Trump elogiaba el Brexit; los defensores del Brexit elogiaban a Trump. Las dificultades económicas provocadas por la pandemia de covid se vieron redobladas por el fuerte incremento del precio de la energía y los alimentos como consecuencia de la guerra de Ucrania. Y así sucesivamente: cada hecho negativo reforzaba el otro.

En 2022, la invasión de Ucrania por una dictadura rusa provista de armas nucleares evocó la oscuridad apocalíptica de los últimos capítulos de Zweig. De hecho, en los primeros años de la década de 2020 hubo días en que me sentí como mi supuesto antepasado centroeuropeo, Scholem Asch, quien a finales de los treinta escribió a su amigo Zweig: «Al parecer entramos en una época de martirio […] debemos aceptar el destino tal como viene».[392] Pero no es ese el ánimo con el que yo escribo esto.

Esta última parte de mi libro se titula «Vacilante», no «En caída». Muchos de los siguientes capítulos acaban con signos de interrogación. Ignoramos si el declive de los últimos años continuará o se revertirá, tal vez incluso hasta el punto de dar paso a una historia de recuperación total y mayores avances. En cambio, sí sabemos que el resultado dependerá de nosotros, de los europeos que vivimos hoy. Por tanto, el ánimo que necesitamos no es la resignación zweigiana, sino la

firme rebeldía mostrada por otros escritores de los tiempos de Zweig que continuaron luchando —con la pluma y la voz— por sus convicciones, por una aurora que llegaría incluso tras la noche más oscura.

Después de todo, si Stefan Zweig hubiera aguantado solo tres años más, habría visto liberada su Austria natal. Otros doce años y, con setenta y cinco cumplidos, habría visto como su querida Viena se convertía, en virtud del Tratado de Estado de 1955, en la capital de una república independiente, democrática y pacífica, parte de una Europa que pronto se propondría ofrecer una versión de la vieja película *Roma* de una forma distinta, por consentimiento y en libertad.

EURO, CRISIS

La mañana del lunes 10 de mayo de 2010, en Bruselas, vi a un falto de sueño José Manuel Durão Barroso, antaño activista estudiantil portugués y ahora presidente de la Comisión Europea, y a Herman van Rompuy, presidente belga del Consejo Europeo y autor ocasional de haikus, tratar de tranquilizar a un público de ejecutivos empresariales asegurándoles que el euro se había salvado. «Todo intento de debilitar la estabilidad del euro fracasará», afirmó Durão Barroso. La escena se repetiría muchas veces durante los años siguientes, en un día de la marmota de un eurocalipsis evitado por los pelos.

Esas valerosas palabras tranquilizadoras llegaron después de lo que se denominó «el fin de semana del billón de dólares»,[393] un frenesí de reuniones de urgencia que culminaron en el anuncio, poco después de las dos de la madrugada de ese lunes, de un paquete de rescate para Grecia, y de hecho para toda la eurozona, por un valor de 750.000 millones de euros. «Defenderemos el euro cueste lo que cueste», dijo el normalmente flemático Olli Rehn, comisario europeo de Asuntos Económicos y Monetarios.[394] ¿Por qué se llamó «el fin de semana del billón de dólares»? Porque eso impresionaría a los mercados financieros, en su mayoría anglófonos que pensaban en dólares. ¿Por qué anunciarlo a las dos de la madrugada? Porque había que hacerlo antes de que abrieran los mercados asiáticos.

El otoño anterior, el Gobierno griego recién elegido había revelado que el déficit del país era mucho mayor que el que sus predecesores habían comunicado. Mientras Grecia se esforzaba por resolver el problema, se había ampliado el diferencial entre los tipos de interés más altos exigidos por los inversores para prestar al Gobierno griego y los más bajos a

los que estaban dispuestos a prestar al Gobierno alemán. Se abrió así la perspectiva de un círculo vicioso en el que bancos casi en quiebra tendrían que ser salvados por estados ya muy endeudados, que a su vez agravarían los problemas de esos bancos al recortar el gasto público o aumentar los impuestos para cubrir la carga financiera por intereses de la creciente deuda pública, de modo que cada socio insolvente arrastraría al otro hasta que los inversores extranjeros llegaran a creer que debían dejar de pagar…, con lo que se ampliarían aún más los temidos diferenciales y se ceñiría la soga alrededor del cuello del país.

En abril de 2010 el Gobierno griego anunció que su déficit presupuestario representaba más de un 13 por ciento del PIB y su deuda pública más del 120 por ciento.[395] (Recordemos que los criterios de Maastricht eran un 3 y un 60 por ciento respectivamente). En el vocabulario entró una nueva palabra, Grexit, para aludir a la salida de Grecia de la eurozona. Pero era probable que el Grexit produjera un efecto dominó, es decir, que los mercados se lanzaran sobre el siguiente miembro más débil de la eurozona. Un alto funcionario alemán señaló que esa eurozona era una «máquina infernal».

De ahí las reuniones de crisis durante aquel largo fin de semana de mayo, en el que el presidente francés Nicolas Sarkozy, blanco como un sudario, le indicó al entonces presidente del Banco Central Europeo, Jean-Claude Trichet, «como ciudadano francés», que hiciera lo que fuera necesario. [396] Pero el Tratado de Maastricht había impuesto al Banco Central Europeo un mandato de absoluta independencia para garantizar la estabilidad monetaria, como la del Bundesbank. Además, incluía una «cláusula de no corresponsabilidad financiera (no rescate)», donde se especificaba que ningún Gobierno nacional de la eurozona sería responsable de las deudas de otro Estado miembro. Aquel sábado 9 de mayo Angela Merkel tenía por delante unas elecciones regionales en el importante estado federal de Renania del Norte-Westfalia y la opinión pública alemana se oponía mayoritariamente a «dar dinero a Grecia». Incluso el semanario liberal y europeísta *Die Zeit* preguntó: «¿Qué pasará con nuestro dinero?».[397]

Al final hubo un gran rescate que se fingió que no era un

rescate, pero, con objeto de aplacar a Alemania y a otros países acreedores del norte de Europa, se acompañó de la imposición de unas duras condiciones a Grecia. Dichas condiciones se establecieron en lo que los griegos denominaron simplemente «el Memorándum», de cuyo cumplimiento velaría lo que llegó a conocerse como «la Troika»: la Comisión Europea, el Banco Central Europeo y el Fondo Monetario Internacional. Grecia tendría que recortar el gasto público en partidas como las de sanidad, enseñanza y pensiones, dentro de un programa draconiano de austeridad y reformas. Entretanto, la mayor parte del dinero del rescate se destinó a pagar a los acreedores extranjeros, entre ellos los bancos alemanes, franceses y de otros países que de manera tan imprudente habían prestado a Grecia en los años de vacas flacas. «No pidas prestado ni prestes», aconseja el Polonio de Shakespeare. Pero casi todo el dolor del ajuste recayó en los prestatarios irresponsables del sur, casi ninguno en los prestadores irresponsables del norte.

Por primera pero no última vez, los líderes europeos se unieron para asegurar que el euro se había salvado de una vez para siempre. «Si el euro fracasa —declaró Merkel—, fracasa Europa».[398] Por tanto, no debía fracasar.

Todos los problemas que los economistas habían predicho hacía mucho afloraron en una unión monetaria mal concebida y desbordada, junto con otros que nadie había previsto. Como un director de banco con sobrepeso y el corazón delicado, la eurozona entraba y salía tambaleándose de la consulta del médico y del servicio de urgencias. La primera fase aguda de la crisis concluyó en julio de 2012, cuando Mario Draghi, que había sustituido a Trichet en la presidencia del Banco Central Europeo, pronunció su famosa declaración de que el banco haría «lo que sea necesario» para proteger al euro.[399] El paciente sobrevivió, pero con mala salud. En 2015 se produjo otra crisis aguda en torno a Grecia. Esta prolongada crisis, o sucesión de crisis, era a la vez aterradora y muy aburrida.

Como algunos habíamos temido, una unión monetaria que no pretendiera fortalecer y unir a Europa la debilitaría y

dividiría. El norte y el sur ahora divergían allí donde en los primeros años del siglo XXI parecían estar convergiendo. La economía griega se contrajo aproximadamente una cuarta parte.[400] En 2013 el paro juvenil en Alemania era solo del 8 por ciento, mientras que en España y Grecia superaba el 50 por ciento.[401] En tanto que un joven alemán podía tener la seguridad razonable de encontrar un empleo aceptable en una economía que había prosperado en el seno de la eurozona, los jóvenes graduados universitarios de España, Portugal y Grecia se veían obligados a trabajar de camareros en Londres y Berlín.

Eso no solo mermaba las oportunidades de vida, sino que ponía en peligro la vida misma. A principios de 2012 uno de cada tres griegos vivía por debajo del umbral de la pobreza.[402] Los suicidios aumentaron un tercio entre 2010 y 2013.[403] La calidad de la atención médica cayó en picado. A comienzos del verano de 2015 el exhausto doctor Theodoros Giannos, director del hospital Elpis de Atenas, que trabajaba veinte horas al día para salvar la vida de los pacientes pese a la escasez de todo tipo de recursos, recibió la noticia de que su hijo Patrick, de veintiséis años, se había quitado la vida arrojándose a las vías del metro. «Solo tenía un vacío ante sí —le dijo a un periodista entre sollozos desgarrados—. El vacío del futuro que nos han arrebatado».[404]

La crisis de la eurozona reveló y al mismo tiempo intensificó un conjunto de tensiones que habían ido creciendo dentro del sistema europeo. En una época de capitalismo globalizado y financierizado, la Unión Europea y sus estados miembros avanzaban aterrorizados por «los mercados». El comentarista estadounidense James Carville dijo en broma que, si se le brindara la oportunidad de reencarnarse, volvería a este mundo en forma de mercado de deuda pública: «Intimidas a todo el mundo».[405] Sin embargo, mediante una acción contundente de «conmoción y pavor», el Departamento del Tesoro estadounidense y la Reserva Federal —el banco central de Estados Unidos— podían (sin más) deshacerse de los mercados de deuda pública. Si la eurozona hubiera tenido un tesoro público común y un banco central con una autoridad más amplia, podría haber hecho lo mismo. Pero la eurozona era un término medio nada práctico, con

una moneda común, pero sin un tesoro común.

Así pues, los agentes de bolsa podían especular contra los bonos del Estado de los países miembros más débiles y así ampliar esos diferenciales respecto a los bonos alemanes. En una época en que el mercado de deuda pública estaba atacando a Italia me topé con Romano Prodi, que había sido primer ministro italiano y presidente de la Comisión Europea, y le pregunté qué opinaba. En 2001 me había dicho que el euro avanzaría «a través de la crisis»; ahora abrió los brazos de par en par y respondió: «Parece que *lo spread* [el diferencial] gobierna mi país».

Tras los mercados que se imponían a las democracias no tardaron en llegar los funcionarios internacionales elegidos a dedo que se imponían a los gobiernos elegidos en las urnas. Fue un defecto del liberalismo tecnocrático en general y de las instituciones europeas en particular. Las personas con formación académica superior suelen pensar que la mejor forma de gobierno sería la epistocracia: el gobierno de los que saben. Jean Rey, expresidente de la Comisión Europea, manifestó esa actitud a la perfección en 1974 ante la escandalosa propuesta de que el Reino Unido debería celebrar un referéndum sobre su pertenencia a la Comunidad Europea: «Lamentaría que la política de ese gran país quedara en manos de las amas de casa. En su lugar deberían tomar la decisión personas preparadas e informadas».[406]

Ahora funcionarios de la Troika elegidos a dedo en Bruselas (Comisión Europea), Frankfurt (Banco Central Europeo) y Washington (Fondo Monetario Internacional) enviarían correos electrónicos para ordenar a los griegos que recortaran las pensiones y el gasto en sanidad. En aquella reunión a la que asistí en mayo de 2010, Van Rompuy afirmó que el Gobierno griego tenía que «cambiar la cultura e incluso la sociedad en Grecia».[407] Era mucho pedir, qué duda cabe, y, de todos modos, ¿quién era él para decirle a un Gobierno elegido democráticamente lo que debía hacer con la cultura y la sociedad de su país? Al año siguiente las instituciones monetarias europeas e internacionales obligaron a Grecia y a Italia a destituir a sus primeros ministros, que fueron sustituidos por un exvicepresidente del Banco Central Europeo y un excomisario europeo.

Todo eso se hizo en nombre del cumplimiento de las «normas», un enfoque económico característico de Alemania e integrado en el diseño de la eurozona. Pero los responsables políticos se saltaron las normas fingiendo lo contrario. Mario Draghi era todo un maestro en el arte de reinterpretar las normas de manera discreta, y esa reinterpretación era fundamental. Si la eurozona se hubiera ceñido estrictamente a la letra de sus tratados, Grecia habría entrado en suspensión de pagos y el contagio podría haberse extendido a los otros países. Pero cambiar las normas en secreto dejó descontentos a todos: el sur endeudado se sintió molesto por las rigurosas condiciones impuestas, y el norte acreedor se enfadó porque no se respetaban las normas. En cualquier caso, la aplicación de esas normas nunca fue equitativa. Alemania había superado el límite del 3 por ciento del déficit presupuestario en tres años consecutivos, de 2001 a 2003, pero apenas había recibido un rapapolvo.[408] ¿Cómo no iba a llegar la furiosa Grecia a la conclusión de que existían unas reglas para los débiles y otras para los fuertes, como cuando los poderosos atenienses se enfrentaron a los mucho más débiles melios en el 415 a. e. c.? Ahora los alemanes eran los atenienses.

En 1878 Otto von Bismarck le dijo al Parlamento alemán que su país, recién unificado, debía aspirar a ser en Europa solo un «mediador honesto» y no «el maestro».[409] En la década de 2010 una Alemania recién reunificada asumió el papel que Bismarck había desaconsejado: la maestra de Europa, porque, además, en este caso encarnó el papel Angela Merkel, la extraordinaria mujer que ocupó la cancillería durante dieciséis años, de 2005 a 2021, más tiempo que Konrad Adenauer y solo tres años menos que Bismarck. Repitió una y otra vez su metáfora de maestra de que todos los países de la eurozona debían «hacer los deberes».

La mayor ironía se dio en la relación entre Alemania y Francia, y el mayor drama entre Alemania y Grecia. En respuesta a la caída del Muro de Berlín, François Mitterrand había impulsado el proyecto de la unión monetaria europea a fin de asegurar que su país conservaba su poder político frente a una Alemania unida. Sin embargo, dado que el dinero era el punto fuerte de Alemania, la unión monetaria produjo el efecto contrario. Lejos de seguir al mando, Francia

tuvo que cederle el puesto a Alemania, que acabó siendo no solo el Estado hegemónico de la Unión Europea, sino algo muy parecido al Estado hegemónico de la unión monetaria europea. Prodi comentó con aspereza: «La señora [es decir, Merkel] toma las decisiones y luego el presidente francés convoca una rueda de prensa para explicarlas».[410] Durante una cena en Berlín dos altos funcionarios alemanes me dijeron que todas las mañanas se despertaban preocupados por cómo conseguir que Francia sintiera que seguía siendo un igual de Alemania.

Mucho peor fue el impacto en las relaciones entre Alemania y Grecia. Giorgos, el estudiante con quien compartí habitación en un pueblo de Baviera en 1974, me contó que su tío, el que había sido partisano comunista, nunca olvidaría las atrocidades perpetradas por los alemanes en la Grecia ocupada durante la Segunda Guerra Mundial. Giorgos, en cambio, tenía una imagen más positiva de Alemania, sin duda influida por sus agradables experiencias con las jóvenes bávaras en la discoteca local. A medida que los estudiantes y trabajadores griegos se desplazaban al norte y los inversores y turistas viajaban al sur, que la República Federal demostraba ser una democracia estable y amiga de la democracia en el sur de Europa, y que ambos países se sentaban juntos como iguales en la Unión Europea, las actitudes fueron cambiando poco a poco a mejor.

Luego estalló la crisis del euro y casi de la noche a la mañana se recuperaron los peores estereotipos en ambos países. Merkel y su duro ministro de Finanzas Wolfgang Schäuble aparecían con esvásticas en las pancartas griegas, mientras que en Alemania se ridiculizaba a los griegos llamándolos «timadores» inútiles.[411] «Vended vuestras islas, griegos insolventes —clamaba *Bild*, el tabloide más leído de Alemania—, y también la Acrópolis».[412]

Todo eso ya habría sido bastante malo si Alemania y otras naciones acreedoras del norte de Europa hubieran estado administrando la mejor medicina para la economía griega, pero el caso es que la extrema dureza de los recortes de las medidas de austeridad fue contraproducente y dificultó la recuperación económica de Grecia. En el otoño de 2012 presidí un debate con Schäuble —cuyo valor personal y

compromiso con Europa me merecían una gran admiración— ante un público en el que se contaba una subgobernadora del Banco de Grecia, Eleni Louri-Dendrinou, quien le preguntó por la opinión profesional de los economistas de que las medidas de extrema austeridad estaban arrastrando a la economía griega a una espiral descendente. Schäuble respondió que no concedía demasiado valor a la economía; él creía en la integridad, la ley y la voluntad política.

Con todo, el problema era más profundo que los juicios económicos errados de los líderes alemanes. Fue más bien un choque estructural de democracia nacional contra democracia nacional. Ojalá Schäuble hubiera adoptado un enfoque más pragmático e inteligente desde el punto de vista económico. Ojalá Merkel hubiera declarado desde el principio que Alemania haría lo que fuera «necesario» para salvar al euro en lugar de permitir que en la opinión pública alemana arraigara un relato de parasitismo del sur y virtud del norte. Entonces «lo necesario» habría sido mucho menos, pues los mercados reconocían a su amo. Estoy seguro de que eso habría hecho Helmut Kohl, y precisamente días antes de la cumbre de mayo de 2010 en Bruselas el propio Kohl, que tenía entonces ochenta años e iba en sillas de ruedas, recriminó a Merkel que no hubiera actuado de ese modo.[413] Pero no cabe duda de que la canciller respetaba la voluntad de su pueblo, expresada en elecciones como las de Renania del Norte-Westfalia, en votaciones parlamentarias y en encuestas de opinión, y reforzada por las intervenciones de dos de las instituciones más respetadas del país, el Bundesbank y el Tribunal Constitucional.

«El Parlamento alemán decide hoy el destino de Grecia», oyó Ulrich Beck anunciar a un locutor de una radio alemana en 2012.[414] El Parlamento de una democracia decidiría el destino de otra. Ese era el meollo del asunto: la disyunción entre directrices políticas que ya eran europeas y concepciones políticas que seguían siendo nacionales. La solución lógica era evidente: las concepciones políticas debían ser europeas también. «No podemos tener una unión monetaria sin una forma de unión económica y política», declaró Van Rompuy en 2010. Sin embargo, una década después Europa se hallaba solo un poquito más cerca de una

verdadera unión económica, por no hablar de una plena unión política. La mayoría de los europeos no la apoyaba, y una Europa democrática creada de manera antidemocrática sería una contradicción en sí misma. Los pueblos de Europa no habían querido un Estados Unidos de Europa ni siquiera en los emocionantes meses que siguieron a la caída del Muro, cuando se estableció el rumbo hacia una unión monetaria sin una unión económica o política, y ahora la deseaban aún menos.

En 2019, al volver la vista atrás, Schäuble reflexionaba: «Deberíamos haber dado pasos más grandes hacia la integración antes, y ahora, como no podemos convencer a los estados miembros de que los den, son imposibles».[415]

No obstante, la lógica de salvar la eurozona impulsó a sus miembros no solo hacia una unión bancaria, sino también hacia los fundamentos de una unión fiscal y, por tanto, hacia los ámbitos políticos centrales de la fiscalidad y el gasto público. Para Kohl, la unión monetaria había sido un medio para la consecución de la unión política; ahora los pasos hacia la unión política se justificaban por la necesidad de asegurar la unión monetaria. En Maastricht se había puesto el arado delante de los bueyes; ahora el arado arrastraba a los bueyes en una dirección que no les apetecía demasiado tomar.

Dos cosas parecían claras a finales de la década de 2010: era improbable que la eurozona se hundiera y era improbable que diera otro gran salto hacia delante, al estilo de Maastricht, hacia la plena unión económica y política. Al igual que el Sacro Imperio Romano, tendría que vivir con «soluciones intermedias y evasivas». El euro se había convertido en una moneda de reserva global fuerte y estable, que aventajaba al yen y a la libra. Fue un gran éxito, pero a qué precio.

En marzo de 1994, en San Petersburgo, estaba adormilado en una conferencia cuando un individuo bajito y robusto con una desagradable cara un tanto ratonil —al parecer una especie de secuaz del alcalde— me hizo despertar sobresaltado. «Debemos recordar —dijo— que fuera de las fronteras de la Federación de Rusia hay territorios que históricamente han pertenecido siempre a Rusia»,[416] y mencionó Crimea. Unos veinticinco millones de rusos se habían encontrado de repente fuera de la madre patria, que ahora tenía un deber de protección hacia ellos. La comunidad internacional debía reconocer esos intereses justificados del Estado ruso y «del pueblo ruso como una gran nación».

Al cabo de veinte años, en marzo de 2014, ese mismo hombre se hallaba ante un público extasiado en el Kremlin para celebrar la anexión a Rusia de Crimea, arrebatada por la fuerza al Estado soberano de Ucrania. «En la mente y el corazón del pueblo —afirmó Vladímir Putin—, Crimea ha sido siempre una parte inseparable de Rusia».[417] De manera inexplicable, Nikita Jrushchov se la había entregado a Ucrania en 1954. Por tanto, sus habitantes se contaban entre los millones que, con el derrumbe de la Unión Soviética,

> se acostaron en un país y se despertaron en otros, con lo que de la noche a la mañana se convirtieron en minorías étnicas en las antiguas repúblicas de la Unión, mientras la nación rusa pasaba a ser uno de los más grandes grupos étnicos, si no el mayor, del mundo dividido por fronteras.

Años más tarde, prosiguió, había oído decir a los habitantes de Crimea «que en 1991 los habían entregado como si fueran un saco de patatas. Cuesta no estar de acuerdo».

Con la toma de Crimea por la fuerza, la Rusia de Putin contravino el principio más fundamental del orden liberal de

la Europa posterior a 1945: que las fronteras internacionales solo deberían cambiar por medios pacíficos y con el consentimiento de los estados implicados. Putin se había saltado por primera vez esa prohibición en agosto de 2008, cuando envió a sus tropas a los territorios georgianos de Osetia del Sur y Abjasia, pero su reincidencia en Crimea fue un acto más grave y con más consecuencias. Supuso el regreso a una forma de política del poder anterior a 1945. La acción de 2014 evocó el mundo del año 1914.

Putin afirmó que Crimea había pertenecido «siempre» a Rusia, pero en realidad solo había formado parte de ella entre 1783 —cuando, bajo el reinado de la emperatriz Catalina la Grande, Rusia se anexionó el antiguo territorio tártaro— y la Revolución bolchevique de 1917. Desde el final de la guerra civil rusa había pertenecido a la Unión Soviética, la mayor parte de ese periodo como república socialista soviética autónoma, hasta que en 1954 Jrushchov se la regaló a la República Socialista Soviética de Ucrania, otro miembro de la Unión Soviética. Si la historia justificaba que Crimea, que formaba parte de Ucrania, «volviera» a Rusia, entonces justificaría igualmente que Silesia, en su mayoría bajo dominio alemán entre 1742 y 1945 y hoy parte de Polonia, «volviera» a Alemania.

Los anhelos postimperiales de Putin ya eran evidentes cuando lo conocí en 1994, mucho antes de la ampliación hacia el Este de la OTAN, con la entrada de Polonia, la República Checa y Hungría en 1999. Pero tenían que pasar muchas cosas antes de que tuviera la voluntad y la oportunidad de tomar Crimea, y los medios para hacerlo. En primer lugar, el teniente de alcalde de San Petersburgo, un hombre de cuarenta y un años, de apariencia insignificante, tuvo que ascender hasta convertirse en el primer ministro de Boris Yeltsin en el verano de 1999, y más tarde en el elegido por este para sucederle en la presidencia en el año 2000. Yeltsin barajó diversos candidatos, como Borís Nemtsov, más tarde un crítico declarado de Putin y asesinado por eso, pero tras el derrumbe económico ruso de 1998 se decantó por Putin, el hombre del aparato de seguridad que le garantizaría la inmunidad judicial. Desde luego había fuerzas más profundas que empujaban a Rusia hacia una confrontación

con Occidente, pero la historia europea de los primeros años del siglo XXI habría sido distinta si el enfermo e impredecible Yeltsin hubiera elegido a Nemtsov. Dos veces en nuestro tiempo, primero con Gorbachov y luego con Putin, Rusia ha demostrado la importancia de las figuras individuales en la historia.

En diciembre de 1999, poco antes de ser presidente, Putin expuso su postura ideológica en un programa de cinco mil palabras que se conocería como su «Mensaje del milenio». [418] Los valores universales como la libertad individual estaban muy bien, decía, pero los rusos debían volver a sus valores históricos fundamentales del patriotismo, el colectivismo, la solidaridad y un Estado fuerte. Esa era la «idea rusa». El destino de Rusia era ser siempre una gran potencia que representara a todos los rusos. En sus primeros años como presidente, Putin mantuvo una relación relativamente buena con los países occidentales. El presidente George W. Bush lo recibió como «a un fuerte aliado en la guerra contra el terrorismo»,[419] una causa a la que Putin, cuyo ascenso al poder se había acelerado con una guerra brutal en Chechenia, se adhirió sin problemas. El nuevo dirigente ruso se concentró en consolidar su poder en el país y liberarlo de la deuda con el Fondo Monetario Internacional y los bancos occidentales. Le encantó el reconocimiento que supuso la inclusión de Rusia en lo que pasó a ser el G8. Pero su rabia contra Occidente no dejaba de crecer.

Le habían enfurecido el bombardeo de Belgrado por parte de la OTAN y la forma en que Occidente había arrebatado Kosovo a Serbia. En la invasión de Irak de 2003 vio una prueba más de que Estados Unidos se había embarcado en un cambio de régimen. En 2004 llegó la segunda ampliación de la OTAN hacia el Este, que incluyó a los países bálticos. En los años ochenta, cuando él era un funcionario del KGB en Dresde, Estonia, Letonia y Lituania todavía formaban parte de la Unión Soviética. En 2005 afirmó en la Asamblea Federal de Rusia que el hundimiento de la Unión Soviética era «la mayor catástrofe geopolítica del siglo».[420]

La gota que colmó el vaso fue la Revolución Naranja de Ucrania en el verano de 2004, que comenzó como una protesta contra el fraude electoral de los comicios

presidenciales a favor del candidato prorruso, Víktor Yanukóvich. Con la mentalidad conspiratoria de un funcionario del KGB, Putin creyó que las potencias occidentales debían de estar planeando en secreto protestas populares de ese tipo, del mismo modo que el año anterior había percibido la mano oculta de Washington tras la Revolución de las Rosas de Georgia. Al fomentar esas «revoluciones de colores», Occidente estaba avanzando hacia el patio delantero de Rusia. Ucrania, sostenía Putin, era un «país inventado» que siempre había pertenecido a Rusia como parte del *russkiy mir*, el mundo ruso.[421]

Llegué a Kiev el sábado 5 de diciembre de 2004 y la primera página de mi cuaderno recoge una imagen muy diferente: «Casi veinticinco años más tarde. Otra capital de Europa del Este. Otro movimiento revolucionario y pentecostal. Ahora Europa del Este propiamente dicha, ya no "central"».

Veinticinco años más tarde, es decir, veinticinco años después de las huelgas polacas de 1980 de las que nació el sindicato Solidaridad. Para mí, las protestas en Ucrania eran otro ejemplo del tipo de revolución pacífica y autolimitada que había comenzado en 1980 y triunfado en 1989. Situé la Revolución Naranja en un relato en curso de la búsqueda de una Europa entera y libre, como un puente hacia un mundo libre. Creía que la historia aún estaba a nuestro favor.

Hablé con personas que acampaban en una «ciudad de tiendas de campaña» que se extendía sobre la plaza Maidán, con temperaturas de hasta diez grados bajo cero. Un trabajador llamado Vova me contó que se había puesto en camino hacia Kiev en cuanto se enteró de la protesta contra el pucherazo de las elecciones presidenciales.

¿Quién le ha pedido que venga?

—El país me ha llamado.

¿Alguien más?

—Mi conciencia.

Y levantó sus gigantescas manos, grandes como jamones, formando con los dedos sendas uves de la victoria.

Descubrí que algunos líderes estudiantiles habían recibido formación de veteranos de anteriores movimientos de resistencia civil de Europa del Este, en particular del serbio

Otpor, que participó en el derrocamiento de Slobodan Milošević en el año 2000. Pero escuchando a la gente de la Maidán nevada —un ingeniero cuya tarea consistía en controlar los niveles de radiación en el lugar de la catástrofe de la central nuclear de Chernóbil, la propietaria de un salón de belleza de una ciudad de provincias, un agente de viajes de los Cárpatos— no me cupo la menor duda de que se trataba de una auténtica protesta popular contra la corrupción, el clientelismo y el gansterismo que habían asolado al país desde que en 1991 consiguió su frágil independencia.

Con Timothy Snyder, exalumno mío de doctorado que se convertiría en uno de los más reputados especialistas en Europa del Este de su generación, investigué las influencias externas en ambos bandos.[422] Algunos de los «revolucionarios naranjas» habían recibido una importante financiación y asesoramiento de expertos de países occidentales, entre ellos Estados Unidos, y de filántropos activistas como George Soros. Pero la financiación y el asesoramiento de expertos proporcionados por Rusia para ayudar a la campaña de su candidato favorito, Víktor Yanukóvich, eran mayores.[423] Las influencias externas llegaban de todos los lados, pero la Revolución Naranja se hizo en Ucrania.

A partir de 2005 la aguja empezó a girar hacia un enfrentamiento frontal entre la Rusia de Putin y Occidente. Podría describirse como otro choque de imperios en los terrenos fronterizos en perpetua disputa de Europa del Este, pero los imperios implicados eran distintos de los del pasado y distintos entre sí. Occidente no era un agente geopolítico único y coherente en esa vecindad. En la cumbre de la OTAN celebrada en 2008 en Bucarest, el Gobierno de George W. Bush presionó a favor de crear un plan de acción para la adhesión de Ucrania y Georgia, pero Francia y Alemania se opusieron de forma enérgica. Se optó por un fatídico término medio y así el comunicado final decía: «Dichos países serán miembros de la OTAN»,[424] pero no se concretaba ningún paso relevante para conseguirlo. Esa era la peor solución

posible: se aumentaba la sensación de amenaza de Putin sin garantizar la seguridad de Ucrania.

Por su parte, la Unión Europea era el imperio más renuente de la historia. Muchos europeos se negaban a considerarla siquiera un imperio, pues asociaban la palabra al dominio coercitivo colonial. Pero, si un imperio es un sistema de derecho, autoridad y poder supranacionales, entonces la Unión Europea es un imperio tanto como lo fue el Sacro Imperio Romano. En ocasiones las cosas se ven más claras desde fuera. Dmytro Kuleba, que fue sucesivamente embajador de Ucrania en la Unión Europea, ministro de Asuntos Europeos y ministro de Relaciones Exteriores, describió la Unión Europea como «el primer intento en la historia de construir un imperio liberal»,[425] en contraste con el intento de Putin de restaurar por la fuerza el imperio colonial ruso. Declaró:

> Entiendo que no guste la palabra «imperio», pero así se escribe la historia. Hay que demostrar que pueden construirse diversas cosas de escala similar sobre principios distintos —los del liberalismo, la democracia, el respeto de los derechos humanos— y no sobre el principio de imposición de la voluntad de uno sobre los demás.

Tras las ampliaciones de la Unión Europea hacia el Este en 2004 y 2007, Bruselas desarrolló lo que se denominó Asociación Oriental con países como Ucrania, Georgia, Bielorrusia y Moldavia. Algunos europeos, sobre todo en Suecia, Polonia y los países bálticos, lo consideraron un trampolín para que dichos países entraran en la Unión Europea. Sin duda era lo que los ucranianos entre los que estuve en la gélida Maidán deseaban mientras ondeaban banderas europeas. Expresaron a gritos su aprobación cuando su candidato presidencial, Víktor Yushchenko, con la cara desfigurada de forma horrible debido a un intento de asesinato por envenenamiento, declaró: «Estoy seguro de que el mundo nos reconocerá como una nación europea civilizada».

En cambio, muchos dirigentes de los estados europeos occidentales y del sur vieron en la Asociación Oriental una alternativa a largo plazo a la adhesión o, en el mejor de los casos, el tipo de sala de espera glorificada que François

Mitterrand había pretendido crear para países como Polonia y Hungría con su proyecto de confederación europea. Cuando presioné al entonces presidente de la Comisión Europea, José Manuel Durão Barroso, para que declarara públicamente que la Unión Europea deseaba que algún día Ucrania fuera uno de sus miembros, repuso: «Si lo hiciera, los dos principales estados miembros me echarían la bronca de inmediato». (Se refería a Francia y Alemania).

Por su parte, la Rusia de Putin se había convertido en una gran potencia revisionista. Quería recuperar el dominio sobre territorios que habían formado parte de su imperio, de su «mundo ruso», y estaba preparada para emplear cualquier medio disponible a fin de conseguirlo. En respuesta a la Revolución Naranja, Putin instituyó un departamento para promocionar la influencia de Rusia «en el extranjero cercano». Dirigido por un «tecnólogo político» —la versión rusa del asesor de comunicación política—, dicho departamento desplegó una amplia variedad de técnicas, alguna de las cuales hacía que el asesoramiento de comunicación política occidental pareciera una tranquila partida de *bridge*. Si Occidente apoyaba las ONG, Moscú crearía las suyas. Algunos críticos ingeniosos del mundo anglosajón las llamaron GONGO: organizaciones no gubernamentales organizadas por el Gobierno. Frases incisivas, narrativas mediáticas, emisoras de radio y canales de televisión partidistas, «hechos alternativos», financiación encubierta, movimientos sociales: todo lo que Occidente hacía, ellos lo hacían mejor.

El presidente ruso anunció su enfrentamiento con Occidente en la Conferencia de Seguridad de Múnich, de febrero de 2007, donde criticó el «modelo unipolar» de un mundo dominado por Estados Unidos. Al año siguiente pasó a la acción. Si Occidente podía arrebatar Kosovo a Serbia e invadir Irak sin la aprobación explícita de la ONU, Putin le quitaría Osetia del Sur y Abjasia a Georgia. Y se salió con la suya. Funcionarios rusos informaron a Fiona Hill, una destacada especialista estadounidense-británica en Rusia, de que en agosto de 2008, cuando Putin contemplaba la posibilidad de tomar Osetia del Sur y Abjasia, tuvieron en cuenta una posible respuesta militar de la OTAN.[426] Sin

embargo, no hubo ninguna. El presidente francés Nicolas Sarkozy negoció un alto el fuego y culpó en parte al impetuoso presidente georgiano, que había comenzado de hecho los intercambios militares. No hubo una respuesta occidental más contundente, ni siquiera sanciones económicas a los líderes y funcionarios rusos. La suspensión del Consejo OTAN-Rusia no fue un golpe terrible para Putin. La Administración Obama no tardó en proponer el «reinicio» de las relaciones ruso-estadounidenses.

Durante los cinco años siguientes percibimos en el comportamiento de Putin una sensación creciente de amenaza y oportunidades, un miedo a Occidente teñido de desprecio. En 2011 y 2012, al ver la Primavera Árabe y las grandes manifestaciones de la oposición en las principales ciudades rusas, temió que las «revoluciones de colores» organizadas por Occidente se cebaran con él. No obstante, mientras Occidente luchaba contra los efectos de la crisis financiera y prosperaban estados autoritarios como China, la «correlación de fuerzas» mundial parecía inclinarse a favor de Rusia. Tal vez la historia estuviera a su favor. Cuando Siria se sumió en una terrible guerra civil, fuera del control de Estados Unidos y Europa, Putin desplegó su ejército para cambiar el curso de la contienda a favor del presidente Bashar al Asad, con lo que se convirtió en un agente indispensable en cualquier negociación. Utilizó las bombas para abrirse camino hasta la cabecera de la mesa de los pacificadores.

Sin embargo, todavía quedaba aquel irritante imperio posmoderno llamado Unión Europea. Buscando, al estilo burocrático de Bruselas, un desarrollo normativo del vago mandato político de la Asociación Oriental, en 2013 la Unión Europea se presentó ante Ucrania con una propuesta de acuerdo de asociación, que incluía ventajas importantes para el comercio y la inversión. En Bruselas pocos pensaron en las consecuencias geopolíticas, y desde luego no se prepararon para una reacción enérgica de Rusia. Si en el pasado Moscú había distinguido entre la OTAN, la alianza militar liderada por Estados Unidos, y la Unión Europea, más amable y civil, de pronto Putin consideró inaceptables ambas. Kiev debía elegir entre la Unión Europea y la Unión Económica Euroasiática: o UE o UEE. El presidente Víktor Yanukóvich,

elegido en 2010 en unas elecciones razonablemente libres y justas después de que el Gobierno de Víktor Yushchenko, nuestro héroe de la Revolución Naranja, se hundiera en una maraña de corrupción, había prometido firmar el acuerdo de asociación con la Unión Europea, pero en el último minuto, frente al fuerte palo y la gran zanahoria que le enseñó Moscú, faltó a su palabra.

Entonces ocurrió algo extraordinario. Los ucranianos volvieron a Maidán para reclamar que el país siguiera su rumbo europeo. Esta vez bautizaron su protesta masiva como «el Euromaidán». Diez años después de la Revolución Naranja, de 2004, se produjo ese segundo intento ucraniano de llevar a cabo una revolución pacífica. Sus partidarios la llamaron Revolución de la Dignidad.

Al principio Putin albergaba la esperanza de mantener su influencia en toda Ucrania a través de Víktor Yanukóvich. Ese era el plan A. En secreto se realizaron preparativos de inteligencia, militares y de otro tipo para la toma de Crimea, pero, según contó el propio Putin, hasta el 23 de febrero de 2014, después de que Yanukóvich huyera de Kiev, no se pasó de forma definitiva al plan B.[427] La popularidad de Putin en Rusia se disparó a consecuencia de la anexión de Crimea, lo que en 2018 lo ayudó a ganar las elecciones presidenciales por cuarta vez.

A diferencia de lo ocurrido en Georgia en 2008, la toma de Crimea sí provocó una reacción en Occidente. Echaron a Rusia del G8, que volvió al G7 original de democracias industriales. La OTAN desplegó pequeños grupos de combate internacionales en Polonia y los estados bálticos, de forma rotativa, con el argumento un tanto retorcido de que así no incumplía su compromiso, recogido en el Acta Fundacional OTAN-Rusia de 1997, de evitar el «estacionamiento permanente suplementario de importantes fuerzas de combate»;[428] se añadía la explicación, más realista, de que el comportamiento de Rusia había cambiado todo el contexto de seguridad. La Unión Europea y Estados Unidos impusieron sanciones económicas al régimen de Putin. Sin embargo, Alemania, todavía muy dependiente de los suministros de energía de Rusia, siguió adelante con el gasoducto Nord Stream 2, que le proporcionaba gas ruso sin pasar por Ucrania

y Polonia. El excanciller alemán Gerhard Schröder, en aquel momento buen amigo de Putin, presidía el consejo de administración de Nord Stream 2, cuyo director ejecutivo era Matthias Warnig, antiguo funcionario de la Stasi.[429]

Entretanto, Putin había pasado de Crimea a las grandes áreas del sur y el este de Ucrania que él describía como Novorossiya, Nueva Rusia, una denominación que evocaba la colonización de la zona en el siglo XVIII, durante el reinado de Catalina la Grande.[430] Los combatientes separatistas de la región del Dombás no solo estaban equipados y armados por Rusia, sino también comandados por soldados de las fuerzas especiales y aventureros paramilitares de Rusia. Cuando una contraofensiva de las tropas ucranianas tenía cierto éxito, Putin enviaba a las suyas para repelerlas. En 2015, durante una visita a Kiev, vi a voluntarios que agitaban huchas petitorias para el ejército ucraniano y para los más de un millón de desplazados internos. Aquel era un país en guerra. El conflicto armado de baja intensidad en el este de Ucrania continuó durante ocho años. A finales de 2021 ya se había cobrado catorce mil vidas. Aun así, los dirigentes europeos seguían hablando alegremente de «setenta años de paz en Europa».

La Rusia de Putin era un peligro no solo para sus vecinos inmediatos, sino también para todas las democracias de Europa y Norteamérica. Cuando los turistas del vuelo MH17 de Malaysia Airlines con destino a Kuala Lumpur embarcaron en el aeropuerto de Ámsterdam el sábado 17 de julio de 2018, lo último en lo que pensaban era en los países de Europa del Este que sobrevolarían. Y de pronto un misil disparado con una lanzadera rusa Buk por insurgentes dirigidos por Rusia en el este de Ucrania, probablemente creyendo que lo que se veía en el cielo era una aeronave enemiga, destrozó el avión MH17 y acabó con la vida de esos pasajeros inocentes.[431] Cuando en 2018 agentes de inteligencia rusos envenenaron a un exespía ruso y a su hija con la neurotoxina Novichok en la ciudad catedralicia inglesa de Salisbury, una británica llamada Dawn Sturgess murió y el sargento de policía británico Nick Bailey sufrió problemas de

salud que le cambiaron la vida después de que ambos entraran en contacto con el veneno de forma accidental. Al fin y al cabo, esos países de Europa del Este no quedaban tan lejos.

Tal vez los europeos occidentales consideraran que la política caótica y corrupta de Ucrania era una exótica peculiaridad de los europeos del Este, pero luego resultó que Moscú apoyaba de manera activa a los partidos populistas de extrema derecha de Europa Occidental, al tiempo que sembraba la desinformación a través de medios de comunicación como RT y cuentas falsas en las redes sociales. Aunque la orientación geopolítica de Putin solía describirse como «euroasianista», sus seguidores no dudaban en indicar que él representaba una Europa mejor —patriótica, cristiana, marcial, carnívora, heterosexual y natalista— frente a la Europa decadente, posnacional, multicultural, vegetariana y pacifista de la Unión Europea, que además abrazaba a las personas LGBTIQ+ y acogía a los musulmanes. En un comentario de la página web Tsargrad.tv se afirmaba que «la Unión Europea es el mayor enemigo de Europa en la actualidad, algo que reconocen cada vez más europeos occidentales». Los populistas nacionalistas, desde Viktor Orbán en Hungría hasta Marine Le Pen en Francia, asumieron esa visión putiniana de Europa. El populista italiano Matteo Salvini alababa al dirigente ruso y se puso una camiseta con su imagen estampada.

Tal vez los estadounidenses pensaran que se trataba de un asunto europeo, pero luego resultó que Rusia había intentado, de manera encubierta, que las elecciones presidenciales de 2016 se decantaran a favor de Donald Trump, para lo cual había empleado agentes secretos que influían en la opinión pública, una amplia desinformación en las redes sociales y el pirateo de correos electrónicos de la campaña demócrata. Cuando a principios del verano de 2021 los automovilistas de la Costa Este tuvieron que hacer cola para repostar, se debió a un ciberataque a un oleoducto estadounidense originado casi con toda seguridad en Rusia.[432]

Por tanto, habíamos recibido repetidas advertencias desde 2008 y de forma más violenta a partir de 2014. Aun así, Europa y todo el Occidente transatlántico no se dieron cuenta

de la amenaza que Vladímir Putin representaba hasta que en febrero de 2022 inició una invasión total de Ucrania.

CHARLIE HEBDO

El debate en el *Guardian* duró todo el día. Era el jueves 8 de enero de 2015 y la mañana anterior varios periodistas de la revista francesa *Charlie Hebdo* habían sido asesinados en sus oficinas de París por extremistas islamistas. Los criminales dijeron que se desquitaban de la publicación de unas viñetas satíricas de Mahoma en el semanario. Al salir de la redacción bañada en sangre, gritaron: «¡Hemos vengado al profeta Mahoma!». El personal y los colaboradores del principal periódico británico liberal de izquierdas nos preguntábamos si debería reproducir algunos de los dibujos.

Yo sostuve que sí. Nos gustaran o no, esas caricaturas a todas luces ofensivas eran noticia de portada. Los lectores deberían tener la posibilidad de formarse una opinión sobre ellas. Mediante el acto simbólico de reproducirlas, el *Guardian* manifestaría su solidaridad con los periodistas franceses asesinados y sus colegas. Demostraríamos sobre todo que la intimidación violenta no triunfaría. Desde la fetua decretada contra Salman Rushdie en 1989 nos enfrentábamos a lo que mi obra sobre la libertad de expresión me había llevado a denominar «el veto del asesino», que reza: «Si dices, dibujas, escribes o publicas esto, te mataremos». Debíamos dejar claro que el veto del asesino no se impondría.

Esgrimiendo esos argumentos, propuse en internet una «semana de la solidaridad», en la que una amplia gama de periódicos, emisoras de radio, canales de televisión y blogueros publicaran una selección de caricaturas de *Charlie Hebdo* —no solo las de Mahoma, sino también dibujos ofensivos de judíos y cristianos— con una introducción en la que explicaran por qué las reproducían.[433] Cuantos más fuéramos, menor peligro correríamos. Si solo uno o dos diarios mostraban las viñetas, sufrirían ataques violentos. Mi llamamiento se publicó en periódicos que iban desde *El País* y

La Repubblica hasta *Gazeta Wyborcza* y *The Hindu*. Fracasó de forma estrepitosa. A los directores les angustió la posibilidad de volver a publicarlas. Dean Baquet, jefe de redacción del *New York Times*, declaró que había «pasado la mitad del día» dándole vueltas.[434] Cada publicación hizo lo que quiso cuando consideró oportuno: unos las reprodujeron y otros no.

Como el periodismo es un negocio muy competitivo, yo debería haberlo supuesto. Sin embargo, no me equivoqué al señalar la necesidad de una acción colectiva. El director del *Independent* ofreció esta reveladora explicación de por qué resolvió no seguir su deseo instintivo de reproducirlas: «En mi opinión, la decisión unilateral en el Reino Unido de ser el único periódico que siguiera adelante y las publicara habría entrañado un riesgo excesivo». Las oficinas del *Hamburger Morgenpost* fueron atacadas con un artefacto incendiario el día en que, unilateralmente, reprodujo algunas de las caricaturas.

El *Guardian* decidió no publicarlas. Alan Rusbridger, su director desde hacía tiempo, argumentó que el imperativo de la solidaridad no debería impulsarnos a orillar nuestros valores editoriales del buen gusto y la cortesía; eso sería en sí mismo una victoria para los asesinos. Más llamativo fue el caso del *Jyllands-Posten*, el periódico que en 2005 había publicado las conocidas como «viñetas danesas». Mientras que otros diarios daneses reprodujeron los dibujos de *Charlie Hebdo*, el *Jyllands-Posten* no lo hizo alegando su «singular posición» y la inquietud por la seguridad de su personal. El director que había encargado las viñetas de 2005, Flemming Rose, declaró en la BBC: «Hemos cedido». Y añadió: «La violencia da resultado. A veces la espada puede más que el lápiz».

Entretanto, la etiqueta de Twitter #JeSuisCharlie («Yo soy Charlie») empezó a propagarse en las redes sociales de todo el mundo. Yo la usé de inmediato. El domingo siguiente, en París, miles de pancartas y carteles proclamaban *Je suis Charlie* en una manifestación multitudinaria que se inició, con un simbolismo deliberado, en la plaza de la República. Estaban en juego los valores de la República francesa. La canciller alemana Angela Merkel, el primer ministro británico David Cameron y el primer ministro israelí Benjamin

Netanyahu se unieron a los líderes franceses que estaban en la cabecera, al igual que el rey Abdalá II de Jordania.

La semana siguiente, la portada de *Charlie Hebdo* mostraba a un Mahoma lloroso que sostenía un letrero con el siguiente mensaje: «Je suis Charlie». Sobre su cabeza se leían las palabras «Tout est pardonné» («Todo está perdonado»). En una conmovedora rueda de prensa, su creador, Renald Luzier, uno de los pocos humoristas gráficos habituales de la revista que se habían salvado, reveló que él mismo había llorado después de dibujarla. «Al final —explicó— tuvimos la maldita portada. No era la que los terroristas querían que hiciéramos, porque no hay terroristas en ella. Solo aparece un hombre llorando. Un hombre llamado Mahoma».[435]

El *Guardian* sí reprodujo esa imagen en su edición digital, con la advertencia de que algunos lectores podrían considerarla ofensiva. Entretanto había empezado a circular en las redes sociales una insidiosa contraetiqueta: #JeNeSuisPasCharlie («Yo no soy Charlie»). Solo unos años después era posible crear una pequeña biblioteca con los textos que interpretaban y discutían el significado de esas dos frases en apariencia tan simples: «Yo soy Charlie»; «Yo no soy Charlie».

El atentado a *Charlie Hebdo* no fue solo un caso extremo ni un hecho aislado. La revista había reproducido las viñetas danesas en 2006, sus oficinas habían sido atacadas con un artefacto incendiario en 2011 y había publicado caricaturas más escandalosas de Mahoma en 2012. En una de ellas, la figura sagrada de los musulmanes aparecía de espaldas, a cuatro patas, desnuda, con los testículos y el pene colgando, una estrella sobre el culo y las palabras «Ha nacido una estrella». El número de Año Nuevo de 2015, que circulaba cuando los asesinos irrumpieron en la reunión editorial, mostraba en la portada a un barbudo yihadista con un AK-47 bajo las palabras «Todavía sin atentados en Francia». Ironía sobre ironía.

Al cabo de cinco años, en 2020, el juicio a algunos de los implicados en esa atrocidad y en un atentado contra un supermercado judío desencadenaría otra oleada de violencia. Un profesor llamado Samuel Paty fue decapitado por un asesino solitario tan solo por haber mostrado en clase un par

de las viñetas de Mahoma de *Charlie Hebdo*. Paty las había enseñado con el único propósito de promover el debate sobre los límites legítimos de la libertad de expresión. Antes de mostrarlas había invitado a los alumnos que pudieran sentirse ofendidos a apartar la vista o salir del aula. El presidente Emmanuel Macron honró la memoria del docente en una ceremonia que tuvo lugar en la Sorbona. Ante el ataúd afirmó con actitud desafiante:

> Defenderemos la libertad que usted enseñaba tan bien y proclamaremos el valor del laicismo. No renunciaremos a las caricaturas y los dibujos, aunque algunos se echen atrás. Brindaremos todas las oportunidades que la República debe a su juventud, sin discriminación alguna.[436]

El caso de *Charlie Hebdo* puso de relieve la cuestión de la violencia. Mientras la «guerra contra el terrorismo» de George W. Bush parecía cosa del pasado para unos Estados Unidos que vivían en gran parte libres de atentados de terroristas islamistas, Europa siguió sufriéndolos: un mercado navideño de Berlín; el metro y el aeropuerto de Bruselas; el puente de Westminster en Londres y un pabellón de conciertos en Manchester; Estocolmo, San Petersburgo, Barcelona. Francia fue atacada una y otra vez. Después de *Charlie Hebdo* les tocó a la sala Bataclan de París, al paseo marítimo de Niza, a la ciudad de Trèbes, a un sacerdote de ochenta y cinco años en Normandía y al profesor Samuel Paty. Los franceses vivían con el peligro cotidiano de los atentados terroristas del mismo modo que, en los años setenta y ochenta, los británicos habían vivido con las bombas del IRA, el Ejército Republicano Irlandés.

Casi todas esas atrocidades las cometieron hombres jóvenes que habían pasado la mayor parte de su vida en Europa; incluso muchos de ellos habían nacido allí. Al igual que después del 9/11, el 11M en España y el 7/7 en el Reino Unido, los europeos se preguntaron: ¿por qué lo hacen? Algunos analistas apuntaron a causas sociales en los barrios desfavorecidos donde muchos de esos jóvenes habían crecido. Los polemistas culpaban a un único «islam» indiferenciado. Quienes estudiaban el fenómeno de la radicalización de la segunda generación replicaban: pero ¿qué islam? ¿Sufí o

salafista? ¿Wahabí o la rama barelvi? Se había animado a la generación de inmigrantes «trabajadores invitados» a venir a trabajar a Europa y luego se había dejado con toda despreocupación que vivieran de prestaciones sociales en zonas como Seine-Saint-Denis, en la *banlieue* de París.

Con idéntica despreocupación, Europa había permitido que al frente de muchas de sus mezquitas hubiera imanes formados en países como Turquía y Arabia Saudí, los cuales propagaban versiones muy conservadoras o radicales y combativas del islam. Peor aún eran los pseudoimanes autoproclamados, sin ningún cargo oficial, que vemos que tienen un papel fundamental en la biografía de muchos terroristas islámicos europeos. Cuando a los jóvenes ya radicalizados los enviaban a la cárcel por su primer delito, el centro penitenciario se convertía en una escuela de más radicalización a manos de reclusos extremistas islamistas endurecidos. Oriente Próximo en sentido amplio —Irak, Palestina, Afganistán, Argelia, Yemen, Libia— proporcionaba argumentos para la guerra santa y, por añadidura, lugares de entrenamiento terrorista cuando el nuevo recluta salía de la prisión.

Todos esos elementos se hallaban presentes en la biografía de los asesinos de *Charlie Hebdo*, los hermanos Chérif y Saïd Kouachi.[437] Eran hijos de inmigrantes argelinos y tuvieron una primera infancia de pobreza e infelicidad. Su padre murió de cáncer siendo aún joven y su madre sucumbió al alcohol, las drogas y tal vez la desesperación suicida, de modo que los adolescentes huérfanos quedaron al cuidado de la asistencia social. Tras la invasión estadounidense de Irak, los muchachos empezaron a prestar más atención al islam. Un pseudoimán autoproclamado inició la radicalización de los hermanos. Influido por él, Chérif, el menor, proyectó un viaje a Siria, pero fue arrestado y pasó veinte meses en prisión preventiva en una cárcel francesa con muy mala fama. Allí, donde se suponía que el Estado debía mantenerlo a salvo, un reclutador de Al Qaeda lo preparó para que se convirtiera en terrorista. Tanto Saïd como Chérif estuvieron en un campamento islamista de Yemen, donde se les instruyó en el uso de las armas. Tras asesinar a los periodistas de *Charlie Hebdo,* los hermanos se identificaron como miembros de Al

Qaeda en Yemen. El antisemitismo era otro ingrediente conocido en la mezcla. «Es por los judíos», dijo Chérif.[438]

Un año después, un estudio del Instituto Montaigne, un centro de investigaciones francés, mostró que una gran mayoría de los musulmanes franceses se sentían razonablemente a gusto en el país y jamás apoyarían puntos de vista radicales islamistas, y mucho menos empuñarían un arma.[439] Un 30 por ciento de los encuestados declaró no acudir nunca a la mezquita y otro 30 por ciento solo iba en ocasiones especiales, como la fiesta del fin del ayuno. Sin embargo, fueron los actos de la minoría violenta los que dieron forma a un creciente debate sobre la identidad europea.

Cuando el presidente islamista turco Recep Tayyip Erdoğan todavía intentaba abogar por la entrada de su país en la Unión Europea, la exhortó a demostrar que no era un «club cristiano».[440] Precisamente un club cristiano era lo que durante más de mil años muchos europeos habían pensado que era su civilización respecto al islam. Europa era el hogar de la cristiandad y había que defenderla contra el «infiel», el «turco», el «moro». En el debate sobre el posible ingreso de Turquía a la Unión Europea todavía se perciben ecos de esa antigua versión de la identidad cristiana, aun cuando ni siquiera los europeos contemporáneos lograron ponerse de acuerdo para mencionar el cristianismo en el preámbulo de la propuesta de Constitución europea. Terroristas antimusulmanes de ultraderecha, como el noruego Anders Behring Breivik, recuperaron el vocabulario de la «cruzada».

Sin embargo, ese no fue el principal significado de «Charlie». «Charlie» simbolizó muchas cosas distintas para distintas personas, pero para unas pocas —si es que hubo alguna— simbolizó el cristianismo frente al islam. Para quienes se manifestaron bajo las pancartas de «Yo soy Charlie», incluido el rey Abdalá II de Jordania, «Charlie» representó sin duda la idea básica de que no debemos matar a los demás por lo que digan o escriban. Para la mayoría de los europeos, «Charlie» encarnó en general la defensa de los valores de la Ilustración, como la libertad de expresión, la tolerancia y el laicismo. En Francia simbolizó para muchos la versión concreta del laicismo francés, la *laïcité*, que el

presidente Macron prometió apuntalar. Establecida por ley por primera vez en 1905 tras más de un siglo de encarnizado conflicto entre la Iglesia católica y los herederos anticlericales de la Revolución francesa, la *laïcité* exigía no solo la separación entre Iglesia y Estado, sino también la rigurosa exclusión de la religión de la vida pública.

Por lo demás, hubo otros significados más particulares. Para los humoristas gráficos, «Yo soy Charlie» fue una defensa de una tradición típicamente francesa de caricaturas escandalosas, que se remontaba al menos a los retratos del rey Luis Felipe como una pera y un orondo Gargantúa, que merecieron una temporada entre rejas a dibujantes cómicos del XIX como Honoré Daumier.[441] Para la mayoría de los periodistas de la revista y muchos de sus coetáneos, «Charlie» guardaba asimismo relación con el legado de 1968: no solo el laicismo, sino también el ateísmo, una amplia libertad de expresión, la libertad sexual y otras libertades relativas al estilo de vida. En suma, una versión sesentayochista de la Ilustración.

En su libro *Asesinato en Ámsterdam*, Ian Buruma plasma la especial preocupación de los sesentayochistas neerlandeses que en su juventud se habían librado por fin de la influencia de las iglesias cristianas que, en su opinión, sofocaban la vida del país, solo para ver cómo lo que consideraban una religión aún más intolerante se colaba por la puerta de atrás. Fue el estilo de vida ateo, libre y liberal de los sesentayochistas y postsesentayochistas lo que produjo una esquizofrenia cultural aguda en algunos musulmanes europeos de segunda generación: los que no son de aquí ni de allí. El cristiano tradicional practicante y socialmente conservador, más fácil de encontrar en Estados Unidos que en Europa Occidental, era mucho menos problemático para ellos. Fueron sobre todo esas versiones más radicales, ateas y liberales en lo social de #YosoyCharlie lo que algunos musulmanes europeos rechazaron con #YonosoyCharlie.

Tuiteé #YosoyCharlie sin dudarlo, pero ahondar en los numerosos significados de #YosoyCharlie suponía preguntarse nada menos qué significaba ser europeo en el siglo XXI.

«INVASORES»

Todavía conmocionada por el atentado de *Charlie Hebdo*, Europa no tardó en enfrentarse a la siguiente sacudida: la crisis de los refugiados, que alcanzó su máxima intensidad en el verano de 2015 y duró hasta 2016. El Frontex, la agencia de la Unión Europea dedicada al control de fronteras, contabilizó aproximadamente 1,4 millones de llegadas «irregulares» en esos dos años, pero es probable que el número real rondara los dos millones.[442] Hubo quienes prefirieron hablar de «crisis migratoria» para indicar que entre los recién llegados había inmigrantes económicos además de refugiados. Sin embargo, muchos de ellos huían de la guerra y la persecución —los motivos tradicionales de los refugiados— en países como Siria, Libia y Afganistán.

Europa no causó la terrible guerra civil en que se había sumido Siria después de que su versión inicialmente pacífica de la Primavera Árabe no hubiera logrado derrocar a Bashar al Asad y de que Vladímir Putin corriera a auxiliar a su colega dictador.[443] Pero la Unión Europea y sus estados miembros, enfrascados en la crisis de la eurozona y sin una política común coherente respecto a Oriente Próximo, no habían hecho casi nada para impedir la catástrofe siria ni se habían preparado para sus consecuencias. Francia y el Reino Unido lideraron en Libia una intervención militar para derribar al dictador Muamar el Gadafi, pero dejaron atrás un Estado fallido que enseguida se transformó en un paraíso para los traficantes de personas que transportaban refugiados e inmigrantes de África a la cercana isla italiana de Lampedusa.

Al ocurrir poco después de los asesinatos de *Charlie Hebdo* y de otros atentados terroristas en diversas partes de Europa, la crisis de los refugiados reforzó en muchas mentes una ecuación fomentada desde hacía tiempo por los periodistas de los tabloides: inmigrante = musulmán = terrorista. Era,

desde luego, del todo falsa. Muchos de los inmigrantes llegados a Europa no eran musulmanes. La mayoría de los musulmanes europeos no eran inmigrantes. La inmensa mayoría de los musulmanes no eran terroristas. Aun así, esa ecuación tosca y mendaz pero visceral aceleró en Europa el ascenso de nuevas fuerzas políticas que suelen describirse con la etiqueta abreviada de populistas. El populismo se presentaba con diversas formas y colores, pero el populismo nacionalista de derechas construyó su discurso en torno a la amalgama demagógica de las supuestas amenazas de la inmigración y el islam.

En un ejemplo llamativo del poder del relato sobre la realidad, los dirigentes populistas de Hungría y Polonia explotaron con éxito el temor a la inmigración musulmana en países donde prácticamente no había musulmanes. Según estimaciones del Centro de Investigación Pew, en 2016 los musulmanes representaban el 6,9 por ciento de la población de Austria, pero solo un 0,4 por ciento en la vecina Hungría.[444] En Polonia la cifra era de solo un 0,1 por ciento, frente al 6,1 por ciento de Alemania. Aun así, Viktor Orbán en Hungría y Jarosław Kaczyński en Polonia lanzaron algunos de los ataques retóricos más abominables sobre los inmigrantes musulmanes. Eran «invasores», dijo Orbán.[445] Eran portadores de peligrosos «parásitos y protozoos», exclamó Kaczyński.[446] Sus respectivos gobiernos se negaron a aceptar siquiera una mínima cuota de refugiados. Orbán levantó una valla con alambre de concertina a lo largo de la frontera entre Hungría y Serbia para cerrar el paso a los «invasores» infieles,[447] lo que le valió un efusivo elogio de Donald Trump.[448] La islamofobia sin musulmanes encontró eco en sociedades socialmente conservadoras y poco acostumbradas tanto a la inmigración masiva como al islam.

No obstante, el auge del populismo nacionalista fue igualmente obvio en los países de Europa Occidental que sí tenían muchos musulmanes y una gran población con antecedentes migratorios. En Alemania, que en 2016 tenía cerca de cinco millones de musulmanes y más de un 12 por ciento de población nacida en el extranjero,[449] Alternativa para Alemania (AfD), un partido que protestaba contra el euro, se convirtió a toda velocidad en un partido

antiinmigración. Los miedos avivados por una enorme afluencia, al parecer descontrolada, de refugiados e inmigrantes contribuyeron al éxito electoral del ultraderechista y xenófobo AfD. Tras las elecciones generales de 2017 se convirtió en el mayor partido de la oposición en el Bundestag. Los partidos alemanes tradicionales se negaron a reconocerlo como un socio legítimo en la política democrática del país e insistieron en que no había que «normalizar» su presencia; pero en cierto modo se normalizó.

En Italia, que en 2016 contaba con casi tres millones de musulmanes y en torno a un 10 por ciento de población nacida en el extranjero, el problema, que se sumó al dolor causado por la crisis de la eurozona, catapultó a Matteo Salvini, un populista radicalmente contrario a la inmigración, al Gobierno, donde permaneció más de un año. En Francia vivían tal vez unos seis millones de musulmanes y alrededor de un 12 por ciento de su población había nacido en el extranjero. La amalgama demagógica de inmigración, islam y terrorismo, junto con el descontento socioeconómico de la «Francia de la periferia», ayudó a Marine Le Pen, líder del Frente Nacional, a obtener más de un tercio de los votos en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales de 2017, en las que se enfrentó a Emmanuel Macron. Los liberales europeos exhalaron un suspiro de alivio al ver que la candidata ultraderechista conseguía el apoyo de «solo» 10,6 millones de electores franceses.[450]

Influida por la retórica populista y la información de los medios sensacionalistas, la población del continente sobrestimaba muchísimo la magnitud de la minoría musulmana de su país. En un sondeo realizado en Francia a finales de 2016, los encuestados respondieron que treinta y uno de cada cien habitantes de su país eran musulmanes.[451] La cifra real era aproximadamente una cuarta parte de esa cantidad. Los italianos, alemanes, belgas, neerlandeses, daneses y españoles contestaban con cifras entre tres y seis veces superiores a las reales. Poco después del discurso contrario a la inmigración que había contribuido en gran medida a que se votara a favor del Brexit en junio de 2016, los encuestados británicos respondieron que quince de cada cien personas que vivían en el Reino Unido eran musulmanas.

El número real era inferior a cinco.

Frente al dramático impacto político de la crisis de los refugiados, los dirigentes europeos concluyeron que Europa debía hacer más para «gestionar» —o sea, limitar— la inmigración. Donald Tusk, que había sido primer ministro en Polonia y ahora presidía el Consejo Europeo, sostuvo de forma enérgica que Europa no podía seguir con unas fronteras interiores abiertas de manera intencionada y unas exteriores involuntariamente abiertas. Había que proteger las exteriores. A principios de la década de 2020 el resultado sería un nuevo telón de acero, que esta vez discurriría a lo largo de los bordes de Europa en vez de partirla por la mitad.

La agitación política se acompañó de una oleada de pesimismo cultural que rayaba en lo que el historiador Fritz Stern denominó «la política de la desesperación cultural». [452] En Alemania dio lugar a libros con títulos como *Deutschland schafft sich ab* («Alemania se autodestruye»), de Thilo Sarrazin, que había sido consejero del Bundesbank, y *Finis Germania* (una expresión en latín gramaticalmente incorrecto que significa «El fin de Alemania»), de Rolf Peter Sieferle. Fueron obras importantes no solo por su calidad intelectual, sino también por sus ventas. La de Sarazzin se convirtió en el mayor best seller alemán desde la unificación: se vendieron 1,2 millones de ejemplares en menos de nueve meses.[453] *Finis Germania* figuró en la lista de superventas de *Der Spiegel* hasta que sus directores decidieron que ese panfleto desagradable no debía ser un best seller —pues lo que no debe ser no puede ser— y lo retiraron discretamente de la lista.[454]

Francia ofreció una fuerte competencia a Alemania en el asunto del pesimismo cultural. «Francia está muerta», afirmó el periodista Éric Zemmour en su superventas *Le suicide français* («El suicidio francés»).[455] Renaud Camus argumentó en sucesivas ediciones de *Le grand remplacement* («El gran reemplazo») que la población oriunda de Europa estaba siendo sustituida de forma deliberada por una población ajena, musulmana. «La inmigración ha devenido una invasión», declaraba. Europa se enfrentaba a una «colonización demográfica por transferencia de población». Ya no había «terroristas», sino un «ocupante que de vez en

cuando ejecuta a unos cuantos rehenes, como siempre han hecho los ocupantes».[456]

El elogiado escritor francés Michel Houellebecq plasmó esa sensación de pánico de una civilización en su novela *Sumisión*, publicada por una siniestra coincidencia el mismo día de los asesinatos de *Charlie Hebdo*, el 7 de enero de 2015. Su protagonista, un profesor de mediana edad de la Sorbona, observa los cambios y la decadencia que lo rodean, desde «la literatura, "arte mayor" de ese Occidente que está llegando a su fin ante nuestros ojos»[457] hasta «los últimos residuos de una agonizante socialdemocracia». Entre episodios de sexo ocasional, cavila que la frase «Después de mí el diluvio» había resumido su estado de ánimo desde hacía tiempo, pero también: «Ahora era la primera vez que me rondaba una idea inquietante: el diluvio, finalmente, podría llegar antes de mi propio fallecimiento».

Y así ocurre. En el relato satírico que Houellebecq ofrece de unas imaginarias elecciones presidenciales de 2022, salpicado ingeniosamente de figuras de la vida política y cultural francesa, los partidos socialista y de centroderecha hacen un trato con el carismático Mohammed Ben Abbes, un candidato (ficticio) de la Hermandad Musulmana, para que Marine Le Pen no pase la segunda vuelta. La Sorbona se convierte entonces en una universidad islámica. Las francesas empiezan a llevar blusas holgadas, con el resultado de que «la contemplación del culo de las mujeres, mínimo consuelo fantasioso, también se había vuelto imposible». Al final, nuestro héroe «se somete» al islam, recupera su puesto de profesor, con un salario mucho más alto, en la Sorbona, ahora financiada por Arabia Saudí, y disfruta pensando que puede poseer tres jóvenes esposas núbiles.

Houellebecq nos deja con la curiosidad de saber hasta qué punto dice en serio lo que dice. En cambio, quienes no bromearon en absoluto al acercarse las elecciones reales de 2022 fueron veinte generales franceses retirados que, tras una nueva atrocidad terrorista, escribieron una carta abierta a una revista de derechas asegurando que Francia se desintegraba porque el «islamismo y las hordas de la *banlieue*» estaban «disgregando grandes partes de la nación para convertirlas en territorios sujetos a dogmas contrarios a nuestra

Constitución».[458] Amenazaban con que, si no se actuaba, habría «una explosión y luego la intervención de nuestros camaradas en activo en una misión peligrosa para proteger los valores de nuestra civilización y la seguridad de nuestros compatriotas». Marine Le Pen respondió en el sitio web de la revista: «Los invito a unirse a nuestra acción para participar en la batalla que está empezando, por supuesto una batalla política y pacífica, pero sobre todo la batalla de Francia».[459] En la segunda vuelta de las elecciones presidenciales de 2022, Le Pen volvió a enfrentarse a Macron y obtuvo más del 41 por ciento de los votos, un resultado muy superior al de los comicios de 2017. Sin duda el resultado fue menos espectacular que el de la sátira de Houellebecq, pero aun así alarmante.

El Centro de Investigación Pew estimó que, incluso en el caso muy improbable de que no hubiera más inmigración en Europa, en 2050 los musulmanes representarían casi el 13 por ciento de la población de Francia y aproximadamente uno de cada diez habitantes de Bélgica, el Reino Unido, los Países Bajos y Alemania.[460] No eran más que proyecciones, con un amplio margen de error, pero los datos demográficos básicos saltaban a la vista. Un extremista como Zemmour podía llamar Reconquista a su partido político evocando la Reconquista cristiana del territorio musulmán en la península ibérica en la Edad Media y expresar oscuras fantasías de una repatriación masiva, pero, a menos que Europa se sumiera en el fascismo en toda regla, seguirían siendo solo eso, fantasías. Más aún: a medida que el enorme grupo demográfico de los *baby boomers* se jubilara, la ausencia de inmigración impediría que hubiera el suficiente número de personas en edad de trabajar para financiar sus pensiones y mantener el nivel de atención social que se espera de un Estado del bienestar europeo contemporáneo. Europa necesitaría más inmigrantes, así como los millones de hombres, mujeres y niños con antecedentes migratorios que ya vivían aquí.

Solo había una buena forma de avanzar. Europa debía mantenerse fiel a sus libertades y valores fundamentales, y al mismo tiempo ser un lugar donde las personas con antecedentes migratorios, incluidas muchas de fe musulmana, pudieran sentirse a gusto. Debía preservar la libertad en la

diversidad. Ese era, sin duda, uno de los mayores retos que Europa se había asignado en el medio siglo transcurrido desde que, en un tren nocturno con destino a Berlín, oí a aquel a quien mi diario de juventud describe como un «turco colérico» pronunciar su diatriba de madrugada contra el imperialismo.

BREXIT

Después de que mis compatriotas hubieran votado a favor del Brexit en el referéndum del 23 de junio de 2016, durante varios días mis amigos europeos del continente me arroparon con sentidas palabras de consuelo, como si acabara de perder a un ser querido. Y eso parecía. Para alguien comprometido hasta la médula con Europa durante toda su vida, fue una gran derrota, que además tuvo consecuencias personales. Cuando a una persona se la priva de su ciudadanía contra su voluntad, suele ser porque es víctima de un régimen abominable o porque ha cometido un acto atroz. Pues bien, a la multitud de europeos británicos que pensaban como yo y a mí se nos despojó de la ciudadanía europea por el voto democrático de nuestro propio pueblo.

«A los vencidos la Historia / puede ofrecer piedad, pero no ayuda ni perdón», escribió W. H. Auden a propósito de la guerra civil española, que terminó con la derrota del bando republicano que él apoyaba.[461] Huelga decir que yo era un apasionado *remainer*, término que no existía hasta que se eligió la palabra *remain* (permanecer) en el redactado de la pregunta del referéndum de 2016 y que solo tiene un significado histórico y biográfico desde que el Reino Unido abandonó la Unión Europea el último día de enero de 2020. En la década de 2020, de nada serviría que los *exremainers*, como los viejos jacobitas de las novelas de Walter Scott, nos dedicáramos a cavilar con un vaso de vino y whisky sobre las ruines bellaquerías de nuestros oponentes y nuestras pifias. Al contrario, los ciudadanos de ambos lados del canal de la Mancha y del Atlántico tienen que comprender qué ocurrió y aprender las lecciones del Brexit para el resto de Europa.

«Los británicos nunca se sintieron a gusto en Europa». «Estaba cantado que saldrían tarde o temprano». Esas afirmaciones, que se oyen a menudo, contienen dos falacias:

que el Brexit fue inevitable y que sus causas eran exclusivas del Reino Unido. La forma en que ya está escribiéndose la historia del Brexit brinda un ejemplo perfecto de lo que el filósofo Henri Bergson denominó «los engaños del determinismo retrospectivo»: la tentación casi irresistible de creer que, de algún modo, lo que de verdad ocurrió tenía que ocurrir.[462]

No es cierto. El resultado fue ajustado: algo menos del 52 por ciento a favor de la salida y algo más del 48 por ciento a favor de la permanencia. Así pues, 650.000 votos lo habrían decantado hacia el otro lado. ¿Y si los conservadores hubieran cumplido la promesa de su programa electoral de 2015 de conceder el derecho al voto a los ciudadanos británicos que llevaran más de quince años residiendo en el extranjero?[463] Sin duda muchos de los que vivían en España, Portugal y Francia habrían optado por la permanencia. ¿Y si se hubiera permitido votar a los ciudadanos comunitarios que llevaban viviendo en el Reino Unido esos mismos años? ¿Y si la edad a la que se podía votar se hubiera reducido a los dieciséis, como en el referéndum de 2014 sobre la independencia de Escocia? Cuanto más joven era la persona, más probabilidades tenía de votar por la permanencia, y había 1,2 millones de electores de entre dieciséis y dieciocho años.

¿Y si en la dirección del Partido Laborista hubiera habido otro líder que hubiera hecho campaña por la permanencia con una convicción que el socialista euroescéptico Jeremy Corbyn nunca logró reunir? ¿Y si Michael Grove, el polemista conservador con mucha labia, hubiera antepuesto su lealtad personal hacia Cameron a sus propias convicciones euroescépticas? ¿Y si el oportunista Boris Johnson hubiera optado por la permanencia? Él mismo nos dijo que estaba indeciso, «virando a un lado y al otro como un carro de la compra», hasta el último minuto.[464] Disponemos incluso del texto de la columna que escribió para ensayar los argumentos a favor de la permanencia: «Piensen en el resto de Europa. Piensen en el futuro».[465] Pero él pensó en el suyo.

En análisis minuciosos de datos demoscópicos se encontraron indicios estadísticamente significativos del

«efecto Boris». Al final su jugada lo llevó al número 10 de Downing Street tras suceder a Theresa May como líder conservador y, por tanto, como primer ministro en julio de 2019. Entonces Johnson y su asesor Dominic Cummings calcularon acertadamente que podría ganar unas elecciones en diciembre de 2019 imitando el eslogan de cuatro sílabas del referéndum, *Take back control* («Recuperemos el control»), en el igualmente pegadizo eslogan de cuatro sílabas *Get Brexit done* («Culminemos el Brexit»). Entonces, y solo entonces, el Brexit pasó a ser inevitable, y sería un Brexit duro.

Si una o dos de esas decisiones individuales o de grupo hubieran ido en sentido contrario, los historiadores estarían escribiendo eruditos capítulos para explicar por qué los pragmáticos británicos —«una nación de tenderos», como se supone que nos describió Napoleón— habían antepuesto sus intereses económicos a las preocupaciones por la inmigración, la identidad y la soberanía.[466]

Igualmente es errónea la idea de que las causas subyacentes del Brexit eran exclusivas del Reino Unido. Algunos elementos eran característicamente británicos y, en concreto, ingleses. A los conservadores euroescépticos de toda la vida les obsesionaba que las leyes europeas y las sentencias del Tribunal de Justicia de la Unión Europea prevalecieran sobre la legislación y los tribunales ingleses. La preocupación inglesa por la soberanía jurídica se remonta a la Ley de Restricción de Apelaciones de Enrique VIII, de 1532, en la cual se declaraba «este reino de Inglaterra es un imperio», donde «imperio» no significa gobernar sobre otros, sino disponer de la plena autoridad legal sobre el propio territorio.[467] Los recuerdos del Imperio en el sentido más habitual —con I mayúscula— alimentaron asimismo la idea de que el Reino Unido tal vez tuviera un brillante futuro allende los mares y reforzaron la autoconfianza en que podía conseguirlo solo. «En el pasado regimos el mayor imperio que el mundo ha conocido —escribió Johnson a principios de 2016—, y con una población nacional mucho menor y un funcionariado relativamente pequeño. ¿De verdad somos incapaces de cerrar acuerdos comerciales?».[468]

Dado que el Reino Unido no se había incorporado a la Comunidad Europea hasta principios de los años setenta,

después de que Francia y Alemania establecieran las condiciones de funcionamiento, una élite política británica obsesionada con el «liderazgo» tuvo siempre la molesta sensación de que eran otros los que tenían la sartén por el mango. Las relaciones británicas con «Europa» eran más frías y transaccionales que las de la mayoría de los otros estados miembros, para los cuales la historia y la mística de Europa también contaban. Y no puede dejar de subrayarse la influencia de Margaret Thatcher en dos generaciones de políticos, periodistas, expertos de laboratorios de ideas y académicos conservadores. El thatcherismo formó todo un mundo: el mundo del *Spectator*. Ningún otro país europeo tenía nada parecido a la prensa británica euroescéptica, que publicaba sin cesar artículos negativos sobre Bruselas, hilvanados en una potente metanarrativa en la que los británicos, valerosos y amantes de la libertad, eran mangoneados por los bestiales y burocráticos belgas, franceses y alemanes.

En el pasado más reciente, David Cameron, el primer ministro que convocó el referéndum, cometió errores funestos. Fue una locura que lo vinculara a una renegociación de las condiciones de la pertenencia del país a la Unión Europea, una renegociación que era probable que terminara con escasos réditos. Mucho antes del referéndum, ofreció aún menos argumentos positivos que sus predecesores en el cargo para defender la presencia del Reino Unido en la Unión Europea. «Es imposible engordar un cerdo el día de mercado», dijo Lynton Crosby, su gurú electoral.[469] Cameron reconoce en sus memorias que debería haber hecho más por «combinar las críticas a la Unión Europea con discursos sobre sus verdaderos logros».[470] Lo cierto es que, siendo él mismo euroescéptico —«Quiero menos Europa», exclamó ante sus ayudantes cuando en Bruselas se pedía «más Europa»—[471] y habiendo cedido de forma persistente ante los sectores más euroescépticos de su partido, la defensa de última hora que presentó a la opinión pública británica se limitó a poco más que «la alternativa a la pertenencia a la UE es peor».

Por muy relevantes que fueran esas causas específicamente británicas, muchas de las insatisfacciones que impulsaron a

más de diecisiete millones de personas a votar para que el Reino Unido saliera de la Unión Europea también se daban en otros países europeos. En un sondeo realizado en 2016, el 71 por ciento de los encuestados griegos, el 61 por ciento de los franceses y el 49 de los españoles manifestaron tener una imagen negativa de la Unión Europea, cifras todas superiores al 48 por ciento de los británicos que expresaron esa opinión. [472] Es cierto que, respecto a si estaban de acuerdo con la afirmación de que su país «podría encarar mejor el futuro fuera de la Unión Europea», solo los chipriotas, con un 55 por ciento, superaron a los británicos (el 47 por ciento la última vez que se planteó la pregunta antes del referéndum). Pero en otros dos países, Austria y Eslovaquia, la cifra fue mayor del 49 por ciento, y la media en toda la Unión Europea fue más o menos uno de cada tres encuestados. Los británicos no eran un caso único en lo que se refería al antieuropeísmo.

El novelista Robert Musil escribió que la Austria de principios del siglo XX era «un ejemplo especialmente claro del mundo moderno». El Reino Unido era un ejemplo especialmente claro de la Europa de principios del siglo XXI. Tras seguir los pasos de George Orwell hasta Wigan y escuchar a la gente decir que se sentía olvidada y menospreciada por una élite de una gran ciudad remota, el periodista neerlandés Geert Mak se preguntó si acaso no había visto él «algo parecido en toda Europa Occidental». [473] Yo también lo había visto, y no solo en Europa Occidental, sino también en el este de Alemania y el sudeste de Polonia. La gente pensaba que se la trataba como a ciudadanos de segunda clase y exclamaba: «¡Ya no reconozco a mi país!».

«Tiene que ver con la democracia», me decía siempre mi padre al hablarme de su hostilidad hacia la Unión Europea. Aunque esta tenía un Parlamento elegido por sufragio directo y en Bruselas no se tomaban decisiones importantes sin la participación de los representantes elegidos de los estados miembros, muchos europeos opinaban que no era un verdadero autogobierno democrático. «Sé que en parte es un espejismo —me confesó un estudiante suizo al explicarme por qué no quería que su país entrara en la Unión Europea—, pero me gusta tener la sensación de que nos gobernamos a

nosotros mismos». En el Reino Unido muchos deseaban recuperar esa sensación.

Poco antes del referéndum del Brexit, el British Election Study planteó a una muestra representativa una pregunta abierta: «¿Qué tiene más importancia para usted en la decisión de qué votar en el referéndum de la Unión Europea?».[474] Se tabularon las respuestas en nubes de palabras. El término más importante para quienes deseaban seguir en la Unión Europea fue «economía», seguido de «derechos», «comercio» y «seguridad»; para los partidarios de la salida era «inmigración», seguido de «soberanía», «país» y «control».

Cameron y los suyos se concentraron casi exclusivamente en el argumento económico, estrategia que a su juicio había derrotado la reclamación de independencia de los nacionalistas escoceses en el referéndum de 2014. Intentaron evitar el tema de la inmigración. Pero la crisis financiera de 2008 y la posterior Gran Recesión habían alimentado entre quienes lo pasaban mal un profundo descontento con la versión existente del capitalismo. Además, minaron la credibilidad de los expertos metropolitanos que presentaban razonamientos abstractos sobre las consecuencias económicas. Cuando el politólogo Anand Menon explicó en la ciudad norteña de Newcastle que la modelización de los probables efectos del Brexit apuntaba a una reducción del PIB, una señora del público gritó: «Ese es su puñetero PIB, no el mío».[475]

Con la crisis de la eurozona en marcha, la comparación de las economías a ambos lados del canal de la Mancha no se parecía nada a la de la época del referéndum de 1975, que confirmó la permanencia del Reino Unido en la Comunidad Europea. Este se celebró al final de un largo periodo en el que a las principales economías europeas les había ido mejor que a la británica. En 2016 no tenían tan buen aspecto. Un editorial del *Daily Mail* publicado en vísperas del referéndum afirmaba:

> Por lo que se refiere a los diecinueve países empantanados en la catastrófica moneda única, igual para todos —la apoteosis del sueño europeo de una unión política y económica cada vez más estrecha—,

> basta con preguntar a los jóvenes en paro de Grecia, España o Francia si el euro ha apuntalado su prosperidad.[476]

John Curtice, uno de los principales analistas demoscópicos del Reino Unido, concluye que el argumento económico tuvo un peso mucho menos decisivo a favor de la permanencia de lo que el Gobierno esperaba.[477] A su juicio, la opción de la salida se propagó por una combinación de dudas sobre el modelo de economía globalizada que representaba la Unión Europea, temores a que esta socavara la identidad británica y esperanzas de que con el Brexit se redujera la inmigración.

En ese contexto, la inmigración era al mismo tiempo una realidad vivida y un discurso populista tejido en torno a esa realidad. A diferencia de lo que ocurría en Polonia y Hungría, la inmigración era un fenómeno a gran escala en el Reino Unido. Llegaban inmigrantes comunitarios y no comunitarios, y el impacto era acumulativo. En 2016, en torno a un 13 por ciento de la población británica había nacido en el extranjero.[478] Tras la gran ampliación de la Unión Europea hacia el Este en 2004, millones de personas de Europa Central y del Este habían aprovechado la libertad de circulación para ir al Reino Unido. Después estaban los europeos del sur que buscaban trabajo como consecuencia de la crisis de la eurozona. El número de ciudadanos comunitarios (no británicos) residentes en el Reino Unido se disparó entre 2004 y 2016: de aproximadamente un millón se pasó a 3,5 millones por lo bajo.[479] Menos de un mes antes del referéndum del Brexit, se publicaron los datos oficiales de la migración neta de 2015: el número de 333.000 dejaba en evidencia la promesa de Cameron de reducirla a menos de 100.000 al año.[480]

Fueran cuales fueran las cifras exactas, los tenderos asiático-británicos y los residentes blancos de clase trabajadora del este de Oxford con quienes hablé mientras hacía campaña por la permanencia sabían por su experiencia cotidiana que había muchos «europeos del Este», cuyo número tensaba las escuelas, los hospitales, los servicios sociales y el acceso a la vivienda, y que aceptaban empleos mal remunerados. En su mayor parte, opinaban sinceramente que había llegado al país demasiada gente en muy poco

tiempo y que el Estado del bienestar británico acusaba esa carga.

Sin embargo, a esa experiencia real y esas opiniones sinceras se superponía un discurso político que distaba de ser real y sincero. La campaña a favor de la salida de la Unión Europea tocó todos los leitmotivs conocidos del libreto del populismo en otros países europeos: nación frente a Europa, democracia frente a liberalismo, «el pueblo» frente a la élite, con una definición étnico-nacional de «pueblo» en oposición a los pueblos de otras partes. Y el desprecio por el conocimiento especializado: «Creo que el pueblo de este país ya se ha cansado de los expertos», afirmó Michael Gove como jefe de la campaña a favor del Brexit.[481] Los tres temas claves señalados por Curtice —economía europea globalizada, identidad y migración— se entretejieron para formar un relato único y se condensaron en un eslogan brillante y eficaz: «Recuperemos el control».

El lateral del autobús de campaña rojo que llevó a Johnson y Gove por todo el país proclamaba con descaro que al poner fin a las aportaciones presupuestarias del Reino Unido a la Unión Europea se dispondría de «350 millones de libras a la semana» para el Servicio Nacional de Salud (NHS). Esa afirmación se combinó con otra aún más falaz: como Turquía iba a incorporarse a la Unión Europea junto con algunos países de los Balcanes occidentales, llegaría al Reino Unido un aluvión de millones de personas que se aprovecharían del Estado del bienestar. Desde la cuenta de la campaña Leave.EU del líder del UKIP, Nigel Farage, se tuiteó: «¡Dave [Cameron] quiere permitir que 75 millones de turcos accedan a tu #NHS!».[482] La campaña de la organización oficial Vote Leave no era menos mendaz, como se observa en el siguiente mensaje de una de sus presidentas, la diputada laborista Gisela Stuart:

> Creo que en vez de permitir que accedan al NHS otros 88 millones de personas, más que toda nuestra población, sería más responsable recuperar el control. Deberíamos entregar a nuestro maltrecho NHS los 350 millones de libras que mandamos a la UE todas las semanas.[483]

En realidad la aportación neta del Reino Unido al presupuesto

de la Unión Europea en 2016, teniendo en cuenta el dinero que a su vez recibía de Bruselas de diversas maneras, era de unos 185 millones de libras a la semana.[484] Y la idea de que 88 millones de personas procedentes de Turquía y el sudeste de Europa iban a acceder de repente al NHS era más que ridícula.

Como en el resto de Europa, la inmigración se vinculó al islam y al terrorismo. Así lo hizo el egregio Gove dos semanas antes del referéndum:

> Ahora que nos enfrentamos a una amenaza terrorista que no deja de aumentar, cuesta entender cómo puede redundar en interés de nuestra seguridad aplicar la exención de visados a 77 millones de ciudadanos turcos y crear una zona sin fronteras desde Irak, Irán y Siria hasta el canal de la Mancha. Aún cuesta más entender que esa vía sea sensata cuando los extremistas de todo el mundo creerán que Occidente abre sus fronteras para apaciguar a un Gobierno islamista. [485]

La prensa del país, en su mayoría euroescéptica, exageró esos mensajes. «Otro cargamento de inmigrantes llega al Reino Unido diciendo: "Somos europeos. Dejadnos entrar"», pregonaba sobre una fotografía el *Daily Mail* en su portada en vísperas del referéndum.[486] Días después reconoció, en una pequeña fe de errores publicada en la segunda página, que procedían de Irak y Kuwait. En las redes sociales, las noticias falsas virales y la desinformación rusa intensificaron la alarma. Para colmo, Penny Mordaunt, un miembro del Gobierno que apoyaba el Brexit, faltó por completo a la verdad al afirmar que el Reino Unido no podría vetar la entrada de Turquía en la Unión. «Los partidarios de la salida mentían», señala indignado Cameron en sus memorias.[487] Mientras él libraba una campaña caballerosa, como un boxeador dandi de la época victoriana tardía que respetaba las reglas del marqués de Queensberry, sus oponentes le propinaban patadas seis centímetros por debajo del cinturón.

Es importante decir con toda claridad que muchos millones de quienes votaron por la salida de la Unión Europea sabían perfectamente lo que hacían. Entre ellos se contaba mi más viejo amigo, Richard Pertwee, y sin duda se habría contado mi padre. Es ofensivo afirmar lo contrario. Pero no es erróneo

señalar que aquella campaña del todo vale influyó en el resultado final al hacer que un último grupo de votantes inclinara la balanza. Unos seis meses después del referéndum, Dominic Cummings, el cerebro de la campaña a favor de la salida de la Unión Europea, compartió la siguiente reflexión en su blog:

> Si Boris [Johnson], [Michael] Gove y Gisela [Stuart] no nos hubieran apoyado y no hubieran esgrimido el bate de béisbol con el mensaje «Turquía / NHS / 350 millones de libras» cuando faltaban cinco semanas, tal vez se habrían perdido 650.000 votos.[488]

Un bate de béisbol, sí señor. Con todo, para el éxito de los partidarios de la salida fue asimismo decisivo el hecho de que quienes empuñaron el bate de béisbol fueran, por así decirlo, jugadores de críquet de buena cuna. Sofisticados, cultos y con una dicción perfecta, atrajeron a un electorado de clase media que no habría seguido a Nigel Farage y los camorristas del Brexit. Era un populismo con acento de Oxford.

Cuando decimos «Brexit», no nos referimos solo al referéndum, sino también a los tres años y medio de furiosa brega política que vinieron después. Pese a su lustre etoniano y oxoniense, el populismo británico, como otros populismos de la década de 2010, amenazó las prácticas tradicionales y los equilibrios institucionales en los que se basa la democracia liberal. Con todo, la amenaza fue menos grave que en Hungría, Polonia o Estados Unidos. En el Reino Unido no hubo nada comparable a la invasión del Capitolio de Washington por la turba el 6 de enero de 2021. Quizá la provocación más grave fuera el intento del Gobierno de Johnson de suspender (es decir, cerrar) el Parlamento durante cinco semanas en el otoño de 2019, en un momento crucial de la decisión sobre el Brexit. El Tribunal Supremo desbarató el intento mediante una sentencia precisa y contundente por unanimidad. Tras citar un precedente de 1611 («el rey no tiene prerrogativa alguna, salvo la que la ley del país le otorga») y señalar que «el efecto» de la suspensión propuesta «sobre nuestra democracia ha sido extremo», avanzaba con

viveza hacia esta magnífica conclusión:

> Este Tribunal ya ha concluido que el consejo del primer ministro a Su Majestad fue ilegal, nulo y sin efecto. Esto significa que el decreto al cual condujo también fue ilegal, nulo y sin efecto y debía invalidarse. Esto significa que, cuando los comisionados reales entraron en la Cámara de los Lores, fue como si entraran con una hoja de papel en blanco. La suspensión fue asimismo nula y sin efecto. El Parlamento no ha sido suspendido.[489]

El Gobierno aceptó de inmediato el veredicto. La democracia se reanudó.

Mis amigos europeos continentales se reían incrédulos de las prácticas arcaicas del Parlamento de Westminster, algunas de ellas, en efecto, ridículas. Pero todas las democracias maduras tienen sus defectos y puntos débiles. En 2017 Alemania tardó seis meses en formar gobierno; Bélgica tardó más de un año una vez. Aunque anticuada y destartalada, la británica seguía siendo una auténtica democracia parlamentaria que funcionaba. Sentado en los hundidos bancos de cuero de la Strangers' Gallery, la tribuna destinada al público de la Cámara de los Comunes, he asistido a varios debates espectaculares, incluido el del 15 de enero de 2019, en el que la propuesta de acuerdo con la Unión Europea de Theresa May sufrió la mayor derrota de la historia parlamentaria británica. En la primavera de 2019 la Cámara de los Comunes votó a favor de recuperar el control de su propio orden del día, que por lo general establecía el Gobierno. A continuación se celebraron diversas «votaciones indicativas» para ver si se alcanzaba una mayoría que permitiera avanzar hacia el Brexit. La propuesta de una «votación pública confirmatoria» perdió por solo doce votos.[490]

«Votación pública confirmatoria» significaba un segundo referéndum, ahora rebautizado como «votación del pueblo». Participé en varias manifestaciones que la reclamaban, la mayor de las cuales debió de reunir en torno a un millón de personas en el centro de Londres. Al final no cambiaron nada, como tampoco había conseguido nada la celebrada en Londres, con un millón de asistentes, contra la participación en la guerra de Irak. Aun así, evidenciaron el sentido de

identidad personal vinculado a la Unión Europea y el fuerte sentimiento que despertaba esa identidad.

Me parece revelador que las manifestaciones más multitudinarias que he visto en Europa en las dos primeras décadas del siglo XXI no tuvieran lugar en París, Berlín o Roma, sino en Kiev y Londres. La primera congregó a gente que deseaba la incorporación a la Unión Europea; la segunda, a quienes no querían abandonarla. Los manifestantes británicos desplegaron la misma creatividad espontánea que yo había observado en Praga, Kiev, Belgrado y Berlín Oriental. Pancartas escritas a mano proclamaban: «No culpéis a los búlgaros o los rumanos. Culpad a los etonianos», «Mi abuelo murió por la UE» y «Libertad. No abandonaré la UE». En una camiseta se leía: «Soy un ciudadano europeo». La casa del duque de Wellington en Hyde Park Corner se engalanó con banderas europeas.

Al menos en Londres, quienes participaban en esos actos eran sobre todo de clase media. «Puedo conseguir un acuerdo mejor en Waitrose»; con esa alusión al supermercado con fama de pijo, una pancarta descalificaba el acuerdo negociado por Theresa May con la Unión Europea. La palabra que oí más a menudo en esas concentraciones fue «perdón», pronunciada por gente que trataba de no pisar a los demás. También oí bastante francés, italiano y alemán, lo que indicaba que, junto con los europeos británicos, se manifestaban no pocos de los millones de europeos continentales que vivían en el Reino Unido. A finales de 2021 se concedería la condición de residentes permanentes en el Reino Unido pos-Brexit a más de cinco millones de ciudadanos comunitarios. Estuviera o no el Reino Unido en Europa, Europa estaba en el Reino Unido.

Algunos de mis amigos tacharon de antidemocrática la posible celebración de un segundo referéndum: no puedes pedir la repetición del partido solo porque lo has perdido. No fingiré que no capté la fuerza de esa objeción. Contra ella podría argumentarse que la decisión era tan trascendental, para el Reino Unido y para Europa, que debíamos estar muy seguros de haberla meditado bien. Los partidarios de la salida habían ganado el referéndum destacando los aspectos negativos de la pertenencia a la Unión Europea al tiempo que

mostraban una vaguedad estimulante respecto a la alternativa. Luego resultó que el Parlamento no lograba ponerse de acuerdo sobre qué versión del Brexit elegir. Sin duda lo lógico habría sido celebrar una votación pública confirmatoria sobre el acuerdo de salida negociado con la Unión Europea, ¿no? En el núcleo de la tradición británica constitucional se halla la soberanía del Parlamento, que se suponía que el Brexit iba a restablecer con todo su prístino esplendor. Por tanto, si nuestro Parlamento soberano hubiera decidido celebrar un referéndum confirmatorio sobre el acuerdo real del Brexit, este habría sido legítimo constitucionalmente.

Pero ¿qué imagen habría ofrecido el Reino Unido si una segunda votación hubiera revertido el resultado de la primera? La legitimidad de ese resultado habría sido muy cuestionada, a diferencia de una decisión favorable a la permanencia en el referéndum de 2016, que es lo que esperaba la mayoría de los principales partidarios del Brexit. El país podría haber sufrido una división más amarga de la que parecía existir al comenzar la década de 2020. Sin duda seguía habiendo heridas profundas, pero el Reino Unido no era un país hiperpolarizado como Estados Unidos o Polonia, desgarrados entre dos tribus políticas enfrentadas, cada una con su propia versión de la realidad. En las ondas de la BBC continuaban reuniéndose representantes de todos los bandos para mantener debates enérgicos pero civilizados, basados en hechos compartidos. No hubo partidarios ni de la permanencia ni de la salida cuando todos nos unimos en torno al NHS —lo más parecido a una religión nacional que tiene el Reino Unido en la actualidad— en la batalla contra el covid.

Esos años de lucha política sobre el Brexit tuvieron un alto precio, tanto en el extranjero como en el país. Dado que mis conexiones políticas eran más fuertes en el continente que en el Reino Unido, concentré allí mis esfuerzos. Fui a Bruselas para hablar con Donald Tusk y a Berlín a dar la lata a los principales políticos. En mis comentarios en los periódicos rogué a nuestros amigos europeos que nos concedieran más tiempo para tomar la decisión correcta. Hoy leo con melancólica ironía esos ruegos cada vez más desesperados.

Durante décadas había observado con una mezcla de profunda compasión y moderado regodeo cómo mis amigos polacos, checos, bosnios y ucranianos les soltaban el rollo a los poderosos de Europa, entre los que entonces se incluía el Reino Unido. «Nuestra particular crisis nacional es crucial para el futuro del continente», argumentaban los peticionarios. «Defendemos vuestros valores europeos. Ayudarnos redundará en vuestro propio interés, en el de Europa». Y de pronto yo me había convertido en ese peticionario europeo de la periferia y esgrimía idénticos argumentos para convencer a quienes tenían el poder en Berlín, París, Bruselas y —dado que por fin se habían aceptado las peticiones de los centroeuropeos— también en Varsovia y Praga.

Al principio percibí compasión y tristeza, expresadas en cálidos abrazos de consuelo, pero a medida que las semanas se convertían en meses y los meses en años, y que los británicos no lograban ponerse de acuerdo en lo que querían, esos sentimientos dieron paso a la irritación y el desprecio. Las payasadas de John Bercow, el chiflado presidente de la Cámara de los Comunes, tal vez fueran un buen entretenimiento —«mejor que lo que echan en Netflix», dijo el expresidente polaco Aleksander Kwaśniewski—,[491] pero el Reino Unido estaba haciendo perder el tiempo a todo el mundo y apartando a Europa de sus otros grandes desafíos. «Hemos llegado a tener miedo de ver a nuestros viejos amigos británicos, ahora tan obsesionados con el Brexit que es imposible hablar con ellos de nada más», escribió en 2019 Sylvie Kauffmann, jefa de redacción de *Le Monde*.[492] Un columnista alemán dijo que el Reino Unido se había convertido en un hazmerreír.[493]

En la primavera de 2019 la BBC emitió un docurreality que mostraba cómo el Grupo Director para el Brexit del Parlamento Europeo había seguido las aparentemente interminables y enojosas negociaciones. En un momento determinado, un adjunto de la oficina de Guy Verhofstadt, ex primer ministro belga y presidente del grupo director, exclamó exultante (de forma prematura, según se vio): «¡Nos los hemos quitado de encima! ¡Los hemos echado! ¡Por fin los hemos convertido en una colonia!».[494] Más moderada,

Danuta Huebner, diputada polaca del Parlamento Europeo y excomisaria europea, señaló: «Compartimos el interés por deshacernos de ellos antes de marzo de 2019». ¡Deshacerse de ellos! Durante un cuarto de siglo, desde 1979 hasta la entrada de Polonia en la Unión Europea, en 2004, yo había sostenido con vehemencia en las capitales europeas que los polacos no eran Ellos, alguien a quien dejar fuera, a la intemperie, sino Nosotros, tan europeos como los británicos, los franceses y los alemanes. Y de pronto una de mis amigas polacas decía que los británicos ya no éramos Nosotros. Nos habíamos convertido en Ellos, un pueblo del que había que deshacerse.

Dado que el Brexit fue un acontecimiento tan trascendental, principios de la década de 2020 era demasiado pronto para decir cuáles serían sus consecuencias. Cuando el Reino Unido salió parpadeando de los impactos simultáneos del Brexit y la pandemia de covid, cuya coincidencia hizo difícil desenmarañar el uno del otro, ni siquiera sabíamos si el Estado conocido con el nombre oficial del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte sobreviviría en su forma actual. ¿Votarían los escoceses a favor de abandonar la unión británica y regresar a la europea? Eso sería el fin del Reino Unido. ¿Acaso algún día la mayoría de los irlandeses del norte decidirían en un referéndum unirse a Irlanda? Eso sería el fin del Reino Unido.

Todos los ex primeros ministros británicos vivos sostenían que el país sería más pobre, débil y menos influyente fuera de la Unión Europea. Casi todos los amigos del país en el extranjero estaban de acuerdo. En los sondeos de opinión, una amplia mayoría de los jóvenes británicos pensaba que el país había cometido un error al salir de la Unión Europea. Quizá en algunos aspectos, como el mercado laboral para los ciudadanos sin estudios universitarios, la situación hubiera mejorado. Con las consecuencias económicas del Brexit, resultaría más difícil financiar el objetivo pos-Brexit de la «nivelación», que era precisamente lo que necesitaba la sociedad británica, al igual que otras democracias capitalistas, y en ese sentido se había escuchado la voz de un importante grupo de votantes del Brexit.

Por muy inquietantes que fueran los efectos del Brexit en el Reino Unido, me preocupaban aún más —algo insólito entre los británicos contrarios al Brexit— los perjuicios que pudiera causar a Europa. Muchos europeos continentales opinaban lo contrario: según ellos, el Brexit permitía a la Unión Europea avanzar más de lo que lo habría hecho con los problemáticos británicos aún a bordo. Al viajar por el continente a comienzos de la década de 2020 me sorprendió lo poco que se hablaba del Reino Unido.

Sin embargo, pensad en las consecuencias negativas que podría tener para Europa. Durante décadas el proyecto europeo sacó fuerzas de la sensación de que representaba el futuro, la dirección en que avanzaba la historia. Tenía un halo de irreversibilidad. La pérdida de un Estado miembro importante debía, como mínimo, empañar ese halo. En otros lugares de Europa también se observaba más o menos la mitad de los factores que habían provocado el Brexit. Muchos seguían presentes al abrirse la década de 2020; por ejemplo, el complejo de temores en torno a la inmigración, el islam, el terrorismo, la soberanía y el control, y la forma en que se entretejían en un discurso populista y euroescéptico.

Como todo el mundo sabe, la princesa Diana comentó que en su matrimonio eran tres, por lo que había «demasiada gente». Con el trío formado por Francia, Alemania y Reino Unido dentro de la Unión Europea ocurría casi lo contrario. El *ménage à trois* contribuyó al funcionamiento de la unión al permitir todo tipo de equilibrios compensatorios para los otros estados miembros. Si no te gustaba la iniciativa franco-alemana, mirabas al Reino Unido; si albergabas reservas sobre la política británico-alemana, te volvías hacia Francia. Quedaba por ver hasta qué punto estaría contenta la familia con solo Francia y Alemania en el dormitorio principal. ¿O acaso Italia o España reemplazarían al Reino Unido? Es evidente que la pérdida de una de las principales potencias militares, diplomáticas y de inteligencia debilitó el peso de la Unión Europea en la política exterior. La alianza de defensa entre Australia, el Reino Unido y Estados Unidos (Aukus), que se anunció a bombo y platillo y arrinconó un acuerdo existente entre Australia y Francia, apunta a posibles tensiones.

Ya parecía haber una dinámica de competencia entre el Reino Unido y la Unión Europea. Mientras que los partidarios del Brexit decían que el propósito de este era demostrar que un país podía estar «mejor fuera», algunos dirigentes como el francés Emmanuel Macron insistieron en que la Unión Europea debía asegurarse de que el Reino Unido estuviera visiblemente peor fuera. Esta lógica objetiva de competencia se vio agravada por el proceso subjetivo de la alteridad. Con asombrosa rapidez, lo que durante más de cuarenta años había sido un Nosotros común, aunque rebelde, empezaba a convertirse en un Nosotros frente a Ellos. Para un europeo británico como yo, esa divergencia generó un doloroso dilema: no quería que a mi país le fuera mal, pero, si después del Brexit al Reino Unido le iba demasiado bien respecto a la Unión Europea, en el seno de esta se fomentarían tendencias disgregadoras. La mejor fórmula que se me ocurrió es que deseaba que al Reino Unido le fuera muy bien y a la Unión Europea aún mejor. De todos modos, no dejaba de ser como hacer el espagat.

A corto plazo, el Brexit disuadió a los populistas nacionalistas continentales de pedir un Frexit, un Italexit, un Holandexit, un Hungrexit o un Polexit. Pero ¿durante cuánto tiempo seguiría siendo así? En el último Eurobarómetro realizado antes del referéndum del Brexit, la proporción media global de ciudadanos comunitarios que opinaban que su país estaría mejor fuera de la Unión fue del 34 por ciento. En 2021, tras la salida del Reino Unido, aún era alta, del 28 por ciento.[495] Si de algún modo el Reino Unido lograba arreglárselas para crear un modelo comercial alternativo, quizá tarde o temprano los nacionalistas de otras partes de Europa se sintieran tentados de imitarlo. La probabilidad de que tal opción se impusiera en un país continental era aún pequeña, pero no desdeñable.

«¿Y por qué no iban a hacer lo mismo que nosotros?», tal vez preguntara mi viejo amigo Richard, que había votado por el Brexit. ¿Qué tiene de malo un continente de estados nación soberanos y democráticos donde imperen el libre comercio y la cooperación pacífica? La pregunta merece respuesta. He aquí la mía: una cosa es tener una Europa donde unas cuantas democracias maduras adosadas, como Suiza, Noruega y ahora

el Reino Unido, se agrupen alrededor de una comunidad central de países bien integrados, y otra muy distinta tener una Europa en la que todos los estados miembros de la Unión han seguido su camino tras una desintegración traumática. Solo el optimista histórico más ingenuo daría por sentado que todos ellos continuarían siendo democracias liberales y colaborando pacíficamente.

Aun cuando los países europeos no llegaran a las manos como hicieron a lo largo de la historia antes de 1945 y siguen haciendo en Ucrania, competirían de manera encarnizada entre sí, como Gran Bretaña compite ahora con la Unión Europea. Europa sería más débil y estaría más dividida. Y ese no sería el mundo del siglo XIX, cuando Europa era el continente más poderoso. Con un Estados Unidos enfrascado en sus propios problemas internos y sus nuevos desafíos en Asia, la Europa del siglo XXI sería una invitación permanente a que potencias exteriores como China la dividieran y gobernaran, como los europeos hicieron antaño en África y Asia.

La Unión Europea tal vez sobreviva a un Brexit. No podría sobrevivir a muchos más.

DEMOLICIÓN

La democracia resistió en el Reino Unido, pero el país dejó de pertenecer a la Unión Europea. Hungría siguió perteneciendo a la Unión Europea, pero dejó de ser una democracia. El Gobierno populista de Polonia intentó seguir el ejemplo de Hungría. Dado que la liberación y la transformación de Centroeuropa había sido una experiencia política fundamental para mí, viví esa erosión de la democracia en Polonia y Hungría casi con la misma intensidad que el Brexit.

En septiembre de 2021 recibí una carta de Viktor Orbán, el primer ministro húngaro, que comenzaba así: «Hace poco tuve la oportunidad de ver una entrevista que concedió a Euronews, donde afirmó que mi iliberalismo es, "sin duda, una amenaza real para la Unión Europea"».[496] En respuesta, adjuntaba una copia de uno de sus discursos más recientes «inspirados en parte por sus ideas». Al mismo tiempo, publicó en su web una versión más larga de la misiva, dentro de una serie que denominó de forma ofensiva Samizdat. (*Samizdat* era la publicación clandestina de textos de disidentes del bloque soviético, como Václav Havel, que no disponían de otros medios para llegar al público y, en consecuencia, se arriesgaban a terminar en la cárcel, mientras que Orbán controlaba la mayoría de los medios de comunicación de Hungría y sus palabras se reproducirían incluso en los pocos que aún se oponían a él). En su Samizdat número 12 decía que su discurso pretendía «exponer punto por punto (en categorías comprensibles para el público occidental) la esencia intelectual de los debates europeos actuales tal como nosotros los vemos».[497]

Conocí a Orbán en Budapest en junio de 1988, cuando él era un exaltado dirigente estudiantil de veintinueve años de un movimiento juvenil recién creado que se oponía al régimen comunista de su país, ya en rápida descomposición.

Mi cuaderno recoge el nombre del movimiento, Fidesz (acrónimo de Alianza de Jóvenes Demócratas), y algunos de los objetivos que Orbán y sus compañeros estudiantes me explicaron con fervor: «Estado de derecho y derechos humanos, una nueva constitución, derecho de asociación, libertad de prensa». Al cabo de un año, en junio de 1989, vi a aquel joven fogoso de cabello azabache y corta estatura pronunciar un discurso electrizante en una ceremonia celebrada en la plaza de los Héroes de Budapest con motivo del reentierro de Imre Nagy, líder de la Revolución húngara de 1956. Aquel otoño se presentó en Oxford con una beca de estudios financiada por el multimillonario filántropo húngaro-estadounidense George Soros. No se quedó mucho tiempo, pero todavía me parece verlo, delgado, enérgico y con los ojos brillantes, explicando cómo él y sus amigos iban a construir una democracia liberal occidental normal a orillas del Danubio.

Tres décadas después, Orbán era el político que había demostrado que un país podía demoler la democracia liberal sin dejar de ser miembro de pleno derecho de la Unión Europea. Ya ni siquiera fingía que Hungría era un Estado liberal. En un discurso pronunciado en 2014 en Rumanía ante un público de húngaros étnicos, dijo: «No creo que nuestra pertenencia a la Unión Europea nos impida construir un nuevo estado iliberal basado en nuestros pilares nacionales». [498] Su Alianza de Jóvenes Demócratas, cuyos estatutos originales establecían que los afiliados debían ser menores de treinta y cinco años, se había convertido en un partido de gobierno formado por antidemócratas de mediana edad.[499] Orbán llevaba escrita en la cara la corrupción por el poder y el dinero. En sentido estricto no sería exacto calificarlo de dictador, pero sin duda tenía papada de dictador.

Al igual que el Brexit, la demolición de la democracia en Hungría fue consecuencia de una mezcla de causas profundas, hechos contingentes y el papel desempeñado por figuras individuales. Entre las causas profundas cabe mencionar el legado autoritario del pasado húngaro anterior a la Segunda Guerra Mundial y el trauma de perder en 1920, por el Tratado de Trianón, dos terceras partes del territorio que poseía antes de 1914. Si visitáis Budapest, veréis el enorme

monumento en conmemoración de dicho tratado que el régimen de Orbán construyó ante el magnífico edificio decimonónico del Parlamento; en los muros de piedra del monumento, en gran parte subterráneos, está grabado el nombre húngaro de todas las ciudades y pueblos «perdidos». Otra causa más reciente es la crisis financiera mundial, que golpeó con dureza a los húngaros. En el discurso que pronunció en 2014 para anunciar su giro hacia el iliberalismo, Orbán afirmó que dicha crisis había demostrado que «los estados democráticos liberales no pueden seguir siendo competitivos a escala mundial».

Entre los hechos contingentes se cuenta el desastre de los gobiernos de coalición socialista-liberal entre 2002 y 2010. En un momento determinado, el primer ministro socialista dijo en una reunión interna del partido: «Hemos estado mintiendo mañana, tarde y noche».[500] Fidesz reprodujo el fragmento filtrado una y otra vez. Un sistema electoral muy particular llevó a que, tras las elecciones de 2010, Fidesz obtuviera más de dos tercios de los escaños del Parlamento con solo el 53 por ciento de los votos.[501] Una revisión pos-1989 de la Constitución comunista de 1949 permitió que esa mayoría de dos tercios se aprovechara para cambiar la Constitución. Entonces Orbán, con el instinto de camorrista desarrollado en su dura infancia, se abalanzó.

Describió ese resultado electoral fortuito como «una revolución en la cabina electoral» y aseguró que representaba la voluntad más profunda de la nación húngara. El país no tardaría en tener una nueva constitución. El nuevo régimen político recibió la denominación oficial de «sistema de cooperación nacional». Fidesz neutralizó uno tras otro los controles y equilibrios de la democracia liberal: el Poder Judicial, la Fiscalía General del Estado, la Administración Fiscal, la Oficina Nacional de Auditoría, la Comisión Electoral, los medios de comunicación de servicio público. Manipuló las circunscripciones electorales a fin de favorecer las zonas rurales y las ciudades pequeñas, donde el partido había cosechado sus mejores resultados desde que en la década de 1990 dio un giro brusco a la derecha. Concedió derechos de ciudadanía a casi medio millón de los húngaros étnicos que vivían en estados vecinos como Rumanía y

Eslovaquia, y les permitió votar por correo; una mayoría aplastante de esos sufragios fue a parar a Fidesz. En cambio, los húngaros que vivían en Occidente, en general más liberales, tenían que desplazarse a un consulado para votar en persona. Se acabó la igualdad de sufragio.

No contento con subordinar los medios de comunicación públicos, Orbán se aseguró poco a poco el control real de la mayor parte de los medios comerciales a través de oligarcas amigos, a los que a menudo se recompensó con contratos estatales en otros ámbitos de sus negocios. El presupuesto estatal para publicidad se aumentó y se destinó a los medios que lo apoyaban. En épocas electorales, la mayor parte del aparato estatal se movilizaba para respaldar a Fidesz. Fuera de Budapest, las posibilidades de obtener un empleo de funcionario o un contrato público dependían cada vez más de la lealtad demostrada al partido en el Gobierno. Se acosaba a las organizaciones de la sociedad civil, algunas de las cuales cerraron.

Mediante esos y otros métodos más «informales», Orbán consiguió supermayorías parlamentarias tres veces más, en 2014, 2018 y 2022.[502] Aprovechó la crisis de los refugiados de 2015 para convertirse en un animador de la derecha populista contraria a la inmigración de toda Europa al levantar una valla con alambre de concertina a lo largo de la frontera entre Hungría y Serbia, y al rechazar la petición de Angela Merkel y la Unión Europea de que acogiera solo una pequeña parte de los inmigrantes aceptados generosamente por países como Alemania y Suecia.

En las elecciones de 2018 hizo campaña no solo contra «Bruselas», sino también contra George Soros, quien le había financiado la beca en Oxford. Fidesz hizo la ridícula afirmación de que existía un «plan Soros» para sustituir a la población europea autóctona y cristiana sobre todo por «invasores» musulmanes,[503] con lo que iba un paso más allá que Renaud Camus y su «teoría del reemplazo» al atribuir la conspiración a un multimillonario judío. Orbán celebró la elección de Donald Trump, quien le correspondió invitándolo a la Casa Blanca y exclamó: «¡Es como si fuéramos gemelos!».[504] En una decisión que pareció una venganza personal contra Soros, pero que también tenía un elemento de cálculo

político, cerró la Universidad Centroeuropea de Budapest, la mejor de la región. «Stop Soros» y «Stop Bruselas», proclamaban los carteles electorales de Fidesz.

Se suponía que semejante retroceso democrático era imposible para los miembros de la Unión Europea. A partir de la década de 1970, empezando con las dictaduras de España, Portugal y Grecia, la adhesión a la Comunidad Europea se había considerado una forma de asegurar la transición nacional a la democracia. En Europa Central y del Este, el nexo era aún más fuerte. Los procesos gemelos de forjar una nueva democracia y prepararse para la incorporación en la Unión Europea fueron inseparables. Se trataba tanto de construir un Estado miembro como de construir un Estado nación que reuniera los requisitos de ingreso en la Unión establecidos en los llamados criterios de Copenhague, que exigían la consolidación de la democracia, libertad de prensa, un Estado de derecho y el respeto a los derechos de las minorías. Muchos creímos que eso duraría. Qué equivocados estábamos. Pese a las nobles palabras de los artículos iniciales del Tratado de la Unión Europea, resultó que esta carecía de mecanismos eficaces para defender la democracia en el interior de un Estado miembro.

Hungría no era como Rusia, donde se encarcelaba o se envenenaba a los críticos de Putin, y en parte eso era gracias a su pertenencia a la Unión Europea. Pero esta sostenía el régimen de Orbán en la misma medida en que lo constreñía. Los abogados de Fidesz, con una buena formación, eran expertos en encontrar construcciones jurídicas que parecieran ajustarse a las leyes europeas al reproducir las disposiciones de otro país europeo, cuando la realidad tras la fachada era muy distinta. Hungría se transformó en un Estado artificial. Dada la seguridad que brindaba el mercado único europeo, la industria automovilística alemana ubicó una parte importante de su producción en ese país cercano, con trabajadores bien cualificados y salarios relativamente bajos, y el país la recompensó con generosos subsidios.[505] Hubo un momento en que los coches alemanes y sus piezas representaban casi un tercio de las exportaciones industriales de Hungría.[506]

La libertad de circulación, un logro fundamental de la Unión Europea, tuvo la imprevista consecuencia de que a los

húngaros a quienes no les gustaba el régimen iliberal de Orbán podían irse a vivir a otro país europeo. Como señaló el analista político búlgaro Ivan Krastev, era más fácil cambiar de país que cambiar tu país.[507] Entre 2010 y 2018 el número de húngaros que residían en otros estados miembros se incrementó casi un 200 por ciento.[508] «Es que no quieren vivir en un país fascista», me dijo un amigo húngaro con toda naturalidad.

A lo largo de la década de 2010 el Partido Popular Europeo, la alianza de partidos de centroderecha de la Unión Europea, mantuvo a Fidesz entre sus miembros pese a las muchas pruebas de que transgredía los principios democráticos que ellos proclamaban orgullosamente. Los votos de Fidesz contribuyeron a que siguiera siendo el grupo más grande del Parlamento Europeo, y Orbán conservó su influencia en los niveles más altos de la Unión. Los democristianos alemanes, y en especial la Unión Social Cristiana de Baviera, fueron sus protectores más destacados. Así, el fortalecimiento institucional de los partidos de ámbito europeo, con el que se pretendía que la Unión Europea fuera más democrática, al final facilitó la erosión de la democracia dentro de un Estado miembro.

El mayor beneficio que obtuvo el régimen de Orbán fueron las cuantiosas transferencias directas de fondos de la Unión Europea. En 2017 ascendieron más o menos a un 3,5 por ciento de la renta nacional bruta, es decir, más o menos se equipararon al crecimiento anual total de ese año, que fue de un 4,1 por ciento.[509] Casi la totalidad de esos fondos iba a parar directamente al Gobierno central, con lo que se facilitaron a Fidesz los medios para ejercer un favoritismo generalizado. Con los fondos comunitarios se financió la renovación de carreteras, edificios e instalaciones en pueblos y ciudades que apoyaban al partido, al tiempo que se proporcionaban sustanciosos beneficios a las empresas y funcionarios locales, así como a los propietarios de medios de comunicación favorables. Según un análisis, más del 95 por ciento de la inversión pública de Hungría estaba cofinanciada por la Unión Europea.[510] Al parecer una buena parte de esa prodigalidad acabó en los bolsillos de algunos amigos y familiares de Orbán.

Orbán dio las gracias a su patrocinador más generoso criticándolo. El sábado 23 de octubre de 2021, sexagésimo quinto aniversario del estallido de la Revolución húngara de 1956, formé parte de la multitud congregada al pie de la avenida Andrássy de Budapest. Lo que me dijeron que era una banda de rock nacional, vestida de negro de la cabeza a los pies, interpretó una canción sobre los «cinco millones de húngaros» a quienes se dejó fuera de Hungría en 1920 por el Tratado de Trianón. «¡Somos de la misma sangre!», decía el estribillo.[511] Luego Orbán salió al escenario y ofreció la siguiente interpretación de la historia:

> Igual que en 1849, 1920, 1945 y 1956, los altos dignatarios europeos intentan una vez más pasar por encima de nosotros para tomar decisiones sobre nuestro destino, pero sin nuestro consentimiento. Nos obligarían a ser europeos, sensibles y liberales…, aunque eso acabará con nosotros. Hoy en día las palabras y los actos de Bruselas hacia los polacos y hacia nosotros son como los que suelen reservarse para el enemigo. Tenemos una sensación de *déjà vu*, pues por toda Europa oímos ecos de la doctrina Brézhnev.[512]

Así pues, equiparaba la Unión Europea a la Unión Soviética. Luego vino una dosis de teoría conspirativa sobre la oposición política interna. Los líderes de la oposición

> … han estado compitiendo por ver cuál podría gobernar a los húngaros por la gracia de Bruselas y con George Soros como gobernador de Hungría; por ver quién será el nuevo bajá [gobernador otomano] de Buda […]. Dicen abiertamente que para recuperar el poder se asociarían incluso con el demonio. Su propósito es arrancar el país de las manos de la Virgen María para ponerlo a los pies de Bruselas.

A Boris Johnson le gustaba hablar de la posibilidad de guardar el pastel y comérselo (por el refrán *have your cake and eat it too*, equivalente a «estar en misa y repicando»), pero Orbán practicó con éxito ese *cakeism* que Johnson tan solo predicaba. La Unión Europea financió su régimen y él consiguió la reelección atacando a la Unión Europea, que, aun así, continuó alimentando la boca que la mordía.

El dirigente húngaro no se limitó a criticar, sino que defendió una visión alternativa de Europa: antiliberal,

conservadora en lo social, natalista, declaradamente cristiana y etnonacionalista. En julio de 2022 afirmó en Rumanía, ante un público húngaro étnico, que su país no quería formar parte del mundo «mestizo» de Europa Occidental, donde «los pueblos europeos se mezclan con los que llegan de fuera de Europa». De ese modo seguía una larga tradición de visiones reaccionarias de Europa. Por ejemplo, el fascista británico Oswald Mosley defendió después de la Segunda Guerra Mundial una «Europa como nación». Su esposa, Diana, dirigió durante varios años una revista llamada *The European*. De pronto Orbán, pese a ser solo primer ministro de un pequeño país centroeuropeo, se convirtió en una de las figuras más influyentes en la promoción de la última versión de una Europa antiliberal. «Creíamos que Europa era nuestro futuro —declaró—. Ahora sabemos que nosotros somos el futuro de Europa».[513]

En el discurso que me envió se exponía esa visión de Europa. En el Mathias Corvinus Collegium, un centro de enseñanza con una generosa dotación por parte de su Gobierno, Orbán sostuvo que, mientras Estados Unidos era víctima del «neomarxismo, llamado allí "woke" [despierto, toma de conciencia]», los líderes europeos

> … han provocado una avalancha económica, política y demográfica musulmana, y de ese modo han creado una situación nueva en Francia, Italia, los Países Bajos, Bélgica, Alemania y Austria. En consecuencia, por primera vez en la historia europea, ellos han logrado penetrar en Europa más allá del norte de España.[514]

«Ellos». Los invasores. Entretanto, «el concepto de sociedad abierta ha privado a Occidente de la fe en sus propios valores y en su misión histórica». Occidente era ahora «rico y débil». La misión de Centroeuropa —en cuyo nombre creía hablar— era enderezar el espinazo de Occidente. Europa debía ser cristiana y nacional, y enorgullecerse de sus tradiciones. Los húngaros en particular habían tenido durante mil años la misión nacional de «organizar la vida en la llanura panónica». (Cabía suponer que los eslovacos, rumanos y serbios que compartían dicha llanura se alegraban de que los húngaros los «organizaran»). Los jóvenes del Mathias Corvinus Collegium debían ser la vanguardia intelectual de esa lucha

histórica por nuestra cultura. Orbán citó incluso a san Mateo: «Id y haced discípulos en todas las naciones».

Con ese espíritu evangélico, Orbán recibió a Éric Zemmour y Marine Le Pen en la capital húngara como invitados de honor. Tucker Carlson, de la Fox News, que viajó a Hungría como discípulo, elogió efusivamente a Orbán e informó a sus espectadores: «A BLM [Black Lives Matter] no se le permite incendiar barrios enteros en Budapest».[515] Después de que el Partido Popular Europeo por fin se armara de valor para señalar que Fidesz no encajaba entre los partidos de centroderecha democráticos, el dirigente húngaro desempeñó un papel fundamental en la creación de una alianza informal de dieciséis partidos ultraderechistas y euroescépticos, que incluía la Agrupación Nacional de Marine Le Pen (antes Frente Nacional) en Francia y la Liga de Matteo Salvini en Italia, junto con el posfascista Hermanos de Italia, Vox en España y el Partido de la Libertad de Austria. Pero su mejor aliado era el partido polaco Ley y Justicia (PiS).

En Polonia la demolición comenzó cinco años después que en Hungría. En mayo de 2015 Andrzej Duda, candidato del PiS, ganó las elecciones presidenciales con una de esas mayorías ajustadas de un 52 frente a un 48 por ciento que se repetirían en la Europa pos-Muro.[516] En las elecciones legislativas de ese otoño el PiS obtuvo la mayoría absoluta en el Parlamento. Aunque habían ganado con solo un 37,5 por ciento de los sufragios —lo que representaba apenas el 18 por ciento de los ciudadanos con derecho a voto, pues el índice de abstención en Polonia se mantenía alto—, los políticos de dicho partido hablaban como si representaran la voluntad general de toda la nación.[517]

Jarosław Kaczyński, presidente del partido y estratega magistral, empezó entonces a seguir el manual húngaro. A diferencia de Orbán, Kaczyński no había conseguido una supermayoría que le permitiera cambiar la Constitución, por lo que la desdemocratización de su país fue más lenta, aunque el sentido de la marcha y muchas de las tácticas fueron idénticos. También aquí se atacaron uno tras otro los controles y equilibrios aún frágiles de una democracia liberal

recién construida. Se destruyó en gran medida la independencia del poder judicial, pese a las protestas de la Unión Europea.

La TVP, la televisión supuestamente pública, se convirtió en un órgano de virulenta propaganda del partido del Gobierno. Cuesta transmitir lo burda, manipuladora y paranoica que llegó a ser la información que daba. Se avivaron los resentimientos históricos de los polacos contra Alemania, como ocurrió con el Tratado de Trianón en Hungría. El mero hecho de hablar alemán se presentaba como una especie de traición. Se reprodujo una y otra vez una grabación en la que Donald Tusk, el presidente del Consejo Europeo que en 2020 regresó a la política polaca como líder de la oposición, pronunciaba solo dos palabras en alemán: «für Deutschland» («por Alemania»). La resistencia gubernamental a los intentos de la Unión Europea de apuntalar el Estado de derecho en Polonia se presentaba con el siguiente titular: «La Constitución polaca frente a la hegemonía alemana».[518] Otros titulares eran los siguientes: «¿Bruselas quiere prohibir el consumo de carne?», «¿La oposición quiere islamizar Polonia?» y el magnífico «Los polacos no somos desalmados».[519] En el peor de los casos, el canal se rebajó a explotar el antisemitismo aún presente en algunas partes de la sociedad polaca. En las disputadas elecciones presidenciales de 2020, que el candidato de la oposición, Rafał Trzaskowski, estuvo a punto de ganar, un boletín de noticias informó:

> Los expertos no dudan de que el torrente de dinero de los presupuestos del Estado que ahora fluye hasta los bolsillos de las familias polacas se secará si Trzaskowski, tras su posible victoria en los comicios presidenciales, pretende satisfacer las exigencias judías.[520]

Entretanto, se privó de publicidad estatal a los medios de comunicación críticos y se les acosó con numerosas querellas. Una empresa energética controlada por el Estado y con un presidente muy cercano al partido del Gobierno compró uno de los principales grupos de periódicos de provincias. En nombre de la «repolonización» se hicieron denodados esfuerzos por expulsar a los propietarios extranjeros de medios de comunicación independientes. El más peligroso de

esos esfuerzos fue la promulgación de una ley dirigida contra el canal de noticias independiente TVN, de gran audiencia y de propiedad estadounidense. En marcado contraste con una Unión Europea ineficaz, Estados Unidos intervino de forma decidida para bloquear lo que habría sido un golpe mortal a la libertad de prensa y, por tanto, a la posibilidad de que las siguientes elecciones fueran justas y libres. Las ONG y las publicaciones liberales e independientes vieron reducidas de manera drástica las subvenciones gubernamentales y de fundaciones relacionadas con empresas estatales, que pasaron a destinarse a instituciones culturales y educativas que apoyaban al partido del Gobierno.

Lo que el politólogo Richard Hofstadter denominó una vez «el estilo paranoico en política» se manifestó en una teoría conspirativa en torno a la trágica muerte en 2010 del presidente Lech Kaczyński, hermano gemelo de Jarosław, en un accidente de avión en la base aérea rusa de Smolensk, cuando se dirigía a conmemorar el aniversario de la masacre soviética de oficiales polacos en Katyn en 1940. En todos los frentes, el PiS proponía un relato simplista y unidimensional en el que Polonia aparecía como la víctima martirizada de las potencias extranjeras y la defensora heroica de la libertad europea. Se criticó y tachó de «pedagogía de la vergüenza» el concienzudo trabajo realizado durante décadas por los historiadores para iluminar los lados más oscuros del historial de Polonia en el siglo XX (¿y qué nación europea no tiene lados oscuros?). Profesores del pequeño pueblo de Przysieczyn y de la cercana ciudad de Wągrowiec me confiaron sus temores respecto a un nuevo plan de estudios obligatorio de historia y educación cívica, que les impediría seguir explorando la verdad histórica con libertad y mirada crítica.

El partido en el poder se benefició del desbarajuste de la izquierda y de los importantes errores de los gobiernos liberales que, dirigidos por Donald Tusk y su sucesora, rigieron el país entre 2007 y 2015. El PiS explotó con habilidad los numerosos desencantos generados por la transición poscomunista y por un cuarto de siglo de liberalización, europeización y globalización. Como había observado yo al revisitar los tristes restos de los astilleros de

Gdansk, la profunda insatisfacción con la desigualdad económica se vio exacerbada por la sensación de injusticia histórica. Muchos consideraban que la transición había sido positiva para los habitantes de las grandes ciudades, pero no para la otra Polonia, menospreciada por las élites liberales urbanas. En una sociedad que con el capitalismo había vivido una revolución más profunda que la que había experimentado bajo el comunismo, la gente volvía a las viejas certezas de la familia, la Iglesia y la nación.

Con la ayuda de una economía en crecimiento y las cuantiosas transferencias de la Unión Europea, el Gobierno del PiS apoyó a la mitad más pobre de la sociedad polaca. Sus políticas más emblemáticas incluyeron un pago mensual de quinientos eslotis por cada hijo, enseguida conocido como «500+», y una paga extra de la pensión por un «decimotercer mes». «El PiS ha hecho algo por los que lo pasan peor», me dijo el exalcalde de Przysieczyn, un hombre robusto, de cara sonrosada y honrado a carta cabal. Su nieto había recibido el 500+, lo que había supuesto un cambio importante para toda la familia. Rafał Trzaskowski, el candidato que perdió por un estrecho margen en las elecciones presidenciales de 2020, recordaba un encuentro con una votante, una joven madre, del sudeste del país. La mujer le dijo que no le gustaban nada Kaczyński, su partido ni su ideología, pero que aun así votaría por Duda, el candidato del PiS, «porque ellos regalaron a mi hijo sus primeras vacaciones». Un estudiante de Varsovia me insistió en que no se trataba solo de redistribuir dinero, sino también dignidad. El populismo polaco combinaba la retórica y la política cultural de la derecha con las medidas sociales que en general se asocian a la izquierda.

Si el PiS no hubiera estado demoliendo los pilares de la democracia liberal, todo eso podría haberse considerado un cambio legítimo del rumbo político. Podía no gustar el programa del partido, del mismo modo que podían no gustar las políticas de cualquier partido que gobernara en cualquier lugar, pero siempre se podía trabajar para desbancarlo en las siguientes elecciones. Al igual que Orbán en la carta que me dirigió, los líderes populistas polacos disfrutarían mucho con un buen debate intelectual con los liberales sobre el futuro de la civilización occidental. Pero no se trataba de eso. La

cuestión era que estaban cambiando las reglas del juego para que las siguientes elecciones no fueran libres ni justas.

Polonia no había llegado tan lejos como Hungría. Seguía teniendo grandes medios de comunicación independientes y partidos opositores, una sociedad civil activa capaz de organizar multitudinarias protestas populares, gobiernos municipales fuertes, con grandes ciudades en manos de la oposición, una cámara alta del Parlamento con una mayoría opositora y un defensor del pueblo independiente, como se establecía en la Constitución. Aun así, la erosión era bastante grave. Con una definición debidamente ambiciosa de lo que debería ser una democracia, «democracia iliberal» es una contradicción en sus términos. La democracia es liberal o no es democracia. No obstante, la denominación sirve para describir una democracia liberal en un peligroso estado de descomposición, y en ese sentido Polonia era una democracia iliberal.

Todo eso era muy deprimente. Polonia y Hungría habían encabezado la salida del comunismo en 1989. En 2009, en el vigésimo aniversario de las revoluciones de terciopelo, aún parecían hallarse en la vanguardia como dos de las democracias poscomunistas consolidadas de Centroeuropa. En cambio, en el trigésimo aniversario de 1989, lideraban el abandono de la democracia. Otros países centroeuropeos mostraban tendencias similares. La República Checa con su primer ministro oligarca, Andrej Babiš; Eslovaquia gobernada desde hacía tiempo por el partido populista de Robert Fico; Eslovenia con su primer ministro Janez Janša, populista de derechas…: todas ellas versiones más suaves del mismo fenómeno. Incluso Austria tenía un Gobierno en el que el joven y engominado canciller Sebastian Kurz, no ajeno al populismo oportunista, había formado una coalición con el Partido de la Libertad, que más tarde se integraría en la red de dieciséis partidos de ultraderecha promovida por Orbán.

En los años anteriores a 1989 solíamos hablar de la «oposición democrática» en el bloque soviético. Con esas palabras no nos referíamos a la oposición en una democracia, como los laboristas frente a los conservadores o los

democristianos frente a los socialdemócratas, sino a una oposición extraparlamentaria comprometida con la creación de una democracia. Yo había apoyado esa «oposición democrática» y ahora me encontraba apoyando a quienes trataban de restablecer la democracia. Por suerte, eran muchos y tenían muchas más posibilidades que antes de 1989.

En junio de 2019 Eslovaquia eligió a una nueva presidenta, Zuzana Čaputová, abogada y activista medioambiental, miembro de un partido fresco y joven, Eslovaquia Progresista. Estaba plenamente comprometida con la democracia, los derechos humanos y el proyecto de la Unión Europea; en resumen, como ella misma reconoció con toda tranquilidad, era una heredera de la tradición de Václav Havel. Dos días después formé parte de una enorme multitud congregada en el parque Letná de Praga, donde en noviembre de 1989 había asistido a la mayor manifestación de la Revolución de Terciopelo. Uno de los organizadores, Benjamin Roll, estudiante de teología, de veinticuatro años, me contó que su padre había sido uno de los técnicos de sonido de la manifestación de 1989. Por todas partes había referencias a Havel. Una enorme pancarta recogía su mandato: «¡La verdad y el amor deben prevalecer sobre las mentiras y el odio!». Roll dijo al gentío que no intentaban hacer una nueva revolución, sino salvar la democracia:

> Estamos alertando contra el rumbo del cambio en nuestro país bajo el Gobierno de Babiš y [el presidente Miloš] Zeman. Estamos alertando contra el control de la justicia y los medios de comunicación, y contra la usurpación del poder por parte de unos pocos oligarcas. Estamos alertando para que no nos roben furtivamente la democracia.[521]

Al cabo de dos años, la suma de dos coaliciones de la oposición logró derrotar por un estrecho margen a Babiš en las elecciones legislativas de la República Checa. Fue una señal importante para toda la región.

En Hungría, una oposición unida había recuperado la alcaldía de Budapest y, en las elecciones legislativas de abril de 2022, una coalición de seis partidos respaldó a un candidato para derrotar a Orbán. Al borde de la plaza de los

Héroes, el mismo lugar donde Orbán había pronunciado su revolucionario discurso de 1989, oí a ese candidato, Péter Márki-Zay, un alcalde de provincias conservador y cristiano, reclamar el restablecimiento de la democracia ante una multitud entusiasta que agitaba banderas europeas. Por desgracia, la oposición no estaba tan unida como debería haberlo estado. En unas elecciones en general libres pero ni mucho menos justas, Orbán utilizó vallas publicitarias financiadas por el Estado, la televisión pública y anuncios pagados en Facebook para informar a los húngaros de que los mantendría al margen de la guerra de Ucrania y de que seguiría llegando al país el gas ruso barato que les suministraba Vladímir Putin, a quien visitó con ese propósito en Moscú. Pero al menos la oposición continuaba ahí y la guerra de Ucrania había abierto una brecha entre Orbán y sus aliados polacos.

En Polonia, algunos de mis viejos amigos habían vuelto a las barricadas para defender la democracia, aunque esta vez capitaneados en ocasiones por la generación de nuestros hijos. Decenas de miles de jóvenes vestidas de negro llenaron las calles y plazas para protestar contra una de las leyes de aborto más restrictivas de Europa. En la década de 1990 el pueblo había aceptado sin apenas debate la nueva Constitución y las nuevas instituciones de la democracia liberal. Simplemente había que adoptarlas para ser un país «normal», para «volver a Europa» y cumplir los criterios de Copenhague de adhesión a la Unión Europea. Pues bien, los polacos los hicieron suyos al tener que luchar por la independencia del poder judicial y la separación de poderes.

Por primera vez desde hacía mucho —algunos dirían que desde el 3 de mayo de 1791, cuando el país aprobó su primera constitución moderna—, el patriotismo polaco se centró en la defensa de la Constitución. En 2018 el robusto Lech Wałęsa desconcertó a todos en Washington al acudir al funeral del presidente George H. W. Bush llevando, bajo un sobrio traje, una camiseta adornada con lo que parecía un revoltijo de letras. ¿Acaso el viejo soldado se había olvidado de la camisa y la corbata? No, las letras de la camiseta formaban la palabra *konstytucja* (constitución), a la que se añadían *ty* (tú) y *ja* (yo) destacadas en rojo, para crear la

frase «La Constitución somos tú y yo». Un padre fundador de la democracia polaca defendía su Constitución, y precisamente los estadounidenses debían saberlo.

Incluso la lenta Unión Europea pareció por fin tomar conciencia de la erosión de la democracia en Hungría y Polonia y de la amenaza que representaba para su propio orden jurídico y político. Todo el tejido del mercado único dependía de la supremacía de la legislación europea, contra la que se rebelaba el Tribunal Constitucional de Polonia, subordinado políticamente. La unidad europea ante la invasión de Ucrania por parte de Putin estuvo en peligro debido a la presencia del primer ministro iliberal de Hungría, amigo de Putin, en el máximo órgano de decisión de la Unión, el Consejo Europeo, que exigía la unanimidad para tomar decisiones de esa índole.

El interrogante que pendía sobre el futuro de Centroeuropa a principios de la década de 2020 era, pues, tan grande como cualquier otro relacionado con Europa. Yo no era imparcial al respecto. Sabía lo que deseaba, con todo mi ser, para la región y a quién apoyaría con mi pluma y mi voz, pero, al igual que los demás, ignoraba qué rumbo tomarían las cosas. Cabía la posibilidad de que en 2029, en el cuadragésimo aniversario de las revoluciones de terciopelo, Centroeuropa estuviera azotada por el autoritarismo, el nacionalismo, la corrupción y los conflictos. Era igualmente posible que hubiera retomado la senda de la libertad y la democracia con un conocimiento mayor de lo que ambas necesitaban para perdurar.

UN NUEVO TELÓN DE ACERO

Estoy en el paso fronterizo con Marruecos de Ceuta, el enclave español en la punta septentrional de África, separada del continente europeo por el estrecho de Gibraltar. Tengo a ambos lados verjas metálicas, recién pintadas de azul en la parte española y más baqueteadas en la marroquí. A mi espalda, una alta valla con una gruesa base de hormigón se extiende hasta los bajíos del Mediterráneo. Mirando hacia tierra, una moderna valla doble aún más impresionante serpentea por el paisaje montañoso. En este punto la parte que da a Marruecos sobrepasa con creces los seis metros y tiene una fortificación cilíndrica en la parte superior para que cruzarla resulte más difícil, una franja de arena demasiado ancha para salvarla de un salto, una segunda valla, videocámaras y sensores.[522] Es el nuevo telón de acero de Europa.

El comandante de la Guardia Civil me cuenta que casi todos los días hay hombres jóvenes procedentes del África subsahariana que intentan escalar la doble valla usando ganchos para trepar por la malla de alambre. Algunos lo consiguen, pero los guardias se apresuran a detenerlos en una carretera construida *ex profeso* a lo largo de la frontera. Los más afortunados se internan en los densos asentamientos de viviendas de las afueras de la ciudad. Luego solicitan asilo o prueban a cruzar ilegalmente el Estrecho hacia Europa, la tierra prometida.

Mientras inspecciono las fortificaciones ceutíes en un tempestuoso día invernal de 2021, no puedo por menos que recordar las que vi alrededor de Berlín Occidental hace más de cuarenta años. El Muro de Berlín tenía en la parte superior el mismo tipo de obstáculo cilíndrico. El Telón de Acero que separó a Europa de Europa era una valla doble en la mayor parte de su longitud. Naturalmente, existe una diferencia

fundamental: aquel Telón de Acero fue erigido por las dictaduras del bloque soviético para impedir la salida de su propia gente; este lo han levantado las democracias de la Unión Europea para impedir la entrada de otras gentes.

Aun así, se experimenta la misma sensación de estar en la frontera entre dos mundos. Berlín Occidental era un enclave fortificado de Occidente en el Este; Ceuta es un enclave fortificado de Europa en África. Allí se alzaba el frente entre el Oeste y el Este geopolíticos; aquí se levanta el frente entre el Norte y el Sur globales. Desde un helicóptero se ven por la noche luces brillantes a un lado y una casi oscuridad al otro. Suleika Ahmed, una joven española de origen marroquí que creció cerca de la valla, en uno de los barrios más pobres de Ceuta, me ayuda a entender la situación. «Si hubiera nacido solo unos metros más allá —dice—, mi vida sería totalmente distinta».

La diferencia entre el viejo Muro malo (para impedir la salida) y los muros nuevos de Europa (para impedir la entrada) no es tan clara como a la mayoría de los europeos les gustaría creer. Al comenzar la década de 2020, la Unión Europea se apoyaba cada vez más en estados autoritarios vecinos para mantener alejados a los posibles inmigrantes. Eso proporcionó a dichos estados lo que se ha denominado «el arma de la inmigración masiva». El lunes 17 de mayo de 2021 el rey de Marruecos, enfadado porque España dispensaba asistencia sanitaria a un líder del Frente Polisario, el enemigo de Marruecos en el enconado conflicto sobre el Sáhara Occidental, al parecer decidió usar esa arma. El objetivo elegido fue este enclave, la colonia europea más antigua en el continente africano, conquistada primero por los portugueses en 1415 y en manos españolas desde finales del siglo XVI.

Durante las veinticuatro horas siguientes, una multitud de hombres, mujeres y niños cruzó la playa del lado marroquí y se acercó a la valla fronteriza que se adentraba solo un poco en el Mediterráneo. Con la marea baja, bordearon la barrera a pie; con la marea alta, a nado o chapoteando. Llevaban niños pequeños e incluso bebés sobre la cabeza. Los guardias de fronteras marroquíes se mantuvieron al margen, no hicieron nada. Los guardias españoles estaban desbordados.

No cabe duda de que las autoridades marroquíes alentaron

a la gente. Un policía español que se hallaba de servicio aquel día me cuenta que vio una hilera de autobuses al otro lado del puesto fronterizo. A los niños marroquíes se les dijo en el colegio que tendrían la oportunidad de ver al futbolista Lionel Messi en Ceuta. Algunos llegaron solo con sus mochilas escolares. La voz corrió rápidamente a través de los teléfonos móviles. Se estima que al menos doce mil personas cruzaron la frontera a lo largo de aquel día y aquella noche. «Eso es el 15 por ciento de la población de nuestra ciudad —me dice el alcalde de Ceuta, que añade—: Aquella noche lloré». El 15 por ciento de la población de Londres serían 1,3 millones de personas. Imaginad que 1,3 millones de inmigrantes entraran en Londres en un solo día. Por todo el mundo circuló la fotografía de la multitud que se dirigía hacia la valla de la playa. La imagen condensaba los temores sobre la inmigración que habían acosado a los políticos europeos durante una década.

Al día siguiente, soldados españoles y vehículos blindados de transporte de personal militar se alinearon en la playa para vigilar la valla, mientras el Gobierno español, con el apoyo de la Unión Europea, realizaba gestiones urgentes con las autoridades marroquíes. En cuestión de días los guardias de fronteras marroquíes volvieron a ser los gendarmes de Europa. La mayoría de quienes habían pasado al otro lado regresó poco a poco a Marruecos. Algunos se dirigieron hacia «la Península», como los ceutíes llaman a la España continental. Sin embargo, cuando visité la ciudad seis meses después de lo que la mayoría de los ceutíes denomina «la entrada masiva», varios centenares de menores no acompañados seguían viviendo allí.

Hablé con un grupo de esos adolescentes marroquíes en un centro de acogida llamado La Esperanza. Yahya, un chico de dieciséis años larguirucho y avispado con un plumífero rojo y zapatillas deportivas del mismo color, me cuenta su historia. Aquella mañana se despertó pensando que sería un día de colegio normal. Luego oyó la increíble noticia: ¡la frontera está abierta! De inmediato se subió a un taxi para recorrer los cuarenta kilómetros que lo separaban de Ceuta, donde logró

cruzar la valla.

¿No dudó antes de abandonar a su familia, sus amigos y su tierra de esa manera?

—No. No dudé. Era algo sobre lo que ya había reflexionado.

¿Por qué vino?

En busca de una vida mejor en Europa. La situación en Marruecos era desesperante.

Todos esos jóvenes me cuentan lo mismo sobre la vida que han dejado atrás: sin trabajo, sin porvenir; pobreza; familias desesperadas; profesores que apenas se molestan en dar clase.

Yahya dice que al principio quería ser futbolista. Ahora le atrae la idea de ser escritor. Ya ha escrito algo en Facebook, en árabe.

¿Qué significa Europa para ellos?

—Allí te consideran un ser humano —responde Ilyas, de quince años, que desea ser piloto.

¿Y qué es lo peor de Europa?

Un largo silencio.

—¡Que nos envíen a Marruecos! —contesta al fin Ayman.

Todos se ríen, pero, sí, es su mayor temor. Cuando las autoridades ceutíes repatriaron a Marruecos a cincuenta y cinco menores no acompañados, algunos de los muchachos con los que estoy charlando abandonaron de inmediato los centros de acogida y empezaron a vivir en la calle. Fue horrible, dicen, pero cualquier cosa era mejor que volver a su país. Uno de ellos tiene un brazo vendado. Me cuentan que se lesionó cuando intentó ir de polizón en un barco con destino a Europa.

Mientras escucho a Yahya, Ilyas y Ayman, me doy cuenta de que para ellos el 17 de mayo de 2021 fue lo que el 9 de noviembre de 1989 para los jóvenes de Alemania del Este. «¡La frontera está abierta!». Increíble. La oportunidad de huir de una dictadura. La esperanza de una vida mejor.

Sin embargo, para Juan Sergio Redondo, el líder de Vox en Ceuta, fue algo muy distinto: no solo «una entrada masiva», sino «una invasión».

—Sí, es correcto definirla como una invasión organizada por el Gobierno marroquí —afirma este hombre de nariz afilada, político y profesor de historia a tiempo parcial,

cuando nos vemos al día siguiente.

Su partido es una fuerza política importante aquí: el único diputado por Ceuta en el Parlamento nacional es de Vox.

¿Qué debería hacer España respecto a la «invasión»?

Cerrar por completo la frontera hasta que Marruecos reconozca claramente la soberanía española sobre Ceuta. Y convertir la valla fronteriza en un muro como es debido.

—Queremos un muro de verdad, de hormigón.

Así pues, el 17 de mayo fue para Yahya como la caída del Muro, pero para Redondo es la ocasión de exigir un nuevo muro.

La Unión Europea, continúa, debería aceptar la propuesta de construir muros, «como el Gobierno polaco está haciendo con Bielorrusia». Se refiere a otro drama migratorio que tiene lugar mientras hablamos. Alexander Lukashenko, el dictador bielorruso, está aprovechando la desdicha de gente inocente, de forma aún más cínica de lo que lo hizo el rey marroquí, para desestabilizar a los países europeos vecinos y, de ese modo, a toda la Unión Europea.

Mientras que el rey Mohamed VI permitió que personas de su país cruzaran la frontera hacia una ciudad cercana que muchas de ellas ya conocían, Lukashenko animó a personas de lugares tan lejanos como Siria e Irak a viajar en avión hasta Minsk, ciudad de la que con toda probabilidad la mayoría ni siquiera había oído hablar, con la esperanza de entrar en la Unión Europea. Cada pasajero pagó un precio elevado a agencias de viaje bielorrusas vinculadas al régimen. Cuando llegaban a la capital bielorrusa, los trasladaban a la frontera con Polonia y los guardias bielorrusos los instigaban a cruzarla ilegalmente. En ocasiones los mismos guardias cortaban el alambre de concertina que las fuerzas polacas habían instalado a toda prisa a lo largo de la frontera rural, que antes carecía de vallas. El propio Lukashenko le dijo a un grupo de inmigrantes que se hallaban en la frontera que, si querían cruzarla e ir al oeste, «allá vosotros. Pasad. Adelante».[523]

El partido que gobernaba Polonia, el PiS —compañero de Vox en la banda de dieciséis formaciones ultraderechistas de

Viktor Orbán—, tras cerrar la frontera con Bielorrusia lo mejor que pudo, aseguró que no dejaría pasar a nadie. Pese a los principios cristianos que proclamaba a voces, durante muchos días no permitió que llegara ayuda humanitaria básica a los ateridos, débiles y famélicos inmigrantes que se consumían bajo los viejos robles y pinos de Białowieża, una de las últimas grandes zonas de bosques vírgenes de Europa. Al menos veinte murieron de frío, hambre, sed y enfermedades. Nada de buenos samaritanos, por favor; nosotros somos cristianos. Luego el partido en el Gobierno se apresuró a aprobar una ley que permitía a las fuerzas polacas expulsar sin contemplaciones a los inmigrantes hacia Bielorrusia, lo que contravenía la legislación europea y la internacional. «Los guardias daban patadas a la gente como a pelotas de fútbol», informó Yavad Asgari, abogado de treinta y dos años que había huido de Kabul, la capital afgana, con su esposa embarazada y su hijo de cinco años.[524]

El resto de la Unión Europea se sumó a Polonia para calificar la acción de Lukashenko de «ataque híbrido» y ayudó al país —y a la vecina Lituania— a proteger la frontera oriental de la Unión. En efecto, fue un ataque híbrido, que tenía el propósito de perjudicar a la Unión Europea, pero también una auténtica crisis humanitaria…, una crisis a la que Europa y Estados Unidos habían contribuido sin querer. Yavad Asgari se encontraba allí tan solo porque, con la precipitada retirada de Occidente, los talibanes habían vuelto al poder en Afganistán en 2021. En la frontera polaco-bielorrusa también había refugiados kurdos que huían de la guerra civil siria o de Irak, un Estado desgarrado por las luchas intestinas desatadas tras la ocupación militar occidental, en la que habían participado estados europeos, incluido el polaco. Aka, un kurdo de veintitantos años, resumió las razones por las que arriesgaban la vida en la oscuridad gélida de un bosque virgen de las regiones fronterizas europeas. «Es Europa o la muerte», dijo.[525]

El Telón de Acero de la Guerra Fría era una frontera terrestre que separó a unos europeos de otros. El nuevo telón atravesaba tanto agua como tierra. El Mediterráneo, antaño el Mare Nostrum que unió el mundo grecorromano en torno a sus costas, ahora separaba a Europa de Oriente Próximo y del

Sur global. Quienes realizaban las peligrosas travesías entre Turquía y las islas griegas de Lesbos y Cos, o entre Libia y la isla italiana de Lampedusa, no se enfrentaban a una muerte por congelación en un bosque ni por caídas desde una alta valla, sino por ahogamiento. Según la Organización Internacional para las Migraciones, entre 2014 y 2021 más de veintiuna mil personas se ahogaron cuando trataban de cruzar el Mediterráneo.[526] Disponemos de la transcripción de algunas de las llamadas telefónicas efectuadas por los inmigrantes mientras sus precarias embarcaciones zozobraban:

> 12.39. El barco se va a pique. Lo juro, hay unos dos metros de agua […]. Me llamo Mohamad Jamo. Avisen a un médico.
>
> 13.48. Nos morimos. Trescientas personas están muriendo […]. El saldo de mi teléfono se acaba. Si cortan la conexión, tienen mi número; llámenme, por favor.[527]

Mohamad Jamo era un médico sirio. Se ahogó con sus dos hijos.

Aunque el gran reclamo del Brexit fue que permitiría al Reino Unido controlar la inmigración, en 2021 un número sin precedentes de personas se jugaron la vida para cruzar el canal de la Mancha en embarcaciones precarias.[528] Muchas lo consiguieron, pero en la madrugada del 24 de noviembre de 2021 al menos veintisiete hombres, mujeres y niños perecieron al naufragar su estrecho bote de goma, no apto para la navegación, en el mar gélido.[529] Uno de los dos únicos supervivientes de esa tragedia era Mohamed Sheka Ahmad, un obrero de la construcción de veintiún años. Su familia, originaria de la región kurda de Irán, se había trasladado al Kurdistán iraquí en busca de trabajo. Con la ayuda de traficantes de personas, la odisea migratoria había llevado a Mohamed Sheka Ahmad de Irak a Bielorrusia pasando por Siria; luego cruzó la frontera polaca y las fronteras abiertas de Alemania y Francia con la intención de probar suerte en la travesía del canal de la Mancha. Pese a su terrible experiencia, le dijo a su hermano: «Lo intentaré otra vez».[530]

«Somos un ejemplo de la Europa fortaleza», me comentó un periodista español en una terraza de un bonito bar situado en la elegante zona peatonal del centro de Ceuta, donde la valla fronteriza se antojaba casi tan remota como el Muro se lo había parecido a quienes tomaban copas en los bares de moda de Berlín Occidental. La caída del Muro había simbolizado las mayores esperanzas de la Europa de nuestro tiempo. Los jóvenes europeos llegaron a ver la libertad de circulación como el logro decisivo de la Europa pos-Muro.[531] Sin embargo, tres décadas después Europa se afanaba en construir nuevos muros en torno a sus bordes. Para sus ciudadanos, Europa significaba apertura y libertad; para la gente de fuera, significaba largas colas para obtener un visado, altas vallas metálicas y muertes en un mar cruel.

La apertura interna de Europa condujo a su cierre externo. Mientras que los tratados de la Unión Europea protegían la «libertad de circulación», en el sentido estricto de libertad para trabajar, estudiar y vivir en otro Estado miembro, el espacio Schengen proporcionaba la libertad de viajar por el continente sin tener que pasar por controles fronterizos. Inaugurada en 1985 como un acuerdo entre cinco miembros fundadores de la Comunidad Europea —Alemania, Francia y los países del Benelux—, la zona Schengen no llegó a ser plenamente operativa hasta mediados de los noventa. Más tarde muchos estados comunitarios del sur, el norte y el este de Europa, al igual que países no comunitarios como Suiza y Noruega, se incorporaron a lo que se conoció popularmente como «Schengenland». Las primeras grandes barreras exteriores que se levantaron como resultado de la apertura de las internas en el espacio Schengen fueron las vallas metálicas alrededor de Ceuta y Melilla, el otro enclave español en el norte de África.[532] Hasta entonces, el perímetro de Ceuta contaba con puestos fronterizos, sin ninguna barrera física real. La construcción de la formidable fortificación moderna actual empezó en 2005, en gran medida en respuesta al incremento de la inmigración del África subsahariana.

La principal oleada de levantamiento de muros en Europa comenzó más tarde, con la crisis de los refugiados de 2015. Hungría había sido pionera en el derribo del viejo Telón de Acero en 1989, cuando su ministro de Asuntos Exteriores y el

de Austria cortaron simbólicamente con unas cizallas enormes la alambrada de espino que separaba ambos países. Ahora la Hungría de Viktor Orbán era pionera en la construcción de un nuevo telón de acero, y los otros países siguieron su ejemplo. En su momento dije que se trataba de un «1989 al revés». [533] En la campaña electoral húngara de 2018, un tabloide partidario de Orbán llegó a añadir las famosas cizallas en un fotomontaje en el que aparecían George Soros y los líderes de la oposición.[534] Así pues, las cizallas que habían sido el gran símbolo de la liberación se empleaban para plasmar la amenaza inventada de una invasión musulmana facilitada por los judíos.

Tras la crisis de 2021 Polonia y Lituania anunciaron la construcción de barreras físicas en su frontera con Bielorrusia, con lo que añadieron unos setecientos kilómetros al nuevo telón de acero. Con todo, esos muros terrestres no eran ni la mitad de la historia. Después del Brexit y antes de cualquier nueva ampliación, la Unión Europea de veintisiete estados tenía más de trece mil kilómetros de fronteras terrestres exteriores, pero su litoral, incluidas las islas griegas, italianas y otras, superaba los cincuenta y tres mil kilómetros, más de treinta y un mil de los cuales se hallaban en el Mediterráneo. [535] Era imposible erigir muros en medio del Mediterráneo o del canal de la Mancha.

Entonces ¿qué haría Europa? En marzo de 2016 se sentó un importante precedente: en vísperas de la cumbre de la Unión Europea, Angela Merkel y Mark Rutte, primer ministro neerlandés, acordaron con Ahmet Davutoğlu, primer ministro turco, que la Unión entregaría a Turquía 6.000 millones de euros a lo largo de seis años para ayudarla a ocuparse de los millones de refugiados a quienes ya acogía, con la condición de que el Gobierno turco impidiera que realizaran la travesía hasta las cercanas islas griegas.[536] Junto con el posterior cierre de las fronteras de la ruta terrestre a través de los Balcanes, el acuerdo turco de Merkel puso fin a la fase aguda de la crisis de los refugiados, pero el pago de ese enorme *danegeld* (o «impuesto danés», que diversos reinos entregaban a los vikingos para evitar que los atacaran y saquearan) a Turquía aumentó las posibilidades de que otros vecinos se sintieran tentados de intentar un chantaje migratorio, como

luego vimos en Ceuta y en la frontera bielorrusa.

A la mayoría de los gobiernos europeos les aterrorizaba que cualquier nueva oleada de inmigración ilegal reforzara el apoyo a partidos populistas como Vox, que había crecido con la crisis de los refugiados. («Desde el punto de vista político, ¿no les interesaría tener abierta la frontera de Ceuta?», le pregunté a Redondo, el líder de nariz afilada de Vox en dicha ciudad. «¡Claro!», contestó con una rápida sonrisa cínica). Irónicamente, los mandatarios europeos tenían que preocuparse ahora por aquello que durante décadas se habían esforzado en realzar: el atractivo de Europa, su poder blando. Sin embargo, también deseaban que Europa siguiera respetando la ley y los derechos humanos y siendo humana.

A principios de la década de 2020 parecían haberse decantado por una incómoda mezcla de medidas. Instarían encarecidamente a los refugiados e inmigrantes a emplear los canales legales de solicitud de asilo e inmigración, aunque a menudo no era fácil acceder a ellos y en ocasiones ni siquiera estaban disponibles. Redoblarían las operaciones de inteligencia y policiales para perseguir a los traficantes de personas y reforzarían las barreras en las fronteras terrestres exteriores. Se proyectó la incorporación de diez mil empleados al Frontex, el organismo encargado del control de fronteras, lo que lo convertiría en la mayor agencia comunitaria. Por lo demás, convencerían, instruirían y simplemente pagarían a los países vecinos, al igual que a los estados más cercanos a países devastados por crisis, como Siria, para que retuvieran en su territorio a los refugiados e inmigrantes. En el Reino Unido, el Gobierno de Boris Johnson anunció incluso la deportación a Ruanda de solicitantes de asilo, con el argumento de que la medida perjudicaría a los traficantes de personas.

Todo eso condujo a Europa a un territorio moral sumamente dudoso. Uno de los principios básicos de la legislación internacional sobre refugiados es la no devolución, es decir, no se debe enviar a nadie de vuelta a una situación de peligro. No obstante, hubo numerosos informes de que guardacostas griegos y de otros países obligaban a los barcos de refugiados a regresar hacia las orillas de las que habían partido, al igual que los guardias de fronteras polacos habían

empujado a los inmigrantes hacia los gélidos bosques de Bielorrusia. Además, la Unión Europea financió la guardia costera libia y la animó a apresar a quienes se disponían a cruzar el Mediterráneo hacia Europa, algo que la guardia costera hizo, con la captura de muchísimas personas. Pero, en la anarquía que reinaba en Libia tras la intervención militar liderada por Europa para derribar a Muamar el Gadafi, la mayor parte del país había caído en manos de señores de la guerra y milicias mafiosas. Muchos de los posibles inmigrantes, junto con otras personas que nunca se echaron a la mar, acabaron encerrados en campos de detención inhumanos que recordaban los campos de prisioneros de Europa durante la Segunda Guerra Mundial. Hacinamiento, enfermedades, desnutrición, palizas y violaciones: todos esos hechos fueron comunicados fielmente por observadores de la ONU.[537] El papa Francisco describió los campos de detención libios como «lugares de tortura y esclavitud innobles».[538] Así pues, con la complicidad de Europa se enviaba a la gente de vuelta a situaciones de peligro.

A fin de tranquilizar su conciencia, los europeos culpaban de todos los males a los criminales traficantes de personas, para a continuación añadir que Europa estaba siempre abierta a los «verdaderos refugiados», pero no a los simples «inmigrantes económicos». Esas eran medias verdades torpes. Desde luego, se necesitaba una acción europea más coordinada para capturar y castigar a los traficantes de personas que sacaban miles de euros a cada una para luego enviar a muchas de ellas a la muerte. Pero, mientras los canales legales no satisficieran la demanda de la inmigración, siempre habría una oferta de canales ilegales. Esa demanda incesante era consecuencia de las condiciones de Oriente Próximo en sentido amplio, empeoradas por los efectos de las intervenciones militares occidentales y el fracaso de la Primavera Árabe, pero también por la miseria existencial de muchos en el África subsahariana. El mal gobierno, las guerras civiles, las pandemias, el crecimiento rápido de la población y el cambio climático aumentarían esa miseria.

Aunque las fuerzas fronterizas no repelieran físicamente a los inmigrantes, el mero hecho de dejarlos a merced del mar abierto era condenar a algunos de ellos a muerte. Mohamed

Sheka Ahmad, el superviviente de la tragedia de noviembre de 2021 en el canal de la Mancha, explicó en una web de noticias kurda que algún pasajero del bote había llamado a la policía francesa y dado su localización, tras lo cual le dijeron: «Estáis en aguas británicas».[539] Otro pasajero telefoneó al lado británico, donde le dijeron: «Llama a la policía francesa». Y así la mayoría de sus compañeros se ahogó. Sus cuerpos se encontraron cerca del invisible límite marítimo entre Francia y el Reino Unido.[540] Italia, conmocionada por el naufragio de un barco de inmigrantes cerca de Lampedusa, con la pérdida de al menos 339 vidas, puso en marcha en el otoño de 2013 una operación de rescate larga y eficiente que llevó el apropiado nombre de «Mare Nostrum». Garantizó que en un año llegaran sanos y salvo más de 150.000 inmigrantes.[541] Pero en 2014 terminó y fue sustituida por operaciones de la Unión Europea más limitadas, primero Tritón y luego Sofía. El resultado inevitable fue que más gente se ahogó o fue capturada por guardacostas libios y enviada a los terribles campos de detención. En 2019, presionada por el populista italiano Matteo Salvini, la Unión Europea suspendió todas las patrullas marítimas en el Mediterráneo central.

De vez en cuando los cadáveres llegaban a las costas europeas. En septiembre de 2015, las fotografías del cuerpecito de un niño kurdo de tres años, Alan Kurdi, boca abajo en una playa cercana a Bodrum, en Turquía, contribuyó a provocar una reacción inicialmente generosa respecto a la crisis de los refugiados en países como Alemania. Quince años antes, el periódico español *La Vanguardia* había publicado otra aún más ilustrativa del dilema moral de Europa.[542] Muestra a una pareja joven, él en bañador, ella en biquini, bajo una sombrilla floreada, con una nevera portátil a mano, en una playa soleada cercana a Tarifa, una ciudad andaluza a solo trece kilómetros del punto más cercano de Marruecos, al otro lado del estrecho de Gibraltar. La pareja dirige la vista hacia un hombre vestido con vaqueros y una camiseta amarilla que está tumbado en la arena, inmóvil, a escasa distancia. Tal vez ese sea el momento exacto en que los jóvenes se percatan de que no es una persona adormilada que toma el sol como ellos, sino el cadáver de un inmigrante arrastrado por el mar hasta la costa de Eutopía.

¿Importa que el hombre de la camiseta amarilla fuera un «inmigrante económico» o un «verdadero refugiado»? La frase más llamativa del acuerdo de coalición del Gobierno alemán que llegó al poder en 2021 decía simplemente: «Es un deber jurídico y de civilización no dejar que los seres humanos mueran ahogados».[543]

En mayo de 2016, menos de un mes antes del referéndum del Brexit, el *Daily Mail* publicó un titular atronador: «La trágica pero brutal verdad: ¡no son auténticos refugiados! Pese a la tragedia de los ahogados, miles de inmigrantes económicos siguen intentando llegar a Europa».[544] De hecho, muchos de ellos eran refugiados según la definición habitual derivada de la Convención de Ginebra de 1951 sobre refugiados: una persona con «fundados temores de ser perseguida por motivos de raza, religión, nacionalidad, pertenencia a un determinado grupo social u opiniones políticas».[545] A finales de la década de 2010 se aceptaron de media en torno a un 50 por ciento de las solicitudes de asilo presentadas en el Reino Unido.[546] La mayoría de quienes llegaron entre 2018 y 2020 atravesando el canal de la Mancha en pequeños botes procedía de Irán, Irak, Siria y Afganistán, y los índices de aprobación de solicitudes de asilo para los migrantes de esos países eran aún más altos.[547] Millones de ucranianos huyeron de la guerra en que se sumió su país en 2022 y nadie dudó de que fueran verdaderos refugiados.

¿Hasta qué punto era sostenible esa distinción binaria, nacida de las circunstancias de la Europa post-1945? En aquel entonces había parecido bastante clara —el refugiado: un comunista judío que huía de la Alemania nazi o un burgués cristiano que huía de la Unión Soviética; el inmigrante económico: el hijo de un granjero pobre de Sicilia o Irlanda en busca de una vida mejor en Estados Unidos—, pero ¿ahora? Sin duda debemos reconocer que la pobreza extrema, las enfermedades y el analfabetismo en el África subsahariana constituyen restricciones a la libertad individual que pueden alterar la vida tanto como la persecución política o religiosa. Existe un continuo, no una división clara, entre las categorías de refugiado e inmigrante. En cualquier caso, la mayor parte de Europa, con una población que envejecía rápidamente,

precisaba más inmigración para mantener el Estado del bienestar. Al inicio de la década de 2020 se calculó que la necesidad económica de inmigrantes en Alemania era de unos 400.000 al año.[548]

Por otro lado, las reacciones en Europa variaban según el color de piel, la religión y la cultura de quienes llegaban. Hubo un contraste revelador entre la negativa de Polonia y Hungría a acoger siquiera unos pocos miles de personas de Oriente Próximo durante la crisis de los refugiados y su disposición a abrir de par en par las puertas a los millones de europeos blancos que huían de la guerra del terror de Putin en Ucrania. No obstante, lo que más pareció inquietar incluso a los europeos sin prejuicios fue la sensación de una inmigración descontrolada. De ahí la reacción extrema, traducida de inmediato en votos para los populistas, a las fotografías de la multitud de refugiados (o inmigrantes, si queréis) que caminaban por las vías del tren desde los Balcanes en dirección a Alemania, o a las de la multitud de marroquíes que se dirigían hacia la valla en la playa de Ceuta. De ahí el impacto del eslogan «Recuperemos el control» en la campaña del Brexit.

En Ceuta hay dos enormes estatuas de Hércules plantado entre dos columnas, en alusión a las míticas «columnas de Hércules», los montes rocosos de Calpe y Abila, que, según se cuenta, el héroe griego separó para crear una abertura entre el Mediterráneo y lo desconocido que se extendía más allá. En general Calpe se identifica con el peñón de Gibraltar, mientras que los ceutíes ven Abila en el monte Hacho de la ciudad, aunque el cercano monte marroquí de Musa también reclama ese título. Las estatuas, obra del artista ceutí Ginés Serrán-Pagán, se diferencian entre sí de un modo que invita a la reflexión.[549] En la primera, situada en el paseo marítimo, un Hércules gigantesco separa las dos columnas, mientras que en la segunda, que se alza en la bocana del puerto, hace algo insólito: las junta.

Esas estatuas son una metáfora perfecta de las dos tareas hercúleas a las que se enfrentaba Europa. Por una parte, debía proteger sus fronteras exteriores y, en ese sentido,

separarse del resto del mundo. Podría argumentarse que, en teoría, las sociedades liberales y abiertas deberían tener abiertas sus fronteras. En la práctica eso significaría un rápido final del liberalismo en la mayoría de esas sociedades, en especial en aquellas con un elevado nivel de vida y un Estado del bienestar generoso. Solo hay que ver cómo la llegada imprevista de aproximadamente dos millones de personas en los años 2015-2016 —apenas un 0,4 por ciento de una población comunitaria (antes del Brexit) de unos quinientos millones de habitantes— catapultó a los populistas xenófobos a unas alturas políticas sin precedentes y enfrentó a unas naciones europeas con otras. Europa no podía prescindir ni de las barreras internas ni de las exteriores. Garantizar, sin una radical inhumanidad, la protección de más de trece mil kilómetros de frontera terrestre y más de cincuenta y tres mil kilómetros de costa era en sí misma una tarea hercúlea.

Al mismo tiempo, Europa tenía que juntar las columnas. Por su propio interés y a fin de mantenerse fiel a los valores que profesaba, debía proporcionar vías legales seguras para que los refugiados —y los inmigrantes en situaciones de extrema necesidad— buscaran una nueva vida. La tramitación debía ser justa y rápida se realizara donde se realizase. Quienes no reunieran los requisitos podían ser repatriados legítimamente a países donde no corrieran peligro. Sin embargo, a los aceptados habría que darles todas las oportunidades, y ayuda activa, para que se integraran en las sociedades europeas como ciudadanos de pleno derecho.

La desprotección de las fronteras contribuía a la incendiaria retórica populista sobre los «invasores», lo que a su vez dificultaba más la integración de las personas con antecedentes migratorios, en especial las de fe musulmana. Era una espiral viciosa. Pero existía la posibilidad de un círculo virtuoso. Como demostraba Canadá, un país geográficamente privilegiado, la inmigración gestionada y la integración activa se reforzaban entre sí. «Podemos hacerlo», afirmó Angela Merkel intentando irradiar un optimismo al estilo Obama. La historia intelectual y comercial de Europa, al igual que la de Norteamérica, evidenciaba las aportaciones excepcionales que quienes huían de las adversidades podían hacer en las sociedades libres. Vi esa posibilidad en los

brillantes ojos de Yahya, Ayman e Ilyas mientras hablábamos en un centro de acogida ceutí llamado La Esperanza. Pero también vislumbré la rabia que podía desatarse si los europeos eran tan necios como para no facilitar que los recién llegados se sintieran a gusto en Europa.

Por último, la heroica imagen de Hércules juntando las columnas en la escultura de Serrán-Pagán evocaba una tarea aún mayor. Si el abismo entre el Norte y el Sur globales seguía ensanchándose como consecuencia del cambio climático, el crecimiento de la población y el mal gobierno, no bastarían las fortificaciones defensivas. Cada vez más gente treparía por esas vallas, por muy altas que fueran, y se echarían al mar, por muy encrespado que estuviera, gritando «Europa o muerte». ¿Qué haría Europa entonces? ¿Construir muros aún más altos? ¿Añadir franjas de la muerte? ¿Dejar que se ahogaran? El propio interés de Europa y sus valores exigían que se esforzara por cerrar la inmensa brecha existente entre el Norte y el Sur. Esa era la tarea más hercúlea.

LA GUERRA EN UCRANIA

En un borrador de este libro preguntaba: «¿Estamos predestinados a retroceder?». Jamás imaginé que el interrogante tendría respuesta antes de que terminara el último capítulo. Tras la invasión de Ucrania por los ejércitos de Vladímir Putin el jueves 24 de febrero de 2022, Europa retrocedió. En el mismísimo suelo donde la Wehrmacht y las SS habían librado una guerra de terror entre 1941 y 1944, ahora las tropas rusas llevaban a cabo una guerra de terror: bombardeo indiscriminado de ciudades, tortura y ejecución de civiles, violaciones. Sufrían las mismas ciudades y pueblos que antaño, la misma nación, en algunos casos incluso los mismos hombres y mujeres.

Un proyectil ruso mató en su casa de Járkov al ucraniano Borís Romanchenko, de noventa y seis años, que había sobrevivido a cuatro campos de concentración nazis, entre ellos los de Buchenwald y Bergen-Belsen.[550] Un misil ruso impactó cerca de Babi Yar, sitio tristemente conocido por la masacre de judíos perpetrada por los nazis. Algunos periodistas ucranianos informaron de que los ancianos de los pueblos próximos a Kiev llamaban *nimtsi* a los invasores.[551] «Alemanes».

Una vez más, millones de hombres, mujeres y niños inocentes tenían que huir de su tierra «con solo tres maletas». Entre la multitud de madres desesperadas y niños vociferantes que intentaban subir a un tren en la estación central de Kiev, Tanya Novgorodskaya, historiadora del arte que iba acompañada por su hija, de quince años, le dijo a Shaun Walker, corresponsal del *Guardian*: «Mire todas estas caras. Son iguales a las de las fotografías de la Segunda Guerra Mundial».[552] Casi ocho millones de ucranianos se convirtieron en desplazados internos y más de seis millones en refugiados fuera del país.[553] Entre ellos se contaban

numerosos miembros de la comunidad judía, algunos de los cuales encontraron un refugio seguro en una Alemania muy distinta. Tanques quemados y vehículos blindados de transporte de tropas salpicaban los arcenes en pueblos medio destruidos: escenas de Normandía después del Día D. Mariúpol, la ciudad portuaria del mar de Azov que Rusia eligió como objetivo para completar su «corredor terrestre» entre Crimea y el Dombás, quedó tan pulverizada por la artillería que parecía Varsovia en 1945, una ciudad de ruinas.

Cuando las tropas rusas se retiraron de Bucha, una ciudad en las afueras de Kiev, en las calles se encontraron tirados cuerpos de residentes con las manos atadas a la espalda y orificios de bala en la cabeza. Putin condecoró a la unidad que casi con toda seguridad había cometido esas atrocidades, la 64.ª Brigada Independiente de Fusileros Motorizados,[554] por ser «un modelo de cumplimiento del deber militar, valor, dedicación y profesionalidad».[555] Se informó de numerosos casos de violación y violencia sexual. Amnistía Internacional resumió el testimonio de una mujer de un pueblo situado al este de Kiev: «Dos soldados rusos entraron en su casa, mataron a su marido y luego la violaron repetidas veces a punta de pistola mientras su hijo menor permanecía escondido en un cuarto de calderas cercano».[556]

Aplicad un filtro en blanco y negro a las fotografías en color de esas escenas y estaréis en 1942, no en 2022. Mirad con más atención la fotografía del cadáver de una ucraniana tendido en una calle de Irpin, otra ciudad cercana a Kiev ocupada por los rusos.[557] ¿Qué es ese símbolo de la anilla del llavero tirado a su lado? Restaurad el color y lo veréis bien: las estrellas amarillas y el fondo azul de la bandera europea.

Desde 1945, durante setenta y siete años, la gente había comparado a tal o cual villano europeo con Adolf Hitler. Durante setenta y siete años la comparación había sido una hipérbole insostenible. Ni siquiera los crímenes de guerra de carácter genocida de la antigua Yugoslavia, aunque equiparables en brutalidad a los de los nazis, eran de la misma escala ni tuvieron las mismas implicaciones geopolíticas. En cambio ahora, por primera vez, la comparación con Hitler parecía apropiada. No había cámaras

de gas ni campos de exterminio. No había (aún) una guerra mundial con la participación directa de fuerzas armadas de diversos países de todo el planeta. De todos modos, los europeos habíamos dicho «¡Nunca más!» y lo que veíamos en Ucrania en 2022 era lo que no debía volver a suceder.

En 1978, cuando fui a comer con el anciano fascista británico Oswald Mosley en su Temple de la Gloire, cerca de París, estaba convencido de que el fascismo había quedado atrás y nunca regresaría; era un fenómeno de una época concreta. Sin embargo, en 2022 se podía argumentar de manera creíble que el régimen de Putin era fascista.[558] Ahí estaban el culto al líder, la estética de violencia marcial y muerte heroica, el fomento de una sensación de resentimiento histórico, el adoctrinamiento de la juventud, la persecución implacable de las minorías disidentes, la ideología del dominio de un pueblo sobre los otros, la demonización del enemigo. En un largo artículo publicado en el verano de 2021, Putin reiteró que no existía una nación ucraniana independiente. Los ucranianos no eran más que una versión de los rusos. Potencias exteriores intentaban convertir Ucrania en una «Rusia anti-Moscú».[559]

Por supuesto, en el régimen de Putin había elementos novedosos y faltaban algunas características del fascismo de los años treinta, pero eso es algo que sucede en todos los fenómenos históricos recurrentes: el nacionalismo, el patrioterismo y el utopismo nunca se repiten exactamente con la misma forma. En este caso se trataba de un fascismo postsoviético para la era de internet. Los ucranianos lo llamaron «ruscismo». Wolf Biermann, el viejo cantautor de Alemania del Este, observó con ironía: «Putin dice la verdad: Ucrania está llena de fascistas, sí, pues los auténticos fascistas que hay son sus ejércitos rusos de ocupación».[560]

En el centro tanto del fascismo alemán como del comunismo soviético se hallaba la gran mentira propagandística. La de Putin fue la afirmación de que sus enemigos eran los fascistas. Dijo que Ucrania estaba gobernada por neonazis y que el objetivo de su guerra era «desnazificar Ucrania». El presidente ucraniano, Volodímir Zelenski, judío, replicó: «¿Cómo voy a ser nazi? Dígale eso a mi abuelo, que se pasó toda la guerra en la infantería

soviética».[561] En el Kremlin, «nazi» se transformó en sinónimo de ucranianos que se oponían a la invasión de Rusia o caían víctimas de sus misiles no dirigidos. Cuando los proyectiles rusos mataron a numerosos civiles al alcanzar una sala de conciertos en la ciudad de Vinnytsia, en el centro de Ucrania, Margarita Simonián, directora del canal de noticias RT, financiado por el Kremlin, repitió las palabras de un secretario de Estado de Defensa ruso: la sala de conciertos albergaba un «destacamento nazi temporal».[562] Así pues, «nazi» se definía como alguien a quien Rusia acababa de asesinar. Los «fascistas» ucranianos eran quienes los fascistas rusos decían que eran. Orwellianismo de nuestro tiempo.

Antes del 24 de febrero, fuera de Ucrania casi todos creían que, si Putin emprendía una invasión a gran escala, su victoria militar sería rápida, aunque luego Rusia se encontrara con que el país ocupado era ingobernable. En una proeza extraordinaria de resistencia militar y civil continuada, los ucranianos demostraron que casi todos se equivocaban. Una vez más, vimos el papel crucial de las figuras individuales en la historia. El primer día de la invasión, mientras fuerzas rusas de vanguardia intentaban penetrar en la residencia presidencial de Ucrania en Kiev, Estados Unidos se ofreció a evacuar a Zelenski, quien al parecer respondió: «Necesito munición, no un traslado». El efecto fue electrizante tanto en el extranjero como en el país. Un soldado en primera línea de combate diría más tarde a la periodista británica Lindsey Hilsum: «Nuestro presidente continúa en Kiev y es un ejemplo […] que siga allí. El presidente Biden le dijo: “Te sacaremos de Ucrania”, pero todavía está en Ucrania y protege nuestra tierra con nosotros. […] Eso nos da fuerzas».[563]

Cuando el Moskva, el buque insignia ruso en el mar Negro, ordenó a un pequeño contingente de ucranianos que entregaran la isla de las Serpientes, pequeña pero con una ubicación estratégica, estos respondieron: «Buque de guerra ruso, vete a la mierda».[564] La frase «vete a la mierda» no tardó en aparecer por todo el país en señales de tráfico y vallas publicitarias. Entretanto, misiles lanzados desde la costa ucraniana hundieron el poderoso Moskva. En más de una ocasión los agricultores ucranianos remolcaron con sus

tractores los tanques rusos inutilizados. La agencia anticorrupción del país emitió un comunicado socarrón en el que afirmaba que no era necesario declarar como haberes los tanques rusos capturados.

El ejército ucraniano profesional, curtido en la batalla porque desde 2014 luchaba en el este de Ucrania contra los rusos y las fuerzas separatistas apoyadas por estos, contaba con el respaldo de toda una sociedad. Por ejemplo, la ciudad agrícola de Voznesensk combatió dos días y dos noches para impedir que las tropas rusas consiguieran una cabeza de puente estratégica al otro lado del río Bug Meridional, lo que permitiría abrir el camino en dirección al oeste, hacia Odesa. Soldados profesionales volaron dos puentes y dispararon misiles antitanques británicos para inutilizar los carros de combate y vehículos blindados rusos. Obreros de la construcción bloquearon calles a fin de canalizar el avance ruso hacia la línea de fuego ucraniana. Todos los demás colaboraban. «Usamos rifles de caza —contó Alexander, un tendero—. La gente lanzaba ladrillos y tarros. Las ancianas cargaban pesados sacos de arena».[565]

«Ellos son poderosos, pero nosotros somos valientes», declaró un diputado ucraniano vestido ahora con el uniforme de las Fuerzas de Defensa Territorial. Mientras que el mando de Rusia era vertical, el de Ucrania era horizontal. Los ucranianos podían recurrir a tradiciones de colaboración social e improvisación que se remontaban al siglo XVII, cuando los cosacos lucharon a caballo para defender su derecho a gobernarse a sí mismos. Si alguna vez hubo una «guerra del pueblo», fue esa.

Tal vez pareciera una contienda de mediados del siglo XX con tanques, artillería pesada y ciudades destruidas, pero era también una contienda del siglo XXI, librada con drones, imágenes por satélite y herramientas cibernéticas. El hecho de que Rusia tuviera armas nucleares —Putin amenazó a Occidente con «consecuencias a las que jamás os habéis enfrentado en vuestra historia»—[566] implicó que Estados Unidos y otras potencias occidentales calibraran el tipo de armas que enviaban a Ucrania para así evitar una escalada hacia el conflicto nuclear. Ucrania había cedido su armamento nuclear en 1994 a cambio de garantías de

seguridad por parte de Rusia, el Reino Unido y Estados Unidos, garantías que demostraron carecer de valor. Era razonable que los países de todo el mundo sacaran la siguiente conclusión: «Si tienes armas nucleares, no las entregues; si no las tienes, trata de adquirirlas».

Además de las batallas de armas, tecnología y moral, se desarrollaba una batalla de relatos. Con el público de Europa y Norteamérica, Ucrania ganó sin dificultad esa contienda. Zelenski tenía una exitosa carrera como actor y productor de televisión antes de entrar en política. Él y su equipo de producción eran expertos en contar su historia. En vez de vestir el espléndido uniforme de comandante en jefe, Zelenski se ponía una camiseta lisa de color verde militar, pantalones y zapatillas de deporte —un atuendo que evocaba con habilidad un ejército de autodefensa popular— para hablar con garra y pasión a través de videoconferencias con parlamentos y asambleas internacionales de todo el mundo. Una y otra vez pidió tres cosas a los líderes europeos: más armas, más sanciones a Rusia y una vía para entrar en la Unión Europea. La posibilidad de incorporarse al imperio liberal europeo, en lugar de formar parte del imperio antiliberal ruso, era muy importante para él y sus compatriotas. «Demostrad que sois realmente europeos», exhortó a los diputados del Parlamento Europeo.[567]

Fuera de Occidente era otro cantar. No solo la China de Xi Jinping, la nueva superpotencia mundial, se alineó con Putin, sino que los otros miembros del llamado «grupo BRICS» (Brasil, Sudáfrica y la India) se mantuvieron al margen o se pusieron de parte de Rusia. Cuando los precios de los alimentos se dispararon en Oriente Próximo y África porque las exportaciones de cereales de Ucrania y Rusia se habían interrumpido debido a la guerra de Putin, se culpó a Occidente de prolongar el conflicto bélico e imponer sanciones. Serguéi Lavrov, el ministro de Asuntos Exteriores ruso, fue recibido con toda cordialidad en diversos países africanos. Occidente podía celebrar el restablecimiento de la unidad transatlántica de la OTAN —a la que, como una reacción directa al ataque de Putin, se integraron Suecia y Finlandia, hasta entonces neutrales—, pero el balance global era mucho menos favorable.

En este libro me propuse abordar los «marcos temporales superpuestos de la posguerra y el pos-Muro». Existen aspectos importantes por los que puede decirse que ambos periodos llegaron a su fin en 2022, con el inicio de la guerra de Ucrania.

En primer lugar, el periodo pos-Muro. Recordad el final de la Guerra Fría. Desde la primavera de 1989 y la caída del Muro en noviembre de ese mismo año hasta el derrumbe definitivo de la Unión Soviética a últimos de 1991, temimos la reacción violenta de un centro imperial autoritario que iba perdiendo su imperio. La reacción llegó en agosto de 1991, con un golpe de Estado contra Gorbachov que, de haber triunfado, habría conducido a un periodo pos-Muro muy diferente. En cambio, su fracaso solo contribuyó a acelerar el final de la Unión Soviética. Pareció que el último gran imperio de Europa se desvanecía suave y repentinamente. Guiados por una falsa sensación de seguridad, llegamos a considerar que la política posimperial e incluso posnacional de cooperación internacional pacífica e interdependencia económica globalizada era la nueva normalidad.

No obstante, la antigua normalidad de naciones e imperios que perseguían sus fines usando todos los medios a su alcance nunca desapareció, y desde luego no se borró de la mente de Vladímir Putin. Su anhelo de recuperar una grandeza rusa perdida, que ya entreví en San Petersburgo en 1994, se tradujo en la acción militar, primero en Chechenia, luego en Georgia en 2008 y, con consecuencias más trascendentales, en Ucrania a partir de 2014 con la anexión de Crimea —el punto de inflexión en el que Occidente no logró virar— y una guerra que todavía se libra en el Dombás. En parte debido a que Occidente no logró virar, lo que milagrosamente no había ocurrido en 1989-1991 ocurrió en 2022: el imperio atacó con toda la fuerza de que disponía. Recordando el «increíble final pacífico» del comunismo en 1989, Wolf Biermann comentó: «Ahora, treinta años después, llega el ajuste de cuentas».[568] En este sentido, la guerra en Ucrania puede describirse como el final del periodo pos-Muro y sus espejismos.

La historia del periodo de posguerra es más compleja. Para

el sistema europeo de estados, dicho periodo concluyó en 1990-1991, con los tratados establecidos al final de la Guerra Fría. Sin embargo, eso no llevó a la creación de un conjunto nuevo de instituciones, sino a la ampliación de Occidente, que extendió hacia el Este sus instituciones fundadas después de 1945. Muchas de las organizaciones claves en la actualidad, como la OTAN, la Comunidad Económica Europea convertida en la Unión Europea, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, por no mencionar las Naciones Unidas, se remontan al periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial. En ese sentido, seguimos viviendo en el mundo de la posguerra, aunque potencias como China, Rusia y la India se rebelan cada vez más contra dichas instituciones occidentales.

Con todo, en un sentido importante el marco temporal de la posguerra, como el del pos-Muro, llegó a su fin en 2022. Tony Judt llamó *Postguerra* a su influyente historia de la Europa pos-1945, título que tenía un significado evidente y otro no tan obvio. Era evidente que significaba «después de la guerra», y no tan evidente que significaba «después de las guerras». Con el grito de «¡Nunca más!», Europa se definió a sí misma contra su historia milenaria de conflictos armados y decidió seguir viviendo en paz. Como el historiador James Sheehan sostuvo en su libro *Where Have All the Soldiers Gone?*, la guerra había creado el Estado europeo moderno, pero en las décadas posteriores a 1945 Europa —al menos la Occidental— empezó a avanzar hacia lo que él denominó «estados civiles». La generación antibélica de los sesentayochistas y postsesentayochistas, que emergió desde el punto de vista político en el periodo pos-Muro, estaba aún más resuelta que la del 39 y la posgeneración del 39 a que nuestro continente siguiera así.

Que la Europa de la posguerra abjurara y abominara de las contiendas bélicas debió de ser una noticia sorprendente en muchas partes del mundo, desde Vietnam hasta Kenia y desde Angola hasta Argel, donde los estados europeos siguieron enzarzados en brutales conflictos armados en un intento por mantener sus colonias. Debió de ser, asimismo, una novedad para los húngaros durante la invasión soviética de 1956, para los checos y eslovacos en 1968 y para los pueblos de la antigua Yugoslavia en los años noventa. En las primeras

décadas del siglo XXI, la afirmación debió de sonar igualmente falsa en Afganistán, Irak y Libia. (Siria, entretanto, ya había conocido todos los horrores de la forma rusa de hacer la guerra. La destrucción de Alepo recordaba la de Grozni y prefiguraba la de Mariúpol).

Sin embargo, la mayoría de los europeos abrigaba una visión de paz perpetua para su continente. Tras el final de la Guerra Fría, la mayoría de los países europeos se llevó un suculento «dividendo de paz», recortó el gasto en defensa por debajo del objetivo marcado por la OTAN del 2 por ciento del PIB, interrumpió sus suministros de armamento y munición, y reconfiguró sus fuerzas para hacer frente a las amenazas de «agentes no estatales». Después de todo, ningún país de Europa iba a desencadenar una gran guerra interestatal, ¿no? Gran parte de Europa, y sobre todo su potencia central, Alemania, pasó a depender mucho del gas y el petróleo rusos. Después de todo, la interdependencia solo contribuiría a reforzar la paz, ¿no? Pocos recordaban un viejo refrán ruso: «La paz perpetua dura hasta la siguiente guerra».

Y de pronto volvió la guerra. En julio de 2022, cuando utilicé la nueva línea de metro para ir de Unter den Linden a la Cancillería Federal, en el centro de Berlín, pasando por debajo del recorrido del antiguo Muro, los flashes informativos que aparecían en la pantalla del vagón mostraban fuego de tanques y de artillería pesada. Mis conversaciones en la Cancillería estuvieron salpicadas de referencias a diversos sistemas de armas e hipotéticas situaciones bélicas. Buscamos a tientas términos militares en el idioma del otro: tal o cual tipo de tanque, mortero o lanzacohetes múltiple…, ¿y cómo se dice en alemán «guerra de desgaste»? El canciller Olaf Scholz definió el 24 de febrero de 2022 como un *Zeitenwende*, un punto de inflexión histórico, y anunció un gran aumento de las inversiones de su país en defensa. Con un gasto continuado del 2 por ciento de su PIB, Alemania tendría el tercer presupuesto de defensa más grande del mundo. ¿Para qué servirían esas fuerzas armadas potencialmente temibles? ¿Cómo se integraría la dimensión militar del poder en el pensamiento alemán, que durante mucho tiempo la había dejado de lado durante treinta años, pues se confiaba más bien en la primacía de la política

económica? Que Alemania volviera a ser una gran potencia militar no sería un asunto baladí en la historia europea.

Otros muchos países europeos prometieron asimismo aumentar sus gastos en defensa. Polonia manifestó la ambición de poseer el mayor ejército de la Unión Europea, que, por su parte, invirtió millones de euros del denominado «Fondo Europeo de Apoyo a la Paz» en munición y armas para Ucrania. Desvanecidos los espejismos del periodo pos-Muro, ese «proyecto de paz» europeo reconocía la necesidad del poderío militar para restablecerla y mantenerla. Dado que Finlandia y Suecia, hasta entonces neutrales, se apresuraron a incorporarse a la OTAN, la asociación estratégica entre la Unión Europea y la organización atlántica se volvió más estrecha que nunca. Eran, por así decirlo, los dos brazos fuertes del Occidente geopolítico. Ucrania, Moldavia y Georgia se unieron a los países de los Balcanes occidentales para solicitar una nueva doble ampliación de ese Occidente geopolítico a fin de que los envolviera en la seguridad de su seno.

Cuando nos aproximábamos al primer aniversario de la invasión rusa a gran escala del 24 de febrero, viajé dos veces a Ucrania: la primera en diciembre de 2022 y la segunda en febrero de 2023. Visité Bucha, nombre ya alojado en la memoria europea al lado del de Srebrenica, y contemplé los lugares donde había tenido lugar la infame carnicería. En Irpin vi las ruinas de un centro cultural que los ocupantes rusos habían puesto en el punto de mira, y en Borodyanka observé que los soldados rusos habían disparado varias veces contra la gran cabeza metálica de la estatua de Tarás Shevchenko, el gran poeta ucraniano del siglo XIX. En el caso de Ucrania, no se trataba solo de reincorporarla al Imperio ruso: había que destruir su cultura y su identidad. Se separó de sus padres a miles de niños ucranianos que fueron deportados a la fuerza a Rusia, donde se los educaría como rusos. En marzo de 2023 la Corte Penal Internacional emitió una orden de detención contra Vladímir Putin por considerarlo responsable directo de ese crimen de guerra. «No podemos permitir que se trate a los niños como botín de

guerra», explicó el fiscal de dicho tribunal.

Pero Ucrania no se dejaría abatir. Tetiana, una joven activista a quien conocí en Leópolis, trabajaba como tatuadora a tiempo parcial. Me contó que a menudo los clientes le pedían el tatuaje de la bandera ucraniana o del tridente, símbolo del país, pero desde la invasión a gran escala el más popular era una sola palabra: *volia*. Grito de guerra en la lucha de los ucranianos por ser dueños de su propio destino desde los tiempos de Shevchenko, *volia* significa al mismo tiempo «voluntad», como en la expresión «voluntad de vivir», y «libertad». Libertad como en la lucha por la libertad, algo por lo que hay que combatir. Capta la esencia de lo que vi en Ucrania.

La valentía para vivir y morir por la libertad era más evidente en los hombres y mujeres de las fuerzas armadas ucranianas. Tomemos como ejemplo a Yevhen Hulevich, un hombre alto y esbelto, de rasgos finos, a quien conocí una noche de principios de diciembre de 2022 tomando una copa. Editor, ensayista y crítico cultural durante la mayor parte de su vida, nada más producirse la invasión a gran escala empezó a ayudar a los refugiados que llegaban en tropel a la ciudad occidental de Leópolis, pero concluyó que esa tarea de voluntariado «no era suficiente» para él. Pese a tener cuarenta y tantos años, Yevhen se alistó en el servicio activo, recibió instrucción en el uso de lanzagranadas y luchó varios meses en la campaña terrestre por recuperar la ciudad de Jersón, viviendo gran parte del tiempo en pozos de tirador que él mismo cavaba con una pala. (Según me contó, por lo general la tarea le llevaba entre treinta minutos y una hora. Tenía que ser rápido: su vida dependía de ello). Sentados en el elegante Gran Café Leópolis, en el corazón de la hermosa ciudad que le da nombre, mediante una aplicación cartográfica de su teléfono móvil me mostró el lento avance del frente. Me señaló un lugar especialmente sangriento en el que recordaba unas acacias de forma extraña. En una acción bélica, dos tercios de su compañía resultaron heridos; «los campos y los árboles están asimismo maltrechos». Al final también a él lo alcanzó una bala, de modo que lo trasladaron a un hospital de Odesa, pero regresó al frente tan pronto como se recuperó. Cuanta más experiencia en el combate tiene uno, afirmó,

mayor es su valor como soldado. Sus camaradas más jóvenes lo necesitaban.

En octubre de 2022 lo hirieron de nuevo, esta vez en la espalda y las piernas, y reptó setecientos metros con un dolor extremo, arrastrando su valiosa arma, hasta llegar a un lugar de donde pudieron evacuarlo. Dos meses después, cuando hablé con él, estaba decidido a volver una vez más al frente: «Tengo la sensación de que no he terminado mi tarea». Conversamos largo y tendido sobre la muerte. Me dijo que había visto muchos cadáveres en los campos de combate y que con el tiempo «te acostumbras a la perspectiva de la muerte, te da menos miedo morir». Yevhen me contó su historia con una pasmosa voz monocorde y queda, como si los meses de bombardeos hubiesen reducido a cenizas toda emoción. También resultaba extraña la falta de expresión de sus ojos. Sin embargo, con un singular destello de evidente sentimiento añadió: «Quiero ver si tendré suerte…, ver cómo será este país tras la guerra».

Nuestra charla me causó una profunda impresión y más tarde escribí en el *New York Review of Books* un artículo sobre ella. En respuesta, un novelista de Leópolis me envió un correo electrónico para comunicarme que Yevhen había muerto el día de Nochevieja, tan solo veintitrés días después de nuestra conversación, en los sanguinarios combates librados alrededor de Bajmut. Nunca vería cómo sería su país tras la contienda. «Están muriendo los mejores de los nuestros», reflexionó Nataliya Gumenyuk, la indómita periodista de investigación, mientras almorzábamos juntos en Kiev. Los más valientes y los mejores. Varios ucranianos me advirtieron de que lo que les pasaba a muchos líderes y sociedades occidentales era sencillo: tenían demasiado miedo. En una conversación en el palacio presidencial, uno de los principales asesores de Zelenski resumió el mensaje de todos ellos a Occidente: «¡No tengan miedo!».

Eso me recordó las palabras que, según Tucídides, el historiador de la Antigüedad, en el siglo V a. e. c. pronunció el estadista Pericles en su oración fúnebre por los guerreros atenienses caídos en la batalla: «El secreto de la felicidad es la libertad, y el secreto de la libertad es el valor». Los marineros de la antigua Grecia conocían bien las costas del mar Negro

de la actual Ucrania. Según la mitología, el espíritu de Aquiles se fue a vivir a la isla —hoy conocida como de las Serpientes, pero denominada de Aquiles en algunos mapas antiguos— cuya pequeña guarnición mandó a «tomar por culo» al Moskva, el buque insignia de Putin. Si bien es muy posible que Aquiles no dijera a su adversario troyano «¡Héctor, vete a tomar por culo!», no cabe duda de que su espíritu se hallaba al lado de los defensores de Ucrania. En 2023, en las trincheras embarradas en torno a Bajmut, que recordaban de manera inquietante las de la batalla de Passchendaele, de 1917, tal vez los soldados como Yevhen repitieran las palabras de Patrick Shaw-Stewart, el poeta británico que participó en la Primera Guerra Mundial:

Quédate en la trinchera, Aquiles,
envuelto en llamas, y grita por mí.

Los ucranianos llamaban habitualmente «guerreros» a sus soldados. Su respuesta ritual al conjuro patriótico de «¡Gloria a Ucrania!» era «¡Gloria a los héroes!».

Quienes empuñaban las armas no eran los únicos que mostraban semejante fuerza de voluntad. Toda la sociedad se había movilizado en esa guerra. Lejos del frente, observé cómo un grupo de voluntarias improvisaban velas de parafina para los soldados. Se coge una lata metálica de comida vacía. Se corta una tira estrecha de cartón ondulado de dos canales y se enrolla para que quepa bien en el envase. Se insertan dos pequeños rectángulos de cartón a modo de mechas. Se extrae de la bolsa un poco de parafina blanca en polvo, se echa en un cazo y, una vez fundida, se vierte con cuidado por el cartón de la lata. Se envía a nuestros muchachos del este. Irina, dependienta de una zapatería en su vida cotidiana, preparaba con especial rapidez y destreza esas velas, que daban luz y calor. Me mostró en su móvil un vídeo —enviado por un soldado agradecido— en el que se veía una parpadear en una trinchera. Todas las personas con quienes traté parecían contribuir de algún modo: mandaban comida, ropa o pertrechos, ayudaban a los desplazados internos o viajaban al Dombás, a las zonas de combate, para rescatar a los ancianos y enfermos de las aldeas que se hallaban en la línea de fuego.

«El ejército ucraniano son cuarenta y dos millones de personas», me dijo Andriy Sadovi, alcalde de Leópolis.

Aparte del valor, del sentimiento de objetivo común y de la movilización popular, era palpable el sufrimiento. En Leópolis, mi ventana daba a la iglesia fortificada de San Pedro y San Pablo. Todos los días se oficiaban funerales militares. Asistí a uno. La guardia de honor situada delante de los tres ataúdes de madera sencillos estaba formada por soldados jóvenes de cara pálida y crispada. Junto a un féretro lloraba una madre que llevaba un pañuelo negro ceñido a la cabeza; tenía al lado una niña que parecía perdida y asustada. En un pasillo lateral se mostraban fotografías de chiquillos desconsolados, con palabras dirigidas a sus padres. Zajar, de seis años, decía: «Sueño con construir una línea de tranvía hasta la nube donde vive mi papá».

En el cementerio militar de la ciudad, llamado «Campo de Marte», subí por una cuesta suave entre un bosquecillo de tumbas recientes, cada una engalanada con flores, banderas y la fotografía del soldado fallecido. En lo alto de la pendiente había fosas recién cavadas en la tierra helada, a la espera del siguiente de los caídos. Uno de los enterrados allí, Artemiy Dymyd, era hijo del primer rector de la Universidad Católica de Ucrania. En YouTube puede verse un vídeo de su madre cantando una nana junto a su ataúd durante el funeral oficiado en la iglesia de San Pedro y San Pablo:

La cuna de arce
chirría y chirría,
una criaturita
llora y llora

[…]

Oh, estoy cantando esta nana,
bajito, bajito,
sobre la cuna de arce
y mi niñito.

Ahora Yevhen acompaña a Artemiy en el Campo de Marte.

Conocí a varios refugiados de la pulverizada ciudad de Mariúpol. Tetiana, una funcionaria municipal robusta y de

mediana edad, me contó entre repetidos ataques de llanto que su mejor amiga, Luda, había muerto junto con su hijo, que era soldado, a consecuencia del impacto de un mísil ruso en su apartamento, en un noveno piso. «Se oyeron sus gritos durante horas, pero nadie pudo ayudarlos». Sentado frente a mí en una cafetería de moda en Kiev, Dimitri me explicó que el mundo de su infancia se había desmoronado con la toma de Mariúpol por el ejército ruso cuando él acababa de cumplir diecisiete años. De pronto su familia dejó de tener electricidad, calefacción y agua corriente. Buscaban leña en los bosquecillos de los alrededores, cocinaban en una fogata la escasa comida que lograban reunir y lavaban en charcos. Había visto con sus propios ojos a una madre y su hijo muertos en el suelo, a un hombre que había perdido una pierna, a otro que enterraba a su hijo en el patio. Dimitri, que cursaba primero en la Universidad Nacional Tarás Shevchenko de Kiev, se esforzaba en relatar su historia de forma precisa, sin exageraciones. (Si vive hasta cumplir los noventa, todavía recordará gran parte de esos detalles, igual que aquellos granjeros ancianos y robustos de Westen y Przysieczyn recordaban los de su pasado. Entonces será 2095).

La familia de Dimitri hablaba ruso y su tío paterno era ciudadano ruso y vivía en la ciudad de Stávropol. Antes los visitaba todos los años. Cuando empezaron a desencadenarse aquellos horrores, le contaron en un mensaje de texto lo que estaba ocurriendo. Incluso le enviaron fotografías. «No es cierto», respondió él. Negó los hechos y luego guardó silencio. Desde entonces no habían tenido ningún contacto con él. Le pregunté a Dimitri qué futuro tenían las relaciones de Ucrania con Rusia y los rusos. «Ningún futuro». (Advertí que uno de sus compañeros de universidad ya lo llamaba por la versión ucraniana de su nombre, Dimitro). Tetiana era otra rusófona a quien Putin habría considerado simplemente rusa. Cuando le pregunté si tenía algún mensaje para él, declaró que le gustaría matarlo. «Considerábamos a los rusos nuestros hermanos…, y han venido a matar a nuestros hijos».

Los ucranianos manifestaban una repugnancia absoluta hacia todo lo ruso. Según la encuesta de opinión realizada periódicamente por el Instituto Internacional de Sociología de

Kiev, en mayo de 2013 en torno al 80 por ciento de los ucranianos tenía una actitud positiva respecto a Rusia; en mayo de 2022 la cifra había descendido al 2 por ciento. Perdí la cuenta de las personas que me dijeron que ya no soportaban leer o hablar ruso. «Mi lengua materna sabe a cenizas», escribió la estudiosa ucraniana Sasha Dovzhyk. Un profesor universitario me comentó que sus alumnos habían pasado a escribir «rusia» y «ruso» con erre minúscula. «No les corrijo». Viva Putin, el destructor del mundo ruso.

Los trabajadores de la librería Siaivo («Resplandor»), en el centro de Kiev, recogían libros en ruso para reciclarlos y destinaban los ingresos al ejército ucraniano. Lidia, una joven dependienta que hablaba inglés, me informó de que en menos de nueve meses habían reducido a pulpa más de ciento once mil volúmenes y comprado un vehículo militar de apoyo que los agradecidos soldados llamaban el «Siaivomóvil». Me enseñó una enorme pila de libros bien empaquetados que esperaban en el sótano a ser destruidos, entre ellos *Los hermanos Karamázov,* de Dostoievski, y una edición rusa de Kafka. Mientras yo estaba allí, entró un hombre con un par de paquetes y preguntó tímidamente: «¿Podrían llevarse cincuenta y cinco volúmenes de Lenin?». ¡Por supuesto! Cerca de allí, la calle Pushkin había dejado de llamarse así para recibir el nombre de un promotor de la cultura ucraniana de principios del siglo XX.

«¡Pushkin no tiene la culpa de los actos de Putin!», debieron de decir escandalizados los bibliófilos de todo el mundo. A lo que un escritor ucraniano respondió: «No es casualidad que no hubiera en Kiev ninguna calle dedicada a Shakespeare, Molière o Dante». Se había producido una intensa colonización que no había impuesto únicamente el dominio ruso, sino también la lengua y la literatura rusas, así como la versión rusa de la historia; ahora Ucrania emprendía una intensa descolonización. El país deseaba quitarse de encima al oso ruso de una vez para siempre, alejarse lo máximo posible de todo lo ruso y acercarse lo máximo posible a todo lo europeo.

Una de cada dos palabras pronunciadas en Ucrania era «Europa». «Europa» resonaba en boca del presidente Zelenski en infinidad de discursos dirigidos en vídeo a parlamentos

extranjeros y en innumerables reuniones con dirigentes europeos de visita en el país; en boca de Dmitro Kuleba, ministro de Asuntos Exteriores, quien en el edificio del ministerio, bien protegido por sacos de arena, me explicó por qué la Unión Europea es un «imperio liberal»; en boca de Olha Stefanishyna, de treinta y siete años, la sumamente competente y segura de sí misma ministra de Integración Europea y Euroatlántica, y en boca de Lidia, la dependienta de Siaivo, que me dijo que deseaba que la librería fuera más «de estilo europeo», es decir, «bonita, interesante y guay». Si Rusia —o «rusia»— se había convertido en una palabra de odio, Europa era la palabra de la esperanza. En Ucrania, igual que en España, Portugal y Grecia en los años setenta, igual que en Polonia, Checoslovaquia y Hungría en los ochenta, igual que en los estados bálticos en los noventa, igual que en el sudeste de Europa tras las guerras de la antigua Yugoslavia, vi que el sueño de Europa y el de la libertad marchaban juntos, de la mano.

El año 2022 fue para Ucrania lo que 1940 para el Reino Unido: un momento peligroso y traumático, pero también de unidad, valentía y determinación. Un año que definiría la nación, para sí misma y para el resto del mundo, durante generaciones. La joven Tetiana, la activista y tatuadora de Leópolis, me dijo que antes de esa guerra a gran escala, al viajar al extranjero, se había dado cuenta de que la gente «pensaba que Ucrania formaba parte de Rusia». Ahora, «por fin, el mundo descubre qué es Ucrania», añadió.

En la primavera de 2023, la guerra más larga librada en Europa desde 1945 duraba ya más de un año y aún no se vislumbraba su final. Nadie sabía cuándo sería el nuevo «año cero» de Ucrania. Nadie podía predecir de manera verosímil en qué estado —económico, político, militar, territorial y demográfico— saldría el país de un conflicto tan dilatado y terrible. La Unión Europea había aceptado la candidatura de Ucrania y era impensable que la OTAN dejara que una agresión rusa se zampara el país, pero, como muchos otros estados europeos podían atestiguar, entre ellos los de los Balcanes occidentales, la anhelada integración en el Occidente euroatlántico podría ser un proceso muy largo, lento e incierto. Sin embargo, era evidente que, con su *volia,*

los ucranianos estaban escribiendo un capítulo extraordinario de la historia europea. Ahora todo el mundo conocía Ucrania.

Mandé este libro a imprenta en septiembre de 2022 sin que se vislumbrara el final de la guerra. ¿Cuándo llegaría el nuevo año cero de Ucrania? ¿En 2023? ¿O incluso más avanzada la década de 2020? Lo que estaba claro era que Ucrania, que tenía una identidad nacional más bien débil y dividida cuando consiguió su independencia en 1991, poseía ahora una identidad nacional fuerte y cada vez más cohesionada. La determinación de defender la soberanía y la integridad territorial del país era algo que compartían los ciudadanos cuya primera lengua era el ucraniano y aquellos que, al igual que Zelenski, tenían el ruso como primera lengua. Pese a estar asediada por una corrupción generalizada y por oligarcas todopoderosos, Ucrania podía identificarse legítimamente como una democracia europea frente a la dictadura de Putin.

Esa identidad ucraniana compartida se forjó en tres momentos críticos, marcados por unos niveles de intervención rusa cada vez mayores: la Revolución Naranja de 2004, el Euromaidán de 2014 y los ocho años posteriores de guerra en el este del país, y, por último, la invasión de 2022. De ese modo Putin logró justo lo contrario de lo que pretendía: pasaría a la historia como el padrino involuntario de una Ucrania totalmente independiente y con una fuerte identidad nacional. El historiador Serhii Plokhy escribió que en los años veinte los ucranianos eran la nación más grande de Europa con una cuestión nacional sin resolver. En la década de 2020 la cuestión se resolvió. Pero siguió sin estar claro en qué situación —territorial, económica, política, militar y demográfica— saldría Ucrania de esa guerra.

No era un asunto que debieran resolver solo los ucranianos y sus invasores rusos. ¿Acaso Estados Unidos y Europa, que bregaban con las consecuencias económicas de la pandemia de covid y la guerra, suministrarían suficientes armas y munición para que Ucrania recuperara el territorio perdido? En ese caso, ¿cuánto territorio? ¿Se comprometerían el tiempo suficiente con la reconstrucción de Ucrania tras la

guerra? ¿Cumpliría la Unión Europea la promesa implícita en la aceptación, en junio de 2022, de Ucrania como país candidato a la adhesión? ¿Y qué ocurriría con Moldavia, encajada entre Ucrania y Rumanía y cuya candidatura se había aceptado al mismo tiempo? ¿Y con los países de los Balcanes occidentales, algunos de los cuales llevaban años esperando a que se materializaran promesas como esa? ¿Acaso la impresionante oposición política bielorrusa, en su mayor parte en el exilio, conseguiría garantizar un futuro democrático a su país, o se vería este arrastrado a una unión más estrecha con Rusia? ¿Desarrollaría la Unión Europea una nueva Ostpolitik para todo el este y sudeste de Europa, con un auténtico compromiso político con una nueva ampliación hacia el Este, como he sostenido que debería hacer? ¿O rehuiría ese reto y dejaría a los países desde Georgia hasta Albania en un limbo geopolítico, maniobrando sin cesar entre poderes externos en competencia, no solo la Unión Europea, Estados Unidos y Rusia, sino también China y Turquía?

¿Y qué sería de Rusia después de Putin? ¿Uniría su suerte desde el punto de vista geopolítico a China, como algunos han afirmado, al tiempo que seguiría orientada culturalmente hacia Europa? ¿O, como han defendido quienes rodean a Alexéi Navalni, el valiente líder de la oposición, volvería a buscar una relación más estrecha con Europa y Occidente? Recuerdo lo que el indomable Władysław Bartoszewski, que sobrevivió tanto a Auschwitz como a las cárceles estalinistas, me dijo un día de 1979 en Varsovia, mientras comíamos: «¡Contamos con la caída del Imperio ruso en el siglo XXI!». En aquel momento, mi yo de veinticuatro años pensó que el viejo escritor y luchador mostraba un optimismo maravilloso pero poco realista. A principios de la década de 2000, mi yo de cuarentaitantos pensó que Bartoszewski había sido demasiado cauto en su predicción. Ahora me parece que quizá acertara. El intento de Putin de restaurar el Imperio ruso apoderándose de Ucrania tal vez resulte ser parte de un proceso largo y doloroso que en el transcurso de la primera mitad del siglo XXI lleve a Rusia a aceptar por fin que ha perdido su imperio y a buscar un nuevo papel. El Reino Unido, objetivo de la pulla original de 1962 lanzada por el secretario de Estado estadounidense Dean Acheson («ha perdido un imperio, pero

aún no ha encontrado su papel»), demuestra que ese proceso puede ser largo.

DELFOS

Guardo como un tesoro una fotografía de mi esposa, Danuta, susurrando una pregunta existencial al oído de una piedra antigua en las laderas del monte Parnaso un día soleado de 2018. Danuta está consultando el oráculo de Delfos. Una mitad de la gran piedra rectangular tiene tres orificios dispuestos en forma de triángulo, como para encajar las patas de un trípode, y la otra mitad tiene un agujero más grande que la atraviesa.[569] Nuestro guía acababa de contarnos que, mientras la pitia, la mujer que era la voz del oráculo, estaba sentada en ese trípode, del agujero de mayor tamaño salían vapores embriagadores que le inspiraban palabras que, según se creía, procedían directamente de Apolo. Un sacerdote sentado cerca escribía e interpretaba esas frases pronunciadas en estado de trance. Dado que los sacerdotes de Delfos tenían una larga experiencia, con consultas tanto de particulares como de gobiernos de todo el mundo mediterráneo, sin duda el intérprete sacerdotal añadía parte de su sabiduría mundana al juicio final del oráculo.

Según investigaciones más a fondo, resulta que los agujeros y surcos de la piedra a la que Danuta susurró su pregunta probablemente se habían hecho mucho después para convertirla en una prensa de aceite.[570] Pero casi todo lo demás es cierto. Aunque nunca se han encontrado la base de trípode ni el orificio de vapor reales, estudios recientes muestran que la geología de la zona propiciaría que por las fisuras del lecho rocoso se filtraran algunos gases, y de hecho se han detectado rastros de etileno, un gas que puede inducir un estado similar al de trance. Así pues, es posible que la pitia estuviera colocada.

Durante los más de diez siglos en que se consultó el oráculo, la gente llenó el santuario de la ladera de regalos preciosos —altares, estatuas, vasos sagrados, templetes—,

colocados a lo largo de la serpenteante Vía Sacra hasta el templo de Apolo, donde la pitia hablaba y los sacerdotes interpretaban. Contemplando las ruinas, impresionantes todavía contra el magnífico telón de fondo verde y gris del monte Parnaso, solo se necesita un poco de imaginación para recrear el escenario del antiguo Delfos.

Aquí acude, por ejemplo, el riquísimo rey Creso de Lidia en torno al año 580 a. e. c. Ha preparado el terreno con generosas ofrendas, como dos estatuas de oro, una imponente de un león y otra de una mujer, y vasos ceremoniales de oro y plata. Pregunta directamente —algo insólito, pues, según la tradición, las preguntas al oráculo son más bien de tanteo— si ganaría al rey Ciro de Persia en caso de declararle la guerra. El oráculo responde: «Si Creso cruza el Halis, pondrá fin a un gran imperio».[571] Creso lo interpretó como un sí, de modo que cruzó el Halis y puso fin a un gran imperio: el suyo. (El Halis es el actual Kizilirmak, que atraviesa el centro de Turquía). Más tarde envió cadenas al oráculo de Delfos para simbolizar que era esclavo de Ciro de Persia y se quejó del mal consejo recibido. Según Heródoto, el oráculo replicó con aspereza que si Creso «no entendió la respuesta ni pidió explicaciones, que se considere a sí mismo responsable».[572]

Delfos continuó existiendo incluso después de que el cristianismo pasara a ser la religión oficial del Imperio romano en el siglo IV e. c., pero en el VII el santuario ya había dejado de usarse. Los desprendimientos de tierra cubrieron en parte los gloriosos monumentos, y encima se construyó, empleando algunas de las piedras antiguas, un humilde pueblo agrícola llamado Castri. Durante más de mil años el oráculo durmió bajo tierra. A finales del XIX el pueblo se desplazó a un lugar cercano a fin de que las excavaciones pudieran revelar poco a poco el caleidotapiz de este rincón maravilloso de Europa.

Pero el anhelo de conocer el futuro nunca desapareció. Los ricos y los poderosos consultaban las entrañas de los animales sacrificados, las líneas de la palma de la mano en los humanos, las hojas de té, los almanaques de predicciones y la posición de las estrellas. Buscaban consejo en los astrólogos, sumos sacerdotes, místicos, chamanes y economistas. El decimocuarto dalái lama huyó del Tíbet en 1959 a instancias

del oráculo oficial del Estado.[573] Los europeos de nuestro tiempo solían gustar de considerarse herederos nacionales de la Ilustración, pero más del 50 por ciento de los entrevistados en un sondeo realizado en Francia, Alemania y el Reino Unido respondió que se tomaban en serio la astrología.[574] La profesión de economista se vio ennoblecida con la creación de un nuevo Premio Nobel en 1969, casi como si fueran científicos en el sentido en que lo son los físicos y químicos. También a los historiadores se nos invitaba a predecir el futuro.

Y así fue como Danuta y yo llegamos a Delfos en 2018, para participar en el Foro Económico de Delfos, una especie de mini-Davos helénico en el que se pide a economistas, politólogos y otros expertos que ayuden a los líderes políticos y empresariales a tomar decisiones inteligentes para el futuro. Por lo que recuerdo, nadie vaticinó —ni siquiera a la manera críptica de los oráculos— que el mundo quedaría pronto paralizado por una pandemia, y mucho menos que tendríamos una gran guerra en Europa en un plazo de cuatro años.

El profundo deseo humano de prever el futuro tiene una parte de locura y otra de sabiduría. Es una locura imaginar que podemos saber qué sucederá mañana, por no decir en un futuro más lejano. Es sabio tratar de hacer conjeturas inteligentes, con la mayor información posible, sobre los probables retos, con el fin de prepararnos para ellos. Immanuel Kant describe la facultad de la predicción como «de mayor interés que cualquier otra por cuanto es una condición de toda práctica posible y de todos los fines posibles a los que el ser humano vincula el uso de sus facultades».[575] Los politólogos, economistas, analistas de riesgos, comentaristas e historiadores pueden contribuir a la predicción siempre y cuando reconozcan los límites de su oficio.

En algunos campos, como la física y la previsión meteorológica, la predicción se ha vuelto más precisa, pero en el gran cuadro de los asuntos humanos se ha vuelto más difícil. La complejidad de nuestro mundo globalizado e hiperconectado implica que una variedad insólita de factores y hechos, algunos nimios en apariencia, pueden tener enseguida un gran impacto en el otro lado del planeta. Por

ejemplo, en China aparece un nuevo virus y al poco tenemos una pandemia que fuerza el confinamiento en gran parte de Europa.

La pandemia de coronavirus que se propagó por nuestro continente en la primavera de 2020 se ha descrito como un ejemplo de «cisne gris»: un hecho considerado probable desde hace tiempo por los expertos, pero que supone toda una sorpresa cuando llega. Una evaluación de 2004 del Consejo Nacional de Inteligencia de Estados Unidos juzgó que «es solo cuestión de tiempo que aparezca una nueva pandemia como la del virus de la gripe de 1918-1919, que se estima que acabó con la vida de veinte millones de personas en todo el mundo» y que podría «interrumpir los viajes y el comercio mundiales durante un periodo largo».[576] Otros expertos lanzaron avisos similares. La sabiduría que debería emanar de tales advertencias no consiste en tratar de predecir la naturaleza, el momento y el lugar exactos de un acontecimiento, lo cual es imposible, sino en elaborar mejores planes de contingencia.

En 2020 la libertad de circulación por el continente se había convertido en uno de los rasgos distintivos de la identidad europea. Esa era la promesa que encerraba el pasaporte granate común para todos los estados miembros de la Unión. Con la llegada del covid, esa libertad desapareció de un día para otro. Desde 1973, cuando cumplí los dieciocho, no había habido ni un solo año en que no hubiera viajado al continente. Y de pronto pasé un año y medio sin poner los pies en mis otras patrias. Cuando lo hice, la combinación del covid y el Brexit provocó que el viaje al continente se pareciera más a mi estresante experiencia de 1969 que a la despreocupada libertad de 2019. Restricciones de entrada, certificados de pruebas de covid, múltiples impresos y sellos de control de frontera que, una vez más, llenaban las páginas de mi pasaporte, de nuevo británico y de color azul oscuro.

Para mí, que trabajo en casa como muchos otros, el confinamiento tuvo la ventaja de que me permitió ponerme a escribir este libro, rodeado de grandes montones de otros libros sobre Europa apilados en el suelo de una habitación desocupada. Para millones de europeos menos privilegiados fue muy distinto. La muerte, el duelo y el covid persistente se

acompañaron de la insolvencia, el desempleo y la imposibilidad de ir al colegio. Tal vez un día los demógrafos hablen de una generación C, cuya vida cambió para siempre por la pandemia.

Tendríamos que remontarnos muy atrás, quizá hasta 1945, para encontrar un acontecimiento vivido directamente por un número tan grande de europeos al mismo tiempo. Ni siquiera la caída del Muro de Berlín fue una experiencia personal directa para la mayoría de ellos. Sin embargo, su primera reacción a ese acontecimiento paneuropeo fue encomendarse a sus respectivos gobiernos nacionales, que ofrecieron respuestas diferentes y el regreso de las fronteras físicas entre estados. El 15 de marzo de 2020 Alemania anunció que a la mañana siguiente cerraría de forma unilateral sus fronteras con Francia, Austria, Suiza, Dinamarca y Luxemburgo. «Adiós a Schengen», tituló un periódico italiano.[577] Al principio la Unión Europea fue casi invisible. La primera licitación de equipos de protección personal por parte de la Comisión Europea no recibió ni una sola oferta. Entretanto, China enviaba mascarillas a Italia, Serbia y otros países europeos.

Sin embargo, al cabo de cuatro meses Europa regresó, y lo hizo con un acuerdo para destinar un total de 750.000 millones de euros a ayudar a los estados miembros a recuperarse de las consecuencias económicas de la pandemia. De un plumazo, Alemania y otras naciones acreedoras del norte de Europa rompieron no solo uno, sino dos de los tabúes más duraderos de la eurozona. Aproximadamente la mitad de esa suma se entregaría en forma de subvenciones, no de préstamos, y los fondos para esa partida se obtendrían en los mercados monetarios como deuda europea compartida. La importancia de ese avance residía sobre todo en la promesa que encerraba para las economías apuradas del sur de Europa, que habían sufrido dentro de la eurozona.

Más espectacular aún fue el hecho de que Mario Draghi, el salvador del euro una década antes, dispondría ahora, como primer ministro italiano, de 200.000 millones de euros para gastarlos en una recuperación que en principio también debía volver más productiva y más verde la economía de su país. No obstante, en el otoño de 2022 los populistas de ultraderecha italianos al parecer volvían a estar en auge y se

dudaba del futuro de esa recuperación transformadora. Era importante para todo el continente que ese miembro fundador de la Unión Europea, con su tercera mayor economía y con Roma, la «ciudad eterna» de Europa, se viera a sí mismo con un futuro económico y político fuerte en el corazón de la Unión. Pero eso era incierto, como siempre lo es el futuro.

En un ensayo titulado «El futuro ignoto y el arte de la prognosis», el historiador Reinhart Koselleck señala que, cuanto más fundamentemos nuestra previsión de base histórica en experiencias recurrentes, más probabilidades tendremos de acertar.[578] Por tanto, la predicción «te morirás» es un cien por cien certera; en un inmenso conjunto de datos históricos, no existe ningún ejemplo de lo contrario. Koselleck también sostiene que los proverbios encierran una sabiduría acumulada que no debe despreciarse a la ligera. Por ejemplo, «el orgullo precede a la caída»: es muy cierto en el caso de Europa, de todo Occidente, con la soberbia —al estilo de la de Creso— de su capitalismo financierizado y globalizado de principios de la década de 2000.

Así pues, disponemos de suficientes ejemplos históricos de ciertos fenómenos recurrentes, como las guerras, las revoluciones, los imperios e incluso las pandemias, para discernir patrones típicos y emitir afirmaciones prudentes sobre probabilidades. Por ejemplo, considerar que el bloque soviético de los años ochenta era un imperio, en lugar de algo totalmente nuevo, era reconocer un imperio en decadencia y saber que los imperios decadentes acaban por caer. No podíamos predecir cuándo se vendría abajo, pero veíamos adónde se encaminaba.

Este tipo de conjeturas con base histórica, fundamentadas en el estudio concienzudo de experiencias repetidas, sin duda resultan doblemente útiles cuando los hallazgos se comparten y son objeto de reflexión y de intenso debate. El estudioso de la antigüedad clásica Michael Scott afirma que así es como el oráculo de Delfos ayudaba a tomar decisiones en aquel entonces.[579] El mero hecho de dirigirse a las laderas del Parnaso, esperar el turno con otras personas enfrentadas a

dilemas similares y luego consultar a la pitia daba a la gente la oportunidad de reflexionar. Las respuestas del oráculo, con toda su ambigüedad, se debatían luego en lo que, al menos en las ciudades Estado como Atenas en el siglo V a. e. c., era un verdadero proceso de democracia deliberativa. Solo entonces se resolvía cómo proceder. Los responsables de tomar decisiones, si eran sabios, observarían si estas daban resultado y tendrían en cuenta las nuevas circunstancias que se presentaran, para revisar sobre la marcha las medidas adoptadas.

Sabiduría de la Antigüedad…, que sigue siendo sabia hoy en día. Tras el derrumbe de la Unión Soviética en 1991, no fue mala idea buscar una alianza estratégica con Rusia, invertir en ayudar al país a modernizarse, incorporarlo al G7 de países industriales avanzados y tratar de aumentar la seguridad europea mediante organizaciones paneuropeas como la OSCE y el acuerdo OTAN-Rusia. Aun así, conociendo los patrones históricos recurrentes del comportamiento imperial y postimperial, deberíamos haber previsto que, después de que un imperio centenario se viniera abajo en solo tres años sin apenas un tiro disparado en un momento de ira, era probable que tarde o temprano se produjera una reacción en la antigua potencia colonial. Cuando comenzó la reacción violenta, en Georgia en 2008 y, como muy tarde, con la toma de Crimea y el inicio, en 2014, de una guerra en el este de Ucrania que todavía continúa, deberíamos haber respondido con mayor contundencia, haber reducido nuestra dependencia energética de Rusia y haber previsto que lo peor estaba por venir. No podíamos predecir con exactitud qué haría Putin ni cuándo lo haría. Él mismo lo ignoraba. No obstante, si hubiéramos aprendido lo que nos enseñaba la historia de los imperios, habríamos estado mejor preparados para afrontar el desafío de la invasión de Ucrania en 2022.

Entonces ¿qué deberíamos prever ahora y para qué deberíamos prepararnos? Europa ha caído en una crisis tras otra desde 2008. Mientras escribo estas líneas, nadie sabe si esa tendencia seguirá. Pero la caída empezó en un lugar alto y buena parte de los logros europeos de posguerra y pos-Muro perduran. Si sois ciudadanos de la Unión Europea con suficiente dinero para viajar, podéis despertaros un viernes

por la mañana y decidir tomar un vuelo barato hasta la otra punta del continente sin que necesitéis un visado, un pasaporte o un cambio de divisas. Si os enamoráis del lugar, o de una persona a la que conozcáis durante la visita, podéis quedaros a vivir y trabajar o estudiar allí. Desde Helsinki hasta Atenas y desde Tallin hasta Lisboa, os encontraréis en el mayor espacio de relativa libertad, prosperidad y seguridad conquistado en la historia europea. Todavía no es la «Europa entera y libre», pero nuestro continente nunca había estado tan cerca de ese objetivo. Tan solo con que consigamos defender y ampliar ese logro unas cuantas décadas más, estaremos haciéndolo muy bien.

Sin embargo, los retos dentro y alrededor de Europa son abrumadores. Los millones de personas de la Unión Europea que se enfrentan a la pobreza y la exclusión social, o que pertenecen a minorías oprimidas, no disfrutan de la maravillosa libertad europea que acabo de mencionar. En diversos países la integración de quienes tienen antecedentes migratorios no va bien. Los efectos de la guerra en Ucrania han redoblado la perturbación económica mundial causada por la pandemia de covid. La inflación ha subido de lo lindo. La deuda pública y privada se ha disparado. Se avecina una recesión. Es posible que la eurozona vuelva a ser puesta a prueba. Los malos tiempos pueden ser buenos para los populistas. Hungría ha dejado de ser una democracia. En Polonia la democracia se ve seriamente amenazada.

Y todo eso antes de que lleguemos siquiera a las grandes zonas de la Europa extracomunitaria, donde viven unos cuatrocientos millones de europeos —si usamos la definición amplia de Europa que propuse al principio del libro—, frente a los cuatrocientos cincuenta millones dentro de la Unión. El Reino Unido pos-Brexit aún dista mucho de tener una nueva relación constructiva con la mancomunidad continental. Los habitantes de Kosovo, Bosnia y Serbia todavía no saben si la Unión los quiere de verdad. Ucrania está en guerra, Moldavia y Georgia amenazadas, Bielorrusia en una situación desoladora. La Rusia de Putin es una dictadura fascista. Turquía es un régimen autoritario donde se condena a largas penas de cárcel a los activistas de la sociedad civil pacíficos y moderados.

Europa no termina con una línea definida; tan solo va difuminándose a lo largo del Mediterráneo, Eurasia e incluso, en un sentido importante, el Atlántico. (Canadá sería un miembro perfecto de la Unión Europea). En las próximas décadas, lo que Europa haga en su periferia será tan importante como lo que haga en su centro. En Oriente Próximo, hace tiempo que la promesa de la Primavera Árabe dio paso a nuevos gobiernos autoritarios. Incluso en Túnez parecen marchitarse las últimas flores que quedaban de aquella primavera. En Ceuta me enteré de cómo ven la situación los jóvenes marroquíes.

Europa y nuestro problemático vecindario se ven acosados por fuerzas de gran magnitud, como la demografía, el clima, la tecnología y las grandes potencias, nuevas y viejas. Cuando empecé a viajar por Europa hace cincuenta años, la población del mundo no superaba los 4.000 millones. Ahora es mayor de 8.000 millones. Se prevé que la población de África vuelva a duplicarse antes de 2050 y añada otros 1.200 millones de personas.[580] ¿Qué podemos hacer los europeos para que todos esos hombres, mujeres y niños de este mundo tengan una vida sostenible y, por supuesto, digna? ¿O simplemente cercaremos nuestro continente con un nuevo telón de acero, tranquilizaremos nuestra conciencia destinando menos de un 1 por ciento de nuestro PIB a ayuda para el desarrollo y convertiremos a Europa en una fortaleza de los privilegiados? Esa es la dirección que de momento ha tomado Europa, pero a mí no me parece tolerable moralmente ni factible desde el punto de vista político.

El cambio climático no conoce fronteras. En los últimos cincuenta años la temperatura de la Tierra ha aumentado aproximadamente unos 0,5 grados, más que en los once mil años transcurridos entre el final de la última glaciación y 1900.[581] La emergencia climática es la gran causa política para la posgeneración del 89; el mayor fracaso de la mía es no haber abordado el calentamiento global cuando habría resultado más fácil hacerlo. ¿Acaso las democracias actuales tienen la capacidad de introducir los cambios radicales y rápidos que se precisan? Según una encuesta de 2020, el 53 por ciento de los jóvenes europeos consideraba que los estados autoritarios están mejor preparados que las

democracias para enfrentarse a la crisis climática.[582]

¿O acaso acudirá la tecnología al rescate? En este mismo medio siglo se ha producido uno de los saltos tecnológicos más extraordinarios de la historia. Si cogiéramos a alguien de principios de los años setenta y lo colocáramos en el mundo actual, le pusiéramos en las manos la caja mágica que llamamos simplemente «mi móvil» y le enseñáramos todo lo que puede hacer, esa persona pensaría que era ciencia ficción. Pero a menudo los avances tecnológicos son un arma de doble filo. Internet nos ha proporcionado un acceso sin parangón al conocimiento mundial; al mismo tiempo, ha facilitado una política ponzoñosa de desinformación y tribalismo. La inteligencia artificial logrará cosas maravillosas, pero algunos expertos opinan que podría convertirse en una amenaza existencial para la humanidad. Es posible que aumente el peligro de que haya guerras al permitir el desarrollo de armas cuyo funcionamiento interno no entienden del todo ni siquiera quienes se supone que las controlan, y mucho menos sus adversarios, sea Estados Unidos frente a China o viceversa.

Esto es importante porque esas fuerzas de gran magnitud actuarán en un mundo de intensa rivalidad entre grandes potencias. A principios de la década de 2000, muchos europeos (y algunos norteamericanos) creían que tal vez la Europa de finales del siglo XX prefigurara el futuro del mundo: posnacional, interdependiente desde el punto de vista económico, cooperativo, respetuoso de la ley y pacífico. En la década de 2020, es más probable que el mundo se parezca a la Europa de finales del XIX, lleno de recelos, con grandes potencias antagónicas que entiendan la guerra como la continuación de la política por otros medios. Cada vez más, serán las potencias no occidentales las que corten el bacalao.

La historia de Europa que he contado en este libro habría sido imposible sin la enorme contribución de Estados Unidos después de 1945. Sin embargo, la soberbia dentro del país y en el extranjero ha causado un daño terrible a la «tierra de la libertad». En el asalto al Capitolio que tuvo lugar el 6 de enero de 2021 vimos un intento violento de subvertir el resultado de unas elecciones libres y justas. Los europeos debemos albergar la esperanza de que Estados Unidos se

recupere como lo hizo tras el Watergate y la guerra de Vietnam, pero no podremos contar con ese país como, en buena medida, contamos en los periodos de posguerra y pos-Muro.

Mientras Vladímir Putin siga en el Kremlin, tendremos que lidiar con una Rusia agresiva y despiadada. Desde el punto de vista estratégico, el mayor desafío es China. Quizá a nosotros no nos guste su modelo de desarrollismo autoritario, una amalgama insólita de leninismo y capitalismo, pero a muchos del Sur global les resulta atractivo. China ya aprovecha su riqueza para ejercer una influencia significativa en Europa, sobre todo en el sudeste. Entretanto, Xi Jinping mira con avidez a Taiwán, igual que Putin miraba a Crimea. Analistas serios consideran muy probable que en los próximos cinco años se produzca algún tipo de confrontación militar entre Estados Unidos y China a propósito de Taiwán.

¿Y qué hay de las democracias no occidentales en las que deposité grandes esperanzas en mi visión de 2004 de un mundo libre y en las que al parecer el presidente Joe Biden aún tiene algunas? Sin duda podemos recurrir a la India, la mayor democracia del mundo, o a Brasil y Sudáfrica, ¿no? Pero, teniendo en cuenta el apoyo, activo o pasivo, de esos tres países a Rusia durante la guerra de Ucrania, no podemos dar por sentado que se alinearán con Occidente solo porque sean democracias. Cada país tiene sus motivos particulares, pero hay uno común en todos ellos: la memoria histórica de la dominación por Occidente y el resentimiento que provocó. Tras unos seiscientos años de colonialismo europeo (recordad que Ceuta fue tomada por primera vez en 1415) y dos siglos de supremacía global de Occidente, con el Reino Unido pasando el testigo de la hegemonía a Estados Unidos, ha llegado la hora de desquitarse.

Frente a este mundo desalentador de la década de 2020, recordemos las dos lecciones de Delfos: la primera, que no sabemos qué ocurrirá esta tarde, y mucho menos dentro de unos años; la segunda, que necesitamos conjeturas inteligentes de base histórica a fin de prepararnos para los retos a los que parece probable que nos enfrentemos. Cuando

leáis estas líneas, ya habrá sucedido algo inesperado. El paso de las décadas vuelve necios a los visionarios más sagaces. Predicciones de gran importancia formuladas en 1973 resultan graciosas en 2023. (Recordad: la Unión Soviética iba a superar a Estados Unidos). Las que hagamos ahora sufrirán la misma suerte en 2073. Los lectores de dentro de cincuenta años se reirán con ganas de los intentos de mi bolígrafo-linterna por iluminar la oscuridad del futuro. «¡Qué optimismo más absurdo!», tal vez exclamen en su refugio nuclear o su cueva del desierto; o «¡Qué pesimismo más absurdo!», quizá digan en un Muskville o Zuckerdrome con una tecnología fabulosa. Entretanto, los veinteañeros de 2073 echarán en cara a los ancianos de la posgeneración del 89 las grandes cosas que estos perdieron o estropearon en su época, lo mismo que la posgeneración del 89 ha hecho con la mía hace poco.

Si se cumple alguna de las peores hipótesis posibles, desde una guerra entre Estados Unidos y China a propósito de Taiwán hasta el fracaso colectivo de impedir que el calentamiento global supere los dos grados por encima de la era preindustrial, entonces tal vez en esta década un nuevo Stefan Zweig se siente a escribir un lamento por «El mundo de ayer», perdido sin remedio. Pero repito con énfasis que el fatalismo zweigiano no es el ánimo que se precisa en la actualidad.

Al contrario, necesitamos «el pesimismo de la inteligencia, el optimismo de la voluntad», por emplear la magnífica consigna acuñada por el escritor francés Romain Rolland y popularizada por el pensador y activista marxista italiano Antonio Gramsci. El pesimismo intelectual puede ser algo positivo. El argumento más contundente a favor de la Unión Europea no se basa en un ingenuo optimismo panglosiano, sino en un pesimismo constructivo. De Europa valoramos las estructuras legales, la cooperación y la resolución pacífica de los conflictos precisamente porque conocemos su tendencia crónica a incurrir en sus malas costumbres. El pesimismo intelectual de los años setenta sentó las bases del impulso ascendente de finales de los ochenta, que inauguró uno de los periodos más esperanzadores de la historia europea. El infundado optimismo intelectual del comienzo de los años

2000 allanó el camino al declive que se inició en la mitad de esa década.

La sabiduría de la consigna no es solo intelectual y política; es también psicológica. Como explicó Gramsci en 1929, en una carta que escribió a su hermano Carlo desde una cárcel fascista:

> Mi estado de ánimo sintetiza estos dos sentimientos y los supera: soy pesimista con la inteligencia, pero optimista para la voluntad. En toda circunstancia pienso en la peor de las hipótesis para poner en movimiento todas las reservas de voluntad y ser capaz de vencer el obstáculo. Nunca me he hecho ilusiones y nunca tuve desilusiones. [583]

En suma, es una receta para tener fuerza mental. Esperar lo peor, trabajar por lo mejor.

Al salir de una prisión comunista en los años ochenta, Václav Havel expresó un pensamiento parecido de forma un tanto distinta. «La esperanza no es un pronóstico —dijo—. Es una orientación del espíritu, una orientación del corazón». [584] La esperanza es «la capacidad de trabajar por algo porque es bueno, no solo porque exista la posibilidad de tener éxito. […] No es la convicción de que algo saldrá bien, sino la certeza de que algo tiene sentido, con independencia de cuál sea el resultado».

Pese a todos sus defectos, límites e hipocresías, pese a todos los contratiempos de los últimos años, la Europa de hoy sigue siendo mucho mejor que la que me dispuse a explorar a principios de los setenta, por no hablar del infierno que mi padre encontró en su juventud. Es asimismo mejor que las de los siglos anteriores, incluida la Europa de antes de 1914 idealizada por Stefan Zweig. De hecho, adaptando las famosas palabras de Churchill respecto a la democracia, podríamos decir que esta es la peor Europa posible, a excepción de todas las otras Europas que se han ensayado de vez en cuando. Tiene sentido defender, mejorar y ampliar una Europa libre. Es una causa en la que merece la pena depositar la esperanza.

EPÍLOGO
EN UNA PLAYA DE NORMANDÍA

Estoy en la playa de Ver-sur-Mer, adonde mi padre llegó con la primera oleada del Día D, en 1944. Son las siete y media de la mañana, la hora a la que él desembarcó. El cielo está nublado y salpicado de los toques rosados del amanecer. El viento transporta un olor fuerte y penetrante a agua salada y algas. El mar, de color gris verdoso, aquel día con lanchas de desembarco, tanques anfibios y el fuego ensordecedor de la mayor flota que el mundo ha conocido, está tranquilo y vacío, con excepción de dos pescadores mañaneros vestidos con vadeadores que prueban suerte en los bajíos de la marea que avanza. En algún punto del horizonte está Inglaterra.

En esta playa normanda azotada por el viento, recuerdo todo lo que ha pasado Europa en los casi ochenta años transcurridos desde que mi padre desembarcó aquí y, en especial, el medio siglo de historia europea que yo mismo he vivido. Personas, lugares, acontecimientos. Unos astilleros de Gdansk, un teatro de Praga, un muro en Berlín, un campo de exterminio en Krajina. Ralf, Václav, Broneck y Pierre, Annegret, Róża y todos los jóvenes europeos de quienes dependerá el futuro de Europa. Los triunfos y los desastres, los logros pacientes y los errores absurdos, incluidos los míos. Los grandes hombres que resultaron ser muy pequeños y los hombres y mujeres «corrientes» que demostraron ser formidables. Las tierras antes exóticas que se han convertido en patrias.

Al cabo de un rato me alejo del mar gris verdoso y enfilo la pista estrecha por la que mi padre avanzó el 6 de junio de 1944, en medio de los disparos, compartiendo la carga de una pesada radio del ejército con su operador, el bombardero Croxford. Unos días después el bombardero alardearía de su taza perforada por la bala de un francotirador. Un tópico

cinematográfico, pero real esta vez. En el acantilado alto y escarpado que se alza ante mí se distingue todavía el primer punto de orientación de mi padre y su compañero, la villa que ellos llamaban «casa váter», aunque sobre el camino de acceso circular que le daba nombre se han construido ahora viviendas modernas. Lo mismo ha ocurrido con las baterías alemanas que había detrás, parte del Muro Atlántico de Hitler. Quizá el padre de Jan Osmers, el historiador local del pueblo de Westen, viniera a visitar a amigos cuando servía en uno de los regimientos de las Waffen-SS encargados de combatir a la invasión aliada.

Al recorrer con la mirada el acantilado hacia el oeste veo, a la luz temprana del alba, la bandera británica y la francesa, la Union Jack y la Tricolore, que ondean por encima de lo que a primera vista parece una especie de Acrópolis. Es el monumento conmemorativo británico de Normandía, inaugurado en 2021. A cada lado de la parte central se extiende un gigantesco rectángulo formado por dos hileras de columnas de piedra caliza rosada, como un claustro, pero abierto a los cielos, con las columnas unidas en la parte superior por travesaños, como los de una pérgola. Desde el lado del monumento principal que da al mar se tiene una vista perfecta, más allá de los campos bien labrados y los terrenos pantanosos, de las playas del desembarco de Normandía, kilómetros y kilómetros. En una de las caras del monumento principal se reproducen las palabras con las que Charles de Gaulle anunció a sus compatriotas que las fuerzas de liberación habían partido «des rivages de la vieille Angleterre», de la costa de la vieja Inglaterra.

En las columnas de piedra caliza está grabado el nombre de las 22.442 personas de más de treinta países que murieron mientras servían bajo mando británico en la campaña de Normandía entre el 6 de junio de 1944 y la liberación de París a finales de agosto. Están agrupados por la fecha del fallecimiento, con los datos inscritos de forma sencilla: apellido, iniciales, rango y edad. Busco el nombre de los dos a quienes mataron cuando llevaban a cabo la misma misión peligrosa encomendada a mi padre, en su mismo regimiento. Ahí están. 14 de junio: Hall, EWC, capitán, 24. 20 de junio: Swann, KG, comandante, 28. Para mi padre eran Ted Hall y

Ken Swann: hermanos oficiales, amigos. *Los chicos que nunca envejecerán.*(4) Escruto sus rostros en las fotografías de la guerra de mi padre.

Bien podría haber sido él. El índice de bajas entre los observadores avanzados de su regimiento de artillería superó el 50 por ciento en los tres primeros meses de la campaña de Normandía. Otro de ellos, Stephen Perry —el tío Stephen, mi padrino—, me contó una vez, mientras cruzábamos en barco el canal de la Mancha, que la metralla seguía desplazándose por el interior de su cuerpo al cabo de treinta años. Su hermano, Robert Kiln —el tío Robert—, perdió una pierna en la batalla de Arnhem. ¿Quién se atreve a asegurar que nunca más volverá a ocurrir? De hecho, ya ha ocurrido: en Yugoslavia, en Ucrania. «Ah, pero aquí no podría pasar», dicen. Siempre lo dicen.

Los recuerdos se refieren al pasado, pero para el futuro. Al igual que el pueblo alemán de Westen y la aldea polaca de Przysieczyn, esta pequeña ciudad francesa lo sabe muy bien. Desde hace muchos años se desarrolla aquí la buena labor de la remembranza, y no solo porque atrae el turismo. Un entusiasta de la aviación llamado Jean-Pierre Dupont pasó de niño parte de la guerra en la «casa váter» o, mejor dicho, para darle la dignidad de su verdadero nombre, en Villa Salvador. Por suerte, ya no estaba allí cuando el Día D los cañones al mando de Robert Kiln abrieron sin querer un enorme boquete en medio de la casa al tratar de destruir las baterías alemanas que había detrás. Hacia el final del siglo pasado, el señor Dupont decidió crear un pequeño museo para documentar lo sucedido en la zona el Día D. Ahora su sucesor a cargo del museo me enseña las fotografías y las maquetas que reconstruyen el desembarco, del cual conoce todos los detalles. Las baterías alemanas situadas detrás de la Villa Salvador tenían cañones del Ejército Rojo ruso capturados en el frente oriental y transportados hasta la lejana Normandía. Entre las tropas de la Wehrmacht destinadas en Ver había soldados reclutados en el oeste de Polonia, los Sudetes y Alsacia, territorios todos ellos anexionados por Alemania. En el monumento conmemorativo británico hay nombres polacos. Europa entera estuvo aquí.

Después de la liberación, Dietrich Habeck fue uno de los

prisioneros de guerra alemanes a quienes se retuvo en Ver-sur-Mer para que desminaran la zona. Cuando tenía quince años la Gestapo lo había interrogado porque pertenecía a un grupo bíblico. A los dieciocho lo llamaron a filas y se incorporó a la Wehrmacht, donde sirvió como operador de radio. Durante el tiempo que pasó en Ver, donde estuvo retenido hasta 1948, trabó amistad con dos de sus vigilantes franceses, por lo que con posterioridad volvió a menudo para verlos. En 1973, convertido en un distinguido médico de Münster, el profesor Habeck vio un cartel de «En venta» en Villa Salvador y la compró como segunda residencia. En 1994, en el quincuagésimo aniversario del Día D, Jean-Pierre y Jeannine Dupont llevaron a sus cuatro huéspedes ingleses —mi madre y mi padre, el tío Robert y su esposa— a comer con los Habeck en la villa donde sus historias personales se entrelazaban de forma tan curiosa. Frau Habeck agradeció riendo a los veteranos de guerra británicos que hubieran abierto un boquete enorme en la pared, pues el agujero le dio la idea de instalar un precioso ventanal. He aquí una foto de aquel día: los ingleses, los franceses y los alemanes juntos y sonrientes ante la casa con estructura de madera magníficamente restaurada. Europa.

El alcalde de Ver-sur-Mer habla con pasión del compromiso de su comunidad con el *devoir de mémoire*, su deber de recordar. Acaba de inaugurar un «camino de la memoria», una ruta peatonal alrededor de la ciudad con nueve placas conmemorativas montadas sobre peanas que llegan a la altura de la cintura. Aparte de las fotografías y las descripciones de lo sucedido en la región, contienen un poco de historia mundial —Churchill y Roosevelt, por ejemplo— y alguna que otra cita muy bien elegida. Me gusta en especial este mensaje de Charles de Gaulle dirigido al futuro: «El patriotismo es amar a tu país; el nacionalismo, odiar el de los otros». Y este de Konrad Adenauer: «La historia es la suma total de aquellas cosas que hubieran podido evitarse».

El ayuntamiento de la localidad ha creado asimismo un «ayuntamiento de jóvenes» a la sombra, con un «alcalde joven» y concejales. Algunos de los muchachos deben hacer presentaciones junto a las placas conmemorativas. Quedo con el teniente de alcalde joven, Léandre, de trece años —cabello

rizado, pecas, ojos brillantes por encima de la mascarilla anticovid—, delante del bistró Sexton Côte Mer, cuyo curioso nombre se explica por el carro de combate Sexton colocado sobre un pedestal en el centro del Espace Robert Kiln, un pequeño espacio público triangular situado al otro lado de la carretera. A él le toca el tema de Churchill y Roosevelt. Tras un comienzo un tanto titubeante, en el que parece que Churchill fuera el presidente de Estados Unidos, expone muy bien —consultando las notas del móvil— los motivos que llevaron a la creación de las Naciones Unidas. Experimento una pequeña transfusión de memoria.

No podría haber nada más intensa e intrínsecamente europeo que esta campiña normanda con sus campos fértiles, bosquecillos y setos, caminos serpenteantes a través de pueblos anárquicos e iglesias medievales con placas descriptivas que recuerdan los tiempos de Guillaume le Conquérant (Guillermo el Conquistador). Sus grandes casas de labor tienen espléndidas paredes de piedra gruesas y, en los frescos interiores que estas encierran, la buena comida y el buen vino que forman asimismo parte de la cultura europea. Prosperidad. Paz. Libertad. Sin una experiencia directa de los problemas que atormentan las *banlieues* de las grandes urbes de Francia. A buen seguro que aquí, en este lugar que tiene tanto de Europa, el apoyo al proyecto político que llamamos «Europa» debería ser máximo.

Sin embargo, en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales de 2017 más de un tercio de los votos emitidos en Ver-sur-Mer fueron para Marine Le Pen, la dirigente del Frente Nacional, que había elogiado el Brexit y pedido que Francia saliera de la eurozona.[585] Hasta ese extremo llegaban las dudas y los resentimientos que habían proliferado en torno al proyecto europeo desde que empezó a tambalearse en las primeras décadas del siglo XXI. Analizando las cifras electorales pormenorizadas de Ver-sur-Mer, eso significa que 359 personas votaron por la candidata de la ultraderecha nacionalista. (En las elecciones de 2022 serían 82 más).[586]

—Muy pocas lo reconocerán —me advierte un concejal.

Pero encuentro una.

En un maravilloso sábado soleado, estamos los dos sentados

en el bistró Sexton Côte Mer, ante una fuente pantagruélica de *tête de veau* («cabeza de ternera») y tubérculos. Monsieur M., como lo llamaré, es un dentista jubilado de ochentaitantos años, jovial, inteligente y buen bebedor, con infinidad de anécdotas y una inmensa alegría de vivir. Me tomo una copa de vino; él se trinca cuatro. Nacido en 1936, guarda recuerdos infantiles muy vivos de la ocupación alemana: un soldado alemán que fue a cenar mientras un desertor estaba escondido en el desván; escuchar en secreto Radio Londres, emisora de la BBC que transmitía en francés durante la guerra; la liberación por los canadienses. Pero en su opinión Europa ha ido mal en los últimos tiempos. Volverá a votar a Le Pen, «por la inmigración». Lo tiene muy claro.

—Apoyo el Brexit. Y para la Francia actual: fuera del euro, fuera de la Unión Europea.

«Bruselas» —usa esa metonimia— no para de ordenarnos lo que tenemos que hacer, incluso cómo preparar nuestros quesos normandos. ¿Dónde está la democracia?

Entonces yo, el europeo inglés privado de mi ciudadanía europea por el voto de mis compatriotas, me propongo convencerlo de lo contrario. La Unión tiene muchos defectos, pero ¿de veras desea él correr el riesgo de su desintegración? Seguro que recuerda una Europa mucho peor, ¿no?

Tras unas cuantas rondas de esa curiosa inversión de papeles —el inglés que intenta persuadir al francés de las bondades de Europa—, decido que al menos deberíamos compartir un brindis por Europa.

—*Alors* —digo alzando mi copa— *quand même et malgré tout* [«de todos modos y a pesar de todo»], *l'Europe!*

No, no quiere brindar. Levanta su tercera copa de vino y propone que bebamos, en cambio, por *la viticulture!*

Pero me niego a tirar la toalla. En los postres, vuelvo a intentarlo. De nuevo, monsieur M. se opone; esta vez sugiere que bebamos por *nous!* Por nosotros. Lo cual, digo para mis adentros, podría interpretarse que es lo mismo, aunque no sea esa su intención.

Al final, tras resistirse un buen rato, cede y levanta su última copa encogiéndose de hombros, entre reacio y jovial.

—*L'Europe!*

NOTA DEL AUTOR

Gracias por haberme acompañado hasta aquí. La historia continúa. Si deseáis conocer mi opinión sobre acontecimientos posteriores, suscribíos, por favor, a mi boletín de Substack *History of the Present*, en <timothygartonash.substack.com>.

En <www.timothygartonash.com> encontraréis una selección de material gráfico, desde las fotografías que tenía mi padre del partido de críquet disputado en Westen durante la guerra, una fotografía secreta hecha por una cámara oculta de la Stasi y la botella del vodka Lágrimas de Stalin que me regaló Bronisław Geremek, hasta la carta de Viktor Orbán, atisbos del nuevo telón de acero de Ceuta e imágenes de la guerra en Ucrania.

En el mismo sitio web indico la fuente de todas las citas, aparte de aquellas que proceden de mis cuadernos, así como de muchos de los datos y las cifras que se ofrecen en el texto. Si detectáis errores, por pequeños que sean, hacédmelo saber, por favor.

Mucha gente me ha ayudado a escribir este libro. Doy las gracias por las conversaciones, los recuerdos, el asesoramiento sobre asuntos concretos y mucho más a Gian-Paolo Accardo, Suleika Ahmed, Corinne Ailleret, Suzanne Ailleret, Othon Anastasakis, Carol Atack, Erica Benner, Jarosław Berendt, Paul Betts, Carl Bildt, Tony Blair, Koussay Boulaich, Hugo Brady, Archie Brown, Helen Buchanan, David Cameron, Alastair Campbell, Paul Chaisty, Sebastian

Chosiński, Cathryn Costello, Jean-François le Cuziat, Pat Cummings-Winter, Kim Darroch, Florian Dirks, Weronika Dorociak, Jean-Philippe Dupont, Charles Enoch, Tula Fernández, Irena Grosfeld, Margret Herbst, Judith Herrin, Fiona Hill, Lindsey Hilsum, Harold James, Jan Kaniewski, Jonathan Keates, Matthew Kiln, Kostis Kornetis, Kamila Kłos, Małgorzata Kranc-Rybczyńska, Joachim Krätschell, Werner Krätschell, Oliver Letwin, Edward Llewellyn, Eleni Louri-Dendrinou, Noel Malcolm, Hartmut Mayer, Michael McFaul, Franziska Meifort, Michael Mertes, Charles Moore, Wolfgang Münchau, Norman Naimark, Mattia Nelles, Kalypso Nicolaïdis, Peter Nippert, Pablo Núñez Díaz, Philippe Onillon, Zbigniew Orywał, Jan Osmers, Richard Pertwee, Charles Powell (Londres), Charles Powell (Madrid), Jonathan Powell, Stuart Proffitt, Condoleezza Rice, Andrew Riley, George Robertson, Jacques Rupnik, Michael Scott, Jean Seaton, James Sheehan, Aleksander Smolar, Róża Thun, José Ignacio Torreblanca, Ivan Vejvoda, Jean-Luc Véret, Stephen Wall, Kieran Williams, Peter Wilson, Joachim Woock, Mark Wood, Martin Wolf, Michael Žantovský y Philip Zelikow. Por su valiosa ayuda en la investigación, gracias a Marilena Anastasopoulu, Sonia Cuesta Maniar, Lukas Dovern, Jan Farfal, Olivier de France, Kristijan Fidanovski, Daniel Kovarek, Josef Lolacher, Ana Martins, Jonathan Raspe, Adriana Riganová, Olena Shumska, Alexandra Solovyev, Lucas Tse, Achille Versaevel, Reja Wyss, y un agradecimiento especial a mis sucesivos directores de investigación del Programa Dahrendorf: Selma Kropp, Luisa Melloh y Adele Curness.

Georges Borchardt, Natasha Fairweather, Stuart Williams, Bill Frucht y Ana Fletcher consiguieron que todas las fases del proceso editorial fueran un placer. Les estoy especialmente agradecido a Daniel Judt, Ian McEwan, Michael Taylor, Tobias Wolffand y Robert Zoellick por su lectura de los borradores. Las personas con quienes más estoy en deuda se ocultan en la dedicatoria.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Ofrezco a continuación la procedencia de las citas, aparte de las extraídas directamente de mis cuadernos, diarios y recuerdos. La mayoría de las referencias de las que soy la fuente principal se anotaron en su momento; solo hay unas pocas tomadas más tarde, a partir de los recuerdos. Aporto asimismo la procedencia de buena parte de los datos y las cifras más llamativos del texto, junto con detalles adicionales y alguna que otra advertencia. Los libros se recogen siguiendo la convención del «título abreviado» de Oxford: se dan todos los datos de publicación la primera vez que se mencionan; luego solo se indica el título abreviado. Siempre que es posible doy una fuente de información electrónica a la que los lectores pueden acceder directamente mediante un enlace. Estoy muy agradecido a Josef Lolacher por su valiosa ayuda en la preparación de estas notas.

T. G. A.

EPÍGRAFES

[1]La traducción del original inglés es de Isaiah Berlin. Isaiah Berlin, «The Hedgehog and the Fox», en Henry Hardy y Roger Hausheer, eds., *The Proper Study of Mankind. An Anthology of Essays*, Londres, Chatto & Windus, 1997, p. 445. [La cita en castellano está tomada de Lev Tolstói, *Diarios*, traducción de Selma Ancira, Barcelona, Acantilado, 2002].

[2]Søren Kierkegaard, «Journal JJ: 167», en K. Brian Söderquist, *et al.*, eds., *Kierkegaard's Journals and Notebooks*. *Vol. 2: Journals EE-KK*, Princeton, Princeton University Press, 2015, p. 179. [La cita en castellano está tomada de Søren Kierkegaard, *Diario íntimo*, traducción de María Angélica Bosco, Barcelona, Planeta, 1993].

PRÓLOGO. NUESTROS TIEMPOS

[3]El original francés, con el título más adecuado de *On a marché sur la lune*, se publicó por primera vez 1954, y la versión británica, *Explorers on the Moon*, en 1959.
[4]Postal enviada desde Marienbad a Felice Bauer a mediados de mayo de 1916, en Franz Kafka, *Briefe an Felice*, Frankfurt, Fischer Taschenbuch Verlag, 2009, p. 657. [Hay trad. cast.: *Cartas a Felice*, traducción de Pablo Sorozábal, Madrid, Nórdica Libros, 2014].
[5]Como sucede con tantas citas célebres que se le atribuyen, no hemos conseguido encontrar ninguna fuente que recoja esas palabras exactas. De ahí el «supuestamente».
[6]La cifra, que incluye Rusia, Turquía y el Cáucaso, pero no Asia Central, corresponde a los datos de población más recientes publicados por el Banco Mundial (2021); véase <https://data.worldbank.org/indicator/SP.POP.TOTL>.

DESTRUIDA (1945)

WESTEN

[7]«The Beginner», de *Epitaphs of the War*, de Kipling: véase <https://www.poetryfoundation.org/poems/57409/epitaphs-of-the-war>.
[8]Overy da cifras un tanto distintas en las páginas 335 y 436; véase Richard Overy, *The Bombing War. Europe 1939-1945*, Londres, Penguin Books, 2014.
[9]Jan Osmers, *Amt und Dorf Westen. Mit einer Häuserliste von Friedhelm Bluhm*, Bremen, Stint, 1997.
[10]*Ibid.*, p. 145; para más información, Andrea Hesse, *Prädikat Bestbetrieb – die Eibia GmbH für chemische Produkte in Bomlitz*, Münster, LIT, 1995.
[11]Keith Lowe, *Savage Continent. Europe in the Aftermath of World War II*, Nueva York, Picador, 2012, pp. 84-85. [Hay trad. cast.: *Continente salvaje: Europa después de la Segunda Guerra Mundial*, traducción de Irene Cifuentes, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2015].
[12]Citado en William I. Hitchcock, *The Bitter Road to Freedom. The Human Cost of Allied Victory in World War II Europe*, Nueva York, Free Press, 2008, p. 302.
[13]Lowe, *Savage Continent*, p. 85.
[14]Testimonio de Derick Sington, uno de los primeros oficiales que entraron en el campo, citado en *ibid.*, p. 85.

INFIERNO

[15]Hitchcock, *Bitter Road*, p. 301; Lowe, *Savage Continent*, p. 85.
[16]Lowe, *Savage Continent*, p. 27.
[17]Walter Lacqueur, *Europe since Hitler. The Rebirth of Europe,* Harmondsworth, Penguin Books, 1982, p. 16. [Hay trad. cast.: *Europa después de Hitler*, Barcelona, Grijalbo, 1973].
[18]Timothy Snyder, *Bloodlands*, Londres, Bodley Head, 2010, p. 251.
[19]Mark Mazower, *Dark Continent. Europe's Twentieth Century*, Londres, Allen Lane, 1998, p. 222. [Hay trad. cast.: *La Europa negra*, traducción de Guillermo Solana, Valencia, Barlin, 2021].
[20]En 1939, la población de Europa —sin contar los países no combatientes (es decir, Suiza, Suecia, España, Portugal, Irlanda, Liechtenstein, Andorra y el Vaticano), pero incluyendo las repúblicas europeas de la Unión Soviética— rondaba los 503 millones. Por tanto, los noventa millones de personas asesinadas o desplazadas representan el 18 por ciento de la población europea. En <https://en.wikipedia.org/wiki/List_of_countries_by_population_in_1939> se ofrece una lista de países con su población en 1939.
[21]Deuteronomio, 5, 9.
[22]Véase Timothy Garton Ash, *The File: A Personal History*, Londres, Atlantic Books, 2009. [Hay trad. cast.: *El expediente: una historia personal*, traducción de Antoni Puigròs, Barcelona, Tusquets, 1999].

OSTEN

[23]Según *Petzolds Gemeinde- und Ortslexikon*, era uno de los tres pueblos con el nombre de Osten que había en el Reich alemán en 1911. Véase Hermann Pelocke, *Petzolds Gemeinde- und Ortslexikon des Deuschen Reiches*, Bischofswerda, E. H. Petzold, 1911.
[24]Véase la útil historia local de Edmund Makowski, *Dzieje Wągrowca*, Poznań, Wydawnictwo WBP, 1994.
[25]Mazower, *Dark Continent*, p. 220; se trata de una cita de Carl Tighe, *Gdańsk. National Identity in the Polish-German Borderlands*, Londres, Pluto Press, 1990, p. 197.
[26]Hans Graf von Lehndorff, *Ostpreussisches Tagebuch. Aufzeichnung eines Arztes aus den Jahren 1945-1947*, München, DTV, 1981, pp. 75-77.
[27]*Ibid.*, p. 302.
[28]W. H. Auden, «September 1, 1939»; véase <https://poets.org/poem/september-1-1939>. [Hay trad. cast.: «1 de septiembre de 1939», en *Canción de cuna y otros poemas*, traducción de Eduardo Iriarte, Barcelona, Debolsillo, 2007].
[29]Cita de Mazower en *Dark Continent*, pp. 225-226, extraída del excelente *Children of Europe*, de Dorothy Macardle, Boston, The Beacon Press, 1951.

CERO PERIÓDICO

[30]Evan Mawdsley, *The Russian Civil War*, Boston/Londres, Allen y Unwin, 1987. [Hay trad. cast.: *Blancos contra rojos. La guerra civil rusa*, traducción de Cristina García García, Madrid, Desperta Ferro, 2017]; véase también <https://www.guinnessworldrecords.com/world-records/highest-death-toll-from-a-civil-war>.
[31]El último hermano del bosque, August Sabbe, murió cuando el KGB intentó detenerlo en 1978. Lowe, *Savage Continent*, pp. 340-358.
[32]Véase Anne Applebaum, *Gulag. A History*, Londres, Allen Lane, 2003. [Hay trad. cast.: *Gulag: historia de los campos de concentración soviéticos*, traducción de Magdalena Chocano Mena, Barcelona, Debate, 2019].
[33]Timothy Garton Ash, *The Uses of Adversity*. *Essays on the Fate of Central Europe*, Nueva York, Random House, 1989, pp. 196-198.

DE PADRES Y PATRIAS

[34]Citado en Alex Kershaw, *The First Wave. The D-Day Warriors Who Led the Way to Victory in World War II*, Nueva York, Caliber, 2019, p. 263.
[35]Me baso en las entrevistas que realicé a mi padre en 2011. Véase también la necrológica del *Daily Telegraph* del 16 de julio de 2014. Según recordaba mi padre, el grupo de avanzada del regimiento Green Howard desembarcó unos minutos después de la Hora H, las 7.25. A partir de numerosas fuentes británicas, el historiador local Jean-François le Cuziat deduce que debió de producirse entre las 7.30 y las 7.37.

EL MOTOR DEL RECUERDO

[36]Información tomada de la *Gazeta Wyborcza*, DF, 21 de julio de 2008, complementada con datos aportados por Jarosław Kurski.
[37]Véase, por ejemplo, <https://www.bu.edu/jewishstudies/2017/07/10/elie-wiesel-a-retrospective-week-3/>. El papa Francisco también citó esas palabras al recibir el Premio Carlomagno en 2016 (<https://www.agensir.it/europa/2016/05/07/the-pope-calls-for-a-memory-transfusion-for-europe-to-build-bridges-not-walls/>).

DIVIDIDA (1961-1979)

[38]Los datos sobre la ocupación estudiantil de la Politécnica de Atenas proceden de Kostis Kornetis, *Children of the Dictatorship. Student Resistance, Cultural Politics, and the “Long 1960s” in Greece*, Nueva York-Oxford, Berghahn Books, 2016.

[39]*Ibid.*, p. 259. *Europe of the Dictators*.

[40]Elizabeth Wiskemann, *Europe of the Dictators*, Londres, Collins, 1966. [Hay trad. cast.: *La Europa de los dictadores (1919-1945)*, traducción de Mercedes Abad, Madrid, Siglo Veintiuno, 1994].

[41]Cálculos propios basados en datos del Banco Mundial de 1973, <https://data.worldbank.org/indicator/sp.pop.totl?end=1973&most_recent_value_desc=true&start=1960>. Se contaron como dictaduras los siguientes países: Albania, Alemania (del Este), Armenia, Azerbaiyán, Bulgaria, Checoslovaquia, España, Georgia, Grecia, Hungría, Polonia, Portugal, Rumanía, la Unión Soviética y Yugoslavia.

[42]Tony Judt, *Postwar. A History of Europe Since 1945*, Londres, William Heinemann, 2005, p. 507. [Hay trad. cast.: *Postguerra: una historia de Europa desde 1945*, traducción de Jesús Cuéllar y Victoria Eugenia Gordo, Madrid, Taurus, 2006].

[43]David Birmingham, *A Concise History of Portugal*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993, p. 162. [Hay trad. cast.: *Historia de Portugal*, traducción de María Ángeles Martínez García, Cambridge, Cambridge University Press, 1995].

[44]Paul Preston, *Franco*, Londres, Fontana Press, 1995, p. 753. [Hay trad. cast.: *Franco: caudillo de España*, traducción de Teresa Camprodón y Diana Falcón, Barcelona, Debate, 2022]. El uso no oficial del saludo en actos políticos y militares solo desapareció tras la dimisión de Carlos Arias Navarro, presidente de Gobierno designado por Franco, y el nombramiento de Adolfo Suárez para ese cargo por el rey de España, Juan Carlos I, el 3 de julio de 1976. Véase también Paloma Aguilar, *Memory and Amnesia: The Role of the Spanish Civil War in the Transition to Democracy*, Nueva York, Berghahn Books, 2002. [*Memoria y olvido de la Guerra Civil Española*, Madrid, Alianza Editorial, 1996].

[45]ABC, 21 de noviembre de 1973, p. 27; ABC *Sevilla*, 21 de noviembre de 1973, p. 33.

[46]Jonathan Keates, comunicación personal al autor.

[47]Para una información más detallada de las elecciones legislativas de 1973, véase <http://archive.ipu.org/parline-e/reports/arc/PORTUGAL_1973_E.PDF>, de la Unión Interparlamentaria.

[48]La última vez que había habido tantos estudiantes detenidos fue en 1956. Guya Accornero, «A mobilização estudantil no processo de radicalização política durante o Marcelismo», *Análise Social*, vol. 48, n.º 208, 2013, pp. 572-591.

[49]Véase el artículo 372 del Código Penal de 1886: <https://www.fd.unl.pt/Anexos/Investigacao/1274.pdf>.
[50]En YouTube se le puede ver contoneándose en 1973 (<https://www.youtube.com/watch?v=-vQ0dTCU1x8>) y en 1974 (<https://www.youtube.com/watch?v=6_aKTXaweKc>).
[51]Para ser precisos, solo dice *bleibst Du bei mir*, que puede significar «quédate conmigo» o «quédate en mi casa», pero creo que los lectores convendrán en que, dado el contexto, sus intenciones lascivas son muy claras.
[52]La página web del proyecto de investigación Devuélveme la Voz, de la Universidad de Alicante, ofrece información sobre la censura en la música, <https://devuelvemelavoz.ua.es/es/censura/la-censura-musical-durante-el-franquismo.html>.
[53]En una entrevista con su nieta, ambos dijeron que su inquietud al cruzar la frontera oyendo música alemana se debía a que se habían acostumbrado a actuar con total libertad. «No estábamos seguros de lo que estaba mal visto y lo que no —afirmó Julia—, siempre íbamos con cuidado, no queríamos crearnos problemas sin necesidad ni creárselos a nuestras familias». Comunicación personal de Sonia Cuesta Maniar.
[54]*Children of the Dictatorship*, pp. 257-258.
[55]*Paris-Match*, 8 de agosto de 1970.
[56]Los datos de este párrafo están tomados de «Durão Barroso: 40 anos de política intensa'», SOL, 2 de julio de 2015, <https://sol.sapo.pt/artigo/400384/durao-barroso-40-anos-de-politicaintensa>, y «Despertei para a política com as críticas do "Paris-Match" à ditadura», *Expresso,* 7 de agosto de 2008, <https://expresso.pt/dossies/dossiest_actualidade/ dos_salazar_caiu_40anos/despertei-para-a-politica-com-as-criticas-do-paris-match-a-ditadura=f387525>.
[57]Javier Solana comenta en diversas entrevistas que las dos detenciones de su hermano Luis, vinculado al PSOE desde mediados de los años cincuenta, le hicieron comprender la realidad de la represión franquista y que, por tanto, fueron fundamentales en su evolución política. Véase, por ejemplo, «Solana fought to stop Spain joining Nato – now he runs it», *The Independent*, 3 de diciembre de 1995, <https://www.independent.co.uk/news/world/solana-foughtto-stop-spain-joining-nato-now-he-runs-it-1523857.html>, y «Entrevista a Javier Solana», *Política Exterior*, 21 de septiembre de 2004, <https://www.politicaexterior.com/articulo/entrevista-a-javier-solana/>.
[58]Stephen Wall, *Reluctant European. Britain and the European Union from 1945 to Brexit*, Oxford, Oxford University Press, 2020, nota al pie 4 de la p. 141. Wall confirma que obtuvo el dato directamente de la fuente.
[59]Fintan O'Toole, *We Don't Know Ourselves. A Personal History of Ireland Since 1958*, Londres, Head of Zeus, 2021, p. 239.

EUROPAS

[60]Véase la galería de fotos en la web del autor, <www.timothygartonash.com>.

[61]Thomas Mann, *Schriften zur Politik*, Frankfurt, Suhrkamp Verlag, 1973, pp. 204-206.

[62]<https://www.italianieuropei.it/>.

[63]Jerzy Jedlicki, *A Suburb of Europe. Nineteenth-century Polish Approaches to Western Civilization*, Budapest, Central European University Press, 1999.

[64]Antonio Tabucchi, *Declares Pereira. A True Account*, Londres, The Harvill Press, 1995, p. 39. [Hay trad. cast.: *Sostiene Pereira,* traducción de Carlos Gumpert y Xavier González Rovira, Anagrama, Barcelona, 1995].

[65]Véase Timothy Garton Ash, *In Europe's Name*. *Germany and the Divided Continent*, Londres, Jonathan Cape, 1993, p. 606.

[66]La anécdota se relata con detalle en Volkan Ipek, *North Africa, Colonialism and the* EU, Cham, Palgrave Pivot, 2020, especialmente en pp. 1-6 y 106. En sentido estricto, esa no fue la justificación formal que dio la Comunidad Europea para denegar la solicitud, sino la preocupación por el calendario y la difícil situación en su seno.

[67]Véase Larry Wolff, *Inventing Eastern Europe. The Map of Civilization on the Mind of the Enlightenment*, Stanford, Stanford University Press, 1994.

[68]Gonzague de Reynold, *Qu'est ce que l'Europe? La formation de l'Europe*, vol. I, Friburgo, Egloff, 1948, especialmente las pp. 54-55. [Hay trad. cast.: *¿Qué es Europa?*, vol. 1 de *La formación de Europa,* Pegaso, Madrid, 1947].

[69]Véase Michael Farr, *Tintin: The Complete Companion*, Londres, John Murray, 2001, p. 24.

ESTAR AHÍ

[70]La cifra procede del *Anuario de estadísticas de turismo de España: 1993*, del Ministerio de Comercio y Turismo, cuyas cifras oficiales se remontan a 1950. Véase Carmelo Pellejero Martínez, *Evolución de los movimientos turísticos fronterizos y de las demandas hotelera y extrahotelera en España a lo largo del siglo* XX, <https://www.usc.es/estaticos/congresos/histec05/b15_pellejero.pdf>.

[71]Citado en Norman Davies, *Europe. A History*, Oxford, Oxford University Press, 1996, p. 1066. El Consejo de Europa publicó en facsímil el protocolo del congreso celebrado en La Haya: Consejo de Europa, *Congress of Europe. The Hague, 7-11 May 1948*, Estrasburgo, Council of Europe Publishing, 1999.

CALEIDOTAPIZ

[72]Maria A. Ceppari Ridolfi, Marco Ciampolini, Patrizia Turrini, eds., *The Palio and Its Image. History, Culture and Representation of Siena's Festival*, Siena, Banca Monte dei Paschi di Siena, 2001, p. 32.
[73]Mann, *Schriften zur Politik*, pp. 204-206.

HAMLET Y EL «YELLOW SUBMARINE»

[74]Jürgen Trabant, «Babel oder das Paradies – die Sprachen Europas», en Etienne François y Thomas Serrier, eds., *Europa. Die Gegenwart unserer Geschichte*, vol. II., Darmstadt, wbg Theiss, 2019, p. 449.
[75]Citado por Trabant, «Babel oder das Paradies», p. 454.
[76]John Connelly lo explica con gran maestría en *From Peoples into Nations. A History of Eastern Europe*, Princeton, Princeton University Press, 2020.
[77]Alija Isaković, *Rječnik karakteristične leksike u bosanskome jeziku* («Diccionario del léxico característico de la lengua bosnia»), Sarajevo, Bambi, 1992, p. 7.
[78]Aunque a menudo se atribuye la frase a Max Weinreich, al parecer este citaba las palabras de otra persona.
[79]Al parecer Umberto Eco pronunció esas palabras en una conferencia que dio en el congreso *Assises de la traduction littéraire*, organizado por ATLAS, en Arlés el 14 de noviembre de 1993.
[80]Jacek Trznadel, *Polski Hamlet. Kłopoty z działaniem*, París, Libella, 1988.
[81]Sobre todo este párrafo, véase *Russian Hamlet(s)*, de Katya Rogatchevskaia, <https://blogs.bl.uk/european/2016/08/russian-hamlet-.html>.
[82]Ferdinand Freiligrath, *Hamlet*, <http://www.zeno.org/Literatur/M/Freiligrath,+Ferdinand/Gedichte/Ein+Glaubensbekenntnis/2./Hamlet>. Véase también Ruth J. Owen, ed., *The Hamlet Zone. Reworking Hamlet for European Cultures*, Newcastle, Cambridge Scholars, 2012.
[83]Mann pronunció estas palabras por primera vez en «Goethe y democracia», el título de la conferencia tayloriana que ofreció en Oxford en 1949. «Goethe und Demokratie», en Thomas Mann, *Über deutsche Literatur. Ausgewählte Essays, Reden und Briefe*, Leipzig, Reclam, 1975, p. 116.
[84]Véase *Eurobarómetro especial 386: Los europeos y sus lenguas,* <https://data.europa.eu/data/datasets/s1049_77_1_ebs386?locale=es>.
[85]*Ibid.*, véase *Eurobarómetro especial 386*, pp. 13-15, <https://op.europa.eu/en/publication-detail/-/publication/

f551bd64-8615-4781-9be1-c592217dad83>.

[86]El 38 por ciento, para ser exactos; véase *Eurobarómetro especial 386*, p. 19, <https://op.europa.eu/en/publication-detail/-/publication/f551bd64-8615-4781-9be1-c592217dad83>.

[87]«Attlee child refugee recalls "extraordinary love" 9 of family», *The Guardian*, 21 de noviembre de 2018, <https://www.theguardian.com/world/2018/nov/21/attlee-child-refugee-recalls-extraordinary-love-of-family?CMP=Share_iOSApp_Other>.

[88]Davies, *Europe*, p. 1005.

[89]Robert McCrum, *Globish. How the English Language Became the World's Language*, Londres, Viking, 2010; sobre el *worldspeak*, Nicholas Ostler, *The Last Lingua Franca. English Until the Return of Babel*, Londres, Allen Lane, 2010, p. 269.

[90]Ostler, *ibid.*, p. 227.

[91]Véase «The Magic Lantern», el tercer episodio de *Freedom's Battle*, mi documental de 1999 para la BBC.

ROMA

[92]Véanse Richard J. A. Talbert, *Rome's World. The Peutinger Map Reconsidered*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, y esta excelente versión en línea del mapa: <https://peutinger.atlantides.org/map-a/>.

[93]Véase el índice en <https://www.tabula-peutingeriana.de/list.html?alfa=a#A>.

[94]Mann, *Schriften zur Politik*, p. 206.

[95]Johann Wolfgang von Goethe, *Italienische Reise*, anotación del 3 de diciembre de 1786.

[96]Véase Bronisław Geremek, *The Common Roots of Europe*, Cambridge, Polity Press, 1996, especialmente los capítulos 3 y 4.

[97]Esto ocurrió durante una visita de nuestro grupo de trabajo (con el bochornoso nombre de Grupo de Personas Eminentes) en representación del Consejo de Europa. Véase también nuestro informe: <https://book.coe.int/en/european-debates/5822-pdf-living-together-combiningdiversity-and-freedom-in-21st-century-europe-report-of-the-group-of-eminentpersons-of-the-council-of-europe.html#>.

[98]<https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Europa_Polyglotta.jpg>.

[99]Véase el texto en <https://es.wikisource.org/wiki/Tratado_de_la_Uni%C3%B3n_Europea_(2010):_Pre%C3%A1mbulo>.

[100]Véase la encuesta realizada por el Centro de Investigación Pew en 2017: <https://www.pewresearch.org/religion/2018/05/29/being-christian-in-western-europe/pf_05-29-18_religion-western-europe-00-00/>.

[101]John Anthony McGuckin, citado por Diarmaid MacCullough en

«The Vitality of Orthodoxy», *New York Review of Books*, 2 de julio de 2020, <https://www.nybooks.com/articles/2020/07/02/vitality-orthodox-church/>.

[102]Alison Cunningham, citado en James Mullen y Richard Munson, *The Smell of the Continent. The British Discover Europe*, Londres, Pan, 2010, p. 54.

[103]Véase Julia M. Smith, *Europe after Rome. A New Cultural History 500-1000*, Oxford, Oxford University Press, 2005, pp. 257-258.

[104]*Ibid*., p. 276.

[105]Voltaire, «Essai sur les moeurs et l'esprit des nations», en Louis Moland, *Oeuvres complètes de Voltaire*, París, Garnier, 1878, pp. 539-543.

[106]Véase «Rede von Bronisław Geremek», 21 de mayo de 1998, en <https://www.karlspreis.de/de/preistraeger/bronislaw-geremek-1998/rede-vonbronislaw-geremek>.

[107]Peter H. Wilson, *Heart of Europe. A History of the Holy Roman Empire*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 2016, p. 33.

[108]Smith, *Europe after Rome*, pp. 277-280.

[109]Geoffrey Hosking, *Russia: People and Empire. 1552-1917*, Londres, HarperCollins, 1997, pp. 5-6.

[110]Los datos de este párrafo están tomados de Wilson, *Heart of Europe*, pp. 161-163, y Andrew Roberts, *Napoleon the Great*, Londres, Penguin Books, 2015, pp. 354-356 y 361-362. [Hay trad. cast.: *Napoleón: una vida*, traducción de Diego Pereda Sancho, Madrid, Ediciones Palabra, 2016]).

[111]Wilson, *Heart of Europe*, p. 21.

[112]Palabras de un discurso pronunciado en Trieste el 20 de septiembre de 1920, reproducidas por Paul Betts en *Ruin and Renewal. Civilising Europe After the Second World War*, Londres, Profile Books, 2020, p. 228.

[113]Henry Picker, *Hitlers Tischgespräche im Führerhauptquartier*, München, Wilhelm Goldmann Verlag, München 1979, pp. 58-59, 101-102 y 165-166. Heinrich Himmler conmemoró la muerte de su tocayo otoniano Enrique I con una *Heinrichs-feier* anual de las SS en el castillo de Quedlinburg. Wilson, *Heart of Europe*, p. 677 y figura 33.

[114]El discurso de Spaak está en <https://www.cvce.eu/obj/%20discours_de_paul_henri_spaak_a_l_occasion_de_la_signature_des_traites_de_rome_r%20ome_25_mars_1957-fr-0d9aa0d0-ac45-43af-afd0-6ab08ddd3590.html>; el de Luns en <https://www.cvce.eu/en/obj/%20address_given_by_joseph_luns_at_the_ceremony_held_to_mark_the_signing_of_the%20_rome_treaties_rome_25_march_1957-%20en-897c0a02-4e66-445f-82ad-5939f78008f0.html>, y el de Adenauer en <https://www.cvce.eu/en/obj/address_given_by_konrad_adenauer_at_the_ceremony_held_to_mark_the_signing_of_the

en-6dfd9f25-cae7-49b3-a932-023d40fc483c.html>.
[115]Véase, por ejemplo, el mapa 1 en Wilson, *Heart of Europe*. Las principales diferencias estribaban en que la Comunidad Europea de los años sesenta incluía el sur de Italia, pero no Cataluña ni territorios adyacentes del norte de España (la Marca Hispánica carolingia), y tampoco una buena parte de Centroeuropa (Alemania del Este y Checoslovaquia).
[116]Walter Scheidel, *Escape from Rome. The Failure of Empire and the Road to Prosperity*, Princeton, Princeton University Press, 2019, pp. 15 y 501.
[117]Wilson, *Heart of Europe*, pp. 685-686.

EL OCCIDENTE DE LA GUERRA FRÍA

[118]Véase Timothy Garton Ash, *Facts Are Subversive. Political Writing from a Decade Without a Name*, New Haven, Yale University Press, 2010, p. 349.
[119]Véase Betts, *Ruin and Renewal*, pp. 223-224.
[120]Garton Ash, *In Europe's Name*, pp. 8-11.
[121]«The Night New York Saved Itself from Bankruptcy», *The New Yorker*, 16 de octubre de 2015 <https://www.newyorker.com/news/news-desk/the-night-new-york-saved-itself-from-bankruptcy>.
[122]Citado en Walter Isaacson, *Kissinger. A Biography*, Nueva York, Simon & Schuster, 1992, pp. 673-674.
[123]John M. Roberts, *The Hutchinson History of the World*, Londres, Hutchinson, 1976, pp. 1063 y 1081.
[124]En el Atlas del Banco Mundial de 1977, que abarca de 1974 a 1976, se asegura que en 1975 el PIB per cápita de la República Democrática Alemana era superior al del Reino Unido: de 3.910 dólares frente a 3.780, <https://documents1.worldbank.org/curated/en/466511468739793087/pdf/multi0page.pdf>
[125]Se publicó en 1983 tanto en francés como en inglés (en castellano se publicó en 1985).
[126]Véase Timothy Garton Ash, «*Und Willst Du Nicht Mein Bruder Sein…*». *Die* DDR *heute*, Hamburgo, Rowohlt, 1981.
[127]François Mauriac, «J'aime tellement l'Allemagne que je suis ravi qu'il y en ait deux», <https://www.monde-diplomatique.fr/mav/116/>.
[128]«A minister in the midst of a storm – Douglas Hurd, The Foreign Secretary talks to Timothy Garton Ash», *The Independent*, 22 de diciembre de 1989.

FRIEDRICHSTRASSE, ESTE

[129]Se da más información en el artículo, excesivamente alegre, que escribí para el *Spectator*, «Albania's theatre of the absurd», publicado el 30 de septiembre de 1978, <http://archive.spectator.co.uk/article/30th-september-1978/11/albanias-theatre-of-the-absurd>. Si bien para los demás tiene escaso interés o valor, para mí posee un valor sentimental por ser el primer artículo que publiqué.
[130]Aunque tiene forma de poema, procede de la «Carta abierta a los artistas y escritores alemanes», escrita en septiembre de 1951, en la que se defienden con vehemencia la unificación alemana y la libertad de expresión, salvo cuando se utilice para ensalzar la guerra y el odio étnico. Véase Garton Ash, «*Und Willst Du Nicht Mein Bruder Sein…*», p. 33.
[131]Citado en «Philip Roth, Patriot», *The New Yorker*, 13 de noviembre de 2017, <https://www.newyorker.com/magazine/2017/11/13/philip-roth-patriot>. [La cita en castellano está tomada de *Lecturas de mí mismo*, traducción de Jordi Fibla, Barcelona, Literatura Random House, 2011].
[132]Como ya he mencionado, en el Atlas del Banco Mundial de 1977, que abarca de 1974 a 1976, se indica que en 1975 el PIB per cápita de la República Democrática Alemana era superior al del Reino Unido: de 3.910 dólares frente a 3.780 (<https://documents1.worldbank.org/curated/en/466511468739793087/pdf/multi0page.pdf>).
[133]Heródoto, *The Histories*, 7, 152 [la traducción en castellano es de Carlos Schrader, *Historia. Libros VI y VII*, Barcelona, RBA-Gredos, 2021], y véase Mabel L. Lang, «Herodotus: Oral History with a Difference», *Proceedings of the American Philosophical Society,* vol. 128, n.º 2, pp. 93-103.
[134]Véase Timothy Garton Ash, *The Polish Revolution. Solidarity*, 3.ª ed., New Haven-Londres, Yale University Press, 2002, p. 32.

EN ASCENSO (1980-1989)

LA BATALLA POR LA LIBERTAD

[135]Para este párrafo y los siguientes, véase la tercera edición de mi *The Polish Revolution*, que he cotejado y complementado con las anotaciones de mis cuadernos de aquella época.
[136]*Ibid.,* p. 321.
[137]*Ibid.,* p. 49. La fuente original de esta anécdota es Kazimierz Nowosielski, un historiador de la literatura de Gdansk; véase «Dwie kartki», *12 Punkt. Almanach Gdańskich Środowisk Twórczych*, Gdansk, 1980, pp. 273-279.
[138]Frase tomada del «Informe sobre la investigación del movimiento campesino en Hunan», de Mao Zedong, de 1927, citada en Adam Roberts y Timothy Garton Ash, *Civil Resistance and Power Politics*,

Oxford, Oxford University Press, p. 376.

[139]Véase Alan J.P. Taylor, *Revolutions and Revolutionaries*, Oxford, Oxford University Press, Oxford 1981, p. 17. [Hay trad. cast.: *Revoluciones y revolucionarios*, traducción de Carlos Lagarriga, Barcelona, Planeta, 1990].

[140]Citado en Garton Ash, *Polish Revolution*, p. 26.

[141]Tomado de una carta escrita en la cárcel en 1985; véase Adam Michnik, *Letters from Prison and Other Essays*, Berkeley, University of California Press, 1985, pp. 86-87.

[142]Citado por Aleksander Smolar en Roberts y Garton Ash, *Civil Resistance in Power Politics*, p. 136.

[143]Estas dos citas están tomadas del reportaje realizado por Johnny O’Reilly en Minsk, «Belarus protests: Putin threatens to intervene as 200,000 gather to oppose Lukashenko», *The Times*, 17 de agosto de 2020.

[144]Véase <https://lyricstranslate.com/en/lestaca-stake.html>, con un enlace a una grabación de audio de «L’estaca».

[145]Véase <https://lyricstranslate.com/en/mury-walls.html-4>.

[146]Véase <https://www.youtube.com/watch?v=zdNnxQSmqAI>.

[147]Geremek, *The Common Roots of Europe*, cap. 5.

[148]Véase mi relato como testigo presencial en Garton Ash, *Uses of Adversity*, p. 46 y ss.

1984

[149]Véase *Pravda*, 4 de julio de 1984. La falsificación se aprecia aún con mayor claridad en la portada de *Izvestia* del 4 de julio de 1984.

[150]Incluso en una conversación privada, el historiador soviético Viacheslav Dashischev, hombre franco y relativamente liberal, me diría, con un destello en los ojos: «Ese documento no consta en nuestros archivos».

[151]A efectos de investigación histórica, la edición más útil, con diferencia, de *Nineteen Eighty-Four* es la edición crítica de Bernard Crick publicada en 1984 por Oxford University Press bajo el sello de Clarendon Press. La famosa frase está tomada de las pp. 186 y 373 de dicha edición. George Orwell, *Nineteen Eighty Four*, Bernard Crick, ed., Oxford, Oxford University Press, 1984. [Esta cita de *1984*, como el resto, está extraída de la traducción de Miguel Temprano García, Barcelona, Lumen, 2016].

[152]*Ibid.*, p. 198. Crick destaca el uso irónico de la palabra «libre».

[153]*Ibid.*, p. 185.

[154]Publicado por primera vez en 1982. En un detalle apocalíptico muy apropiado, la cubierta de mi edición en rústica es negra casi por completo. Jonathan Schell, *The Fate of the Earth*, Londres, Picador, 1982.

[155]Gordon S. Barrass, *The Great Cold War. A Journey Through the Hall of Mirrors*, Stanford, Stanford University Press, 2009, pp. 1-2.
[156]Véase Rodric Braithwaite, *Armageddon and Paranoia. The Nuclear Confrontation,* Londres, Profile Books, 2019, pp. 352-355.
[157]*Ibid.*, p. 355.
[158]K. A. (Tony) Bishop, «A View of Chernenko», 4 de julio de 1984, PRO PREM 19/1934, citado por William Taubman, *Gorbachev. His Life and Times*, Londres, Simon & Schuster, 2018, pp. 192-193. [Hay trad. cast.: *Gorbachov. Vida y época*, traducción de Jaime Collyer, Barcelona, Debate, 2018].
[159]Publicado por primera vez en Estados Unidos en 1970. La publicación sin permiso del libro fuera del país constituía un delito según la legislación soviética.
[160]Véase «Press conference with Natan Sharansky, Israel's minister for trade and industry», *Official Kremlin International News Broadcast*, 29 de enero de 1996.
[161]Véase Alexander Zinoviev, *Homo Sovieticus*, Londres, Paladin, 1985, publicado en Francia ya en 1982.
[162]Milan Kundera, *The Book of Laughter and Forgetting*, Londres, Penguin Books, 1983, p. 3. [Hay trad. cast.: *El libro de la risa y el olvido*, traducción de Fernando de Valenzuela, Barcelona, Seix Barral, 1996].
[163]Véase el discurso que Honecker pronunció con ocasión del trigésimo quinto aniversario de la República Democrática Alemana. «In der DDR haben für alle Zeit Fortschritt und Frieden, Völkerverständigung und Solidarität eine sichere Heimstatt», *Neues Deutschland*, 8 de octubre de 1984.
[164]En este párrafo me baso en Connelly, *Peoples into Nations*, pp. 678-681, complementado con Dennis Deletant, *Ceauşescu and the Securitate. Coercion and Dissent in Romania, 1965-1989*, Londres, Hurst, 1995.
[165]Citado por Connelly, *ibid.*, p. 708, a partir de George Konrád, «Wir schauspielern alle in ein und demselben Stück», en István Futaky, *et al.*, eds., *Ungarn. Ein kommunistisches Wunderland?*, Reinbek, Spiegel Verlag, 1983, p. 12.
[166]Véase Garton Ash, *Uses of Adversity*, pp. 252-255.

SESENTAYOCHISTAS Y POSTSESENTAYOCHISTAS

[167]Véase Maren Röger, «Gnade der späten Geburt», en Torben Fischer y Matthias N. Lorenz, eds., *Lexikon der "Vergangenheitsbewältigung" in Deutschland. Debatten- und Diskursgeschichte des Nationalsozialismus nach 1945*, Bielefeld, Transcript, 2015, pp. 247-248.
[168]Bernard Guetta, *Dans l'ivresse de l'Histoire*, París, J'Ai Lu/ Flammarion, 2017, pp. 53-59.

[169]Véase el artículo de Jürgen Habermas «Der Marsch durch die Institutionen hat auch die CDU erreicht», *Frankfurter Rundschau*, 11 de marzo de 1988.
[170]Hannah Arendt a Karl Jaspers, carta del 26 de junio de 1968, citada en la introducción de una excelente sección especial de la *American Historical Review*: «AHR Reflections: 1968. Introduction», *The American Historical Review*, vol. 123, n.º 3, 2018, pp. 706-709. Esta cita está sacada de la p. 706.
[171]Publicado por primera vez en «Revolutionaries», *New York Review of Books*, 10 de febrero de 2010, <https://www.nybooks.com/online/2010/02/10/revolutionaries/>, y ahora en Tony Judt, *The Memory Chalet*, Londres, William Heinemann, 2010, pp. 119-127. [Hay trad. cast.: *El refugio de la memoria*, traducción de Juan Ramón Azaola, Madrid, Taurus, 2014].
[172]Véase Garton Ash, *Facts Are Subversive*, p. 52.
[173]James Fenton, «A German Requiem», <https://www.poemhunter.com/poem/a-german-requiem/>.
[174]Para esta cita, véase el discurso pronunciado en Zúrich por Winston Churchill el 19 de septiembre de 1946, citado en Marco Duranti, «"A Blessed Act of Oblivion". Human Rights, European Unity and Postwar Reconciliation», en Birgit Schwelling, ed., *Reconciliation, Civil Society, and the Politics of Memory. Transnational Initiatives in the 20th and 21st Century*, Bielefeld, Transcript Verlag, 2012, pp. 115-140. La frase reproducida está tomada de las pp. 115-116. Véase también Timothy Garton Ash, *History of the Present. Essays, Sketches, and Dispatches from Europe in the 1990s*, Nueva York, Vintage Books, 2001, pp. 258-259.
[175]Citado en James J. Sheehan, *Where Have All the Soldiers Gone? The Transformation of Modern Europe*, Boston, Houghton Mifflin, 2008, p. 179.
[176]Véase su libro *Bildung ist Bürgerrecht. Plädoyer für eine aktive Bildungspolitik*, Bramsche-Osnabrück, Nannen Verlag, 1965.
[177]Entrevista al ministro de Asuntos Exteriores polaco Witold Waszczykowski en *Bild*: «Haben die Polen einen Vogel?», *Bild*, 3 de enero de 2016, <https://www.bild.de/politik/ausland/polen/hat-die-regierungeinen-vogel-44003034.bild.html>.
[178]Tom Holland, *Dominion. The Making of the Western Mind*, Londres, Abacus, 2020, p. 519. [Hay trad. cast.: *Dominio. Una nueva historia del cristianismo*, traducción de Joan Eloi Roca, Barcelona, Ático de los Libros, 2020].
[179]Holland (*ibid.*, p. 446) describe el punto de vista del pintor Otto Dix en las trincheras durante la Primera Guerra Mundial.
[180]Citado en una obra muy interesante de historia oral sistemática: Robert Gildea, James Mark y Anette Warring, eds., *Europe's 1968. Voices of Revolt*, Oxford, Oxford University Press, 2017, p. 333.
[181]*Ibid.*, p. 243.

[182]Véase Garton Ash, *In Europe's Name*, pp. 231-243 y tabla de pp. 660-661.

[183]Véase Judt, *Postwar*, p. 334.

[184]Véase Geert Mak, *In Europe. Travels through the Twentieth Century*, Londres, Vintage Books, 2008, p. 686. [Hay trad. cast.: *En Europa: Un viaje por el siglo* XX, traducción de Goedele de Sterck, Barcelona, Destino, 2006].

[185]Para el contexto, véase «Wie Menschen, nur anders», *Zeit Online*, 15 de junio de 2016, <https://www.zeit.de/kultur/2016-06/max-frisch-norbert-bluem-fluechtlinge-kiyaks-deutschstunde>.

[186]Françoise Rembauville-Nicolle, *Guide bilingue ménager à l'usage des employées de maison espagnoles,* París, Les Presses de la Cité, 1964, citado en Peter Gatrell, *The Unsettling of Europe. The Great Migration, 1945 to the Present*, Londres, Allen Lane, 2019, pp. 222 y 489.

[187]El colega de Charles de Gaulle era Alain Peyrefitte. Véase Alain Peyrefitte, *C'était de Gaulle*, vol. 1, París, Fayard, 1994, cap. 6.

[188]Véase <https://www.trouvetamosquee.fr/mosquees/colombey-les-deux-eglises-52/>.

[189]Gatrell, *The Unsettling of Europe,* p. 154.

[190]Esta cifra (para ser exactos, el 17,3 por ciento) la da Judt en *Postwar*, p. 337.

[191]Patrick R. Ireland, «Socialism, Unification Policy and the Rise of Racism in Eastern Germany», *The International Migration Review*, vol. 31, n.º 3, 1997, p. 547, nota al pie 5.

[192]Véase Frankfurt, *Statistisches Jahrbuch Frankfurt am Main 1989*, Frankfurt, Bürgeramt Stadt Frankfurt am Main, 1989, p. 7.

[193]Según el sociólogo Andrzej Sakson, en los años ochenta el 98 por ciento de la población era de etnia polaca. Los principales grupos minoritarios eran los formados por alemanes, ucranianos y bielorrusos. Andrzej Sakson, «Mniejszość niemiecka na tle innych mniejszości narodowych we współczesnej Polsce», *Przegląd Zachodni*, 1991, vol. 47, n.º 2, pp. 1-23. Véase también Andrzej Gawryszewski, *The Population of Poland in the 20th Century*, Varsovia, PAN 19 IGiPZ, 2005, p. 265. En el censo polaco de 2011 se identificaba como de etnia polaca un 97,1 por ciento de la población. Véase «Ludność. Stan i struktura demograficzno-społeczna – NSP 2011», <https://stat.gov.pl/spisy-powszechne/nsp-2011/nsp-2011-wyniki/ludnosc-stan-i-struktura-demograficzno-spoleczna-nsp-2011,16,1.html>.

[194]Cifras procedentes de los datos de la División de Población de Naciones Unidas sobre población migrante internacional, véase <https://www.un.org/development/desa/pd/content/international-migrant-stock>.

EL ESPECTADOR BRITÁNICO

[195]Véase <https://dickensmuseum.com/>. Para ser precisos, es el lugar donde Dickens acabó de escribir *Los papeles póstumos del Club Pickwick*.

[196]En Ian Buruma, *Voltaire's Coconuts or Anglomania in Europe*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1999, p. 286. [Hay trad. cast.: *Anglomanía: una fascinación europea*, traducción de Javier Calzada, Barcelona, Anagrama, 2001].

[197]Anne Applebaum, *Twilight of Democracy. The Failure of Politics and the Parting of Friends*, Londres, Allen Lane, 2020, p. 67. [Hay trad. cast.: *El ocaso de la democracia: la seducción del autoritarismo*, traducción de Francisco J. Ramos Mena, Barcelona, Debate, 2021].

[198]«A union we should put money on», *The Spectator*, 10 de junio de 1989, <http://archive.spectator.co.uk/article/10th-june-1989/24/the-economy>.

[199]«The drawbacks of withdrawing», *The Spectator*, 5 de abril de 1980.

[200]«Who speaks for England now?», *The Spectator*, 11 de octubre 1980.

[201]«How Thatcher's Bruges speech put Britain on the road to Brexit», *Financial Times*, 31 de agosto de 2018, <https://www.ft.com/content/0b0afe92-ac40-11e8-8253-48106866cd8a>.

[202]*The Sun*, 1 de noviembre de 1988.

[203]Para esta cita y las siguientes del texto oficial, véase <https://www.margaretthatcher.org/document/107332>.

[204]Wall, *Reluctant European*, p. 187.

[205]El discurso de Merkel (en alemán y traducido al inglés y al francés) está en <https://www.coleurope.eu/events/mrs-angela-merkel-delivered-opening-address-opening-ceremony>.

EL IMPULSO

[206]Descripción de Charles Powell, secretario privado de Margaret Thatcher, citada en Charles Moore, *Margaret Thatcher. The Authorized Biography. Volume Two. Everything She Wants*, Londres, Allen Lane, 2015, p. 238.

[207]*Ibid.*, pp. 240-241. También ahí se cita la frase de que era un hombre con quien podían «hacer negocios».

[208]<https://www.youtube.com/watch?v=pUMqic2IcWA>.

[209]Citado en Barrass, *Great Cold War*, p. 292.

[210]Cherniáiev escribió la frase en su diario el 13 de marzo de 1985; véase Anatoli Cherniáiev, *My Six Years with Gorbachev*, University Park,

Penn State Press, 2000, p. 23.
[211]Mijaíl Gorbachov, *Memoirs*, Londres, Doubleday, 1995, p. 406.
[212]Gorbachov lo mencionó en la «cumbre» en la que participé con él, Helmut Kohl y George H. W. Bush en 1999. Véase, más abajo, la nota de la página 147. Véase también Philip Zelikow y Condoleezza Rice, *Germany Unified and Europe Transformed. A Study in Statecraft*, Cambridge-London, Harvard University Press, 1995, p. 105.
[213]Para esta cita y la siguiente, véase Cherniáiev, *Six Years with Gorbachev*, p. 105.
[214]Citado en Barrass, *Great Cold War*, p. 329.
[215]Gorbachov, *Memoirs*, p. 428, donde también afirma que fue una frase espontánea.
[216]Véase Charles Grant, *Delors. Inside the House That Jacques Built*, Londres, Nicholas Brealey Publishing, 1994, pp. 61-70.
[217]Citado en *ibid.*, p. 135.
[218]Andreas Rödder, *21.0. Eine kurze Geschichte der Gegenwart*, München, C. H. Beck, 2017, p. 282.
[219]Taubman, *Gorbachev*, pp. 266-271 y 378-387.
[220]Citado y analizado en Taubman, *Gorbachev*, p. 382.
[221]Hans Magnus Enzensberger, «Die Helden des Rückzugs», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 9 de diciembre de 1989.
[222]Véase Helmut Kohl, *Erinnerungen. 1982-1990*, München, Droemer, 2005, pp. 888-891.
[223]No las menciona en la versión inglesa (véase Gorbachev, *Memoirs*, pp. 520-522). En la versión íntegra en ruso de sus memorias en línea alude de pasada a la conversación nocturna.
[224]Cherniáiev, *Six Years with Gorbachev*, p. 223.
[225]Véase Zelikow y Rice, *Germany Unified*, p. 31, y la nota al pie de la p. 381.

JOACHIM

[226]El pequeñín ha quedado inmortalizado, con su padre y conmigo, en una fotografía tomada en 1980 por una cámara oculta de la Stasi. Véase la galería de fotos en la web del autor, <www.timothygartonash.com>.
[227]Véase <https://www.viamichelin.ie/web/Maps/Map-Sopron-9400-Sopron-Hungary>.

LA CAÍDA DEL MURO

[228]León Tolstói, *War and Peace*, Londres, William Heinemann, 1971, parte IX, sección 1, pp. 654-657. [Hay trad. cast.: *Guerra y paz*, traducción de Joaquín Fernández-Valdés Roig-Gironella, Barcelona,

Alba, 2021].

[229]Para ofrecer datos precisos de estos hechos bien conocidos, sigo a Hans-Hermann Hertle, *Sofort, Unverzüglich. Die Chronik des Mauerfalls*, 2.ª ed., Berlín, Ch. Links Verlag, 2019, y a Mary Elise Sarotte, *The Collapse. The Accidental Opening of the Berlin Wall*, Nueva York, Basic Books, 2015. También he tomado de ahí información para los dos siguientes párrafos.

[230]Véase el vívido relato que el propio Johnson ofreció: «Daniel Johnson: The Berlin Wall… Seven Minutes that Shook the World», *Standpoint*, 30 de octubre de 2009, <https://historynewsnetwork.org/article/119192>.

[231]Werner Krätschell reproduce los hechos en *Die Macht der Kerzen. Erinnerungen an die Friedliche Revolution*, Berlín, Ch. Links Verlag, 2019, p. 24. He complementado el relato que ofrece ahí (publicado por primera vez, a instancias mías, por Bill Buford en *Granta 30. New Europe!*, 1990, <https://granta.com/the-state-of-europe-christmas-eve-1989/>) con información recabada en conversaciones posteriores.

[232]Véase el fascinante vídeo filmado por Georg Mascolo y el equipo de cámaras de Spiegel-TV que se encontraban en el cruce de Bornholmer Strasse aquella noche: <https://www.spiegel.de/video/mauerfall-neuerlebt-kapitel1-m911-video-99009046.html>.

[233]Estoy sumamente agradecido al Archiv für Christlich-Demokratische Politik por facilitarme una copia de la grabación de Phoenix-TV con el debate entero. Todas las citas y datos visuales proceden de dicha grabación.

[234]Taubman, *Gorbachev*, p. 464. Se ofrecen asimismo datos sobre el Politburó.

[235]Véase mi relato en Garton Ash, *Facts Are Subversive*, pp. 248-251.

[236]Para el texto completo del discurso de la victoria de Barack Obama, véase <https://www.independent.co.uk/news/world/americas/the-full-text-of-barack-obama-s-victory-speech-993008.html>.

TRIUNFANTE (1990-2007)

EL MUNDO DESPUÉS DEL MURO

[237]«Vertrag über gute Nachbarschaft, Partnerschaft und Zusammenarbeit zwischen der BRD und der UdSSR», 9 de noviembre de 1990, en <https://www.chronik-der-mauer.de/material/180429/vertrag-ueber-gute-nachbarschaft-partnerschaft-und-zusammenarbeit-zwischender-brd-und-der-udssr-9-november-1990>.

[238]Para ser preciso, fue el 1 de octubre de 1991.

[239]Citado en Charles Moore, *Margaret Thatcher. The Authorized Biography. Volume Three. Herself Alone*, Londres, Allen Lane, 2019, p.

526.
[240]Véase la galería de fotos en la web del autor, <www.timothygartonash.com>. Estoy sumamente agradecido a Andrew Riley, archivero jefe del Centro de Archivos Churchill, del Churchill College, Cambridge, por encontrar el mapa. Tanto Charles Powell, secretario privado de Thatcher, como Charles Moore, el biógrafo de la estadista, confirmaron que era ese.
[241]Charles Powell, citado por Moore en *Thatcher*. *Volume Three*, p. 502. Una nota oficial de Charles Powell dirigida a Stephen Wall confirma que Thatcher sacó el mapa del bolso en una reunión con François Mitterrand en el Consejo Europeo celebrado en Estrasburgo el 8 de diciembre de 1989. Según refirió Powell, en esa entrevista Mitterrand dijo que «temía que la primera ministra y él se hallaran en la misma situación que sus predecesores de los años treinta, quienes no reaccionaron frente a las continuas presiones de los alemanes». Patrick Salmon, Keith Hamilton y Stephen Twigge, eds., *Documents on British Policy Overseas. Series III, Vol. VII. German Unification 1989-1990*, Abingdon, Routledge, 2010, pp. 164-166.
[242]Véanse el excelente resumen de Moore, *Thatcher*. *Volume Three*, pp. 525-529; mi relato en Garton Ash, *History of the Present*, pp. 50-55, y los de Gordon A. Craig, «Die Chequers Affäre von 1990», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, vol. 39, n.º 4, 1991, pp. 609-623; Fritz Stern, *Five Germanys I Have Known*, Nueva York, Farrar, Strauss and Giroux, 2007, pp. 467-475, y George R. Urban, *Diplomacy and Disillusion at the Court of Margaret Thatcher. An Insider's View*, Londres, I. B. Tauris, 1996, pp. 118-150.
[243]Véase mi relato, más completo, en Garton Ash, *History of the Present*, pp. 83-86.
[244]Véase el relato clásico de Margaret MacMillan, *Peacemakers. Six Months that Changed the World*, Londres, John Murray, 2001. [Hay trad. cast.: *París, 1919: seis meses que cambiaron el mundo*, traducción de Jordi Beltrán, Barcelona, Tusquets, 2005].
[245]Véase el texto oficial depositado en la ONU: <https://treaties.un.org/Pages/showDetails.aspx?objid=08000002800b8042&clang=_en>.
[246]Véase George Bush y Brent Scowcroft, *A World Transformed*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1998, p. 353-6.
[247]*Ibid.*, p. 362.
[248]Citado en mi ensayo «From World War to Cold War», *The New York Review of Books*, 11 de junio de 1987, <https://www.nybooks.com/articles/1987/06/11/from-world-war-to-cold-war/>.
[249]Véase OSCE, «Carta de París para una nueva Europa», 21 de noviembre de 1990, <https://www.osce.org/files/f/documents/9/d/39521.pdf>.
[250]Bush y Scowcroft, *A World Transformed*, p. xiv.

[251]*Ibid.*, p. 253.

LA AMPLIACIÓN DE OCCIDENTE

[252]Citado en «US and Russia to hold talks over Ukraine in early January, says Putin», *Financial Times*, 23 de diciembre de 2021, <https://www.ft.com/content/481d2685-733b-47fb-b74d-b452997b672e>.

[253]Citado en M. E. Sarotte, *Not One Inch. America, Russia, and the Making of Post-Cold War Stalemate*, New Haven-London, Yale University Press, 2021, p. 55.

[254]*Ibid.,* p. 58. La crónica de Sarotte, que recurre a todas las fuentes disponibles, es con diferencia la más completa y minuciosa. Pueden verse algunos documentos originales en <https://nsarchive.gwu.edu/briefing-book/russia-programs/2017-12-12/nato-expansion-what-gorbachev-heard-western-leaders-early>.

Otros análisis son los de Mark Kramer, «The myth of a no-NATO-enlargement pledge to Russia», *The Washington Quarterly*, vol. 32, n.º 2, 2009, pp. 39-61, y, para una opinión opuesta, Joshua R. Itzkowitz Shifrinson, «Deal or No Deal? The End of the Cold War and the US Offer to Limit NATO Expansion», *International Security*, vol. 40, n.º 4, pp. 7-44, <https://www.belfercenter.org/publication/deal-or-no-deal-end-cold-war-and-us-offer-limit-nato-expansion>.

[255]Véase el artículo 5, párrafo 3, del Tratado sobre el Acuerdo Final con respecto a Alemania, versión oficial depositada en la ONU, <https://treaties.un.org/Pages/showDetails.aspx?objid=08000002800b8042&clang=_en>.

[256]Véase el Acta Aprobada para el Tratado sobre el Acuerdo Final con respecto a Alemania del 12 de septiembre de 1990, versión oficial depositada en la ONU <https://treaties.un.org/Pages/showDetails.aspx?objid=08000002800b8042&clang=_en>.

[257]Véase Sarotte, *Not One Inch*, pp. 102-104.

[258]Correos electrónicos dirigidos al autor el 15 y 19 de abril de 2022.

[259]Véase el Memorándum sobre Garantías de Seguridad respecto a la Adhesión de Ucrania al Tratado de No Proliferación Nuclear, versión oficial depositada en la ONU, <https://treaties.un.org/Pages/showDetails.aspx?objid=0800000280401fbb>.

[260]Véase el Tratado de Amistad, Cooperación y Asociación entre Ucrania y la Federación de Rusia, texto depositado en la ONU por Ucrania, <https://treaties.un.org/Pages/showDetails.aspx?objid=08000002803e6fae&clang=_en>.

[261]Véase el Acta Fundacional sobre las Relaciones Mutuas, Cooperación y Seguridad entre la OTAN y la Federación de Rusia, firmado en París. Puede accederse al texto oficial en <https://

www.nato.int/cps/en/natohq/official_texts_25468.htm>.
[262]*Breakfast with Frost*, de la BBC, «Interview. Vladimir Putin», 5 de marzo de 2000, <http://news.bbc.co.uk/hi/english/static/audio_video/programmes/breakfast_with_frost/transcripts/putin5.mar.txt>.
[263]Tomado de George Robertson, «Do we need a Grand Strategy?», Churchill Lecture, Royal College of Defence Studies, 10 de marzo de 2022.
[264]Comunicación privada de George Robertson, 18 de mayo de 2022.
[265]Conversación en la Hoover Institution, Universidad de Stanford, 31 de agosto de 2022.
[266]Toda la información de aquella reunión, celebrada el 31 de mayo de 2001, procede de mis notas o de las que tomaron Lionel Barber y Michael McFaul. Los tres comparamos nuestros apuntes y recuerdos. En abril de 2021 el Archivo de Seguridad Nacional, con sede en Washington, presentó una solicitud de libertad de información a la biblioteca presidencial de George W. Bush para obtener el acta oficial de dicha reunión, pero en febrero de 2023 todavía no se había hecho público ningún documento.

INTEGRACIÓN Y DESINTEGRACIÓN

[267]Cito el *redigierte Mitschrift* que mi amigo Michael Mertes me envió por fax desde la Bundeskanzleramt el 17 de noviembre de 1992. Mertes, escritor extraordinario y europeo elocuente, escribió el discurso. Véase Helmut Kohl, «In der europäischen Einigung liegt unsere nationale Zukunft», 11 de noviembre de 1992, <https://www.bundeskanzler-helmut-kohl.de/seite/11-november-1992/>.

EL BUEN REY WENCESLAO

[268]Citado en Kieran Williams, *Václav Havel*, Londres, Reaktion Books, 2016, pp. 38-40; véase también p. 75.
[269]Citado en Michael Zantovsky, *Havel. A Life*, Londres, Atlantic Books, 2014, p. 117. [Hay trad. cast.: *Havel. Una vida*, traducción de Alejandro Pradera, Madrid, Galaxia Gutenberg, 2016].
[270]Václav Havel, *Disturbing the Peace. A Conversation with Karel Hvížala*, Nueva York, Knopf, 1990, p. 120.
[271]Citado en *ibid.*, p. 148.
[272]Václav Havel, *Power of the Powerless. Citizens Against the State in Central Eastern Europe,* John Keane, ed., Londres, Hutchinson, 1985. [Hay trad. cast.: *El poder de los sin poder y otros escritos,* traducción de Vicente Martín Pindado y Beatriz Gómez, Madrid, Encuentro, 2013].

[273]Véase Timothy Garton Ash, ed., *Freedom for Publishing, Publishing for Freedom. The Central and East European Publishing Project*, Budapest-Nueva York, Central University Press, 1995.
[274]Véase Williams, *Václav Havel*, p. 170.
[275]Immanuel Kant, *Zum Ewigen Frieden. Ein philosophischer Entwurf*, Stuttgart, Reclam, 1984, p. 35.
[276]Para el discurso que Havel pronunció en Japón el 23 de abril de 1992, véase Václav Havel, *Toward a Civil Society*, Praga, Lidové Noviny, 1995, pp. 195-204.
[277]Citado en Zantovsky, *Havel*, p. 35.
[278]Discurso dirigido al Parlamento Europeo, 8 de marzo de 1994, Havel, *Toward a Civil Society*, pp. 291-303.
[279]Discurso dirigido al Senado francés, 18 de marzo de 1999, <http://old.hrad.cz/president/Havel/speeches/index_uk.html>.
[280]Véase el discurso dirigido al Senado francés, 18 de marzo de 1999, <http://old.hrad.cz/president/Havel/speeches/index_uk.html> y al Parlamento Europeo, 16 de febrero de 2000, <https://www.europarl.europa.eu/doceo/document/CRE-5-2000-02-16-ITM-012_ES.html>.

UN GENOCIDIO OTRA VEZ

[281]Véase «The crimes of others», *Deutsche Welle*, 8 de marzo de 2015, <https://www.dw.com/en/anniversary-of-operationstorm-the-crimes-others-committed/a-18624692>. Véase asimismo «Evicted Serbs remember Storm», BBC News, 5 de agosto de 2005, <http://news.bbc.co.uk/1/hi/world/europe/4747379.stm>.
[282]Dušan Radović, *Razbojnik Kađa i Princeza Nađa*, Sarajevo, Svjetlost, 1989, pp. 63-65.
[283]Véanse Slavenka Drakulić, *They Would Never Hurt a Fly*. *War Criminals on Trial in The Hague*, Londres, Abacus, 2004, pp. 94-96; David Rohde, *Endgame. The Betrayal and Fall of Srebrenica, Europe's Worst Massacre Since World War II*, Londres, Penguin Books, 2012, y el testimonio de Erdemović en el Tribunal Penal Internacional para la antigua Yugoslavia, <https://www.icty.org/x/cases/erdemovic/trans/en/961120ED.htm>.
[284]Citado así en Rohde, *Endgame*, p. 311. Se ofrece una crónica más completa, en estilo directo, en Drakulić, *They Would Never Hurt a Fly*, pp. 102-103.
[285]Drakulić, *ibid.*, p. 104.
[286]Bill Clinton, *My Life*, Londres, Hutchinson, 2004, pp. 674-675. [Hay trad. cast.: *Mi vida*, traducción de Claudia Casanova, Barcelona, Plaza & Janés, 2004].
[287]«Belfast in Yugoslavia», *The Spectator*, 13 de agosto de 1983, <http://archive.spectator.co.uk/article/13th-august-1983/9/belfast-

in-yugoslavia>.

[288]Véanse «Former Leader in Kosovo Acquitted of War Crimes», *The New York Times*, 4 de abril de 2008, <https://www.nytimes.com/2008/04/04/world/europe/04kosovo.html>, y «War Crimes Court Frees Former Leader of Kosovo», *The New York Times*, 29 de noviembre de 2012, <https://www.nytimes.com/2012/11/30/world/europe/un-court-frees-former-leader-of-kosovo.html>.

[289]Citado en Timothy Garton Ash, «Is There a Good Terrorist», *The New York Review of Books*, 29 de noviembre de 2001, <https://www.nybooks.com/articles/2001/11/29/is-there-a-good-terrorist/>.

[290]*Ibid.*, <https://www.nybooks.com/articles/2001/11/29/is-there-a-good-terrorist/>.

[291]Véase <https://www.youtube.com/watch?v=QfInjlNoT4Q&ab_channel=ushmmfellows>.

[292]Citado en Noel Malcolm, *Bosnia. A Short History*, Londres, Papermac, 1994, p. 252.

[293]Christopher R. Browning, *Ordinary Men. Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland*, Nueva York, HarperCollins, 1992. [Hay trad. cast.: *Aquellos hombres grises. El batallón de policía 101 y la Solución Final*, traducción de Montse Batista, Barcelona, Edhasa, 2011].

[294]Citado en Paddy Ashdown, *Swords and Ploughshares. Bringing Peace to the 21st Century*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 2007, p. 32.

[295]Véase Garton Ash, *Facts are Subversive*, pp. 5 y 17, y más datos en Dragan Vasiljković, <https://web.archive.org/web/20071024091402/http:/www.trial-ch.org/trialwatch/profil_print.php?ProfileID=478&Lang=en>.

[296]Esta frase suele citarse erróneamente como «la hora de Europa había llegado». Véanse Josip Glaurdić, *The Hour of Europe. Western Powers and the Break-up of Yugoslavia*, New Haven-Londres, Yale University Press, 2011, y «Conflict in Yugoslavia; Europeans Send High-level Team», *The New York Times*, 29 de junio de 1991, <https://www.nytimes.com/1991/06/29/world/conflict-in-yugoslavia-europeans-send-high-level-team.html>.

[297]Citado en Garton Ash, *Uses of Adversity*, p. 136.

[298]Era el título de la edición francesa: Ozren Kebo, *Bienvenue en Enfer. Sarajevo Mode d'Emploi*, Estrasburgo, Nuée bleue, 1997.

SOPA DE PESCADO

[299]Nótese que quedan excluidos los cinco países de Asia Central cuyo nombre termina en *-stán* (Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán, Turkmenistán y Uzbekistán), aunque los cinco pertenecen a la OSCE y Kazajistán asegura estar en Europa porque parte de su territorio se extiende al este de los Urales.

[300]Jürgen Habermas, *Die Nachholende Revolution*, Frankfurt, Suhrkamp Verlag, 1990.
[301]Citado por Roger Cohen, «The Accommodations of Adam Michnik», *The New York Times Magazine*, 7 de noviembre de 1999, <https://www.nytimes.com/1999/11/07/magazine/the-accommodations-of-adam-michnik.html>.
[302]Citado en Zantovsky, *Havel*, pp. 331-332.
[303]Philipp Ther, *Europe since 1989. A History*, Princeton, Princeton University Press, 2016, p. 3.
[304]Véase «Washington Consensus» in *Encyclopædia Britannica*, <https://www.britannica.com/topic/Washington-consensus>.
[305]Véase Jürgen Kocka, *Capitalism. A Short History*, Princeton-Oxford, Princeton University Press, 2016, pp. 114-124. [Hay trad. cast.: *Historia del capitalismo*, traducción de Lara Cortés Fernández, Barcelona, Crítica, 2014].
[306]Citado en Miloš Gregor y Alena Macková, «Euroscepticism the Czech way: An analysis of Václav Klaus' speeches», *European Journal of Communication*, vol. 30, n.º 4, 2015, pp. 404-417.
[307]Karen Dawisha, *Putin's Kleptocracy. Who Owns Russia?*, Nueva York, Simon & Schuster, 2014, p. 1 y nota al pie 3 de la p. 361.

LA LIBERTAD Y SUS DESENCANTADOS

[308]Włodzimierz Borodziej, *Geschichte Polens im 20. Jahrhundert*, München, C. H. Beck, 2010, p. 397.
[309]«Poland. Parliamentary Elections Sejm. 2001», <http://archive.ipu.org/parline-e/reports/arc/2255_01.htm>.
[310]Véase Borodziej, *Geschichte Polens*, p. 397.
[311]El PIB per cápita de Polonia (en dólares) pasó de 1.740 en 1989 a 15.727 en 2019; es decir, aumentó alrededor de un 803 por ciento. Cálculos basados en datos del Banco Mundial, <https://data.worldbank.org/indicator/NY.GDP.PCAP.CD?end=2021&locations=PL&start=1990&view=chart>.
[312]Los datos proceden de la Maddison Project Database 2020; véase <https://www.rug.nl/ggdc/historicaldevelopment/maddison/releases/maddison-project-database-2020>. Los datos del proyecto sobre el PIB se basan en la conversión de las estimaciones de la renta nacional a una moneda común utilizando paridades de poder adquisitivo. Se calcula el PIB real teniendo en cuenta la inflación.
[313]Véase Elizabeth C. Dunn, *Privatizing Poland. Baby Food, Big Business, and the Remaking of Labor*, Ithaca-Londres, Cornell University Press, 2004, pp. 158-161.
[314]Connelly, *Peoples Into Nations*, p. 767.
[315]Mary Shelley, *Frankenstein*, capítulo 23. [Hay trad. cast.: *Frankenstein o el moderno Prometeo*, traducción de Francisco Torres

Oliver, Madrid, Nórdica Libros, 2015].
[316]Citado en Garton Ash, *History of the Present*, p. 316.
[317]Sondeo del Centro de Investigación Pew citado en «Thirty years of freedom, warts and all», *The Economist*, 2 de noviembre de 2019, <https://www.proquest.com/docview/2311165969/fulltextPDF/36DE9FA40D714A58PQ/2?accountid=13042>.
[318]Ernest Gellner, «The Price of Velvet: Thomas Masaryk and Václav Havel», *Czech Sociological Review*, vol. 3, n.º 1, 1995, pp. 45-75.
[319]Citado en Andreas Wirsching, *Der Preis der Freiheit. Geschichte Europas in unserer Zeit*, 2.ª ed., München, C. H. Beck, 2012, p. 116.
[320]La frase es del escritor Jorge Semprún.
[321]Esta cita y las siguientes están tomadas de mi documental televisivo para la BBC de 1999, *Freedom's Battle*, en concreto del primer episodio, «Icebreaker».
[322]Véase «The Twins' New Poland», en Garton Ash, *Facts Are Subversive*, p. 115.

UNA MONEDA PARA UNIRLOS A TODOS

[323]Citado en Mak, *In Europe*, p. 627.
[324]Jacques Attali, *Verbatim III. 1998-1991*, París, Fayard, 1995, p. 350.
[325]Véase Elisabeth Noelle-Neumann y Renate Köcher, eds., *Allensbacher Jahrbuch der Demoskopie, Vol. 10. 1993-1997*, München, K. G. Saur, 1997, p. 1176.
[326]Lamfalussy se lo refirió a David Marsh en una conversación, en 2007; véase David Marsh, *The Euro. The Battle for the New Global Currency*, New Haven-Londres, Yale University Press, 2001, p. 195.
[327]En el *Independent*, 26 de julio de 1993, citado en Mark Leonard, *Rediscovering Europe*, Londres, Demos, 1998, p. 18.
[328]Citado en Ian Kershaw, *Roller-Coaster. Europe 1950-2017*, Londres, Allen Lane, 2018, p. 430.
[329]Reproducido en Garton Ash, *History of the Present*, pp. 279-295.
[330]Jean Monnet, *Mémoires*, París, Fayard, 1976, p. 488.
[331]Véase Ashoka Mody, *EuroTragedy. A Drama in Nine Acts*, Oxford, Oxford University Press, 2020, p. 159.
[332]Marsh, *The Euro*, p. 280.
[333]Jean-Claude Trichet, «Address at the ceremony to mark the 10th anniversary of the European Central Bank and the European System of Central Banks», 2 de junio de 2008, <https://www.ecb.europa.eu/press/key/date/2008/html/sp080602.en.html>.

DEL 9/11 AL 9/11

[334]Véase la relación oficial y minuciosa de los hechos en *The 9/11 Commission Report*. National Commission on Terrorist Attacks Upon the United States («Comisión Nacional sobre los Ataques Terroristas en Estados Unidos»), *The 9/11 Commission Report*, Nueva York, W. W. Norton & Company, 2004. Lo descrito aquí se recoge en las pp. 10-14. También en línea en <https://www.9-11commission.gov/report/911Report.pdf>.

[335]Información tomada de Bob Woodward, *Bush at War*, Nueva York, Simon & Schuster, 2002, p. 46. [Hay trad. cast.: *Bush en guerra*, traducción de Inés Belaustegui Trías, Concha Cardeñoso e Isabel Murillo, Barcelona, Península, 2003].

[336]Rudyard Kipling, «Recessional», <https://www.poetryfoundation.org/poems/46780/recessional>.

[337]Véase Richard C. Holbrooke, *To End a War*, Nueva York, Random House, 1998, p. 364. [Hay trad. cast.: *Para acabar una guerra*, traducción de Miguel Lamana, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999].

[338]Leckford Road, número 76, véase la galería de fotos en la web del autor, <www.timothygartonash.com>.

[339]Citado en Timothy Garton Ash, *Free World. Why a crisis of the West reveals the opportunity of our time*, Londres, Penguin Books, 2005, p. 112, y véase el discurso pronunciado por Bill Clinton tras recibir el Premio Carlomagno el 2 de junio de 2000, <https://www.karlspreis.de/en/laureates/william-jefferson-bill-clinton-2000/speech-by-bill-clinton>.

[340]*Le Monde*, 26 de febrero de 2003, citado en Garton Ash, *Free World*, p. 44.

[341]Citado en Brendan Simms, *Europe. The Struggle for Supremacy*, Londres, Allen Lane, 2013, p. 515. Y véase el discurso de Schröder, «Rede von Bundeskanzler Gerhard Schröder zum Wahlkampfauftakt am Montag, 5. August 2002, in Hannover», <https://docplayer.org/9043088-Rede-von-bundeskanzlergerhard-schroeder-zum-wahlkampfauftakt-am-montag-5-august-2002-in-hannover-opernplatz.html>.

[342]Citado en Philip H. Gordon y Jeremy Shapiro, *Allies at War. America, Europe, and the Crisis over Iraq*, Nueva York, McGraw-Hill, 2004, p. 134, donde se reproduce la rueda de prensa del Consejo Europeo del 17 de febrero de 2003.

MUSULMANES EN EUROPA

[343]Sobre esas cifras y las de los tres párrafos siguientes, véase Garton Ash, *Facts are Subversive*, pp. 171 y ss., y Timothy Garton Ash, Edward Mortimer y Kerem Öktem, *Freedom in Diversity. Ten Lessons for Public Policy from Britain, Canada, France, Germany, and the United States*, Programa Dahrendorf para el Estudio de la Libertad, Oxford,

2013, <https://www.sant.ox.ac.uk/sites/default/files/related-documents/freedom_in_diversity.pdf>.

[344]Garton Ash, *Facts are Subversive*, p. 185, donde se cita *Asesinato en Ámsterdam,* de Ian Buruma.

[345]Véanse las cifras en Garton Ash, *et al.*, *Freedom in Diversity*, pp. 58-59.

[346]Esta frase célebre pero también discutida de Henri Pirenne se explica en su *Mahomet et Charlemagne*, París-Bruselas, Félix Alcan, Nouvelle Société d'Éditions, 1937. [Hay trad. cast.: *Mahoma y Carlomagno*, traducción de Esther Benítez, Madrid, Alianza Editorial, 2019].

[347]Esta cita y las siguientes están tomadas de «Islam in Europe», *The New York Review of Books*, 5 de octubre de 2006, <https://www.nybooks.com/articles/2006/10/05/islam-in-europe/>, reproducido en Garton Ash, *Facts are Subversive*, pp. 171-187.

[348]Ocurrió el 21 de noviembre de 2007. Véase la breve descripción de John Lloyd, quien organizó y presidió el acto, «The Encounter of Islam with Europe», en <https://reutersinstitute.politics.ox.ac.uk/risj-review/encounter-islam-europe>.

COOL BRITANNIA

[349]El documento escrito conjuntamente por Tony Blair y Gerhard Schröder, «Europe. The Third Way / Die Neue Mitte», de 1999, puede leerse en inglés en <https://library.fes.de/pdf-files/bueros/suedafrika/02828.pdf>, y en alemán en <http://www.glasnost.de/pol/schroederblair.html>.

[350]Citado en Philip Stephens, *Tony Blair. A Biography*, Londres, Viking, London 2004, p. 133.

[351]Citado en Garton Ash, *Facts are Subversive*, p. 135, que toma la frase del libro de Willy Brandt, *Willy Brandt. People and Politics. The Years 1960-1975*, Boston, Little, Brown and Company, 1978, p. 161.

[352]Citado en Philip Stephens, *Britain Alone*. *The Path from Suez to Brexit*, Londres, Faber, 2021, p. 290.

[353]Véase Blair, *A Journey*, Londres, Arrow Books, 2011, p. 552. Otros datos proceden de la conversación que mantuve con él el 7 de mayo de 2021.

[354]Así lo cuenta Ivan Rogers en Andrew Adonis, ed., *Half In, Half Out: Prime Ministers on Europe*, Londres, Biteback Publishing, 2018, p. 252.

[355]Citado en Kershaw, *Roller Coaster*, p. 471.

[356]«Bankers' £16bn bonus bonanza», *The Independent*, 18 de octubre de 2008, <https://www.independent.co.uk/news/uk/home-news/bankers-163-16bn-bonus-bonanza-965445.html>. Tombs dice que era casi la mitad del presupuesto de defensa (Robert Tombs, *The English*

and their History, Londres, Allen Lane, 2014, p. 851), pero al parecer la cifra real del presupuesto era de casi 39.000 millones de libras, <https://en.wikipedia.org/wiki/2007_United_Kingdom_budget>.

[357]Tombs, *The English and their History*, p. 860, y «Leaving the Old Lady», *The Economist*, 15 de junio de 2013, <https://www.economist.com/britain/2013/06/15/leaving-the-old-lady>.

[358]Discurso en el congreso del TGWU, el sindicato de los trabajadores del transporte, el 28 de marzo de 2002, citado en «No return to boom and bust: what Brown said when he was chancellor», *The Guardian*, 11 de septiembre de 2008, <https://www.theguardian.com/politics/2008/sep/11/gordonbrown.economy>. Pronunció frases similares en muchas ocasiones.

[359]«Leaving the Old Lady», *The Economist*, 15 de junio de 2013, <https://www.economist.com/britain/2013/06/15/leaving-the-old-lady>.

[360]Véase «Tony Blair's speech to the European parliament», *The Guardian*, 23 de junio de 2005, <https://www.theguardian.com/politics/2005/jun/23/speeches.eu>.

[361]Véase «EU Referendum. Local Results. Walsall», BBC News, <https://www.bbc.co.uk/news/politics/eu_referendum/results/local/w>.

[362]Cifras tomadas de la National Readership Survey (Encuesta Nacional de Lectura) de 2003 y citadas en Garton Ash, *Free World*, p. 31.

[363]Véanse «I was in Brussels when Johnson peddled his original Euro lies – nobody's laughing now», *The Irish Times*, 10 de diciembre de 2019, <https://www.irishtimes.com/opinion/i-was-in-brussels-when-johnson-peddled-his-original-euro-lies-nobody-s-laughing-now-1.4110760>, «How Boris Johnson's Brussels years helped pave the way to Brexit», *Financial Times*, 30 de junio de 2019, <https://www.ft.com/content/ad141e8a-976d-11e9-9573-ee5cbb98ed36>, y «How Boris Johnson's Brussels-bashing stories shaped British politics», *The Guardian*, 14 de julio de 2019, <https://www.theguardian.com/politics/2019/jul/14/boris-johnson-brussels-bashing-stories-shaped-politics>.

[364]*Sunday Express*, 19 de octubre de 2003.

[365]*The Sun*, 15 de mayo de 2003.

[366]Philip Gould, *The Unfinished Revolution. How New Labour Changed British Politics Forever*, Londres, Abacus, 1999, p. 375.

[367]Véanse Andrew Rawnsley, *Servants of the People. The Inside Story of New Labour*, Londres, Hamish Hamilton, 2000, p. 81, y *The Sun*, 18 de octubre de 1997. Al final el *Sun* se decidió por «Brown dice no al euro».

[368]Tony Blair, «Annual European Studies Centre Lecture», Oxford, 2 de febrero de 2006, <https://www.sant.ox.ac.uk/sites/default/files/

tony_blair_transcript.pdf>.

[369]Para la transcripción completa del discurso pronunciado por Blair en la sede de Reuters en Londres en junio de 2007, véase <https://www.reuters.com/article/uk-blair-speech-idUKZWE24585220070612>.

[370]Carta dirigida a sir Teddy Taylor, 14 de octubre de 1992, citada en Moore, *Thatcher. Volume Three*, p. 803.

[371]Hugo Young, *This Blessed Plot. Britain and Europe from Churchill to Blair*, Londres, Papermac, 1999, p. 528.

[372]Tony Blair, *A Journey*, p. 531.

[373]Según la información de Stephen Wall en *A Stranger in Europe. Britain and the* EU *from Thatcher to Blair*, Oxford, Oxford University Press, 2008, p. 183.

[374]Según informaciones de Ivan Rogers en Adonis, ed., *Half In, Half Out*, p. 230. Cameron dice en sus memorias que empezó a «reflexionar sobre la posibilidad» en enero de 2012 y que tomó la decisión en el verano; David Cameron, *For the Record*, Londres, William Collins, 2020, pp. 339-341 y 398-407.

[375]«David Cameron's EU speech – full text», *The Guardian*, 23 de enero de 2013, <https://www.theguardian.com/politics/2013/jan/23/david-cameron-eu-speech-referendum>.

[376]Tony Blair, «Annual European Studies Centre Lecture», <https://www.sant.ox.ac.uk/sites/default/files/tony_blair_transcript.pdf>.

SOBERBIA

[377]Citado en Ralf Dahrendorf, *Über Grenzen. Lebenserinnerungen*, München, C. H. Beck, 2003, p. 89; también se ofrece el contexto.

[378]«Creo por encima de todo en la libertad», véase Ralf Dahrendorf, *Reflections on the Revolution in Europe*, Londres, Chatto & Windus, 1990, p. 154. [Hay trad. cast.: *Reflexiones sobre la revolución en Europa*, traducción de Alberto Bixio, Barcelona, Salamandra, 1991].

[379]Los datos proceden del informe Libertad en el Mundo, «Comparative and Historical Data. Country and Territory Ratings and Statuses», 1973-2023, proporcionado por Freedom House, <https://freedomhouse.org/reports/publication-archives>; véase también <https://freedomhouse.org/sites/default/files/Country%2520Status%2520%2526%2520Ratings%2520Overview%252C%25201973-2013.pdf>.

[380]Freedom House, *Freedom in the World 2008. The Annual Survey of Political Rights and Civil Liberties*, Nueva York, Rowman & Littlefield, 2008, <https://freedomhouse.org/sites/default/files/2020-02/Freedom_in_the_World_2008_complete_book.pdf>.

[381]Ralf Dahrendorf, *The Future Tasks of Liberalism. A Political Agenda*, Potsdam, Liberal Institute, 2001, p. 17, <https://core.ac.uk/

download/pdf/71736606.pdf>.

[382]Véase la transcripción en Timothy Garton Ash, ed., *On Liberty. The Dahrendorf Questions*, Oxford, St. Antony's College Oxford, 2009. Está en la p. 30.

[383]Véase «The Final Days of Merrill Lynch», *The Atlantic*, septiembre de 2009, <https://www.theatlantic.com/magazine/archive/2009/09/the-final-days-of-merrilllynch/307621>.

[384]Véase Garton Ash, *On Liberty. The Dahrendorf Questions*, pp. 34-35.

[385]Véanse Patrick J. Deneen, *Why Liberalism Failed*, New Haven-Londres, Yale University Press, 2018, pp. 186-189, y mi análisis sobre este en mi artículo «The Future of Liberalism», *Prospect*, n.º 9, diciembre de 2020, <https://www.prospectmagazine.co.uk/magazine/the-future-of-liberalism-brexit-trump-philosophy>.

[386]Véase la introducción de «The National Security Strategy of the United States of America» («Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos»), 17 de septiembre de 2002, <https://georgewbush-whitehouse.archives.gov/nsc/text/nssintro.html>.

VACILANTE (2008-2022)

ZWEIG Y EL DECLIVE

[387]Stefan Zweig, *Die Welt von gestern. Erinnerungen eines Europäers*, Berlín, Europäischer Literaturverlag, 2015 [1942], p. 8. [Esta y las citas siguientes de *El mundo de ayer* están tomadas de la traducción de Joan Fontcoberta y Agata Orzeszek, Barcelona, El Acantilado, 2001].

[388]Zweig, *Welt von Gestern*, p. 128.

[389]Daniel Kehlmann, «"Die Welt von Gestern" in New York», *Die Presse*, 24 de marzo de 2019, <https://www.diepresse.com/5600833/kehlmann-ueberdie-welt-von-gestern-in-new-york>.

[390]George Prochnik, *The Impossible Exile. Stefan Zweig at the End of the World*, Nueva York, Other Press, 2015, p. 254. [Hay trad. cast.: *El exilio imposible: Stefan Zweig en el fin del mundo*, traducción de María Morés, Barcelona, Ariel, 2014].

[391]El crítico Michael Hofmann habla con sorna de un «destello tanatófilo». Michael Hofmann, «Vermicular Dither», *London Review of Books*, 28 de enero de 2010, <https://www.lrb.co.uk/the-paper/v32/n02/michael-hofmann/vermicular-dither>.

[392]Carta manuscrita del 30 de marzo de 1938, de los documentos de Asch guardados en la Biblioteca Reed en Fredonia, Universidad Estatal de Nueva York, catalogada como Asch 38:2. Véase asimismo <https://fredonia.libguides.com/specialcollections>.

[393]Véase Luke van Middelaar, *Alarums & Excursions. Improvising Politics on the European Stage*, Newcastle, Agenda, 2020, pp. 32 y ss.
[394]Citado en Geert Mak, *Große Erwartungen. Auf den Spuren des europäischen Traums (1999-2019)*, München, Siedler Verlag, 2020, p. 275.
[395]Mody, *EuroTragedy*, p. 250.
[396]Según lo explica Van Middelaar en *Alarums & Excursions*, p. 34.
[397]*Die Zeit*, 6 de mayo de 2010.
[398]Angela Merkel, «Scheitert der Euro, dann scheitert Europa», 19 de mayo de 2010, <https://www.bundestag.de/webarchiv/textarchiv/2010/29826227_kw20_de_stabilisierungsmechanismus-201760>. Verbalizó por primera vez la idea en Aquisgrán, durante la ceremonia de entrega del Premio Carlomagno a Donald Tusk; véase Van Middelaar, *Alarums & Excursions*, p. 40.
[399]Mario Draghi pronunció el conocido como «discurso de "lo que sea necesario"» el 26 de julio de 2012 en el Global Investment Conference; véase <https://www.ecb.europa.eu/press/key/date/2012/html/sp120726.en.html>. No por casualidad lo hizo en Londres, entonces capital de los mercados financieros de Europa.
[400]Véase mi artículo «With Angela Merkel's Germany at the helm, Europe will remain a tortoise», *The Guardian*, 25 de septiembre de 2013, <https://www.theguardian.com/commentisfree/2013/sep/25/merkel-germanyeurope-tortoise-us-china>, donde se cita el artículo «If Europe's future is German, Greece has only one hope for salvation», *The Guardian*, 24 de septiembre de 2013, <https://www.theguardian.com/commentisfree/2013/sep/24/german-angela-merkel-austerity>.
[401]Citado en «2014 is not 1914, but Europe is getting increasingly angry and nationalist», *The Guardian*, 18 de noviembre de 2013, <https://www.theguardian.com/commentisfree/2013/nov/18/europe-angry-nationalist-eu-elections>. En Grecia el paro juvenil alcanzó su punto máximo en 2013: el 58 por ciento de los jóvenes de entre quince y veinticuatro años estaban desempleados; véase «Greece: Youth unemployment rate from 2002 to 2021», *Statista*, 10 de marzo de 2023, <https://www.statista.com/statistics/812053/youth-unemploymentrate-in-greece/>.
[402]Kershaw, *Roller Coaster*, p. 493.
[403]En Evdoxios Doxiadis y Aimee Placas, eds., *Living under Austerity. Greek Society in Crisis*, Nueva York-Oxford, Berghahn, 2020, p. 238, se indica que era del 35 por ciento. También se ofrecen datos sobre la atención sanitaria.
[404]Véanse «With Money Drying Up, Greece Is All but Bankrupt», *The New York Times*, 25 de mayo de 2015, <https://

www.nytimes.com/2015/05/26/business/dealbook/with-money-drying-up-greece-is-all-but-bankrupt.html?_r=0>, y mi columna «Europe must save Greece to save itself», *The Guardian*, 15 de junio de 2015, <https://www.theguardian.com/commentisfree/2015/jun/15/europe-greece-greek-grexit>.

[405]Citado en el *Wall Street Journal*, 25 de febrero de 1993.

[406]Citado en Roger Eatwell y Matthew Goodwin, *National Populism. The Revolt Against Liberal Democracy*, Londres, Pelican Books, 2018, p. 99. [Hay trad. cast.: *Nacionalpopulismo: por qué está triunfando y de qué forma es un reto para la democracia*, traducción de María Eugenia Santa Coloma, Barcelona, 2019].

[407]Vivien A. Schmidt, *Europe's Crisis of Legitimacy. Governing by Rules and Ruling by Numbers in the Eurozone*, Oxford, Oxford University Press, 2020, p. 9.

[408]Rödder, *21.0. Eine kurze Geschichte der Gegenwart*, p. 323.

[409]En Otto von Bismarck, «Das Reich als "ehrlicher Makler"», 19 de febrero de 1878, véase Lothar Gall, ed., *Bismarck. Die großen Reden*, Berlín, Severin und Siedler, 1981, p. 155. Citado asimismo en mi «The New German Question», *The New York Review of Books*, 15 de agosto de 2013, <https://www.nybooks.com/articles/2013/08/15/new-german-question/?pagination=false>.

[410]Véase Claudia Sternberg, Kira Gartzou Katsouyanni y Kalypso Nicolaidis, *The Greco-German Affair in the Euro Crisis. Mutual Recognition Lost?*, Londres, Palgrave Pivot, 2018, p. 68, donde se cita *Die Zeit*, 27 de octubre de 2011.

[411]Véase Sternberg, *Greco-German Affair*, pp. 49 y 54.

[412]Véanse «Verkauft doch eure Inseln, ihr Pleite Griechen… und die Akropolis gleich mit!», *Bild*, 27 de octubre de 2010, <https://www.bild.de/politik/wirtschaft/griechenland-krise/regierung-athen-sparen-verkauft-inseln-pleite-akropolis-11692338.bild.html>, y mi galería de fotos en <www.timothygartonash.com>.

[413]El 5 de mayo de 2010; véase la información de Marcus Walker y Matthew Karnitschnig, «Zeal and Angst. Germany Torn Over Role in Europe», *The Wall Street Journal*, 8 de mayo de 2010, <https://www.wsj.com/articles/SB10001424052748703686304575228051536744986>.

[414]Ulrich Beck, *German Europe*, Cambridge, Polity Press, 2013, p. 1. [Hay trad. cast.: *Una Europa alemana,* traducción de Alicia Valero Martín, Barcelona, Paidós, 2012].

[415]«Wolfgang Schäuble: "I'm pretty stubborn"», *Financial Times*, 22 de marzo de 2019, <https://www.ft.com/content/97c49240-336c-11e9-bd3a-8b2a211d90d5>.

[416]Citas del acta taquigráfica de la *Bergedörfer Gesprächskreis Nr. 101* celebrada en San Petersburgo, marzo de 1994, <https://koerber-stiftung.de/projekte/bergedorfer-gespraechskreis/archiv/>.
[417]Frases del discurso pronunciado en el Kremlin el 18 de marzo de 2014; véase <https://www.bbc.co.uk/news/world-europe-26652058>.
[418]Resumido en Fiona Hill y Clifford G. Gaddy, *Mr Putin. Operative in the Kremlin*, Washington D.C., Brookings Institution Press, 2015, pp. 39-49.
[419]En la cumbre del G8 celebrada en Canadá en 2002, «U.S., Russia Continue Joint Efforts to Fight Terrorism», 27 de junio de 2002, <https://georgewbush-whitehouse.archives.gov/news/releases/2002/06/text/20020627-3.html>, y Michael McFaul, *From Cold War to Hot Peace. The Inside Story of Russia and America*, Londres, Penguin Books, 2019, p. 65.
[420]Se da la traducción de Associated Press de las palabras que pronunció en la Asamblea Federal de Rusia en abril de 2005. La traducción oficial del Kremlin dice «un gran desastre geopolítico de este siglo». En *Politifact*, «Did Vladimir Putin call the breakup of the USSR "the greatest geopolitical tragedy of the 20th century?"», 6 de marzo de 2014, <https://www.politifact.com/factchecks/2014/mar/06/john-bolton/did-vladimir-putin-call-breakup-ussr-greatest-geop/>, se ofrece un interesante análisis de traducciones al inglés que presentan leves diferencias.
[421]Citado en McFaul, *Cold War to Hot Peace*, p. 69.
[422]Véase nuestro artículo «The Orange Revolution», *The New York Review of Books*, 28 de abril de 2005, <https://www.nybooks.com/articles/2005/04/28/the-orange-revolution/>. Reproducido en Garton Ash, *Facts Are Subversive*, pp. 31-45.
[423]Esa es también la conclusión del principal experto en Ucrania Andrew Wilson en Roberts y Garton Ash, *Civil Resistance and Power Politics*, pp. 347-351.
[424]Véase «Bucharest Summit Declaration», 3 de abril de 2008, <https://www.nato.int/cps/en/natolive/official_texts_8443.htm>.
[425]Citado en el *New York Times*, 24 de junio de 2022, <https://www.nytimes.com/2022/06/24/world/europe/ukraine-eu-dmytro-kuleba.html>; véase también mi artículo de *Foreign Affairs*, mayo/junio de 2023.
[426]Véase Hill & Gaddy, *Mr Putin*, p. 388.
[427]Según contó el propio Putin, la decisión definitiva se tomó en una agitada reunión que tuvo lugar en su residencia de las afueras de Moscú en la madrugada del 23 de febrero, dos días después de que Yanukóvich hubiera huido de su domicilio, al parecer preso del pánico; véase Robert Service, *Kremlin Winter. Russia and the Second Coming of Vladimir Putin*, Londres, Picador, 2019, p. 141. Timothy Snyder sostiene que Rusia había decidido abandonar a Yanukóvich, que era un

caso perdido, y ejecutar el plan B aun antes de que este huyera. Véase Timothy Snyder, *The Road to Unfreedom. Russia, Europe, America*, Londres, The Bodley Head, 2018, pp. 135-140. [Hay trad. cast.: *El camino hacia la no libertad*, traducción de María Luisa Rodríguez Tapia, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2018].

[428]Véase el Acta Fundacional sobre Relaciones Mutuas, Cooperación y Seguridad entre la OTAN y la Federación de Rusia, firmada en París el 27 de mayo de 1997, <https://www.nato.int/cps/en/natohq/official_texts_25468.htm>.

[429]Formalmente se denominó *Verwaltungsrat*; véase «Nord Stream 2. Neuer Job für Gerhard Schröder bei Gazprom-Tochter», *Der Tagesspiegel*, 5 de octubre de 2016, <https://www.tagesspiegel.de/politik/nord-stream-2-neuer-job-fuer-gerhardschroeder-bei-gazprom-tochter/14643886.html>.

[430]Aludió a ella, por ejemplo, en Línea Directa, su maratón telefónica anual, del 17 de abril de 2014 (véase la transcripción inglesa oficial en <http://en.kremlin.ru/events/president/news/20796>), y soltó un sermón al respecto a Neil Buckley, periodista del *Financial Times*, en la conferencia de Valdái de octubre de 2014. Véase John O'Loughlin, Gerard Toal y Vladimir Kolosov, «The rise and fall of "Novorossiya": examining support for a separatist geopolitical imaginary in southeast Ukraine», *Post-Soviet Affairs*, vol. 33, n.º 2, 2017, pp. 124-144.

[431]Más datos en Snyder, *Road to Unfreedom*, pp. 179-182.

[432]«US pipeline cyberattack came from gang in Russia, Biden says», *Al Jazeera*, 13 de mayo de 2021, <https://www.aljazeera.com/news/2021/5/13/us-petrol-pipeline-cyber-attack-originated-in-russia-biden-says>; véase también «US agencies say Russia was likely behind massive cyber attack», *Financial Times*, 5 de enero de 2021, <https://www.ft.com/content/e61325da-a0ae-47fe-99bf-b10f61b2658f>.

CHARLIE HEBDO

[433]Véase «Against the assassin's veto», 8 de enero de 2015, <https://freespeechdebate.com/discuss/against-the-assassins-veto/>, y el resumen de Sarah Glatte en «Charlie Hebdo cartoons: to republish or not to republish?», 19 de mayo de 2015, <https://freespeechdebate.com/discuss/charlie-hebdo-cartoonsto-republish-or-not-to-republish/>.

[434]Esta cita y las de los dos párrafos siguientes están tomadas de mi artículo «Defying the Assassin's Veto», *The New York Review of Books*, 19 de febrero de 2015, <https://www.nybooks.com/articles/2015/02/19/defying-assassins-veto/>.

[435]Véase el vídeo incluido en «*Charlie Hebdo*: first cover since terror attack depicts prophet Muhammad», *The Guardian*, 13 de enero de

2015, <https://www.theguardian.com/media/2015/jan/13/charlie-hebdo-cover-magazine-prophet-muhammad>. Traducción al inglés mía.

[436]Véase «National tribute to the memory of Samuel Paty», discurso de Emmanuel Macron en la Sorbona, 21 de octubre de 2020, <https://www.diplomatie.gouv.fr/en/french-foreign-policy/human-rights/freedom-of-religion-or-belief/article/national-tribute-to-the-memory-of-samuel-paty-speechby-emmanuel-macron>.

[437]Véanse «From Amateur to Ruthless Jihadist in France», *The New York Times*, 17 de enero de 2015, <https://www.nytimes.com/2015/01/18/world/europe/paris-terrorism-brothers-said-cherif-kouachi-charlie-hebdo.html>; Marc E. Vargo, *The French Terror Wave, 2015-2016. Al-Qaeda and* ISIS *Attacks from Charlie Hebdo to the Bataclan Theatre*, Jefferson McFarland, 2021, pp. 35-49, y «Cherif Kouachi "met jihadist terrorists in Yemen"», BBC News, 10 de enero de 2015, <https://www.bbc.com/news/av/world-europe-30758957>.

[438]Citado en Marc Weitzmann, «A Rising Tide of Violence in France», *The New York Review of Books*, 11 de febrero de 2021, <https://www.nybooks.com/articles/2021/02/11/terror-after-charlie-hebdo/>.

[439]Hakim El Karoui, «A French Islam is possible», septiembre de 2016, <https://www.institutmontaigne.org/en/publications/french-islam-possible>.

[440]Véase, por ejemplo, «Recep Tayyip Erdogan: "Taking part in the EU will bring harmony of civilisations – it is the project of the century"», *The Independent*, 13 de diciembre de 2004, <https://www.independent.co.uk/news/people/profiles/recep-tayyip-erdogan-taking-part-in-the-eu-will-bring-harmony-of-civilisationsit-is-the-project-of-the-century-24489.html>.

[441]<https://www.wikiart.org/en/honore-daumier/gargantua-1831>. La idea inicial de la pera y los dibujos fueron de Charles Philipon, lo que le valió una temporada en la cárcel. Véanse Patricia Mainardi, «Of Pears and Kings», 9 de enero de 2020, <https://publicdomainreview.org/essay/of-pears-and-kings>, y el dibujo original de Philipon, de 1831, «Métamorphose de Louis-Philippe en poire», <https://www.photo.rmn.fr/archive/12-564739-2C6NU027NPA7.html>.

«INVASORES»

[442]Véanse las cifras que se dan en el artículo de Hugo Brady «Openness versus helplessness: Europe's 2015-2017 border crisis», *Groupe d'études géopolitiques*, 28 de junio de 2021, <https://geopolitique.eu/en/2021/06/28/openness-versus-helplessness-

europes-2015-2017-border-crisis/>.

[443]Véase Raymond Hinnebusch, Omar Imady y Tina Zintl, «Civil Resistance in the Syrian Uprising: From Peaceful Protest to Sectarian Civil War», en Adam Roberts, *et al.*, eds., *Civil Resistance and the Arab Spring. Triumphs and Disasters*, Oxford, Oxford University Press, 2016, pp. 223-247.

[444]Centro de Investigación Pew, «Europe's Growing Muslim Population», 29 de noviembre de 2017, <https://www.pewresearch.org/religion/2017/11/29/europes-growing-muslim-population/>, en p. 17.

[445]Véase «Viktor Orbán: Hungary doesn't want "Muslim invaders"», *Politico*, 8 de enero de 2018, <https://www.politico.eu/article/viktor-orban-hungarydoesnt-want-muslim-invaders/>.

[446]Citado en Timothy Garton Ash, *The Magic Lantern. The Revolution of '89 Witnessed in Warsaw, Budapest, Berlin & Prague*, Londres, Atlantic Books, 2019, p. 164.

[447]«Desperate migrants find holes in Hungary's razor-wire fence strategy», *The Guardian*, 26 de agosto de 2015, <https://www.theguardian.com/world/2015/aug/26/hungary-migrants-razor-wire-fence-roszke>.

[448]Véase Ruth Ben-Ghiat, *Strongmen. How They Rise, Why They Succeed, How They Fail*, Londres, Profile Books, 2020, p. 122.

[449]Estimaciones de la población musulmana en 2016 según el Centro de Investigación Pew, «Europe's Growing Muslim Population», p. 4, y cifras de habitantes nacidos en el extranjero según datos de la División de Población de Naciones Unidas sobre población migrante internacional, véase <https://www.un.org/development/desa/pd/content/international-migrant-stock>.

[450]Véanse los resultados oficiales en Ministère de l'intérieur et des outre-mer, «Résultats de l'élection présidentielle 2017», <https://www.interieur.gouv.fr/Elections/Les-resultats/Presidentielles/elecresult_presidentielle-2017/(path)/presidentielle-2017//FE.html>.

[451]Véase Ipsos MORI, «Europe hugely overestimates its Muslim population», 16 de diciembre de 2016, <https://www.statista.com/chart/7252/europe-hugely-overestimated-itsmuslim-population/>.

[452]Véase Fritz Stern, *The Politics of Cultural Despair. A Study in the Rise of German Ideology*, Berkley, University of California Press, 1974.

[453]Véase mi «Germans, More or Less», *The New York Review of Books*, 24 de febrero de 2011, <https://www.nybooks.com/articles/2011/02/24/germans-more-or-less>.

[454]Véase mi «It's the Kultur, Stupid», *The New York Review of Books*, 7 de diciembre de 2017, <https://www.nybooks.com/articles/2017/12/07/germany-alt-right-kultur-stupid/>.

[455]Éric Zemmour, *Le Suicide Français*, París, Albin Michel, 2014.

[456]Las citas están sacadas de la quinta edición de *Le Grand Remplacement*, de 2019. Véase Renaud Camus, *Le Grand Replacement*,

5.ª ed., publicado por el autor, Plieux 2019, pp. 491-492, donde reproduce el Appel de Colombey de 2017 (Colombey es la ciudad donde nació De Gaulle), lanzado por él en nombre de su Consejo Nacional de Resistencia Europea y del grupo Resistencia de Karim Ouchikh.

[457]Esta cita y las siguientes son de la excelente traducción al inglés que hizo Lorin Stein de *Submission*. Michael Houellebecq, *Submission*, Londres, Vintage, 2016, pp. 6, 8, 57-58 y 147. [Hay trad. cast.: *Sumisión*, traducción de Joan Riambau, Barcelona, Anagrama, 2015].

[458]Véase «Pour un retour de l'honneur de nos gouvernants: 20 généraux appellent Macron à défendre le patriotisme», *Valeurs Actuelles*, 21 de abril de 2021, <https://www.valeursactuelles.com/politique/pour-un-retour-delhonneur-de-nos-gouvernants-20-generaux-appellent-macron-a-defendre-le-patriotisme/>.

[459]«Marine Le Pen: "Messieurs les généraux, rejoignez-moi dans la bataille pour la France"», *Valeurs Actuelles*, 23 de abril de 2021, <https://www.valeursactuelles.com/politique/marine-le-pen-messieursles-generaux-rejoignez-moi-dans-la-bataille-pour-la-france/>.

[460]Centro de Investigación Pew, «Europe's Growing Muslim Population», p. 30; tasas de fecundidad en p. 34. Los datos sobre las (menguantes) tasas de natalidad en Europa, especialmente en el sur, pueden obtenerse en la base de datos Population Dynamics de Naciones Unidas (<https://population.un.org/wpp/>).

BREXIT

[461]W. H. Auden, «Spain, 1937», <https://sites.google.com/a/upr.edu/modernpoetry/Student-Blogs/ivan-andres-rodriguez/spainbywhauden>. [Hay trad. cast.: «España, 1937», en *Canción de cuna y otros poemas*, traducción de Eduardo Iriarte, Barcelona, Debolsillo, 2007].

[462]Véase Henri Bergson, *The Creative Mind. An Introduction to Metaphysics*, Nueva York, Mineola, 2007, pp. 109-111.

[463]«Completaremos el censo electoral esforzándonos por incluir a más de los cinco millones de británicos que residen fuera del país. Introduciremos el voto de por vida y eliminaremos la norma que impide votar a los ciudadanos británicos que llevan más de quince años viviendo en el extranjero». Programa del Partido Conservador, 2015, p. 49, en línea en <https://ucrel.lancs.ac.uk/wmatrix/ukmanifestos2015/localpdf/Conservatives.pdf>.

[464]«Boris Johnson backs Brexit after "agonisingly difficult" decision – as it happened», *The Guardian*, 21 de febrero de 2016, <https://www.theguardian.com/politics/blog/live/2016/feb/21/cameron-marr-boris-johnson-eu-referendum-camerons-interview-on-the-marr-show-as-boris-johnson-prepares-to-declare-his-hand-politics-live?

page=with:block-56c97d21e4b0f2fd18cafc0a>.
[465]Reproducido en Tim Shipman, *All Out War. The Full Story of How Brexit Sank Britain’s Political Class*, Londres, William Collins, 2016, pp. 616-618.
[466]Véase un útil análisis en «Nation of shopkeepers», <https://en.wikipedia.org/wiki/Nation_of_shopkeepers>.
[467]Texto en «The Act In Restraint Of Appeals», *The History Learning Site*, 16 de marzo de 2015, <https://www.historylearningsite.co.uk/tudor-england/the-act-in-restraint-of-appeals/>.
[468]Véase su artículo «There is only one way to get the change we want – vote to leave the EU» en el *Daily Telegraph*, 16 de marzo de 2016, <https://www.telegraph.co.uk/opinion/2016/03/16/boris-johnsonexclusive-there-is-only-one-way-to-get-the-change/>.
[469]Citado en Shipman, *All Out War*, p. 121.
[470]Cameron, *For the Record*, p. 665.
[471]Daniel Korski, que fue su asesor, recuerda que Cameron lo dijo en diversas ocasiones; véase Daniel Korski, «Why we lost the Brexit vote», *Politico*, 20 de octubre de 2016, <https://www.politico.eu/article/why-we-lost-the-brexit-vote-former-uk-prime-ministerdavid-cameron/>.
[472]Una encuesta del Centro de Investigación Pew citada en *ibid*.
[473]Mak, *Große Erwartungen*, p. 467.
[474]Véase Chris Prosser, Jon Mellon y Jane Green, «What mattered most to you when deciding how to vote in the EU referendum?», 11 de julio de 2016, <https://www.britishelectionstudy.com/bes-findings/what-mattered-most-to-you-when-decidinghow-to-vote-in-the-eu-referendum/#.YSZPqYVjDzA>.
[475]Geoffrey Evans y Anand Menon, *Brexit and British Politics*, Cambridge, Polity Press, 2017, p. 62. The ‘one of us’ in this paragraph was Menon.
[476]*Daily Mail*, 22 de junio de 2016.
[477]John Curtice, «Why Leave Won the UK’s EU Referendum», *Journal of Common Market Studies*, n.º 55, 2017, pp. 19-37.
[478]Véanse los datos de la División de Población de Naciones Unidas sobre la población migrante internacional en <https://www.un.org/development/desa/pd/content/international-migrant-stock>.
[479]Observatorio de la Migración de la Universidad de Oxford, «EU Migration to and from the UK», 15 de febrero de 2022, <https://migrationobservatory.ox.ac.uk/resources/briefings/eu-migration-to-and-from-the-uk/>.
[480]Véanse Oficina Nacional de Estadística, «Migration Statistics Quarterly Report: May 2016», 26 de mayo de 2016, <https://www.ons.gov.uk/peoplepopulationandcommunity/populationandmigration/internationalmigration/bulletins/migrationstatisticsquarterlyreport/may2016>, y Cameron, *For the Record*, p. 670. Más tarde la cifra se revisó y se rebajó un poco, a

329.000; véase Observatorio de la Migración de la Universidad de Oxford, «Net migration to the UK», 20 de diciembre de 2022, <https://migrationobservatory.ox.ac.uk/resources/briefings/long-term-international-migration-flows-to-and-from-the-uk/>.

[481]Véanse la cita completa y el contexto en Owen Bennett, *Michael Gove. A Man in a Hurry*, Londres, Biteback Publishing, 2019, pp. 333-334.

[482]Citado en Cato the Younger, *Guilty Men*, Londres, Biteback Publishing, London 2017, p. 167.

[483]Citado en Stephens, *Britain Alone*, p. 373, que reproduce una declaración de la campaña a favor de la salida de la Unión Europea, 7 de abril de 2016.

[484]Véase el minucioso análisis de Matthew Keep (Biblioteca de la Cámara de los Comunes) en «The UK's contribution to the EU Budget», 14 de junio de 2022, sobre todo las cifras de la p. 9, <https://researchbriefings.files.parliament.uk/documents/CBP-7886/CBP-7886.pdf>.

[485]Citado en «Turkey EU accession poses security risk – Michael Gove», BBC News, 8 de junio de 2016, <https://www.bbc.co.uk/news/uk-politics-eu-referendum-36479259>.

[486]Citado por Alan Rusbridger, *Breaking News. The Remaking of Journalism and Why it Matters Now*, Edimburgo, Canongate, 2018, p. 363.

[487]Cameron, *For the Record*, p. 669, en alusión a las declaraciones de Penny Mordaunt, ministra de Defensa.

[488]*Dominic Cumming's Blog*, 9 de enero de 2017, <https://dominiccummings.com/2017/01/09/on-the-referendum-21-branching-histories-of-the-2016-referendum-and-the-frogs-before-the-storm-2/>. Vale la pena leer todo el blog, aunque es largo e inconexo.

[489]Véanse Biblioteca de la Cámara de los Comunes, «Decision of the Supreme Court on the Prorogation of Parliament», 24 de septiembre de 2019, <https://commonslibrary.parliament.uk/decision-of-the-supreme-court-on-the-prorogation-of-parliament/>, y la sentencia, cuyo enlace se da en la página.

[490]En una votación del 1 de abril de 2019. Véase la útil tabla de votos indicativos en Daniel Kenealy, John Peterson y Richard Corbett, «Brexit and the Future of Two Unions», suplemento de 2021 de Daniel Kenealy, John Peterson y Richard Corbett, *The European Union: How Does It Work*, 5.ª ed., Oxford, Oxford University Press, 2018.

[491]Véase «Brexit is just one front in Europe's battle for its soul», *The Guardian*, 9 de abril de 2019, <https://www.theguardian.com/commentisfree/2019/apr/09/brexit-europe>.

[492]Véase *The Observer*, 4 de agosto de 2019, <https://www.theguardian.com/politics/2019/aug/04/how-does-the-rest-ofthe-world-currently-view-the-uk-brexit-boris-johnson>.

[493]Véase «Wie sich eine Nation zum Trottel macht», *Der Spiegel*, 18

de octubre de 2018, <https://www.spiegel.de/politik/ausland/brexit-verhandlungenwie-sich-grossbritannien>.
[494]Esta y la cita siguiente están tomadas del documental *Brexit: behind Closed Doors*, BBC 4, 8 de mayo de 2019.
[495]Véase Unión Europea, «Standard Eurobarometer 96. Europeans' opinions about the European Union's priorities», 2022, pp. 92-93, <https://europa.eu/eurobarometer/surveys/detail/2553>. En 2022 seguía siendo del 27 por ciento. Véase Unión Europea, «Standard Eurobarometer 98. Public Opinion in the European Union. Annex», 2023, p. 50, <https://europa.eu/eurobarometer/surveys/detail/2872>.

DEMOLICIÓN

[496]Viktor Orbán, carta al autor fechada el 13 de septiembre de 2021. Véase la galería de fotos en la web del autor, <www.timothygartonash.com>.
[497]Véase su «Samizdat n.º 12», 13 de septiembre de 2021, <https://./abouthungary.hu/speeches-and-remarks/samizdat-no-12>.
[498]Véase el texto completo del discurso pronunicado por Orbán en Băile Tuşnad el 26 de julio de 2021, <https://budapestbeacon.com/full-text-of-viktor-orbans-speech-at-baile-tusnad-tusnadfurdo-of-26-july-2014/>, así como el análisis de Zsuzsanna Szelényi en *Tainted Democracy. Viktor Orbán and the Subversion of Hungary*, Londres, Hurst & Co., 2022, pp. 77 y ss.
[499]Véase Alianza de Jóvenes Demócratas, «Acta fundacional, 1988», <https://fidesz-orbanviktor.gportal.hu/gindex.php?pg=23872635>.
[500]Citado, con información importante sobre el contexto, en Paul Lendvai, *Orbán. Europe's New Strongman*, Londres, Hurst & Co., 2022, pp. 65-66.
[501]Véase Péter Krekó y Zsolt Enyedi, «Explaining Eastern Europe: Orbán's laboratory of illiberalism», *Journal of Democracy*, 29, n.º 3, 2018, pp. 39-51, <https://www.journalofdemocracy.org/articles/explaining-eastern-europe-orbans-laboratory-of-illiberalism/>.
[502]Véanse *ibid.*, y «Orbán's victory in Hungary adds to the darkness engulfing Europe», *The Guardian*, 4 de abril de 2022, <https://www.theguardian.com/commentisfree/2022/apr/04/orbans-victory-in-hungary-adds-to-the-darkness-overshadowing-europe>.
[503]Véase «Viktor Orbán: Hungary doesn't want "Muslim invaders"», *Politico*, 8 de enero de 2018, <https://www.politico.eu/article/viktor-orban-hungary-doesnt-want-muslim-invaders/>.
[504]Citado en Ruth Ben-Ghiat, *Strongmen*, p. 122.
[505]Véanse la espléndida crónica «How Orbán played Germany, Europe's great power», *Direkt36*, 18 de septiembre de 2020, <https://www.direkt36.hu/en/a-magyar-nemet-kapcsolatok-rejtett-tortenete//

>, y «How German automotive investment in Hungary exposes the dark reality of globalisation», *Investment Monitor*, 8 de octubre de 2021, <https://www.investmentmonitor.ai/analysis/german-automotive-investment-hungary-orban>.

[506]En *The Economist*, 31 de agosto de 2019, se indica «hasta el 35 por ciento».

[507]Ivan Krastev y Stephen Holmes, *The Light that Failed. A Reckoning*, Londres, Allen Lane, 2019, p. 32. [Hay trad. cast.: *La luz que se apaga. Cómo Occidente ganó la Guerra Fría pero perdió la paz*, traducción de Jesús Negro García y Sara de Albornoz Domínguez, Barcelona, Debate, 2019].

[508]Daniel R. Kelemen, «The European Union's authoritarian equilibrium», *Journal of European Public Policy*, 27, n.º 3, 2020, pp. 481-499. <https://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/13501763.2020.1712455?journalCode=rjpp20>. Está en p. 492. La cifra se refiere a los ciudadanos húngaros de entre quince y sesenta y cuatro años.

[509]Kelemen, «The European Union's authoritarian equilibrium», p. 490.

[510]*Ibid.*, p. 490.

[511]Véase «Nélküled (Without You)», de Ismerős Arcok, <https://lyricstranslate.com/en/n%C3%A9lk%C3%BCled-without-you.html-4>.

[512]Esta cita y la siguiente están tomadas de la traducción oficial del «Commemoration speech on the 65th anniversary of the 1956 Revolution and Freedom Fight» («Discurso conmemorativo del sexagésimo quinto aniversario de la Revolución y la lucha por la libertad»), de Orbán', en <https://miniszterelnok.hu/prime-minister-viktor-orbans-commemoration-speech-on-the-65th-anniversary-of-the-1956-revolution-and-freedom-fight/>.

[513]Véase el discurso sobre el estado de la nación («State of the Nation») pronunciado por Viktor Orbán el 19 de febrero de 2020, <https://visegradpost.com/en/2020/02/19/full-state-of-the-nation-speech-of-viktor-orban-2020/>.

[514]Esta cita y las siguientes están tomadas del texto que me envió, también reproducido en «Samizdat n.º 12», del 13 de septiembre de 2021, <https://abouthungary.hu/speeches-and-remarks/samizdat-no-12>.

[515]Véanse «Hungary's Viktor Orban tells Tucker Carlson: "Western liberals can't accept" right-wing dissent», Fox News, 5 de agosto de 2021, <https://www.foxnews.com/media/hungary-viktor-orban-tucker-carlson-western-liberals>, y los comentarios posteriores de Carlson en Fox News, agosto de 2021. Véanse también <https://www.youtube.com/watch?v=s01ZL5TnBNY> y «How the American Right Fell in Love With Hungary», *The New York Times*, 19 de octubre de 2021, <https://www.nytimes.com/2021/10/19/magazine/viktor-orban-rod-dreher.html>.

[516]Para ser exacto, el 51,55 frente al 48,45 por ciento; véase Wojciech Sadurski, *Poland's Constitutional Breakdown*, Oxford, Oxford University Press, p. 1.
[517]*Ibid.,* p. 1.
[518]Citado en un tuit por Ben Stanley (@BDStanley) el 10 de octubre de 2021 a las 19.27, <https://twitter.com/BDStanley/status/1447267679686045700>.
[519]Véase *Gazeta Wyborcza*, 29 de diciembre de 2021, <https://wyborcza.pl/7,75410,27954277,ostatnia-paroweczka-w-narracji-opozycjinogas-i-rusinek-wybrali.html>.
[520]Citado en «For a bitter taste of Polish populism, just watch the evening news», *The Guardian*, 25 de junio de 2020, <https://www.theguardian.com/commentisfree/2020/jun/25/polish-populism-evening-news-public-broadcaster-presidential-election>. De las notas que yo mismo tomé al ver las noticias de la noche de TVP durante la campaña de las elecciones presidenciales en el verano de 2020. La cita se cotejó con el vídeo en línea.
[521]Citado, con más contexto, en Garton Ash, *The Magic Lantern*, p. 160.

UN NUEVO TELÓN DE ACERO

[522]Aunque la valla tenía seis metros de altura hasta 2018, en algunos tramos estratégicos se hizo aún más alta, además de añadirse la fortificación cilíndrica o curva. La mayoría de los saltos de la valla se producen en sitios donde esta tiene aún solo seis metros de altura. Correo electrónico de Pablo Núñez Díaz, 23 de diciembre de 2021.
[523]«"Go through. Go," Lukashenko tells migrants at Polish border», *Reuters*, 26 de noviembre de 2021, <https://www.reuters.com/world/europe/lukashenko-tells-migrants-belarus-poland-border-he-wont-make-them-go-home-2021-11-26/>.
[524]«"The guards at the Poland-Belarus border kicked us like footballs"», *The Times*, 13 November 2021, <https://www.thetimes.co.uk/article/the-guards-at-the-poland-belarus-border-kicked-us-like-footballszbpzphgnp>.
[525]«"My town is in ruins and my friends are all dead. My only hope is to reach the EU"», *The Times*, 14 de noviembre de 2021, <https://www.thetimes.co.uk/article/my-town-is-in-ruins-and-my-friends-are-all-dead-my-onlyhope-is-to-reach-the-eu-3m9pxpgsw>.
[526]Esta es la cifra que se da en la web de la Organización Internacional para las Migraciones, vinculada a la ONU, <https://missingmigrants.iom.int/es/region/el-mediterraneo>.
[527]Citado en Gerald Knaus, *Welche Grenzen brauchen wir? Zwischen Empathie und Angst – Flucht, Migration und die Zukunft von Asyl*, München, Piper Verlag, 2020, pp. 27-29.

[528]Véase «Record number of migrant Channel crossings in 2021», *InfoMigrants*, 4 de enero de 2022, <https://www.infomigrants.net/en/post/37620/record-number-of-migrant-channel-crossings-in-2021>. Véase también la tabla del artículo «Priti Patel’s options for dealing with huge rise in 52 Channel migrants», *The Times*, 25 de noviembre de 2021, <https://www.thetimes.co.uk/article/priti-patels-options-for-dealing-with-huge-rise-in-channel-migrants-wdklxwpnr>.

[529]En las primeras informaciones la cifra que se dio fue de veintiséis o veintisiete personas, pero una impresionante investigación de la BBC concluyó que aquella noche habían perecido al menos treinta. Véase «Channel migrants tragedy: Terrifying final hours of their fatal journey», BBC News, 21 de diciembre de 2021, <https://www.bbc.co.uk/news/resources/idt-b7bd2274-88b1-4ef9-a459-be22e180b52c>.

[530]Véase «Migrant crisis: “Mum, we must switch our phones off now. Pray for me”», *The Times*, 27 de noviembre de 2021, <https://www.thetimes.co.uk/article/mum-we-must-switch-our-phones-off-now-pray-for-me-7030rc3sf>.

[531]En una encuesta realizada en diciembre de 2020 por *eupinions* para nuestro grupo de investigación «Europe’s Stories», de la Universidad de Oxford, casi tres cuartas partes (74 por ciento) de los entrevistados estaban de acuerdo con la siguiente afirmación: «Si no ofreciera la libertad de viajar, trabajar, estudiar y vivir en otros estados miembros, la Unión Europea no valdría la pena»; véase <https://europeanmoments.com/young-europeans/free-movement#fig-3>.

[532]En gran parte pagadas con fondos de la Unión Europea; véase Peter Gold, *Europe or Africa? A Contemporary Study of the Spanish North African Enclaves of Ceuta and Melilla*, Liverpool, Liverpool University Press, 2000, pp. 130-131. La información adicional sobre la valla después de 2005 procede de Pablo Núñez Díaz.

[533]«Europe’s walls are going back up – it’s like 1989 in reverse», *The Guardian*, 29 de noviembre de 2015, <https://www.theguardian.com/commentisfree/2015/nov/29/europe-2015-walls-1989-paris-refugee-crisis>.

[534]El periódico era el *Lokál*; véase Garton Ash, *The Magic Lantern*, p. 165.

[535]La cifra está sacada de la CIA Factbook (actualizada después del Brexit), <https://www.cia.gov/the-world-factbook/countries/european-union/>.

[536]En *Alarums & Excursions* (pp. 107-108), Van Middelaar lo describe como un ofrecimiento de Davutoğlu, y lo mismo hace Knaus en *Grenzen* (pp. 189-190), pero Hugo Brady, en «Openness versus helplessness: Europe’s 2015-2017 border crisis», *Groupe d’études géopolitiques* (28 de junio de 2021; <https://geopolitique.eu/en/2021/06/28/openness-versus-helplessness-europes-2015-2017-border-crisis/>), informa de lo siguiente: «Sorprendidos, los turcos

accedieron a presentar el plan como propio».

[537]«Most refugees in Libyan detention centres at risk – UN», *The Guardian*, 31 de mayo de 2019, <https://www.theguardian.com/world/2019/may/31/un-calls-for-evacuation-of-libyan-refugeesamid-dire-conditions>.

[538]Citado en Sally Hayden, *My Fourth Time, We Drowned. Seeking Refuge on the World's Deadliest Migration Route*, Londres, HarperCollins, 2022, p. 323.

[539]Véase «Exclusive: Migrant survivor says British coastguard ignored call for help», *Rudaw*, 29 de noviembre de 2021, <https://www.rudaw.net/english/world/28112021>.

[540]Véase la investigación de la BBC «Channel migrants tragedy: Terrifying final hours of their fatal journey», en BBC News, 21 de diciembre de 2021, <https://www.bbc.co.uk/news/resources/idt-b7bd2274-88b1-4ef9-a459-be22e180b52c>.

[541]Sally Hayden, *My Fourth Time, We Drowned*, pp. 179-183.

[542]<https://www.preda.org/photos-that-tell-the-truth/wppaspec/oc1/lnen/cv0/ab1/pt2>.

[543]Véase «Koalitionsvertrag 2021-2025 zwischen der SPD, Bündnis 90/Die Grünen und FDP», 24 de noviembre de 2021, <https://www.spd.de/koalitionsvertrag2021/>. Está en la p. 142.

[544]*Daily Mail*, 28 de mayo de 2016, citado en Rebecca Hamlin, *Crossing. How We Label and React to People on the Move*, Stanford, Stanford University Press, 2021, p. 128.

[545]Véanse los textos oficiales a los que se puede acceder en <https://www.unhcr.org/uk/1951-refugee-convention.html>.

[546]Véase la figura 4 de «Q&A: Migrants crossing the English Channel in small boats», del Observatorio de la Migración de la Universidad de Oxford, 2 de julio de 2021, <https://migrationobservatory.ox.ac.uk/resources/commentaries/qa-migrants-crossing-the-englishchannel-in-small-boats/>.

[547]*Ibid.*, tabla 1.

[548]*SchengenVisaInfo*, 27 de agosto de 2021, <https://www.schengenvisainfo.com/news/german-labourchief-says-germany-needs-400000-skilled-immigrants-yearly-to-tackle-skilled-workersshortage/>

[549]Véase <http://www.serran-paganart.com/sculptures.html>.

LA GUERRA EN UCRANIA

[550]«Russian attack on Kharkiv kills Holocaust survivor, 96», *The Guardian*, 21 de marzo de 2022, <https://www.theguardian.com/world/2022/mar/21/russian-attack-on-kharkiv-kills-holocaust-survivor-96>.

[551]Véase «Sie nennen sie die Deutschen», *Die Zeit*, 16 de abril de

2022, <https://www.zeit.de/2022/16/ukraine-angriffskrieg-deutsche-nazis-russland>; tuit de Mattia Nelles, 10 de abril de 2022, confirmado por correo electrónico el 16 de agosto de 2022. La periodista de investigación Natalyia Gumenyuk también me confirmó que lo había oído varias veces.
[552]Véase «“It might be the last chance to get out”: citizens flee Kyiv as assault intensifies», *The Guardian*, 1 de marzo de 2022, <https://www.theguardian.com/world/2022/mar/01/it-might-be-the-last-chance-to-get-out-citizensflee-kyiv-as-assault-intensifies>.
[553]Hubo 7,7 millones de desplazados internos, según la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, 5 de mayo de 2022, <https://www.ohchr.org/en/press-releases/2022/05/ukraine-millions-displaced-traumatised-and-urgently-need-help-say-experts>, y 6,1 millones de refugiados procedentes de Ucrania registrados en toda Europa, según ACNUR, 29 de julio de 2022, <https://data.unhcr.org/en/documents/download/94489>.
[554]Véase «The Dead Of The 64th: A Notorious Russian Army Unit And Its High Casualty Rate», *Radio Free Europe*, 10 de agosto de 2022, <https://www.rferl.org/a/russia-army-casualty-rate-64th-brigade-bucha-deaths/31982194.html>.
[555]Citado en New Lines Institute For Strategy and Policy y Raoul Wallenberg Centre for Human Rights, «An Independent Legal Analysis of the Russian Federation’s Breaches of the Genocide Convention in Ukraine and the Duty to Prevent», mayo de 2022, p. 18, <https://newlinesinstitute.org/an-independentlegal-analysis-of-the-russian-federations-breaches-of-the-genocide-conventionin-ukraine-and-the-duty-to-prevent/>.
[556]Véase en *ibid.*, en p. 32.
[557]Véase «Russian war crimes in Ukraine: So much for “never again”», *Politico*, 6 de abril de 2022, <https://www.politico.eu/article/russia-war-crime-ukraine-never-again>.
[558]Una afirmación que ha sostenido enérgicamente Timothy Snyder (véase, por ejemplo, «We Should Say It. Russia Is Fascist», *The New York Times*, 19 de mayo de 2022, <https://www.nytimes.com/2022/05/19/opinion/russia-fascismukraine-putin.html>), y que se ha analizado de manera lúcida en un largo artículo titulado «Vladimir Putin is in thrall to a distinctive brand of Russian fascism», *The Economist*, 28 de julio de 2022, <https://www.economist.com/briefing/2022/07/28/vladimir-putin-is-in-thrallto-a-distinctive-brand-of-russian-fascism>.
[559]Véase el artículo de Vladímir Putin «On the Historical Unity of Russians and Ukrainians», 12 de julio de 2021, <http://en.kremlin.ru/events/president/news/66181>.
[560]Biermann en una videoconferencia durante una manifestación de solidaridad con Ucrania en el centro de Berlín, 6 de marzo de 2022,

«Literaturfestival in Berlin: Kunstschaffende zeigen Solidarität mit Ukraine», *RedaktionsNetzwerk Deutschland*, 6 de marzo de 2022, <https://www.rnd.de/kultur/berlin-kunstschaffende-zeigen-solidaritaet-mitukraine-TKQYO3XCAAUXI76QEGMUJWBHNA.html>.

[561]Citado en «Russia's Putin justifies war in menacing speech as Ukraine's Zelensky appeals for peace», *Financial Times*, 24 de febrero de 2022, <https://www.ft.com/content/0783ea10-b493-4889-8da8-5a5ea75cb977>.

[562]Citado en «Civilians killed by Russian missile strike on city in western Ukraine», *Financial Times*, 14 de julio de 2022, <https://www.ft.com/content/cced66f6-9b33-46cf-ac24-93f743e407f>.

[563]Correo electrónico de Lindsey Hilsum, 29 de julio de 2022, que cita anotaciones suyas.

[564]Véase «Russia Retreats from Ukraine's Snake Island», *VoaNews*, 30 de junio de 2022, <https://www.voanews.com/a/russia-withdraws-from-ukraines-snake-island/6639386.html>.

[565]Para este y otros datos, véanse «Ukraine: The small town which managed to block Russia's big plans», BBC News, 22 de marzo de 2022, <https://www.bbc.co.uk/news/world-europe-60840081>, y «A Ukrainian Town Deals Russia One of the War's Most Decisive Routs», *The Wall Street* 56 *Journal*, 16 de marzo de 2022, <https://www.wsj.com/articles/ukraine-russia-voznesensk-townbattle-11647444734>.

[566]Citado en «Russia's Putin justifies war in menacing speech as Ukraine's Zelensky appeals for peace», *Financial Times*, 24 de febrero de 2022, <https://www.ft.com/content/0783ea10-b493-4889-8da8-5a5ea75cb977>.

[567]Citado en «In this moment of crisis, opening the door to Ukraine is one thing the EU can do», *The Guardian*, 4 de marzo de 2022, <https://www.theguardian.com/commentisfree/2022/mar/04/ukraine-eu-membershipzelenskiy-european-values-war>.

[568]Biermann en una videoconferencia durante una manifestación de solidaridad con Ucrania en el centro de Berlín, 6 de marzo de 2022, <https://www.rnd.de/kultur/berlin-kunstschaffende-zeigen-solidaritaet-mit-ukraine-TKQYO3XCAAUXI76QEGMUJWBHNA.html>.

DELFOS

[569]Véase la galería de fotos en la web del autor, <www.timothygartonash.com>.

[570]Michael Scott, *Delphi. A History of the Center of the Ancient World*, Princeton-Oxford, Princeton University Press, 2014, p. 23 y nota al pie 43 de p. 313. [Hay trad. cast.: *Delfos: una historia del centro del mundo antiguo*, traducción de Francisco García Lorenzana, Barcelona, Ariel, 2015]. Muchos de los datos de estos párrafos están tomados del libro

de Scott.

[571]*Ibid.*, pp. 83-85.

[572]Herodotus, *Histories*, vol. I, p. 91, véase <http://www.perseus.tufts.edu/hopper/text?doc=Perseus%3Atext%3A1999.01.0126%3Abook%3D1%3Achapter%3D91>. [Hay trad. cast.: *Historia. Libros I y II*, traducción de Carlos Schrader, Barcelona, RBA-Gredos, 2020].

[573]Según la descripción de Michael A. Flower en «Understanding Delphi Through Tibet», *Greece and Rome*, vol. 65, n.º 1, 2018, pp. 34-53. Esto está tomado de las pp. 45-46, <https://www.cambridge.org/core/journals/greece-and-rome/article/abs/understanding-delphi-through-tibet/14F1EF1786A231F3E6C8B9517FD5F296>.

[574]Peter Baldwin, *The Narcissism of Minor Differences. How America and Europe are Alike. An Essay in Numbers*, Oxford, Oxford University Press, 2009, p. 174.

[575]Immanuel Kant, *Anthropologie in Pragmatischer Absicht*, 1. §33. [Hay trad. cast.: *Antropología: en sentido pragmático*, traducción de Ángel Rivero Rodríguez y José Gaos, Madrid, Alianza Editorial, 2019], traducción inglesa tal como la cita Reinhart Koselleck en *The Practice of Conceptual History. Timing History, Spacing Concepts*, Stanford, Stanford University Press, 2002, pp. 132-133.

[576]Citado en Ivan Krastev, *Is It Tomorrow yet? Paradoxes of the Pandemic*, Londres, Allen Lane, 2020, p. 3.

[577]*Il Sole 24 Ore*, 16 de marzo de 2020, citado en Luuk van Middelaar, *Pandemonium. Saving Europe*, Newcastle, Agenda, 2021, p. 67.

[578]«The Unknown Future and the Art of Prognosis». Reproducido en Koselleck, *The Practice of Conceptual History*, pp. 131-147.

[579]Scott, *Delphi*, pp. 29-30, donde se citan las palabras de un empresario que describió el oráculo al autor como una «consultoría de gestión de la Antigüedad».

[580]Véase Gideon Rachman, *The Age of the Strongman. How the Cult of the Leader Threatens Democracy around the World*, Londres, The Bodley Head, 2021, p. 184.

[581]«1. Is the climate warming?», *The Royal Society*, marzo de 2020, <https://royalsociety.org/topics-policy/projects/climate-changeevidence-causes/question-1/>.

[582]Fue uno de los resultados más llamativos de la encuesta que nuestro proyecto «Europe's Stories», del Programa Dahrendorf de la Universidad de Oxford, realizó con el proyecto demoscópico *eupinions* del Bertelsmann Stiftung; véase <https://europeanmoments.com/within-europe/opinions/climate>.

[583]Carta del 19 de diciembre de 1929, tomada de la traducción de Lynne Lawner de *Letters from Prison*, de Antonio Gramsci, Londres, Quartet Books, 1979, pp. 158-159. [Hay trad. cast.: *Cartas de la cárcel:*

1926-1937, traducción de Cristina Ortega Kanoussi, México D. F., Ediciones Era, 2003].
[584]Havel, *Disturbing the Peace*, p. 181.

EPÍLOGO. EN UNA PLAYA DE NORMANDÍA

[585]Las cifras exactas pueden consultarse en <https://www.interieur.gouv.fr/Elections/Les-resultats/Presidentielles/elecresult_presidentielle-2017/(path)/presidentielle-2017/028/014/014739.html>. Marine Le Pen obtuvo la mayoría en algunas poblaciones cercanas, que pueden verse en <https://www.lemonde.fr/data/france/presidentielle-2017/> clicando «Calvados» en el mapa.
[586]Los resultados oficiales de las elecciones presidenciales de 2017 pueden consultarse en <https://www.interieur.gouv.fr/Elections/Les-resultats/Presidentielles/elecresult_presidentielle-2017/(path)/presidentielle-2017/028/014/014739.html>, y los de 2022 en <https://www.interieur.gouv.fr/Elections/Les-resultats/Presidentielles/elecresult_presidentielle-2022/(path)/presidentielle-2022/028/014/014739.html>.

NOTAS EXPLICATIVAS

(1) En *Vampiros* (edición ilustrada), edición de Rosa Samper y Óscar Sáenz, Barcelona, Mondadori, 2011.
(2) *Nuestro amigo común*, traducción de Damián Alou, Barcelona, Penguin Clásicos, 2016.
(3) Traducción de Manuel Ángel Conejero y Jenaro Talens, Madrid, Cátedra, 2007.
(4) «A cientos llegan los muchachos», en *50 Poemas*, de A. E. Housman, traducción de Juan Bonilla, Sevilla, Renacimiento, 2006.



Estados y fronteras en 2022. Los lugares marcados en cursiva desempeñan un papel especial en este libro.

Una asombrosa mezcla de historia contemporánea, reportaje de investigación y memoria íntima de la pluma de uno de los escritores que mejor han escrito sobre Europa.

«El libro que Europa necesitaba, en el momento justo. Perfecto para el presente». Timothy Snyder



A partir de la experiencia de quienes lo vivieron, *Europa* cuenta cómo el continente se recuperó lentamente de la Segunda Guerra Mundial y logró reconstruirse y prosperar. Y luego se atascó.

Timothy Garton Ash, uno de los mejores pensadores europeos, ha pasado su vida estudiando esta parte del mundo. Este emocionante libro está repleto de experiencias vividas: desde los recuerdos de su padre del desembarco de Normandía y el espionaje al que lo sometióla Stasi hasta entrevistas con guerrilleros albaneses en las montañas de Kosovo, o sus encuentros con adolescentes desesperados en los barrios más pobres de París, aparte de sus consejos a presidentes, ministros de exteriores y primeros ministros.

Europa es al tiempo una historia atestiguada y tangible de un periodo de increíbles avances, una crónica honesta de las cosas que salieron mal y unallamada urgente a los ciudadanos de este gran y viejo continente para entender y defender lo que hemos logrado colectivamente.

La crítica ha dicho:
«Una conmovedora carta de amor a Europa. Europa conjuga las memorias, el análisis político y la crítica social para iluminar el futuro de un continente aún perseguido por su pasado».
Lea Ypi

«Sabemos que hay alemanes, italianos, españoles y polacos, ¿pero existen los europeos? Pues sí, al menos uno: Timothy Garton Ash.Europa es la brillante y cautivadora historia de cómo se convirtió en uno de ellos».
Mark Lilla

«Este libro, escrito por un hombre que asistió en primera fila a gran parte de la historia que describe, se basa en sus experiencias y en las de sus amigos para dar vida a los acontecimientos».
M. E. Sarotte

«GartonAsh combina hábilmente la erudición, la experiencia periodística y las observaciones e historias personales en Europa. Un delicioso libro que invita a la reflexión».
Robert B. Zoellick

«Garton Ash se ha labrado un nicho único como historiador del presente. Europa combina su testimonio de la evolución de Europa con su aguda visión histórica para ofrecer un libro innovador y absorbente».
Charles A. Kupchan

«Timothy Garton Ash cuenta la historia épica de la Europa de la posguerra».
Irish Times

«¿Es Europa una entidad real o una mera construcción del deseo?

Este libro, observado de cerca, explora ambas posibilidades».
Kirkus Reviews

Timothy Garton Ash (1955) es un historiador y periodista británico conocido por la brillantez con que ha documentado la transformación de Europa durante el último cuarto de siglo. Es profesor de Estudios Europeos en la Universidad de Oxford y Senior Fellow del Instituto Hoover, en la Universidad de Stanford. Escribe regularmente en medios como The New York Review of Books, The Guardian, The New York Times, The Washington Post o The Wall Street Journal. A menudo se habla del trabajo de Garton Ash como una "historia del presente".

Tenía diecisiete años cuando Gran Bretaña entró en la Comunidad Europea y sesenta y cuatro cuando la abandonó. Desde entonces ha vivido y respirado la política europea, ha sido testigo de algunas de las escenas más dramáticas de su historia, ha entrevistado a muchos de sus protagonistas y ha analizado la evolución de la vida de los europeos de a pie a lo largo y ancho del continente.



Título original: *Europe in our time*
Primera edición: noviembre de 2023

© 2023, Timothy Garton Ash
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Antonia Martín, por la traducción
© 2023, Bill Donohoe, por los mapas

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial a partir del diseño original de Penguin Random House UK
Imagen de la cubierta: © John Peter, *Askew's book WE II : Photographs from Russia 1996-2017*, Kerber Berlin, 2022

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.*
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, https://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-306-2465-2

Compuesto en Arca Edinet S. L.

Facebook: penguinebooks
Facebook: tauruseditorial
Twitter: @tauruseditorial
Instagram: @ penguinlibros
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club





ÍNDICE